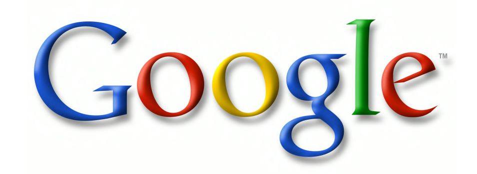
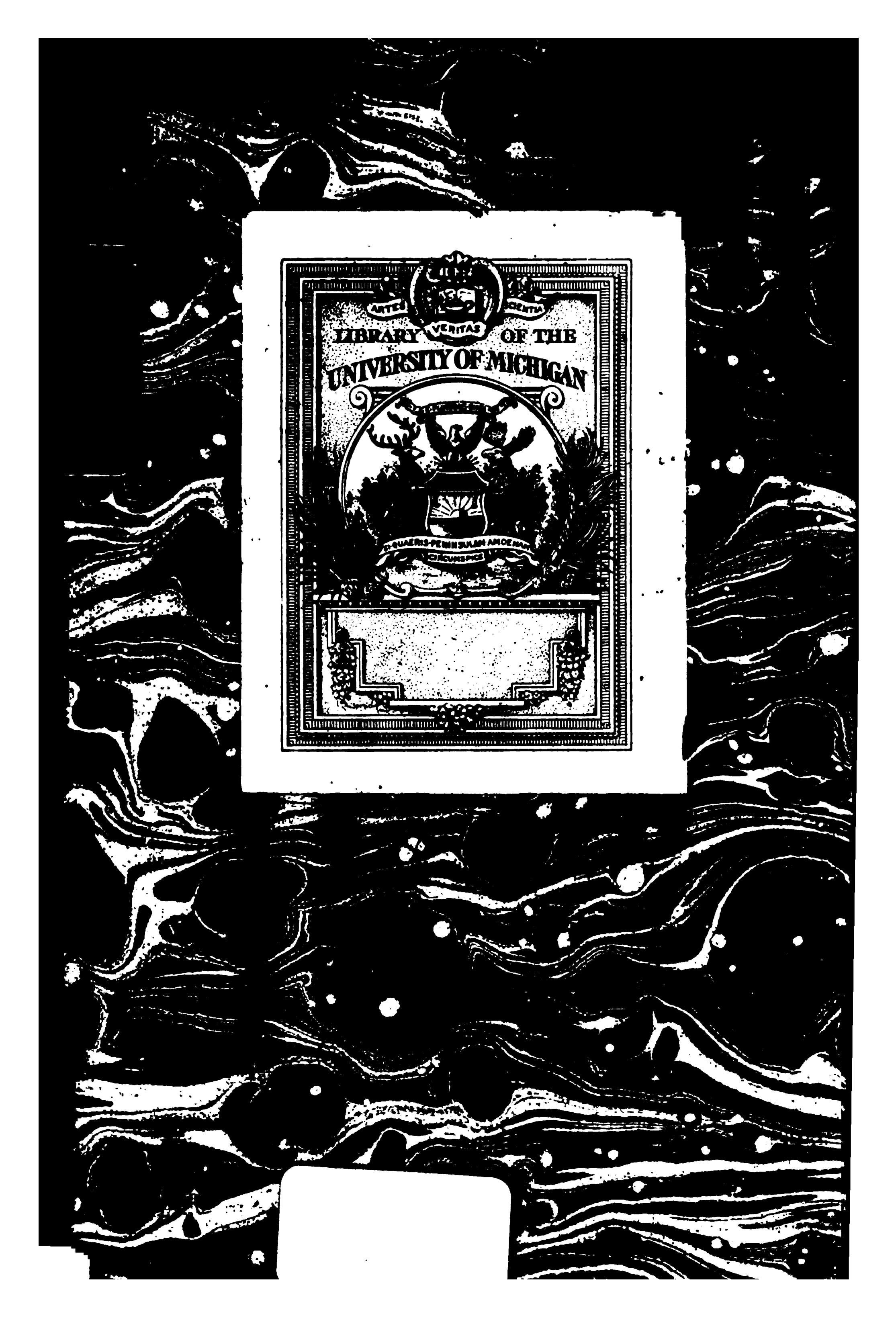
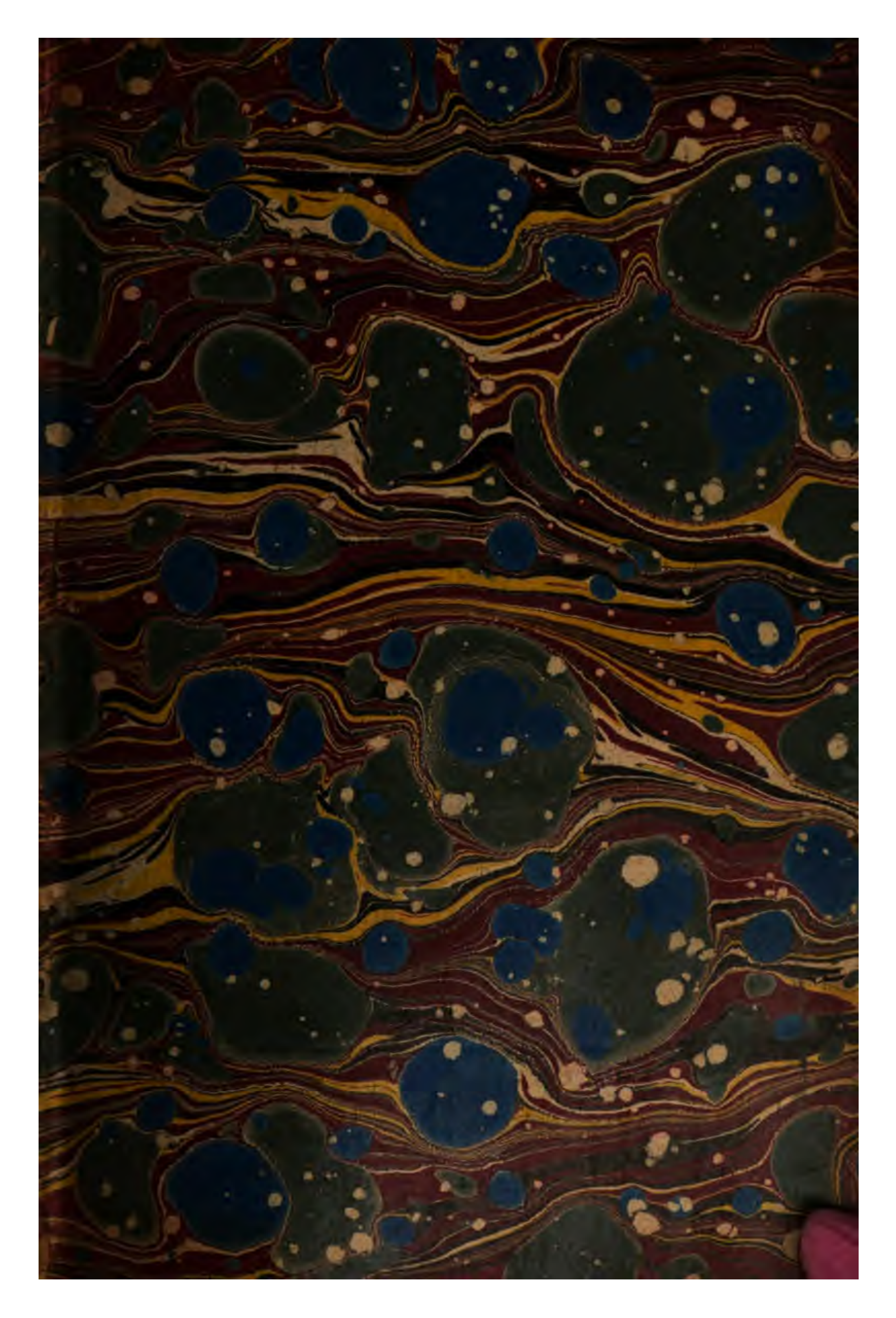



ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

HISTORIA GENERAL

DE ESPAÑA,

POR

DON MODESTO LAFUENTE,

DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

TOMO XII.

MADRID.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

MDCCCLIII

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO I.

REINADO DE CARLOS I. DE ESPAÑA.

CAPITULO XVIII.

MEJICO.—EL PERU.

HERNAN-CORTÉS.—FRANCISCO PIZARRO.

Descubrimientos del Nuevo Mundo despues de la muerte de Colon.—Vasco Nuñez, Ponce, Grijalva, Velazquez.—Hernan Cortés.—Su patria, educacion y juventud.—Sale de Cuba á la conquista de Méjico.—Buques y hombres que llevaba.—La isla de Cozumél; su conducta en ella.—Hernan Cortés en Tabasco: célebre victoria. efecto de las armas de fuego y de los caballos en los indios.—La bella esclava Marina.—Embajadores mejicanos.—El emperador Motezuma: sus primeros tratos con el caudillo español.—Apuros de

Cortés con su misma gente: resultados felices de su mañosa política.—Hernan Cortés en Zempoala: sumision y agasajos del cacique.—Fundacion de Vera-Cruz.—Religion bárbara de aquellos indios: sacrificios humanos: banquetes horribles.—Abolicion de los sacrificios y destruccion de los ídolos por los españoles.—Efectos que causa.—Conspiraciones en el campamento español.—Heróica resolucion de Hernan Cortés: quema las naves.—Cortés en Tlascala: triunfo.—Sumision y alianza de los tlascaltecas.—Marcha á Méjico.—Recibimiento que le hace Motezuma.—Sorpresa y alegría de los españoles.—Recelos de Cortés: prision de Motezuma.—Destruccion de ídolos mejicanos: culto cristiano en Méjico: indignacion de los sacerdotes indios.—Pámfilo de Narvaez enviado contra Cortés.—Cortés le derrota y hace prisionero.—Insurreccion general en Méjico contra los españoles: combates sangrientos: muerte de Motezuma.—Desastrosa retirada de los españoles: horrible matanza: la *Noche triste*.—Hernan Cortés en Otumba.—Prodigioso triunfo.—Vuelve Cortés sobre Méjico.—Resistencia de Guatimocin.—Ataques repetidos, combates furiosos, mortandad, peligro de Cortés.—Bloqueo, hambre, sacrificio de españoles.—Captura y suplicio de Guatimocin.—Conquista definitiva de Méjico.—Otros descubrimientos de Hernan Cortés.—Disensiones y rivalidades de españoles; disgustos de Cortés.—Ingratitud de Cárlos V.—Cortés en España.—Muere retirado en Sevilla:—FRANCISCO PIZARRO.—Su patria, educacion y primeras espediciones marítimas.—Asociacion de Pizarro, Almagro y Luque para la conquista del Perú.—Pizarro, gefe de la empresa.—Se embarca en Panamá.—Contratiempos.—Pizarro en Tumbez: riqueza del pais.—Es nombrado gobernador de los paises que descubriera.—Justo resentimiento de Almagro: se reconcilian.—Triunfos de Pizarro en Tumbez.—Religion de los peruanos.—Los Incas del Perú —Derrota Pizarro y cautiva al rey Atahualpa.—Llena éste de oro la sala de su prision para obtener su rescate.—Nó le sirve, y muere en garrote.—Repartimiento del oro.—Pizarro y sus españoles en Cuzco.—Riqueza inmensa que hallan en esta ciudad.—Funda Pizarro la ciudad de Lima.—Insurreccion general de los peruanos: degüello de españoles.—Guerra civil entre Almagro y Pizarro.—Domina aquel en Cuzco y éste en Lima.—Artificios de Pizarro para vencer á su rival.—Le derrota y

hace prisionero.—Almagro ajusticiado por Pizarro.—Indignacion que causa la crueldad de éste.—Medidas de la córte de España para atajar sus tiranías.—Muere Pizarro asesinado por los españoles.—Proclamacion del hijo de Almagro en el Perú.

Aunque los descubrimientos y conquistas que en el Nuevo Mundo continuaron haciéndose despues de Cristóbal Colon, exigen, para ser debidamente conocidos y apreciados, no una sino muchas historias particulares, y fuera imposible hacer de ellos una narracion detenida en la general de España sin menoscabo de su unidad, creemos no obstante, necesario dar siquiera una rápida noticia de las principales adquisiciones con que siguió enriqueciéndose la corona de Castilla, para que se conozca al menos la manera admirable como se descubrieron y ganaron los principales dominios que en uno y otro mundo llegaron á estar sujetos al nieto de los Reyes Católicos, Cárlos I. de España y V. de Alemania, y las proezas que en ambos mundos á un tiempo estaban ejecutando los españoles.

Cuando Cárlos de Austria unió á las coronas de Castilla y Aragon el trono imperial de Alemania, encontró acrecentados los dominios españoles que acababa de heredar, no solo con las conquistas hechas por el almirante Colon en el Nuevo Mundo por él descubierto, sino con las que habian añadido otros nuevos aventureros que siguieron ó su ejemplo ó sus mismos pasos, conforme al espíritu caballeresco de la

época. Vasco Nuñez de Balboa, á quien han llamado el segundo gefe de aquella caballería oceánica, habia descubierto el Pacífico, vencida la poderosa barrera del istmo. Ponce de Leon, el conquistador de Puerto-Rico, habia descubierto la Florida. Hernandez de Córdoba habia encontrado en Yucatan y Campeche indios que mostraban ser mas civilizados que los conocidos hasta entonces; y el castellano Juan de Grijalva habia tenido la gloria de poner el primero el pie en la tierra de Méjico. Gran sorpresa causó á la gente de esta espedicion enviada por Velazquez, el gobernador de Cuba, el aspecto de casas de cal y canto construidas con regularidad en el pais que nombraron Nueva España, asi como se la causó de horror el espectáculo de un templo, en cuyos altares habia diferentes ídolos de horrible aspecto, á quienes se conocia haberse recientemente inmolado víctimas humanas, y de lo cual pusieron á aquella isla el nombre de Isla de los Sacrificios. Grijalva, con arreglo á las instrucciones que habia recibido del gobernador Velazquez, no estableció colonias en el grande imperio que acababa de descubrir, y se limitó á regresar á Cuba con las muestras de la riqueza que encerraba, llevando gran cantidad de oro, armaduras de este metal guarnecidas de piedras preciosas y adornadas con plumas de colores, y otros objetos y regalos recibidos de los naturales á cambio de vidrios y algunas baratijas que les dejaron los españoles.

El caprichoso y altivo Velazquez acriminó á Grijalva y le trató con dureza por no haber establecido una colonia en el pais descubierto, siendo asi que en ello no habia hecho sino cumplir sus órdenes. Y excitada la avaricia de Velazquez con las noticias y las muestras de tan abundante riqueza, determinó enviar mayor flota y con mayor armamento para la conquista y colonizacion de aquellas nuevas regiones. ¿A quién podia encomendar el suspicaz Velazquez, y cuál sería la persona á quien fiára tan importante empresa?

Varios hidalgos la pretendieron; pero á todos fué preferido uno, que seguramente aventajaba á todos en idoneidad, en inteligencia y valor, pero que habria sido el postrero de quien Velazquez se hubiera valido, á haber previsto el éxito de tamaña empresa. Era éste un estremeño, de edad de treinta y tres años, natural de Medellin, é hijo de padres nobles, aunque no ricos, que dejando el estudio de la jurisprudencia, que en su juventud habia comenzado en Salamanca, por la inclinacion á las aventuradas expediciones al Nuevo Mundo á que el espíritu de la época arrastraba entonces á todos los jóvenes de imaginacion y de genio, se habia embarcado para la Española á principio del siglo llevando cartas de recomendacion para el sucesor de Colon don Nicolás de Ovando. Este jóven, á quien la Providencia tenia destinado á eclipsar todas las reputaciones del Nuevo Mundo, si se esceptúa la de Colon, se habia hecho célebre por sus galanterías y

aventuras amorosas. Velazquez le habia llevado consigo á la conquista de Cuba, donde se distinguió por su valor y su actividad. Su esbelto y agraciado continente, su buen humor, sus finos modales, su discrecion y gracia en el decir, y otras aventajadas prendas, asi le daban partido entre las damas como le captaban el aprecio de los soldados, y le granjeaban el afecto de cuantos le conocian. Por su genio travieso y emprendedor fué escogido por los descontentos de Velazquez para ser el alma de una conspiracion contra él, lo cual le puso varias veces á riesgo de perder la vida; escapóse de las cárceles en que se vió metido, rompiendo los grillos, escalando los muros; y acogiéndose á sagrado, y del buque en que en una ocasion le llevaban preso, se libertó arrojándose á las olas y ganando á nado la orilla. Reconciliado despues con Velazquez, vivia tranquilo en Santiago de Cuba, en compañía de su esposa la hermosísima doña Catalina Juarez, labrando las tierras que le habian tocado en el *repartimiento*, y esplotando las minas de oro que le cupieron en suerte, con lo cual llegó á hacer una mas que mediana fortuna, cuando fué nombrado capitan general de la flota que se destinaba á la conquista del vasto y opulento imperio mejicano. En la construccion y armamento de los buques empleó toda su fortuna particular, y todos se aprestaban á seguir gustosos al hombre que gozaba de mas prestigio entre españoles y cubanos.

Este hombre era Hernan Cortés, el mas famoso de los conquistadores del Nuevo Mundo despues de Cristóbal Colon.

De buena gana le hubiera destituido el suspicaz y envidioso Velazquez del mando que acababa de conferirle, pero Cortés habia tenido la prevision de preparar y activar en secreto la marcha de su flota; y cuando una noche (18 de noviembre de 1518), con aviso que de ello tuvo el gobernador, corrió presuroso al muelle, halló la armada dándose ya á la vela. «*¿Qué es esto?* gritó á Cortés desde el muelle; *¿así os vais sin despediros?—Perdonad,* le respondió el capitan, *el tiempo urgía, y hay cosas que son mas para hechas que para pensadas: ¿teneis algo que mandarme?*» Y continuó desplegando al viento las velas de su buque, dejando al gobernador burlado y entregado al despecho. Cuando desembarcó en Trinidad, presentóle el alcalde una órden que acababa de recibir del gobernador de Cuba, destituyéndole del mando de la flota, que habia dado ya á otro. Cortés afectó respeto á la órden del gobernador, pero mandó levar anclas, y prosiguió á la Habana. El comandante de esta plaza recibió tambien pliegos de Velazquez, en que le mandaba prender á Cortés; mas ni éste estaba dispuesto á obedecer, ni aquel mostró gran voluntad de ejecutar las órdenes del gobernador, y Cortés, seguro de la decision de su gente, bogaba la noche del 10 de febrero (1519) hácia el cabo de San Antonio, y siguien-

do el rumbo de Grijalva, se dirigió á la costa de Yucatan y se detuvo en la isla de Cozumél.

Toda la fuerza de naves, hombres y armamento que Hernan Cortés llevaba para una de las mayores empresas que cuentan los anales del mundo, y cuyas inmensas dificultades hubieran arredrado y detenido al hombre de mas esforzado corazon si hubiera sido posible preverlas, consistian en once naves, entre grandes y pequeñas, con la dotacion de 110 marineros, 10 cañones de montaña y 4 falconetes, 553 soldados, entre ellos 32 ballesteros y 13 arcabuceros, 200 indios de la isla, y sobre todo 16 hombres montados, que era lo que constituia su mayor fuerza, por el terror que habian de infundir á los indios salvages. Puso la armada bajo la inmediata proteccion de San Pedro, santo á que tenia particular devocion, y en su estandarte de terciopelo negro bordado de oro habia hecho inscribir en derredor de una cruz roja el lema siguiente, imitacion del Lábarum de Constantino: «*Vincemus hoc signo*; con esta señal vencerémos.»

Sentimos no poder seguir paso á paso al ilustre estremeño, que casi desde que puso el pie en las regiones de Nueva España tuvo que luchar con tales y tan ímprobos y continuados trabajos, que habiéndoles dado feliz cima con razon ha podido llamársele el Hércules del Nuevo Mundo. Vióselc ya en la isla de Cozumél, tan político guerrero como fervoroso apóstol del cristianismo, dominar á los naturales, ya con el

halago, ya con el terror, derribar los ídolos de sus templos, hacer á los indígenas presenciar absortos y callados las ceremonias sagradas del culto cristiano, y dejar derramada la luz de la fé en aquellos isleños, vencer los indios en la embocadura del Grijalva; marchar por entre mil dificultades y peligros hácia lo interior del pais; apoderarse de la gran ciudad de Tabasco; tomar posesion de ella á nombre del rey de Castilla; triunfar despues con su diminuta hueste en batalla campal de un ejército de cuarenta mil indios (25 de marzo, 1519) en el sitio con justicia nombrado *Santa María de la Victoria*; convertir al dia siguiente en sumisos súbditos del monarca español los que acababan de pelear como arrogantes y terribles enemigos; recibir el homenage de los caciques de la provincia, que le ofrecian como dádivas propiciatorias su oro y sus mas bellas esclavas. Hernan Cortés en Tabasco apareceria una figura mitológica, un héroe fabuloso, si á tales hazañas no hubieran seguido otras aun mas heróicas, otras aun mas prodigiosas realidades. No es estraño que los españoles victoriosos en Tabasco, asombrados ellos mismos de su triunfo, creyeran haber visto al santo Apóstol patron de España pelear en su favor contra los infieles; lo mismo se contó en otro tiempo de los de Clavijo, porque los efectos de una fé fervorosa en las imaginaciones de los hombres son los mismos en todas las partes del mundo.

Bien conocemos lo que influyó en tan portentosa victoria el estruendo y el fuego de la artillería y mosquetería, que tanto asustó y tanto estrago causó á los indios que por primera vez veian y esperimentaban los terribles efectos de aquellos nuevos truenos y rayos lanzados por manos de hombres, asi como la sorpresa y espanto que les causaron la especie de monstruos que se les representaban en los ginetes y caballos, que creian ser una misma cosa, al modo que los antiguos gentiles representaban sus centauros. Pero aun asi, sin la habilidad, el denuedo y la serenidad de Cortés, y sin el valor de sus capitanes y soldados, no hubiera sido posible arrollar con un puñado de hombres aquellas imponentes y numerosas masas de indios, que al cabo peleaban con arrojo, manejaban armas terribles, acometian con ímpetu, se reemplazaban sin aprension, y no carecian de cierta táctica de guerra, ni eran tan inciviles y salvages como los indios de otras regiones.

De gran recurso y de utilidad inmensa sirvió á Cortés en sus expediciones sucesivas la mas bella de las esclavas que le regalaron en Tabasco. Sin los auxilios de la jóven y hermosa Marina (este fué el nombre que se le puso despues), que como hija de un cacique mejicano, entendia y hablaba el idioma de los paises que los españoles fueron recorriendo, ni Cortés hubiera podido entenderse en San Juan de Ulúa con los generales y enviados del gran emperador Mo-

tezuma, soberano del vasto inperio de Méjico, que le llevaban regalos y presentes de gran valor, y le preguntaban quien era y con qué objeto visitaba aquel imperio, ni hubiera podido marchar sino á ciegas por paises que no conocia y entre gentes á quienes no tenia medio de entender. Pero la Providencia pareció haberle deparado en Marina un genio tutelar, que comenzando por intérprete, pasando luego á ser su confidente y secretaria, para concluir por hacerse dueña del corazon del ilustre caudillo, fiel siempre á los españoles, fué su mas eficaz y útil auxiliar, y sacó al atrevido conquistador de los mas apurados y críticos trances.

La conducta de Cortés con los embajadores mejicanos; sus discretas respuestas; su mezcla de dulzura y de energía, alternando entre los halagos y las amenazas; sus contestaciones á Motezuma, ya blandas y apacibles, ya fuertes y belicosas, segun el tono con que le hablaba el gran emperador; el tráfico que en forma de regalos sostenia con los indígenas, en que á trueque de fruslerías iba recogiendo una inmensa riqueza en cajas llenas de joyas y piedras preciosas, en cascos colmados de oro puro, en finísimas telas de algodon, en planchas circulares de oro y de plata maciza de grandes dimensiones con que los mejicanos representaban el sol y la luna; la oportunidad con que supo hacer evolucionar sus escasas tropas ante los caciques indios, para que vieran el fuego del ca-

ñon y oyeran su estampido y el silbido de sus balas, y la facilidad con que sus ginetes manejaban los formidables cuadrúpedos; el disimulado ardid con que procuró que los pintores aztecas pudieran llevar á Motezuma dibujos exactos de sus armas, trages y pertrechos, para que tuviera una muestra de su poder; el toque de la campana y la escena de arrodillarse los soldados ante la cruz para dar una idea á los indios de las ceremonias del cristianismo, y ocasion para esplicarles las escelencias de su doctrina; todo revelaba en Hernan Cortés, no ya solo un grerrero intrépido y un aventurero audaz, sino un hombre de genio superior y un político diestro y astuto.

No menos político, y aun mas mañoso con los suyos, manejóse tan hábilmente con los descontentos que murmuraban de que los tuviese en tan abrasado é insaluble clima, y con los partidàrios de Velazquez que intrigaban para hacerle volver á Cuba, que aquello mismo que parecia ponerle en el conflicto mas estremo, y dar al traste con todos sus designios de engrandecimiento y de gloria, supo Cortés convertirlo en provecho propio, en afianzamiento de su autoridad y en general entusiasmo por su gefe. Su renuncia del mando ante el ayuntamiento de la *Villa-Rica de la Vera Cruz*, que acababa de fundar y establecer, para salir nuevamente nombrado capitan general por aclamacion popular, fué un golpe maestro de política que afirmó su poder y desconcertó á Velazquez.

Las murmuraciones se convirtieron en aplausos, los conspiradores en súbditos sumisos, y todos gritaron «¡Viva Cortés!»: trasformacion admirable, que no hubiera podido hacer un talento vulgar.

Una embajada de indios de Zempoala se presenta al caudillo español á invitarle de parte de su cacique á que vaya á su ciudad, porque desea ser aliado y amigo del estrangero, cuyas proezas en Tabasco han llegado á su noticia. Acepta Cortés la propuesta, y se pone en marcha con su pequeña hueste. Atraviesan primero desiertos paises y abandonadas poblaciones; entran luego en una fertilísima comarca, especie de paraiso, regado de limpios riachuelos, vestido de bosques frondosos. tapizado de olorosas plantas, y esmaltado de vistosas flores: llegan á Zempoala, y el lustre de las paredes de las casas hace á los españoles la ilusion de una ciudad fabricada de plata: el pueblo los rodea con una curiosidad pacífica y aun afectuosa; un obeso personage, que escita la hilaridad de los españoles, pero cuyas insignias mostraban ser el cacique, recibe á Cortés con demostraciones de benevolencia y alegría: le revela que desea libertar su pais del tiránico yugo de Motezuma, cuyo despotismo querian tambien sacudir muchos vasallos del imperio: Cortés escucha con secreto gozo tan importante revelacion; ve en ella un camino que se le abre para apoderarse del inmenso imperio mejicano: contesta al cacique que él es el enviado por

el grande emperador de Oriente, el poderoso rey de España, para esterminar los opresores de aquella parte del mundo: el cacique recibe con lágrimas de júbilo la declaracion del estrangero, le ofrece de nuevo su amistad, y Hernan Cortés cuenta ya con un poderoso aliado entre los indios. El cacique de Quiabislan se le somete igualmente, y reduce á prision á seis ministros de Motezuma que de parte de su amo se presentaron á reconvenirles de traidores. La política de Cortés saca partido de este suceso; pone á los prisioneros en libertad y los envia á Montezuma, para que vea que el general español es el libertador de sus propios vasallos.

Satisfecho Cortés con la adquisicion de tantos súbditos para la corona de Castilla, funda entonces entre Quiabislan y el mar la verdadera ciudad de Vera-Cruz, que habia de servir de punto de apoyo para las operaciones futuras, de almacen de provisiones y de puerto para los buques, y determina llevar adelante su arriesgado plan de marchar hasta la capital del imperio mejicano. Mas poco faltó para que su ardiente celo religioso comprometiera su empresa. Resuelto á abolir los horribles sacrificios de víctimas humanas que aquellos indios inmolaban á sus dioses, haciéndole el entusiasmo de la religion olvidar por un momento su ordinaria y prudente política, accedió al deseo manifestado por sus soldados de derribar á la fuerza y hacer pedazos los ídolos de los templos.

Informados los indios de la intencion de los españoles, preséntanse todos armados y en tumulto, dando horribles gritos, mezclados con ellos los sacerdotes con sus largas vestiduras y sus destrenzadas cabelleras tintas de sangre. Cortés por medio de su intérprete, la bella Marina, hace anunciar á caciques y guerreros, que si una sola flecha se lanza contra los españoles, ellos y todo el pueblo serán irremisiblemente degollados. Asusta tan terrible intimacion á los tumultuados, y cincuenta soldados españoles, á una señal de su caudillo, suben al templo, echan á rodar sus ídolos, vasos y altares, en medio de los sollozos de la aterrada muchedumbre; lávanse las paredes salpicadas de sangre humana; en el sitio en que habia estado el ídolo principal se coloca una cruz y una imágen de la Vírgen: una misa y una procesion solemne terminaron aquella ceremonia, y como los indios vieron que el fuego del cielo no consumia á los profanadores de su templo y á los destructores de sus divinidades, enmudecieron atónitos, y aquella accion y el espectáculo de las ceremonias cristianas, les hicieron el mismo efecto que á los de la isla de Cozumél.

Necesitaba el atrevido espedicionario dar un orígen legítimo á su autoridad, y precaverse contra el encono y la arbitrariedad de Velazquez. A este fin despachó á España un buque con pliegos y cartas para el emperador Cárlos V., noticiándole todo lo

ocurrido desde su salida de Cuba, solicitando la aprobacion de su conducta y la confirmacion en el cargo de capitan general, y manifestando su confianza de conquistar para su corona el vasto y opulento imperio de Méjico. Pero otro suceso, el mas grave de cuantos le habian acontecido, estuvo á punto de frustrar otra vez su gigantesca empresa. En su mismo campamento se habia fraguado una conspiracion entre sus desafectos, á cuya cabeza se hallaba el religioso Juan Diaz; aunque descubierta oportunamente por uno de los conjurados, y castigados los principales, dejó en su alma una sensacion profunda. Temiendo que quedase vivo en su cortísima hueste el gérmen del descontento y la semilla de la insubordinacion, y para quitar á los cobardes y á los desafectos toda esperanza de salir con su idea, tomó la resolucion mas enérgica, mas atrevida, mas desesperada, pero tambien la mas heróica que ha podido jamás concebir un hombre, Sin que lo supiese su pequeño ejército, le cortó toda posibilidad de retirada, hizo desmantelar los buques, barrenarlos, destruir toda la flota, *quemó las naves*, como ha llegado á decirse proverbialmente; «rasgo, dice con razon uno de los historiadores de la conquista, el mas insigne de la vida de este hombre memorable. La historia ofrece ejemplos de parecidas resoluciones en circunstancias críticas, pero ninguna en que las probabilidades del éxito fuesen tan eventuales y la derrota tan desas-

trosa. Si hubiera sucumbido, se húbiera mirado como un rapto de demencia. Y sin embargo era fruto de maduro cálculo. Habia jugado en este golpe su fortuna, su reputacion, su vida, y era menester arrostrar las consecuencias.....» Espúsose Cortés á ser víctima de una soldadesca furiosa y desesperada, pero el impertérrito caudillo arengó con tan vigorosa elocuencia á sus tropas, que obrando en ellas la mas completa y maravillosa conversion, y produciendo un entusiasmo portentoso, todos esclamaron á una voz: «¡*á Méjico*! ¡*á Méjico*!» El hombre que de este modo sabia obrar, merecia bien la conquista de un grande imperio.

Para tales gefes y con tales soldados, parece no haber empresa imposible. La de Hernan Cortés no lo fué, aunque por tal la hubieran tenido todos. Veamos los resultados de esta heróica determinacion, ya que no nos sea dado referir sus pormenores. La república independiente de Tlascala, enclavada en medio del imperio mejicano, declara la guerra á los españoles á escitacion de su gefe el valeroso jóven Xicotencal, pero la espada invencible de Cortés triunfa en Tlascala como triunfó en Tabasco. Un caballo español acribillado de flechas cae muerto en el campo de batalla. Un indio le corta la cabeza, y la pasea por el campo clavada en una pica, gritando con júbilo: «*¿Lo veis? estos mónstruos no son invencibles.*» Xicotencal envia al campamento de los españoles un

regalo de gallinas y otras viandas, haciendo decir á Cortés que aquellas provisiones son para que engorden sus soldados antes de ser sacrificados á sus dioses, y para que su carne fuese de mejor gusto, porque se proponia saborearse con ella en compañía de sus principales guerreros. Riéronse los españoles de la fanfarronada y comieron alegremente las provisiones enviadas por el arrogante tlascalteca. Una batalla y otra victoria de los españoles abatió un poco la soberbia de Xicotencal. «Los españoles, hijos del sol, decian los »sacerdotes indios, deben toda su fuerza á los rayos »de este astro; combatidlos de noche, y vereis cuán »débiles son.» En virtud del consejo de estos magos dieron los tlascaltecas un ataque nocturno; mas como pereciesen en él millares de indios, ellos mismos comenzaron por sacrificar á sus dioses algunos de sus embusteros profetas; convenciéronse de su inferioridad, convidaron con la paz á los españoles, les ofrecieron su amistad, hizo Hernan Cortés una entrada pomposa en Tlascala (23 de setiembre, 1519), y desde entonces los tlascaltecas fueron sus mas firmes y leales aliados.

No asi los de Cholula. A invitacion del mismo Motezuma pasó Córtes á esta ciudad, y mientras los cholulanos festejaban á los españoles, una horrible conspiracion se tramaba para caer traidoramente sobre ellos y esterminarlos. El genio tutelar de Cortés, la bella Marina, la descubre, la denuncia, y salva al

caudillo y al ejército. Córtes se dejó arrebatar en esta ocasion de la cólera, y ordenó una matanza que no cesó sino cuando se cansaron de degollar los soldados; primer ejemplo de crueldad, que despues desgraciadamente fué seguido de tantos otros.

Prosiguió Cortés su atrevida marcha á Méjico, donde el emperador, irresoluto ya y tímido, les fué dejando acercar. Grande fué la sorpresa de los españoles al encontrarse en un inmenso y delicioso pais, donde se divisaba un gran lago semejante á un mar, poblado de ciudades que parecian salir del seno de las aguas. Ya no se acordaron mas de los trabajos que habian sufrido, ni pensaron sino en los tesoros que iban á recoger por término de sus afanes; y no es maravilla que esclamáran como dicen: «*esta es la tierra de promision.*» Mayor y mas agradable fué su asombro al ver al gran emperador Motezuma salir á recibirlos, sentado en su silla de oro en hombros de cuatro principales señores del imperio, con un largo manto de finísima tela de algodon sembrado de joyas y pedrería, su corona de oro en forma de mitra y sus sandalias de oro macizo tambien. Cuando los mejicanos vieron á su emperador, que apenas bajaba la cabeza ante sus dioses, saludar respetuosamente al caudillo estrangero, ya no dudaron que aquellos hombres eran una especie de *teules*, que era el nombre que daban á sus divinidades. Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad (8 de noviembre, 1519), y los espa-

ñoles se quedaron absortos de verse en una poblacion de veinte mil casas, con calles anchas y regulares, jardines, templos, plazas y mercados, circulando por ella un inmenso gentío. Hernan Cortés habia realizado su gigantesca empresa; y sin embargo ahora que se hallaba en la capital del imperio mejicano, le pareció mas difícil que nunca su destruccion.

En medio de las atenciones y agasajos de que Córtes era objeto en aquella ciudad imperial, desconfiaba de Motezuma y de su pueblo, y los avisos de los tlascaltecas que los conocian bien, le confirmaban en lo falso y arriesgado de su posicion. ¿Qué seria de aquel puñado de españoles en medio de una capital populosa, si los mejicanos cortaban los puentes de la calzada y rompian los diques del lago? Llégale en esto la siniestra nueva de que un general mejicano llamado Qualpopoca habia invadido las tierras de los indios confederados, atacado la escasa guarnicion española de Vera-Cruz que salió á protegerlos, muerto siete soldados y herido al gobernador Escalante; y que la cabeza de un español era paseada por los pueblos para mostrar que aquellos estrangeros no eran inmortales. Cortés se cree en el caso de tomar una resolucion enérgica y decisiva, como lo eran todas las suyas, y se apodera de la persona de Motezuma á quien supone cómplice, y le lleva cautivo al cuartel de los españoles. Qualpopoca y sus capitanes

vienen á poder de Cortés, y un tribunal los condena á ser quemados vivos: la ejecucion se realiza: «el crímen ha sido espiado,» le dice Cortés á Motezuma, y le manda soltar los grillos que le habia puesto.

Dueño el general español de los tesoros de Méjico, cobrándose por él los impuestos de la nacion, declarado el emperador azteca feudatario del rey de Castilla, y en manos de Cortés su autoridad, parecia haberse concluido la conquista del imperio mejicano. Pero muy imperfecta en verdad hubiera sido la obra del conquistador cristiano, si se limitára á la material adquisicion de un territorio. ¿Habia de tolerar que siguieran aquellos abominables sacrificios, aquellos banquetes horribles de carne humana, que los mejicanos ofrecian á sus dioses cuando tenian hambre, y que los hombres devoraban á nombre de los dioses con bárbaro placer? Propúsose Cortés abolir aquellos ritos inmundos, y hacer conocer á aquellas gentes el culto suave y humanitario del cristianismo. En el cuartel de los españoles se limpió el ara sangrienta de un templo; en lugar del dios sanguinario de la guerra se colocó la imágen de la madre del Dios de paz, y donde habia estado la tajante cuchilla del sacerdote azteca presentó el sacerdote cristiano á la adoracion del pueblo la hostia pacífica y el signo de la redencion de la humanidad. Pero otra vez el celo religioso puso á Cortés en trance y peligro de perder todo lo ganado, porque un pueblo sufre mejor cualquier

otro ultraje que el de que le quiten su religion. El pueblo y los sacerdotes no pudieron sufrir la profanacion de sus altares, el mismo Motezuma llamó un dia á Cortés á su aposento, y con una firmeza desacostumbrada le dijo que sus dioses estaban ofendidos, y pues la mision de su monarca estaba ya cumplida, se apresurára á salir de la ciudad y del imperio. Cortés disimuló, manifestó deseos de volver á su patria, pero espuso que para verificarlo necesitaba construir algunos buques, porque su flota habia sido destruida, y pidió á Motezuma que sus súbditos le ayudáran á la construccion de las naves. A esto accedió muy gustoso el emperador, con el afan de que cuanto antes pudieran irse los españoles.

Otro objeto se proponia Cortés en la construccion de buques. Mas cuando estaba en esta faena, que entretenia y dilataba todo lo posible, recibe aviso de que Pámfilo de Narvaez, teniente de Velazquez el gobernador de Cuba, ha desembarcado en la costa mejicana con mil cuatrocientos hombres, con la comision de despojarle de su conquista, de hacerle prisionero y de llevarle á Cuba para ser juzgado. Jamás Hernan Cortés se habia visto en mayor conflicto y apuro. ¿Abandonará y perderá á Méjico por salir á combatir un ejército español tres veces mas numeroso que el suyo? ¿Esperará en la ciudad la llegada de Narvaez, para tener dos terribles enemigos, uno dentro y otro fuera? Cortés opta como siempre por la resolucion mas

audaz: encomienda la guarda de Méjico á su teniente Pedro de Alvarado con solos ochenta españoles, le deja las instrucciones á que ha de arreglar su conducta, pónese de acuerdo con Sandoval, el nuevo gobernador de Vera-Cruz, y sale con doscientos cincuenta hombres al encuentro de Narvaez; le sorprende en una noche tempestuosa y lóbrega en Zempoala, le ataca, le hace prisionero, únense al vencedor las mismas tropas del vencido, y Cortés dá la vuelta á Méjico á la cabeza de mil trescientos soldados, cien caballos, diez y ocho cañones y dos mil tlascaltecas.

A su regreso encuentra la populosa capital insurreccionada, y á Alvarado y sus pocos españoles estrechados por los insurrectos. Cortés ni desmaya ni vacila; penetra en la ciudad, y se empeñan los mas vivos y encarnizados combates. Compréndese mejor que se esplica, cuán horrorosa y trágica seria la pelea de muchos dias, entre una inmensa poblacion arrebatada de furia y unos soldados luchando á la desesperada. Motezuma se ve comprometido á servir de mediador entre la ciudad y los españoles, para ver de atajar tanta sangre; accede, aunque con recelo, á presentarse revestido de las insignias imperiales y de toda la pompa y atributos del poder. Su recelo era bien fundado: al querer arengar á su pueblo para ver de calmar la sedicion, cae mortalmente herido por una lluvia de flechas y piedras lanzadas por sus mismos súbditos, y sucumbe á poco tiempo (30 de junio, 1520.)

Embargó al pronto á los mejicanos el estupor y el asombro de lo que acababan de ejecutar; mas pronto se recobran, proclaman emperador á Quetlavaca, hermano de Motezuma, y se renueva con mas fuerza el ataque del cuartel español. La sangre corre á torrentes por las calles, á nadie se perdona la vida, Cortés mismo se ve en mil personales riesgos, pero sin abandonarle nunca su carácter magnánimo; recoconoce al fin la necesidad de retirarse de aquella poblacion infernal, y aprovecha para ello la oscuridad de una noche y la lluvia que caia en abundancia. ¿Mas por dónde huirá, si los indios le cortan las calzadas del lago?

Y asi fué por desgracia. No solo habian hecho hasta siete zanjas en la calzada de Tacuba que Cortés eligió para la retirada, sino que el lago se hallaba cubierto de millares de canoas, desde las cuales lanzaban espesas granizadas de flechas y dardos sobre los fugitivos y apiñados españoles y tlascaltecas. A fuerza de prodigios y luchando con la muerte, iban ganando los trozos de calzada de cortadura en cortadura. Muchos perecian en las olas, salvábanse otros á nado, caian otros acribillados de flechas, los gritos eran horribles, la mortandad espantosa, Alvarado, Ordaz, todos hicieron maravillas de valor, Cortés se mostró mas que nunca heróico, y cuando ganaron la tierra firme, angustióse el valeroso caudillo al ver que habian perecido dos mil tlascaltecas, doscientos

españoles y cuarenta y seis caballos. Quedóle á aquella noche el nombre de noche de la desolacion, y el de *Noche Triste* (1.° de julio, 1520).

No pararon aqui los trabajos. Al sesto dia de caminar por inmensas soledades con increibles privaciones y padecimientos, sorprende á los españoles el espectáculo de cuarenta mil guerreros indios que los aguardaban en el valle de Otumba. ¿Qué hará Hernan Córtes en este nuevo trance? Vencer ó morir es su resolucion; arenga á sus soldados; el ejemplo y la palabra de su general los vigoriza, y rompen todos sembrando la muerte por aquellas formidables masas. Divisa Cortés con su ojo de águila el estandarte imperial, en cuya pérdida ó conservacion sabe que cifran los mejicanos el símbolo de la muerte del imperio; rodéase de sus mas intrépidos capitanes, acomete con ellos y arrolla á los que custodiaban la imperial enseña, da la muerte al general mejicano que la empuñaba, se apodera del estandarte, los indios que lo ven huyen despavoridos, hace en ellos una horrible matanza, recoge su botin y sus tesoros, y se va á descansar á la ciudad amiga de Tlascala, donde es esmeradamente cuidado de las heridas que ha recibido en la gloriosa batalla de Otumba (8 de julio de 1520).

Una nueva feliz viene alli á aumentar sus esperanzas y la alegría de su último triunfo. Tres navíos de España cargados de municiones y soldados han

arribado por casualidad al puerto de Vera-Cruz, cuyo gobernador ha determinado á sus capitanes á incorporarse á las tropas de Cortés. Con este refuerzo el ejército conquistador se vuelve á encontrar tan numeroso como á su entrada en Méjico. Córtés se siente capaz de emprender de nuevo la conquista, y sus amigos los tlascaltecas le facilitan un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Habia muerto en Méjico el nuevo emperador, y ocupaba el trono imperial el jóven Guatimocin, pariente de Motezuma, que no carecia de valor ni de prevision, y congregando cuanta gente de guerra pudo, se preparó á hacer á los españoles una resistencia desesperada. Córtes no se arredra por eso, y emprende su marcha. Al llegar á las cercanías de Tezcuco, previene y frustra una conspiracion del cacique para aniquilar toda la hueste española. Conoce que no podrá apoderarse de Méjico sin algunos buques de guerra que oponer á las canoas de los indios; da principio á la obra de construccion, y en pocos dias y como por encanto aparece armada una escuadrilla de trece bergantines. Con su auxilio va sometiendo las provincias y poblaciones inmediatas á la capital, y haciendo alianza con sus tribus, y esta defeccion pone en cuidado á Guatimocin. Al tiempo de atacar la ciudad descubre otra conspiracion de sus propios soldados, partidarios todavía algunos de ellos de Velazquez, que se proponian nada menos que ase-

sinar á su general. Cortés hace ahorcar al principal de los conjurados, llamado Antonio de Villafañe, encuentra la lista de los demas conspiradores, disimula, los tranquiliza con mucha política, y le siguen todos al ataque.

Amaestrado Cortés con el desastre de la *Noche Triste*, dispone convenientemente su tropa y sus buque para poder marchar por las calzadas, y combatir los millares de piraguas indias que llenaban el lago. Su artillería derrama el espanto y la muerte en los indios de las canoas, y Cortés penetra el primero hasta el corazon de la ciudad, hasta el templo en que habia dejado plantada la cruz, ya reemplazada otra vez por el dios de la guerra de los aztecas. Pero se vé obligado á retroceder, furiosamente atacado por los mejicanos. Los combates se renuevan y repiten con bárbaro furor, con lastimosa matanza de hombres y lamentable destruccion de edificios. Cortés corrió en esta ocasion los mayores peligros personales. Los españoles se retiran y vuelven á acometer; son rechazados y tornan á pelear con la misma furia: por espacio de muchos dias se combate sangrienta y encarnizadamente y sin descanso, en tierra y en agua, en la ciudad, en las calzadas y en la laguna. Recibe Cortés numerosísimos refuerzos de las ciudades amigas, y bloquea la capital hasta hacerle sentir el hambre. Pero deseando poner pronto término á tan funesta guerra, dispone un asalto general por tres pun-

tos: él es quien mas avanza salvando zanjas y trincheras; pero suena en el sagrado templo la trompa de Guatimocin, y vomitando las calles innumerables bandas de frenéticos indios, seis vigorosos guerreros se abalanzan hácia el general español, y le derriban herido al suelo; el capitan Olea le salva de la muerte matando dos de aquellos feroces indios, y á costa de caer él moribundo al lado de su gefe. Cortés y sus españoles se retiran con no poca pérdida, venciendo mil dificultades y peligros.

Una noche observaron los españoles dosde su campamento una procesion que se celebraba en la ciudad: entre las filas de los sacerdotes divisaron varios de sus compatriotas prisioneros que conducian desnudos á sacrificarlos al dios de la guerra segun su costumbre, y á que hiciesen despues sabroso manjar de sus carnes los feroces caníbales del átrio del templo. Tan horrendo espectáculo heló de estupor á unos, y encendió en rabia y en desesperacion á otros. Los indios confederados intentan abandonar á los españoles, porque los sacerdotes mejicanos les han enviado á decir que el terrible *Huitzilopochtli*, su ofendida deidad, aplacado con aquellas víctimas, ha vuelto á tomar bajo su amparo á los aztecas, y dentro de ocho dias perecerian todos los españoles. Esta fatídica prediccion fué la que salvó al impertérrito Cortés: «*aguardad*, les dijo, *estemos sin pelear ocho dias*, y *yo os convenceré de la impostura de esos oráculos.*» El convenio

se acepta, trascurre el plazo, los españoles viven, los oráculos quedan desmentidos, y los indios aliados se apresuran á incorporarse confiadamente á Cortés, avergonzados de su credulidad.

Penetran otra vez los españoles y aliados en la poblacion, acosada ya de los horrores del hambre y de la sed, derriban edificios, incendian templos, degüellan sin conmiseracion; y Guatimocin, que no ha querido escuchar proposiciones de paz, determina fugarse para hacer la guerra desde la calzada del Norte. Sandoval, que manda la flotilla española en el lago, advierte que le cruzan muchas canoas atestadas de gente. García Holguin, que conducia el buque mas velero, persigue una de ellas en que le pareció que iban personages de cuenta: al mandar apuntar á sus ballesteros le gritan que no descargue: «*Yo soy Guatimocin*, esclamó un jóven guerrero; *llevadme á vuestro general, solo os pido que no toqueis á mi esposa y á los que me acompañan.*» La nueva de la captura de Guatimocin cunde rápidamente entre los mejicanos, que yertos de estupor cesan en el combate. Hernan Cortés y los españoles quedan apoderados de Méjico (13 de agosto, 1521), despuesde un sitio de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor, y por los horribles padecimientos de sitiados y sitiadores.

Los dias siguientes á la rendicion se invirtieron en limpiar la ciudad de los montones de cadáveres que

la infectaban, en presenciar la marcha de los que habian quedado vivos, aunque estenuados del hambre, en hacer procesiones religiosas, en celebrar banquetes, en solemnizar de mil maneras el triunfo, y en repartirse las riquezas que encontraron. Como estas no correspondieran á las esperanzas de los españoles, prorumpieron en quejas y murmuraciones, y pidieron en tumulto que les fueran entregados Guatimocin y su ministro para obligarlos á declarar donde habian escondido sus tesoros. Cuéntase que puestos á tormento sobre unas parrillas, bajo las cuales habia fuego vivo, como el ministro lanzára un grito de dolor mirando á su soberano: «*Y yo*, esclamó Guatimocin, *¿estoy acaso en algun lecho de rosas?*» Cortés mandó suspender el suplicio del emperador, pero retirósele del brasero para conducirle en el mas miserable estado á una prision, de donde se le sacó á los tres años para ahorcarle en compañía de otros dos caciques, con pretesto ó motivo de ser fautores de una conjuracion.

A la rendicion de la capital no tardó en seguir la sumision de las provincias de aquel vasto imperio. El natural amor á la libertad sugirió á los mejicanos muchas conspiraciones y tentativas para sacudir el yugo de sus dominadores; mas todas eran reprimidas, y no hacian sino acarrear venganzas terribles y crueldades con que muchas veces los opresores se deshonraron. Aun así, la caida del imperio de los aztecas fué grandemente beneficiosa á la humanidad, y aun á ellos

mismos: aunque mas civilizados que otros indios, no dejaban de ser feroces y brutales, vivian en la esclavitud, y sus bárbaros y abominables sacrificios, y sus horrendos banquetes de carne humana, eran sobrados motivos para que la humanidad se felicitára de la conquista. La empresa llevada á cabo por Hernan Cortés y un puñado de valientes españoles, «fué dice un ilustrado y moderno historiador americano, como empresa militar, poco menos que milagrosa, demasiado sorprendente é inverosimil aun para una novela, y sin ejemplo en las páginas de la historia.»

¿Recibió el conquistador todo el premio que merecia su hazañosa empresa? Perseguido por el envidioso y rencoroso Velazquez, y calumniado en la córte de España, muchas veces vió menospreciada su gloria y sus ricos presentes. Sobre tener que luchar constantemente con las ambiciones de sus lugartenientes, el mismo Cárlos V. sospechó de su lealtad, y le hizo circundar de espías, á cuyas demostraciones de injusta desconfianza correspondia Cortés con nuevos servicios. Hizo reedificar la populosa ciudad de Méjico que habia quedado lastimosamente destruida, y la pobló de fabricantes y artesanos, de animales y plantas de España. Sus contínuos disgustos le podrán disculpar en gran parte de la crueldad que muchas veces empleó en la conversion forzosa de los indios á la religion y al culto cristiano.

Lejos de seguir las instigaciones de los que le

aconsejaban que se proclamára independiente, prefirió venir á España á dar esplicaciones de su conducta al emperador Cárlos V. (1528). Este monarca pareció penetrarse del mérito é importancia de sus servicios, le recibió con mucha distincion, le colmó de elogios, y le hizo caballero del hábito de Santiago y marqués del Valle de Guaxaca (1529). Mas con pretesto de dividir convenientemente la autoridad, nombró un virey para Nueva España, conservándole á él el mando militar y la facultad de continuar y estender las conquistas. De vuelta á Méjico se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad y la envidia de los miembros de la audiencia. Para evitar mas disgustos y no sentir tanto la decadencia de su poder, equipó una flota considerable, y partió á hacer descubrimientos en el gran mar del Sur, y descubrió la gran península de la California, y reconoció una parte del golfo que la separa de Nueva España (1536).

Obligado á regresar á Méjico á causa de las disensiones y rivalidades que seguian agitando el pais, volvió á probar las mismas pesadumbres de parte de sus émulos. Cansado de tanta injusticia y de luchar con adversarios tan indignos de él, determinó volver á España, contando con que seria al menos atendido de su monarca como la vez primera. Mas sus ilusiones comenzaron á disiparse pronto al ver el frio recibimiento que se le hizo en la córte (1540). No le sirvió seguir á Cárlos V. y combatir como voluntario en su famosa

expedicion á Argel. Este nuevo servicio no fué mejor pagado que los anteriores; antes bien, con haber perdido en esta guerra, de que luego habremos de hablar, joyas de gran valor, ni aun siquiera se le indemnizó de los 300,000 escudos que habia gastado en su espedicion á California. Llegó á no poder conseguir una audiencia de su soberano. Tratado por el emperador Cárlos V. con el mismo desden y con la misma ingratitud que Cristóbal Colon por Fernando el Católico, un dia aguardó el carruage del emperador, y se abalanzó sobre el estribo: *¿Quién sois vos?* le preguntó el monarca.—*Yo soy*, contestó Hernan Cortés con entereza, *un hombre que os ha ganado mas provincias que ciudades heredasteis de vuestros padres y abuelos.»* Esta noble y altiva respuesta, que encierra una nueva leccion tan sublime como triste, fué la última venganza del gran conquistador.

Mas no por eso mejoró su posicion y su suerte. Lleno de sinsabores y poseido de melancolía, abandonó la córte y se retiró á una soledad cerca de Sevilla. Alli murió en Castilleja de la Cuesta, como otro Gonzalo de Córdoba, á la edad de 63 años (2 de diciembre, 1547), siendo un nuevo y desconsolador ejemplo de la ingratitud de los reyes.

Y no eran estas solas las conquistas con que se agrandaban en el Nuevo Mundo los dominios del afortunado monarca español, que era al propio tiempo en el Mundo Antiguo el mas poderoso de los sobera-

nos. Otros españoles, á fuerza de trabajos y hazañas, le estaban conquistando tambien, en las regiones americanas, imperios no menos vastos y mucho mas ricos que el que acabamos de mencionar.

Entre los aventureros que acompañaron al famoso Ojeda en su espedicion á Tierra Firme, y al afortunado y desdichado Balboa en el dificilísimo paso del istmo de Darien, y entre los que en Panamá se habian establecido con el cruel gobernador Pedrarias Dávila que hizo decapitar á Balboa, se hallaba un español, estremeño tambien como Balboa y Cortés, natural de Trujillo, hijo legítimo del capitan Gonzalo Pizarro, que habiendo pasado su primera edad en la humilde ocupacion de guardar ganado, sin conocer siquiera los rudimentos del arte de la escritura, se habia distinguido por su intrepidez y energía, por su valor en los peligros, y por la aplicacion y la inteligencia natural con que suplia la falta de instruccion, tanto que habia sido ascendido á la clase de oficial y se habia hecho digno y hábil para dirigir y mandar á otros. Este hombre era Francisco Pizarro.

Asociado Pizarro á otros dos españoles, llamados Diego de Almagro, y Fernando de Luque, sacerdote éste último y vicario de Darien, resolvieron, con aprobacion del gobernador, hacer una espedicion al Perú, ofreciéndose cada cual á contribuir con cuanto tuviese para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus compañeros, fué el encargado de mandar

y dirigir la atrevida empresa. Almagro habia de proveerla de tiempo en tiempo de víveres, municiones y refuerzos, y el sacerdote Luque, que se habia enriquecido en Santa María de Darien, costeó los primeros gastos, que importaron 20,000 pesos de oro. Pactaron y juraron repartirse entre los tres por iguales partes los paises que descubrieran y conquistáran, en fé de lo cual el clérigo Luque celebró una misa, en que despues de haber consagrado la hostia la partió en tres pedazos; y comulgando con uno dió otro á cada uno de sus asociados (10 de marzo, 1526). Un solo navío conduciendo ciento doce hombres de tripulacion era toda la fuerza con que Francisco Pizarro se embarcó en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur á conquistar el mayor imperio del mundo.

Errante en su primera espedicion por islas y mares, despues de muchas penalidades y trabajos, de enfermedades y muertes en su escasa tropa, y de incesantes luchas con las olas y con los indios, encontróse otra vez el aventurero enfrente de la isla de las Perlas, en el centro del gran golfo de Panamá. Reforzado allí por Almagro con hombres y víveres, diéronse otra vez los dos á la vela, y mas felices en esta ocasion, llegaron á las costas de Quito, la mas bella y mas vasta provincia del imperio del Perú, y desembarcaron en Tucamas. Pero conociendo ser una temeridad empeñarse en la conquista con tan escasas y debilitadas tropas, resolvieron que Almagro vol-

viera á Panamá á buscar refuerzos, que en efecto llevó á su amigo, pero que tardaron en llegar muchos meses, cuando Pizarro se hallaba ya en la situacion mas triste y desesperada, en una isla desierta con solo trece hombres, todos estenuados, luchando con las agonías del hambre. Con aquel refuerzo tomó rumbo hácia Sudoeste, y al cabo de veinte y un dias de navegacion, ancló en la bahía de la ciudad peruana de Tumbez, donde halló una generosa hospitalidad. Los esploradores fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, y el cacique le envió varios peruanos en canoas con bastimentos de toda clase en vasos de oro y plata, metales que brillaban en abundancia en sus habitaciones. Por lo mismo que mostraba ser un pais tan rico, y al propio tiempo tan populoso, que fuera temeridad intentar su conquista con tan pobres medios y tan poca gente, creyó Pizarro que volviendo á Panamá y enseñando los magníficos vasos de plata y oro y las finísimas telas de lana y algodon que de muestra llevaba, no podria menos de ser auxiliada su empresa (1527). Mas se equivocó en su cálculo; el gobernador se negó á ello; en Pedrarias no tenia confianza; y como los tres asociados hubiesen apurado ya sus recursos, tomaron la resolucion de dirigirse á la córte misma de España, para lo cual pudieron reunir algunos fondos. El encargado de esta comision fué el mismo Pizarro.

A su arribo á Sevilla (1528) se vió encarcelado á

instancias del bachiller Enciso, en virtud de sentencia que éste tenia ganada por cuentas atrasadas con los primeros vecinos del Darien. Pero puesto luego en libertad por órden del gobierno, presentóse en Toledo al emperador Cárlos V. con un aire de dignidad y de nobleza, que nadie habria podido esperar del antiguo guardador de puercos. Encontróse allí con Hernan Cortés, que á la sazon habia ido á justificar ante el monarca su conducta de las calumnias ó sospechas con que se le habia querido mancillar. De modo que el afortunado soberano, á quien los españoles acababan de hacer dueño de Italia y casi árbitro de Europa, daba al propio tiempo audiencia á otros dos españoles, de los cuales el uno ofrecia á sus pies la corona de un vasto imperio en el Nuevo Mundo, y el otro le prometia la adquisicion de otro imperio mas opulento y mas dilatado.

Pizarro le hizo una pintura tan viva, animada y discreta de los paises que habia descubierto y de los trabajos y miserias que habia pasado por ganarlos y difundir en ellos la fé cristiana, que no solo le prestó auxilios, sino que le hizo caballero de Santiago, le nombró gobernador y capitan general de 200 leguas de costa en Nueva Castilla (que asi se llamaba entonces el Perú), con el título de Adelantado de la tierra (26 de julio, 1529), dignidad esta última que se habia comprometido á solicitar para su compañero Almagro, en lo cual procedió ciertamente Pizarro

con tanto esceso de ambicion como falta de nobleza. Don Fernando de Luque fué nombrado obispo de Tumbez y protectór general de los indios en aquellas partes. Cuando Pizarro volvió á Panamá (1530), llevando consigo de Trujillo á cuatro hermanos suyos, indignóse justamente Almagro de la deslealtad de su compañero, y solo por mediacion de Luque, y obligándose Pizarro á no pedir al rey ni para sí ni para sus hermanos otra merced alguna hasta obtener para Almagro otra gobernacion igual que comenzase donde acababa la suya, pudo conseguirse que se reconciliaran de algun modo los antiguos asociados. Con esto Pizarro se dió otra vez á la vela con tres pequeñas naves y ciento ochenta y tres soldados (1531).

Cuando despues de nuevos trabajos y penalidades arribó la flotilla otra vez á Tumbez, lejos de hallar Pizarro la hospitalidad de la vez primera, no encontró sino disposiciones muy hostiles, porque habian llegado á conocimiento de aquellos habitantes las rapacidades cometidas por los españoles en otros puntos. Conoció Pizarro que era forzoso emplear la fuerza, y haciendo una marcha rápida y violenta á la sombra de la noche, sorprendió el ejército enemigo que mandaba el cacique de la provincia, y haciendo evolucionar los caballos, que en el Perú como en Méjico tomaban por monstruos, teniéndolos por una misma cosa con el ginete, y sucediéndole lo que á Hernan Cortés en Tabasco, ahuyentó los enemigos

poseidos de terror, mató algunos de ellos, y recibió pronto una embajada del cacique enviándole regalos y pidiéndole la paz.

El dios que adoraban los peruanos era el sol, al cual estaban consagrados los templos. La luna era tambien para ellos una divinidad de órden inferior. Habia entre ellos cierta comunidad de bienes, de placeres y de trabajos, y al fin de cada año se hacia una reparticion de tierras á cada familia. El imperio de los Incas, hijos del sol, fundado por Manco-Capac y por su muger Mama-Ozello, contaba entonces, segun su tradicion, cerca de cuatro siglos de antigüedad: habíanse sucedido doce reyes, y habíase apoderado últimamente del trono Atahualpa, despues de haber vencido en guerra civil, despojado á su hermano Huascar, y mandado matar á todos los hijos del Sol deque pudo apoderarse.

Avanzando Pizarro desde Tumbez en direccion Sur, fundó á la embocadura de un rio la primera colonia con el nombre de San Miguel. A poco recibió una diputacion de Atahualpa pidiéndole una entrevista, que se verificó en Caxamalca, presentándose el Inca con toda la pompa de un gran soberano. Mas en esta especie de parlamento pacífico, so pretesto de haber menospreciado el Inca los símbolos del cristianismo que le presentó el dominicano Valverde, dió Pizarro la órden de ataque. Al fuego y ruido de los mosquetes y al aspecto de la caballería española,

diéronse á huir aterrados los indios; la muerte sin embargo los alcanzaba, enviada por los arcabuces de los mosqueteros y por las espadas de los ginetes. Pizarro se precipita sobre los que aun defendian á su rey, rompiendo hasta llegar á Atahualpa, á quien hace prisionero asiéndole de un brazo. Las riquezas en oro, plata y telas de que se apoderaron los españoles despues de esta terrible victoria escedieron á cuanto ellos habian podido imaginar (noviembre, 1532).

Encerrado Atahualpa en una pieza de 22 pies de largo por 16 de ancho, ofreció al caudillo español que la llenaria de oro hasta la altura á que él alcanzase con la mano, si á esta costa quisiera restituirle la libertad. Gustosísimo aceptó Pizarro la oferta, y en su virtud el cautivo monarca hizo venir de Cuzco, Quito y otras ciudades del imperio cuanto oro pudo recogerse. Mas como la sala no se llenase con la brevedad que Pizarro apetecia, fué menester que tres soldados españoles pasasen á Cuzco para cerciorarse de que no era irrealizable lo que Atahualpa habia ofrecido. Estos comisionados se quedaron absortos á vista del oro y la plata que en increible abundancia encerraban los palacios del rey y los templos del Sol, y en su sed de enriquecerse arrancaban con sus manos las láminas de oro que cubrian las paredes de los templos, escarneciendo sus dioses, abusando torpemente de las mugeres, y cometiendo toda clase de escesos.

Súpose en esto que Almagro acababa de arribar con refuerzos á la colonia de San Miguel, y Pizarro se apresuró á repartir el oro entre los suyos, tocando á cada uno cuantiosas sumas, que muchos quisieron venir á disfrutar pacíficamente á España. Mas aunque se habia reservado el valor de cien mil pesos á Almagro, quejóse éste amargamente de la desigualdad del repartimiento, y de que Pizarro se habia adjudicado la mayor parte. A fuerza de regalos y promesas aplacó otra vez Pizarro á su compañero, y los dos quedaron nuevamente reconciliados (1533).

Poco valieron al infeliz Atahualpa los sacrificios por su rescate. Denunciado como autor de una conspiracion horrible, por un miserable llamado Felipillo, sometiósele á un tribunal que le condenó á ser quemado vivo. El mismo Pizarro le intimó la sentencia. Lágrimas, ruegos, ofrecimientos, todo lo empleó en vano el prisionero; lo único que hizo Pizarro fué conmutarle la pena de hoguera en la de garrote, y eso porque habia accedido á bautizarse. Asi espió Atahualpa los crímenes con que habia manchado su elevacion al trono. Su muerte produjo la turbacion y la anarquía en el imperio, y su familia fué ferozmente sacrificada por un general ingrato. Aprovechándose Pizarro de este desórden, y habiendo recibido refuerzos de Panamá, avanzó hasta la capital, donde entró con poca resistencia. El oro que hasta entonces habian visto los españoles, era muy poco en

comparacion del que hallaron en Cuzco: este metal llegó á perder su valor hasta entre los soldados.

Noticioso y envidioso de tanta riqueza el capitan Belalcazar, á quien Pizarro habia dejado encomendada la colonia de San Miguel, formó el proyecto de apoderarse por su cuenta de la gran ciudad de Quito, y lo consiguió á fuerza de valor y de constancia, y de superar dificultades que parecian invencibles. Pero engañóse en sus codiciosas esperanzas, pues no solo no encontró el resto de los tesoros de Atahualpa que iba buscando, sino que los habitantes al abandonar la ciudad se habian llevado todos los objetos de algun valor.

Cuando asi marchaba la conquista, hubo motivos para temer que estallára una guerra fatal entre los mismos caudillos españoles. Alvarado, uno de los mas valientes capitanes de Hernan Cortés, noticioso de los triunfos de Pizarro, y no bien hallado con la quietud del gobierno de Guatemala que entonces tenia, corrióse con sus tropas al Perú, y despues de sufrir en su marcha grandes fatigas y horribles padecimientos, presentóse tambien delante de Quito. Salieron á su encuentro Almagro y Belalcazar, y cuando se temia de un momento á otro un choque sangriento entre ambos ejércitos, afortunadamente no faltó quien intercediera con interés y con éxito en favor de la paz, y contentándose Alvarado con un donativo de cien mil pesos como indemnizacion de los gastos de su es-

pedicion, prometió renunciar á todo proyecto contra el Perú y volverse á su gobierno de Guatemala. Pizarro, que deseaba tambien libertarse de un rival tan temible, le hizo presente de otra igual suma, y Alvarado agradecido le dejó al retirarse casi toda la tropa que mandaba (1534).

Entonces fué cuando Francisco Pizarro se dedicó á realizar el proyecto que habia formado de fundar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la residencia de su gobierno. Eligió para ello un valle agradable y fértil, y ejecutáronse con tal actividad las obras, que en un momento se vió levantada como por ensalmo una gran poblacion con palacios y casas magníficas. Esta ciudad era Lima (1535).

Habia entretanto venido á España su hermano Fernando con el oro y la plata que constituia el quinto del emperador, y que se elevaba á una cuantiosísima suma. La nacion y su monarca participaron de igual regocijo, y no habia elogios que no se prodigáran al conquistador del Perú. Diósele el título de marqués de los Charcas, y se le confirmó el de gobernador de aquellas regiones, que se nombraron Nueva Castilla, estendiendo su jurisdiccion á otras setenta leguas mas de la costa meridional. A Almagro, ademas del título de adelantado, se le dió el gobierno independiente del gran territorio de Chile, aunque no conquistado todavía. Estos nombramientos produjeron vivas disputas entre los dos conquistadores, que estuvieron á

punto de dar el lamentable espectáculo de una guerra civil. Avenidos al fin por tercera vez los dos caudillos, y confirmado su ajuste en los altares con juramento solemne, Almagro partió para las deliciosas y fértiles regiones de Chile, donde no nos es posible seguirle en todos los obstáculos que tuvo que superar, ni en sus luchas con los audaces y robustos chileños.

Una insurreccion general de los peruanos contra los opresores de su pais, á cuya cabeza se puso el Inca Mango, estalló de la manera mas imponente. Por todas partes eran degollados los destacamentos españoles que cobraban los tributos en las provincias. Un ejército de doscientos mil insurrectos se dirige á atacar á Cuzco, otro casi igual acomete á Lima. De los tres hermanos Pizarros que defendian á Cuzco, Juan, Fernando y Gonzalo, el primero muere de una pedrada, los otros dos son acorralados en un barrio de la ciudad. Todas las partidas que el marqués Francisco Pizarro envia en su socorro, son acuchilladas en el camino, y él tiene harto que hacer con atender á Lima. Por fortuna llega al valle de Jauja con un refuerzo considerable Alfonso Alvarado, hermano del gobernador de Guatemala, y con su auxilio derrota el intrépido conquistador del Perú el ejército sitiador de Lima, ahuyentándole á la montaña. Pero en esto Diego de Almagro, discurriendo que en su gobierno debe estar comprendida la provincia de Cuzco, mar-

cha desde Chile con su ejército derecho á aquella ciudad, sorprende y derrota á los peruanos que ocupaban la mayor parte de la poblacion, hace prisioneros á los dos Pizarros encerrados en un barrio de ella, revuelve contra Alvarado que marchaba á socorrerlos, seduce sus tropas en Abancay, y le hace prisionero tambien. Aconséjanle que quite la vida á los tres ilustres presos, pero Almagro rechaza la proposicion, y se mantiene en Cuzco en espectativa de la resolucion qne tomará Francisco Pizarro (1537).

El imperio del Perú se vé dividido entre dos antiguos compañeros asociados con juramento, ahora terribles enemigos, que dominan en sus dos capitales, Almagro en Cuzco, y Francisco Pizarro en Lima.

En tan crítica situacion, Pizarro, sin perder su serenidad, recurre para vencer á su adversario á mañosas y artificiosas negociaciones, entretiénele con proposiciones engañosas de reconciliacion, hasta que lograda la reunion de sus dos hermanos y de Alvarado, y recibidos considerables refuerzos, declara abiertamente á Almagro que está resuelto á que se decida la cuestion con las armas. Almagro, anciano ya, achacoso y herido, ordena que sus tropas al mando de su teniente, el valeroso Rodrigo Ordoñez, le esperen en el campo de las Salinas á media legua de Cuzco. Se da un combate sangriento entre los dos ejércitos españoles; el de Almagro flaquea; Ordoñez cae prisionero, y un soldado le corta la cabeza de un

sablazo con bárbara ferocidad: el ejército de Almagro queda vencido (26 de abril, 1538). El mismo Almagro, testigo de la derrota desde un recuesto en que estuvo presenciando la batalla, busca su salvacion en la fuga, pero es alcanzado y preso, y conducido con cadenas á Cuzco, que se rinde sin resistencia al vencedor. Su muerte es lo único que púede saciar la venganza de los Pizarros. Acusado del delito de alta traicion y sometido á un tribunal, ya se sabía que los jueces le habian de condenar á la última pena. El anciano guerrero se siente abatido por la primera vez de su vida; invoca los recuerdos de su antigua amistad con Pizarro, implora compasion, alega la generosidad con que él se ha conducido con los hermanos Pizarros que tuvo en su poder, enseña su blanca cabellera por la cual ha pasado la nieve de setenta y siete inviernos, interesa y enternece á los soldados, pero no ablanda el empedernido corazon de los Pizarros. «Pues bien, esclama recobrando súbitamente su antiguo valor, libradme de esta vida, y sáciese vuestra crueldad con mi sangre.» Este hombre insigne sufrió la muerte de garrote en la prision, y su cabeza fué cortada despues en la plaza pública de Cuzco.

La crueldad de los Pizarros indignó á muchos, suscitó vengadores, y no faltó quien denunciara sus tiranías á la córte de España. Fernando Pizarro que se presentó en ella á defender su conducta y la de

sus hermanos, escandalizó con el lujo mas que régio de que hacía ostentacion, y en vez del resultado favorable que confiaba conseguir, se creyó conveniente asegurar su persona, y fué arrestado primeramente en el alcázar de Madrid, y trasladado despues al castillo de la Mota de Medina del Campo. Se envió al Perú en calidad de comisario régio á Vaca de Castro, hombre pundonoroso, severo é incorruptible, investido con las facultades de poner en otras manos el gobierno del Perú si lo creyese conveniente, y con la comision de residenciar la conducta de Pizarro, que seguia ejerciendo alli un despotismo insolente, y distribuyendo á su arbitrio entre sus parientes y favoritos las tierras mas fértiles y mejor situadas.

Mas antes que llegase el comisionado régio, otros se habian encargado de juzgar á Pizarro de una manera menos legal pero mas enérgica. Un oficial instruido y hábil llamado Juan de Rada, con quien se habia educado un hijo del desgraciado Almagro, jóven que revelaba la misma firmeza de carácter que su padre, hizo su casa el centro y foco de una conspiracion para matar á Pizarro y sus allegados. El astuto Rada tuvo ardid para tranquilizar al gobernador sobre las sospechas que ya le habian hecho concebir de la conjuracion; y tal era la confianza de Pizarro, fiado en su máxima: «el poder que tengo para cortar la cabeza á los demas, garantiza la mia», que aunque recibió diferentes avisos, hasta del dia

en que se habia de ejecutar el proyecto, siempre le tuvo por imaginario, y la única precaucion que tomó aquel dia fué no salir de casa, y hacer que le dijeran la misa (que era domingo) en su palacio. Por lo demás comió á la hora de costumbre con los oficiales que tenia convidados (26 de junio, 1541).

Aprovechándose el intrépido Rada de aquella imprecaucion, sale de casa del jóven Almagro con diez y ocho de los conjurados, y lanzándose á la calle con las espadas desnudas al grito de «¡viva el rey! muera el tirano!» que era la señal convenida, acuden los demas conjurados y se precipitan todos al palacio del gobernador. Tal era el odio á la dominacion de Pizarro, que al verlos las gentes pasar por la plaza, se decian unos á otros con indiferencia: «estos van á matar al marqués, ó al secretario Picado.» Pizarro, á quien acompañaban solamente su hermano Francisco, un caballero y dos pages (los demas habian desaparecido al ruido de los agresores que penetraban en su aposento), se arma repentinamente, y sin tiempo para ajustarse la coraza, empuña su escudo y su espada, y gritando: «valor, amigos, y á ellos, que traidores son!» se lanza sobre ellos, y se empeña una lucha desigual, y mas desesperada que provechosa. Su hermano cae muerto á sus pies, y él mismo despues de parar muchos golpes, fatigado ya y rendido su brazo, recibe una estocada en el cuello, y el vencedor de tan innumerables huestes en los campos de

batalla sucumbe en su aposento á manos de uno de sus oficiales.

Asi pereció el célebre Francisco Pizarro, hombre singular, que con solo su valor y su natural talento, falto de toda clase de instruccion y sin haber llegado á saber escribir su nombre, que tenia que poner su secretario entre dos rasgos que para firmar trazaba él con su pluma, llegó á conquistar dilatados reinos y á gobernarlos y dirigirlos.

Los conjurados se derramaron por la ciudad con las espadas ensangrentadas anunciando la muerte del tirano, y proclamando al jóven Almagro único y legítimo gobernador del Perú. «Si entonces el viejo Almagro, dice un erudito historiador español, pudiera levantar la cabeza y contemplar á su hijo sentado en aquella silla y debajo de aquel dosél, gozára en su melancólico sepulcro algunos momentos de satisfaccion y de alegría. ¡Pero cuán cortos fueran, y cuán acerbos despues á su corazon paternal! Veríale, al frente de un partido furioso, sin talento para dirigir y sin fuerza para contener: divididos sus feroces capitanes, y matándose desastradamente unos á otros sin poderlo él estorbar: arrastrado por ellos á levantar el estandarte de la rebelion y á pelear contra las banderas de su rey: vencido y prisionero, pagar con su cabeza en un patíbulo la temeridad y yerros de su mal aconsejada juventud; y llevado por fin á la sepultura de su padre, con quien se mandó enterrar,

pudieran ver los dos en sus comunes infortunios cuán peligroso poder es el que se adquiere con delitos.»

No nos compete á nosotros proseguir la historia de aquellas regiones, y aun hemos llegado hasta aqui por no dejar de dar noticia del fin que tuvieron los dos mayores y mas famosos conquistadores del Nuevo Mundo despues de Cristóbal Colon.

Asi mientras Cárlos de Austria destruia las libertades en Castilla, dos castellanos le estaban conquistando vastos imperios en el Nuevo Mundo, y mientras unos españoles le aprisionaban reyes en Europa y en Africa, en Pavía, y en Tunez, otros españoles encarcelaban y enjaulaban emperadores y soberanos y derrocaban tronos en las regiones trasatlánticas y sujetaban al cetro de Cárlos V. dominios sin límites [1].

(1) El que desee noticias mas estensas acerca de la conquista de Méjico, que á nosotros, en conformidad al objeto y plan de nuestra obra, no nos incumbia sino apuntar, hallará cuantas pudiera apetecer en los autores y escritos siguientes: Bernal Diaz del Castillo, Historia de la Conquista.—Lopez de Gomara, Crónica de las Indias.—Antonio de Herrera, Historia general de las Indias.—Itinerario de la isla de Yucatan, por el capellan de Juan de Grijalva, MS.—Fr. Bartolomé de las Casas, Historia general de las Indias.—Solis, Historia de la conquista de Méjico.—Memorial de Benito Martinez contra Hernan-Cortés, MS.—De Rebus gestis Ferdinandi Cortesii, MS.—Declaracion de Puertocarrero, MS.—Declaracion de Montejo, id.—La Carta de Veracruz, id.—Martir de Anglería, De orbe novo, y de Insulis nuper inventis.—Oviedo, Hist. nat. y gener. de las Indias.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Clavigero, Stor. del Messico.—Tezozomoc, Cron. Mejicana.—Sahagun, Hist. de Nueva España.—Robertson, Hist. de América.—Moratin, Las Naves de Cortés.—Prescott, Hist. de la Conquista de Méjico.—Con respecto á la del Perú, pueden verse las siguientes: El P. José Acosta, Historia natural de las Indias.—Pedro Mártir de Anglería: De Rebus Occeanicis decades.—Relatione d'un capitan spagnuolo della conquista del Perú.—Pedro de Cieza de Leon, la Chronica del Perú.—Paul

Chaix, Histoire de l'Amerique Meridionale.—Frezier, Voyage aux côtes du Perú, du Chili, et du Brésil.—Garcilaso de la Vega, Historia de los Incas.—Garcilaso de la Vega, Historia de las Guerras civiles de los españoles en las Indias.—Antonio de Herrera, Hist. general de las Indias Occidentales.—Wasingthon Irving, Los compañeros de Colon.—Gonzalo de Oviedo, Hist. general de las Indias Occidentales.—William Prescott, History of the Conquest of Perú.—Ramusio, Viage de Francisco Pizarro, etc.—Ternaux-Compans, Voyages, relations et memoires, etc.—Ulloa, Memorias filosóficas, históricas y físicas de América.—Juan Velasco, Hist. del reino de Quito.—Francisco de Xerez, Conquista del Perú y de la provincia de Cuzco.—Agustin de Zárate, Historia del Descubrimiento y conquista del Perú—Quintana, Vidas de Españoles célebres, Francisco Pizarro.

En la Coleccion de documentos inéditos, tomos 1, 2 y 4, artículos Cárlos I., Hernan Cortés, Benito Martinez, Montejo, Pámfilo de Narvaez, Velazquez (don Diego y don Antonio), y otros varios, se encuentran muy interesantes y curiosos documentos, relativos á la conquista de Nueva España y á la vida del famoso conquistador.

CAPITULO XIX.

CARLOS V. SOBRE TUNEZ.

1535.

Alarma en que Barbaroja habia puesto las naciones cristianas.—Quién era Barbaroja: sus famosas piraterías: su elevacion y encumbramiento.—Cómo se hizo rey de Argel.—Hácese gran almirante de Turquía.—Conquista á Tunez.—La Europa asustada vuelve los ojos á Cárlos V.—Proyecta el emperador pasar á Africa.—Grandes preparativos.—Naciones y flotas que concurren á la empresa.—Parte la grande armada de Barcelona.—Cárlos y su ejército en Africa.—Célebre sitio y ataque de la Goleta.—Porfiada resistencia de los de Barbaroja.—Fuerza numérica de cristianos y moros.—Combates: hazañas.—Rasgo de nobleza del emperador.—Terrible tempestad —Preséntase en el campamento imperial el destrozado rey de Tunez, Muley Hacen.—Trabajos que pasaron los cristianos.—Ataque general de la Goleta.—La toman.—Marcha el ejército imperial sobre Tunez.—Jornada penosa.—Disposiciones de Barbaroja para la defensa.—Espera á los imperiales fuera de la ciudad.—Derrota y retirada de Barbaroja.—Huye de Tunez.—Hecho notable de los cautivos cristianos.—Entrada de Cárlos V. en Tunez.—Saquéo: escesos de la soldadesca.—Repone á Muley Hacen en el trono, y con qué condiciones.—Sale el emperador de Africa y pasa á Italia.—Fama y reputacion que ganó con esta espedicion Cárlos V.

Volviendo ya á los sucesos que acá en el Antiguo Mundo dejamos pendientes, y en que andaban en-

vueltos el monarca y la nacion española, el lector recordará que en el capítulo XVII. quedaba el emperador Cárlos V. preparándose para nuevas y mas ruidosas espediciones que las que acababa de ejecutar. Tal fué en efecto la que emprendió luego contra el famoso pirata argelino Barbaroja, que traia alarmadas y poseidas de espanto las naciones de la cristiandad. Daremos algunas noticias de los hechos que habian dado ya celebridad á este terrible corsario, y de los antecedentes que motivaron la empresa del monarca español.

Dos hermanos, Horuc y Haradin, hijos de un alfarero de la isla de Lesbos, llevados de su genio inquieto y de su aficion á la vida aventurera, abandonaron el humilde y pacífico oficio de su padre, y lanzándose atrevidamente al mar, se dieron á ejercer la piratería (1515). Su actividad y su arrojo los hicieron primeramente dueños de un bergantin que lograron apresar, y á fuerza de valor y de destreza, ayudados tambien de una buena suerte, fueron haciendo tantas presas que llegaron á reunir una flota de doce galeras y varios buques menores. A poco tiempo era ya su nombre el terror de los navegantes, é infundia espanto desde el estrecho de los Dardanelos hasta el de Gibraltar. Acometian con frecuencia las costas de Italia y de España, y el fruto de sus rapiñas iban á venderlo á bajos precios á los puertos de Berbería, donde eran por lo mismo bien recibidos. Al paso que

crecia su poder, crecia tambien su ambicion, y no careciendo de talento, elevaban ya sus pensamiensos á mas altas aspiraciones que la de ser simples piratas. La ocasion no tardó en venírseles á la mano. El rey de Argel reclamó su ayuda para apoderarse de un fuerte que los gobernadores españoles de Orán habian construido cerca de su capital. Los dos hermanos corsarios, dueños ya de una respetable armada, acudieron en socorro del argelino con cinco mil hombres de desembarco, que fueron recibidos en Argel como libertadores. Aprovecháronse allí del descuido y cònfianza de los moros, y asesinando secretamente al rey que habia invocado su auxilio, Horuc, el mayor de los dos hermanos, se hizo proclamar rey de Argel. Su política como soberano, su respeto á las costumbres del pais, su liberalidad con los que se le mostraban adictos, y su rigor con los que se le manifestaban desafectos, le fueron asegurando el trono y haciendo olvidar el criminal orígen de su poder.

No satisfecha con esto la ambicion de Horuc, acometió á su vecino el rey de Tremecen, le venció en batalla, y agregó á su reino aquellos dominios. Y como continuase al mismo tiempo sus depredaciones por el litoral de Italia y de España, envió Cárlos V. tropas al marqués de Gomares, gobernador de Orán, para que en union con el destronado rey de Tremecen hiciese la guerra al terrible Horuc. Condújose en ella el caudillo español con tal energía, que despues

de haber derrotado en varios encuentros las tropas del usurpador, le obligó á encerrarse en Tremecen, y al querer éste escaparse de la ciudad, fué sorprendido y atacado, y murió peleando con un esfuerzo digno de la alta reputacion de que ya por su valor gozaba.

Quedaba su segundo hermano y compañero Chairadin ó Haradin, mas conocido por el nombre de Barbaroja, por el color de su barba, no menos ambicioso, ni de menos resolucion y talento que su hermano. Dedicóse éste al arreglo interior de su reino, sin renunciar por eso á las espediciones marítimas, y á estender sus conquistas por el continente de Africa. Y á fin de ponerse á cubierto de los ataques de las armas cristianas, y de las sublevaciones de los árabes y moros de mal grado á su poder sometidos, puso sus estados bajo la proteccion del sultan de Constantinopla, Soliman II. Este á su vez, habiendo sufrido la armada turca algunas derrotas por las naves imperiales qne mandaba el ilustre genovés Andrea Doria, creyó que el único que por su valor y pericia en el mar podia contrarestar la pujanza de aquel famoso marino era Barbaroja, en cuya virtud le ofreció el cargo de almirante de la armada turca. Con esto pasó Barbaroja á Constantinopla, donde despues de haber hecho algunas presas en el camino, entró con cuarenta velas, siendo grandemente recibido por el sultan, y agasajado por el visir y por los bajáes.

Tuvo no obstante Barbaroja que luchar con cierta oposicion y vencer ciertas intrigas de córte, pero manejándose, no ya con la rudeza de un corsario sino con la astucia de un cortesano y de un hombre político, consiguió su nombramiento de gran almirante, y que le dieran posesion de las galeras, poniéndole el mismo sultan en la mano el alfange y el pendon real, en señal del poder absoluto de que le investia en los mares y puertos á que arribase.

Uno de los grandes proyectos de Barbaroja y en que acertó á inducir al sultan, fué apoderarse del reino de Tunez, el mas floreciente de la costa de Africa en aquel tiempo. Contaba para esto con las discordias que destrozaban aquel reino, gobernado por el traidor Muley Hacen, que habia subido al trono asesinando á su padre y á sus hermanos, uno de los cuales, llamado Al-Raschid, logró salvarse refugiándose en Argel bajo el amparo de Barbaroja, que le llevó consigo á la capital del imperio otomano. Bajo el pretesto pues de colocar en el trono al fugitivo príncipe, proyectó Barbaroja conquistar el reino tunecino y agregarle al imperio de la Sublime Puerta. La idea no podia dejar de ser bien acogida por Soliman, el cual le facilitó gustoso todo lo necesario para la empresa. Al mismo tiempo el pérfido corsario hacia creer al desgraciado Al-Raschid que todo el aparato de guerra y de conquista qne veia se dirigia á recobrar para él el reino de que injustamente

le habia despojado su hermano. Mas cuando llegó el caso de salir la espedicion, el engañado príncipe se quedó arrestado de órden del sultan, ó mejor dicho, como sepultado, pues se no supo ya mas de él.

Partió, pues, el ya famoso Haradin Barbaroja del puerto de Constantinopla con grande armada, que algunos hacen subir á 250 velas, con buen número de genízaros y soldados turcos, y no pequeña provision de dinero, todo prestado por el sultan; y despues de haber corrido y devastado las costas de Italia, tomó rumbo á Africa y se presentó delante de Tunez, cuando menos se le esperaba. Apoderóse desde luego del fuerte de la Goleta que domina la bahía. Disgustados los tunecinos del gobierno tiránico de Muley Hacen, y creyendo que iba en la armada el príncipe Al-Raschid, levantáronse contra su rey, que tuvo que salir de la ciudad sin poder sacar sus joyas ni dinero, y abrieron las puertas á Barbaroja. Cuando vieron que los soldados turcos no aclamaban sino á Soliman, y que Al-Raschid no parecia, convencidos ya de la traicion tomaron furiosamente las armas contra los invasores que de aquella manera los habian burlado. Por de pronto pusieron en bastante aprieto á Barbaroja y los suyos, pero el antiguo corsario, que tenia ya no menos de hábil guerrero que antes habia tenido de terrible pirata, supo manejarse de manera que envolviendo á los moros y haciendo en ellos gran matanza los obligó á pedir tregua, les persuadió de que habia

ido á darles mejor rey que el que tenian, les prometió muchas mercedes, y les hizo reconocer á Soliman por su soberano y á él mismo por su virey, asegurándoles, que cuando no estuvieran contentos con Soliman les daria á Al-Raschid (agosto, 1533).

Lo primero de que cuidó el conquistador, fué de fortificar mas la Goleta, abriendo á mayor abundamiento una gran zanja entre la fortaleza y la ciudad, por donde entraba el mar haciendo un rodeo de tres ó mas leguas, y servia de ancho y cómodo puerto de abrigo para sus naves. Con esto, y con dominar tan vasto país, resolvió marchar sobre Sicilia con la armada turca y con cuantos corsarios pudo juntar, amenazando tambien á Nápoles y poniendo en cuidado todas las potencias, que no podian ver sin susto la aproximacion de tan audaz y poderoso enemigo.

En su general temor todas volvian los ojos al emperador y rey de España, como el único capaz de abatir la pujanza de aquel nuevo y formidable perseguidor de la cristiandad. Y en efecto, sobre ser Cárlos el mas poderoso príncipe, era tambien el mas interesado, puesto que los mas espuestos á las depredaciones del rey pirata eran sus estados de Cerdeña, de Sicilia, de Calabria, todos los dominios de Italia, de Africa, y aun de España. Así lo comprendió el emperador, y por lo mismo se preparó á quebrantar, y aun á aniquilar si podia, el creciente poder de Barbaroja. Desde luego envió á su criado el genovés Luis de Pre-

sendes á Tunez, para que, fingiéndose un comerciante siciliano que iba á vender sus mercaderías, con la facilidad que le daba su conocimiento del idioma y de las costumbres del pais, como hombre que habia vivido algun tiempo en Africa, sondeara con sagacidad y cautela la situacion del rey y del reino, intrigára y sobornára si podia, é indagára sobre todo cómo y por qué medios podria mejor ser atacado; á cuyo efecto le dió una larga instruccion (14 de noviembre, 1534), prescribiéndole la manera cómo habia de manejarse en cada caso [1]. Este emisario fué tan desafortunado en su mision, que habiendo sido descubierto y denunciado á Barbaroja por un morisco español, fué inmediatamente degollado, arrastrado por las calles y quemado fuera de los muros de Tunez.

Despachó luego el emperador á Italia (6 de diciembre, 1534) á su gentil-hombre Tello de Guzman con cartas para el príncipe Andrea Doria [2], para su embajador en Roma, conde de Cifuentes, y para el mismo pontífice, excitando á todos estos á que en union con las demas príncipes italianos se apercibiesen y preparasen, segun las fuerzas de cada estado, á ayudarle en la espedicion que meditaba contra Barbaroja, poniéndose de acuerdo y bajo la direccion del gran marino Andrés Doria para el tiempo, órden y

(1) Sandoval inserta esta instruccion en el libro XXI. de la Historia del Emperador Cárlos V.

(2) Decimos indistintamente Andrés ó Andrea Doria, porque de ambas maneras se escribe en las historias el nombre bautismal del ilustre genovés, españolizándole unos, y conservando otros su originaria terminacion.

lugar en que cada cosa habia de estar aparejada, como negocio grave y que interesaba á la cristiandad entera. Con el propio objeto escribió á los vireyes de Nápoles, Sicilia y Cerdeña, al marqués del Vasto, Antonio de Leiva y otros generales, ordenándoles aprestasen cuánta gente, navíos y armas pudiesen, mientras por acá el marqués de Mondejar, capitan general del reino de Granada, recogia de órden del emperador hombres, naves y bastimentos, y los tenia listos en los puertos de Andalucía para la proyectada empresa.

Tan á su cargo y con tanto interés la habia tomado el emperador, que á principios del año 1535 se hallaron dispuestos dos mil quinientos españoles de los veteranos de Nápoles, ocho mil tudescos, otros ocho mil italianos, y hasta ocho ó diez mil españoles con una gran parte de la nobleza. El rey de Portugal quiso tambien ayudar á la espedicion con su gente y sus naves (1). Solo Francisco I. de Francia, de quien

(1) En la Biblioteca del Escorial, códice de Misceláneas, ij—V—4. se halla un opúsculo con el título de: «Tratado de la memoria que S. M. envió á la Emperatriz nuestra Señora del ayuntamiento del armada, reseña y alarde que se hizo en Barcelona, etc.» en que se da noticia de los buques aprestados para la espedicion de Tunez en los términos siguientes:

«El Marqués del Gasto (Vasto) es salido de Génova con 45 naos gruesas, entre las cuales vienen muy hermosas carracas: en las cuales vienen ocho mil alemanes y dos mil y quinientos españoles de los viejos que estaban en Italia... Andrea Doria trajo 17 galeras, y en ellas mil y ochocientos hombres de guerra, y en cada galera ciento cincuenta hombres de remos.—Don Alvaro de Bazan 15 galeras, con la misma órden.

Las galeras de Italia.

«El papa 9 galeras.—Génova 8 galeras.—Nápoles 4 galeras.—La Religion 6 galeras.—Cecilia 4 galeras.

ya se sospechaba ó sabía que llevando hasta un estremo abominable su rivalidad con Cárlos andaba en tratos y connivencias con el gran turco, no solo se negó á las escitaciones del César y del Pontífice, sino que dió aviso á Barbaroja y al sultan de todo lo que el emperador preparaba y del objeto que se proponia. Con este aviso tomó Barbaroja las mas eficaces disposiciones para resistir la acometida de las armas cristianas. Púsolo todo en conocimiento de Soliman para que le diera su auxilio: llamó toda la gente de guerra de Tunez, de Argel, de Tremecen y de los Gelbes; amplió y fortificó mas la Goleta, haciendo trabajar en ella hasta nueve mil cautivos cristianos y la tercera parte de los vecinos de Tunez cada dia; colocó dentro del grande estanque sus galeras armadas, y solo dejó fuera quince para ocurrir á lo que necesario fuese.

El monarca español por su parte, cuando todo

«Otros señores grandes de Italia, cada uno con lo que puede: que son por todas setenta galeras. En estas viene la gente de Italia que vienen con las naos y con el marqués del Gasto (Vasto).

«El rey de Portugal envió 23 carabelas muy ataviadas con dos mil hombres de guerra, y un galion muy hermoso.

«De Vizcaya 23 zabras con mil y quinientos hombres de guerra, y dos galeones.

«Aqui en Barcelona y en estas costas se han tomado 80 escorchapines para caballos y otras cosas.

«Saldrán de aqui con S. M. y sus guardas y gente de su casa, y señores y caballeros, y otros muchos aventureros: de esta tierra gran número de gente que no se puede contar al presente, y todos muy bien acompañados, que es cosa muy admirada. Y cada dia viene mas gente, portugueses y españoles.»

Mas arriba se lee: «De Málaga vienen 80 naos, las cuales están en Salou... en las cuales vienen ocho mil hombres de paga y mil ginetes, que por lo menos no hay ninguno que no trae uno ó dos consigo, de manera que en esto serán quince mil hombres.»—Coleccion de documentos inéditos, tom. I.

lo tuvo ordenado, partió de Madrid (abril, 1535) y se encaminó á Barcelona á recoger la armada y dar calor á la empresa que habia de dirigir personalmente.

Nombró á la emperatriz gobernadora de España é Indias, y le dejó las instrucciones convenientes para el gobierno de los estados [1]. La primera que arribó á la playa de Barcelona fué la flota portuguesa, compuesta de veinte carabelas, mandadas por el general Antonio de Saldaña, con el infante don Luis, hermano de la emperatriz, y la flor de la juventud y de la nobleza de Portugal, lujosamante vestida. Llegó luego el ilustre genovés, príncipe de Melfi, Andrés Doria, general de la armada, con veinte y dos galeras perfectamente estibadas y artilladas, distinguiéndose la capitana por sus veinte y cuatro banderas de tela de oro con las armas imperiales, y yendo todas enramadas de forma que cada cual semejaba desde lejos un jardin. A los pocos dias apareció don Alvaro de Bazan con las galeras españolas encomendadas á su mando. La gente de embarque que se juntó en Barcelona era tanta, y tanta la que acudió á ver tan lucida flota, que no cabia en la ciudad ni se podia andar por las calles. Encontrábase alli casi toda la grandeza de Castilla, casi todos los caballeros y nobles de España, con multitud de religiosos y clérigos, mercaderes y artesanos de todos los oficios, todos con deseo de embarcarse

(1) Instruccion de Cárlos V. á la emperatriz su esposa al salir á la espedicion contra Tunez: Coleccion de documentos inéditos, tom. III.

y de tomar parte en la empresa. Y el dia que el emperador hizo muestra de toda la gente (14 de mayo), vióse tal gala en los trages, libreas y paramentos de hombres y caballos que era maravilla distinguiéndose entre todos el emperador con la cabeza descubierta y una maza de hierro dorada en la mano. Ademas iban á su lado varios pages, llevando cada cual una de las armas que el César podia usar en la guerra, uno el almete, otro la lanza de armas, otro la gineta, la rodela otro, otro la ballesta, el arcabuz otro, y otro un arco con flechas [1].

Dióse la órden para el embarque, y tanto era el afan por ir en esta ruidosa espedicion, que por mas que se acordó en consejo de guerra no consentir que fuese sino la gente útil para la pelea, no bastó todo el rigor á evitar que se ingiriese gente inútil y embarazosa, y hasta cuatro mil y mas mugeres, «que no hay rigor, dice á este propósito el historiador obispo, que venza y pueda mas que la malicia.» Todavía antes de darse á la vela mandó el emperador hacer una procesion solemne, sacando de la catedral el Santísimo Sacramento, y en el cual llevaron las cuatro varas del pálio una el infante don Luis de Portugal, otra el duque de Calabria, el duque de Alba la otra,

(1) En el mismo citado opúsculo de la Biblioteca del Escorial se refiere el alarde que hizo el emperador en Barcelona de todas las tropas destinadas á la espedicion de Tunez, y se describe minuciosamrnte el trage de gala que llevaba cada grande y cada caballero, con los hombres de armas, pages y demas que acompañaban á cada uno.

y otra el emperador mismo. Aun no contento con esto, hizo un rápido viage á visitar la santa imágen de Nuestra Señora de Monserrat, de que era muy devoto, confesó y comulgó allí, y se volvió con la misma precipitacion á Barcelona. Al fin, el 30 de mayo (1535) sonaron por la ciudad las trompetas anunciando la proximidad de la partida: el emperador oyó misa en Nuestra Señora del Mar, embarcóse en la galera Bastarda, dispuesta y adornada por Andrés Doria con multitud de vistosas banderas, en que se veian bordadas armas y escudos y se leian versos de los salmos; retumbó la artillería de la ciudad, resonaron las músicas, y dadas las velas al viento partió la armada, y haciendo escala en las Baleares arribó á Cagliari (Caller), capital de Cerdeña (11 de junio), donde se le incorporó el marqués del Vasto con las naves y gente de Nápoles y de Sicilia, con la infantería alemana, y con las galeras del Santo Padre. De modo que se juntaron allí hasta veinte y cinco mil infantes y dos mil caballos, sin contar los cortesanos y aventureros; y entre naves grandes y pequeñas, galeras, galeones, carabelas, fragatas, fustas, bergantines y tafurcas, se reunieron hasta cuatrocientas veinte velas [1]. El emperador mandó que nadie saliese de la nave en que habia venido, bajo pena de la vida, y publicó un pregon

(1) Carta del emperador al marques de Cañete, virey de Navarra, desde Barcelona á 9 de mayo, dándole cuenta de su viage y proyecto, y encargándole obedeciese en todo á la emperatriz.—Sandoval, Hist. de Cárlos V., lib. XXII.

tomando bajo su amparo á los hombres de todas las naciones que componian su ejército, y ordenando á todos que hicieran treguas entre sí los que fuesen enemigos, hasta que terminase la guerra de Africa.

Continuó la grande armada con próspero viento desde Cagliari (13 de junio), navegando á la vanguardia los portugueses, á retaguardia don Alvaro de Bazan, y el César en medio. Cuéntase que le preguntaron quién habia de ser capitan general en aquella guerra, y que enseñando un crucifijo levantado en alto respondió: «*Este, cuyo alférez soy yo.*» Arribó la escuadra á la costa africana, y desembarcó una parte de la tropa en Puerto Farina, donde estuvo la antigua ciudad de Utica, que dió nombre al severo Caton. Una gran parte del ejército imperial tomó despues tierra y estableció su campamento sobre las ruinas de la famosa Cartago, en otro tiempo dominadora de Africa y de gran parte de España. Desde alli el emperador envió al marqués del Vasto y al de Aguilar á reconocer la Goleta, distante solo unas cinco millas, mientras las galeras de Andrés Doria ganaban una torre llamada del Agua, por contener dentro ocho pozos de agua dulce.

Sorprendido se quedó Barbaroja cuando supo que en aquella armada iba en persona el emperador de los cristianos, cosa que no creia en la estacion de verano tan rigurosa en Africa y tan peligrosa para los europeos. Disimuló no obstante, y le dijo á uno de sus pri-

vados: «*Yo te prometo que esa tan poderosa armada que has visto venir no la verás volver, y cuanto mayor sea, tanto mas rico despojo espero de ella.*» Hizo luego alarde de su gente, y halló que tenia ocho mil turcos, ochocientos genízaros, siete mil flecheros moros, otros siete mil armados de lanzas y azagayas, y ocho mil alárabes que montaban los caballos en pelo á estilo de los antiguos númidas. Encerró en la alcazaba todos los cristianos cautivos; mandó salir de la ciudad en el término de tres dias á los que no tuvieran valor para esperar, juntó los capitanes de mar y tierra, arengó á todos, pasó á reforzar la guarnicion de la Goleta, cuya defensa encomendó al judío Sinan, renegado, el mas valiente de sus piratas, diciéndole que en ello estaba el reino, la honra y la vida, y se volvió á Tunez.

Despues de algunos dias de escaramuzas por mar y por tierra á las inmediaciones de la Goleta y de la ciudad, en que se hicieron de una y otra parte algunos daños y algunas presas (1), determinó el emperador atacar primeramente la Goleta (2), como llave que era de la ciudad, y aun de todo el reino, á pesar

(1) Cuenta Sandoval que entre varios renegados que se pasaron al campo imperial y que fueron perdonados, habia uno que habia sido fraile en Sevilla, y venia con turbante turco, barba rapada, largos mostachos, y una guedeja de pelo en la coronilla, el cual fué quemado de órden del emperador por el licenciado Mercado y el alguacil Salinas.

(2) Llamóse así esta célebre fortaleza, de gola ó cuello, por estar en una garganta que hace una ensenada que del mar va á la gran laguna ó estanque. La descripcion de este fuerte puede verse en Sandoval, lib. XXII. núm. 12.

de las grandes dificultades que ofrecia. Adelantóse para ello el galeon de Portugal, llevado á remo por dos galeras, y comenzó á bombardearla con ochenta bocas de fuego y sesenta tiros pequeños (18 de junio). Hízose la conveniente distribucion y colocacion del ejército y artillería, y se dió principio á una serie de combates diarios, en que por una y otra parte menudeaban los peligros y las hazañas. El 21 de junio llegó al campamento imperial una compañía de albaneses (llamados capeletes por unos sombreros altos que llevaban), los cuales se señalaron entre todos por su valor y manera de pelear. Por esta órden fueron acudiendo tantos aventureros al campo de los cristianos, que entre los que llevaban armas y podian manejarlas en caso de necesidad, juntó el emperador sobre Tunez hasta cincuenta y cuatro mil hombres. Era admirable el órden que reinaba entre gentes de naciones tan diversas; solo los tudescos solian alguna vez desmandarse, y uno de ellos puso un dia en peligro la vida del emperador, encarándose contra él con su arcabúz por haberle tocado con el cuento de la lanza para hacerle entrar en órden, pero cogido y entregado al marqués del Vasto, pagó con su vida el que habia querido atentar á la del César. Los trabajos que los cristianos pasaban con el calor eran grandes, la artillería de uno y otro campo jugaba de contínuo, los encuentros de la infantería y caballería eran diarios, y entre tantos valientes se señalaban por sus

proezas los españoles don Juan de la Cueva, Pedro Juarez, Garcilaso de la Vega y muchos otros

Una sorpresa que hicieron los turcos de la Goleta á las compañías italianas del conde de Sarno, que hallaron dormidas reposando de las fatigas de la noche (23 de junio), costó la vida á muchos capitanes y soldados, y entre ellos al mismo conde, cuya cabeza y mano derecha presentaron los turcos á Barbaroja. Celebraron aquel triunfo con feroz alegría, y se animaron á acometer al dia siguiente las estancias de los españoles, bien que los hallaron mas apercibidos, y sin otro fruto que derramarse bastante sangre de una parte y de otra. En todos estos casos, que eran frecuentes, el emperador no dejaba nunca de acudir en socorro de los suyos armado de lanza y adarga, con el infante don Luis de Portugal que no se separaba de su lado, poniendo su imperial persona á tales peligros, que muchas veces las balas de la gruesa artillería turca caian á sus pies, y mataban al que iba cerca de él, ó salpicaban de lodo su caballo.

Grande alegría produjo en el campamento imperial, y no fué poca la que causó al mismo Cárlos, la llegada del esforzado Fernando de Alarcon (25 de junio); que venia de Italia con algunas galeras, acompañado de su yerno don Pedro Gonzalez de Mendoza, sobrino del duque del Infantado, de don Fadrique de Toledo, primogénito del marqués de Villafranca, y de otros caballeros españoles. Y no fué tampoco mal

auxilio el de otras naves que arribaron de España con gente y bastimentos. Todo hacia falta: porque tambien el ejército de Barbaroja se habia aumentado estraordinariamente con los refuerzos que habia recibido de Alejandría y otros puntos, y entre turcos, genízaros, moros, alárabes y renegados, contaba en Tunez y sus cercanías hasta el número de cien mil infantes y treinta mil caballos, bien que no en todos podia tener confianza, ni todos eran tropas regulares.

Asi fué que el 26 (junio) se decidió á hacer una acometida general al campo cristiano, atacando simultáneamente todos los puntos. Dia fué este en que hubiera podido malograrse la empresa de Cárlos sin la vigilancia y la energía del César, y sin los heróicos esfuerzos de sus valerosos generales. Señalóse entre todos en esta jornada el marqués de Mondejar, escogido por el emperador para inutilizar la artillería de los moros, que desde los olivares estaba haciendo casi á mansalva, el mayor estrago. Condújose con tal bizarría el marqués, que con poca gente y sin reparar en vallados, tapias, viñedos y otros obstáculos que el terreno presentaba, desbarató con sus arcabuceros los moros de los olivares, cogió gran parte de su artillería, y rechazó por aquel lado á los enemigos, si bien poniendo á cada instante en inminente riesgo su vida, y recibiendo al fin una lanzada que le obligó á retirarse porque se iba á toda prisa desangrando. Distinguiéronse tambien por su arrojo don Bernardino

de Mendoza, don Alonso y don Pedro de la Cueva, don Fernando de Alarcon, don Fadrique de Toledo, don Juan de Mendoza, y mas que todos el emperador, que peleando lanza en ristre donde era mayor el peligro, alentaba de tal manera con su presencia y ejemplo, que decidió la victoria, la cual no se logró sin la muerte del brioso hidalgo Valdivia, del intrépido Juan de Benavides, y de otros no menos esforzados capitanes.

Honró á Cárlos, aun mas que la victoria de aquel dia, un rasgo de nobleza que merece mencionarse. Presentóse en el campo un moro pidiendo hablar en secreto al César. Admitido que fué, díjole que habia un medio para que pudiera ganar la ciudad sin perder un soldado ni gastar un escudo. Preguntado por el emperador qué medio era este, respondió el moro que el de asesinar á Barbaroja, lo cual se ofrecia él á ejecutar y lo haria muy fácilmente echándole un tósigo en el pan, puesto que él era el panadero del rey. «Deshonra sería de un príncipe, replicó indignado el emperador, valerse de la traicion y de la ponzoña para vencer á un enemigo, aunque sea un aborrecido corsario como Barbaroja, á quien pienso vencer y castigar con el favor de Dios y con la ayuda de mis valientes soldados.» Y envió noramala al traidor africano [1].

(1) «En este tiempo vino de Tunez un moro, el cual decia que era panadero del Barbaroja y ofrecióse de entosigalle, lo cual el Emperador jamás quiso aceptar, porque no fuese traicion el camino

Aquel mismo dia se levantó repentinamente una horrible tormenta con tan furioso viento y tan deshechos aguaceros, que las tiendas y pabellones se desplomaban; las naves chocaban reciamente unas con otras; ni de la tierra se veia el mar, ni desde el mar se divisaba la tierra; los gritos y alaridos del campo se mezclaban con los estampidos de los truenos; todo era aturdimiento y confusion; ni sabian los cristianos si los acometian los moros ni por dónde; ni podia desplegarse bandera, ni dispararse arcabúz; ni los capitanes acertaban á mandar, ni los soldados veian á quien obedecer, y todos corrian desatentados y ciegos. Temiendo las consecuencias de tan general espanto, el príncipe Andrea Doria discurrió infundir aliento á su gente gritando por todas partes: «*La Goleta es ganada.*» Aunque no era verdad, la voz surtió el efecto que se habia propuesto el gran marino, y cuando se serenó la tempestad se halló el ejército animado para resistir á los turcos que ya salian del fuerte.

Otro dia (29 de junio) se vió aparecer sobre las ruinas de Cartago unos doscientos moros á caballo ondeando unas tocas blancas en señal de paz y diciendo á voces: «*Todos somos unos y de un señor.*» Era el rey de Tunez destronado por Barbaroja, Muley

por do alcanzase la victoria.»—*Relacion de lo que sucedió en la conquista de Tunez y la Goleta.* Códice de Misceláneas de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—núm. 3.

Hacen, con quien el emperador traia ya secretas inteligencias, y á quien se habia ofrecido restituirle su reino. Salieron á recibirle muy cortesmente el duque de Alba, el de conde Benavente y Fernando de Alarcon. Cincuenta pasos antes de llegar á la tienda del emperadòr, arrojó Muley Hacen al suelo su larga lanza de cuarenta palmos, soltaron los demas moros las suyas, apeáronse todos, llevaron en brazos á su rey, levantóse el emperador para recibirle, Muley le besó en el hombro, y con gran respeto le dijo: «Seas en buen hora, gran rey de los cristianos, venido á estos trabajos que has tomado: espero en »Dios misericordioso tendrán su recompensa; y si la »fortuna de todo me privase, mientras Hacen, siervo »tuyo, viviese, ni faltará voluntad para servirte, ni »conocimiento para agradecerte el cuidado que por él »tomaste. Por la venida que has hecho te doy mil »gracias; y por lo que aqui te detendrás te beso los »pies, pues en tan gran obligacion me has puesto, »asi como á mis descendientes, dándome ayuda »contra Haradin Barbaroja, que me ha hecho tantos »males cuantos bienes él y sus hermanos de mí recibieron, cuando mayor necesidad tenian y yo mayor »prosperidad. No te maravilles, gran sultan, de esto »que digo, ni de las quejas que con dolor te doy, »porque en ley de bueno cabe hacer buenas obras á »todos, y á ninguno zaherirlas..... No tanto codicio »volver á Tunez por recobrar mi patrimonio ni entrar

»en mi reino perdido, cuanto por tener con que ser»virte.»

Contestóle el emperador con mucha amabilidad, prometiendo que le libraria de los trabajos que Barbaroja pudiera darle, y encargó á todos los grandes y caballeros que le dieran el mejor tratamiento. Muley regaló á Cárlos la hermosa y ligerísima yegua castaña que montaba, y se despidió para admirar luego el órden del ejército y campamento imperial, que para él era cosa nueva y sorprendente (1).

Pasaron todavía los cristianos grandes fatigas y penalidades en los dias siguientes. Los ardientes calores del suelo africano en la rigorosa estacion del mes de julio, la sed abrasadora, la falta de agua y de alimentos sanos, los trabajos de las obras de ataque, las escaramuzas y rebatos diarios, el contínuo cañoneo de una y otra parte, las enfermedades que se desarrollaban, todo hacía desear que se pusiera término á aquella situacion lo mas brevemente posible, y el emperador asi lo procuró disponiendo un ataque

(1) Consérvanse en nuestros archivos varias cartas que el emperador escribió á la emperatriz y á algunos grandes y señores de España, entre ellos, al virey de Navarra, con quien se comunicaba siempre que podia, fechadas: «De nuestro campo sobre la Goleta de Tunez, á 30 de junio del año de 1535.—Yo el Rey.—Cobos, Comendador mayor.» En ellas da cuenta de lo que le habia acaecido desde su salida de Barcelona hasta aquella fecha. Nuestros antiguos historiadores insertan algunas de ellas. Otras hay inéditas, que la naturaleza de nuestra obra no nos permite detenernos á copiar.—El inglés Robertson dedica solo unas breves páginas á la relacion del importante sitio y conquista de la Goleta y de Tunez, y omite todos los incidentes. Sandoval, por el contrario, trata este suceso con tanta prolijidad, que le consagra multitud de páginas en fólio.

general por mar y tierra á aquella fortaleza formidable. La noche antes de la batalla (13 de julio) la pasó visitando en persona, acompañado como siempre de su cuñado el infante de Portugal, todos los reparos y bastiones, baterías y trincheras, animando con alegre semblante á capitanes y soldados, recordándoles sus antiguas victorias, y principalmente el haber espantado con solo su nombre en Hungría y hecho retirar á quinientos mil turcos, y prometiendo recompensar largamente á cada uno segun lo que en aquella jornada mereciese, con lo cual todos ardian en deseos de que llegara la hora del combate.

Las fuerzas asi de tierra como de mar se habian dividido en tres tercios y puesto en la colocacion conveniente para el ataque simultáneo. El príncipe Andrés Doria, general de la armada, mandaba las galeras que habian de batir la torre de la Goleta, el muro nuevo y el bastion de la marina. Ayudábale con las galeras del papa, con las de Rodas, Malta y Portugal, el caballero romano conde de la Anguilára. Capitaneaba las galeras de Nápoles don García de Toledo, marqués de Villafranca. Don Alvaro de Bazan era el gefe de la flota española. El ejército de tierra estaba igualmente partido en tres tercios: Santiago, San Jorge y San Martin eran los nombres de la vanguardia, del centro y de la retaguardia. Habia en el campo de los españoles veinte piezas de batir, con una culebrina de mas de veinte pies de largo:

los italianos tenian en su cuartel diez y seis piezas,

Al romper el alba (14 de julio) el emperador oyó misa y comulgó con los de su córte. Al ser de dia se dió la señal y comenzó el estruendo de la artillería de los cristianos, y á contestar los moros y turcos con la suya desde la Goleta. El cañonéo duró unas seis horas: el humo quitaba la vista, los estampidos ensordecian, el agua hervia debajo de las naves, y parecia que retemblaba la tierra y que se rompia y desgajaba el cielo. Comunicáronse los dos generales de tierra y de mar, el marqués del Vasto y el príncipe Doria; y el emperador tan pronto estaba en las baterías como cogia un arcabuz para disparar á los alárabes y moros de la parte de los olivares. Brava y heróica era la resistencia de los mahometanos. Al fin se desplomó la torre de la Goleta con su barbacana aplanando á los artilleros turcos, y desportillados los lienzos y bastiones por varias partes, se ordenó el asalto general. A los disparos que hacian todavía los turcos, se detuvieron y arremolinaron los italianos y españoles, y al verlo el emperador: «¡*Oh mis soldados*! esclamó á gritos; ¡*aqui mis leones de España*!» Y encendidos en corage arremetieron á porfia sin acordarse ya nadie de la muerte. Parece que los primeros que entraron en la Goleta fueron los soldados Miguel de Salas y Andrés Toro, ambos toledanos: de la gente de las galeras fué el primero don Alvaro de Bazan, y de los caballeros el príncipe de Salerno.

Muertos y ahuyentados los turcos y moros, hízose general la entrada de los imperiales en la Goleta, Halláronse sobre cuatrocientas piezas de artillería, algunas muy gruesas y con flores de lís é inscripciones que denotaban haber sido llevadas de Francia. Se cogió gran cantidad de municiones y armas, y un número de flechas increible; se apresaron en el canal cuarenta y dos galeras, entre ellas la capitana que Barbaroja habia traido de Constantinopla, con mas otras cuarenta y cuatro galeotas, fustas y bergantines, y otras pequeñas naves hasta ochenta y seis de varias formas. El mismo dia entró el emperador en la Goleta con el infante de Portugal su cuñado, y con el rey Muley Hacen, á quien dijo con risueño semblante: «*Esta será la puerta por donde entraréis en vuestro reino.*» Muley Hacen bajó los ojos, le dió las gracias, y dijo rogaba á Dios le diese cumplida victoria. Aquel mismo dia escribió Cárlos á la emperatriz, y á los grandes y vireyes de España noticiándoles su glorioso triunfo [1].

El pensamiento del emperador era marchar aquella misma noche sobre Tunez, y asi lo escribia á España. Mas en el campo imperial se levantó una

(1) Sandoval cita varios hechos de armas heróicos, y particulares rasgos de valor que ocurrieron en el sitio y toma de la Goleta, de esos que siempre acontecen en tan largos y serios combates.—De las cartas del emperador solo cita las que dirigia al marqués de Cañete, virey de Navarra, las cuales pudo sin duda conocer mas fácilmente y se le franquearian del archivo de aquel reino, como obispo de Pamplona que era.

fuerte oposicion á este proyecto, fundada en no leves razones, cuales eran, el corto número de gente para tomar una ciudad populosa y vasta, defendida por cien mil y mas combatientes con que contaba Barbaroja; la escasez de caballería para pelear contra veinte mil alárabes, diestros ginetes y con buenos caballos; los muchos soldados que se hallaban ya enfermos, y sobre todo el calor abrasador, y la falta de agua que los ahogaria en el camino. Pero Cárlos, que tenia empeño en arrojar de alli á Barbaroja, y que habia prometido el reino á Muley Hacen, convocó todos los caballeros y capitanes, les espuso con energía sus razones, les habló al alma, interesó su amor propio, y adhiriéndose á él el infante don Luis de Portugal y el duque de Alba, quedó resuelta la jornada á Tunez, si bien se difirió unos dias.

Barbaroja, aun perdidas la Goleta y la flota, que eran sus dos grandes elementos de resistencia y de fuerza, resolvió tambien defender á todo trance su capital. Contaba con mas de cien mil soldados, y si tenia muchos desafectos, procuraba ganarlos con dádivas ó aterrarlos con ejemplares de castigos crueles, y fiaba en que faltaria sustento á los cristianos, y principalmente el agua, y se moririan de sed. Apercibió su gente, velaba todas las noches, tomó todas las medidas para esperar á los cristianos, y para estar mas libre de zozobra encerró los cautivos, que eran mas de doce mil, en la alcazaba, y gracias que no los hizo

quemar, como fué su primer impulso y pensamiento.

Determinada la partida del ejército imperial, dispuso el emperador que quedára en la Goleta Andrés Doria con algunas compañías italianas y españolas, con los enfermos, las mugeres, los mercaderes y gente de oficio; y dejándole las convenientes instrucciones, y armándose él de punta en blanco, despues de recorrer todos los escuadrones, se puso en marcha la mañana de 20 de julio con los veinte mil hombres de todas armas que formaban el ejército espedicionario, cuyo órden quiso dirigir él mismo en persona, no obstante que llevaba generales tan entendidos como el marqués del Vasto, el príncipe de Salerno, Fernando de Alarcon, el duque de Alba, el marqués de Mondejar y otros buenos caudillos. El rey Muley Hacen le sirvió mucho para informarle de la posicion de la ciudad, de sus contornos, de las costumbres y manera de pelear de los tunecinos y alárabes.

La marcha fué tan penosa como muchos habian previsto. A falta de bestias de tiro, tenian los hombres que arrastrar á brazo la artillería por un suelo de movediza y menuda arena. Habian andado dos millas cuando llegándose Muley Hacen á Cárlos V. le dijo: «*Señor, los pies teneis do nunca llegó ejército cristiano.—Adelante los pornémos*, le respondió el rey, *placiendo á Dios* (1).» Aunque cada soldado lle-

(1) Relacion de lo que sucedió, MS. Biblioteca del Escorial, estante ij. núm. 3.

vaba sobre sí la provision para tres ó cuatro dias, y alguna agua en una pequeña bota, era tan recio el sol, y aquella tan escasa, y calentóse tanto en siete horas de marcha por aquellos abrasados arenales, que se morian de sed y rompian las filas desmandándose en busca de agua, teniendo el marqués del Vasto, y el emperador mismo, que andar á cuchilladas con los soldados para ponerlos en órden. Algunos caian muertos y otros desmayàdos, como le aconteció al conde de la Coruña don Alfonso de Mendoza, y habia quien por beber se ahogaba en las cisternas. Asi anduvieron las cinco millas desde la Goleta á Tunez, en cuyas inmediaciones encontraron á Barbaroja esperándolos con su numerosa morisma. Asustáronse muchos al ver tan espesa masa de enemigos, y como alguno lo manifestase así al marqués de Aguilar; «Mejor, contestó éste, asi venceremos á mas, y será mayor el despojo: *á mas moros mas ganancia.*» Frase que desde entonces quedó en España como adagio popular.

Frente ya uno de otro, Cárlos V. y Barbaroja, cada cual ordenó sus haces y arangó á los suyos. Fiado Barbaroja en la superioridad numérica de su gente, y en el cansancio, la fatiga y la sed de los imperiales, dió el primero la señal de acometer, y arrojáronse sus moros con descompasados gritos sobre los cristianos; mas á pesar de su fuerza numérica, de la ventaja de sus posiciones, y del arrojo y esfuerzos del an-

tiguo gefe de piratas, todo se estrelló contra la disciplina, la serenidad, el valor y los certeros tiros de las regladas tropas del imperio, dirigidas por tan espertos y entendidos capitanes; y despues de algunas horas de recio y general combate, volvieron los mahometanos las espaldas al enemigo y los rostros hácia Tunez, arrastrando en su fuga al mismo Barbaroja, y quedando los cristianos en el campo, donde se hartaban en las cisternas y pozos de agua y de sangre, todo revuelto. La confusion y el espanto se difundieron por la ciudad, y muchos la desamparaban despavoridos. Barbaroja habia vuelto decidido á defenderla, pero un suceso en que él no habia pensado le puso en la desesperacion, y dió al traste con sus planes. Los cristianos cautivos encerrados en las mazmorras de la alcazaba, aquellos á quienes habia tenido tentacion de hacer degollar, y cuyo acto de barbarie suspendió por habérsele afeado el judío Sinan, durante la ausencia de Barbaroja habian logrado ganar á dos guardas del fuerte, que eran españoles renegados, se hicieron dueños de las llaves, rompieron las cadenas, arrollaron la guardia turca, se apoderaron de la artillería, y la volvieron contra sus propios verdugos. Cuando lo supo Barbaroja, maldijo al hebreo que le habia quitado del pensamiento degollar y quemar los cautivos, decayó de ánimo viendo la alcazaba perdida, desfallecieron tambien la mayor parte de los suyos, y lleno de rabia y de melancolía huyó de Tu-

nez con los que quisieron seguirle camino de Bona.

Entretanto el victorioso emperador marchaba con su ejército hácia la ciudad con grandes precauciones por temor de alguna emboscada. En esto divisaron una bandera blanca en la torre de la alcazaba. El emperador, que ignoraba el suceso de los cautivos cristianos, no sabia á que atribuir aquella señal; mas no tardó en ser informado de todo lo ocurrido por algunos moros del arrabal que se adelantaron á ofrecérsele de rodillas, besándole los pies y proclamando *Imperio*. Acercóse entonces á la poblacion, y encontróse con comisionados de la ciudad que salian á hacerle entrega de las llaves, y al ver á su antiguo rey Muley Hacen, mostraron ó verdadera ó fingida alegría con lengua, gestos y ademanes exagerados segun su estilo. Bien hubiera querido Muley Hacen evitar el saqueo de la ciudad, y asi se lo suplicó al emperador, hasta ofrecerle quinientas mil doblas con tal que en las dos primeras horas lo impidiese. ¿Pero podian ni el César ni los capitanes tener enfrenada la soldadesca una vez dentro de la ciudad? Asi fue que no hubo medio de contener la matanza y el pillage, en que se cebaron los soldados grandemente, siendo una de las cosas que sintió mas Muley Hacen el destrozo de la magnífica librería, cuyas encuadernaciones é iluminaciones en oro y azul valian una suma inmensa.

Hizo pues Cárlos V. su entrada en Tunez el miér-

coles 21 de julio de 1535 (1). Halláronse allí muchas armas de las que los españoles habian perdido en la desastrosa jornada de los Gelbes, juntamente con el rico arnés dorado que fué del desgraciado don García de Toledo. Hiciéronse sobre diez y ocho mil esclavos, que se vendian á los mas ínfimos precios. En cambio recobraron su libertad los doce ó diez y seis mil cautivos cristianos que allí tenia Barbaroja, muchos de ellos desde el tiempo de sus piraterías. Despachó el emperador pliegos á todas las naciones de la cristiandad participándoles su triunfo, y envió á España con cartas para la emperatriz al caballero portugués Jorge de Melo. Permaneció algunos dias en Tunez para tratar con Muley Hacen las condiciones con que habia de entregarle su antiguo reino, que fueron las siguientes:

1.ª Muley Hacen se obligaba á dar libertad á todos los cautivos cristianos que existiesen en su reino, y á no consentir que nunca ni por nadie fuesen maltratados.

2.ª Ni él ni sus sucesores cautivarian jamás, ni consentirian cautivar cristianos de ninguno de los dominios del emperador, ni de los de su hermano don Fernando.

3.ª El rey de Tunez permitiria en su reino igle-

(1) Sandoval ha tenido la curiosidad de observar la rara coincidencia, que el 16 de junio en que desembarcó el emperador en Africa, fué miércoles, que el 14 de julio, en que tomó la Goleta, fué miércoles tambien, y el 21, en que hizo su entrada en Tunez, fué igualmente miércoles.

sias cristianas, sin que se estorbára la celebracion de los oficios y culto católico.

4.ª No consentiria vivir en sus tierras ningun moro de los nuevamente convertidos en Valencia y Granada.

5.ª Cedia Muley Hacen al emperador y reyes de España las ciudades de Bona, Biserta y otras fuerzas marítimas que Barbaroja tenia usurpadas en el reino de Tunez.

6.ª Dejaba á Cárlos y sus sucesores la posesion de la Goleta con dos millas de terreno en circunferencia, con la sola condicion de que permitieran á los vecinos de Cartago sacar agua de los pozos de la torre llamada del Agua.

7.ª Libre trato y circulacion por todo el reino á los cristianos que guarneciesen la Goleta.

8.ª El rey de Tunez pagaría para el sostenimiento de la fortaleza doce mil ducados de oro anuales.

9.ª Todos los súbditos del emperador podrian comerciar libremente en el reino, teniendo un juez imperial para sus causas.

10.ª Muley Hacen y sus sucesores pagarian al rey de España y los suyos todos los años perpétuamente el dia 25 de junio en reconocimiento de vasallage seis buenos caballos moriscos y doce halcones, bajo las penas que de no cumplirlo se establecieron.

11.ª Mútua y perpétua amistad entre el emperador y sus sucesores y el rey de Tunez y los suyos, y

libre negociacion y comercio entre sus respectivos vasallos.

12.ª El de Tunez no recogeria, antes se obligaba á echar de sus reinos todos los corsarios y piratas que anduviesen por el mar y fuesen enemigos del César (1).

Bajo estas condiciones, que firmaron los dos monarcas, con sus correspondientes testigos, y que se escribieron en español y en arábigo, dió Cárlos posesion de su antiguo reino á Muley Hacen, que subiendo otra vez al trono por entre torrentes de sangre no podia prometerse ser mejor quisto que antes de sus vasallos, por mas que el emperador le dijera al despedirse estas nobles palabras: «Yo gané este reino der«ramando la sangre de los mios; tú le has de conser»var ganando el corazon de los tuyos: no olvides los »beneficios que has recibido, y trabaja por olvidar las »injurias que te han hecho.»

En persecucion de Barbaroja habia enviado Cárlos á Adan Centurion con algunas galeras, el cual se volvió sin atreverse á llegar á Bona. Avergonzóse Andrés Doria de aquella cobardía, y marchó él mismo con cuarenta galeras: mas cuando llegó á las aguas de Bona, ya Barbaroja se habia fugado: tomó la ciudad y el castillo, y regresó dejando en él á Alvar Gomez con una compañía de españoles. De buena gana hubiera ido el emperador en seguimiento del famoso

(1) Dumont, Corps Diplomat., tom. II.—Sandoval. Hist. del Emperador, lib. XXII.

corsario hasta arrojarle tambien de Argel, pero hubo de desistir ante las consideraciones que le espusieron. Logrado, pues, el objeto de su espedicion, despidió las flotas de Portugal y Castilla, y dejando por alcaide y gobernador de la Goleta á don Bernardino de Mendoza con mil veteranos españoles, dióse á la vela con el resto de las naves la via de Italia, arribó á Trápana, ciudad de Sicilia (20 de agosto), y de allí á Monreal y Palermo, donde fué recibido con las demostraciones mas solemnes de público regocijo.

De tal modo el resultado de esta ruidosa espedicion hizo subir de punto la fama de Cárlos V., que su gloria, como dice un entendido historiador, «eclipsó la de todos los soberanos de Europa, pues mientras los demás príncipes no pensaban sino en sí mismos y en sus particulares intereses, Cárlos se mostró digno de ocupar el primer puesto entre los reyes de la cristiandad, toda vez que aparecia cifrar todo su pensamiento en defender el honor del nombre cristiano, y en asegurar el sosiego y la prosperidad de Europa.»

CAPITULO XX.

EL EMPERADOR EN FRANCIA.

NUEVAS GUERRAS CON FRANCISCO I.

1529.—1538.

Comportamiento de Francisco despues de la paz de Cambray.—Busca enemigos al emperador.—Desatentada política del francés.—Suplicio horrible de hereges: irrita á los príncipes reformistas á quienes habia halagado.—Marcha contra Milan.—Despoja al duque de Saboya.—Acógese éste á la proteccion del emperador.—Pretende el francés suceder al duque Sforza en el Milanesado.—Solemnísima declaracion de guerra hecha á Francisco I. por el emperador en Roma, en plena asamblea del papa, cardenales y embajadores: reto arrogante.—Entrada del emperador con grande ejército en Francia: imprudente confianza de Cárlos.—Atinadas medidas de Francisco para la defensa de su reino.—Comprometida situacion del ejército imperial.—Retirada deshonrosa.—Muerte del famoso capitan Antonio de Leiva.—Vuelve Cárlos V. á España.—Guerras de franceses é imperiales en Flandes y Lombardía.—Intervencion de dos reinas en favor de la paz.—Treguas.—Alianza de Francisco I. con el sultan de Turquía contra el emperador.—Formidable armada turca en las costas de Italia.—Barbaroja y Andrés Doria.—Negóciase la paz entre Cárlos y Francisco.—Buenos oficios del papa y de las dos reinas.—Tratado de Niza.—Tregua de diez años.—Célebre entrevista de Cárlos y Francisco en Aguas-Muertas.—Se abrazan, y se separan amigos.—Resultado de estas guerras.

Un soberano habia tambien en Europa que en vez de alegrarse de los triunfos de Cárlos V., no solo los

oía con envidia, sino con pena, y aun procuraba servirse de ellos como de arma para concitar los recelos y sospechas de las demas naciones sobre su desmedido engrandecimiento y sobre sus designios, como habia aprovechado su ausencia para trabajar en suscitarle compromisos y enemigos.

Este soberano era Francisco I. de Francia, su eterno rival, que humillado y mortificado desde la paz de Cambray (1527), alimentaba en secreto su antiguo ódio á Cárlos, y no habia cesado de buscar ocasiones y pretestos para ver de recobrar su perdida influencia y vengar las humillaciones recibidas del emperador. Un agravio que el duque de Milan FranciscoSforza le hizo en la persona de su embajador [1], le dió motivo para amenazar á Sforza, para quejarse ágriamente al emperador, suponiéndole autor de aquel ultraje, y para apelar á todos los príncipes de Europa contra Cárlos, de quien no pudo alcanzar satisfaccion (1533). Pero sus gestiones fueron inútiles. El pontífice Paulo III. que habia sucedido á Clemente VII. quiso mantenerse neutral en las cuestiones de los dos monarcas, y Enrique VIII. de Inglaterra no se prestaba á favorecer á Francisco, mientras éste no se emancipára como él de la obediencia á la silla apostólica. Entonces el monarca francés en su ciega indignacion se preci-

(1) El caballero milanés Merveille, á quien el duque hizo condenar á pena capital por muerte dada en una disputa á un criado suyo.

pitó en una marcha política incomprensible, contradictoria, y á todas luces desatentada. Quiso hacerse partido con los príncipes protestantes de la liga de Smalkalde [1], halagando sus doctrinas, y á este objeto envió á Alemania á Guillermo Du Bellay, y aun invitó á Melancthon, el mas moderado y pacífico de los reformadores, á que pasase á París para tratar el medio de avenir las sectas reformistas que desgraciadamente desunian á la iglesia. Y en los momentos que Cárlos V. proyectaba en favor de la cristiandad su espedicion contra Barbaroja (1534), Francisco daba audiencia pública á un enviado del Gran Turco, y manejábase de modo que llegó á entablar, en ódio al emperador, inteligencias secretas con el Sultan y con el famoso corsario.

Mas para desvanecer las vehementes sospechas que de poco afecto á la iglesia católica daba con tan imprudentes pasos, determinó hacer un alarde público de celo religioso, pero llevándolo á tal estremo que le colocó en otra situacion no menos comprometida y grave. Unos protestantes franceses, sectarios de Zuinglio (que ya la reforma habia penetrado tambien en Francia), habian fijado en París á las puertas del Palacio real y de otras casas principales unos carteles indecorosos; insultando los mas venerables dogmas y artículos de la religion. Aprovechó el rey aquella oca-

(1) Para la mejor inteligencia de estos sucesos, conviene mucho recordar los capítulos XIV. y XVI. del presente libro.

sion para dar un testimonio público de que era un celoso católico y un verdadero Rey Cristianísimo. Mandó hacer una procesion solemne llevando el Santísimo Sacramento por las calles de París, en el cual iba toda la real familia, y marchaba él mismo á pié, con la cabeza descubierta y una hacha encendida en la mano (enero, 1535). Despues de la procesion exortó al pueblo á permanecer en la fé católica, y añadió con enérgico lenguaje, que era tal su aborrecimiento á la heregía que castigaria con la muerte á sus mismos hijos si de ella estuviesen infestados, y que si sintiese una de sus manos contaminada, se la cortaria con la otra. Y como se hubiese descubierto á seis de los autores de los pasquines, los hizo quemar pública y bárbaramente, mandando que se ejecutase lo mismo con todos los que hubiese en el reino [1].

Con esto irritó á los príncipes de la liga de Smalkalde, á quienes habia tratado de halagar, y que nunca tuvieron confianza en las declaraciones del monarca francés; de modo que no le fué posible ya hacerlos amigos, por mas artificios y por mas esfuerzos que para ello empleára el enviado Du Bellay. Aun el mismo elector de Sajonia, el mas acalorado reformista, no

(1) Decimos «*bárbaramente*,» pues segun Sandoval, los suplicios se ejecutaban atando á los sentenciados á una máquina que los levantaba en el aire: debajo se encendia un fuego vivo, en el cual se los dejaba caer para que se tostaran un poco; luego se les volvia á levantar, hasta que finalmente, el verdugo cortaba la soga y caian dentro del fuego hasta convertirse en ceniza. Hist. de Cárlos V., libro XXII, núm. 49.—¡Y los franceses de aquel siglo proferian invectivas contra la inquisicion española!

permitió ya á Melancthon hacer el viage á Francia, bien que le lisonjeára verse llamado por un soberano tan poderoso.

Sin embargo de no hallar el rival de Cárlos apoyo alguno en los príncipes, no por eso renunció á su deseo de suscitar embarazos al emperador, y á su afan de dominar en Italia, haciendo marchar su ejército á este pais, primeramente contra el duque de Milan, cuyo ultraje no queria dejar sin venganza, y despues contra el duque de Saboya, cuñado y aliado íntimo del emperador, á quien comenzó á despojar de sus estados, alegando el derecho que decia tener á ellos por su madre Luisa de Saboya, y renovando todas las antiguas reclamaciones de la corona de Francia. Débil como era el saboyano para resistir á tan poderoso monarca como el francés, tuvo que sufrir el despojo de la mayor parte de sus tierras, no quedándole otro recurso que acogerse á la proteccion de su deudo y amigo el emperador, que acabando de llegar de Africa no podia auxiliarle con la presteza que quisiera.

La muerte sin sucesion del duque Francisco Sforza acaecida por este tiempo (octubre, 1535), añadió nuevo y mas vivo fuego á las rivalidades entre el emperador y el monarca francés sobre la eterna cuestion del Milanesado, pretendiendo Francisco que volviese á la corona de Francia, por mas que ocho años antes hubiera renunciado solemnemente todo derecho á Mi-

lan y á Nápoles [1], y tomando Cárlos posesion del ducado vacante, como feudo del imperio, y alzándose por él pendones en Milan. Entretuvo no obstante el emperador al rey de Francia con astuta política, haciéndole concebir alternativamente esperanzas de dar la investidura de aquel ducado, ya al duque de Orleans, su segundo hijo, ya al de Angulema, su hijo tercero, y guardando una conducta ambigua, mientras secretamente se preparaba á hacerle la guerra, concertándose con Venecia y los cantones suizos, y levantando hombres y recursos en abundancia, de Nápoles, de Sicilia, de España, de Alemania y de Flandes, que todos le facilitaron con el mayor placer, por el prestigio que entonces acompañaba su nombre.

En efecto, Cárlos á su regreso de Tunez, habia sido festejado en toda Italia con cuantas manifestaciones de público regocijo podia inspirar el mas loco entusiasmo. Las fiestas de Nápoles escedieron á todo lo que en aquella poblacion se habia visto en ningun tiempo, compitiendo todas las clases á porfía, desde el clero episcopal y la alta nobleza hasta los artesanos mas humildes, en agasajarle con procesiones, banquetes, saraos, mascaradas, corridas de toros á estilo de España, y con todo lo que la fecunda imaginacion de los napolitanos podia inventar de mas fastuoso, y agotando su talento los oradores y poetas de Italia

(1) Documentos del Archivo de Simancas.—Tratado de Madrid de 1527.—Sandoval, Hist., lib. XXII. número 48.

para derramar el incienso de las alabanzas y ensalzar la grandeza y las victorias del César. En el camino de Nápoles á Roma, y principalmente en su entrada en la ciudad de los césares y de los pontífices, su recibimiento no fué menos ostentoso que el de los antiguos triunfadores romanos (5 de abril, 1536). Veinte y dos cardenales, y multitud de arzobispos, obispos, abades, clérigos, nobles, magistrados y ciudadanos, salieron fuera de los muros de la ciudad santa á ofrecerle su respetuoso homenage. La comitiva imperial iba vestida de toda gala con ricas telas de seda y oro. Marchaba delante el senado y cancillería romana, y detrás el emperador debajo del palio, cuyas varas llevaban caballeros y gentiles-hombres. La guardia de castillo de Sant-Angelo abatió sus armas y bandera al pasar Su Magestad Cesárea, y los soldados se arrodillaron todos. A la puerta de San Pedro le esperaba el papa con otros cuatro cardenales y varios prelados. Cárlos se apeó, besó el pie al pontífice, y éste le abrazó muchas veces, no pudiendo percibirse lo que entre sí hablaron por el ruido de las músicas y de las salvas de artillería. Estuvo el emperador la Semana Santa en Roma; anduvo las estaciones y asistió á las ceremonias sagradas con toda solemnidad y grande acompañamiento, y habló al pontífice de la necesidad de tener pronto un concilio general para la estirpacion de las heregías.

Cuando asi se hallaba Cárlos halagado y mimado,

y cuando tenia hechos sus preparativos de guerra, entonces fué cuando el rey Francisco I. le dió la mala tentacion de apurarle por medio de sus embajadores para que le diese una respuesta categórica en lo de Milan; y como al propio tiempo supiese Cárlos que los embajadores del francés le andaban haciendo inculpaciones sobre las guerras pasadas y hasta sobre la propagacion de la heregía de Lutero, atribuyéndola á descuido suyo ó falta de energía, llenóse de indignacion, y prometió contestarles al dia siguiente en una sesion que se habia de celebrar á presencia del pontífice, del colegio de cardenales y de los embajadores de todas las potencias existentes en Roma. En esta célebre sesion (17 de abril), pronunció el emperador en lengua castellana un estudiado, estenso y vigoroso discurso, en que comenzó ponderando sus esfuerzos por mantener la paz de Europa, y prosiguió haciendo fuertes y severísimos cargos al francés por las guerras injustas que llevado de su ambicion le habia movido, echándole en rostro su ingratitud y deslealtad en la infraccion de los tratados de Madrid y de Cambray, el despojo que acababa de hacer de sus dominios al duque de Saboya, y sus injustas pretensiones al ducado de Milan, Y saliendo de su natural moderacion añadió: «Pues sepa el rey Francisco, y sepan »cuantos me oyen, y con ellos todo el mundo, que ni »tengo de dar á nadie lo mio, ni tomar tampoco lo age»no, ni disimular las injurias del duque de Saboya.

»Entiendan todos mi propósito. No diga el rey que le »quiero engañar ni tomarle de sobresalto: de aqui »me iré con el favor de Dios á Lombardía, juntaré »alli el mayor ejército que pudiere, y con él en»traré por Francia, y procuraré vengar mis inju»rias y las de los mios, como á mi oficio conviene »hacerlo.

»Mas lo mejor de todo (continuó con arrogancia) »será escusar los grandes males y daños que suelen »seguirse de la guerra, á donde padecen ordinaria»mente los que no tienen culpa. Hayámoslo nosotros »de bueno á bueno: pongamos el negocio en las »armas. Haga el rey campo conmigo de su persona á »la mia, que desde agora digo que le desafio y pro»voco, y que todo el riesgo sea nuestro, cómo y de la »manera que á él le pareciere, con las armas que le »plazca escoger, en una isla, en un puente, á bordo »de una galera amarrada en un rio..... que yo confio »en Dios, que como hasta agora me ha sido favora»ble, y me ha dado victoria contra él y contra todos »los enemigos suyos y mios, me ayudará ahora en »una causa tan justa.....»

Dijo esto en tan alta voz, y con acento tan imperioso y vehemente, que el papa no pudo menos de interrumpirle, y de exhortarle, dándole paz en el rostro, con mansas y dulces palabras, á que templase el enojo que le arrebataba, y á que no pusiera en tan peligroso trance su persona que tanto importaba en

el mundo Quisieron hablar los embajadores de Francia, y el pontífice no se lo permitió. Dióse la sesion por terminada; un embajador francés rogó al emperador le diese su discurso escrito; hízolo el César, aunque suavizando algunas frases, y esta inusitada y solemne declaracion de guerra le fué llevada inmediatamente á Francisco I., que tenia á la sazon cerca de treinta mil soldados en el ducado de Saboya, haciendo todo el daño que podian.

Ya no habia medio posible de evitar otra guerra entre los dos antiguos rivales, y el papa mismo que hubiera querido impedirla tuvo que presenciar los armamentos del ejército imperial. Partió pues Cárlos de Roma, dirigiéndose sucesivamente á Siena, Florencia, Asti y Fossano: esta última plaza la tenia sitiada Antonio de Leiva con quince mil infantes, alemanes, españoles é italianos. El ejército que el emperador llegó á reunir era de setenta mil hombres con cien piezas de artillería: sus principalos caudillos, el marqués del Vasto, el duque de Alba, el conde de Benavente, el marqués de Aguilar, el príncipe de Visiñano, don Fernando Gonzaga, Ascanio Colona y el príncipe de Salerno; pudiendo decirse el general en-gefe Antonio de Leiva, puesto que su parecer y consejo era el que seguia el emperador comunmente (1). El plan de Cárlos era penetrar en el Medio-

(1) «Sumario de la relacion de gente de guerra de pie y de caballo que habia en el ejército de S. M., segund las muestras toma-

día de la Francia, con el grueso del ejército, mientras dos cuerpos de tropas levantadas por sus dos hermanos, Fernando, rey de Romanos, y María, gobernadora de Flandes, invadian tambien la Francia, por la Champaña el uno y por la Picardía el otro. En vano sus generales le suplicaron que se mirase bien en llevar adelante tal empresa, y en vano el marqués del Vasto con mas empeño que todos le rogó hasta de rodillas que renunciase á un pensamiento que veia erizado de inconvenientes y peligros, recordándole el mal éxito que en la misma empresa y en ocasion mas

das en principio de Julio de 1536.

Caballería.

Gente de armas.	580
Caballos ligeros.	4,740
	5,320

Infantería.

Infantería española.. . .	9,850
Infantería alemana.. . .	24,080
Infantería italiana. . . .	9,700
	43,630

ITALIANOS.

Que van con el príncipe Andrea Doria.	6,900
Los que quedan en Milan y Vercelli en guarda de los castillos de Crémona, Lodi, Pavía, Alejandria.	2,100
La que debe quedar en Turin.	6,200
	15,200

—

Sumario que se pone al fin de la relacion, cuyas partidas por mayor son las que anteceden:

Gente de armas (lanças).	590
Caballos ligeros de todas naciones.	4,790
Infantes españoles. . . .	9,850
(*Créese que llegarán á 40,000*).	
Infantes alemanes. . . .	24,600
Infantes italianos.. . . .	25,850
Caballos de artillería. . .	2,000
Mas la gente de córte de caballo y de pie.	

—

Acuerdo consultado con S. M. en Saviñan, lunes 10 de Julio de 1536.

Hánse de hacer por el camino donde ha de ir S. M. desde Cuni á Niça seis jornadas, y dos de aqui á Cuni, que son ocho jornadas.

La gente de armas y caballos han de hacer diez jornadas desde esta villa de Saviñan hasta Niça.

Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 34.



favorable habian tenido el duque de Borbon y el marqués de Pescara, y haciéndoles presente que de todos modos sería necesario dejar antes sujeto el Piamonte. Cegó á Cárlos esta vez el humo de tanto incienso como en Italia habia recibido, traíanle un tanto desvanecido sus victorias de Africa, perturbábale su irritacion contra el francés, y hubiérale acabado de decidir, si necesario fuese, el consejo de Antonio de Leiva, que hablando de Francisco y de los franceses solia decir: «á los animales bravos se los ha de buscar en sus mismas cuevas [1].»

(1) Esto es lo que generalmente dicen los historiadores. Pero no dejaba de haber razones muy fuertes en favor de la entrada en Francia, segun un documento contemporáneo, escrito, se conoce, por persona entendida y de la confianza del emperador (tal vez por el mismo Antonio de Leiva), que nosotros hemos hallado entre los papeles de Estado de Simancas (legajo núm. 34), en el cual se pesan los inconvenientes de entrar y los de no entrar en Francia, inclinándose en favor de la invasion; y dice así:

En Saviñan á 13 de Julio (1536).

Las dificultades que ocurre que ay en la pasada de S. M. en Francia.

«El primer inconveniente es »la falta del dinero, porque aun»que se busque y halle para cum»plir lo que será menester para „este mes de Julio, pasado el mes, „si no se halla algund espediente „para anticipar los dineros que se »esperan, á lo menos para media »paga del mes de Agosto, para po»der entrar en Francia, seria cosa »de mucho peligro y inconvenien»te; y si para entonces no llegan los »dineros de Spaña, lo que se cree »que no llegará, parece que bus»carles acá, segund está la tierra y »el tiempo, será muy dificultoso, »aunque se harán todas las dili»gencias que sean posibles, asi en »Génova y Milan, como enviando »á Nápoles y Roma.

»Lo 2.° es lo de las vituallas, »porque aunque se ha proveido »lo que es menester para ir hasta »Niça, seria menester saber lo »que hay adelante, y para esto »parece que se debe enviar per»sona espresa con gran diligencia, »que vaya y vuelva para tomar á »S. M. antes que parta de aqui ó »en la primera jornada, con la »certinidad de lo que en esto hay, »y que la informacion sea asi de »lo que hay en Niça, como de »lo que de Génova se ha enviado »allí, y de lo que el rey de Fran»cia ha proveido en quemar y gas»tar las vituallas de allí adelante

Un acontecimiento impensado facilitó al emperador la entrada en Francia. El marqués de Saluzzo, á quien Francisco habia confiado un cuerpo de ejército para la defensa del Piamonte, ó por reyertas que tuvo

»y hasta saber la certinidad de lo »uno y de lo otro, paresce que se »debe caminar mas despacio que »es taba acordado.

»El tercio es que el tiempo es»tán muy adelante, que no quedan »si o dos meses para guerrear, y »se va á parte y Reyno muy aper»cobido y preveido y fortificado »por la parte de la mar y de la »tierra.

»El 4.° es lo que se dice que »tienen concertado en siendo Su »Magestad pasado los montes, »juntar la gente que tienen acor»dada en Italia y enviar mas de »Francia, y hacer un cuerpo de »toda y de la que queda en Turin, »y mover todas las cosas de Italia »y apoderarse de todo lo que pu»dieren, para lo cual hacen funda»mento que el Papa y Venecianos »tienen celos de la pasada de Su »Magestad en Francia, y de su »grandeza, y no estarán firmes en »la devocion de S. M., y se mos»trarán por ellos y se alterarán »todas las cosas de Italia de ma»nera que se pongan en condicion »y aventura.

»El 5.° qué se ha de hacer »del ejército pasado Agosto y Se»tiembre, porque se tiene por di»ficultoso podello deshacer estan»do dentro en Francia no lo po»diendo sostener adelante.

»*Los inconvenientes que ay en »dexar de passar S. M.*

»Lo primero, que por lo que »hasta agora está hecho y la pu»blicacion que se ha hecho desta »entrada, habiendo venido S. M. »para ello de tàn lejos, dejarse de »hacer seria perder mucha repu»tacion y crédito, que es en lo que »mas se debe mirar, y aun no po»dria dejar de ser deshonra.

»El mismo inconveniente que »hay en la falta del dinero para »pasar en Francia, hay dejado de »pasar.

»Lo otro, que el Rey de Francia, »dejando de pasar, y hallándose, »como está, armado, podria dar »sobre Spaña, para donde ya tie»ne encaminada mucha parte de »su gente.

»Lo otro, que Musr. de Nasao »quedaria en evidente peligro de »perder el ejército, y quedarian »las tierras de Flandes en mucha »aventura, y seria faltar á lo que »S. M. les ha prometido, que en»trarian por acá, y retirádose el »armada, dejarian de pagar el »servicio que han otorgado, y se »amotinarian los vasallos y po»drian rescibir mucho daño de »Gueldres.

»Lo otro, que el duque de Sa»boya quedaria perdido, y de su »estado á lo menos lo que tiene de »los montes allá, y asi mismo lo »de Salucio.

»Lo otro, que el rey de Francia, »no pasando S. M., quedaria tan »soberbio, que no vernia á paz »sino con grand ventaja suya, y »tractaria de tratar al Turco el »año que viene y no se haria el »concilio.

»Lo otro, que no se halla lugar »para la persona de S. M. ni adon»de debria ir.

con el almirante de Francia, ó porque dando fé á pronósticos de astrología judiciaria á que era muy dado, creyese que el poder de la nacion francesa estaba tocando á su término, y que Cárlos se iba á alzar con la soberanía general de Europa, abandonó su puesto y se pasó al campo imperial, dejando comprometida y casi abierta la tronera. Defeccion que nos hace recordar la del duque de Borbon y la de Andrés Doria, y la mala suerte, y tal vez tambien el mal manejo que Francisco tenia con sus generales. La fortuna de éste

»Que con esta pérdida de re»putacion, se cree que el Papa ni »los otros Potentados de Italia no »vernán en mas liga con S. M. que »la que tienen hecha, antes se »cree que con este favor el Rey »de Francia torná mas parte de »la que tenia.

«Que el Rey de Inglaterra, con »quien se tiene esperança de trac»tar convenible mente, y aunque »se declarara á ayudar contra el »Rey de Francia en esta empresa, »se meterá en mas estrecha amis»tad con el Rey de Francia, ya nun»ca tornará á la obediencia de la »Iglesia romana, y meterá en no»torio inconveniente las tierras »de Flandes, Lubech y Dunquer»que y otras de aquellas partes.

»Que con esta derreputacion, »no solamente S. M. perderá el »crédito con los soldados alema»nes que han tenido esperança »desta pasada en Francia, mas »aun con los electores, principes »y estados del imperio, y tomarán »para esto mas atrevimiento los »desviados de la fee para juntarse »y colligarse estrechamente con »los Reyes de Francia y Inglaterra »en perjuicio de S. M. y del Rey de »romanos, y de sus dignidades, y »para continuar con sus errores y »atraer por desesperacion lo de»mas de Alemaña.

»Demas desto, el vayvoda »que es en puncto de concertarse »con el Rey de romanos, y que se»gun se escribe de allá no spera »otro sino ver que S. M. entre en »Francia, dexará de concertarse »y ocupará todo el Reyno de Hun»gría irremediablemente.

»Y no solamente esta derrepu»tacion dañará á S. M. y á la »Cristiandad, mas aun el turco »tomará osadía, aunque el Rey de »Francia no le ayudase y solleci»tase, de emprender contra S. M. »y la Cristiandad.

»Por los cuales inconvenien»tes entre otros, puede parescer »que menos mal es pasar en Fran»cia, aunque no se hiciese otro »efecto, y que alli se harán otras »excusaciones mas convenientes »que dejando de pasar.»

Al final tiene la nota siguiente «Trasladadme esto esta noche »de letra que parezca á la mia, »haciéndola algo pequeña, y nadie »la vea.»

fué por Mompezat, que defendia la plaza de Fossano, aunque al fin tuvo que rendirla á Antonio de Leiva, embarazó no obstante á fuerza de valor y de destreza al ejército imperial cerca de un mes, dando lugar á Francisco á combinar un plan de defensa para resistir dentro de su reino á tan poderoso enemigo. Este plan, al parecer opuesto al genio vivo y agresivo de la nacion francesa, y cuya ejecucion se encomendó á Montmorency, á quien se supone tambien su autor, consistia en estar á la defensiva, no comprometerse ni aceptar batalla sin la seguridad del buen éxito, no guarnecer sino las plazas mas fuertes, concentrarse en ellas, destruir las otras, y talar y dejar sin mantenimiento los paises y comarcas limítrofes, obligando á los habitantes de las poblaciones indefensas á abandonar sus casas y trasladarse á las montañas ó al interior del reino. Las plazas que se determinó defender fueron Aviñon, Marsella y Arlés, y la devastacion se estendia desde los Alpes hasta Marsella, y desde el litoral del Mediterráneo hasta los confines del Delfinado. Pocas veces se ha visto á una nacion civilizada recurrir á un medio tan heróico y estremo para defenderse de una invasion estrangera.

Sordo, pues el emperador á las reflexiones de sus generales, se lanzó con la vanguardia de su ejército á las fronteras de la Provenza sin dejar asegurado el Piamonte (agosto, 1536), y embriagado con la idea

de un triunfo que se le presentaba seguro, mientras se le incorporaban las tropas procedió á distribuir entre sus oficiales las conquistas que se imaginaba. Mas no tardó su confianza en bajar de punto al encontrarse en medio de un pais desierto y devastado, y ya comprendió que quien habia dejado yermas provincias enteras de su propio reino, mostraba bien su resolucion de defenderle hasta la última estremidad. Esperaba no obstante Cárlos recibir algunas subsistencias por mar; pero aunque Andrés Doria habia entretanto tomado á Tolon, hallábase su flota detenida por contrarios vientos. No sabiendo ya qué hacer de sus tropas, tentó dar un golpe decisivo sobre Aviñon, mas hubo de desistir en vista de haberle representado impracticable la empresa los oficiales que envió á reconocer el terreno. Entonces el emperador avanzó sobre Marsella, mientras el marqués del Vasto lo verificaba sobre Arlés, esperando que los franceses dejarian su fuerte posicion para acudir al socorro de las dos plazas. En todo se engañó esta vez Cárlos; Montmorency permaneció como inmutable; las guarniciones de Arlés y Marsella los rechazaron vigorosamente, y despues de haber intentado un segundo esfuerzo contra Aviñon, tan infructuoso como el primero, se vió obligado á retirarse de Francia sin gloria, y sin otro fruto de tan inmensos preparativos que haber malgastado dos meses y muchos recursos en una empresa temeraria, y haber perdido la mitad de sus soldados,

víctimas del calor, del hambre y de las enfermedades [1].

En esta malhadada espedicion murió el que mas parte en ella habia tenido, el famoso general Antonio de Leiva, príncipe de Ascoli, el héroe de Pavía, gobernador de Milan despues de la muerte del duque Francisco Sforza, y cuyas hazañas le hicieron digno de ser colocado entre los mas insignes capitanes de su siglo [2]. Esta muerte, que sintió amargamente el emperador, fué una de las causas que le decidieron mas á acelerar su retirada (octubre, 1536). Tambien pereció en esta desastrosa campaña el esclarecido poeta Garcilaso de la Vega en el acto de asaltar la torre de Muey á la salida de Provenza, bien que los imperiales se vengáran cumplidamente de sus matadores, no dejando uno solo con vida [3].

Tambien el monarca y el pueblo francés tuvieron que lamentar durante esta campaña la pérdida del delfin, príncipe muy querido por sus prendas, que murió, como Felipe I. de España, de haber bebido inmoderadamente agua despues de un ejercicio muy violento. La maledicencia supuso haber sido envene-

(1) Du Bellay, Memoir., p. 316. —Sandoval, Hist., lib. XXIII,

(2) Leiva murió de enfermedad, no en accion de guerra. Hacia largo tiempo que la gota le inutilizaba con frecuencia piernas y brazos, y muchas veces se habia hecho conducir á las batallas en andas ó en silla de manos. Fué uno de los hombres mas ricos de su época, y dejó á su hija cerca de 200,000 ducados, «que fué, dice Sandoval, el primer gran dote sin mayorazgo de aquellos tiempos en España.»

(3) El poeta toledano recibió una pedrada en la cabeza, de la cual no murió en el acto, sino en Niza, donde le llevaron á curar.

nado, y de esta suposicion fué víctima el noble italiano conde de Montecuculli, sumiller de la casa del delfin, á quien inhumanamente dieron tormento y despedazaron. Con malicia harto refinada se hicieron tambien recaer sospechas sobre los generales del emperador. Mas sobre no haberse podido aducir prueba de ninguna especie, ni el emperador ni sus generales habian usado jamás de tan abominables artificios, ni tenian el menor interés en la muerte del delfin, puesto que quedaban al rey de Francia otros dos hijos en edad de sucederle; y en el caso de haberse verificado el envenenamiento, con mas verosimilitud se hubiera podido inculpar, como apuntan los historiadores, á la ambiciosa y altiva Catalina de Médicis, esposa del duque de Orleans su segundo hermano, en quien recaia la sucesion al trono.

De las otras dos invasiones, la de los alemanes por Champaña no se habia realizado. La de los flamencos por Picardía al mando del conde de Nassau fué tan adelante, que puso en alarma á la nobleza y al pueblo de París. Nobles y pueblo acudieron en masa á atajar los progresos de los de Flandes, y obligaron al de Nassau á levantar el sitio que tenia puesto á Peronne, y á pronunciarse en retirada á los Paises Bajos, casi al mismo tiempo que el emperador retrocedia á Italia por el mismo camino que habia llevado hacía algunos años el marqués de Pescara de regreso de otra espedicion tan poco venturosa como

esta. Dejó Cárlos un tercio de infantería española en Niza, encomendó el gobierno de Lombardía al marqués del Vasto, pasó á Génova, donde se detuvo por falta de salud algunos dias, y de alli dió la vuelta á Barcelona (noviembre, 1536), entrando en España con los laureles de Tunez un poco marchitos, por su temerario empeño en haberlos paseado por Francia [1].

Habia deseado siempre el papa Paulo III, ser medianero de paz entre Cárlos y Francisco, y ahora mediaron proposiciones, tratos y contestaciones encaminadas á este fin entre el pontífice y el emperador. Mas como el gefe de la Iglesia no pudiese lograr que modificara Cárlos algunas de las condiciones que exigia, y que le parecian inadmisibles por el monarca francés, no pudo Su Santidad llevar á feliz término esta buena obra, por mas que para obligar al monarca español le decia que él estaba determinado á unirse á aquel que mas en lo razonable se pusiese. Pero lejos de ponerse ni el uno ni el otro en lo razonable, cada uno de los dos soberanos parecia andar discurriendo la manera de eternizar sus odios y sus guerras. El parlamento de París, con asistencia del rey Francisco y de los príncipes de la real familia, acusó muy formalmente á Cárlos de Austria de haber faltado al vasallage que por la posesion de los condados de Flan-

(1) Paulo Jovio, Histor. libro XXXV.—Du Bellay, Memoires.—Sandoval, Hist. de Cárlos V, lib. XXIII.—Robertson, Hist. de Cárlos V., lib. VI.—Vera y Zúñiga, Vida de Cárlos V.

des y de Artois debia á la corona de Francia, y por consecuencia, de haber obrado como súbdito rebelde: se le mandó comparecer ante el parlamento como ante el juez competente, y como Cárlos no compareciese ni por sí ni por apoderado, se procedió á la vana y ridícula demostracion de condenarle en rebeldía (1537), de declarar confiscados sus feudos de Flandes y Artois, y de publicar la sentencia á son de trompetas [1].

En su virtud, y como en cumplimiento y ejecucion de la sentencia, y para tomar posesion de los dominios que por ella se adjudicaban á la corona de Francia, marchó el monarca francés con ejército á la frontera de Flandes, donde se movió una guerra formal, á la cual asistieron personalmente el rey, el duque de Orleans, ya delfin por la muerte de su hermano, y el mariscal de Montmorency, nombrado condestable por sus servicios en la anterior campaña. Ya aquella guerra llevaba destruidas algunas provincias de ambos estados, cuando por fortuna interpusieron sus buenos oficios en favor de la paz dos reinas hermanas, la de Francia y la de Hungría, hermanas ambas del emperador, y consiguieron que por lo menos se firmára una tregua de diez meses (31 de julio, 1537), si bien limitada solo á los Paises Bajos.

Porque al mismo tiempo seguia ardiendo otra

(1) Coleccion de documentos para la historia de Francia, hecha de órden del rey.—Cartas y memorias de Estado, por Ribier, tom. II.

guerra en el Piamonte entre los ejércitos de Cárlos y de Francisco; que en todos los campos medían sus fuerzas, agotándose estas primero que sus rencores. Tambien aqui intervinieron las dos reinas, no queriendo dejar incompleta su obra; é instando la una á su hermano Cárlos, la otra á su esposo Francisco, y ambas á los dos soberanos, ayudadas tambien del romano pontífice, siempre neutral, y siempre deseoso de templar las iras de los dos rivales, redujéronlos al fin á concertar una tregua de tres meses en el Piamonte (1538), quedándose cada uno de los dos monarcas con las plazas y territorios que á la sazon poseía, hasta que sus respectivos plenipotenciarios arreglasen un convenio definitivo, para el cual por cierto se suscitaron cuestiones que los obligaron á prolongar la tregua hasta el año siguiente [1].

(1) Fueron los comisionados para tratar de este concierto, por parte del emperador el señor de Granvela y el secretario Francisco de los Cobos, comendador mayor, y por parte del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency.

Hizo el marqués del Vasto en esta ocasion una accion muy propia de su noble y elevado carácter, y el rey Francisco le correspondió con otra muy propia de su genio galante y caballeresco. Luego que se acordó el armisticio, el marqués quiso hacer una visita al rey de Francia, que se hallaba alojado cerca de Carmagnola, y al mismo tiempo mostrarle cuán lucida gente servia bajo sus órdenes al emperador. Dirigióse, pues, á la tienda del rey Francisco, acompañado de un brillante cortejo de caballeros españoles, todos vestidos de gran gala y con muchas cadenas y collares de oro. El rey-caballero, al acercarse el marqués, mandó hacer una salva á toda su artillería, colocó al caudillo imperial entre él y el delfin su hijo: los capitanes españoles fueron igualmente honrados por los franceses; el rey y el marqués departieron largamente sobre la tregua y sobre los límites que se habian de señalar en el Piamonte, y despidiéndose afectuosamente, el del Vasto se volvió á Milan, y el rey Francisco regresó á Francia por los Alpes.—Sandoval, lib. XXIII, núm. 27.

Y no eran solo las guerras de Flandes y del Piamonte las que en este tiempo traian enredados á los poderosos y rivales monarcas. Con sentimiento y estrañeza, y aun con escándalo de la cristiandad, el rey cristianísimo habia provocado y ayudado al sultan de Turquía á combatir al rey católico. Ya hemos indicado las inteligencias no muy secretas en que Francisco I. de Francia andaba hacía tiempo con Soliman de Turquía. Pues bien; cuando Barbaroja se vió vencido y arrojado de Tunez por el emperador y ahuyentado de Bona por la armada de Andrés Doria, el infatigable corsario armó todavía en Argel una flota de treinta y cinco galeras y algunas fustas, enarboló en ellas banderas cristianas, y tomando rumbo á las islas Baleares, arribó al puerto de Mahon, cuyos habitantes, creyendo que eran las naves españolas que volvian victoriosas de Tunez, las saludaron con salvas de artillería, echaron al vuelo las campanas en señal de regocijo, y se disponian á abrazar alegremente á su hermanos. Todo aquel entusiasmo se trocó súbitamente en espanto y tristeza, cuando una casualidad les hizo saber que quien tenian delante era el terrible Barbaroja con dos mil quinientos turcos. Corta y escasa la poblacion para resistir á los ataques que muy pronto le comenzó á dar el famoso pirata, y aportillada ya la cerca por su artillería, los desgraciados mahoneses tuvieron que darse á partido: entró Barbaroja en la ciudad, sa-

queóla á su sabor, no dejando ni aun cerrojos en las puertas, hizo mas de ochocientos cautivos, y con esta presa se reembarcó para Constantinopla á presentársela al sultan, y á mostrarle que si habia sido desgraciado en Tunez, aun no le faltaba arrojo para acometer empresas (fines de 1536).

Acogióle con mucha alegría el turco, y aceptó con tanto mas placer los servicios que volvió á ofrecerle Barbaroja, cuanto que en aquella ocasion andaban instando á Soliman á que declarára la guerra al emperador y rey de España. Los que tales instancias le hacian era un desterrado de Nápoles llamado Troylo Pignatelli, y muy especialmente un enviado del rey de Francia nombrado Laforet, el cual hacia tiempo que le aconsejaba de parte de su amo que abandonára la guerra de Persia, pues le seria mas ventajoso hacerla al emperador en Italia por mar, mientras el rey Francisco lo hacía por tierra en Flandes y Lombardía, siendo imposible que de este modo pudiera el emperador resistirles. ¡A tal punto llevaba el francés su despecho, y á tal estremo le arrastraba su encono y su afan de destruir á Cárlos! A la provocacion del embajador francés se agregaron las escitaciones de Barbaroja en el propio sentido, y todas juntas decidieron á Soliman á enviar todas sus naves y todos sus guerreros contra el emperador. En su consecuencia una inmensa armada turca, de cerca de cuatrocientas velas, con doscientos mil hombres y muchos cente-

nares de cañones de todos calibres, se encaminó, parte amagando primeramente á Hungría, parte derechamente á las costas de Italia con Barbaroja y Pignatelli (1537).

Felizmente para Italia y para la cristiandad entera, el éxito de tan formidable aparato bélico estuvo lejos de corresponder á las esperanzas que habian hecho concebir al gran turco sus instigadores. Porque ni el rey Francisco pudo ejecutar por su parte lo que habia prometido en el Piamonte y el Milanesado, ni los de la Pulla y Calabria se movieron en contra del emperador á la aproximacion de los turcos, segun al sultan se lo habia asegurado. Y por otra parte, el virey de Nápoles proveyó bien los castillos de aquel reino, el pontífice mismo levantó un ejército y una flota en defensa de sus dominios y de la causa cristiana, y el ilustre marino genovés Andréa Doria acudió presuroso con sus galeras, y ayudado de las naves pontificias y venecianas, con su acostumbrada inteligencia y arrojo combatió y destruyó unas galeras turcas é intimidó y ahuyentó otra vez al mismo Barbaroja; de modo que tanto el terrible corsario como el poderoso sultan creyeron mas conveniente emplear la armada turca contra Venecia, que seguir luchando contra el emperador. Asi fué como la desgraciada Italia se preservó, despues de tantas calamidades como ya habia sufrido, de ser presa del furor mahometano; y de haberlo sido Italia, no sabemos en qué trance

hubiera puesto á todas las naciones cristianas la ambicion, el encono y la ceguedad indisculpable del monarca francés.

Como en este tiempo anduvieran las dos reinas de Francia y de Hungría negociando la tregua de que hemos hecho mérito, moviéronse los dos reyes á aceptarla; Cárlos, porque no queria esponer sus estados de Italia á nuevos riesgos si el turco y el francés continuaban confederados, ya que una vez los habia salvado un concurso de felices casualidades; y Francisco, porque temia disgustar á sus mismos vasallos, si se obstinaba en seguir aliado de los infieles, y aumentando su poder contra los deberes, y contra el decoro y dignidad de un rey cristianísimo. El pontífice mostró el mayor interés é hizo los mayores esfuerzos por reconciliar á los dos competidores, ya por la conveniencia de que entrára el monarca francés en la confederacion que tenia ya hecha con el emperador y Venecia á intento de quebrantar el poder formidable del turco, ya para ver de atajar los progresos de la reforma luterana que iba contaminando casi todas las naciones. Mezclábase tambien algo de interés mundano, que era el engrandecimiento de su casa por medio de los ventajosos enlaces que de aquella paz se prometia pare sus dos nietos, Octavio y Victoria Farnesio.

Quiso ademas el papa que se viesen ambos soberanos en Niza, ciudad del duque de Saboya, donde él se les reuniría tambien, para tratar definitivamente

de la paz. Acudieron todos tres al punto de reunion, mas nunca se vieron los tres juntos. Aposentados el pontífice en Niza, el emperador en Villafranca, y el rey de Francia en Villanova, Cárlos y Francisco iban alternativamente á visitar al papa y á conferenciar con él, mas cuidando de no encontrarse, por consideraciones, respetos y etiquetas que se quisieron guardar. Logró no obstante el pontífice hacerlos convenir en una tregua de diez años, la cual firmaron (18 de junio, 1538), por parte del emperador el marqués de Aguilar, el secretario don Francisco de los Cobos, y el señor de Granvela, y por la del rey de Francia el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency. En celebridad de estas paces se hicieron grandes regocijos, fiestas y procesiones solemnes en los dos reinos de Francia y España [1].

Pasados algunos dias, al regresar ya á España el emperador recibió una invitacion de Francisco, en que le rogaba se viese con él en el puerto de Aguas-Muertas donde holgaria mucho de recibirle. Accedió Cárlos á ello y se dirigió al punto indicado. Tan pronto como Francisco divisó la galera imperial, despachó al condestable á decir al emperador que pronto tendria el placer de visitarle en su misma nave. Y en efecto, aunque Cárlos le envió sus ministros suplicándole se

(1) Dumont, Corp. Diplomat. II. —Rimer, Fæder.—Coleccion de Tratados, t. II.—Tiepollo, Relazione dell' Abbocamento di Niza.—Sandoval, Hist. lib. XXIV. núm. 2.

ahorrarse aquella molestia, estos encontraron ya al monarca francés que acompañado de algunos personages iba en una barca, y sin querer detenerse arribó á la galera, á la cual le ayudó á subir el emperador con su mano (15 de julio, 1538). Abrazáronse al parecer con la mayor cordialidad al cabo de veinte años de sangrientas y casi contínuas guerras, aquellos dos soberanos á quienes poco tiempo hacia se miraba como enemigos implacables. Departieron amistosamente cerca de dos horas, y al despedirse el rey manifestó al emperador la gran satisfaccion que tendria en que quisiese ir á tierra, y la que recibirian tambien la reina su hermana y los príncipes y princesas. Cárlos, despues de haber vacilado un poco, creyó que no debia ceder á su antiguo rival en generosidad y confianza, y determinó ir á la poblacion con algunos de su córte. Las demostraciones de placer y de amistad de que allí fué objeto el emperador por parte del rey, de la reina, del delfin, de las princesas y personages franceses, esceden á todo encarecimiento, y debieron sin duda maravillar á los mismos monarcas que tan sin piedad hasta entonces se habian tratado, y tantas injurias y agravios se habian hecho mútuamente. Pero es lo cierto, por mas estraño que parezca que asi tan de repente pasáran del estremo de la enemistad y el aborrecimiento al de la mas afectuosa amistad y de la mas ilimitada y caballerosa confianza, que en los dias que duró la entrevista de Aguas-Muertas no hubo de una

y otra parte sino muestras del mas entrañable y cordial cariño, continuando hasta el momento de despedirse para volver Cárlos á su galera y venirse á España (1).

(1) Ribier, Lettres et Memoires d'Etat.—Relation de l'entrevue de Charles V. et de Franzois I.—Sandoval, lib XXIV, núm. 2.

Tenemos á la vista una estensa carta del emperador al marqués de Aguilar (copiada por nosotros del archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. núm. 867), en que le refiere minuciosamente todo lo que pasó en la célebre entrevista de Aguas-Muertas. Daremos á conocer algunos de sus párrafos mas curiosos, siquiera por el gusto de oir la narracion como de boca del emperador mismo.

«Despues que á los cuatro del presente nos embarcamos en Génova como visteis, habemos siempre estado en mar navegando la mayor parte del tiempo con vientos contrarios, y algunas veces tan recios, que era imposible pasar adelante: de manera, que haciendo lo último de diligencia y esfuerzo, llegamos el domingo pasado que se contaron quince de este, al Puerto de Aguas-Muertas, por donde habemos hecho nuestro viage por causa de vernos con el cristianísimo rey de Francia nuestro hermano. . . . .

«No fué sin dificultad y peligro nuestra llegada al dicho puerto de Aguas-Muertas, porque como haciendo diligencia por pasar adelante partiésemos de las pomegas de Marsella el sábado á la tarde trece del presente, la noche sobrevino tan oscura y cerrada de nieblas espesas, que la mayor parte de los galeras no se viendo las unas á las otras, se hubieron de dividir, y las galeras en que Nos veníamos, por el poco fondo que hay en aquellas marinas, encalló y quedó en tierra, y en el mismo instante la investió por la popa otra que la seguia sin podello escusar: pero en fin, con ayuda de Nuestro Señor, todo sucedió bien, y llegamos al dicho puerto el domingo siguiente despues de medio dia, y luego vino á visitarnos el condestable de Francia, que era venido delante y estaba ya allí dos ó tres dias habia bien acompañado de personas principales, tornándonos á confirmar y haciendo de nuevo los ofrecimientos hechos por los otros ministros del rey con la demostracion y certificacion de buen ánimo y amor de su rey, el cual aun no era llegado al lugar de Aguas-Muertas, porque esperaba nuestra venida en un castillo que estaba cerca con la reina, y el dicho condestable nos dijo que queria y habia de venir á Nos y entrar en nuestra galera confidentemente; y luego enviamos al duque de Alba, comendador mayor de Leon, y señor de Granvela, para visitarle de nuestra parte en la villa, que es lejos del puerto mas de una legua, y habia de venir aquella tarde sabiendo nuestra llegada; pero se adelantó con tal diligencia, que ellos le encontraron ya á la entrada del puerto, que se viene por un rio, el cual venia en seis barcas muy bien aderezadas y acompañado de príncipes y personas de Estado, y habiendo entendido la ida y comision de los dichos nuestros ministros,

Tal fué el resultado de la campaña de Francia. De ella salió mucho mas ganancioso Francisco que Cárlos. Este, embriagado con sus triunfos de Africa, la

en breves palabras segund se pudo hacer de una barca á otra, pasó sin detenerse, mostrando grandeza de vernos, y no paró hasta llegar á nuestra galera, en la cual entró, y nos rescibimos y comunicamos con demostracion de muy grande amistad, alegría y contentamiento, como á la verdad lo habia en la una y en la otra parte; y despues de haber estado y hablado junto cerca de dos horas, que se pasáron en palabras graciosas y certificatorias de la voluntad de cada uno y de ser y quedar verdaderos amigos, sin hablar ni tratar de otras particularidades, remitiendo la declaracion de las que fuesen necesarias á nuestros ministros, y que agora aquellas se determinasen ó no, por esto ni por otra cosa no haya mudanza en esta nuestra amistad, y con esto se partió el dicho rey de Francia de Nos, mostrando muy gran deseo y que le seria gran satisfaccion que quisiese ir al lugar, pero con modestia y sin apretarnos, sino con dulces y graciosas palabras, diciendo que la reina mi hermana y las damas me lo rogarian tan eficazmente, que no se sufriria en cortesía ni buena crianza reusarlo; y aunque por entonces no nos resolvimos en ello, despues, habiendo considerado la buena voluntad que el dicho rey habia mostrado, y la confianza que usó con Nos, y el bien que se podria seguir de esta vista y el sentimiento de lo contrario si no correspondiamos á la confianza que hizo el dicho rey; y habiendo respecto á lo que nos envió á pedir y rogar la reina nuestra hermana, nos determinamos en ir al lugar el lunes por la mañana, como lo hicimos, y llegamos cerca de las diez horas, y llegando á la lengua del agua y fin del canal que se estiende hasta la puerta de Aguas-Muertas, hallamos fuera de la dicha puerta al rey, á la reina, al delfin y duque de Orliens, y todos los príncipes, grandes, princesas y damas que siguen la córte del rey, y fuimos recibidos con gran humanidad y con mayor demostracion de amistad que el Rey habia hecho el dia antes, y con muy gran alegría y placer de todos los que allí estaban de la una y de la otra parte; y seria cosa muy larga y dificultosa querer declarar particularmente y por menudo el buen tratamiento que nos ha sido hecho, las honestas y cordiales palabras que el dicho rey, la reina nuestra hermana y Nos, habemos pasado privada y familiarmente, que sin duda no podrá ser con mayor demostracion de perfecta amistad, entrañable y cordial afeccion y buena voluntad del dicho rey, y singular placer y contentamiento de habernos hecho esta confianza de venir á él; y Nos, en todo lo que nos ha sido posible, le habemos correspondido y satisfecho por nuestra parte, y claramente se ha comprendido que sin esta confianza, y vernos y hablarnos como se ha hecho, fuera imposible poder jamás reconciliarnos ni hacer amigos como lo quedamos. . .

«Lo que mas entre el dicho Rey y Nos ha pasado en substancia, es persistir y quedar perpétuamente verdaderos y buenos hermanos, aliados y amigos, y no creer, pro-

acometió con jactancia contra el dictámen de sus generales, y en el escarmiento llevó el premio de la presuncion: aquel acreditó segunda vez que si fuera de su reino solia ser vencido, sabía mantener la integridad de su territorio contra el poder imperial. Pero la gloria que ganó Francisco como defensor de sus esta-

curar ni hacer ninguna cosa donde quiera que sea el uno en perjuicio del otro; procurar la honra y beneficio el uno del otro respetuosamente entre Nos: que los que son amigos y servidores del uno lo sean del otro, y nó puedan quedar ni estar de otra manera, y que nos avisaremos confidente, llana y abiertamente de todo lo que subcediere, y con comun consejo y con toda sinceridad entenderemos en el remedio de los negocios públicos de la cristiandad. . . . .

«Asimismo se platicó en términos generales de la parte del dicho Señor Rey de hacer alianza de casamiento entre nosotros, sin venir á ninguna particularidad, y con protestacion que, agora se encaminen y concierten ó no, la dicha nuestra amistad quedará siempre firme y entera, y habemos bien entendido que el dicho Rey y sus ministros han dejado de particularizar esto porque no pueda parescer que estando con ellos lo quisieren tractar á su aventaja, y que solamente lo han querido tocar para mostrar la afeccion que tienen de estender esta amistad no solamente entre Nos, mas entre nuestros hijos y descendientes y los del Rey de Romanos nuestro hermano. . . . .

«Finalmente habiendo estado juntos todo el dicho dia Lunes, y dormido aquella noche, y otro dia hasta despues de comer en la tarde nos volvimos á la galera y el dicho Cristianísimo Rey, el Delfin y Duque de Orliens y el Señor de..... nos acompañáron hasta dejarnos en ella, y vinieron con él todos los príncipes y grandes y personas principales de su córte, en lo cual, demas de la buena y cordial afeccion que ha mostrado, no podia hacer de Nos mayor confianza, por donde tanto mas se puede esperar que Dios que ha querido y encaminado esta tan buena obra será servido que la cristiandad resciba beneficios, y nuestros reynos, tierras y vasallos, reposo y tranquilidad, y se evitarán los inconvenientes y daños que han sucedido de las guerras pasadas. Dareis razon á S. Santidad de lo que ha pasado en esta vista, y de la paz y buena amistad en que quedamos con el cristianísimo Rey de Francia, y de la buena voluntad que muestra para lo del turco, hablando en ese punto con desteridad, de manera que no se dé ocasion de juzgar mal del Rey de Francia por causa de la tregua que tiene con el turco, que aun dura por seis ó siete meses, porque no queremos, como es razon, que por nuestra parte se publique cosa que no le esté bien, y podria ser fuera de su voluntad, y entendereis como toman ahi esta paz y lo que sienten de ella, y avisarnos heis de todo lo que hubiere que decir.»

dos, la perdió con la abominable alianza que por vengarse de su rival hizo con el Gran Turco. El tratado de Niza fué ventajoso al rey de Francia, puesto que le dejó en posesion de los dominios que habia ganado en Saboya, y el duque de Saboya se quejaba con razon de haber sido sacrificado á la conveniencia de la reconciliacion de dos poderosos rivales, y de haber sido abandonado por quien debiera ser su protector, siendo su deudo y amigo. El papa adquirió el honroso título de pacificador, y logró ademas el engrandecimiento de su familia que se habia propuesto (1).

Parecia que Europa debia esperar largos años de reposo de resultas de la tregua de Niza y de la célebre y afectuosa entrevista de Cárlos y Francisco en Aguas-Muertas. Por desgracia no fué así, y la historia nos enseñará cuán llena estuvo de contradicciones la vida y la política de aquellos dos belicosos monarcas.

(1) Consintió el emperador en casar su hija natural Margarita de Austria, viuda de Alejandro de Médicis, con el nieto del papa, Octavio Farnesio, dando á su yerno grandes honores y posesiones cuantiosas.

CAPITULO XXI.

SITUACION ECONOMICA DEL REINO.

CORTES.

De 1535 á 1539.

Gastos inmensos que ocasionaban estas guerras.—Penurias y apuro de numerario que pasaba el emperador.—Pide desde Italia recursos á los aragoneses: respuesta dilatoria de estos.—Viene á España.—Córtes de Valladolid: peticiones.—Córtes generales de la corona de Aragon.—Espone en ellas sus grandes necesidades y deudas.—Servicio que le otorgaron los tres reinos.—Rebelion y escesos del ejército de Milan por falta de pagas.—Motin de la guarnicion de la Goleta por lo mismo.—Medidas crueles contra los amotinados.—Célebres Córtes de Toledo.—Triste pintura que hace el emperador del estado de las rentas de la Corona.—Pide un servicio estraordinario: la sisa.—Niégaselo el estamento de próceres.—Insistencia del monarca.—Firmeza de los grandes.—Vigoroso y enérgico discurso de oposicion del condestable de Castilla.—Lo que la nobleza pedia al rey como remedio de los males del Estado.—Disuelve el emperador bruscamente las Córtes.—Mendiga recursos á las ciudades.—Anécdota curiosa y significativa.—Diálogo entre Cárlos V. y un labriego castellano.—Verdades que éste le dijo.—Espíritu y opinion del pueblo.—Muerte de la emperatriz.—Sentimiento.

La acumulacion de tan dilatados, remotos y esparcidos dominios, la dificultad de su conservacion,

la necesidad y el afan de guerrear en todas partes y de mantener en pie numerosos ejércitos, tantas y tan gigantescas empresas, y el ostentoso aparato del emperador y de su córte, necesariamente habian de ocasionar dispendios que no alcanzaban á sufragar ni las rentas de la corona ni los sacrificios de los pueblos, ni los arroyos de oro que vinieran del Nuevo Mundo. La espedicion de Africa habia consumido tesoros: los subsidios de Nápoles y de Sicilia no bastaba para el preciso mantenimiento de las tropas, á las cuales se debian atrasos considerables; y todavía el emperador, recien llegado de Tunez y amenazado por la Francia, pensaba en nuevas conquistas, y proyectaba marchar sobre Argel para vengar el insulto de Barbaroja en Mahon, á cuyo fin escribia desde Italia á la ciudad de Zaragoza y al virey de Aragon, duque de Alburquerque (octubre, 1535), para que juntasen los brazos del reino, y les pidiesen en su nombre la mayor cantidad de dinero posible [1]. Porque su recurso era la España, y España era la que llevaba el peso de tantas guerras.

Como los aragoneses, siempre celosos de sus fueros, contestasen que en Aragon no se podia otorgar servicio sino en Córtes, insistió el emperador desde Nápoles con su virey (17 de enero, 1536) en que viese de cobrar el servicio, «sin esperar ceremonias

(1) Cartas del emperador de 22 de octubre (1535) desde Messina: en Dormer, Anales de Aragon, cap. 77.

»ni solemnidades de Córtes; porque el caso (decia) no »sufre tal dilacion.» Otra vez no obstante respondieron lòs de Aragon, que las leyes del reino no permitian dar subsidios si no eran pedidos en Córtes; y el servicio, á pesar de las instancias y del empeño del César, no fué por entonces otorgado.

De vuelta de la desastrosa guerra de Francia (1537), su primer cuidado fué celebrar Córtes de Castilla en Valladolid para ver de obtener algunos recursos. Los castellanos, que nunca han llevado á bien que sus monarcas se ausenten y alejen del reino, rogáronle, y fué su primera peticion, que se sirviese residir siempre en él, y no espusiera su persona á tantos riesgos y peligros como hasta entonces lo habia hecho [1]. Creian los castellanos, con arreglo á las escasas y erradas ideas que en aquel tiempo se tenian en todas partes en materias económicas, que se podia remediar en algo la pobreza del reino con leyes represivas del lujo en los trages y vestidos, y asì se lo propusieron [2]. En su virtud espidió el emperador una de esas pragmáticas que figuran en nuestras leyes suntuarias, y de cuya inutilidad para la represion del lujo nunca acababan de convencerse ni los monarcas ni los pueblos. Mandábase en ella, que ninguna persona, de cualquier clase ó condicion que fuese, «pudiera traer por guarnicion mas

(1) Cuaderno de las Córtes de Valladolid de 1537, impreso en Medina del Campo en 1545. Peticion 1.ª

(2) Peticion 14.ª

»de una faxa de seda de hasta cuatro dedos de ancho »ó dos ó tres ribetones que seān de otra tanta seda »como la dicha faxa, ó un passamano de seda sin »faxa.—Ansi mesmo que no se pueda cortar ni acu»chillar una seda sobre otra, si no fuere el enforro »de tafetan que no sea doble.—Otrosí que no se »pueda cortar ninguna seda sino en mangas y cuer»pos, y no en faldamento ninguno: pero permitimos »que se puedan traer ropas aforradas de otra seda, »con que no se corte unas sobre otra mas de como »está dicho.—Otrosí que no se pueda traer recamo, »trenza, ni cordon, ni franja, ni passamano, ni nin»guna otra cosa de hilo de oro, ni de plata, ni de »seda, ni pespunte, ni colchado ninguno, sino el que »fuere menester para la costura de la faxa; y esto se »entienda que sea de seda solamente; y los jubones »se puedan ansi mismo pespuntar, con que el pes»punte no haga labores, etc. [1].»

Por lo demas la situacion económica del reino, en medio de todo su engrandecimiento esterior, y no obstante las remesas de oro y plata que se recibian de las Indias, tenia bastante mas de desconsoladora que de halagüeña. Los gastos escedian en mucho á las rentas, y cada año se iban empeñando y consumiendo las de los años sucesivos; de lo cual no permiten dudar los documentos auténticos que hemos visto en nuestros archivos, y de alguno de los cuales,

(1) Pragmática de Cárlos V. en Valladolid, á 29 de junio de 1537.

para que sirva de comprobante y de muestra, daremos copia en los apéndices á este volúmen [1].

Convocó tambien Cárlos V. y congregó aquel mismo año las Córtes generales de los tres reinos de Aragon, Cataluña y Valencia en Monzon, para pedirles subsidios. Nada espresa mejor los enormes gastos que el emperador habia hecho y los apuros pecuniarios en que se veia, que su mismo discurso en la sesion de apertura de estas Córtes (13 de agosto, 1537). Despues de la acostumbrada relacion de sus espediciones y campañas que le servia de exordio, ponderaba los escesivos gastos que le habian ocasionado, y decia: «Y mis rentas reales no han sido bastantes, »ni la ayuda y servicios que me hicieron los reinos »de Nápoles y Sicilia, ni los de Castilla y los de esta »corona, ni el subsidio eclesiástico, ni otras muchas »cosas de que me he valido; pues sin embargo de »todo esto, ando siempre envuelto en cambios y »asientos, de los cuales corren grandes intereses, y »para pagarlos necesito de considerables sumas..... »Y asi dareis órden en ayudarme y socorrerme con »la mayor cantidad, y en el tiempo mas breve que »pudiéreis.....» Por esta vez aquellos reinos quisieron ser condescendientes y aun generosos, y Aragon le sirvió con doscientas mil libras jaquesas, Valencia con cien mil y Cataluña con trescientas mil [2].

(1) Véase el Apéndice, número 1.°

(2) Dormer, Anales de Aragon, cap. 84.—Ni Sandoval, ni Robertson hacen mencion de estas Córtes.

¿Qué servia esto para las necesidades que se habia creado el emperador? Al ejército se le debian las pagas de muchos meses, y estando S. M. en Aguas-Muertas despues de la paz de Niza (1538), las tropas españolas de Lombardía perdieron la paciencia, se sublevaron, y creyéndose autorizadas á tomar por la fuerza lo que no se les daba de justicia, se entregaron desenfrenadamente al robo, y ellas de propia autoridad imponian contribuciones, con pena de la vida al que no pagára pronto la cuota. ¿Qué hicieron el emperador y el marqués del Vasto para apagar la sedicion y satisfacer las justas y enérgicas reclamaciones de los milaneses? Pagar á los disidentes ciento veinte mil ducados, no del servicio de las Córtes de Monzon, sino sacados por repartimiento á los pueblos de Lombardía. Milan se hubiera perdido si en aquella sazon tuviera quien le diese la mano. Hubo que reformar aquel ejército y distribuir las compañías enviando unas á Génova y otras á Hungría.

Al mismo tiempo y por la propia causa se amotinó la guarnicion de la Goleta, en términos que el gobernador don Bernardino de Mendoza se vió precisado á trasladarla á Sicilia, asegurándoles que allí les pagaria el virey. Mas como esto no sucediese, volviéronse á alterar y se entregaron al saqueo poniendo en el mayor peligro la isla. Aqui el virey Gonzaga procedió con mas rigor que el del Vasto en Milan. Habiendo sido presos en Mesina veinte y cinco de los

amotinados, una mañana amanecieron levantadas en el puerto veinte y cinco horcas, las veinte y cuatro iguales, la del medio mas alta que las demas. Antes del medio dia los veinte y cinco presos fueron colgados en las horcas, y el que hacia de gefe de ellos en la del medio despues de haberle cortado la mano derecha. Otros muchos fueron justiciados en toda Sicilia, y á otros se los envió á España [1]. Teníase pues sin pagas á los soldados que habian dado las victorias y conservaban los reinos; se desesperaban, se insubordinaban y se los ahorcaba.

Tan pronto pues como el emperador regresó de Aguas-Muertas á España, congregó Córtes generales de Castilla en Toledo, se entiende que para pedir un servicio estraordinario con que subvenir á sus inmensos gastos y cubrir una parte de sus infinitas deudas. Estas Córtes fueron de las mas célebres de España, asi por su objeto y su desenlace, como por haber sido las últimas á que concurrieron los tres brazos ó estamentos del reino, clero, nobleza y procuradores de las ciudades. Tuviéronse en el convento de San Juan de los Reyes. En el discurso, ó proposicion que se decia entonces, que se leyó á nombre de Su Magestad Imperial (1.° de noviembre, 1538) despues de la esposicion de costumbre de los sucesos políticos y del estado general de los negocios, vínose á parar á los escesivos

(1) Paolo Giovio, Historia, libro XXXVII. — Sandoval, libro XXIV.

gastos que habia sido preciso hacer. «Y para cum»plirlos (se decia), no bastando las rentas reales de »estos ni de los otros reinos y estados de S. M., ni »las ayudas y socorros que le han hecho en todos ellos »que han sido pequeños, ni lo que se ha habido de »las cruzadas, subsidios y décimas que Su Santidad »le ha concedido, ha sido necesario vender, empeñar »y enagenar de su patrimonio y rentas grandes su»mas, y aun con esto no se ha podido cumplir lo pa»sado; porque se deben muy gruesas cantidades de »dineros, que para los dichos gastos se buscaron y to»maron á cambio, y por no haberse podido pagar cor»ren muchos intereses, y crece siempre la deuda con »gran detrimento de la hacienda, y aunque se ven»da y empeñe mucha parte de lo que de ella queda »no puede bastar para pagarse.» Seguia, como era natural, su peticion de un servicio tal como era necesario para subvenir á necesidades y apuros tan graves y urgentes.

El medio que el emperador proponia era el impuesto conocido con el nombre de sisa. El estado eclesiástico no halló dificultad en que se concediera la sisa, con tal que fuese «temporal, moderada, y en cosas limitadas.» No asi el estamento de los próceres, que fué en estas Córtes numerosísimo, el cual respondió por boca del condestable de Castilla no solo negando el impuesto, aunque reconociendo la necesidad de buscar remedio á tan graves apuros, sino supli-

cando al emperador diese seguridad de que en adelante no se habria de vender ni empeñar cosa alguna de la corona real de Castilla y de Leon. Pidieron ademas los grandes y caballeros que para el mejor acierto en lo que convendria hacer les informára bien S. M. del estado de los negocios, y les permitiera platicar y conferenciar con los procuradores de las ciudades. Esquivaba esto el emperador fundándose en lo reconocido y perentorio de la necesidad, é insistia en lo de la sisa, asegurando solamente que esta sería temporal. El estamento de la grandeza nombró una comision de doce, para que examinára detenidamente el negocio y diera su dictámen [1]. Esta comision porfió con el emperador en que para deliberar con madurez necesitaba ser informada del estado presente y general del reino y comunicar sobre ello con los procuradores. Su Magestad se negaba obstinadamente. Por último, un dia se presentó á la junta de los grandes el cardenal de Toledo (25 de noviembre) con algunos miembros del consejo del rey, á decir de parte de S. M. la obligacion que habia de servirle; y que el tributo de la sisa era el que resueltamente pedia como el mas conveniente y menos gravoso al reino; y finalmente que S. M. mandaba que

(1) Los doce nombrados fueron, el condestable de Castilla, el duque de Alburquerque, el marqués de los Velez, el conde de Oropesa, el duque de Nájera, el marqués de Comares, el de Villena, el conde de Benavente, don Juan de Vega, señor de Grajal, y el adelantado de Castilla.

cada uno diera públicamente su voto, de viva voz, y no de otra manera.

Entonces fué cuando el condestable de Castilla, don Iñigo Lopez de Velasco, uno de los que mayores servicios habian hecho al emperador, pronunció ante la junta de la grandeza estas valientes y vigorosas palabras:

«Señores, pues S. M. nos manda que votemos »públicamente en lo de la sisa, y que libremente diga »cada uno su parecer... lo que, señores, entiendo de »este negocio es, que ninguna cosa puede haber mas »contra el servicio de Dios y de S. M. y contra el »bien de estos reinos de Castilla, de donde somos »naturales, y contra nuestras propias honras, que es »la sisa. Contra el servicio de Dios, porque ningun »pecado deja de perdonar, habiendo arrepentimiento »de él, sino el de la restitucion, que no se puede per»donar sin satisfaccion: la cual no podriamos hacer, »á mi parecer, de daño tan perjudicial como éste »para honra y hacienda de tanta manera de gente. »Para S. M. ningun deservicio puede ser igual del »que se le podria recrecer de esto. Y aunque se podrian »dar muchos ejemplos de levantamientos que en »tiempos pasados hubo en estos reinos con pequeñas »causas, yo no quiero decir sino del que ví y vimos »todos de las Comunidades pocos dias ha, que fué »tan grande con muy liviana ocasion, que estuvo S. M. »en punto de perder estos reinos, y los que le ser-

»vimos las vidas y las haciendas. No sé yo quién se »atreva con razon á decir que podria agora suce»der otro tanto; y la buena ventura que Dios nos »dió á los que vencimos y desbaratamos la comuni»dad, no se puede tener por cierto que la tendriamos, »si otro tal caso acaeciese; y los grandes príncipes se »han de escusar de dar ocasion para que sus vasallos »les pierdan la vergüenza y acatamiento que les »deben cuanto en ellos hay... Y no se ha de hacer »poco fundamento de los alaridos y gemidos que »entre toda la gente pobre habria sobre esto: y pues »estos tales no pueden suplicar á S. M. nada sobre »esto, nosotros que podemos verle y hablarle es muy »gran razon que supliquemos por el remedio de se»mejantes cosas, que nos hizo Dios principales per»sonas en el reino, que no vivimos para que fuése»semos solos nosotros, sino para que con toda humil»dad y acatamiento suplicásemos á S. M. lo que toca »á la gente pobre como á su rey y señor natural...»

Dijo ademas en su razonamiento, que si el emperador solia guardar las leyes y costumbres de otros sus reinos y señoríos, no hallaba razon para que no respetára y guardára mucho mas las costumbres y libertades de los castellanos, que le habian servido con mas lealtad que nadie. Declamó contra los perjuicios que la sisa haria á los vasallos de todas las clases, y espuso que con respecto á la nobleza, seria una deshonra para ellos y sus descendientes

consentir en hacerse pecheros; que si S. M. ofrecia que el impuesto seria temporal, no estaba seguro de que sus sucesores, ó acaso él mismo no quisieran perpetuarle. «Y por todas estas razones (concluia), y »otras muchas que se podrian dar, digo que se su»plique á S. M. mil veces, si tantas lo mandare, que »no haya sisa. Y que yo no la otorgo ni soy en otor»galla, y que fuera de sisa á mi parecer será muy »bien que se busquen todos los otros medios que »fueren posibles para que S. M. sea servido... Los »cuales tengo por cierto que se hubieran hallado si »nos hubiéramos comunicado con los procuradores. »Y que asímismo se suplique á S. M. que trabaje de »tener paz universal con todos por algun tiempo. Que »aunque la guerra de infieles sea tan justa, muchas »veces se tiene paz con ellos, como la tuvieron reyes »de Castilla... y que su real persona resida en estos »reinos; y que modere los gastos que tuviese dema»siados con los que tuvieron los Reyes Católicos; que »no aprovecharia algun servicio que á S. M. se hi»ciese, si no hace lo que es dicho; antes serian muy »mayores cada dia sus necesidades; que por el ca»mino que vino á tenellas se han de ir desechando á »mi parocer.»

El que con esta entereza y energía hablaba era el condestable de Castilla, el adversario mas terrible que habian tenido las comunidades, -y el que mas trabajó por la destruccion de la causa popular y por

la derrota de los comuneros. Ahora conocia que auxiliando desmedidamente á Cárlos en 1520 para la opresion de las ciudades, le habia colocado en posicion de aspirar á deprimir la nobleza en 1538. Ahora invocaba el apoyo del estado llano contra las pretensiones del poder, y el poder no le permitia ni siquiera comunicarse con los procuradores. Y ahora que la corona atentaba á los privilegios de la nobleza, la nobleza se sublevaba enérgicamente, pidiendo casi lo mismo que entonces habian pedido con mas justicia y necesidad el pueblo y las ciudades.

Siete horas duró aquella sesion. Todos los magnates se adhirieron al parecer del condestable, y redactaron una propuesta pidiendo al rey que no se hablára mas de la sisa; y que para arbitrar otros medios se comunicáran con ellos los procuradores. Ademas le presentaron otro escrito, de letra del conde de Ureña, pidiéndole que suspendiera las guerras que traia y que residiera en el reino; que solo asi se moderarian los gastos que aquellas ocasionaban, la salida que producian de tan inmensas sumas de dinero, y las vejaciones y agravios que todas las clases sufrian; y que de otra manera todos los brazos ó estamentos del reino, pues que á todos competia, acordarian de comun consentimiento el remedio que mas conviniera para desempeñar su patrimonio y cubrir sus deudas. Lejos de desistir por esto el monarca, contestó á su nombre el cardenal de Toledo pre-

sentando al estamento otro papel recomendando despachasen brevemente lo de la sisa. Otra comision de diez individuos de la nobleza fué encargada de responder al escrito imperial (28 de diciembre, 1538), y lo hizo insistiendo en los mismos capítulos y condiciones que la anterior, mereciendo su dictámen la aprobacion general del estamento, á escepcion del duque del Infantado, del de Alba y algunos otros.

Finalmente, despues de muchas contestaciones, el 1.° de febrero (1539) entró el cardenal de Toledo don Juan Tabera en el salon de la asamblea, é intimó á los próceres que S. M. imperial declaraba disueltas las Córtes: «pues viendo lo que se ha hecho (dijo), le »parece que no hay para que detener aqui á vuestras »señorías, sino que cada uno se vaya á su casa, ó á »donde por bien tuviese (1).» Acabada la plática, preguntó el cardenal á los ministros que habian ido con él si se le habia olvidado algo, y respondieron que no. Entonces el condestable y el duque de Nájera añadieron: «Vuestra señoría lo ha dicho tan bien que no se le ha olvidado cosa alguna.» Levantóse la sesion, y se dieron las Córtes por disueltas.

Desde esta fecha no volvieron á ser llamados á Córtes los grandes señores y caballeros, bajo el pretesto de que al tratarse de los impuestos y tributos

(1) Cuadernos de Córtes de Castilla.—Sandoval, Hist. de Cár- los V., lib. XXIV.

públicos no podian votar en la materia los que estaban exentos de pagar las gabelas.

Escusado es decir lo enojado que quedaria el emperador de la firme y obstinada negativa de los próceres castellanos. Cuéntase que entre él y el condestable se cruzaron palabras duras y desabridas, especialmente por parte del monarca, y que no queriendo dejar de responderle el condestable con firmeza, aunque con cortesía, llegó el emperador en su enojo á amenazarle con que le arrojaria por la galería donde platicaban, á lo cual dicen replicó sin alterarse el magnate castellano: «*Mirarlo ha mejor Vuestra Magestad, que si bien soy pequeño, peso mucho* (1).»

Tuvo pues el emperador, para ver de recabar del reino algun subsidio, que dirigir cartas á las ciudades como en súplica, esponiendo á cada una la necesidad y urgencia que de él tenia apelando á su lealtad, y aun á algunas conminándolas con su desabrimiento y enojo (2). «Todos estos disgustos, dice el »historiador prelado, recibia el emperador; y sus »vasallos no se los daban por mala voluntad que tu»viesen, sino porque los gastos eran grandes y el »reino estaba demasiadamente cargado; que los teso»ros que las guerras consumian, y el sustento del

(1) El obispo Sandoval, que refiere este caso, dice haberlo oido á quien le crió, que se halló en aquellas Córtes. Lib. XXIV, número 8.

(2) Carta del emperador á Pedro de Melgosa, regidor de Burgos: en Toledo, á 7 de febrero de 1539.

»imperio de Cárlos, y de sus estados y reinos, casi »los pagaba Castilla.»

Faltábale todavía á Cárlos V. oir verdades aun mas amargas que las que habia escuchado, y no ya de boca de ningun magnate ó de algun personage político á quien pudiera atribuirse un fin interesado, sino de boca de un hombre rústico, y tanto mas fuertes cuanto que eran la espresion ingénua de la fama pública y del convencimiento propio, emitida con candidéz y sin intencion.

Sucedió, pues, que, disueltas las Córtes de Toledo, vino el emperador á Madrid, y de aqui al Pardo á distraer el mal humor con el ejercicio de la montería: y habiéndose apartado de su comitiva por perseguir á un venado, vino á matarle sobre el camino real, á tiempo que pasaba un labriego que llevaba una carga de leña sobre su asno. Invitóle el emperador á que llevara el venado á la villa, ofreciendo pagarle mas de lo que la leña valiera. El rústico, sin sospechar con quién hablaba, le dijo con cierto donaire: «¿No veis, señor, que el ciervo pesa mas que la leña y el jumento juntos? Mejor hiciérais vos, que sois mozo y recio, en cargar con él.» Gustóle al emperador el aire desenvuelto del rústico, y mientras llegaba quien pudiera llevar la pieza, entretúvose en hacerle algunas preguntas: preguntóle entre otras cosas qué edad tenia, y cuántos reyes habia conocido. «Soy muy viejo, señor, contestó el la-

»briego; he conocido ya cincos reyes. Conocí al rey »don Juan el segundo siendo ya mozuelo de barba, »á su hijo don Enrique, al rey don Fernando, al rey »don Felipe y á este Cárlos que agora tenemos.— »Y decidme por vuestra vida, le preguntó el mo- »narca; de esos ¿cuál fué el mejor, y cuál el mas »ruin?—Del mejor, respondió el anciano, por Dios »que hay poca duda: el rey don Fernando fué el »mejor que ha habido en España, que con razon le »llamaron el Católico. De quién es el mas ruin, no »digo mas sino que por mi fé harto ruin es este que »tenemos, y harto inquietos nos trae, y él lo anda, »yéndose unas veces á Italia, otras á Alemania y »otras á Flandes, dejando su muger é hijos, y lle- »vando todo el dinero de España: y con llevar lo que »montan sus rentas, y los grandes tesoros que le vie- »nen de las Indias, que bastarian para conquistar »mil mundos, no se contenta, sino que hecha nuevos »pechos y tributos á los pobres labradores, que los »tiene destruidos. Pluguiera á Dios se contentara con »solo ser rey de España, que aun fuera el rey mas »poderoso del mundo!»

Viendo Cárlos que no era rudo el labriego, y no insensible á la impresion que la verdad asi sencillamente enunciada produce, díjole que el emperador era hombre que amaba mucho su muger é hijos, y que no los dejaría ni saldria de España, si no le obligara la necesidad de sostener tantas guerras contra

los enemigos de la cristiandad y aun del reino español, que eran las que causaban tantos gastos, que no bastaban para ellos las rentas ordinarias de la corona ni los pechos con que le servian los pueblos. En esto llegaron varios cazadores y criados de la regia comitiva, y como observase el rústico el grande acatamiento que todos hácian á su interlocutor, entró en sospechas de quién podria ser y le dijo: «*¡Aun si fuésedes vos el rey.....! Por Dios que si lo supiera, muchas mas cosas os diria.*» Cuentan que Cárlos no negando ya la calidad de su persona, dijo sonriéndose al labrador que le agradecia sus avisos, pero que no olvidara las razones con que habia respondido á sus cargos: y que concedidas algunas mercedes que le mandó pedir, y en que el humilde leñador anduvo bastante corto, prosiguió su ejercicio de caza (1).

La anécdota no es inverosímil, ni puede parecer estraña al que conozca el carácter de los labriegos y gente del campo de Castilla. Las palabras del rústico no eran otra cosa que el eco de la opinion general del reino, formada por lo que á gente mas entendida oyeran, y por el propio instinto popular, que en estas materias pocas veces va descaminado; y aquellas palabras debieron hacer mas efecto al emperador que las razones y discursos con que hubiera sido censurada su política en las Córtes.

(1) Refiere esta anécdota el obispo Sandoval en el lib. XXIV, número 10 de su Historia de Cárlos V.

Durante esta su corta permanencia en España tuvo la desgracia y la pesadumbre de perder la emperatriz, que murió en Toledo de parto (1.° de mayo, 1539), á poco de haber dado á luz un niño tambien sin vida. La muerte de esta escelente señora fué muy sentida y llorada en todo el reino, porque á su notable hermosura reunia las mas bellas prendas del alma, y adornábanla grandes y muy excelsas virtudes. Contaba entonces treinta y ocho años de edad, uno menos que su marido. Hiciéronsele suntuosísimas exéquias, y fué llevada á enterrar á la real capilla de Granada, con numerosa y brillante procesion de prelados, clérigos, grandes, títulos y caballeros. Hasta el rey Francisco I. de Francia le hizo unas solemnísimas honras fúnebres (1).

(1) La emperatriz doña Isabel era hija de los reyes de Portugal don Manuel y doña María, hija ésta de los Reyes Católicos. No se logró de ella mas sucesion varonil que el príncipe don Felipe, de edad entonces de 12 años. Dejaba además la infanta doña María, que fué muger del emperador Maximiliano, y doña Juana, que fué reina de Portugal.

CAPITULO XXII.

LIGA CONTRA EL TURCO.

MOTIN Y CASTIGO DE GANTE.

1539—1540.

Compromisos y consecuencias para España de la liga contra el turco. —Discordias entre los almirantes español y veneciano.—Conflicto de españoles en Castelnovo.—Su heroismo y su trágico fin.—Triunfo funesto de Barbaroja.—Alzamiento y revolucion en Gante y sus causas.—Perplejidad del emperador.—Determina ir por Francia.—Caballeroso y cordial recibimiento que le hizo el rey Francisco.—Festejos que le hacen en París.—Disimulado y falso proceder de Cárlos.—Marcha á Flandes.—Sofoca la rebelion de Gante.—Medidas y castigos crueles.—Desembózase con el rey de Francia, y le niega abiertamente la cesion de Milan.—Justo enojo del francés.—Vaticínanse nuevos rompimientos.—Demandas de los protestantes de Alemania, y respuesta del emperador.

Cuando el condestable de Castilla con acento elocuente y varonil, eco de la opinion de la grandeza castellana, aconsejaba á Cárlos V. en las Córtes de Toledo que suspendiera las guerras que consumian y empeñaban las rentas de la corona y empobrecian el

pueblo; y cuando el humilde leñador del Pardo con rústica sencillez, eco de la opinion popular, manifestaba al emperador, sin conocerle, que tantas guerras y tantos viages y gastos eran la ruina de los pobres labradores y la perdicion de España, entonces mismo traia el emperador empeñada una guerra terrible y dispendiosa allá en los mares y costas de Italia.

La liga del pontífice, Venecia, el imperio y otros estados y príncipes cristianos contra el turco, le obligaba á mantener en pie de guerra multitud de naves y muchedumbre de soldados. El general del ejército confederado era su virey de Sicilia don Fernando de Gonzaga; el gran almirante y gefe de la armada de la liga era el ilustre genovés Andrea Doria, ambos súbditos del emperador. Barbaroja con ciento treinta galeras turcas se habia echado sobre Candía y otras plazas, y una operacion naval en que la fortuna no favoreció al príncipe Doria habia envalentonado al terrible general de la armada mahometana, y producido desavenencias entre los gefes de las flotas española y veneciana, Andrea Doria y Vicente Capelo, echando éste sobre aquel la culpa del mal suceso. Reconciliados despues por mediacion de Gonzaga, acordaron tomar á los infieles la plaza fuerte de Castelnovo, y combatiéndola españoles y venecianos por mar y por tierra, la rindieron al tercero dia, haciendo mil y seiscientos cautivos, y poniendo para su presidio tres mil hombres, españoles todos, al mando del

valeroso capitan Francisco Sarmiento, no sin contradiccion y desagrado del de Venecia, que con tal motivo volvió á enojarse, desarmó las galeras, despidió la gente, y vino á quedar deshecha la liga.

Habia intentado Barbaroja acudir al socorro de Castélnovo, mas impidióselo una tormenta, en la cual perdió una gran parte de sus naves, La pérdida de Castelnovo hirió de tal manera el orgullo del sultan que juró vengarla en venecianos y españoles, combatiendo á aquellos en la Morea, y á estos en la plaza cuya pérdida tanto le habia irritado. Rehizo pues la armada de Barbaroja, dióle ademas diez mil turcos y cuatro mil genízaros, y llegada la primavera (1539) le envio á atacar por mar á Castelnovo, en tanto que por tierra marchaba al mismo punto el gobernador de Bosnia, Ulamen, que era un tránsfuga persiano, con treinta mil infantes, gran golpe de caballería y multitud de gente irregular y allegadiza. Acudió Juanetin Doria con veinte galeras á llevar provisiones á Castelnovo, pero volvióse luego, temeroso de que llegase la armada de Barbaroja, á quien no podia resistir con tan desiguales fuerzas. Llegaron en efecto algunos dias despues Barbaroja y Ulamen con la armada y ejército (18 de julio), ambos con igual gana de escarmentar á los españoles encerrados en Castelnovo. Los primeros combates les hicieron ya ver que las habian con gente denodada y que no se asustaba por el número de los enemigos. Prodigios de esfuerzo

y de valor hicieron los cercados con ser tan pocos; y en los ataques y escaramuzas que cada dia sostenian con los infieles, hubo ocasion de matar mil genízaros de aquellos que decian con arrogancia: *un español basta para dos turcos, pero un genízaro basta para dos españoles.*

La repeticion de hechos heróicos como éste traia de tal manera desesperado á Barbaroja, que mandó que no se gastára mas tiempo en escaramuzas, y dió órden para que se atacára formalmente y sin descanso la plaza con toda la artillería de las naves y del ejército de tierra. Cinco dias con sus noches estuvieron batiendo el castillo, hasta no dejar piedra sobre piedra, y como habia acudido alli la principal fuerza de los sitiados, y le habian ganado y perdido tres veces, murieron mas de mil españoles, quedándose asombrados los turcos de la resistencia que tan pocos hombres habian puesto en un pobre castillejo á los innumerables tiros de sus cañones. Arrasada la fortaleza, dirigieron sus tiros á las murallas de la plaza, que demolieron mas fácilmente, dejando aquella tan abierta como si nunca hubiera estado cercada. El valeroso Francisco de Sarmiento, mortalmente herido, andaba todavía á caballo por entre los cadáveres de los suyos, alentando á los pocos que quedaban á hacer el postrer esfuerzo. Era ya inútil, y ademas imposible prolongar la defensa. Entraron pues los turcos en Castelnovo (7 de agosto, 1539),

sobre escombros y cadáveres de españoles, puesto que solo quedaban con vida ochocientas personas entre hombres y mugeres, de las cuales unas fueron martirizadas, otras destinadas á los remos, y otras guardadas para presentarlas en Constantinopla como trofeo del triunfo, si triunfo podia llamarse la conquista de una plaza defendida por tres mil hombres, á costa de la muerte de casi todos los genízaros y de diez y seis mil turcos. Barbaroja ofrecia la libertad y una gran suma de dinero al que le presentára la cabeza de Francisco Sarmiento, pero no se halló, ó no se pudo reconocer entre tantos cadáveres (1).

Este fué por entonces el fruto de la liga, y asi se derramaba la sangre española en estrañas tierras, á los pocos meses de haber suplicado á Cárlos V. las córtes de Castilla que suspendiera las guerras y procurára la paz universal.

Mas no era esto solo por desgracia. Cuando esto acontecia, ya el emperador, á quien se habia rogado que permaneciera en España como remedio para curar los males que sus contínuas ausencias producian, se preparaba á abandonar otra vez el reino, para acudir á los Paises Bajos á sofocar el levantamiento de Gante, su ciudad natal. La sublevacion de los ganteses traia su orígen de la invasion de Francia, hecha

(1) Sandoval, lib, XXIV, número 12.—El Dr. Diego José Dormer pone una larga lista nominal de los capitanes y oficiales españoles que murieron en Castelnovo. Anales de Aragon, cap. 88.

por Cárlos V. en 1537 de concierto con sus hermanos don Fernando y doña María. Esta última, gobernadora de Flandes, obtuvo de los Estados de las Provincia Unidas para los gastos de aquella guerra un fuerte subsidio, cuyo contingente se negó á pagar la rica ciudad de Gante, fundada en un privilegio que tenia, por el cual no podia imponérsele tributo alguno sin su espreso consentimiento. En vano la gobernadora alegaba haber sido votado por los Estados de Flandes, de que eran tambien miembros representantes los ganteses. Decididos estos á no renunciar á un privilegio que tanto estimaban, y que habian defendido con éxito contra sus mismos soberanos, no cedieron ni á los suaves ruegos ni á las severas medidas de la reina regente, y lograron interesar á las demas ciudades flamencas á fin de conseguir de doña María que suspendiera la percepcion del impuesto hasta tanto que enviara comisionados á España á presentar á Cárlos sus títulos de inmunidad. El emperador les contestó altivamente que obedecieran á su hermana como si fuese él mismo; y que si en algo se sentian agraviados, acudiesen al consejo ó tribunal superior de Malinas (1538), cuyo fallo les fué tambien desfavorable.

Irritados con esto los ganteses, tomaron las armas, se alzaron en rebelion abierta, se apoderaron de los fuertes de la ciudad, prendieron á los oficiales reales, nombraron su consejo de gobierno, y conociendo que

para poder sostenerse necesitaban un protector, despacharon secretamente emisarios al rey de Francia, ofreciendo reconocerle por soberano y ayudarle á recobrar el condado de Flandes, que en otro tiempo habia pertenecido á la corona de Francia. Por mas que halagára al rey Francisco tan inesperada y lisonjera proposicion, y por mas ventajosa que se le representára la fácil posesion de un condado de mas valer que el de Milan que tan afanosamente habia ambicionado, el monarca francés, amigo entonces del emperador, y dado á los golpes caballerescos, no solo rechazó la propuesta de los ganteses, sino que llevando al estremo su galantería ó su interés en conservar la amistad de Cárlos, le avisó de lo que pasaba en Gante, y aun le envió originales las cartas de invitacion que habia recibido (1539). Cárlos, que conocia bien el carácter de sus compatricios, su amor á la libertad, su apego á las inmunidades de que gozaban, su genio tardío en resolverse, pero firme, perseverante, inflexible una vez tomada una resolucion, comprendió la necesidad de obrar con energía y con celeridad para ahogar tan imponente movimiento. Desde luego pensó en trasladarse personalmente á los Paises Bajos, y á ello le instaba tambien la princesa su hermana; pero el paso por Italia y Alemania era mas lento de lo que la urgencia del caso permitia, y para ir por mar necesitaba de una armada respetable. Lo uno

y lo otro ofrecia dificultades de mucha consideracion.

En esta perplejidad, tomó una determinacion que nadie podia ni aguardar ni imaginar; la de pasar por Francia, que era el camino mas corto, bien que para ello tuviera que pedir su beneplácito al monarca francés. En vano el consejo entero desaprobó semejante resolucion, y en vano le espuso lo arriesgado que era entregarse asi en manos de su antiguo enemigo. Cárlos contra el dictámen de todos, insistió en su proyecto y pidió el permiso, que Francisco le otorgó sin vacilar. Ambos monarcas aparecian generosos, el uno en ponerse en manos de su rival, el otro en recibirle como un amigo en su reino, ofreciéndole todo género de seguridades. Mas bajo esta apariencia de mútua caballerosidad y confianza, proponíanse, sin duda, ambos un fin interesado. Entretenido como tenia el emperador al rey con la promesa de dar el ducado de Milan, ya al uno, ya al otro de sus hijos, Cárlos calculaba que Francisco habia de ser galante con él, esperando obtener por este medio una cesion definitiva, y Francisco se proponia comprometer y obligar á Cárlos, á fuerza de generosidad, á que no pudiera negarle nada. Veremos quién de los dos procedió con mas doblez, y quién fué el engañado.

Partió, pues, el emperador de Madrid (noviembre, 1539) con corto aunque lucido acompañamiento. Al llegar á la frontera de Francia, encontró ya á los dos hijos

del rey, el delfin y el duque de Orleans, que ambos se ofrecieron á venir y estar en España como en rehenes hasta el regreso de S. M. Cesárea. Cárlos les contestó, que él no necesitaba ni queria mas seguro que la fé y palabra real, y prosiguiendo adelante, halló en Castellreaut al mismo Francisco I., que no obstante el mal estado de su salud, se habia adelantado á recibirle. En su entrevista se hicieron las demostraciones mas espresivas de amistad y mútua confianza. De alli marcharon juntos por Amboise, Orleans y Fontainebleau á París. En todo el tránsito fué el emperador objeto de alegres festejos; los gobernadores salian á entregarle las llaves de las ciudades, abríanse en obsequio suyo las prisiones, y se le tributaban los mismos honores que si fuese su propio monarca. Sin embargo, en algunos puntos parece que le ocurrieron escenas que le pusieron un tanto receloso, porque sospechaba no faltar quien abrigara intenciones malévolas hácia su persona. si bien tales conatos, ó fueron castigados, ó se frustraron por los buenos oficios del condestable Montmorency y de la duquesa de Etampes, señora muy discreta, de gran valimiento para con el rey, y de quien gustaba mucho el emperador (1).

(1) Cuenta Sandoval que en el castillo de Amboise, donde durmieron los dos soberanos, un criado, ó por descuido ó con malicia, prendió fuego con una bugía á uno de los tapices del aposento del emperador, y que comunicándose á las demas colgaduras produjo tal humo, que estuvo en peligro la vida de Cárlos: que habiéndose hecho pesquisas, el rey Francisco mandó ahorcar á los culpa-

Gran sensacion y novedad causó en la capital de Francia ver juntos, y al parecer, en la union mas íntima, á los dos soberanos que se habian hecho la guerra por espacio de veinte años, y por cuyas rivalidades tanta sangre se habia vertido en Europa. Las fiestas con que en París fué agasajado el emperador fueron tan suntuosas y brillantes, que al decir de todos, escedieron á las que se habian hecho por la coronacion del mismo rey Francisco. A media legua de la ciudad salió á recibirlos procesionalmente el clero, tan numeroso, que, segun un historiador, «de solo frailes se contaban seiscientos franciscanos, cuatrocientos dominicos, trescientos agustinos, y asi de otras religiones.» Iban doscientos arcabuceros á caballo, trescientos arqueros y doscientos ballesteros vestidos de librea recamada de plata; todos los oficiales comunes con trages de escarlata; veinte y cuatro regidores, de morado con forros de varias pieles; cien mancebos de la nobleza, de terciopelo con guarniciones de oro; doscientos cincuenta oficiales de la córte á caballo, con ropas talares; el preboste de

dos, pero que á ruego ó intercesion de Cárlos se les otorgó indulto.

Refiere tambien que una tarde estando el emperador en entretenida y agradable plática con la duquesa de Etampes, se le cayó á aquel un precioso anillo que solia llevar, y con el cual jugaba distraido; que habiéndose bajado la duquesa á recogerle y queriéndoselo entregar con mucha cortesía, le dijo el emperador: «Ese es vuestro, señora, por que es costumbre de los reyes y emperadores, que lo que una vez se les cae de las manos no vuelva á ellas.» Y como la duquesa replicase no merecer tan preciosa joya, el César le rogó la guardase como una memoria de aquella jornada y de lo que habian hablado en Orleans.—Historia de Cárlos V., lib., XXIV., número 17.

París con los abogados y procuradores; el parlamento con doce vireyes, en mulas y con vestidos de grana; los tribunales con sus presidentes; el consejo real y el gran canciller de Francia; doscientos gentiles-hombres con la guardia ordinaria de suizos; el duque de Alba, Saint-Paul y Granvela: los cardenales Tournon y Borbon; cerca de ellos, el emperador en medio de los dos hijos del rey, y detrás, seis cardenales, con los duques de Vendôme y de Lorena, y otros grandes señores. Pasó la procesion por vistosos arcos triunfales, y el emperador era llevado debajo de un pálio de brocado, y todo esto en medio de una poblacion de seiscientas mil almas puestas en movimiento.

A vista de este espectáculo, y de los multiplicados festejos de que fué objeto el César en los siete dias que permaneció en París (enero 1540), concebíanse las mas halagüeñas esperanzas de una verdadera y perpétua concordia entre los dos émulos, que asegurára la quietud y el sosiego de las naciones. Suponian los franceses que dejaria Cárlos hecha la prometida cesion del ducado de Milan, siquiera en agradecimiento de la espléndida y generosa acogida que Francisco le habia dispensado. Nada, sin embargo, habló el emperador del asunto de Milan; y cuando el condestable Montmorency, que le llevó al palacio de recreo de Chantilly, le tocó este punto, eludióle Cárlos so prestesto de que no era aquella ocasion ni lugar, y de que deseaba se hallase presente su hermano don

Fernando. Como quien no tenia limpia su conciencia, asi le punzaba al emperador el deseo de salir de Francia y de verse libre del poder de su rival. Determinó, pues, seguir su viage á Flandes; acompañóle el rey con inaudita confianza hasta San Quintin, y sus hijos hasta Valenciennes (21 de enero), donde se despidieron despues de haber recibido obsequios y regalos de la reina María, gobernadora de Flandes, que esperaba allí á su hermano el emperador con un cuerpo de caballería flamenca.

Los desgraciados ganteses, viéndose sin apoyo, amenazados tan de cerca por su soberano, y por un ejército de doce mil alemanes que el rey don Fernando llevaba al propio tiempo sobre ellos, acordaron amedrentados enviarle una diputacion ofreciéndole la entrega de la ciudad é implorando su clemencia. Cárlos contestó que se presentaria como soberano á sus súbditos, con el cetro en una mano y la espada en la otra. Mas no quiso entrar en la ciudad hasta el 24 de febrero, aniversario de su nacimiento (1). Parecia que en conmemoracion á dia tan solemne, y en consideracion á ser la ciudad que le habia visto venir al mundo y mecerse en la cuna, deberia esperarse que le tratára con indulgencia. Lejos estuvo

(1) Carta del emperador al cardenal arzobispo de Toledo, escrita en el mismo dia de su entrada. De Gante, 14 de febrero, 1540.—Archivo de Simancas, Estado, Legajo núm. 50.—Creemos que el primer guarismo de la fecha está equivocado en esta copia, y que ha de ser 24, y no 14.

por cierto de ser asi. Apoderado de todos los fuertes, torres y muros, desarmado el pueblo, formado y fallado el proceso sobre la rebelion, anuló la antigua forma de gobierno, todos los privilegios é inmunidades de la ciudad fueron abolidos, privados de oficio los magistrados y regidores, prohibidas sus juntas y cofradías, confiscadas sus rentas, veinte y seis principales ciudadanos fueron ajusticiados con unas túnicas de lienzo que los cubrian hasta los pies, y desnudos interiormente, condenados otros á echarse á los piès del emperador con los pies desnudos y unas sogas al cuello, y otros desterrados despues de secuestradas sus haciendas. Se les impuso una contribucion anual para mantener la guarnicion, y se construyó á su costa una ciudadela para tenerlos en adelante sujetos y comprimidos (abril y mayo, 1540). Procedió pues Cárlos V. con sus compatricios de Gante con la misma ó mayor crueldad que veinte años antes habia empleado con sus súbditos de Castilla, y las libertades del pueblo flamenco tuvieron tanto ó mas desastroso fin que las del pueblo castellano [1].

Restablecida su autoridad en los Paises Bajos, y como se hallasen en Gante el cardenal de Lorena y el condestable Montmorency con el objeto de instar al

(1) Hardi, Anales de Brabante, tomo I.—Le Grand, Costumbres y leyes del condado de Flandes, tomo I.—Sandoval, Historia de Cárlos V., lib. XXIV., números 17 á 20.—Robertson, Reinado de Cárlos V., lib. VI.—Papeles de Estado del cardenal Granvela, tomo II.

emperador á nombre del rey de Francia á que resolviese definitivamente en lo de Milan, Cárlos sintiéndose ya fuerte, arrojó la máscara con que hasta entonces se habia cubierto para con el rey Francisco, y respondió á sus embajadores que daria la mayor de sus dos hijas al duque de Orleans, y con ella en dote los estados de Flandes con nombre y título de rey, lo cual podria venir bien al monarca francés, pero que con respecto á Milan estaba decidido á no darle á nadie, puesto que le poseia como cosa propia del imperio y por buena y legítima sucesion. «Esto es, añadió, lo que tengo que deciros; y si esto no os contenta, no hay para que se trate mas de este negocio (1).»

Compréndese cuál sería el disgusto de los embajadores franceses al oir esta respuesta, y cuál el enojo del rey Francisco cuando le fué comunicada. Sentíalo, mas que por la cuestion de interés, por verse de aquella manera burlado, y por lo que lastimaba su amor propio el concepto que toda Europa formaria de su ciega confianza y del cándido afan con que se habia esmerado en agasajar á su enemigo cuando le habia tenido en su poder. Y asi era la verdad, que tanto como se afeaba la doblez de Cárlos y su hipócrita conducta con su generoso rival, tanto se vituperaba la necia credulidad de Francisco; bien que

(1) Du Bellay, Memoir., página 365.—Sandoval, lib. XXIV. número 21.

pareciese como una merecida expiacion de las muchas veces que él habia quebrantado los mas formales pactos y las mas solemnes palabras empeñadas con el emperador, recordándose su proceder despues de los tratados de Madrid y de Cambray. Todo el mundo veia como inevitable y consideraba inminente otro rompimiento entre los dos soberanos, tal vez mas sério y costoso que los anteriores; mucho mas, cuando se vió que en la cuestion de Venecia y Turquía andaban tambien desacordes el francés y el español, aunque habian aparentado querer marchar acordes y enviar una embajada en el mismo sentido.

Permaneció el emperador algunos meses en Gante afirmando su autoridad, asentando el gobierno de aquel señorío, y visitando al mismo efecto las islas de Holanda y Zelanda. Molestábanle alli con frecuentes demandas, y aun atrevidas exigencias los protestantes alemanes. Cárlos se negó á darles audiencia, enviándoles á decir que ni los amenazaba con la guerra, ni les aseguraba la paz, y por último, que acudiesen á Worms, donde pensaba tener dieta, y alli verian lo que debian hacer y observar.

Condúcenos esto naturalmente á examinar el estado en que se hallaba á este tiempo la gran cuestion de la reforma religiosa.

CAPITULO XXIII.

PROGRESOS DE LA REFORMA.

INSTITUCION DE LOS JESUITAS.

1534.—1541.

Sectas religiosas.—Los anabaptistas.—El panadero de Harlem y el sastre de Leyden.—Sus desvaríos y escesos.—Coronacion del sastre Juan de Leyden en Munster.—Trágico fin de su ridículo reinado.—Disgustos que estas sectas producian á Lutero.—Causas del progreso de la doctrina reformista.—Disidencias acerca del lugar del concilio.—El papa, Cárlos V., los protestantes.—Refuerzo que recibieron los luteranos.—Fundacion de la Compañía de Jesus.—Ignacio de Loyola.—Su patria, su carrera militar y literaria.—Su pensamiento de fundar una sociedad religiosa.—Sus primeros adeptos.—Sus viages á la Tierra Santa y á Roma.—Bula del papa Paulo III para la institucion de los jesuitas.—Organizacion de la Compañía.—Sus propósitos y fines.—Influencia que estaba llamada á ejercer.—Estado de la cuestion religiosa en este tiempo.—Conferencias de Ratisbona.—Decision de la Dieta.—Lenidad y condescendencia de Cárlos V. con los protestantes.—Sus causas.—Revolucion en Hungría.—El sultan.—Viage del emperador á Roma, y su conferencia con el papa.—Prepárase Cárlos V. para otra nueva empresa.

Sustituido por la doctrina de Lutero el espíritu de exámen á las creencias, y sometido el dogma y la

autoridad á la razon, necesariamente habian de surgir de la reforma misma opiniones estravagantes y sistemas absurdos, y hasta ridículos desvaríos, especialmente de parte de aquellos hombres en quienes á la falta de ilustracion y de buen criterio se unia la ambicion y la osadía, y una imaginacion viva y exaltada. Tales fueron varias de las sectas religiosas que muy pronto nacieron del luteranismo, con harto sentimiento y mortificacion del autor mismo de la reforma. Tal fué la predicacion de Muncer, que produjo la sangrienta guerra de los campesinos en la alta Alemania, de que dejamos hecho mérito (1); y tales fueron las aberraciones de los anabaptistas, y los escándalos que poco tiempo despues dieron estos sectarios en Westfalia y los Paises Bajos (2). De este singular episodio de la historia del protestantismo necesitamos decir algunas palabras.

Dos fanáticos artesanos, un panadero y un sastre, Juan Matías de Harlem y Juan Beükels de Leyden, á quienes no faltaba cierto ingenio y gran travesura, suponiéndose alumbrados de espíritu profético, predicaban con fervor el anabaptismo en la ciudad im-

(1) Véase nuestro cap. XVI. del presente libro.

(2) Llamábanse *anabaptistas* ó *rebaptizadores*, porque uno de sus principios era, que no debiendo administrarse el bautismo á los párvulos, sino á las personas adultas, los que le habian recibido en la infancia necesitaban rebautizarse. A esto añadian lo de la igualdad y comunidad de bienes, la pluralidad de mugeres, la abolicion de todo distintivo de nacimiento y de clase, la supresion de toda magistratura como innecesaria, y otras semejantes máximas que habian proclamado ya los labriegos alemanes.

perial y episcopal de Munster, donde llegaron á hacer no pocos prosélitos; de tal manera, que habiendo convocado secretamente á todos los sectarios de su doctrina esparcidos por la Holanda, la Frisia y varias comarcas de Westfalia, salieron un dia dando feroces gritos con las espadas desnudas por las calles de la ciudad, aterraron y ahuyentaron al obispo y los magistrados, y quedaron dueños y señores de la poblacion. Saquearon templos, quemaron libros, confiscaron bienes, castigaron de muerte á los que no les obedecian, nombraron sus cónsules y senadores, mandaron que todos los vecinos presentáran sus riquezas y alhajas, hicieron de ellas un fondo comun, establecieron la igualdad absoluta entre todos los ciudadanos, pusieron mesas públicas en que comian todos los mismos manjares é igual número de platos, se prepararon á defender la ciudad, que ellos llamaban la Montaña de Sion, porque era, decian, el lugar señalado por Dios en este mundo para los escogidos, y el entusiasmado apóstol Juan Matías despachó una fervorosa convocatoria en nombre de Dios á todos los anabaptistas de Alemania y de Flandes para que fuesen á defender la celestial Jerusalen, y á ayudarle despues á conquistar las naciones de la tierra (1534).

El obispo de Munster [1], que habia reunido un re-

(1) Nuestro Sandoval llama á Munster *Monasterio*. No es fácil conocer por el historiador español ni los lugares en que pasaron estos sucesos, ni los personages que en ellos figuraron, pues tan desfigurada trae la nomenclatura geográfica como la personal.

gular ejército, se acercó á la ciudad; pero habiendo salido á su encuentro los reformadores con toda la furia del mas loco fanatismo, arrollaron su gente, mataron muchos católicos, y volvieron á la ciudad frenéticos de alegría. Embriagado Juan Matías con este triunfo, empuñó su lanza, proclamó que estaba resuelto á esterminar los impíos, seguro de la ayuda de Dios, invitó á los que quisieran seguirle, y acompañado de unos treinta escogidos acometió el campo del obispo. Esta vez el nuevo Gedeon, á quien sus prosélitos creian invencible, manifestó que no le habia hecho Dios invulnerable, pues pereció con sus treinta compañeros, cosa que asombró y consternó á los creyentes de Munster.

Sucedióle en el mando el otro profeta, el sastre Juan de Leyden, no menos fanático que él y mas ambicioso todavía; el cual se presentó un dia desnudo y en cueros ante el pueblo, gritando: *«El rey de Sion está aquí.»* Supúsose inspirado por Dios, y el pueblo se dejo arrastrar de él, creyendo todas sus estravagancias. En su sistema de abatir todo lo que encontraba ensalzado en la tierra, hizo derribar las iglesias hasta sus cimientos, y para mostrar á sus sectarios hasta dónde debia llegar la igualdad entre ellos, destinó al que su antecesor habia nombrado cónsul, á ejercer el oficio de verdugo, que él aceptó sin replicar. El nuevo gefe de aquella república nombró para el gobierno de ella doce jueces, á semejan-

za de las doce tribus del pueblo hebreo, y él se reservó la autoridad de Moisés. No contento con esto, el humilde apóstol aspiró á obtener el título de rey, porque tal era, decia, la voluntad de Dios, que asi se lo habia revelado. Una noche dió una gran cena á todo el pueblo, y acabada que fué, se presento vestido con una ropa talar de seda negra, corona de oro en la cabeza, en la mano derecha un cetro tambien de oro, y al cuello una cadena de lo mismo, de que pendia un globo, símbolo del mundo, atravesado con dos espadas. Declarada al pueblo la voluntad de Dios, el pueblo le aclamó su rey, y Juan de Leyden pasó del banquillo de sastre al sólio régio. El nuevo rey-sacerdote se sentó en un estrado, y dió pan y vino á todo el pueblo, pronunciando y profanando impiamente las palabras de la consagracion.

El sastre-rey proclamó que el matrimonio con una sola muger era una tiranía impuesta á la naturaleza humana; estendió á esta materia su sistema de comunismo; encargó á sus doctores que predicáran que cada hombre podia desposarse con cuantas mugeres quisiera, y él se apresuró á dar ejemplo de esta libertad cristiana, tomando hasta catorce mugeres, entre ellas la viuda de su antecesor Juan Matías, jóven y hermosa, que era la predilecta y la que gozaba el título de reina. A la libertad matrimonial siguió la libertad de divorcio, como una natural consecuencia. Las historias han dejado consignado, y aun-

que asi no fuera, la simple razon alcanzaria hasta qué punto llegaría la corrupcion, la licencia, el libertinage, la disolucion y el desenfreno, en un pueblo por tal rey, con tal gobierno y tales leyes y doctrinas regido; y las particularidades que de tal inmoralidad cuentan los escritores de aquel tiempo ofenden tanto al pudor, que no caeremos en la tentacion de estamparlas (1).

Lutero mismo reprobaba todos estos escesos y demasías, y una de las cosas que le daban mas melancolía y pesadumbre era ver la multitud de sectas en que tan pronto se habia fraccionado la reforma, desfigurando su primitiva doctrina y sin contar con el reformador. Mas en cuanto á lo primero, no podia por cierto citarse él mismo como modelo de moralidad; y en cuanto á lo segundo, ¿no era él quien habia proclamado el libre exámen? ¿y podia prometerse ni pretender que en el ejercicio de esta libertad hubieran de uniformarse todas las opiniones á la suya, ó ejercer en la ideas un magisterio y una autoridad que él negaba al dogma?

Escenas tan repugnantes á la razon y á la sociedad humana no podian ser toleradas mucho tiempo.

(1) *Nec intra paucos dies*, dice uno de ellos, *in tanta hominum turba, fere ulla reperta est supra annum 14, quæ stuprum passa non fuerit*. Lambert. Hortens.—*Nemo unâ contentus fuit, neque cuiquam extra effœtas et viris inmaturas continenti esse licuit.*—*Tacebo hic* (dice otro), *ut sit suis honor auribus, quantâ barbarie et malitiâ usi sunt in puellis vitiandis nondum aptis matrimonio, etc.* Joh. Corv.

Los príncipes del imperio, bajo la direccion del rey don Fernando en ausencia del emperador, se armaron para dar socorro al obispo de Munster, el cual, bloqueando primeramente la ciudad y sitiándola despues por espacio de quince meses, reduciendo á los sitiados al hambre mas espantosa, sin que viniera en su auxilio el brazo poderoso de Dios que cada dia les prometia el rey profeta [1], tomó por asalto aquella nueva Sodoma (25 de setiembre, 1535), y despues de degollar sus tropas á los que intentaron hacer todavía en la plaza del mercado una resistencia desesperada, los que quedaron vivos fueron hechos prisioneros y condenados á tormentos y suplicios horribles. Cogido tambien el burlesco rey de Sion, el antiguo sastre de Leyden, fué paseado de ciudad en ciudad y espuesto al escarnio y ludibrio público; volviéronle luego á Munster, teatro de su rídiculo encumbramiento y de sus obscenidades, y allí le dieron refinados tormentos hasta acabarle la vida. El fanático lo sufrió todo con una firmeza y resignacion imperturbable. Con él acabó el breve reinado, pero no la secta de los anabaptistas, que habia echado hondas raices

(1) Durante el sitio se condenaba á muerte á todo el que indujera sospechas de querer rendirse al enemigo, como reo de impiedad. Una de las mugeres de Juan de Leyden habló con poca fé acerca de la mision sobrenatural del rey su esposo: éste la degolló por su mano haciendo que lo presenciaran todas las mugeres: lejos de aterrarlas tan atroz espectáculo pusiéronse á bailar en corro unidas con su marido en derredor del ensangrentado cadáver. Tan desnudo de sentimiento tenian el corazon aquellas bacantes de la reforma.—Robertson, Hist. de Cárlos V., lib. V.

en aquellos dominios, y continuaron muchos profesándole, si bien fué con el tiempo degenerando y reduciéndose á principios y máximas mas decorosas y honestas [1].

Apesar de lo que tales desvaríos dañaban á la doctrina reformista, el protestantismo seguia cundiendo y progresando, merced á los compromisos del emperador que le obligaban á ser indulgente con los confederados de Smalkalde, y á sus empresas de Africa y de Francia que le absorbian todo su pensamiento y le hacian poner todo su conato en mantener la tranquilidad de Alemania. El papa Paulo III, que habia sucedido á Clemente VII. (1535) se mostró desde luego mas dispuesto que su antecesor para celebrar un concilio general en que se resolviese la cuestion religiosa, como el emperador apetecia y habia diferentes veces propuesto. Y aunque los protestantes pedian con ahinco que se tuviera en Alemania, y los reyes de Francia y de Inglaterra no llevaban á bien que se celebrára en Italia, por el mayor influjo que alli habian de ejercer el papa y el emperador, firme el pontífice en la resolucion que desde el principio habia manifestado de designar para este objeto la ciudad de Mantua, espidió la bula convocatoria (2 de junio, 1536), señalando el 23 de mayo del año siguiente para la reunion en aquella

(1) Ottio, Anales de los Anabaptistas.—Sleid. Tumultum anabaptistarum, etc.—Sandoval, libro XX.—Robertson, lib. V.

ciudad, invitando á los prelados de todas las naciones á que concurriesen á la asamblea, y ordenando á todos los príncipes cristianos que la protegiesen con su poder y autoridad. Negáronse desde luego los protestantes á someterse á un concilio, convocado á nombre del pontífice en una ciudad aliada de la Santa Sede y distante de Alemania, y mas cuando en la bula de convocatoria se les calificaba ya de hereges; todo lo cual con otras muchas objeciones espresaron en un manifiesto. El papa tomó este documento como un ataque y un insulto hecho á su autoridad, é insistió en la primera determinacion. Dificultades que puso el duque de Mántua retardaron la reunion é hicieron se variase tambien el lugar, aplazándola para el 1.° de mayo del año siguiente (1538) en Vicenza. Tampoco en este dia ni en este punto pudo realizarse, porque vivas todavía las contiendas entre Cárlos V. y Francisco I., ni uno ni otro permitieron á sus súbditos asistir al concilio, y como no compareciese prelado alguno, el pontífice para no comprometer mas su autoridad, le aplazó indefinidamente y se dedicó á reformar varios abusos y á curar los males de la Iglesia y de la córte romana, bien que les pareciese á los protestantes que no desplegaba toda la energía que aquellos reclamaban.

Protestantes y católicos se apercibian ya en este tiempo como á sostener una gran lucha y darse una batalla. Aquellos robustecian su confederacion ha-

ciendo entrar en ella nuevos miembros, entre los cuales fué uno, y no poco importante, el rey de Dinamarca. Estos, á instancia de un enviado del emperador á Alemania, el vicecanciller Heldo, formaban tambien una Liga Santa en oposicion á la de Smalkalde; y aunque no aprobó este paso Cárlos V., porque empeñado en la guerra de Francia (1538) tenia interés en que no se turbara la paz del imperio, los protestantes, siempre recelosos, no se descuidaban en halagar á los reyes de Francia y de Inglaterra, y en contar y preparar las fuerzas con que en un caso habia de contribuir cada miembro de la liga. Fueron todavía mas adelante, y en una reunion que celebraron en Francfort (abril, 1539), lograron que les prorogaran las concesiones de la dieta de Nuremberg, que la cámara imperial suspendiera toda actuacion contra ellos, y que un determinado número de teólogos de ambos partidos se reuniria á discutir y preparar los artículos de reconciliacion que habian de proponerse en la próxima dieta, con no poco disgusto de la Santa Sede, que veia en esto lastimados los derechos de la autoridad pontificia.

Un acontecimiento propicio á los protestantes vino á poco tiempo á dar un gran refuerzo á su partido. Murió el duque de Sajonia, enemigo declarado y fervoroso de Lutero y la reforma, y por falta de sucesion recayó la posesion de aquel vasto ducado en su hermano Enrique, apasionado y fogoso reformista.

Aunque el difunto duque habia dejado prevenido en su testamento que si su hermano intentase variar el culto religioso en sus dominios, estos pasáran al emperador y al rey de Romanos, Enrique anuló la cláusula del testamento, y auxiliado de Lutero y de otros apóstoles de la reforma reunidos en Leipsick, abolió el culto católico, y estableció en sus estados el ejercicio de la religion reformada, quedando asi estendido casi desde el Báltico hasta el Rhin el protestantismo.

Mas si tan poderoso refuerzo recibieron los protestantes, otro no menos poderoso, aunque de muy difente índole, iban á recibir los católicos. Contra los apóstoles de la reforma se levantaban nuevos apóstoles del catolicismo; á atajar el progreso de las novedades religiosas en el Norte de Europa acudia el Occidente de Europa resuelto á defender la antigua doctrina; contra el predicador aleman se alzaba un caballero español; al fraile agustino de Wirtemberg se oponia un militar de Guipúzcoa, y frente del soberbio Martin Lutero se oponia con humilde audacia Ignacio de Loyola, que por este tiempo fundaba su *Compañía de Jesus*, tan famosa despues en la cristiandad y en el mundo. Fuerza es dar algunas noticias de su fundador, y del modo como llegó á formar esta célebre institucion religiosa.

Hijo de una familia noble de Guipúzcoa, nació Ignacio en su casa paterna de Loyola en 1491. Dedi-

cado desde la infancia, como sus siete hermanos, al ejercicio de las armas, no tardó en darse á conocer como un buen oficial al servicio de Fernando el Católico, de quien habia sido page. En 1521, cuando los franceses invadieron el reino de Navarra, Ignacio de Loyola, que seguia las banderas del duque de Nájera, defendia á Pamplona. En aquel sitio recibió una herida de piedra en la pierna izquierda, y una bala de cañon le fracturó la derecha. No bien curado de tan graves heridas, se hizo conducir á su casa de Loyola, donde sufrió todavía con admirable valor y firmeza dos dolorosas operaciones. Y como despues de los dolores mas agudos resultase habérsele contraido una de las piernas, quedando mas corta que la otra, con el afan de corregir aquella deformidad se sometió voluntariamente al terrible sacrificio de hacérsela estirar con violencia por medio de una máquina de hierro; mas este suplicio no le sirvió para dejar de quedar cojo. Para distraerse en la convalecencia pidió que le llevaran algunos libros de caballería, entonces en boga en España, y como no los hubiese en la biblioteca del castillo, por no dejar de darle algo que leer, le pusieron en la mano la Vida de Jesucristo y el *Flos Sanctorum*. La lectura de estos libros hirió tan vivamente su imaginacion, que desde entonces formó el irrevocable designio de hacerse caballero de Jesus y de María.

Preocupado con esta idea, pasó toda una noche

velando sus armas á estilo caballeresco ante el altar de Nuestra Señora, y por la mañana colgó su escudo y su espada en un pilar de la capilla. Resuelto á militar en adelante en la milicia de Cristo, despidióse de sus antiguas armas, renunció á los amores que tenia con una dama de la córte de Castilla, regaló á un pobre su trage de gala, y ciñéndose al cuerpo un tosco y humilde saco, desprendido á un tiempo de lujo, del amor y de la gloria militar, encaminóse ál pie á la villa de Manresa en Cataluña (1522), en cuyo hospital buscó un asilo, haciendo alli una vida de ayunos, penitencias, cilicios y maceraciones, mendigando el sustento de puerta en puerta, apedreado muchas veces por los bufones muchachos. Habiéndose descubierto su nombre y su calidad, retiróse á una gruta formada al pie de una roca cerca de lá villa, donde redobló sus austeridades y privaciones, golpeándose tambien el pecho con un guijarro como otro San Gerónimo. Alli, dicen los autores místicos de su vida, fué donde tuvo aquellos largos arrobamientos y éxtasis en que Dios le reveló sus sagrados misterios, y segun los cuales compuso su libro de los *Ejercicios espirituales.* Alli, dicen se representó, segun sus ideas militares, á Cristo como un general llamando á los hombres á agruparse bajo sus banderas para combatir á los enemigos de su gloria, y de aqui nació su pensamiento de formar una milicia para la gloria de Dios y la

salud de las almas, una especie de ejército cuyo gefe sería Cristo, una *Compañía de Jesus* [1].

Llena su memoria de las tradiciones de las Cruzadas, emprendió solo, sin recursos ni provisiones, un viage á la Palestina, embarcóse en Venecia, visitó el Santo Sepulcro de Jerusalem (setiembre, 1523), y volvió peregrinando á España. Conociendo que para trabajar en la salud de las almas necesitaba de instruccion y ciencia, se puso á la edad de 33 años á estudiar gramática latina en Barcelona (1524). A los dos años pasó á continuar los estudios de filosofía en la universidad de Alcalá, y despues los de teología en la de Salamanca. En uno y otro punto tuvo que sufrir algunas persecuciones, porque dado á catequizar jóvenes y á enseñar la doctrina cristiana al pueblo, vistiendo él y haciendo vestir á sus prosélitos un largo chaqueton de jerga gris y un gorro del propio color, y viviendo de la pública caridad, alguna vez se le redujo á prision, y otras se le exhortó á que usara el trage propio de los escolares y á que se abstuviera de esplicar los dogmas al pueblo, al menos hasta que hubiera estudiado cuatro años de teología. Cansado de tales molestias, abandonó su patría, y se fué á pie hasta París (febrero, 1528), donde continuó sus estudios con mas sosiego.

Alli fué donde su doctrina, su predicacion y su virtud le valieron la adhesion de seis hombres ya no-

(1) MS. del padre Jouvency.

tables, Pedro Lefèbre, clérigo saboyano, Francisco Javier, caballero navarro, profesor de filosofía en el colegio de Beauvais, el portugués Simon Rodriguez de Acebedo, y otros tres españoles, Diego Lainez, Alfonso Salmeron y Nicolás de Bobadilla, que fueron como los seis primeros soldados que reclutó para su ejército. Para asegurarse de su adhesion y comprometerlos á que no dejaran entiviar su celo, los llevó un dia á una capilla subterránea de la iglesia de Montmartre (15 de agosto, 1534), donde Lèfebre dijo la misa, y despues de comulgar todos, hicieron voto de vivir en pobreza y castidad, de ir á la Tierra Santa á convertir infieles, y en el caso que esto no les fuese posible, marchar á Roma, echarse á los pies del Santo Padre, y ofrecerle y consagrarle enteramente sus personas. Hecho esto, Ignacio se encargó de venir á España á arreglar los asuntos domésticos de sus sócios españoles, y asi lo verificó (1535), quedando concertado reunirse todos de alli á dos años en Venecia.

Volvió Ignacio de Loyola á ver su familia y el lugar de su nacimiento, pero se negó á habitar en la morada de sus padres, y prefirió alojarse en el hospital de pobres de Azpeitia á despecho de los ruegos ó instancias de su hermano. Vendió sus bienes, distribuyó su valor en limosnas, dejó establecida en la Iglesia la oracion denominada el *Angelus*, y se apresuró á partir para incorporarse á sus compañeros. La compañía se habia aumentado durante su ausencia

con tres miembros, Claudio Le Gay, genovés, Juan Codure y Pascual Brouet, franceses. El 8 de enero de 1537, llegaron los nueve á Venecia, donde ya los esperaba, orillas del Adriático, Ignacio de Loyola. Era el momento en que á causa de la liga entre el papa, Venecia, y Cárlos V. contra el turco y del temor á los piratas, no se permitia salir buque alguno mercante de Venecia. Fuéles preciso á los diez misioneros renunciar al viage á la Tierra Santa, y pensar en cumplir la segunda parte del voto hecho en Montmartre. Pasaron no obstante, el resto de aquel año y mucha parte del siguiente predicando en Italia. Derramáronse casi todos por las mas celebres universidades, y solos tres, Loyola, Lefèbre y Lainez emprendieron su marcha á la capital del orbe cristiano. Dos leguas antes de Roma, aseguró Ignacio á sus compañeros haber tenido un éxtasis, en que habia visto al Padre Eterno recomendar á su hijo que aceptara la mision de aquellos sus siervos, y que volviéndose á él, le dijo: «Yo te seré propicio en Roma.» Inflamados de fé y llenos de esperanza con esta nueva revelacion, llegaron los tres viageros á Roma (octubre, 1538), y se prosternaron á los pies del Santo Padre.

Era la ocasion en que el pontífice Paulo III se habia propuesto reformar las costumbres de la córte romana, de cuya corrupcion en aquella época hacen las mas tristes pinturas los historiadores católicos, y de ella se prevalian los protestantes para justificar

sus declamaciones y la necesidad de su reforma. Vínole bien al pontífice aquel refuerzo de fogosos auxiliares, y dándoles la mejor acogida, los empleó en las cátedras y en la predicacion. Animado con esto Loyola, llamó á sus siete hermanos, organizó su sociedad y sometió á la aprobacion del papa el plan de su instituto. Loyola, que habia sido ya objeto de sospechas y aun de acusaciones en Roma, si bien las habia ido disipando y desvaneciendo, encontró tambien alguna oposicion para alcanzar la aprobacion pontificia de su órden, pues los tres doctos cardenales á quienes el papa sometió el exámen del asunto se oponian á la multiplicacion de órdenes religiosas, y el papa se adhirió á su dictámen. Insistieron, sin embargo, los diez socios con aquella perseverancia que habia de ser despues uno de los sellos característicos de la institucion. Por otra parte, reflexionó Paulo III, que en una época en que se habian segregado de la comunion romana la mayor parte de los estados alemanes, la Inglaterra y la Suiza; en que las ideas de la reforma germinaban en el Piamonte, en la Saboya, en Francia, en los valles de los Alpes, á las orillas del Rhin, á las puertas mismas del patrimonio de la Iglesia; en que el poder pontificio se veia tan atacado y habia perdido tanto de su autoridad; una institucion que tenia por objeto combatir por todas partes la heregía, y que profesaba la mas completa obediencia y sumision á la Santa Sede, podia ser en tales circunstancias

una adquisicion importantísima para la Iglesia, y en su virtud, espidió la famosa bula *Regimini militantis ecclésiæ* (27 de setiembre, 1540), aprobando la nueva sociedad con el nombre de *Compañía de Jesus* (1).

La compañía quedaba fundada y sancionada. Era menester darle un general, y la eleccion recayó por unanimidad en Ignacio de Loyola, que aceptó el gobierno de la órden (abril, 1541), y él solo formó y escribió de su puño en lengua española las constituciones que la habian de regir, y que no se publicaron nunca hasta despues de su muerte. Estas constituciones son, á no dudar, una de las obras mas notables del entendimiento humano en materia de organizacion social. Por primera vez se vió el rigor de la disciplina militar aplicado á una institucion religiosa. Educado su autor en la milicia, hombre perspicaz y enérgico, comprendió que en una época en que el principio de autoridad se habia quebrantado, en que la falta de obediencia y de unidad habia puesto al mundo católico en una de aquellas crísis que deciden de la suerte de los pueblos, lo que convenia á su fin era el restablecimiento de la autoridad por el principio de la obediencia ciega, como el soldado obedece á su gefe. Un voto especial sometia toda la asociacion á la obediencia del papa. La compañía era gobernada por un general, perpétuo y absoluto, nombrado por

(1) Bullar. Pontific.—His. de los Soberanos Pontífices: Paulo III. —Hist. de la Compañía de Jesus, por Cretineau-Joly, tom. I.—Sandoval, lib. XXIV.

la congregacion, y sin facultad de declinar. Su residencia habitual habia de ser Roma. Solo el general podia hacer las reglas y dispensarlas; él solo comunicaba sus poderes á los provinciales; él solo nombraba para todos los cargos y oficios de las casas de profesion, de los colegios y noviciados; él solo aprobaba ó desaprobaba lo que los provinciales, comisarios ó visitadores hubieran hecho en virtud de sus poderes; él solo tenia facultad de sustraer uno ó mas miembros del poder de sus superiores inmediatos; él solo podia crear nuevas provincias; él tenia la superintendencia de todos los colegios; él convocaba la congregacion general ó las provinciales, y tenia dos votos en todas las asambleas; él estipulaba todo contrato de compra, venta, ó empréstito de bienes muebles ó inmuebles de la Compañía; él mantenia una correspondencia activa con todos los provinciales, por medio de la cual sabía todo lo que pasaba en los lugares mas remotos, como si se hallase presente; á él le enviaban de cada provincia catálogos con espresion de la edad de cada súbdito, la proporcion de sus fuerzas, sus talentos naturales ó adquiridos, sus progresos en la virtud ó en las ciencias, y destinaba á cada uno á lo que le parecia mas apto á su instituto; nadie podia negarse á ir donde el general le destinaba, sin réplica ni exámen; nadie podia publicar una obra sin someterla á tres examinadores al menos, designados por el general. El poder, pues,

del general era ilimitado: era la aplicacion, en su mas vasta escala, del principio absoluto al gobierno de una órden religiosa.

Muchas eran las condiciones para entrar en la Compañía. Ningun religioso de otra órden cualquiera podia ser recibido en ella. Todo novicio en el acto de su ingreso renunciaba á su propia voluntad, á su familia, á todo lo que hay mas caro en la tierra. Habia en la Compañía seis órdenes ó estados, á saber; *Novicios*, que se dividian en tres clases, destinados al sacerdocio, á los empleos temporales, é indiferentes: *Hermanos temporales formados*, empleados en el servicios de la comunidad; no se los admitia á los votos públicos sin diez años de pruebas y treinta de edad: *Escolares aprobados*; estos hacian los votos simples de religion y continuaban su carrera de pruebas: *Coadjutores espirituales formados*; que se destinaban al gobierno de los colegios, á la predicacion, á la enseñanza ó á las misiones: *Profesos de tres votos*; eran ya pocos, y de aquellos que faltándoles alguna cualidad para la profesion de los cuatro, tenian algun mérito especial para que la órden pudiera sacar partido de ellos en cierto círculo de ideas: *Profesos de cuatro votos*; era el estado superior; eran los iniciados en todos los secretos de la órden; solos ellos podian ser generales, asistentes, secretarios generales ó provinciales. Los últimos votos no se podian hacer hasta la edad de treinta y tres años.

Ignacio de Loyola no quiso que su compañía se pareciera á ninguna de las órdenes religiosas existentes, porque era tambien otro su objeto y su fin. Asi, ni siquiera le dió trage particular, sino el ordinario de los sacerdotes seglares de cada pais, como á hombres destinados á vivir dentro de la sociedad. A los frailes, como destinados á la vida contemplativa, como á gente apartada del mundo, se les prescribia la soledad, la oracion, el ayuno, el silencio, las mortificaciones, oficios divinos, el coro: esta era la base de su instituto. Los jesuitas, destinados á ser una milicia activa y laboriosa, y no un cuerpo ascético, necesitaban otra clase de ejercicios y de alimentos, mas de estudio que de contemplacion espiritual, mas de conocimiento del corazon humano que de maceraciones corporales, mas de lectura que de coro, mas de política social que de claustral retiro: y para su admision se preferia á los que tuviesen buena salud, constitucion robusta y hasta físico agradable, porque para correr del un cabo del mundo al otro era menester robustez y fuerzas.

Siendo uno de sus principales fines catequizar y ganar almas con habilidad y con destreza, tenia que ser uno de sus principales medios apoderarse de la educacion de la juventud, de la direccion de las conciencias y la enseñanza pública. Para esto necesitaban ellos estudiar mucho, y saber mucho para poder desempeñar con ventaja el magisterio, el confesona-

rio y la predicacion. Necesitaban tambien los conocimientos profanos y la instruccion amena para influir en todas las clases de la sociedad. Por eso se dedicaban al estudio de las lenguas, de la poesía, de la retórica, de la física, de las matemáticas, como al de la filosofía, de la teología, de la historia eclesiástica y de la Sagrada Escritura (1).

Tales eran algunas de las bases de la constitucion de la Compañía de Jesus, con las cuales guardaban armonía todas las demas, formando entre todas un admirable conjunto, el mas á propósito para las ideas y fines de su hábil fundador. Compréndese, que una asociacion en tales circunstancias y de tal manera organizada, y protegida por los romanos pontífices, habia de ejercer grande influencia, no solo en la cuestion religiosa que agitaba entonces las naciones europeas, sino en la condicion social, moral, literaria y aun política de todo el mundo. No es todavía ocasion de anunciar hasta dónde llegó, y en qué sentido, esta influencia, puesto que la sociedad acababa de plantearse, y el tiempo y la historia nos la irán descubriendo. Ahora, mientras sus fundadores se derraman por el mundo á hacer prosélitos, concluyamos con la

(1) Estas breves noticias acerca de la organizacion de la Compañía de Jesus, las hemos tomado de sus mismas constituciones, y aun hemos estractado las que da Crètineau-Joly en su *Historia religiosa, política y literaria de la Compañía de Jesus*, autor que no puede sea mas adicto á la Compañía. De otros particulares de esta institucion, ya se nos ofrecerán ocasiones de hablar.

fisonomía que á este tiempo iba presentando la cuestion de la reforma luterana.

Las conferencias que se habian acordado entre los teólogos católicos y protestantes se entablaron en Worms, mas fueron interrumpidas de órden del emperador para volverlas á comenzar á su presencia en la dieta que convocó en Ratisbona. Es notable que ambos partidos convinieran en facultar al emperador para que nombrase tres teólogos de cada uno de ellos, que hubieran de debatir en público certámen los artículos que motivaban la contienda (diciembre, 1540). Así se hizo; mas despues de largos debates, y de convenir en algunos puntos y no poder concertarse en otros, en que la iglesia católica no podia admitir variacion que pudiera afectar á sus inalterables dogmas y antiguas instituciones, deseando ya Cárlos poner fin á la dieta, se adoptó á pluralidad de votos la resolucion siguiente: que los artículos en que habian convenido los doctores se tuvieran por determinados, y aquellos en que no estaban acordes se remitieran á la decision de un concilio general, ó en su defecto, de un sínodo que se tendria en Alemania, y en el último estremo, al fallo de una dieta general del imperio. Grandemente ofendido se mostró el papa de que la determinacion de tan graves asuntos religiosos se sometiera á una asamblea que se habia de componer mas de legos que de eclesiásticos; y lo singular de esta resolucion fué que dejó tambien des-

contentos á católicos y protestantes, porque unos y otros esperaban sacar mas partido de las conferencias. Por último, Cárlos, temiendo nuevas alteraciones en Alemania si dejaba disgustados á los reformistas, les confirmó todas las prerogativas y concesiones que antes les habia hecho.

Obraba el emperador con esta lenidad, y aun condescendencia con los hereges, porque siempre tenia atenciones y negocios con otras potencias que le obligaban á sacrificarlo todo á la paz del imperio, y le impedian obrar con desembarazo. Ahora, ademas del rompimiento que temia por parte de la Francia, llamaba su atencion el conflicto en que se hallaba su hermano don Fernando en Hungría, á consecuencia de una revolucion que acababa de verificarse en aquel reino, y habia producido la entrada en el del gran sultan de Turquía Soliman II. con poderoso ejército, el cual despues de algunas victorias y de una alevosía infame se apoderó de Hungría y la incorporó al imperio otomano. Por esto, Cárlos, lejos de poder desplegar energía con los protestantes de Alemania, tuvo que ser obsecuente con ellos, á fin de tenerlos propicios á que le auxiliasen, ó bien á rescatar la Hungría ó bien á defender las fronteras de Austria amenazadas por el turco. Ellos, en efecto, le ofrecieron hombres y dinero para la defensa de los dominios imperiales, y por aquella parte pudo quedar tranquilo.

Desde alli volvió á Italia con objeto de conferenciar con el pontífice sobre los medios de terminar las fatales contiendas religiosas que tan perturbada traian la cristiandad. Mas sobre no ser fácil que se convinieran dos príncipes, que si bien deseaban un mismo desenlace, el triunfo de la unidad católica, llevaban, en cuanto á los medios, distintas miras y aun encontrados intereses, antojósele al emperador realizar otra empresa, que tiempo hacia ocupaba su pensamiento, y agena al parecer de todo punto á lo que entonces se trataba, á saber: su proyectada espedicion á Argel.

CAPITULO XXIV.

TRATOS CON BARBAROJA.

DESASTROSA JORNADA DE CARLOS V. A ARGEL.

1541.

Silencio de los historiadores sobre este punto.—Documentos que nos informan de él.—Carta del capitan Alarcon á Barbaroja.—Entrevista de Alarcon y Barbaroja en Constantinopla.—Tratos para atraer á Barbaroja al servicio de Cárlos V. y condiciones que faltaban para venir á concierto.—Capítulos á que Barbaroja accedia.—Sentida carta del rey de Tunez al secretario de Cárlos V., esponiéndole su situacion y pidiendo auxilio.—Ida y estancia oculta del capitan Vergara en Constantinopla.—Proposiciones de Barbaroja.—Cómo se desconcertaron los tratos.—El capitan Rincon.—Proyectos del sultan contra Tunez.—Determina Cárlos V. la conquista de Argel.—Razones que alegaba para justificar la espedicion.—Las de sus generales en contra de la empresa.—Resuélvese Cárlos contra el dictámen de estos.—Grande ejército y armada.—Peligrosa navegacion.—Arrogancia del gobernador argelino.—Huracanes y borrascas.—Triste y calamitosa situacion de los imperiales á la vista de Argel.—Estragos grandes en la flota y en el campamento.—Valor y serenidad de Cárlos V.—Desastrosa retirada.—Magnanimidad del emperador.—Reembárcase el ejército.—Nuevos infortunios.—Dispersion de la flota.—Regreso de Cárlos á España.

Antes de referir la desventurada espedicion del emperador Cárlos V. á Argel, vamos á dar cuenta de

un suceso, de que no hemos hallado noticia en historiador alguno, español ni estrangero, y cuyo conocimiento debemos á documentos inéditos y originales que han venido á nuestras manos, y que estrañamos hayan sido desconocidos hasta ahora.

Hablamos de los tratos que mediaron en este tiempo entre el emperador Cárlos V. y el famoso Barbaroja, para que éste, apartándose del servicio del sultan de Turquía, se viniese al del rey de España, trayendo consigo la mayor parte de la armada turca, bajo las condiciones que luego habremos de ver. En estos tratos, en que sin duda se proponia el emperador dejar quebrantado el poder del turco, una vez que lograra la defeccion de su almirante, intervenia el capitan Alonso de Alarcon, obrando de acuerdo con el almirante del imperio el príncipe Doria, y con el virey de Sicilia Fernando de Gonzaga. La siguiente carta de Alarcon á Barbaroja, fecha en Parga (ciudad de Turquía), á 21 de setiembre de 1538, nos informa ya bastante de la naturaleza de estas negociaciones y de las bases sobre que se fundaban. Decíale asi:

«Muy poderoso señor.—Yo escribí á V. A. desde »el Cabo de Santa María con Dragut Arraez, dándole »aviso de mi llegada allí, y de cómo el príncipe Doria »era venido con gruesa armada del emperador á »Corfú....., y por procurar lo que al servicio de »V. A. conviene, segun me lo tiene mandado, acordé »de suspender mi viage para España, y con un cor-

»reo escribí al emperador mi llegado á Pulla, y »como me quedaba por volver á esta armada á ver el »estado en que estaba, y por hablar al dicho príncipe »Doria y al viso-rey de Cicilia que aqui viene, y ver »si con ellos se podria concluir ó tomar algun buen »apuntamiento en los negocios de V. A., pues ambos »juntos y cada uno por sí tienen comision y poder del »emperador para entender en ellos como su propia »persona, y llegué aqui á la Parga anoche, donde los »he hallado, y holgaron con mi venida; y habiendo »platicado largamente sobre cada cosa en particular, »entiendo que estos dos señores serian muy contentos, y tienen deseo de ver el efecto de estas nuestras pláticas, porque tal persona como la de V. A. la »querrian ver prosperada estando en devocion y »buena amistad con el emperador, y particularmente »cada uno le procuraria de hacer todos los placeres »y servicios que fuese posible; pero estos señores me »dicen que la principal cosa que les conviene hacer »es procurar que la palabra y promision del emperador en manera ninguna se quebrante con amigos ni »enemigos, por mal ni bien que pueda seguirse, porque S. M. ha tenido y tiene siempre por cosa muy »principal el mantener su palabra, y no consentirá »que *direte ni indirete* se quebrante, y que hablar en »dar á V. A. el reino de Tunez por la órden que se »ha platicado no se podria hacer, si primero V. A. no »mostrase razones bastantes y suficientes para que

»todo el mundo vea y sepa como el rey de Tunez le »ha faltado á lo que le tiene capitulado y prometido; »y que si el dicho rey hubiese faltado á su promesa, »el emperador, en tal caso, no seria obligado á »guardarlo ni á defenderlo en el dicho su reino, ni á »darle ningun favor ni ayuda, y podrian libremente »capitular con V. A. Pero paréceles á estos señores, »que si V. A. se contentase de ir en Berbería y estar »allí á la devocion del emperador, le podria dar luego »á Bona, que la tiene en su mano, y le podria dar á »Bujía, que es suya; pero porque aquel puerto es el »mejor y mas importante de aquellas partes, dicen »que V. A. habia de prometer de tenerlo limpio de »corsarios y malhechores, y que para conquistar el »reino de Bujía y todo lo que hay desde Bona has- »ta el reino de Tremecen, el emperador le daria »á V. A, todo el favor que le demandare; y las cosas »de bastimentos y mercaderías, y contratacion de sus «reinos y vasallos serán comunes con los vuestros, y »se tratarán como buenos amigos y aliados con toda »seguridad, y S. M. holgará y tendrá por bueno todo »el acrecentamiento de estado y de honra que V. A. »tenga: y dicen que la plática de lo de Tunez podrá »quedar para adelante, si no se halla manera y causa »justa como el emperador, sin quebrantar su fée y pa- »labra, pueda desamparar agora al rey de Tunez. Y »en lo que toca á lo de Trípoli, dicen que aquella »ciudad está en poder de la órden de los caballeros de

»San Juan de Rodas, á los cuales el emperador se la »dió que la defendiesen y hiciesen allí su frontera, »pero que muy bien podria V. A. tornarla á pedir al »Gran Maestre, y creen estos señores que luego se la »restituya, y desta manera el emperador la podrá »dar á V. A.; y cualquier otra cosa que esté en ma»nos del emperador ó que se pueda hacer buenamen»te en beneficio vuestro, estos señores holgarán que »se platique en ello, y lo otorgarán y concederán con »buena voluntad, contando que V. A. con brevedad »se aparte de la gobernacion de esa armada, y se »vaya con sus servidores y amigos á Argel, ó otra »parte de Berbería, donde pacíficamente pueda estar, »y les deje á ellos que se avernan con el resto de la »armada del gran señor, que cierto, segun están po»derosos estos príncipes de galeras y naves y gente, »con razon parece que pueden emprender cualquier »gran cosa, é yo les he dicho cuanto V. A. me man»dó, y lo que yo sabía de cómo se pudieran haber »hecho grandes daños en las tierras del emperador, y »que V A. lo ha suspendido esperando de venir á la »conclusion de su amistad por no enojar á S. M., y »que no haciéndose agora lo que pide podrá hacer »V. A. tal tratamiento en sus tierras de los reinos de »Nápoles y Cicilia, y aun de España, que todo el mun»do conocerá que V. A. no tenia gana hasta aqui de »enojar á S. M. ni de deservirle, y estos señores »príncipe Doria y viso-rey de Cicilia me dicen que

»bien creen que V. A. pudiera haber hecho mas daño »en tierras del emperador, porque por muchas partes »estaban sus capitanes y ejércitos ocupados en las »guerras contra el rey de Francia. Pero agora ya »tienen echa tregua por diez años, en los cuales no »podrá haber guerra entre ellos, ni el uno podrá ser »contra el otro; antes, despues de concertada la tre»gua, el emperador y el rey se han visto y hablado »en Aguas Muertas. De manera, que el poder del em»perador, que es tan grande como á todos es notorio, »no se empleará sino en fortificar y defender bien sus »reinos y tierras, y aun segun sus altos pensamientos, »no dejará que sus enemigos le vayan á buscar, an»tes saldrá ó mandará tener siempre fuera su gruesa »armada para ofender sus contrarios: y sobre cada »cosa destas habemos dicho y platicado muy larga »y particularmente todo lo que se podia y debia »decir..... Y en caso que V. A. no sea contento con »esto, yo me partiré luego en viendo su respuesta para »el señor emperador, etc. De la Parga, sábado XXI »dias de setiembre 1536 (1).»

(1) Archivo general de Simancas, Estado, Legajo 1459.—El único historiador de los que hemos visto que parece columbró debia haber algunas inteligencias secretas con Barbaroja, es el italiano Gregorio Leti, que al observar que publicada la liga contra el turco se habian separado el príncipe Doria y Barbaroja casi sin ofenderse, dice sospecharon los mas suspicaces si entre Doria y Barbaroja habria alguna inteligencia secreta, lo que á su entender penetraron los venecianos, y fué la causa de apartarse de la liga y confederarse con el turco. «*Onde molti si diedero á formar forti argomenti, credendo i più speculativi per fermo che tra il Doria e Barbarossa vi passase qualche intelligenza segreta, per meglio conservarsi senza perdita l' uno nella gratia di Solimano, l' altro di Cesare, cosa*

Conócese que Barbaroja quiso tratar personal y verbalmente todas estas cosas con el intermediario del monarca español, puesto que el mismo Alarcon, en carta al emperador Cárlos V., fecha 25 de setiembre, le da cuenta de la entrevista que tuvo con Barbaroja en la misma ciudad de Constantinopla, y de las propuestas, contestaciones y réplicas que entre los dos mediaron acerca de las condiciones de la negociacion. En esta entrevista supo Alarcon originalmente de boca de Barbaroja todo lo que habia mediado entre el sultan y el rey de Francia, los auxilios que éste habia pedido, y los que aquel le habia dado [1].

Estaba la principal dificultad para llegar á un concierto definitivo, en que, por una parte, Barbaroja queria ser repuesto por el emperador en posesion del reino de Tunez, y Cárlos V. y sus generales exigian de Barbaroja, que ademas de las galeras con que él hubiera de venir quemára la mayor parte de las del turco. Esto último parecia esquivarlo el infiel, pues no lo comprendia en los capítulos del convenio, lo cual hacia concebir sospechas y recelos de que no obrára de buena fé en estos tratos el antiguo corsario argelino [2]. Por su parte, el emperador y el re-

que penetrata poi da' Venetiani si retirarono dalla Lega e si accomodarono col turco.»—Pero estuvo muy lejos el historiador italiano de penetrar los verdaderos tratos que mediaban.

(1) Copia de carta autógrafa de Alonso de Alarcon á la S. C. C. M. de Cárlos V., dándole cuenta de su entrevista con Barbaroja. Archivo de Simancas, Estado, Legajo 1459.

(2) «En lo que Alarcon y los otros (decia el gobernador de España, arzobispo de Toledo, en carta al emperador) habian ofrescido

gente de España vacilaban mucho en lo de volver á despojar á Muley Hacen del reino de Tunez en que Cárlos le habia puesto, para dársele otra vez á Barbaroja, cuando parece que aquél no habia dado motivo fundado de queja para tan violento despojo: bien que por otro lado, calculaban que tal vez seria mas útil y aun decoroso darle el reino de Tunez que Oran, Bujía y Trípoli, plazas ganadas por los abuelos del emperador; mucho mas, cuando lo que ahora no le cediesen por voluntad lo podria él tomar por la fuerza.

Los capítulos á que accedia Barbaroja para confederarse con el emperador y venir á su servicio eran los siguientes:

«Que será amigo de amigo y enemigo de ene»migo.

»Que se vendrá á servicio de S. M, con 55 ó 60 »galeras.

de parte de Barbaroja, siempre se decia, que cuando él se hubiese de apartar del servicio del turco y venir al de V. M., habia de quemar y echar á fondo las mas galeras y navíos que pudiese de las del armada del turco, y él venirse con la otra parte, que habia de ser la mayor, para que se viese que él traia verdad en este negocio: agora en estos capítulos no hace ninguna mencion desto, sino solamente de venir con cincuenta y cinco ó sesenta galeras, y segund este tracto ha andado y anda público no se puede dejar de sospechar que viniendo desta manera no fuese con sabiduría y concierto del turco, cuanto mas, que aunque él salga, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 49.

«En lo de Barbaroja (decia él mismo en carta á Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia) parésceños, que teniendo seguridad que él no anda doblado en este negocio, y que cumpliria lo que ofresce, que seria una cosa muy á propósito á los negocios de S. M., pero todos estamos muy dubdosos y con pensamiento que el tracto es doble, por haber sido y ser una cosa pública, y haber hablado Barbaroja con Alarcoñ y con otros en presencia de turcos, que hace creer que lo que trata es con sabiduría de su amo, etc.»

»Que enviará su hijo á España para que esté con »Su Magestad.

»Que desarmará las galeras todas, y hará los »arraices alcaides y limpiará la mar de corsarios.

»Que si S. M. hiciere la guerra al turco, que le »ayudará con todas sus fuerzas, y á donde quiera »que fuesen nuestras galeras irán las suyas si S. M. »quisiere.

»Que será la contratacion libre entre los vasallos »de S. M. y la Berbería, sin diferencia alguna, como »si todos fuesen de una ley.....

»Que si S. M., por algunos respectos hiciere la »guerra á venecianos, que le ayudará con todas sus »fuerzas á tomar á Venecia, y á todo lo demas que »S. M. quisiere.

»Que si el rey de Francia hiciere la guerra á »S. M., que le ayudará á tomar á Marsella, y á tomar »todo el reino si S. M. quisiere [1].»

Estas negociaciones se continuaron los años 1539 y 40, no obstante la invasion de las costas de Italia por el turco, y el ataque y toma desastrosa de Castelnovo de que hemos dado cuenta en otro capítulo. Y entretanto, ignorante de todo lo que pasaba el rey de Tunez, seguia cifrando toda su esperanza en el emperador, y en carta á su secretario Francisco de

(1) Archivo de Simancas, Estado, Leg. núm. 49.—Este documento está firmado por don Fernando de Gonzaga, y debajo tiene un sello sobre cera encarnada.

los Cobos, se lamentaba de su situacion de la manera siguiente:

«Alabanza á Dios solo.—Del siervo de Dios en »cuya confianza pone todas sus cosas públicas y pri»vadas, el rey de los moros Mohamad Al Hacen, rey »de Tunez, á quien Dios haga victorioso; al secretario »grande entre los de su generacion, y honrado y »nombrado entre los de su ley, Cobos, el comenda»dor mayor, á quien Dios Altísimo honre: Hacemos »saber, que estamos con el amor y amistad que sa»beis os tenemos: siempre procuramos saber nue»vas de vos; muchas veces habemos escrito al empe»rador y á vos, haciéndoos saber la aventura en que »estamos y lo que padecemos, por habernos tomado »todas nuestras ciudades, que no nos queda sino so»lamente la ciudad de Tunez, y que los turcos han »tomado y poseen todas las ciudades de la costa, de »las cuales salen los corsarios y van á vuestras ciuda»des, y nos han ocupado á nosotros y á vosotros, de »lo cual sereis avisados por el capitan Francisco; y »pues teneis allá armada que gana sueldo sin traba»jar (y Dios os encamine á ello), enviádnosla para que »nos libre de estos turcos, y será utilidad vuestra, »porque en esa córte del emperador otro de quien »nos ayudar sino de vos no tenemos. Una carta os »darán con esta para el emperador, por la cual le »avisamos de la estrechura en que estamos. Queremos »de vos tengais de ello cuidado, y que aconsejeis

»como seamos librados, etc..... Fecha á 20 dias de la »luna de Moharram, año de 946 (1539). Dios nos haga »partícipes de sus bienes —Al secretario grande entre »los de su generacion..... etc [1].»

A esta sentida reclamacion del soberano tunecino favoreció como veremos luego, el rumbo que fueron tomando los tratos entre el emperador y Barbaroja. A principios de 1540 llegó de incógnito á Constantinopla el capitan Juan de Vergara, enviado por el virey de Sicilia, á proseguir la negociacion con el príncipe mahometano. Tuvo éste escondido al capitan español dentro de una cámara por espacio de tres semanas. Barbaroja se mostró muy dispuesto y hasta deseoso de concluir y efectuar el concierto, y se alegró mucho de que el emperador y la córte de España manifestasen la misma buena voluntad. Se quejó de haberse dado á este asunto mas publicidad de la que convenia, lo cual habia suscitado ya sospechas en el sultan, y obligádole á él á justificarse mañosamente con el Gran Señor. El plan que proponia para poder verificar disimuladamente y sin riesgo su defeccion era, que el emperador enviára su armada á Levante, y combatiera á Lepanto, cuya plaza podia ser fácilmente entrada, decia, por cierta parte débil del muro que él señalaba; que aunque pudiese socorrerla no saldria hasta saber que habia sido tomada; que el

(1) Archivo de Simancas, Negociado de mar y tierra, Legajo número 14.

mismo sultan le mandaria salir al encuentro de la armada española, y entonces era la ocasion de incorporarse á ella. Prometia Barbaroja hacer que personas particulares de su confianza compráran los capitanes españoles cautivos en Castelnovo para devolverles su libertad, y por último, para que el capitan Vergara saliera seguro de Constantinopla, le incorporó entre unos cautivos cristianos que acababan de obtener su rescate, como si fuese uno de ellos [1].

Parece, pues, que los tratos se iban arreglando, accediendo ya Cárlos V. á ceder los reinos de Tunez y de Argel, y que Barbaroja estaba en cumplir la parte á que él se comprometia. Pero hubo la fatalidad de que se informase de todo un capitan de Castilla llamado Antonio Rincon, hombre de mala especie, que andaba siempre en negocios con el turco y solia residir en Constantinopla. Este, sin duda, avisó de todo lo que pasaba al sultan, y debió ser la causa de que se frustráran las negociaciones, segun se deduce de su carácter, de los antecedentes de su vida, de las sospechas ó temores que ya se tenian de ello en la córte de España [2], y del trágico fin que mas adelante tuvo, pues murió, como despues veremos, asesi-

(1) Relacion de lo que el capitan Juan de Vergara pasó con Barbaroja en Constantinopla desde el 13 de febrero hasta 7 de marzo que salió de ella.—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 468.

(2) «Hame parecido mal (decia el comendador Cobos en carta al emperador de 8 de julio de 1540) saber Rincon tan particularmente de lo del trato de Barbaroja y de la ida del capitan Vergara, porque él basta para dar al turco el aviso que ha menester. V. M. verá lo que mas cumple á su servicio.»

nado por los imperiales en el Tesino, en ocasion de llevar una embajada del rey de Francia al gran turco Soliman [1]. Es lo cierto, que los tratos se desconcertaron, y que el sultan, sabedor sin duda de lo que se proyectaba acerca de Tunez, formó la determinacion de ir sobre aquel reino que queria destinar para su hijo segundo [2]. Esto, y el haber casado entonces Barbaroja su hijo en Constantinopla, prueba que los tratos se deshicieron de todo punto, lo cual vinò bien al rey de Tunez, segun antes indicamos, porque ya el emperador, el cardenal regente de España, el príncipe Doria y todos los que mas influian en los negocios públicos, no pensaron sino en proteger y defender á Tunez y en enviar naves con cuerpos de infantería á las plazas y puertos de la costa de Africa [3].

(1) Era este Rincon natural de Medina del Campo, tal vez pariente del licenciado Rincon, uno de los ajusticiados por la causa de las comunidades. ¿Podrá esplicarse la conducta de este hombre por resentimiento que guardára al emperador, y por deseo de vengar los rigores de Cárlos V. con sus amigos y parientes? Discurrimos asi, porque nada hablan de esto los historiadores.

(2) Con fecha 18 de setiembre decia desde Tunez Francisco de Tobar al comendador Cobos: «Agora ha llegado el capitan Vergara de Constantinopla sobre los tratos que Vuestra Señoría sabe están ya desconcertados. Dice este capitan Vergara que oyó en casa de Barbaroja que estaban determinados de venir sobre Tunez, y querian este reino para el hijo segundo del Turco.»—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 468.—Acaso Vergara habia ido segunda vez á Constantinopla.

(3) Carta descifrada del cardenal de Toledo al emperador, de Madrid á 11 de octubre de 1540.—Archivo de Simancas, Estado, Legajo número 50.

En el tomo I. de la Coleccion de Documentos inéditos se hallan ademas los siguientes sobre estos tratos: Carta de creencia dada por Cárlos V. al príncipe Doria y á Gonzaga para que pudieran tratar con Barbaroja en nombre de S. M. De Gante, á 3 de marzo de 1540.—Carta del emperador á don Francisco de Tobar, alcaide de la

Tal fué el término que resulta haber tenido las gestiones del emperador Cárlos V. para apartar al terrible y poderoso Barbaroja del servicio de la Puerta Otomana y atraerle al suyo, y que ciertamente, si hubieran alcanzado el éxito que Cárlos se proponia, hubieran quebrantado el poder del Gran Turco, quedando el emperador desembarazado para guerrear y abatir al francés, y para atender á las cosas de Hungría y del imperio, para todo lo cual era siempre un estorbo la intervencion poderosa de un enemigo tan fuerte como el sultan. Que obraba el emperador como hábil político en esta negociacion, es innegable, como lo es la conveniencia que le hubiera resultado de poderla llevar á feliz término. ¿Podrá hacérsele un cargo de haber intentado ganar á su servicio á un terrible enemigo de la religion cristiana para combatir despues con su auxilio á estados y señoríos cristianos como Francia y como Venecia? Cuando el francés y venecianos habian escandalizado antes á la cristiandad, aliándose con el sultan y Barbaroja y pidiendo la ayuda y atrayendo el poder de las armas mahometanas contra los estados del mo-

Goleta, para que haga en todo lo que aquellos le mandaren. De igual fecha.—Carta del mismo á Barbaroja dándole aviso de esto. Idem.—Salvoconducto de Doria y Gonzaga á las personas que cerca de ellos enviase Barbaroja. De Génova, 10 de abril.—Instruccion de Doria y Gonzaga á Juan Gallego, sobre lo que habia de tratar con Barbaroja, fecha id. Por este documento se ve que Cárlos V. accedia ya á dar á Barbaroja el reino de Tunez y la confirmacion del de Argel, pero á condicion de que él hubiera de desbaratar el resto de la armada del turco.

narca católico, por lo menos aquellos príncipes no tenian derecho á inculpar al emperador de que empleara los medios que la política del tiempo sugeria para desmembrar y dividir cuanto pudiera el poder bastardo que ellos mismos habian invocado y de que se habian valido para intentar su destruccion, y de que en defensa propia trabajára por volver contra ellos sus mismas armas.

Menos político se mostró Cárlos V. en el empeño que, frustrados aquellos tratos y pujante como quedaba el turco, formó de llevar adelante su antiguo proyecto de conquistar á Argel.

Contra el parecer y consejo de sus mejores generales habia hecho Cárlos V. en 1536 su campaña de Francia, y tuvo tan desgraciado éxito como hemos visto. Contra el parecer y consejo de sus mejores generales determinó Cárlos V. y ejecutó en 1541 su espedicion á Argel, y el éxito fué tan desastroso como veremos.

Las razones que en favor de esta resolucion alegaba el César nos parecen harto débiles al lado de las que en contra de ella le esponian el marqués del Vasto y Andrea Doria. Que tenia ya, decia el emperador, equipada una flota en España y en Itália que podia reunir para esta empresa; que la mayor parte de los gastos estaban hechos, y un solo esfuerzo bastaria para acabarla antes que el monarca francés tuviera tiempo para invadir sus estados; que para atacar

al turco en Hungría necesitaria invertir grandes sumas, que no permitia su tesoro, para la traslacion de tropas, artillería y municiones de España é Italia, y por último que urgia asegurar las costas italianas y españolas contínuamente alarmadas y molestadas por los invasores y acometidas de los piratas argelinos. En contra de estas razones hacíanle presente los que desaprobaban la espedicion, que la Lombardía quedaba espuesta á una invasion del rey de Francia que se miraba como inminente; que desde Italia estaba en aptitud de acudir al francés ó al turco, á donde mas conviniere; que abandonar la Italia por ir á Argel equivalia á dejar el reino de su hermano y aun los estados mismos del imperio en manos del sultan, é ir á buscar lejanos enemigos cuando le amenazaban otros tan de cerca; á lo cual añadia el entendido marino Andrés Doria la grandísima consideracion de los riesgos á que iba á esponer la armada en las peligrosas costas de Africa en la estacion mas borrascosa del año.

A nada de esto atendió el emperador, y firme en su antiguo capricho de no dejar de dominar en Argel, ya que habia enseñoreado á Tunez, despidióse del papa en Luca, «cargado de bendiciones y no de dineros,» como dice un respetable prelado é historiador español, é hízose á la vela en las galeras de Andrés Doria con rumbo á las Baleares. Los pronósticos del marino genovés comenzaron á cumplirse antes

de lo que él mismo habia pensado. Levantáronse contrarios vientos y tan fuertes que con mucho peligro y no pocos esfuerzos lograron abordar á Córcega, y de alli á Cerdeña. A fuerza tambien de brazos y á costa de sudor de los remeros consiguieron arribar á Mahon, de donde pasaron á Mallorca, punto de reunion de la armada. Esperábalos aqui el virey de Sicilia Fernando de Gonzaga con seis mil españoles, soldados viejos de Italia, y cuatrocientos caballos ligeros, con ciento cincuenta naves. Unidos á estos sobre seis mil alemanes y cinco mil italianos con su correspondiente caballería y artillería, componíase la espedicion de cerca de veinte mil infantes, dos mil caballos y mas de doscientas naves, de ellas cincuenta galeras, pequeñas las demas, y por general de la armada iba, como de costumbre, el ilustre genovés Andrés Doria. Tambien en España se armó otra flota, principalmente de naves de Vizcaya y urcas de Flandes, con abundancia de bastimentos y buena artillería, la cual llevaba poca, pero muy lucida gente, la mayor parte voluntarios sin sueldo. En ella se habia alistado la principal nobleza de Castilla, el duque de Alba, don Fernando Alvarez de Toledo, que la habia de mandar en gefe, el duque de Sessa, don Gonzalo Fernandez de Córdoba, el conde de Feria, el marqués de Cuellar, el conde de Luna, el de Alcaudete, el de Chinchon, el de Oñate, y otros muchos grandes, títulos, nobles y caballeros. Por fortuna suya,

como hemos de ver, esta flota no llegó á incorporarse en Mallorca con la grande armada imperial, ni pudo acompañar al emperador.

La navegacion á la costa de Africa no fué pesada, aunque sí peligrosa, mas la arribada á la playa de Argel fué tan contrariada de los vientos que hubo necesidad de pasar algunas noches en las galeras á dos ó tres leguas de la ciudad. Amansados los vientos y las olas, mandó el emperador desembarcar los arcabuceros españoles con vianda para dos ó tres dias. Iban todas las galeras llevadas á remo con vistosas banderas, y el emperador de pie en la popa de la suya, con estandartes llenos de cruces, y en el mayor y principal bordado un crucifijo (13 de octubre). Poca resistencia hallaron los españoles de parte de los moros africanos que andaban por la costa, hasta acercarse á Argel. El emperador que iba delante, hizo intimar luego y en términos fuertes y amenazadores la rendicion de la ciudad á Hacen Aga, que la gobernaba desde que Barbaroja habia obtenido el empleo de almirante del Gran Turco. Era este Hacen Aga un eunuco renegado, que de corsario se habia elevado á la alta posicion de virey, y que en sus piraterías y depredaciones habia escedido en actividad y fiereza al mismo Barbaroja. Hombre de corazon el soberbio renegado, aunque no contaba para su defensa sino con ochocientos turcos y unos cinco mil moros africanos y granadinos, contestó con altivez al empera-

dor que si llevaba muchas naves y muchos soldados, él los tenia tambien muy buenos y en lugar fuerte, y contaba con una mar brava; y que en todo caso moriria á manos de tan escelente emperador, pero que no olvidára cómo les habia ido en aquellos sitios á otros capitanes españoles tan famoso como Diego de Vera y Hugo de Moncada.

Oida tan arrogante repuesta, procedió el emperador á cercar la ciudad, colocando convenientemente sus tropas y baterías, bien persuadido de que por muchos defensores que dentro hubiese, no era posible que resistiesen mucho tiempo á las combinadas operaciones y ataques de las naves y de la gente de tierra. Cárlos no esperaba tener mas adversarios que los moros; no pensaba que habia de tener por enemigos á los elementos, que lo fueron muy terribles y muy en breve. Apenas el ejército habia tomado posiciones, cuando un recio y furioso vendabal, acompañado de lluvia y de granizo, y de una oscuridad espantosa, deshizo las pocas tiendas de los imperiales, que desprovistos de abrigo y colocados en terreno bajo y fangoso, ni podian moverse sin hundirse, ni recostarse en un suelo ya inundado, ni casi tenerse de pie sino apoyados en sus lanzas clavadas en la tierra. Asi pasaron toda una tarde y una noche. No desaprovechó Hacen Aga tan favorables momentos, y saliendo con su gente descansada y bien mantenida, arremetió y deshizo unas compañías de italianos que es-

taban mas cerca de la ciudad, ateridos y casi yertos de frio. Acudió á detener á los moros el mismo general Fernando de Gonzaga, y empeñáronse sérios combates, en que todas las ventajas estaban de parte de los argelinos, que se hallaban al abrigo y holgados, todas las desventajas del lado de los imperiales cansados y hambrientos, y hasta inutilizados sus mosquetes con la lluvia. Andaba el emperador á caballo con la espada desnuda, animando á unos, afrentando á otros y arengando á todos, empapado en agua y aun corriéndole por todas las partes de su cuerpo, hasta que al fin logró ahuyentar la morisma, no sin haber perdido algunos centenares de los suyos, entre ellos buen número de caballeros de Malta.

Y sin embargo, esta no fué sino el preludio de otra mayor y mas lastimosa catástrofe. Mensagera de ello fué una terrible agitacion que se observó en el mar; desatóse luego un furiosísimo nordeste que quebraba los cables y arrancaba las áncoras de las naves, y las hacia chocar réciamente unas con otras, y abrirse algunas de ellas, y destrozarse otras contra los peñascos, y volcarse algunas, sumiéndose en las olas hombres y viandas, y cayendo los que lograban ganar la orilla en poder de los alárabes. El emperador, que era el menos aturdido de todos, dicen que preguntó á los marineros qué hora era, y como le respondiesen que las once y media, les dijo; «*Pues no desmayeis que en España se levantan á las doce los*

frailes y monjas á rogar á Dios por nosotros [1].» La fé del César era muy laudable; pero las preces de los frailes y monjas de España no alcanzaron á evitar que se perdieran quince navíos mayores, y hasta ciento cincuenta menores, con una buena parte de la tripulacion y casi todos los bastimentos. El pronóstico de Andrés Doria se habia cumplido con demasiada y harto dolorosa exactitud; el célebre marino aseguraba no haber atravesado tan horrorosa tormenta en cincuenta años de andar por los mares, y gracias que él pudo con algunos medio destrozados buques ganar el cabo de Metafuz, aunque harto distante del campamento, y desde allí envió una galera á dar aviso al emperador, aconsejándole que marchase allá con el ejército lo mas presto que pudiese para reembarcarle si no habia de acabarse de perder.

La situacion no dejaba tampoco otro partido que tomar. Parecia amenazar otra tormenta, y la gente que habia quedado se hallaba sin fuerzas ni vigor para sufrir ni mas borrascas ni mas fatigas. El emperador, paseando en medio de algunos de sus desalentados y desfallecidos caballeros, no contestó al aviso sino con las palabras: *Fiat voluntas tua*; con que manifestaba conformarse á un tiempo con la voluntad de Dios y con el consejo del almirante Doria. Dió luego órden de alzar aquel funesto campo y marchar. Con alegre y feroz sonrisa vieron los argelinos el movimiento de

(1) Sandoval, Historia de Cárlos V., lib. XXV., núm. 11.

retirada, y no dejaron de salir á picar la retaguardia de los cristianos, á quienes molestaban tambien los moros montañeses desde los cerros en toda aquella marcha penosa, que penosísima fué, puesto que muchos de los enfermos y heridos caian sin aliento en los barrancos; otros que apenas podian sostener el peso de las armas y quedaban rezagados, eran alanceados por los alárabes, y todos sin otro alimento que las yerbas que encontraban, y los caballos que el emperador mandaba matar, y algunos galápagos y caracoles, solo los mas robustos podian soportarlo; y para que no faltase nada á tanta penalidad, aun tuvieron que atravesar un rio con el agua hasta el pecho. Lo único que infundia aliento á todos era la serenidad, la presencia de ánimo, la magnanimidad con que el emperador sufria todos los trabajos é infortunios como el último de sus soldados, comiendo lo mismo que ellos, acudiendo á todos los peligros, ayudando y consolando á los mas débiles, y no dando una sola señal de flaqueza. Con tan heróico comportamiento consiguió que los mismos generales que se habian opuesto á la espedicion le perdonáran las desgracias que su obstinacion habia acarreado.

Al fin, despues de imponderables trabajos llegaron con bonancible tiempo al cabo de Metafuz, donde para su consuelo y fortuna hallaron abundancia de víveres, que se conservaban en las naves que Doria habia podido salvar, y repusieron sus gastadas fuerzas y

recobraron su perdida alegría. Este cambio hizo ya dudar si convendria reembarcarse para Europa, ó seria mejor volver sobre Argel: á esto último, que parecia tan temerario, se inclinaban no obstante muchos, especialmente los españoles, los mas fáciles en olvidar los trabajos, asi por parecerles cosa vergonzosa retirarse sin poder contar mas que desastres, como porque creian que aun podia conquistarse Argel tomando precauciones que antes no se habian tenido. De este dictámen era el ilustre Hernan Cortés, famoso ya por sus hazañas en el Nuevo Mundo, y el cual se halló en esta jornada, sin que de su persona, por miserables envidias, se hiciese caso, y menos se le diese parte en los consejos; y tanto que como despues de pasada la tormenta propusiese que se le dejára con la gente que alli habia, y que se obligaba á ganar con ella á Argel, los unos no quisieron escucharle, y los otros hasta se le burlaron: ¡se burlaban del atrevido conquistador de Méjico! (1). Decidióse pues el emperador por el reembarque, y como las naves eran pocas y la gente mucha, hubo necesidad de arrojar al mar los caballos para hacer lugar á los hombres, cosa que dió á todos gran lástima, y especialmente á los dueños de aquellos, con quienes tuvo

(1) Dice Sandoval, hablando de esto, que quien mas perdió en la espedicion, despues del emperador, fué Hernan Cortés, marqués del Valle, «porque se le cayeron en un cenagal tres esmeraldas riquísimas, que se apreciaban en 100,000 ducados, y nunca se pudieron hallar.»

el emperador que usar de toda su autoridad. Embarcáronse pues primero los italianos, los alemanes luego, y los últimos los españoles, siendo el emperador de los postreros á dejar la playa.

No habian acabado los trabajos de esta espedicion desastrosa. Apenas la tierra habia quedado limpia de hombres, cuando se cubrió otra vez la atmósfera y se levantó otra borrasca, que aunque no tan horrorosa como la primera, bastó para dispersar toda la flota, llevando á Bujía ó á Italia los buques que debian venir á España, arrojando á otros á Orán, algunos á Argel, naufragando otros en los torbellinos antes de poder salir á alta mar, habiendo nave en que iban cuatrocientos tudescos, que anduvo perdida cincuenta dias, pereciendo al fin de hambre y de frio cuando tomaron puerto los que en ella navegaban. El emperador mismo, despues de correr graves riesgos, fué á abordar á Bujía, y alli permaneció hasta que serenado el tiempo, y habiéndose levantado un viento sudoeste, despachó á Sicilia y España á Fernando de Gonzaga y al conde de Oñate con las pocas naves que alli habia de cada pais, y él tomó rumbo á Mallorca, y de alli á Cartagena (diciembre, 1541), donde fué recibido por los españoles con la alegría de quien recelaba ya que no volviese, segun las funestas y alarmantes nuevas que habian corrido.

Tal fué la desgraciada y calamitosa jornada de Argel, emprendida por Cárlos V. contra el consejo de

sus generales: suceso que, como dice nn antiguo historiador, «dió que contar para los siglos venideros, y causó grandes y muchas romerías, devociones y votos.» Bien espió su temerario antojo, y bien debió aprender á no confiar en la fortuna, que asi le habia sonreido en Tunez como se le mostró ceñuda en Argel: gran leccion para los príncipes que, fiados en su poder ó en su suerte, dan entrada en su pecho á la presuncion y á la arrogancia. Grandes y muchas fueron las pérdidas, muchas y grandes tambien las calamidades á infortunios que causó esta malhadada espedicion; y sin embargo, aun se habian temido mayores en España y en los dominios del imperio, donde la distancia los hacia llegar abultados, como de ordinario acontece con las malas nuevas. Todavía miró España como un consuelo el regreso del hombre que sacrificaba sus hijos, ya en prósperas, ya en desafortunadas empresas, asi para ganar triunfos como para sufrir reveses [1].

(1) Nicol. Vilagn. Caroli V., expeditio ad Argyriam.—Sandoval, Historia del emperador, libro XXV.—Paolo Giov., Hist., lib. XL.—Vera y Zúñiga, Vida de Cárlos V.—Carta del comendador Vañuelos sobre lo ocurrido en la espedicion de Argel: MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij.—V.—4.—Carta del emperador al cardenal Tavera: MS. de la Biblioteca del Escorial, ij.—V.—3. y en la Coleccion de documentos inéditos, tom. I.

CAPITULO XXV.

GUERRA GENERAL CON FRANCISCO I.

DE 1541 Á 1545.

Motivo en que fundó el de Francia la guerra.—El asesinato de Rincon y de Fregoso.—Busca aliados contra el emperador.—Levanta cinco ejércitos.—Plan de ataque general.—Sus resultados en el Piamonte, en Flandes, en las fronteras de España.—Alianza del francés con el turco; del emperador con el rey de Inglaterra.—Marcha de Cárlos á Italia y Alemania.—Estraña propuesta del pontífice: recházala Cárlos.—Conquista el ducado de Gueldres.—El duque de Orleans en Luxemburgo.—Célebre sitio de Landrecy.—El sultan en Hungría: Barbaroja, en Francia.—Cárlos V. en la dieta de Spira.—Ejército auxiliar de los protestantes.—Retirada de Barbaroja y aislamiento del francés.—Terrible derrota de los imperialos en *Cerisoles*.—Entrada de Cárlos V. y de Enrique VIII. de Inglaterra en Francia.—Progresos del emperador.—Se aproxima á París.—Temores en aquella capital.—Situacion del rey Francisco.—Tratos de paz.—Capítulos generales de la paz de Crespy.—Retirada del emperador y su ejército.—Muerte de Barbaroja.—Cárlos V. en Bruselas.

Desde el viage engañosamente amistoso de Carlos V. por Francia, y mucho mas desde la desenmascarada respuesta que dió á los embajadores del rey Francisco en Gante sobre el asunto de Milan, na-

die dudaba ya de que las mentidas demostraciones de cordialidad y confianza entre aquellos dos soberanos pararian en mas cruda guerra que las que hasta entonces habian tenido, y para ello no le faltaba ahora razon al monarca francés. Mas no le era decente fundarla en la falsía del emperador sobre el negocio del Milanesado, si no habia de patentizar él mismo su necia credulidad á los ojos de Europa. Necesitabá, pues, otro fundamento, y este no tardó en presentársele.

Uno de los mas eficaces servidores de Francisco I. y de los mas activos enemigos de Cárlos V. era un tránsfuga español llamado Antonio Rincon, que suponemos era el mismo de que hemos hablado en el capítulo precedente, y de quien se recelaba en 1540 habia de dar aviso al sultan de Turquía de los tratos entre Cárlos V. y Barbaroja. Era el Rincon hombre hábil para los negocios, y solia tenerle el monarca francés empleado en Constantinopla cerca del sultan, cuya gracia habia logrado captarse el castellano. Interesado otra vez Francisco I. en renovar su antigua alianza con el turco, y conviniendo á los dos hacer entrar en sus miras y proyectos contra la casa de Austria á la república de Venecia, con la cual acababa Soliman de ajustar paces, despachó á Rincon con pliegos para aquella señoría, invitándola á hacer causa comun contra el emperador, y haciendo á su senado ventajosos ofrecimientos. Habia de incorporarse

Rincon en el camino con César Fregoso, otro tránsfuga genovés, tambien de la confianza del rey Francisco. Hízolo asi el español, y los dos enviados se embarcaron en el Tesino para hacer con mas comodidad el resto del viage á Venecia. En el momento se vieron asaltados y embestidos por unos enmascarados que en otras barcas los aguardaban, y que arremetiéndolos bruscamente cosieron á puñaladas á los dos embajadores, mas no pudieron apoderarse de sus papeles, porque habian tenido la prevision de enviarlos por delante al representante de Francia en Venecia (mayo, 1541).

Aunque no fueron conocidos los enmascarados, túvose por cierto que eran gente apostada por el marqués del Vasto que gobernaba á Milan y que tenia noticia de la mision que llevaban los dos tránsfugas confidentes del francés y del turco. Tan ágriamente como era de esperar se quejó el rey Francisco al emperador, pidiéndole satisfacciones del escandaloso y criminal asesinato cometido durante una tregua y en dos personas revestidas del carácter sagrado de embajadores. Cárlos, pensando entonces solamente en su espedicion á Argel, no hizo sino eludir lo mejor que pudo las quejas. El marqués del Vasto negaba obstinadamente la culpabilidad que el rey de Francia le atribuia en el delito. Mas de las indagaciones que sobre tal suceso hizo Guillermo Du Bellay en el Piamonte, y del juicio de la opinion pública, dado que

no resultase probado el cargo, tampoco salia el del Vasto libre de vehementes sospechas [1].

Sirvióle de todos modos este acontecimiento al rey Francisco para procurarse aliados contra el emperador, aunque con tan escasa fortuna, que de todos los soberanos y príncipes cuya ayuda solicitó, solo le respondieron los reyes de Dinamarca y Suecia, que por primera vez se iban á mezclar en las contiendas de los dos formidables rivales, y el duque de Clèves, que disputaba al emperador el pequeño ducado de Güeldres, y á quien Francisco, para mas ligarle, casó con Juana, hija del que seguia llamándose rey de Navarra (junio, 1541). La malhadada espedicion de Cárlos á Argel, en ocasion que el turco, aliado del francés, se hallaba pujante en Hungría, ofrecia, al parecer, la mejor coyuntura á Francisco para emprender la guerra, pero detúvole sin duda una enfermedad que entonces le sobrevino, producida por sus desarreglos y estragadas costumbres. Ello es que al regreso del emperador de su calamitosa jornada de Argel, fué cuando el rey Francisco hizo ostentacion de su poder, presentando á la vez cinco ejércitos que en aquel espacio habia preparado. Uno, mandado por su hijo Cárlos, duque de Orleans, debia operar en el Luxemburgo:

(1) Hist. di Venetia.—Du Bellay, Memoir.—Jovio, Hist., libro XL.—Robertson, lib. VIII.—Sandoval, en su deseo de salvar de tan terrible cargo al emperador y á su general, dice que «hubo en este negocio, como en todos los demas, diversos juicios en el mundo, mas ya hasta que venga el general no se sabrá la verdad del hecho.» Lib. XXV.

otro, al mando del delfin Enrique, debia marchar por Rosellon hácia las fronteras de España; el tercero, á cargo del mariscal de Güeldres, Martin Van Rossen, era destinado al Brabante; el duque de Vendôme, Antonio de Borbon, habia de conducir el cuarto á los Paises Bajos, y las tropas del Piamonte las encomendó al almirante Annehaut, que acababa de reemplazar en la privanza del rey al condestable Montmorency que tan grandes servicios habia hecho á la Francia.

Vemos, pues, á Francisco I., no obstinado como otras veces en arrojarse con todo su poder sobre el Milanesado, objeto antiguo y perenne de su ambicion, sino formar un plan general de ataque á los dominios imperiales, partiendo del centro y derramándose sobre la circunferencia. El resultado de esta nueva combinacion no correspondió sino muy imperfectamente al tiempo que se habia tomado para prepararse, á la grandeza y aparato del esfuerzo, y á las circunstancias en que se hacia. En el Piamonte tomó Du Bellay por astucia algunas ciudades. En Flandes todas las fuerzas y todas las bravatas de Van Rossen y del duque de Cléves con su ejército de alemanes se estrellaron contra la firmeza de Amberes y de Lovaina. El duque de Orleans fué quien se apoderó de Luxemburgo y de casi todo el condado de Brabante. Pero habiéndose vuelto á Francia, dejando por gobernador al duque de Guisa, no bien habia regresado á aquel reino cuando el príncipe de Orange se puso sobre Lu-

xemburgo, recobró todo lo que habian tomado los franceses, y acabada aquella empresa revolvió contra el de Cléves, deseoso de vengar en él el daño que Brabante habia recibido (1542).

Por lo que hace á la frontera de España, el delfin, que habia venido al Rosellon con cuarenta mil hombres, no se dió tanta prisa como hubiera necesitado para coger á Perpiñan desprevenida, y dió tiempo al emperador para pedir y recoger fuertes auxilios de gente y de dinero de los aragoneses, para que de Castilla le acudiesen muchos señores con sus banderas, para que el duque de Alba abasteciera á Perpiñan de vituallas y municiones y pusiera en ella un buen presidio. Con eso, aunque el delfin llegó á ponerse cerca, encontró ya una resistencia que no habia esperado: y al cabo de algun tiempo de inútiles tentativas, viendo por otra parte que los auxilios que aguardaba del turco no venian; que el hambre y las enfermedades iban diezmando sus tropas, y con noticia que tuvo de que el emperador en persona se dirigia al socorro de la ciudad, levantó el campo y se volvió á Mompeller donde estaba el rey su padre [1]. De este modo, despues de tan inmensos preparativos, y en una ocasion en que tan quebrantado parecia estar el poder del emperador con el desastre de Africa, estuvo lejos el rey Francisco de recoger el fruto de

(1) Du Bellay, Memoir.—Sandoval, lib. XXV., núm. 15 á 20.—Robertson, lib. VII.—Córtes de Monzon de 1542.

tan costoso esfuerzo, ni de corresponder á la espectacion en que habia puesto á la Europa entera.

Uno y otro monarca emplearon el resto de aquel año y el inmediato invierno en prepararse á nuevas campañas, en levantar tropas y en buscar aliados, dispuestos á sacrificarlo todo menos sus odios y sus rivalidades. Francisco fiaba, y en ello puso todo su ahinco y empeño, en que el turco se decidiria á ayudarle poderosamente, volviendo el mismo Soliman en persona á Hungría y avanzando por tierra hácia los dominios del imperio, mientras Barbaroja con la armada turca plagaria otra vez el Mediterráneo y guerrearia las costas de Sicilia y aun de España. Cárlos, despues de fortificar y proveer las fronteras españolas, señaladamente las plazas de Fuenterrabía, Perpiñan y Salsas, y de escribir á todas las ciudades y á todos los señores del reino para que se apercibiesen á acudirle con todo género de servicio como buenos y leales [1], trató por medio de sus embajadores en Roma y puso el mayor conato en ver de reducir al pontífice á que se decidiera á entrar en la liga contra el francés, siquiera por el escándalo que daba á la cristiandad en aliarse para daño de ella con los infieles. Encerrado Paulo III. en su sistema de neutralidad entre ambos monarcas, temiendo por otra

(1) Carta del emperador á las ciudades, prelados, grandes y caballeros del reino, dándoles cuenta del estado en que las cosas se hallaban y reclamando sus servicios. De Madrid á 28 de enero, 1543.

parte romper con el francés, nó fuera que exasperado se apartára de la obediencia á la Santa Sede como el de Inglaterra, no obstante que la mayoría de los cardenales opinaba que debia declararse al rey de Francia por enemigo comun y privarle del título de Cristianísimo, no se determinó á complacer á Cárlos; el cual, desabrido del poco agradecimiento del pontífice despues de haberle dado su hija Margarita para su nieto Octavio con Novara y otras tierras, espidió una pragmática para que ningun estrangero pudiese obtener en España pension ni beneficio, cosa que iba directamente contra el papa.

A falta de este aliado, buscó el emperador á Enrique VIII de Inglaterra, que ofendido de la amistad del francés con el rey Jacobo de Escocia, gran enemigo de Enrique, se reconcilió fácilmente con el emperador é hicieron los dos un tratado de alianza (febrero, 1543), por el cual convinieron en exigir á Francisco que abandonára su amistad con el turco, que pagára á Enrique las sumas que le adeudaba, que devolviera á Cárlos la Borgoña y suspendiera toda hostilidad contra él, so pena de invadir ambos la Francia, cada cual por su lado con respetable ejército [1]. Esta confederacion de Cárlos con un monarca protestante disgustó mucho al pontífice y fué generalmente murmurada. Creemos, no obstante, qne tampoco podia hacerse un cargo justo al emperador, por mas que

(1) Rimer, Fœdor, XIV.

fuese el representante y el campeon del catolicismo, como dijimos acerca de los tratos con Barbaroja, puesto que se trataba de resistir al francés, que llamándose cristianísimo no reparaba en llamar contra él las armas de los infieles, ni escrupulizaba en poner en peligro toda la cristiandad, provocando y atrayendo sobre ella armadas y ejércitos mahometános.

Con esto determinó el emperador ir personalmente á Italia y Alemania para oponerse al poder del turco, que era el mas formidable. Nombró regente y gobernador de estos reinos al príncipe don Felipe, de edad ya de diez y seis años, que acababa de ser reconocido y jurado heredero y sucesor del trono, asistido de los consejos del cardenal Tavera: encomendó el despacho de los negocio al secretario imperial Francisco de los Cobos; dió al duque de Alba, don Fernando de Toledo, el título y cargo de capitan general de los reinos de Aragon y Castilla (1.° de mayo, 1543); tomó cuatrocientos mil ducados que las Córtes de Castilla le otorgaron por servicio ordinario y extraordinario; recibió prestada una cuantiosa suma del rey don Juan de Portugal sobre la conquista de las Molucas; se incorporó en Barcelona al príncipe Andrés Doria que le esperaba con sus galeras, y embarcándose en aquel puerto con ocho mil veteranos españoles, mil que tomó en Perpiñan, y setecientos caballos, en cuarenta y siete galeras y mas de cuarenta naves, arribó á Génova (fin de junio, 1543), y se hospedó en el palacio

de Doria, donde concurrieron á visitarle el marqués del Vasto, don Fernando de Gonzaga, Cosme de Médicis, duque de Florencia, y Pedro Luis Farnesio, hijo del papa y padre de Octavio [1].

Necesitando todavía mas dinero, y no viendo ya manera de sacarlo de sus esquilmados señoríos de Italia, contrató con Cosme de Médicis retirar las guarniciones que conservaba en Florencia y en Liorna, y dejárselas libres por la suma de ciento cincuenta mil ducados, quedando de este modo el de Médicis dueño de dos plazas, que por ser tan importantes eran llamadas los grillos de Toscana [2], y tan agradecido que puso en ellas guarnicion de españoles y tudescos, con lo cual no dejó de disgustar á los italianos.

Quiso el papa á toda costa ver al emperador antes que pasase á Alemania, y á este fin habia enviado á Génova su hijo Pedro Luis, y luego le suplicó lo mismo por medio del cardenal Farnesio, su nieto. Négábase á las vistas el César, resentido del pontífice

(1) Minutas de diferentes despachos y consultas del emperador en Madrid y otros lugares de Castilla y Aragon, relativamente á aprestos y disposiciones de armamento y defensa de las fronteras y costas, etc. Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 419.—Cartas y consultas del principe don Felipe, consejos, presidentes, ciudades, corregidores, prelados, grandes y toda clase de personas sobre el apresto, fortificacion y defensa de las costas y fronteras, y armamento de gente de guerra, provisiones y demas negocios de esta clase.—Item, sobre la armada de Barbaroja y la francesa, escrito todo al emperador.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, número 60.

(2) Baldini, Vita di Cosme Medici.—Era tal la falta de dinero en Italia, que el marqués del Vasto se veia imposibilitado de obrar por temor de que se le rebeláran sus tropas, á las cuales debia muchos meses de sueldo.

por no haber accedido á confederarse con él contra el de Francia. Mas tanto y tan vívamente le instó, que al fin condescendió Cárlos en que se viesen en Bujeto [1]. Allí se descubrió el interesado fin que habia movido al pontífice á solicitar con tanto ahinco la entrevista. No contento con ver á sus nietos hechos duques con estados, y hasta enlazados á la familia imperial, y valiéndose de la necesidad que el emperador tenia de dinero, le propuso comprarle el ducado de Milan por una cantidad crecida. Entróse en tratos, y hasta en vergonzosos regateos, y finalmente, como dice el prelado historiador de Cárlos V.: «el negocio »se apretó tanto, y la necesidad del emperador era tal, »y el dinero de Paulo tan sabroso, que tuvo por aca»bado este negocio [2],» Pero opúsose entre otros á esta venta el gobernador de Siena don Diego de Mendoza, «caballero sabio y discreto de los mas que en su tiempo hubo,» y lo hizo presentando al emperador un escrito razonado, y tan enérgico, vigoroso y atrevido, y probando con tan fuertes argumentos la inconveniencia de la enagenacion, y descubriendo con tal libertad y desembarazo la desmedida ambicion del papa, que se deshizo el trato, y se conservó, merced á este esfuerzo, la posesion de Milan [3].

(1) Lugar entre Plasencia y Cremona.

(2) El obispo Sandoval, libro XXV., núm. 29.

(3) El historiador, obispo de Pamplona, trata en esta ocasion con no poca dureza al papa Paulo III. «Mas á la verdad (dice) no »era sino con codicia de comprar »el estado de Milan para su nieto,

Despidiéronse con esto los dos personages, y Cárlos V. prosiguió su viage á Alemania, donde mucha

»obra por cierto pía para ganar el »cielo comprando á Milan con la »sangre de Cristo...»—«Pensaba »el papa (dice despues que el »emperador apretado con la gran- »dísima necesidad en que estaba, »daría fácilmente à Milan por di- »neros, de suerte que ya tenemos »otro codicioso por este ducado »que tanto costó al mundo.»

Por lo que hace al escrito de Don Diego de Mendoza, era tan fuerte, y hablaba en él tan libremente del papa, que el mismo Sandoval al insertarle tuvo por conveniente suprimir «lo supérfluo y mal sonante.» Estampó, sin embargo, muchos párrafos, de los cuales nosotros solo tomaremos alguno, como muestra de la libertan con que en aquel tiempo se escribia de estas materias y se hablaba á un emperador tan católico como Cárlos V.

«Allende de esto (decia), te- »niendo todo el mundo por cierto »que solo el papa os puso en los »peligros pasados y trabajos pre- »sentes... por solo necesitaros y »traeros á este punto en que es- »tais, viendo agora que en lugar »de vengaros le gratificais, y en »lugar de ofenderle os meteis á »bajezas y poquedades, ¿quién es- »timará vuestra potencia? ¿ni »quién temerá dañaros, pues de »el daño nace provecho, y de la »ofensa gratificacion?...» Y mas adelante.—«¿Qué mayor desacato »en el mundo se puede hallar, que »habiéndoos ofendido, como os ha »ofendido, no solamente no tiene »vergüenza de parecer ante vos, »pero os demanda cosas, que no »sería justo pedirlas habiéndoos »redimido de turcos? Y pues es- »to es asi, y tan verdad como la »misma verdad, estad, señor, so- »bre vos, conservad lo que teneis, »trabajad por adquirir lo demas »y manteneos en vuestra reputa- »cion, porque yo certifico á V. M. »que en esta coyuntura con solo »hallaros fuerte de palabras le »podeis vencer sin otras armas: »porque el estado de la Iglesia es »mas vuestro que suyo... No hay »príncipe en toda Italia que no »esté ofendido, no hay hombre »que no esté mal contento de él: »usad en esta ocasion del hierro »y no del ensalmo; porque sin »duda conocereis el provecho muy »manifiesto. Y que esto sea asi, la »esperiencia lo ha dado á cono- »cer despues que comenzásteis á »tratarle con un poco de respeto »y negociar con autoridad. No »podreis creer el grande miedo »que tuvo, cuando supo el mal »recibimiento que hicísteis al le- »gado que fué á España, y el que »sintió cuando enviásteis á Gran- »vela al concilio, y últimamente »el que ha concebido de vuestra »venida á Italia sin haber hecho »ceremonia ni cumplimiento con »él. El temor de veros venir ago- »ra con gente no escede la mala »conciencia, perversa y dañada »intencion que contra vos tiene: »en nada se asegura; de todo se »teme; y pues le teneis en estos »términos, otra vez exhorto á »V. M. que sepa usar de la oca- »sion, etc.»—El escrito es larguísimo, y está lleno de pensamientos y de frases, aun mas duras que las que hemos estampado, entre ellas la de que «el papa y el francés se habian olvidado de la obligacion de cristianos.»—Sandoval, lib. XXV., párr. 30.

parte del pueblo le creia muerto [1]. Llegó á Spira (20 de julio, 1543), y despues de haber dado audiencia á los protestantes y rechazado con la aspereza de un hombre irritado á los que intercedieron para que perdonára al duque de Cléves, pasó á Bouce (15 de agosto), y puesto al frente de un ejército de treinta mil hombres se precipitó sobre los estados del duque, que se retiró al ver descolgarse tal golpe de gente, aumentada luego con la que llevó de los Paises Bajos el príncipe de Orange, enviado por la reina doña María. Acometieron los imperiales la fuerte ciudad de Duren. Para su mal propio hicieron los de dentro el arrogante alarde de mostrar por encima de los muros una bandera empapada en sangre, y el de arrojar despues un volador de fuego, para dar á entender que á sangre y fuego desafiaban la gente del emperador. Combatida la ciudad y asaltada luego por unos pocos intrépidos y hasta temerarios españoles, sobrecogiéronse de espanto aquellos hombres antes tan bravos y soberbios, y entrada la ciudad fué puesta á saco, degollados sus defensores y habitantes, y reducidas despues á cenizas sus casas (24 de agosto).

Intimidó y asustó este ejemplo de crueldad á las vecinas plazas; cundió por el pais la fama del arrojo

(1) Se habia difundido en el pueblo la voz de que, habiéndose sumergido en los mares de Argel, tenian los imperiales una estátua muy parecida á Cárlos y la enseñaban en ciertas ocasiones para hacer creer que era vivo. De esta creencia del vulgo llegaron á participar hasta personages de la categoría del duque de Cléves.

de los españoles, de quienes se decia que trepaban hasta por las paredes lisas, y todas las fortalezas y ciudades se fueron rindiendo al emperador. El mismo duque, convencido de la imposibilidad de mantener su estado sino encomendándose á la clemencia del César, tomó la resolucion de ir á echarse á sus pies con quince caballeros de los suyos. Duro estuvo con él el emperador, y contra su carácter natural se gozó inhumanamente en humillarle. Primeramente se negó á darle audiencia: despues, como el señor de Granvela intercediese por él, le recibió sentado en su silla, vestido de ropa talar y con todo el aparato de su córte (13 de setiembre, 1543). Llegó el duque de Cléves, que era una gentil y muy apuesta figura, acompañado de cuatro caballeros, y se arrodillaron todos delante del César, el cual los tuvo á todos un buen espacio en aquella degradante postura, sin corresponderles siquiera con un signo de cortesía. Pidieron perdon por él en dos breves arengas el duque de Brunsvick y el embajador de Colonia, y el emperador mandó á su secretario que respondiese por él en muy pocas palabras, diciendo que quedaba perdonado, no obstante que su desacato habia sido tan grande. Entonces Cárlos le mandó levantar, levantóse tambien él mismo, mudó de semblante, le recibió risueño y le alargó su mano.

Tan duro como habia estado con él hasta humillarle, como si hubiese sido este su único propósito,

estuvo despues indulgente, generoso y noble en las condiciones que le impuso para admitirle de nuevo en su gracia. Redujéronse las principales á que habia de mantener en la fé católica todas sus tierras hereditarias; á que dejaria toda alianza con el rey de Francia y con el de Dinamarca, y sería fiel y obediente al emperador y al rey de Romanos, y á que renunciaria plenamente el ducado de Güeldres en favor de Su Magestad Imperial y de sus herederos y sucesores [1]. Con estas condiciones le devolvió todos sus estados, conservando únicamente el emperador como en rehenes dos de sus principales ciudades; y aun despues se los restituyó íntegros; y todavía para darle una prueba mayor de su síncera reconciliacion le dió la mano de la princesa María, hija de su hermano Fernando.

De esta manera, en quince dias ganó el emperador una importante provincia limítrofe de sus estados de Flandes, y quitó al rey de Francia uno de sus aliados mas útiles. Ni Cárlos ni Francisco se descuidaban. Mientras aquel sometia el ducado de Güeldres, éste por medio de su hijo el duque de Orleans reconquistaba el Luxemburgo, y acudia su padre en persona á darle el título de este ducado (setiembre). Cárlos, concluida la guerra de Güeldres, determinó pe-

(1) Coleccion de Tratados de paz, tom. II.—Anales Brabantinos, tom. I.—Jov. Hist. lib. XLI. —Sandoval, lib. XXV., párr. 41. —Las condiciones de la capitulacion fueron veinte y siete, pero estas eran las cláusulas fundamentales.

netrar con su ejército en el reino de Francia, y puso sitio á la fuerte plaza de Landrecy. Cuando tenia ya apretado el cerco (octubre, 1543), túvose aviso de que se acercaban al campo imperial en socorro de la plaza el rey Francisco y el delfin con un ejército de cincuenta mil infantes y diez mil caballos. Iguales poco mas ó menos eran las fuerzas imperiales. Vociferaba el francés que iba resuelto á dar batalla al emperador, y á destruirle de una vez, y á perseguirle hasta el cabo del mundo. Noticioso de esto el César, presentóse un dia al frente de su campo armado de todas armas, arengando á los suyos á cada cual en su lengua, y exhortándolos á que peleáran como caballeros honrados, añadiendo que si viesen caido su caballo, y el estandarte imperial que llevaba Luis Qnijada, levantasen primero el estandarte que á él. Cuatro horas estuvieron los imperiales provocando á batalla, y como el francés no diera muestras de moverse de su real, mandó el emperador tocar á retirada una milla del campo. Otro dia intentó acometer el campamento enemigo, mas en tanto que los imperiales se ocupaban en echar unos puentes sobre un riachuelo que los separaba, los franceses á favor de una espesa humareda que á propósito levantaron entre los dos campos se retiraron silenciosamente y sin ser sentidos, de modo que cuando el emperador se apercibió de ello y despachó en su seguimiento algunas tropas, estas dieron en una emboscada prepara-

da por el delfin y perecieron la mayor parte (7 de noviembre, 1543).

Tal remate tuvo el célebre sitio de Landrecy, en el cual creyó toda la Europa que las añejas contiendas entre los dos rivales, Cárlos y Francisco, se iban á decidir en un dia por medio de una batalla general, á que parecia estar dispuestos ambos contendientes. Los franceses se glorian de que su rey tuviera maña para socorrer á Landrecy y quitársela de entre las manos al emperador á la vista de todas las fuerzas imperiales reunidas; mientras los españoles deprimen á Francisco por haber esquivado la batalla con que le brindó el César, y á que él mismo habia venido retando; y aseguran que solo por mala fé de algun general, ó por engaño de los espías dejó de destruir al francés y de apoderarse de las personas del rey y del delfin, como que dijo á su general Fernando de Gonzaga: «Vos me habeis quitado hoy mi enemigo de entre las manos (1).»

Entretanto, la cristiandad presenciaba asustada uno de los mayores escándalos que jamás se habian visto. El sultan de Constantinopla, en cumplimiento de

(1) Desacordes están en este, como en otros puntos, el italiano Paulo Jovio, el francés Du Bellay, y el español Sandoval, asi como otros historiadores italianos, franceses y españoles. Algo debió haber de deslealtad ó de engaño al emperador, puesto que inculpándose mútuamente el general Gonzaga y el capitan Salazar, este se vino á España por temor de algun atentado de aquel, y aqui fué preso por el alcalde Ronquillo, si bien resultó libre de cargo, y solo se le apercibió que no hablára mal de don Fernando de Gonzaga. Sandoval, lib. XXV., párr. 46.

los tratados con el rey cristianísimo, invadia otra vez á la cabeza de un formidable ejército turco el reino de Hungría y tomando por asalto unas ciudades y rindiéndosele otras, pasaban al dominio de la Puerta Otomana las posesiones que en aquel reino pertenecian á don Fernando, hermano del emperador. Por otro lado, el terrible Barbaroja, en virtud de los mismos convenios, saliendo al mar con ciento diez galeras y muchas galeotas y fustas de corsarios, habia costeado la Calabria, saqueado é incendiado á Reggio, infundido terror á los habitantes de Roma, pasando por la desembocadura del Tiber, abordado por Ostia, Civitavechia y Pomblin á las riberas de Génova, é incorporándose por último en Marsella con la flota francesa mandada por Francisco de Borbon, conde de Enghien (julio, 1543). Las dos armadas reunidas marcharon á combatir á Niza, postrer asilo del desgraciado duque de Saboya. La plaza se defendió con vigor, mas no pudiendo resistir á un asalto general, se refugiaron los saboyanos á un castillo casi inespugnable, fundado sobre una roca, despues de haber capitulado que se guardaria á los de la ciudad sns vidas, haciendas y privilegios. Tratando estaban franceses y turcos de ganar el castillo, cuando se supo que el marqués del Vasto se acercaba por la parte de Milan con grueso ejército, y como ya Barbaroja anduviese disgustado del poco auxilio que habia encontrado en los franceses, levantó el cerco

(setiembre), no sin enviar al sultan en tres naves hasta trescientos niños y niñas cautivas, que por fortuna rescataron don García de Toledo y Antonio Doria, que con las galeras de Malta y del pontífice corrian la costa de Grecia [1].

El rigor de la estacion obligó á imperiales, franceses y turcos á suspender las hostilidades [2]. Barbaroja invernó con su armada en Tolon, sin dejar por eso de enviar algunas galeras á correr las costas de España y de Argel. Mas si los frios del invierno habian paralizado los movimientos militares, no alcanzaron á entibiar el fuego del ódio que ardia en los corazones de Cárlos y de Francisco, los cuales durante aquella suspension no pensaron sino en prepararse á emprender con mas ahinco la próxima campaña. En este intermedio se concertó el emperador con Enrique de VIII. de Inglaterra conviniendo en que ambos penetrarian con ejército en Francia, habiéndolo de hacer el inglés en fin de mayo (1544) con veinte y cinco mil infantes y cinco mil caballos por la parte de Normandía. Logró separar de la alianza de Francisco al rey de Dinamarca, que si no era muy poderoso, podia hacer mucho daño por su proximi-

(1) Guichenon, Hist. de Saboya, tom. I.—Du Bellay, Memoir. —Sandoval, libro XXV. núm. 48.

(2) Y sin embargo todavía por este tiempo el intrépido y activo don Alvaro de Bazan acometió con su flota la armada francesa en el cabo de Finisterre, y le apresó diez y seis navios. Hecho que no hemos visto en las historias, pero que consta de la correspondencia original de aquel célebre marino.—Archivo de Simancas, Estado y Castilla, núm. 62, Armada.

dad á sus dominios, y se dedicó á ganar las voluntades de los príncipes alemanes en la dieta que habia convocado en Spira, para caer sobre Francisco con todo el poder del cuerpo germánico.

Fué esta dieta de Spira la mas numerosa y brillante que jamás se habia visto, y nunca habian concurrido tantos príncipes, electores, eclesiásticos y representantes de las ciudades; asistió tambien el rey don Fernando de Bohemia, hermano de Cárlos, y nunca el emperador se vió mas en el lleno de su magestad. Creyó Cárlos V. que no era ocasion sino de contemporizar con los protestantes para atraerlos, y procuró desde luego ganar la amistad det elector de Sajonia, y del landgrawe de Hesse, que eran los principales del partido reformista, no siendo escaso en hacerles concesiones á fin de obviar embarazos. Cuando ya juzgó poder hablar con libertad, comenzó por esponer á la dieta los dos principales designios por que trabajaba, á saber: la reunion de un concilio general para sosegar las discordias religiosas que inquietaban el imperio, y las medidas convenientes para atajar la pujanza de los mahometanos, cuyos dos grandes objetos estaba impidiendo la criminal ambicion del rey de Francia, promoviéndole injustas guerras, y sobre todo, dando á la cristiandad el inaudito escándalo de llamar los ejércitos y armadas del Gran Turco, y atraerlos al centro de las naciones cristianas. Inculcó sobre el espectáculo irritante y sin

ejemplo de haberse visto combatir juntas y como hermanas la ciudad de Niza, las lises de Francia y las medias-lunas de Turquía, las armas del rey cristianísimo y las del sultan de los mahometanos. Manifestó que el injustificable encono del rey Francisco era el que le impedia congregar el concilio, y acudir, como deseaba, á libertar la Hungría, la Alemania y la Italia de las audaces invasiones de Soliman y Barbaroja, y exhortó á todos á que se aunáran con él para combatir á los enemigos públicos de la cristiandad. Esforzaron las razones del emperador su hermano don Fernando y el duque de Saboya; y las escusas que los embajadores del rey Francisco se esforzaron por esponer en la dieta, no fueron atendidas ni casi escuchadas. El emperador habia ganado todos los ánimos. El resultado fué adherirse la dieta á las ideas de Cárlos, declarar la guerra al rey de Francia, y ofrecerle un ejército auxiliar de veinte y ocho mil hombres (1.° de abril, 1544), sostenidos por la liga, y para cuya subvencion se haria un repartimiento general entre todos los estados y ciudades imperiales (1).

No quedaba, pues, al de Francia otro aliado que el turco, y aun de Barbaroja tuvo tales sospechas sobre relaciones, presentes y regalos que entre él y Andrés Doria se cruzaban, que creyó lo mas acerta-

(1) Journal de Vandenesse, mo III. 209.—Memoires de Granvelle, to-

do y prudente despedirlo, no fuera que queriendo contar con un aliado se encontrára con un peligroso enemigo. El único recurso ya del rey de Francia era suplir con la actividad y la energía su aislamiento, y asi lo hizo, anticipándose él á abrir la campaña. Comenzóla el fogoso jóven Francisco de Borbon, conde de Enghien, en el Piamonte, sitiando á Cariñan, plaza que el marqués del Vasto habia ganado de vuelta de socorrer á Niza. En auxilio de Cariñan acudió desde Milan el del Vasto, resuelto á dar una batalla, y tan resuelto que no cuidó de ocultar ni disimular su designio. Halagaba este pensamiento al intrépido conde de Enghien, que deseaba señalarse con alguna accion gloriosa. Y aunque el rey le tenia prevenido que no aventurára batalla general, y aunque el consejo del monarca opinó unánimemente que no convenia arriesgarla, de tal modo persuadió al rey y á la córte por medio del elocuente Monluc, enviado al efecto, de la conveniencia de dar el combate, que al fin el rey Francisco hubo de decir al enviado, levantando los ojos y las manos al cielo: «Andad y volved al Piamonte, y alli pelead en nombre de Dios.» Y no solo esto, sino que entusiasmada la nobleza de la resolucion valerosa del de Enghien, marchó voluntariamente á compartir con él los peligros del combate.

Animóse mas el jóven conde de Enghien con la llegada de sus nobles compatricios, é inmediata-

mente preparó y presentó la batalla, que aceptó el del Vasto. Encontráronse ambos ejércitos en una estensa llanura cerca de Cerisoles. Trabada la pelea, arremetió la caballería francesa con su acostumbrado ímpetu y arrolló cuanto tenia delante; mas por otro lado hizo lo mismo y con no menos arrojo la siempre valerosa y disciplinada infantería española. Por desgracia los ginetes del marqués, ó aturdidos ó cobardes, retrocedieron sin romper lanza, y desordenaron ellos mismo el batallon de tudescos, y cargando sobre ellos los suizos y gascones franceses, todo fué confusion, desórden y matanza en los imperiales. El marqués del Vasto perdió su serenidad acostumbrada, y herido él mismo en un muslo, se salvó á uña de caballo, dejando á los suyos espuestos á la mortandad, que la hicieron en ellos grande los vencedores. Calcúlase en diez mil los que murieron del ejército imperial, además de una multitud de prisioneros, y de la artillería, bagajes y tiendas que se perdieron tambien. El marqués recogió unos siete mil dispersos en Asti [1]. Este fué el golpe mas desastroso que sufrió el emperador en cosas de guerra, y tanto mas sensible, cuanto que á haberle sido favorable se hubiera asegurado la paz de la cristiandad, por-

(1) Memorias de Monluc, y de Du Bellay.—Jovio, Historia, libro XLIV.—Sandoval, lib. XXVI., número 14.—Observa Sandoval que en el mismo dia que se perdió la batalla de Cerisoles (primero de la pascua de Resurreccion, 1544) se habian perdido la de Ravena y la de los Gelbes.

que el francés habia echado el resto en esta batalla.

Por mas que tan señalada victoria alentára á los franceses y á los enemigos ocultos del emperador, y por mas que el duque de Enghien escitára á su rey á que se aprovechára de ella para apoderarse del Milanesado, antiguo objeto de su ambicion, Francisco, lejos de comprometerse en tal empresa, temia por la seguridad de su reino, porque se acercaba el tiempo en que el emperador y el rey de Inglaterra debian invadirle simultáneamente, y en vez de proseguir aquel triunfo, desmembró del ejército de Enghien doce mil soldados de los que habian triunfado en Cerisoles. Y en efecto, el emperador, despues de conseguir que el general don Fernando de Gonzaga y el maestre de campo don Alvaro de Sande rescatáran del poder de los franceses á Luxemburgo, donde encontraron mas de ochenta piezas de artillería, y recobráran algunas otras plazas de los Paises Bajos, salió de Spira (10 de junio, 1544), despedida la Dieta, á incorporarse con su ejército que ya habia penetrado por el Lorenés dirigiéndose á la Champaña. El intento del emperador era marchar sobre París, para lo cual tenia que allanar algunas fortalezas, como eran Ligny, Commercy, Saint-Dizier, Reims y Chalons. El ejército imperial constaba de mas de cincuenta mil hombres bien pertrechados, y Enrique de Inglaterra en cumplimiento del concierto con Cárlos habia llevado tambien el suyo á Francia, y le tenia entre la Nor-

mandía y la Picardía. Mientras el emperador, tomadas fácilmente algunas plazas, ponia sitio á Saint-Dizier, el inglés cercaba tambien por su lado á Montreuil, si bien se advertia entre ellos aquella falta de union y de confianza que tan necesaria les era para llevar adelante el plan convenido, y que comenzando por poca armonía habia de parar en perjudicial desacuerdo.

Apurada era la situacion del rey Francisco, teniendo en el corazon de su reino tan poderosas fuerzas enemigas; y sin embargo no perdió el ánimo, y á fuerza de fatigas logró reunir hasta cuarenta mil infantes y seis mil caballos. Uno de sus medios de defensa fué el mismo que en otra ocasion habia empleado en la Provenza con fruto; el de devastar los paises por donde habia de marchar y acampar el enemigo para privarle de mantenimientos. El delfin, su hijo, á cuyo cargo puso las principales fuerzas, limitábase á molestar al enemigo é interceptar los convoyes, esquivando arriesgar una batalla en que sin duda hubiera podido aventurar la pérdida del reino. Entretanto continuaban los imperiales sitiando y apurando á Saint-Dizier, que defendian valerosamente el conde de Sancerre y Mr. de La Lande, los heróicos defensores de la célebre plaza de Landrecy. En los combates y asaltos de este sitio murieron, por parte de los imperiales el príncipe de Orange, y por la de los franceses el bizarro capitan La Lande. La

plaza resistió todavía algunas semanas, hasta que por un ardid del canciller Granvela, que consistió en hacer presentar á Sancerre, unas supuestas cartas del duque de Guisa, facultándole para capitular por las dificultades que el rey tenia para socorrerle, cayendo Sancerre en la trampa y artificio, convino en la entrega de la ciudad (agosto, 1544), no sin obtener una honrosa capitulacion despues de una gloriosa defensa (1).

Ganada Saint-Dizier, prosiguió el emperador internándose en la Champaña, no obstante tener que marchar por un pais exhausto de víveres, y á pesar de los conflictos en que le ponia el atraso de pagas á las tropas, especialmente por parte de los alemanes, que de contínuo se le alborotaban pidiendo dinero, y alguna vez hasta atentando á la vida del emperador. Necesitaba por lo tanto detenerse á tomar algunas plazas para proporcionarse recursos, y asi fué avanzando hasta apoderarse de Epernay y de Chateau-Tierry, esta última distante ya dos solas jornadas de París. Seguíale con la vista el ejército francés en su

(1) Du Bellay, Memoir.—Brantôme, tom. VI.—Paulo Jov., Historia del emperador.—Sandoval, libro XXVI., pár. 19 á 27.—Robertson. Hist. de Cárlos V., libro VIII.

No es fácil, en esta, como en otras ocasiones, conocer por nuestro Sandoval la verdadera nomenclatura de los personages y de los pueblos que se mencionan en esta guerra. Por ejemplo, á Sancerre le nombra en unas partes *Sansarra*, en otras *Sanserrio:* á La Lande de *Mr. de Landi:* á Guillermo Du Bellay, *Bellaño;* á los pueblos Ligny, Commercy, Saint-Dizier, los llama *Leni*, *Carmesi*, *San Desir;* al rio Marne *Marba* ó *Matrona;* á Epernay, *Aspernecto*; á Chalons, *Catalaunio*; y asi de los demas.

marcha desde la ribera opuesta del Marne que los dividia. Ambos ejércitos iban talando las campiñas é incendiando las poblaciones por donde pasaban, dejando el pais en el mas lastimoso estado: hubo ocasion de acampar el ejército imperial en medio y á la vista de cuatro poblaciones ardiendo á un tiempo, incendiadas dos por los imperiales y dos por los franceses.

La aproximacion de Cárlos V. á París produjo en los habitantes de aquella capital, susto y terror en unos, desesperacion y corage en otros, y unos huian con sus familias á las ciudades del Sena y del Loire, y otros se preparaban á defenderla á todo trance, entre ellos, la juventud de las escuelas, que tomó animosa las armas y se organizó en banderas. El mismo rey tuvo momentos de desánimo, hasta el punto de esclamar: «¡Dios mio! ¡qué cara me haces pagar esta corona que creia haber recibido como un presente de tu mano!» Pasando luego del dolor á la resignacion, añadió: «¡Cúmplase tu voluntad!» Y reponiéndose de su desaliento, envió al delfin con ocho mil hombres á París, guarneció convenientemente la plaza de Meaux, y él mismo, por medio de una marcha forzada, se puso entre la capital y el campo imperial.

En este intermedio, temeroso el rey Francisco de no poder evitar que llegára Cárlos á apoderarse de París, le habia enviado varios mensages de paz, ya

por medio del almirante y del gran canciller de Francia, ya poniendo en juego la intervencion del confesor de la reina y suyo, el español fray Gabriel de Guzman, fraile dominico natural de Valdemoro, cerca de Madrid. Aunque Cárlos habia ido poniendo muchas dificultades para acceder á un concierto, conveníale tambien á él la paz. Su ejército carecia de víveres, y ofrecíale no pocos inconvenientes invernar en Francia. Por otro lado tenia enojado al pontífice, asi por sus complacencias con los protestantes de Alemania, como por su alianza con el rey de Inglaterra, á quien el papa miraba como á un herege escomulgado. Temia pues por Italia: y por otra parte, en Alemania progresaba la reforma, y el turco amenazaba el Austria por Hungría. No era por lo tanto difícil llegar á un ajuste entre dos soberanos, de los cuales el uno deseaba la paz y el otro la necesitaba. Asi sucedió, y despues de algunas conferencias se concertó y estipuló la paz en Crespy, aldea inmediata á Meaux (18 de setiembre, 1544), firmándola por parte del emperador el canciller Granvela y don Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, por parte del rey Francisco el almirante Annebault y el guardasellos del reino.

Los principales capítulos de la paz de Crespy eran: la consabida cláusula de firme y perpétua paz y amistad entre ambos soberanos, que se estipulaba siempre y no se cumplia nunca: que se devolverian

recíprocamente todo lo conquistado desde la tregua de Niza: que se restituiria á los duques de Saboya, de Mantua y de Lorena todo lo que les hubiera sido tomado por ambas partes: que se unirian para hacer guerra al turco, aprontando para esto el rey Francisco seiscientas lanzas y diez mil hombres cuando el emperador los pidiese: que Cárlos daria en matrimonio al duque de Orleans, hijo de Francisco, ó bien su hija la princesa María con los estados de Flandes, ó bien la hija segunda de su hermano Fernando con el ducado de Milan, habiendo de determinarlo el emperador dentro de cuatro meses: que Francisco renunciaria todos los derechos que pretendia tener á los reinos de Nápoles y Sicilia, y al patronato de Flandes, Artois y otros estados: que no daría auxilio de ninguna clase al retirado rey de Navarra: que en cambio renunciaria todo derecho al ducado de Borgoña y á otras ciudades que se designaron: que entraria en esta paz el rey de romanos y todos los príncipes cristianos que quisieren, etc. (1).

El tratado de Crespy tenia que disgustar y disgustó á muchos: al papa, porque era otro el partido que él se proponia sacar del rey Francisco; al sultan, por la guerra que se proponian hacerle, convirtiéndose su aliado en enemigo; á los protestantes de Ale-

(1) Dumont, Corps Diplomat. II. —Coleccion de tratados de paz, tomo I.—Los capitulos de la Concordia eran treinta y uno. Sandoval los pone en el libro XXVI., pár. 28.

mania, por una cláusula particular que no se insertó en el tratado, por la que se convenian los dos en emplear su valimiento á fin de que se reuniese un concilio para atajar y condenar la doctrina reformista; al delfin de Francia, por la prediliccion que su padre parecia manifestar hácia su hijo segundo; al rey de Inglaterra, por haberse hecho todo sin su intervencion, cuando estaba haciendo la guerra á una con Cárlos; bien que cuando éste le anunció lo que trataba contestára como despechado, que él hiciera lo que le estuviese bien, que por su parte pensaba llevar la guerra adelante. Asi cuando le llegaron los embajadores franceses con los artículos de la paz, le hallaron tan mal dispuesto á entrar en ella, y tan envalentonado con haber rendido á Boulogne, y puso tales condiciones, que hubo de rechazarlas con desden el rey Francisco, y la guerra continuó entre ambas naciones.

Por su parte el emperador, en cumplimiento del tratado, retiró su ejército y se volvió á Flandes para invernar en Bruselas. Alli licenció sus tropas, quedándose solo con el tercio de don Alvaro de Sande destinado á pasar á Hungría. Los españoles, en vez de venir á España, acostumbrados á la vida militar, prefirieron los mas alistarse al servicio del rey de Inglaterra que los buscaba y ofrecia buenos sueldos, y sirviéronle todo el tiempo que duró la guerra con Francia. El general del ejército inglés era el español

don Beltran de la Cueva, duque de Alburquerque, á quien debió el rey Enrique el buen suceso de la jornada de Boulogne.

Todo el mundo estrañaba, y razon habia para ello ciertamente, que cuando Cárlos V. se hallaba tan pujante y poderoso, amenazando á la misma capital de Francia y teniendo á su rival tan apretado, hubiera suscrito á condiciones tan graves para él como las del tratado de Crespy, y á que nunca habia accedido aun en las mas desfavorables situaciones, y se desconfiaba y tenia por inverosimil que llegára el caso de desprenderse de uno de los estados á que jamás en sus mayores apuros habia querido renunciar. Pero á las razones que antes hemos apuntado, debe sin duda agregarse el mal estado de su salud y los padecimientos de la gota que le aquejaban ya mucho entonces. Asi fué que cuando llegó á Bruselas el embajador francés encargado de obtener la ratificacion de la paz, Cárlos que comprendia aquella desconfianza, dijo al poner trabajosamente la pluma sobre el papel: «No temais que yo haya de quebrantar el tratado, porque la mano que apenas puede sostener una pluma no está ya para blandir la lanza.»

Dispuesto á cumplir el tratado hasta en la parte que debia hacérsele mas sensible, habia enviado á Castilla su secretario Alonso de Idiaquez, con cartas para el príncipe don Felipe su hijo, gobernador del reino, ordenándole consultára al consejo de Estado

cuál de los dos casamientos y de las dos cesiones le parecia mas conveniente, si el de su hija ó el de su sobrina, si la cesion de Flandes ó del Milanesado. A esto último parecia haberse inclinado ya el emperador y el consejo de Castilla, cuando la fortuna le abrió un camino, que sin faltar á los compromisos le dejaba libre de las obligaciones del pacto, sin desmembracion alguna de sus dominios. El joven duque de Orleans, á quien se destinaba la princesa, y en cuyas escelentes prendas cifraban las mayores esperanzas los franceses, y aun los milaneses mismos, falleció de resultas de una fiebre maligna (1545), con sentimiento general, y muy especialmente de su padre que le amaba con predileccion.

Este inopinado acontecimiento dejaba sin efecto una de las clásulas mas esenciales de la paz de Crespy. El rey Francisco pedia alguna indemnizacion de la desventaja que le hacia sufrir la muerte de su hijo, pero Cárlos se negaba á alterar la letra del tratado, y esquivaba entrar en nuevas negociaciones sobre el ducado de Milan. En otro tiempo habria sido éste sobrado motivo para romper de nuevo la guerra los dos soberanos rivales, mas la edad de uno y otro monarca, á quienes habian pasado los fuegos de la juventud, la necesidad de atender el de Francia á la guerra de los ingleses, y los proyectos del emperador contra los protestantes de Alemania, evitaron por entonces otro rompimiento que hubiera vuelto á poner

en combustion la Europa, quedando solo sacrificado el duque de Saboya, cuyos dominios no podian serle devueltos sin la celebracion del matrimonio del de Orleans [1].

Favoreció tambien á que gozase la Europa de cierto, aunque breve período de reposo, del cual habia bien menester, la muerte por este tiempo ocurrida del famoso y terrible corsario Barbaroja, que en la marcha de retirada de los puertos franceses habia ido con su flota devastando de tal manera las costas de Italia, y todo el litoral de los paises que median hasta la capital de Turquía, que entró en Constantinopla con riquísima presa de alhajas y millares de desgraciados cautivos, dejando tras sí el llanto y la desolacion en las poblaciones cristianas. Este antiguo pirata, rey de Argel y virey de Túnez, y almirante despues del Gran Turco, dejó por heredero de su inmensa riqueza á su hijo Hassen Barbaroja, que á la sazon se hallaba en Argel.

Permaneció algun tiempo el emperador en Bru-

(1) Entre los papeles de Estado del cardenal Granvela (t. III), se encuentran los siguientes documentos sobre la alternativa de los dos matrimonios contenida en el tratado de Crespy. 1.º La manera de consultar la alternativa con los señores de los Paises Bajos. 2.º Discurso y razonamiento de las consideraciones que se han de tener presentes sobre la alternativa de los matrimonios del duque de Orleans, etc. 3.º Declaracion de la alternativa. En Bruselas, fin de febrero, 1545.—Embajada del rey de Francia al emperador dándole cuenta de la muerte de su hijo.—Hubo sospechas de haber sido envenenado por consejo ó industria de su cuñada Catalina de Médicis, y aun dicen no le pesó á su marido Enrique, á quien mortificaba la envidia por el favor que el rey, su padre, y el emperador dispensaban al de Orleans. Tenia entonces 22 años.—Sandoval, lib. XXVII., pár. 4.

selas á causa del mal estado de su salud, dedicado á discurrir y preparar los medios mas eficaces, enérgicos y prontos para acabar con las contiendas religiosas que seguian conmoviendo sus dominios, y para sofocar con energía, ahora que le dejaban libre las guerras de Francia, el espíritu y las doctrinas de la reforma, que habian cundido maravillosamente por casi todos los paises de Europa, á favor de sus distracciones y de las condescendencias con los protestantes, á que la complicacion de sus atenciones y negocios le habia obligado. Pero materia será esta para otro capítulo, debiendo limitarnos en el presente al término que por entonces tuvo la guerra que podemos llamar general con Francisco I.

CAPITULO XXVI.

MUERTE DE LUTERO.

CONCILIO DE TRENTO: GUERRA DE RELIGION.

De 1541 á 1547.

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martin Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Designios de Cárlos V. contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederacion de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situacion de Cárlos V. en Ratisbona.—Reunion del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heróica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersion de las tropas luteranas.—Ríndense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuracion en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.

Desembarazado Cárlos de la guerra de Francia, y permitiéndole la retirada y muerte de Barbaroja y

las distracciones del turco en Asia un período de reposo á que no estaba acostumbrado, quiso aprovechar aquella coyuntura para obrar en la cuestion religiosa y contra los protestantes del imperio (negocio en verdad el mas grave y trascendental de aquel siglo) con una energía que pudiera enmendar los yerros de su lenidad y de sus condescendencias anteriores.

En efecto, desde las concesiones que Cárlos se creyó precisado á hacer á los protestantes en la Dieta de Ratisbona (1541), era de prever el ánimo que cobrarian los príncipes y los partidarios de la reforma, que eran ya muchos y poderosos. La necesidad que de sus auxilios tuvieron él y su hermano don Fernando para la defensa de Hungría (1542), les daba nueva fuerza y aliento. La protesta de los reformadores contra la reunion del concilio que el papa habia convocado en Trento para noviembre de aquel año, manifestaba la descarada oposicion de los protestantes, y la confianza que les inspiraba la necesidad que de ellos tenian Cárlos y Fernando; y el desaire que el pontífice y la Iglesia sufrieron, teniendo que prorogar el concilio por falta de asistencia de prelados, fué un golpe fatal que envalentonó á los enemigos del poder pontificio. Nuevas concesiones del emperador y su hermano aumentaron su osadía, y una imprudencia del duque de Brunswick, fogoso y arrebatado católico, dió ocasion á los confederados de Smalkalde para hacer con buen éxito un ensayo de su

valor y de sus fuerzas materiales. Asi se atrevieron luego á negarse á reconocer la jurisdiccion de la cámara imperial (1543), mientras no se les dieran seguridades respecto al ejercicio y prácticas de sus nuevas doctrinas.

Los auxilios que el emperador les pidió y ellos le otorgaron en la dieta de Spira (1544) para la guerra contra la Francia, y los debates públicos que en Alemania se les permitia tener sobre la cuestion religiosa, les daban á ellos tanta audacia como enojo al pontífice Paulo, que veia vilipendiada su autoridad, y no bien parada tampoco la del César. Por tanto, y por ser la necesidad de todos reconocida la celebracion de un concilio general para atajar los crecientes progresos de la reforma y dar unidad y sosiego á la Iglesia, tan luego como se firmó la paz de Crespy, espidió el papa nueva bula convocatoria (19 de noviembre, 1544), para el concilio que habia de reunirse en Trento el cuarto domingo de cuaresma del año siguiente. El emperador, que era el que mas deseaba el concilio, mandó á todos los prelados de sus dominios que procurasen no faltar el dia prefijado. Mas como en aquel tiempo estuviese congregada la dieta del imperio en Worms, presidida por Fernando á nombre del emperador su hermano, á quien el mal de la gota tenia detenido en Bruselas (1545), vióse desde luego en ella la resistencia de los protestantes á reconocer el concilio, y á someterse al fallo de una

asamblea convocada por el papa, no ya para discutir las controversias religiosas, sino para juzgarlas definitivamente. Reclamaban que se les conservasen las concesiones y derechos que se les habian otorgado en la última dieta, y hasta que esto se hiciese se negaban á prestar al emperador y su hermano los auxilios que les pedian para hacer la guerra al turco en union con el rey de Francia, con arreglo al tratado de Crespy.

Poco adelantó Cárlos con presentarse en Worms apenas estuvo un tanto restablecido, pues si bien para disimular sus miras y entretener con alguna esperanza á los protestantes señaló para principios del año próximo una dieta en Ratisbona á fin de terminar las contiendas, la persecucion que habia desplegado ya contra los luteranos en Flandes, la proteccion que dispensaba al cabildo de Colonia contra el arzobispo que queria introducir la reforma en su diócesis, la prohibicion de predicar que hizo á los propagadores de la nueva doctrina en la misma ciudad de Worms, y sobre todo, la embajada que supieron haber enviado á Constantinopla proponiendo al Gran Turco la paz como para quedar desembarazado de toda otra atencion, los convencieron de que estaba resuelto á obrar con rigor y á constituirse en esterminador del luteranismo. La muerte del duque de Orleans les hizo esperar que se renovarian tal vez las disidencias entre el emperador y el rey de Francia, pero no fué asi, como hemos visto. Creyeron tambien que la in-

vestidura que el papa se atrevió á dar en aquel tiempo á su hijo Pedro Luis de los ducados de Parma y de Plasencia, desmembrando asi el patrimonio de la Iglesia, indispondria y enojaria á Cárlos con el pontífice; mas tambien en esto se vieron defraudadas sus esperanzas. Porque, si bien Cárlos reprobó aquel rasgo de despotismo y de arbitrariedad y rehusó confirmar la investidura, el emperador y el papa estaban dispuestos á sacrificar sus resentimientos á trueque de poderse dedicar á la estincion de las doctrinas reformistas y de las sectas religiosas, que uno y otro miraban como el negocio de mayor importancia.

En tal estado se hizo la apertura del concilio de Trento (13 de diciembre, 1545), diferida por aquella causa desde el principio hasta el fin del año, bajo la presidencia de los legados del papa, que eran tres cardenales y tres obispos, sin que en aquella sesion se hiciera otra cosa que declarar hallarse reunido el concilio en nombre del Espíritu Santo, para gloria de Dios, estirpacion de las heregías, reforma del clero y pueblo cristiano, y humillacion de los enemigos de la Iglesia. Para la segunda sesion (7 de enero, 1546), hubo ya muy graves debates sobre el órden en que se habian de tratar las materias y someterse al exámen y deliberacion del concilio.

El emperador y los mas de los obispos querian que se comenzara por tratar de la reforma de los abusos y de las costumbres antes que de lo relativo

al dogma y á la fé, asi por quitar á los hereges el pretesto con que se habian separado de la comunion católica, como porque de ese modo los decretos sobre la fé saldrian mas autorizados y serian mas respetados por los pueblos. Oponíanse á esto los legados presidentes con arreglo á las instrucciones que tenian del pontífice, alegando que debian ser primero las decisiones en asuntos de fé, porque la condenacion de los errores contrarios era el objeto principal del concilio. Como un término medio y de conciliacion entre estos dos pareceres, se propuso otro tercero, á saber, que en todas las sesiones se hablase primero del dogma, y despues de la reforma, y este fué el que prevaleció y se adoptó.

Luego que los protestantes supieron la apertura del concilio, publicaron un estenso manifiesto protestando contra la reunion y esponiendo las causas que los determinaban á no reconocerla como legítima. Conocian el riesgo que sus doctrinas corrian de ser solemnemente condenadas; veían que el emperador estaba resuelto á hacer respetar con las armas las decisiones de aquella asamblea; para acordar los medios de conjurar el peligro se reunieron en Francfort los confederados de Smalkalde; pero faltaba á los reformistas la union necesaria para resistir con fruto. Cruzábanse entre ellos encontrados intereses; hacíanse unos á otros inculpaciones; los dos mas poderosos gefes de la liga, el elector de Sajonia

y el landgrave de Hesse, andaban desacordes. El landgrave, el mas impetuoso de todos y de mas empuje, sostenia sin embargo que su única salvacion era obtener el patrocinio de los reyes de Francia é Inglaterra, ó confederarse con los cantones protestantes de Suiza. Mientras el elector, fánatico luterano, se oponia abiertamente á hacer alianzas ni recibir auxilios de ningun príncipe ni estado que profesára doctrinas ó principios que no fuesen los suyos, los del mas puro luteranismo, y rechazaba con tenacidad toda proteccion de parte de quien no se ajustara en todos los puntos á sus creencias.

Hallándose en tal estado las cosas, sufrieron los protestantes un golpe mortal. El iniciador de aquella revolucion religiosa, el primer predicador de la doctrina reformista, el famoso Martin Lutero, atacado de una fuerte inflamacion en las vísceras, murió en pocos dias y casi de repente en Eysleben (18 de febrero, 1546), próximamente al tiempo que los padres del concilio de Trento acababan de formular el símbolo y profesion de fé, tal como la habian fijado los sínodos de Nicea y Constantinopla y se cantaba en las iglesias, en la cual quedaba virtualmente condenada la doctrina luterana, y todas las demas sectas y heregías que de ella habian nacido [1]. Lutero tenia entonces sesenta y tres años. «Nunca ningun hombre, dice un historiador protestante, fué pintado con tan

(1) Concilio Tridentino, Sesion 3.ª, 4 de febrero, 1546.

contrarios colores: los juicios de su siglo sobre su carácter tocaron los estremos.»

Sin embargo, por mucho que los escritores protestantes de aquel siglo y de los siguientes se hayan esforzado por realzar las prendas del gran reformador aleman, y por descubrir en el profesor de Wittemberg algunas cualidades eminentes, no han logrado probar que tuviese ni el talento privilegiado del innovador, ni menos las virtudes morales del apóstol. Sin negar á Lutero una capacidad activa, y una regular-instruccion en las materias religiosas que entonces se controvertian, estaba lejos de ser ni un sabio ni un genio. Sus obras revelan mejor la altura que medía en punto á saber que los apasionados elogios de sus panegiristas, los cuales atribuyen sus defectos al mal gusto de su siglo. No era un hombre vulgar, pero las circunstancias le colocaron en una posicion y le dieron una influencia que no hubiera podido imaginar jamás él mismo. Denunciador de un abuso público y lamentable, la materia de su predicacion era á próposito para hacerle popular, y lás imprudencias ó la falta de política de sus adversarios é impugnadores le dieron aliento y le hicieron osado. Tan fuerte y vigoroso de espíritu como débil y miserable de cuerpo, no aparentaba, pero tenia la firmeza y la audacia del reformador, á tal punto, que sus mas adictos escritores se ven obligados á confesar que «la »confianza en sus opiniones rayaba en arrogancia, su

»valor en temeridad, su firmeza en obstinacion, y su »celo por confundir á sus adversarios en un furor que »se exhalaba en injurias groseras [1].» Y en efecto, Lutero en sus últimos años parecia haber renunciado á toda idea de decencia, de decoro y de urbanidad, pues ya escribiese contra los católicos, ya contra los reformistas disidentes, su pluma parecia estar mojada en hiel, y cada uno de sus escritos era una coleccion de insolentes burlas y de insultos de mal género, que los protestantes se esfuerzan por atenuar, buscando disculpa en cierta aspereza de estilo de que dicen adolecian por lo comun los escritores de aquel tiempo [2]. Y sin embargo, este hombre inició una de las revoluciones religiosas y políticas mas graves que ha

(1) Robertson, Hist. de Cárlos V., lib. VIII.

(2) No sabemos cómo pueden disculparse insultos como el siguiente, y otros semejantes que pudiéramos citar. En el último libro que escribió contra la autoridad pontificia, dibujó con su propia mano la figura de un papa con el trage pontifical y con dos enormes orejas de asno: en derredor pintó como en actitud de estar en cónclave diferentes diablos con mitras presentando al papa los atributos de su poder, mientras otros le arrastraban con cuerdas al infierno.

Como prueba de su desmedida soberbia y presuncion, citaremos solo la siguiente arrogante cláusula de su testamento: «Conocido soy »en el cielo, en la tierra y en el »infierno, y tengo la suficiente au»toridad para que se me crea á mí »solo, cuando Dios por su paternal »misericordia me ha confiado, aun»que miserable pecador, el Evan»gelio de su Hijo, de modo, que »muchos en el mundo le han re»cibido por mí, y me han recono»cido por doctor de la verdad, des»preciado el ódio del papa, del »César, de los reyes, príncipes y »sarcedotes, como quien dice, de »todos los demonios. ¿Por qué, »pues, no ha de bastar para esta »disposicion y en cosa tan peque»ña (el testamento) el testimonio »de mi mano, y el poderse decir: »Esto escribió el señor Martin Lu»tero, notario de Dios y testigo de »su Evangelio? *Notus sum in cæ»lo, in terra et in inferno, et auc»toritatem ad hoc sufficientem »habeo, etc.*»

De la moralidad y de la continencia religiosa del fraile agustino, daban testimonio vivo los muchos hijos que dejó de su muger la monja Catalina Bore.

esperimentado la humanidad; ejerció por espacio de treinta años una influencia desmedida en Alemania, donde nada se hacia sin consultar ó contar con Martin Lutero; hizo bambolear el antiguo y venerable poder de los papas, y alcanzó á ver el fruto de sus trabajos, y á presenciar en vida la adopcion de sus doctrinas por una gran parte de Europa.

La noticia de la muerte de Lutero alegró, como era natural, á los católicos tanto como desalentó á los protestantes, y mas en ocasion que el concilio de Trento, aumentado con bastante número de prelados, en su sesion cuarta (8 de abril), señalaba por reglas de la fé los libros del Nuevo y Viejo Testamento, reconocidos por canónicos, la tradicion trasmitida y conservada desde los apóstoles, la version de las Sagradas Escrituras conocida con el título de Vulgata, prohibiendo interpretar el sagrado texto de otra manera que lo esplica la Iglesia, único juez competente en materia de fé, con lo cual quedaban destruidos los fundamentos de la doctrina de Lutero. Al mismo tiempo el papa proferia sentencia de excomunion y privacion de todas sus dignidades eclesiásticas contra el arzobispo de Colonia, absolviendo á sus vasallos del juramento de fidelidad, por protector de la heregía luterana. Y por otra parte, el emperador, que hasta entonces habia muy astutamente adormecido á los protestantes disimulando sus intenciones, libre ya de los cuidados del turco por una tregua de

cinco años que habia logrado ajustar con la Puerta Otomana, y movido ademas por el pontífice, pensaba ya en combatir con las armas la haregía, fiado tambien en los elementos de desunion de los príncipes protestantes del cuerpo germánico.

Y sin embargo, todavía en la dieta imperial que por aquel tiempo se celebraba en Ratisbona, y á cuya ciudad se trasladó Cárlos desde Flandes, trató de encubrir sus verdaderos designios aparentando gran respeto á las decisiones de la asamblea en punto á las contiendas religiosas, y preguntando en un artificioso discurso qué medios convendria emplear para restablecer la union en las iglesias de Alemania. Cuando el emperador hizo esta consulta, ya sabía cuál habia de ser el dictámen de la mayoría de la dieta, que era de católicos, habiéndose abstenido de asistir por temor muchos protestantes. Asi fué, que el único medio que le propuso la mayoría fué que se reconociese el concilio de Trento como la autoridad competente para resolver en todos los puntos y cuestiones religiosas que los dividian, y que se obligára á todos á obedecer sus decretos como reguladores infalibles de la fé. Contra este dictámen presentaron los reformistas una memoria, pidiendo nuevamente que se sometiesen las disputas á un concilio nacional que se hubiera de celebrar en Alemania con igual número de prelados de ambos partidos. No solamente desatendió Cárlos, como era ya de suponer, esta pro-

puesta, sino que despachó un cardenal á Roma para concertarse con el papa, y continuó haciendo sus preparativos de guerra, lo uno y lo otro no tan secretamente que al apercibirse de ello los protestantes no le preguntáran directamente sobre el objeto y fin de aquellas disposiciones bélicas. La contestacion del emperador fué que levantaba tropas para asegurar la tranquilidad del imperio y hacer justicia castigando algunos rebeldes; mas aunque añadió que el que quisiese ser su amigo y leal servidor, no tenia por qué temer, antes sería protegido, la respuesta se hizo harto sospechosa á los diputados protestantes de la dieta, y saliendo de Ratisbona se retiraron á sus casas.

Poco trabajo le costó al comisario imperial conseguir que el pontífice y el emperador se aliáran para una guerra que ambos deseaban. El emperador se comprometió á poner en campaña un ejército suficiente para hacer que todos reconocieran el concilio y volvieran á la iglesia católica y á la obediencia á la Santa Sede, y á no transigir con los reformistas sin conocimiento del papa ni en perjuicio de su autoridad. Paulo III se obligó por su parte á poner y mantener á su costa por seis meses doce mil infantes y quinientos caballos, á conceder por un año al emperador la mitad de las rentas eclesiásticas de España, autorizándole ademas para vender de los bienes de las comunidades religiosas de este reino hasta el va-

lor de quinientos mil escudos [1], á depositar en el banco de Venecia una cantidad para los gastos de la campaña, y á emplear las armas espirituales contra cualquier príncipe que intentára oponerse á este convenio. Pero asi como el papa tenia gusto y mostraba interés en hacer público el objeto de la alianza y de los aprestos militares, hasta espedir bula de indulgencia á favor de los que tomáran parte en la guerra contra los hereges, asi el emperador continuaba asegurando y protestando que el objeto de la guerra no era de modo alguno religioso, sino político, y afirmábalo de tal manera que todavía le creyeron algunos protestantes, y los hubo que estuvieron dispuestos á prestarle su auxilio.

Los que no lo creian, que eran los mas, se reunieron en Ulm para tratar decididamente los medios de resistir con las armas la guerra imperial y pontificia con que se veian amenazados. Sucesivamente invocaron la proteccion de Venecia, de Suiza, de Enrique de Inglaterra y de Francisco de Francia, procurando interesar á cada cual con razones de conveniencia análogas á su respectiva posicion, pero nada

(1) Produjo esto una gran polémica en España sobre si el emperador podia por sí y en virtud del breve pontificio tomar á las iglesias y monasterios lo que les habian donado sus antecesores. Opusiéronse á ello principalmente los abades de San Benito y San Bernardo, y de tal manera esforzaron los monges sus argumentos, que parece no se atrevió el emperador á llevar adelante la venta. Esta cuestion, que databa ya del año 1537, se reprodujo en 1544, y continuó despues de Cárlos V., haciendo el hijo lo que parece no se habia resuelto á hacer el padre. Véase Sandoval, líb. XXVI, párrafo 34.

alcanzaron. Venecia ni siquiera se atrevió á prestarles dinero, cuanto mas á comprometerse á negar el paso por su territorio á las tropas pontificias ó imperiales. El cuerpo helvético, compuesto de protestantes y católicos, se limitó á guardar una estricta neutralidad. Enrique VIII. de Inglaterra, que acababa de ajustar la paz de Campe con Francisco I. de Francia, les imponia condiciones que le hubieran hecho el gefe y el árbitro de la liga; y el monarca francés no tuvo por prudente concitar otra vez contra sí al emperador y al papa, y tampoco se atrevió á dar favor á los protestantes alemanes.

No desalentó á los confederados de Smalkalde el verse privados de todo auxilio esterior. Eran ya ellos muchos y se sentian fuertes. Contaban con el ardor y el entusiasmo religioso que inspira una nueva creencia cuando se la quiere sofocar violentamente, y asi fué que á su llamamiento á las armas respondieron los protestantes del imperio alistándose en gran número, y con estos y con los alemanes que volvian licenciados de Francia á consecuencia de la paz con Inglaterra, llegaron á reunir en algunas semanas un ejército de setenta mil infantes y quince mil caballos, con ciento veinte piezas de artillería. Los gefes de esta confederacion eran el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y los príncipes y ciudades que entraban en la liga eran el duque de Wittemberg, el príncipe de Anhalt, y las importantes ciudades

de Augsburgo, Ulm y Strasburgo. El conde palatino, y los electores de Brandeburgo y Colonia, aunque protestantes, permanecieron neutrales, ó engañados ó intimidados por el emperador; y los hubo, como Juan Alberto de Brandeburgo y como Mauricio de Sajonia, que profesando el luteranismo sirvieron al servicio de Cárlos creyendo en sus anteriores palabras de no atacar la reforma.

Aunque el emperador contaba con numerosos cuerpos de tropas de sus dominios de Italia, de Alemania, de España y de Flandes, y con los doce mil hombres de Roma, mandados por Octavio Farnesio, nieto del papa, era difícil su reunion por las circunstancias de hallarse interpuestos los estados protestantes. Habia llamado ademas á don Alvaro de Sande que se hablaba en Hungría con un tercio de cerca de tres mil españoles, en cuyo valor y adhesion tenia su mayor confianza. Pero es lo cierto que se encontró el emperador por algun tiempo sin gente y casi solo en Ratisbona, ciudad en su mayor parte luterana, y que corrió gran riesgo y pudo haberse perdido, si los protestantes hubieran sabido aprovechar tan favorable ocasion para ellos; mas dejáronla pasar, y este fué su primero y mas grave error.

Por el contrario, en vez de obrar con prontitud publicaron un manifiesto á toda la Alemania y dirigieron una carta al emperador (15 de julio, 1546), protestando de su lealtad y sumision como á señor

temporal, y preguntando todavía si tenia algun enojo contra ellos, y si los armamentos se encaminaban á resolver por la fuerza la cuestion religiosa. La respuesta del emperador á esta carta fué un edicto de proscricion contra el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, gefes de la confederacion protestante, desterrándolos de Alemania y confiscándoles sus bienes, para lo cual se necesitaba una declaracion de la dieta del imperio, no fundando todavía esta medida con motivos religiosos, sino en causas políticas, aunque espuesta en términos generales y vagos (1).

Hízose ya con todo inevitable la guerra de religion en Alemania. La ciudad protestante de Augsburgo habia roto ya las hostilidades, y el veterano Sebastian Schertel que mandaba las tropas de la ciudad, antiguo aventurero, hombre de humilde estirpe, uno de los que mas se habian enriquecido en el saco de Roma cuando la tomaron los imperiales, y que á favor de sus muchas riquezas habia llegado á ser uno de los grandes señores de Alemania, salió á impedir el paso á las tropas pontificias que se dirigian á Alemania por el Tirol, tomó dos fortalezas que dominaban aquellos desfiladeros, y aun se hubiera apoderado de

(1) Maimbourg, Hist. del luteranismo.—Seckendorf, id.—Sleidam, De statu religionis, etc., ab anno 1517 ad ann. 1555.—Lambert. Hor. de Bello Germánico.—Herbet, Hist. de Lut. VIII.—Rimer. Fœder.—Dumont, Corps. Diplomat. IV.—Avila y Zúñiga, Memorias sobre las guerras del emperador.—Robertson, Hist. de Cárlos V. lib. VIII.—Sandoval, Historia del emperador, libro XXVIII., par. 1 al 11.

Inspruck, si el elector de Sajonia no hubiera cometido el error de llamarle, con lo cual quedó al ejército pontificio la entrada libre en Alemania. La desacertada conducta de los dos gefes de los protestantes, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, que por otro error compartian entre sí la autoridad y el mando, las disidencias que produjeron sus diferentes miras y encontrados carácteres, las envidias, los odios y las desobediencias á que dieron lugar entre los confederados, no solo fueron causa de que el numeroso ejército de los protestantes malograra los primeros momentos que tan propicios se le presentaron hasta para haber arrojado de Alemania al emperador, sino que de intento parecia haberse propuesto dejar que las huestes imperiales que de tan opuesto puntos acudian se reunieran tranquilamente donde mas podia convenirles. Asi, no solamente el ejército del papa llegó salvo y casi sin tropiezo á Lanshut (agosto, 1546), sino tambien seis mil aguerridos soldados españoles de los formidables tercios de Nápoles. Aunque el ejército imperial era todavía bastante inferior en número al de los protestantes, llevábale ventajas inmensas en la disciplina y el valor de los soldados, en la inteligencia práctica de los gefes, y en la confianza que le infundia la presencia del emperador, el mas activo y el mas hábil de todos [1].

(1) Aquí habia empezado ya á darse á conocer por su carácter duro y severo uno de los generales españoles del emperador, el

Viéronse muy pronto los resultados de estas ventajas. El emperador, que supo aprovechar bien el tiempo que le dieron para aumentar la guarnicion de Ratisbona, se habia trasladado á Ingolstadt, ciudad de Baviera, á la márgen izquierda del Danubio, y establecido allí su campamento, circundado de una pequeña trinchera. Allá se encaminó el ejército protestante en número de ochenta mil hombres, con ciento treinta piezas de artillería. Tal confianza llevaba el landgrave en sus fuerzas, que habia prometido á los coligados que antes de tres meses Cárlos V. estaria preso ó arrojado de Alemania. En todas las banderas de los luteranos se leian inscripciones y lemas latinos sacados de las Sagradas Escrituras, alusivos á la lucha religiosa, y escogidos todos para ostentar cierta arrogancia amenazadora, tales como los siguientes: «*Si Deus pro nobis, ¿quis contra nos?* Si Dios nos ayuda, ¿quién podrá con nosotros?—*In libertatem vocati estis, fratres*. Hermanos, llamados sois á ser libres.—*Ab Aquilone venient liberatores tui*. Del Septentrion vendrán tus libertadores.—*Væ vobis, Scribæ et Pharisæi!* ¡Ay de vosotros, Escribas y Fariseos [1]!»

duque de Alba, que tan célebre habia de hacerse en el reinado siguiente. Cuando el de Sajonia y el de Hesse enviaron al campo imperial un page y un trompeta, segun costumbre, para notificar la declaracion de guerra, fueron llamados á la tienda del duque de Alba, el cual les dijo, que la respuesta que debia darles el emperador era hacerlos ahorcar, pero que queria hacerles merced de las vidas, pues no se proponia castigar sino á los que tenian la culpa de todo, y les entregó el bando imperial de destierro y confiscacion para que le enseñasen á sus amos. Sandoval, lib. XXVIII., párrafo 43.

(1) *Venite, eamus* (decia otra),

El emperador, que conocia bien la índole del numeroso ejército enemigo, y fiaba en que todo aquel ardor acabaria pronto por destruirse los mismos coligados dividiéndose, se habia propuesto esperar en su campo á ser acometido. Avanzaron en efecto los confederados en órden de batalla; parecia que aquellas masas iban á arrollarlo todo; y sin embargo, el emperador, ordenado su ejército, esperaba tranquilo. Sus generales tenian órden espresa de no romper ni empeñar accion, y sus soldados, la de permanecer como inmóviles, sin salirse nadie de su línea. Los confederados no se atrevieron á asaltar las trincheras: en cambio, hicieron jugar con estruendo horrible sus ciento treinta cañones, lanzando cada dia al campo imperial ochocientas ó novecientas balas. En medio de tan terrible fuego admiraba ver al emperador recorrer á caballo todas las filas, animando jovialmente á todos, hablando á cada cuerpo en su idioma, y cuidando de que nadie por nada se separase una pulgada de su línea. Los mismos protestantes, con ser alemanes, se asombraban de aquella impasibilidad. Cenando una noche los generales de la liga, tomó el landgrave una copa, y brindó diciendo: «*Schertel, brindo por los que hoy ha muerto nuestra artillería.*

occidamus bestiam magnam coccineam. Venid, marchemos á matar la gran bestia vestida de grana.

En otra se leia: *Progenies viperarum, ¿quis vos liberabit á ventura ira?* Generacion de víboras, ¿quién os librará de la ira que ha de venir sobre vosotros?—Y asi en las demas.

—*Señor*, contestó Schertel, *yo no sé los que hoy habremos muerto, pero sé que los vivos no han perdido un palmo de terreno.*» Finalmente, desesperados los protestantes, y temerosos de que llegara un refuerzo de catorce mil flamencos que iba marchando hácia el campo imperial, tuvieron por oportuno retirarse (1.° de setiembre, 1546), con el desconsuelo de haber visto frustrada su primera tentativa, y malogrado todo aquel ostentoso y arrogante aparato (1).

(1) Aconteció en uno de estos dias (el 31 de agosto) un caso digno de notarse, como prueba, asi del rigor con que Cárlos V. hacia observar sus órdenes en el campamento como de lo que era siempre el génio español en tales lances.

Ya hemos dicho que habia prohibido bajo pena de la vida que nadie se saliese de su fila ni se moviese de su puesto. Esta misma órden habia dado á unas compañías de arcabuceros españoles colocadas en el foso para contener la caballeria enemiga. Sucedió, pues, que un tudesco, notable por su gigantesca estatura, se acercaba todos los dias á los arcabuceros del foso, llamándolos cobardes, retándolos con aire de arrogancia á pelear con él, é insultándolos de palabra y con ademanes y gestos provocativos. Los españoles no podian moverse, con arreglo á la órden imperial; pero Martin Alonso de Tamayo, veterano de los del formidable tercio de don Alvaro de Sande, no pudo aguantar tanto insulto, y dijo á sus camaradas, que aunque le costara la vida, él habia de enseñar al soberbio aleman quienes eran los españoles. Y diciendo y haciendo, soltó su arcabuz, tomó una pica de otro, y á gatas y medio arrastrando por el suelo se salió hasta cuarenta pasos de la línea. Avisáron los centinelas al emperador, y le mandó llamar. Martin Alonso, se hizo el sordo, y siguió adelante hasta acercarse al tudesco: entonces se arrodilló y rezó muy devotamente tres Ave-Marías. Creyendo el enemigo que se arrodillaba de miedo, comenzó á mofarse de él: entonces Martin Alonso se levantó, enristró su pica, y apercibió á su contrario para la pelea. Embistiéronse reciamente los dos soldados hasta tres veces, y á la tercera arremetió el español con tal ímpetu y acierto, que introduciendo la pica por la gorguera del tudesco, le derribó en tierra con toda su mole; saltó sobre él Martin Alonso, y con su misma espada que le cogió, le cortó la cabeza; sacóle del pecho una larga bolsa que llevaba, y con la espada, la cabeza y la bolsa, se volvió á su campo con gran regocijo de los españoles.

Presentóse Martin Alonso al emperador pidiéndole merced de la vida. Pero Cárlos, inexorable con los que traspasaban sus órdenes, sin tener en cuenta lo haza-

Ni aun siquiera lograron impedir que se incorporáran al ejército de los católicos los diez mil infantes y cuatro mil caballos que de los Paises Bajos conducia el conde de Buren, bien que tuviera este general que salvar mil peligros á fuerza de celeridad y de astucia. Con este refuerzo tomó el emperador la iniciativa, y sin comprometerse en formal batalla emprendió una série de operaciones que le fueron haciendo dueño de varias ciudades del Danubio, Neubourg, Dillingen, Donawert, Nordlinga, y otras de mas ó menos importancia, y costándole escaramuzas y combates mas ó menos fuertes, generalmente, aunque no siempre, con próspera furtuna, en lo cual invirtió el otoño de aquel año. De tal manera fatigó y hostigó á los protestantes, que sus dos gefes, el elector y el landgrave, tuvieron por bien escribir una carta al marqués de Brandeburgo para que hiciese al emperador proposiciones de paz bajo ciertas capitulaciones que ofrecian en materias de religion. La respuesta de Cárlos fué que trataria de paz siempre que antes pusieran en sus manos sus dominios y personas. Volviéronle á escribir, que siendo como era negocio tan grave podian conferenciar sobre ello largamente en

ñoso del hecho, le mandó confesar y que le cortaran la cabeza. Intercedieron por él los maestres de campo y muchos caballeros y capitanes, y aun los nueve mil españoles que habia en el campo estaban resueltos á no consentir que se quitára la vida á Martin Alonso, ya que no se premiaran sus servicios y hazañas. Noticioso el emperador del espíritu de sus tropas, cedió de su dureza, y otorgó el perdon al famoso Martin Alonso de Tamayo.

el lugar y punto que él se sirviese señalar. Cárlos les hizo repetir la contestacion primitiva, sin añadir mas palabra, y prosiguió con la misma actividad la guerra, y les fué tomando otras poblaciones.

Uno de los personages que ayudaron mas á los triunfos y prosperidades del emperador en esta guerra fué el jóven duque Mauricio de Sajonia. Protestante por conviccion, pero especulador y ambicioso, calculó que saldria mas ganancioso uniéndose al emperador, aunque fuese á costa de pelear contra sus propios correligionarios, por lo menos hasta sacar el partido que se proponia, y celebró un convenio secreto con Cárlos, por el cual él se obligaba á servir como fiel vasallo al César, y éste le prometió hacerle dueño de los dominios del elector de Sajonia. Ignorante el elector de este inmoral tráfico, cuando partió para la guerra dejó con la mejor fé encomendadas á Mauricio sus posesiones. Con arreglo á una inícua estratagema concertada entre Cárlos y Mauricio, el emperador le requirió que en virtud de la obediencia que como vasallo del imperio le debia, se apoderase inmediatamente de los dominios confiscados al elector, en conformidad al edicto de proscripcion cuya copia le enviaba, so pena de hacerse merecedor del mismo castigo que el rebelde elector su deudo. Fingiéndose Mauricio forzado por un mandamiento que él mismo habia sugerido, llevó adelante la superchería, reuniendo sus estados para consultarles la manera de dar

cumplimiento al apremiante decreto imperial con el menor daño posible del electorado, y pintóles el caso con tales colores, que ellos mismos escribieron al elector proponiéndole, como el remedio mas suave y menos peligroso, que él mismo diera su consentimiento á Mauricio para que tomara quieta y amistosa posesion de su señorío.

Aunque el elector y el landgrave rechazaron con indignacion la propuesta, y trataron como á traidor y llenaron de vituperios á quien de tal manera faltaba á los principios religiosos, á la honra nacional y á la confianza de depositario. Mauricio no retrocedió, y despues de llevar el artificio hasta donde pudo, apeló abiertamente á la fuerza para la consumacion de su proyecto. Levantó cerca de doce mil hombres, y mientras el rey de Romanos con sus bohemios y sus húngaros caia sobre una parte del electorado, él combatia por la otra las escasas tropas que habia dejado el elector, y se apoderaba del resto, á escepcion de algunas plazas fuertes que no pudo rendir. Semejante conducta hizo á Mauricio objeto de abominacion para todos los protestantes; y rebosando de ira y encono el elector de Sajonia por lo que á él mas especial y directamente tocaba, no pensó ya sino en apagar el fuego que estaba devorando su casa y en castigar la villanía, siquiera perjudicára á la causa comun desmembrando el ejército de la confederacion. No se atrevieron los coligados á negarle lo que

para tan justa satisfaccion pedia, y en su virtud una gran parte del ejército marchó con el elector á Sajonia, quedó otra parte para defender la alta Alemania, y muchos capitanes y soldados, desalentados con esta desercion y previendo que iba á caer sobre ellos todo el peso de la guerra en la estacion cruda del invierno, determinaron regresar á sus provincias y se diseminaron.

De aqui las proposiciones de paz hechas al emperador, y las desdeñosas contestaciones de Cárlos, como quien veia quebrantada ya y como disuelta aquella arrogante liga que se habia presentado con ínfulas de acabar con su poder imperial y de espulsarle de Alemania. Continuó pues el emperador, como dijimos, apoderándose de las poblaciones. Entre ellas se le rindieron tres importantes ciudades imperiales, Nordlingen, Rottemberg y Halle, á cuyo ejemplo se sometió Ulm, una de las mas fuertes de Suabia, y que habia sido como el centro y cuartel general de los confederados, é hízolo en tan humildes términos que el emperador con toda su severidad no pudo menos de admitirla á su gracia [1]. Hasta de rodillas le pi-

(1) «Nosotros, los de Ulm (le dijeron) conocemos el yerro en que hemos caido, y la ofensa que os hemos hecho, lo cual todo ha sido por culpa nuestra y de algunos que nos han engañado: mas juntamente conocemos, que no hay pecado, por grave que sea, que no alcance la misericordia de Dios, arrepintiéndose el pecador. Y por esto esperamos, que queriendo vos imitar á Dios, tendreis respeto á nuestro arrepentimiento, y nos recibireis á vuestra misericordia. Y asi, os pedimos por amor de la pasion de Cristo, hayais piedad de nosotros, y nos recibais en gracia, pues nos entregamos á vuestra voluntad, con determinacion de serviros como buenos y

dió perdon el duque de Wittemberg; y la famosa ciudad de Augsburgo se entregó bajo las condiciones que Cárlos quisiera imponerle, cuidando antes de aplacarle con arrojar de su seno al valeroso y veterano Schertel, el primero que habia dado impulso al movimiento. Por este órden se le fué entregando á discrecion todo el círculo de Suabia, y hasta las ciudades que por su distancia parecian correr menos riesgo, como Strasburgo y Francfort, participaron del terror general, y no tuvieron valor para esperar á que el peligro fuese mas inmediato (1).

Asi, al comenzar el año 1547, y á los seis meses de campaña, en que el emperador ejerció y desempeñó hábilmente el oficio de general y mostró toda la superioridad de su genio, acabó Cárlos V. con la soberbia y famosa liga de los protestantes de Smalkalde, siempre sosteniendo sin embargo, que aquella guerra no habia tenido un objeto religioso, ni de oprimir la libertad política ni la libertad de conciencia de los alemanes, sino únicamente hacer entrar en la obediencia á los príncipe revoltosos y díscolos del

leales vasallos, con las haciendas y la sangre, y con las vidas, como lo debemos á tan buen emperador.»

Con igual sumision le hablaron despues los de Augsburgo, y asi las demas ciudades. La respuesta del emperador era otorgarles el perdon, sin perjuicio de las condiciones á que las sujetaba, que eran verdaderos castigos.

(1) Ribier, Lettres et Memoires d'Etat. etc.—Sleidan, De Statu religionis.—Camerar. Belli Smalkaldici commentar.—Hortens. De Bello German.—Avila y Zúñiga, Comentarios sobre las guerras de Cárlos V. en 1546 y 1547.—Luden, Historia del pueblo aleman, continuac.—Sandoval, Hist. del emperador, lib. XXVIII.—Robertson, Hist. de Cárlos V., lib. VIII.

imperio. Duramente se condujo Cárlos con las ciudades rendidas de la alta Alemania, no obstante las humildes súplicas con que se apresuraron á enviarle comisionados á implorar su perdon. Entre otros castigos que les impuso, fué uno el de las multas, por la necesidad que tenia de dinero. Ulm fué multada en 100,000 escudos; Memmingen en 50,000; en 80,000 Francfort; Augsburgo en 150,000; las demas en una suma proporcionada á su riqueza, y solo el duque Ulrico de Wittemberg pagó 300,000 escudos, despues de haber entregado todas sus plazas, y sin que le valiera haberse arrodillado ante el emperador con todo su consejo. El elector y arzobispo de Colonia tuvo por prudente renunciar á su dignidad y señorío, y retirarse á la vida privada y profesar en la soledad la religion reformista, antes que esponer su iglesia y estado á las iras del emperador y del papa y á las desgracias de la guerra.

Hubiera Cárlos V. proseguido inmediatamente la campaña contra el elector de Sajonia, que habia recobrado las posesiones usurpadas por el duque Mauricio, si graves motivos no le hubieran detenido aquel invierno en Ulm. Traíale fatigado la gota de resultas de los trabajos de la guerra. Para economizar gastos habia despedido y enviado á Flandes el ejército del conde de Buren. Tenia ocupada mucha gente en guarnecer las plazas nuevamente conquistadas, y necesitaba cuidar del gobierno de las ciudades sometidas.

Por otra parte, el papa, viendo que el emperador parecia haber cuidado mas del afianzamiento de su autoridad en el imperio que de la estirpacion de las heregías y del restablecimiento del culto católico; que nada le tocaba ni de las conquistas ni de las cuantiosas multas que habia cobrado, y recelando haber contribuido ya demasiado al engrandecimiento del emperador, y que tal vez pensára en oprimir la Italia despues de tener enteramente subyugada la Alemania, dió órden á su nieto Octavio para que se retirára con las tropas de la Iglesia, lo cual se ejecutó con no poco enojo de Cárlos.

Tuvo, pues, que limitarse por entonces el emperador á enviar en socorro del duque Mauricio al marqués de Brandeburgo con una division de tres mil hombres, el cual se manejó tan torpemente, que en una batalla perdió casi todos sus soldados, y él mismo quedó prisionero del elector. A tener éste mas actividad, hubiera podido apoderarse del mismo Mauricio; mas no era la energía su carácter, y tuvo todavía la debilidad de perder tiempo oyendo las proposiciones con que astutamente procuraba entretenerlo su mañoso adversario.

Paralizaba tambien á Cárlos el cuidado en que le puso la famosa conspiracion que estalló por aquel tiempo en Génova (enero, 1547), promovida por Fieschi, conde de Lavagno, contra los Dorias, el príncipe Andrés y su sobrino Joannetin; una de las

conjuraciones mas misteriosas y mas terribles de que hablan las historias, que en una noche tenebrosa infundió el horror y el espanto en la ciudad y puso á dos dedos de un general trastorno la república, y que en aquella misma noche acabó con la muerte de Joannetin Doria y del conspirador Fieschi, aquel cosido á puñaladas por los conjurados, y este ahogado en el mar (1). Como el senado de Génova, apenas tranquilizada la ciudad y restablecido el órden, escribiese al emperador noticiándole el suceso y pidiéndole auxilio para atacar la fortaleza de Montobbio donde se habia refugiado Gerónimo Fieschi, hermano del conde, Cárlos entró en cuidado, recelando que aquella conspiracion estuviese protegida por príncipes estrangeros; y como supiese que el duque de Parma, Pedro Luis, hijo del pontífice, no era estraño á ella, ya por enemistad á los Dorias, ya por resentimiento que del mismo emperador tenia, sospechaba que el papa tampoco sería ageno á aquella trama, y que tal vez se habrian todos concertado con el monarca francés para agitar la Italia de nuevo. Por esto, y por haber licenciado ya la mayor parte de sus tropas, no tenia por prudente moverse contra el elector de Sajonia, mientras no se cerciorára de que no estallaria en otra parte una revolucion

(1) Pueden verse los curiosos pormenores de esta famosa conjuracion en Sigonio, *Vita Andreæ Doria*, y en la *Conjuracion del conde de Fieschi*, por el cardenal de Retz.

que le distrajera las pocas fuerzas con que se habia quedado.

Mas tan pronto como de esto se aseguró, y luego que con la venida de la primanera templaron los crudos rigores del invierno, no tardó Cárlos en proseguir personalmente la guerra cnntra el de Sajonia, incorporándose con su hermano Fernando y con el duque Mauricio, que impacientes le aguardaban, y cuyo resultado verémos en otro capítulo.

CAPITULO XXVII.

TRIUNFOS DEL EMPERADOR.

EL CONCILIO.—EL INTERIM.

De 1547 á 1548.

Nueva confederacion contra Cárlos V.—Enojo del emperador con el papa: trátale con dureza.—Traslacion del concilio de Trento á Bolonia con gran disgusto del emperador: proceder de éste.—Prelados que quedaron en Trento.—Muerte de Francisco I. de Francia.—Cómo juzgan á este monarca los franceses.—Marcha Cárlos V. contra el elector de Sajonia.—Pasa á nado el ejército imperial el Elba.—Batalla de Muhlberg.—Triunfo de Cárlos y prision del elector.—Le condena á muerte y le perdona.—Tratado de Wittemberg.—Domina Cárlos la Sajonia.—Visita el sepulcro de Lutero.—Marcha contra el landgrave de Hesse.—Ríndesele el landgrave y le pide perdon.—Le humilla y ultraja Cárlos V.—Conducta del emperador en la alta Alemania.—Multas.—Toma mas de quinientos cañones y los distribuye en sus dominios.—Cárlos en Bohemia —Dieta de Augsburgo.—Horrible asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo del papa.—Se da Plasencia á los imperiales.—Enojo del pontífice.—No halla quien le ayude á vengar la muerte de su hijo.—La dieta de Augsburgo y el concilio de Trento.—Graves disidencias entre el papa y el emperador en lo relativo al concilio.—Insistencia de uno y otro.—Resolucion que toma Cárlos V.—El *Interim*.—Efectos que produjo en Alemania.—Cárlos V. en Flandes.—Llama allá á su hijo Felipe.

Todo parecia anunciar que la cuestion religiosa que entonces ocupaba con preferencia le atencion del

mundo estaba cerca de resolverse en favor del catolicismo, y por consecuencia, en conformidad á los deseos del pontífice, del emperador y de todos los amantes de la unidad de la Iglesia y del antiguo culto católico. La confederacion protestante del cuerpo germánico que tan imponente se habia presentado, habia sido vencida y deshecha por las armas imperiales y pontificias reunidas; casi todas las ciudades reformistas del imperio habian vuelto humildemente á la obediencia de Cárlos V., el representante y el campeon de la causa católica, y solo le faltaba someter á los dos contumaces gefes de la liga, el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, y esto porque le detenian las causas en el anterior capítulo espresadas.

Y en tanto que los protestantes habian sido de esta manera derrotados y abatidos en la lucha material de los combates y batallas, en el terreno de las doctrinas y de la discusion el concilio de Trento habia continuado estableciendo los principios de la fé ortodoxa, y condenando en sus decisiones canónicas como heregías las nuevas doctrinas proclamadas por Lutero, Zwinglio, Calvino y demas apóstoles de la reforma. En las ocho sesiones celebradas por aquella venerable asamblea en 1546 y primeros meses de 1547 se habia designado los libros sagrados que la Iglesia admitia por auténticos, fijando las autoridades que constituyen el dogma católico, establecido la única

doctrina que la Iglesia reconoce como verdadera sobre el pecado original, el libre albedrío, la predestinacion, los sacramentos en general, y otros importantes puntos dogmáticos, anatematizando en diversos cánones todo lo que en diverso sentido habian enseñado sobre estas materias los hereges antiguos y modernos; decretando ademas varias reformas en asuntos de disciplina y de costumbres, tales como la modificacion de exenciones y privilegios de las órdenes regulares, la jurisdiccion que sobre ellas habian de ejercer los obispos, residencia canónica, pluralidad de beneficios, y otros objetos de reforma que la pureza de la religion, la moral y la opinion pública reclamaban. Siendo, en verdad, no poco lamentable que asi como en lo perteneciente al dogma se concordaban felizmente los padres del sínodo, no hubiera la misma dichosa conformidad en lo relativo á la reformacion de las costumbres, suscitándose muchas veces disidencias sensibles entre la mayoría de los obispos de una parte y los legados del papa y algunos prelados de la otra, si bien venian á concertarse y convenir en prudentes transacciones (1).

Mas aunque todo parecia ir marchando á gusto del papa y del emperador y en contra de la causa y

(1) Historia del concilio de Trento, por el cardenal Pallavicini.—Historia del mismo concilio, por Paolo Sarpi.—Cánones et decreta æcumenici Concilii Tridentini, edicion stereotipica de Leipsick, 1842.—Mendham, Memorias del concilio de Trento.—Koellner, De actis Concilii Tridentini.

de los intentos de los protestantes, la situacion de Cárlos V. y aun la del mismo pontífice, estaban muy lejos de ser lisonjeras en marzo de 1547, cuando acababa de subyugar la alta Alemania y de someter á los confederados de Smalkalde; y no sin razon sospechaba él que en la misteriosa conjuracion de Génova hubieran entrado mas poderosos agentes de los que aparecian, y que fuese el preludio de otros mas graves planes. Sus mismos triunfos le habian perjudicado provocando contra sí los celos y la envidia de sus rivales y antiguos enemigos. Francisco I. de Francia se sintió otra vez vivamente atormentado por la envidia al ver las prosperidades y el engrandecimiento del poder de Cárlos, y conservando hasta el fin de sus dias su inestinguible odio al emperador, envió emisarios á Alemania para reanimar á los protestantes; entabló correspondencia al mismo efecto con el landgrave y el elector de Sajonia; escitó de nuevo al Gran Sultan á que invadiera otra vez la Hungría; exhortó al papa á que reparase por un esfuerzo vigoroso la falta que habia cometido en contribuir tanto al acrecimiento del poder imperial; trabajó por inducir á los venecianos á que entráran en una confederacion general contra el emperador; representándole como un hombre que aspiraba á dominar y oprimir todo el mundo; avivó los resentimientos y quejas que el rey de Dinamarca tenia de Cárlos, halagándole al propio tiempo con ofrecer la mano de la jóven reina

de Escocia para su hijo; instigó á los que gobernaban la Inglaterra en la menor edad de Eduardo VI. (1) á que tomáran parte en la causa comun y se declaráran abiertamente en favor de los reformistas; reclutó tropas en la Suiza, y las levantaba y municionaba en sus reinos.

Constábale ademas á Cárlos V., que el papa, pesaroso ya de haberle ayudado tanto, y no contento con haber hecho retirar sus tropas bruscamente y sin

(1) Enrique VIII. de Inglaterrá habia muerto el 29 de enero de 1547, á los 57 años de edad y 38 de reinado.—«¡Nombre espantoso! dice de él un escritor al hacer un resúmen de su biografía: ¡todos los caprichos del crímen sin freno encarnados en un déspota pedante y verdugo! Un reino trastornado, una religion mudada por un real decreto, porque los ojos de una dama de honor han agradado al *campeon de la fé*: seis mugeres sucesivamente arrojadas y maltratadas en su impuro lecho: Catalina de Aragon repudiada; Ana Bolena decapitada; Ana de Clèves afrentosamente despedida; Catalina Howart entregada al verdugo; los nombres mas ilustres, las virtudes mas brillantes, la anciana condesa de Salisbury, el cardenal Fischer, Tomás Moro, arrastrados al cadalso: setenta y dos mil hombres, papistas y luteranos, fueron arrojados á las llamas con una espantosa imparcialidad por el rey pontífice, *el protector y gefe supremo de la Iglesia anglicana!*»

«Bajo el reinado de este príncipe, dicen en su cronología histórica los autores del Arte de verificar las fechas, no hubo otra religion ni otras leyes en Inglaterra que su voluntad y su pasion..... ..... Jamás príncipe alguno fué mas absoluto; casi siempre costaba la vida al que se atrevia á oponerse á su voluntad. Se cuenta entre las personas sacrificadas á sus pasiones, dos reinas, dos cardenales, tres arzobispos, diez y ocho obispos, trece abades, quinientos priores, monges y sacerdotes, catorce arcedianos, sesenta canónigos, mas de cincuenta doctores, doce duques, marqueses y condes con sus hijos, veinte y nueve barones y caballeros, trescientos treinta y cinco nobles menos distinguidos, ciento veinte y cuatro ciudadanos y ciento diez damas de condicion. Todas estas personas, á escepcion de las dos reinas, fueron condenadas á muerte por haber desaprobado el cisma, y los desórdenes del rey Enrique, aunque muchas veces les imputára crímenes para tener ocasion de hacerlas morir.»

Este inquisidor coronado de los protestantes no tenia por cierto que echar nada en cara al Torquemada de los españoles, antes le podia haber dado lecciones de crueldad, sin habérsele parecido en otras cualidades.

darle parte, se alegraba de las contrariedades que le promovia el rey Francisco, y él mismo le suscitaba cuantas podia, hasta negarle ya las rentas esclesiásticas de España que le habia concedido. Cuya conducta enojó tanto al emperador con el pontífice, que trataba con las espresiones mas duras, asi á Su Santidad como á sus legados y nuncios, diciendo entre otras cosas, «que de alli en adelante pensaba acatar á San Pedro, pero no al papa Paulo;» «que asi impedido como se veia, con un brazo gotoso y el otro sangrado, esperaba ir á acabar lo que le quedaba, y pues Su Santidad no le daba otra asistencia ni ayuda, en cuanto fuese á la jornada que pensaba hacer contra los protestantes, el nuncio y el legado irian en la primera fila para que diesen ejemplo á otros, y viesen el efecto que hacian con sus bendiciones (1);» con otras frases ni mas reverentes ni menos duras.

Aumentó el disgusto y el enojo del emperador la novedad ocurrida en el concilio de Trento y la determinacion del Pontífice de trasladarle á Bolonia. Tiempo hacía que Paulo deseaba llevar el concilio á una ciudad de Italia. Con arreglo, pues, á sus instrucciones, y con motivo de haberse difundido la voz de que reinaba en Trento una enfermedad epidémica, propusieron los legados pontificios en la sesion octava

(1) Carta del emperador á don Diego de Mendoza, fecha 17 de marzo de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, legajo núm. 664.

(11 de marzo, 1547), que se hiciese la traslacion á Bolonia, lugar sano, cómodo y poco distante. Por mas que los obispos españoles se opusieron y protestaron, ya por no creer en el peligro del contagio, ya porque sabian el desagrado que habia de causar al emperador, la traslacion quedó decretada, y en su virtud se trasfirieron á Bolonia treinta y ocho prelados, si bien permanecieron en Trento otros diez y ocho italianos y españoles, súbditos del emperador. La medida, en efecto, no solo desagradó, sino que irritó tanto á Cárlos V., que en una audiencia que sobre ello tuvo con el nuncio de Su Santidad, se desató en ásperas reconvenciones y en fuertes amenazas, hablando del pontífice con la acritud que hubiera podido hacerlo un protestante [1].

(1) «Y tornando el Nuncio (le decia á don Diego de Mendoza, dándole cuenta de esta audiencia) á repetir otra vez que en todo caso mandásemos á los perlados que están en Trento que fuesen á Boloña, por lo que tocaba á la autoridad del concilio y escusar el inconveniente que por ventura se le podria causar de scisma, y pareciéndonos que lo habia dicho de mala manera, le respondimos que no solamente á Boloña si fuese menester, pero que á Roma los hariamos ir, y los acompañariamos con nuestra propia persona por asegurarlos; alargándonos en decir y encarecer la no buena intencion y acciones del papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas. Y queriendo sacar el dicho Nuncio, y preguntándonos que qué mal hacia el papa, no le respondimos otra cosa sino que hacia de bien ninguna cosa; á que dijo de presto: «á lo menos atiende á vivir;» y Nos le respondimos que esto era la verdad, pues se sabia el estudio y cuidados que tenia de ello, y de engrandecer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto, echaba atrás todo lo que tocaba á su oficio y dignidad; pero que Nos esperábamos en Dios, que aunque Su Santidad se descuidase de esto y no quisiese ayudarnos, que él nos haria merced de enderezar y hacer lo que conviniese á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querria.... etc.» —Carta de S. M. á don Diego de Mendoza, fecha 25 de abril de 1547. Archivo de Simancas, Negociado de Estado, leg. 644, folio 87.

Otro grave disgusto vino en este tiempo á aumentar los cuidados del emperador, á saber, el levantamiento de la ciudad y reino de Napoles, producido por la resistencia tenaz de los napolitanos á admitir en su reino la Inquisicion de España. Olvidado sin duda Cárlos V. de lo que en 1510 habia acontecido en Nápoles cuando su abuelo el Rey Católico quiso establecer allí el Santo Oficio, habiendo tenido que desistir de su empeño por la violentísima oposicion con que fué rechazado [1], habia dado órden al virey de Nápoles don Pedro de Toledo, hombre generalmente aborrecido ya por su áspera condicion y su tiránico proceder, para que instalase allí la Inquisicion, tal como los Reyes Cátolicos la habian puesto en España. Por mas que el virey, no desconociendo el espíritu del pueblo, intentó hacerlo con cierta maña y cautela, traslucióse su pensamiento, y el pueblo comenzó á alterarse, hasta el punto de protestar en alta voz y á gritos que antes se dejarian todos hacer pedazos que consentir la Inquisicion en Nápoles. Tal fué la alteracion, que con noticia que de ella tuvo el papa Paulo III. espidió un breve declarando pertenecer al fuero eclesiástico y á la jurisdiccion apostólica el conocimiento de las causas de heregía, y mandando al virey que se abstuviera de entrometerse en proceder contra los hereges por via de inquisi-

(1) Véase el tom. X. de nuestra Historia, pág. 383, lib. IV. cáp. XV.

cion [1]. Animáronse con esto los napolitanos; pero don Pedro de Toledo, que como dice un sabio español, «era mas noble que de buena condicion,» porque no dijeran que se dejaba vencer del papa, llevó adelante su terquedad, y procedió á nombrar inquisidores.

Despues de muchas y muy agrias contestaciones y amenazas que esto produjo entre el pueblo y el virey, tumultuóse un dia la poblacion entera (enero, 1547), y agrupándose en la plaza, nobles y plebeyos juraron unirse y ayudarse para resistir el establecimiento del tribunal inquisitorial y todo lo que fuese contrario á sus libertades, depusieron al conservador y á los del consejo de la ciudad, y dieron el oficio de conservador al famoso médico Micer Juan de Sessa, hombre de gran prestigio en el pueblo. A vista de tan imponente actitud, el virey, que se hallaba en Puzol, halagó y aquietó mañosamente á los sublevados, asegurándoles y protestando que no se volveria á hablar mas de aquel negocio. Mas cuando observó que el pueblo descansaba ya confiado y tranquilo, mandó abrir proceso contra los promovedores del pasado disturbio. Otra vez se apoderó la inquietud de los ánimos. En esto aconteció que por delante de un grupo de cinco nobles mancebos pasó un corchete llevando preso un hombre que habia sido criado del padre de uno de ellos, y como el conducido

(1) Coleccion de Breves pontificios: Paulo III.

gritára: «Señores, que me llevan preso por la Inquisicion!» los jóvenes se lanzaron sobre el alguacil, y le arrebataron el preso. Pero ellos á su vez fueron llevados á la cárcel por el regente de la vicaría. Noticioso de este hecho el virey, montó en cólera, partió apresuradamente de Puzol á Nápoles, y sin forma de proceso hizo ahorcar dentro de la prision á tres de los jóvenes, que ninguno pasaba de diez y siete años, mandó arrojar sus cadáveres á la calle, y publicó un pregon ordenando que nadie fuera osado á enterrarlos ni recogerlos sin espresa licencia suya.

Proceder tan inhumano, imprudente y despótico (que al mismo emperador cuando lo supo pareció injustificable demasía) indignó á todos los habitantes de Nápoles, la ciudad se puso en armas, se tocaron las campanas de todas las iglesias, se paseó por las callas un crucifijo, obligando á cuantos se encontraba á jurar sobre él union para resistir al virey, se enarboló el estandarte imperial y se gritaba: «¡Viva el emperador, y muera el virey y los malos ministros!» Don Pedro de Toledo, cuya vida se vió muy en peligro, lejos de buscar un medio para ir templando el furor popular, mandó disparar contra el pueblo la artillería gruesa de los tres castillos, haciendo estrago grande en edificios y personas, y que de uno de ellos salieran los arcabuceros con órden de matar á cuantos encontráran con armas. Tres dias seguidos duró la pelea y la matanza en las calles,

hasta que cansados unos y otros, é intercediendo buenos medianeros se asentó tregua por unos dias prometiendo el virey no castigar á nadie hasta que se diese cuenta al emperador. El virey y la ciudad, cada cual por su parte, enviaron comisionados á Cárlos V.: entre los últimos iba el príncipe de Salerno. Pero antes que unos y otros regresáran, y sin respeto á la tregua, y sin género alguno de consideracion ni de humanidad, volvieron á perseguirse y acometerse napolitanos y españoles, degollándose unos á otros con bárbaro furor.

Llegaron en esto las tropas que el virey habia pedido al duque de Florencia, y alzando al propio tiempo el destierro á todos los foragidos, «en un dia entraron en Nápoles mas de cinco mil ladrones, homicidas y otros facinerosos...... No habia hacienda segura, las calles amanecian llenas de cuerpos muertos...... (1).» Y la guerra que se siguió en las calles y dentro de cada casa de Nápoles entre habitantes, españoles, presidiarios y soldados, es cosa que no puede ni leerse ni contarse sin horror. Dias y noches pasaron unos y otros saqueando, incendiando y degollando á su vez (julio y agosto, 1547). La insurreccion se estendió á las ciudades de Cápua, Nola y Aversa, y á toda la Tierra de Labor. En esto regresaron los comisionados con cartas del emperador, en que declaraba ser su voluntad que los napolitanos de-

(1) Sandoval, lib XXIX., párrafo 34.—Giann. Istor. di Napoli.

jasen las armas y obedeciesen al virey, y trayendo un perdon general, con escepcion de treinta personas que debian ser juzgadas y sufrir la pena á que las sentenciase el tribunal. Duro se les hizo á los napolitanos, que tanto aborrecian al virey, obedecer el bando en que se les mandaba entregar las armas y municiones dentro de tercero dia. Pero la llegada de dos mil españoles al puerto los obligó á sucumbir mas pronto; los mas fueron haciendo su entrega; muchos huyeron de Nápoles, y quedó la ciudad medio despoblada. La infantería española salió á sujetar y castigar las demas poblaciones. Quedaba solo uno de los castillos de Nápoles, de que se habian apoderado los rebeldes, y que defendian con veinte y cinco piezas. Pero al fin se rindieron tambien, bajo el seguro que el virey les dió de que intercederia con su magestad imperial, haciendo con ellos oficio de abogado mas que de juez. La ciudad fué multada en cien mil ducados, y se prohibió á los naturales del pais en la circunferencia de cuarenta millas de Nápoles usar ni tener armas blancas ni de fuego de ninguna clase. Muchos desampararon aquella hermosa tierra huyendo el rigor de la dominacion imperial, y algunos, como el príncipe de Salerno, se pasaron á Francia.

Cuando tales disgustos y cuidados aquejaban á Cárlos V., impidiéndole dar cumplido remate á su empresa de Alemania, su buena estrella le deparó el mayor desahogo y respiro que pudiera desear, con la

muerte de su incansable rival y perdurable enemigo Francisco I. de Francia, á quien acabó de destruir una vergonzosa enfermedad, fruto de su licenciosa y desarreglada vida (30 de marzo, 1547), á los cincuenta y tres años de edad y cerca de treinta y tres de reinado [1].

(1) Entre tan diversos juicios, mas ó menos apasionados ó imparciales, como de este monarca se han hecho, nosotros nos limitaremos ahora á copiar algunos de los rasgos con que le dibujan los escritores de su mismo reino. «Francisco I, (dice uno de ellos), no fué un grande hombre, pero alcanzó el título de gran rey. Este padre de las letras, que quiso romper todas las prensas de su reino, atrajo las mugeres á la córte. Esta córte literata, galante y militar, mezclaba con los amores las bélicas hazañas, y entonces tuvo principio el reinado de esas favoritas que fueron una de las calamidades de la antigua monarquía.»—«La edad, dice otro, apagó la sangre, las adversidades el espíritu, los azares el valor, y la monarquía desesperada no espera mas que deleites. Tal era el rey Francisco, herido por las damas en el alma y en el cuerpo: la pequeña banda de madama de Etampes gobierna. Alejandro ve las mugeres cuando no tiene negocios, Francisco ve los negocios cuando no tiene mugeres.»—«Asi terminó, dice otro, su carrera con una muerte innoble, el príncipe, que nacido con brillantes cualidades, y aun con algunas virtudes, arruinó la Francia, causó la destruccion de muchas de sus provincias, enconó con suplicios las querellas religiosas, protegió algunos hombres de letras, pero ahogó toda libertad de discusion, proscribió aunque momentáneamente la imprenta, introdujo en la córte, y por un fatal ejemplo en el reino, el libertinage y la deshonra de las mugeres.»—«Este príncipe, dice otro, fué indiscreto hasta la imprudencia, ligero, imprevisor, que hizo las mugeres de su córte objetos de escándalo, y cuyo fausto le costaba tanto como la guerra.»—«Mr. Rœderer, dice otro, que ha compuesto sobre Francisco I. una memoria, acaso severa, pero muy concienzuda, ha notado con razon que el historiador (Anquetil), hablando del monarca, ha cometido el renuncio de olvidar la crápula que manchó la vida privada de su héroe, su falta de fé, sus hábitos despóticos, su espíritu perseguidor, su crueldad en la tiranía. ¿Por qué ha olvidado el desprecio de las leyes del Estado, probada con la degradacion de los cuerpos políticos y judiciales, con la imposicion arbitraria de impuestos sobre la propiedad, con la usurpacion del tesoro público, la opresion de las conciencias..... etc.?» Asi juzgan generalmente los escritores franceses al rey caballero.

Hemos tomado indistintamente y al acaso estos trozos, de Tabannes, Pierre Mathieu, Anquetil. Rœderer, Chateaubriand, Saint-Prosper, Du Bois, y otros de los que teniamos mas á la mano.—Con mas indulgencia que sus compatricios, le juzga nuestro

Luego que el emperador tuvo noticia del fallecimiento del rey de Francia, y tan pronto como se vió libre de los cuidados é inquietudes que le estaba causando, emprendió sus operaciones contra el elector de Sajonia, se reunió al rey Fernando y al duque Mauricio que le esperaban sobre el Eger (15 de abril, 1547), y juntos se pusieron en marcha hácia el Elba [1], donde se hallaban á los pocos dias (22 de abril). Sorprendido mas de lo que debiera el elector, se apresuró á cortar el puente cerca de Meissen, y á llevar su ejército por la derecha del rio hasta las inmediaciones de Wittemberg, su capital, haciendo alto no lejos de la pequeña ciudad de Muhlberg. El rio tenia por aquella parte trescientos pasos de ancho [2], y el emperador andaba buscando un sitio por donde le pudiera atravesar. Presentóle en esto el duque de Alba un paisano á quien los sajones habian robado dos caballos, y deseoso de vengar esta accion ofrecia á los enemigos enseñarles un vado por donde podrian franquearle. Mauricio le prometió en recompensa otros dos caballos y cien coronas de oro. Con

Sandoval cuando dice: «Era el rey Francisco agraciado en muchas cosas, y asi representaba bien la dignidad real. Y como de su natural fuese alegre, cortés, humano y tratable, ganaba muchas voluntades, y principalmente por ser muy liberal en dar... Era amigo de holgarse, dado á mugeres, tan público, que sonaba mal... Gobernó bien, si no fué al principio, aunque cargó de muchos pechos sus reinos... Castigaba con rigor los hereges: ninguna culpa ni falta se le pudiera poner en esto, si no llamara los turcos en daño y escándalo de la cristiandad.» Libro XXVIII, párrafo último.

(1) El rio Albis, que dice nuestro Sandoval.

(2) No treinta, como dice por equivocacion Robertson.

esto al dia siguiente, á favor de una espesa niebla, algunas compañías de arcabuceros españoles se metieron arrojadamente en el Elba por la parte que el labriego les señalára, y como á pesar de ser un vado les llegára el agua hasta el pecho, muchos de ellos se despojaron de cuanto llevaban encima, y echándose á nadar con los sables apretados entre los dientes ganaron unas barcas que los sajones habian empezado á incendiar y las llevaron al emperador. Cargáronse las barcas de arcabuceros que hicieron fuego al enemigo, mientras los ginetes llevando cada uno un peon á la grupa vadeaban el rio. El guia llevaba de la brida el caballo del emperador; Cárlos empuñaba una javalina y vestia un magnífico trage. La tropa iba entusiasmada, viendo al emperador participar de los peligros del último soldado. Seguíanle el rey Fernando, el duque Mauricio y el duque de Alba. Tan pronto como el emperador ganó la orilla opuesta se arrojó con los que habian pasado sobre los sajones sin esperar el resto de la infantería, marchando al combate con la confianza del triunfo.

Era domingo. y el elector se hallaba en el oficio divino en Muhlberg. Cuando le avisaron de que los imperiales pasaban el rio, y poco después de que el mismo emperador estaba tan cerca, no acertaba á creerlo, ni tuvo tiempo ya sino para seguir su ejército que se retiraba á Wittemberg. Alcanzáronle los imperiales en las landas de Lochau, y aunque no

habia llegado aun la artillería ni una parte de la gente de á pie, el duque de Alba aconsejó el ataque y el emperador le ordenó. Aquel dia no se conoció que Cárlos V. padeciera en su salud. Montado en un soberbio alazan, llevando en la cabeza un casco dorado, al pecho una brillante coraza, y blandiendo una lanza con la diestra, recorria las filas y alentaba á sus guerreros, mas como un fogoso general que como el gefe y gobernador de un grande imperio. La victoria de aquel dia fué una de las mas completas que alcanzó Cárlos. Al decir de los mismos historiadores alemanes, la infantería sajona, bien que pelease con valor, se dejó envolver y acuchillar por la caballería imperial, al grito para ella terrible de ¡*Hispania*! *Hispania*! Cubrióse de cadáveres sajones una larga estension de terreno desde Kossdorf hasta Falkembourg. El mismo elector, que habiendo dejado el carruage en que acostumbraba á ir (porque apenas podia cabalgar), montó un caballo frison por ver de acelerar su fuga, fué alcanzado por la caballería ligera, y herido de un sablazo en la megilla izquierda por un soldado húngaro. Aunque bañado el rostro en sangre, no queria rendirse; pero al fin se entregó á un caballero aleman de la hueste del duque Mauricio, el cual le presentó al duque de Alba, y éste al emperador, que le recibió con aire severo y adusto.—*Generoso y clementísimo emperador*, le saludó el prisionero.—¿*Con que ahora soy*, le interrumpió Cár-

los, *vuestro emperador clementísimo? Mucho tiempo hacia que no me nombrabais asi.—Soy el prisionero de Vuestra Magestad imperial*, continuó el elector, *y espero se me respetará y tratará como príncipe.—Se os tratará como mereceis*, le contestó bruscamente Cárlos, y le volvió la espalda. El rey de Romanos le dijo palabras todavía mas ultrajantes, y el desgraciado prisionero siguió sin replicar la escolta que le condujo al campo del duque de Alba [1].

Al dar parte de esta batalla escribia el emperador imitando el célebre, *Veni, vidi, vici*, de César: «*Vine, ví, y Dios ha vencido.*» Despues de dos dias de descanso marchó sobre Wittemberg, capital de la Sajonia y una de las ciudades mas fuertes de Alemania. Defendíala con buena guarnicion la esposa del elector, Sibila de Cléves, muger distinguida por su valor y su talento, que pudo recordar á Cárlos V. en Wittemberg á doña María Pacheco, muger de Juan de Padilla, en Toledo. Pero el príncipe sajon no habia muerto como el capitan castellano, y esto inspiró al emperador la idea de emplear un espediente indigno de su grandeza para intimidar y ablandar á la esposa de su ilustre prisionero. Careciendo de elementos para tomar la ciudad, por mas que ligeramente le hubiera prometido el duque Mauricio pro-

(1) Descript pugnæ Muhlberg, ap. Scard.—Hortens. De Bello germán.—Heuter. Rer. Austriac., libro XII.—Sleidan, Historia de la Ref.—Relacion de la batalla de Muhlberg, por el obispo de Arras, testigo ocular.

porcionárselos, y viendo que Sibila contestaba con heróica altivez á sus intimaciones de rendicion, envió un heraldo á decir á la ilustre princesa y á sus hijos (el mayor de los cuales habia sido herido en la batalla), que si no entregaban la ciudad, haria juzgar al elector, y les enviaria la cabeza del esposo y del padre. Y para hacerles ver que no era una simple amenaza, mandó formarle proceso, no con arreglo á las leyes del cuerpo germánico, sino encomendándole á un consejo de generales italianos y españoles, presidido por el duque de Alba. El terrible tribunal despues de breves trámites consideró al elector como convicto de traicion y rebeldía, y le condenó á ser decapitado.

Jugando al ajedrez se hallaba el sentenciado, con su compañero de prision Ernesto de Brunswick, cuando se le comunicó la sentencia. Oyóla sin turbarse, y creciendo con la desgracia su grandeza de ánimo: «¡Quiera Dios, dijo, que esta sentencia aflija á mi »esposa y á mis hijos tan poco como á mí me intimi»da, y que no renuncien á los títulos y posesiones á »que los destinó su nacimiento porque yo viva unos »dias mas.» Y prosiguió jugando tranquilamente su partida. Otra impresion hizo en su esposa la noticia del rudo fallo del tribunal. La idea de la sangrienta ejecucion la horrorizaba, y cayendo de ánimo aquella muger varonil, el ansia de salvar á su esposo la hizo ceder, hasta enviar mensages al emperador pa-

ra que fijára el precio de la vida del desventurado príncipe. Intercedian al mismo tiempo en su favor el duque de Cléves, el elector de Brandeburg, y muy principalmente el duque Mauricio, por el interés que tenia en no acarrearse la odiosidad de toda la Sajonia, cuyo pais se reconquistaba para él. El mismo sentenciado, tan animoso é impasible hasta entonces, no pudo resistir á las súplicas y á las lágrimas de su esposa y de sus hijos. Y como el emperador hubiera hecho acaso pronunciar la sentencia, mas con el fin de intimidar que con ánimo de ejecutarla, hízole por último merced de la vida bajo las duras condiciones siguientes.

La dignidad electoral de Sajonia quedaria en manos del emperador para disponer de ella á su voluntad:—serian entregadas al mismo tiempo las ciudades de Wittemberg y Gotha:—el margrawe Alberto de Brandeburg seria puesto en libertad sin rescate:—el elector renunciaria para siempre á toda alianza contra el emperador y rey de Romanos:—reconoceria y obedeceria los decretos de la cámara imperial:—permaneceria prisionero del emperador todo el tiempo que este quisiere retenerle. En cambio el emperador le dejaba la vida, y le señalaba para su manutencion la ciudad y territorio de Gotha, con una pension de 50,000 florines, obligándose tambien á pagar sus deudas. Quiso ademas imponerle la condicion de someterse á los decretos del papa y del con-

cilio de Trento, pero en esto le halló tan inflexible, que no hubiera vacilado en renunciar á la vida antes que á sus creencias, lo cual obligó al emperador á ceder sobre este punto, y los españoles mismos admiraron y respetaron su entereza (1).

Entregóse, pues, la capital de Sajonia á las tropas del emperador, y ondearon en cuatro puntos de la ciudad las banderas imperiales (19 de mayo, 1547). Tanto como hasta entonces habia sido Cárlos V. duro y severo, mostróse luego indulgente y hasta galante. Los sajones se maravillaron de las atenciones que guardaba al príncipe elector, á quien servian en el pabellon del duque de Alba los grandes de Castilla. Su esposa se presentó al César vencedor en trage de luto, y Cárlos, no solo la trató con amabilidad, sino que imitando la conducta de Alejandro con la madre y la esposa de Darío, pasó al dia siguiente á visitar en su palacio á la duquesa, y permitió al elector que pasára unos dias con su familia. Mostró al propio tiempo Cárlos V. una estraña tolerancia religiosa. En la capilla del castillo vió el sepulcro de Lutero. Cuéntase que el duque de Alba y algunos otros le aconsejaban que hiciera desenterrar y reducir á cenizas su cadáver, y que él respondió: «Dejadle reposar; ya ha »encontrado su juez; yo hago la guerra á los vivos y »no á los muertos.» Con esto, y con poner al duque

(1) Dumont, Corps Diplomat. lib. XXIX., pár, 23.—Robertson, IV.—Sleid. ubi sup.—Sandoval, libro IX.

Mauricio en posesion del electorado y gobierno de Sajonia, partió de Wittemberg para Halle á atacar al landgrave de Hesse, el segundo gefe de la liga protestante, y único que le faltaba subyugar.

Por fuerte que quisiera mostrarse el landgrave, érale imposible resistir al inmenso poder del victorioso emperador. Mas la circunstancia de ser yerno suyo el duque Mauricio, hizo que éste, en union con el margrave de Brandeburg, se interpusieran y mediaran entre él y el César. «Bien, dijo un dia Cárlos á los activos mediadores, si el landgrave se entrega á discrecion y suscribe á todas las condiciones que yo le proponga, no le tomaré su territorio y le dejaré la vida y la libertad.» Las condiciones eran: ponerse llanamente en sus manos, y venir á su presencia á pedirle humildemente perdon; prestarle juramento de fidelidad; reconocer la cámara del imperio; demoler todas las fortalezas de su estado; poner en libertad á Enrique de Brunswick; pagarle 150,000 florines de oro para indemnizacion de gastos de guerra, y otras por este órden, y semejantes á las que habia impuesto á Juan Federico de Sajonia. De tal modo confiaban los mediadores en la palabra del emperador, que se comprometieron con el landgrave, en caso que no la cumpliese, á entregarse ellos mismos prisioneros á sus hijos (1).

(1) Estas condiciones las habian de firmar tambien el marqués de Brandeburg, el duque Mauricio, el conde Palatino del Rhin, y el Gran Maestre de Prusia.

En está confianza presentóse el landgrave al emperador en Halle de Sajonia (19 de junio). Recibióle Cárlos sentado en un trono, circundado de toda la grandeza alemana, italiana y española. El príncipe, puesto de rodillas delante del trono, mandó leer á su canciller, tambien en la misma postura, un discurso pidiendo humildemente perdon al César, y ofreciendo consagrarse enteramente á su servicio [1]. Contestóle el emperador con otro, que leyó uno de sus secretarios, otorgándole el perdon, y ofreciendo no castigarle con muerte, como merecia, ni con prision perpétua ni confiscacion de bienes; y se despidió de él sin tocarle la mano, ni hacerle otra demostracion de cortesía [2]. Aquella tarde comió el príncipe con el duque Mauricio y el de Brandeburg en casa del duque de Alba, y cuando se iba á retirar, le intimó el de Alba que quedaba prisionero, con gran sorpresa del landgrave y no menor de sus dos mediadores. En vano se quejaron estos, primeramente al de Alba, y despues al emperador, esponiéndoles el compromiso en que, fiados de la palabra imperial, se habian empeñado, al propio tiempo que se esforzaban por jus-

(1) El discurso empezaba: «Serenísimo, muy alto y muy poderoso, victorioso é invencible príncipe, emperador y gracioso señor. Habiendo Felipe, landgrave de Hesse, ofendido en esta guerra gravísimamente á V. M..... etc.»— Se halla en Sandoval, lib. XXIX., párrafo 19.

(2) Cuentan las historias alemanas, que como el emperador creyese advertir que el príncipe se sonrió una vez, como maravillado de la humillante posicion á que se veia reducido, dijo en flamenco alzando el dedo: «*Vol, ick soll di lachen lebren:* bien, yo te enseñaré á reir.»

tificar para con el landgrave su inculpabilidad. El emperador les respondió que ignoraba las obligaciones particulares que con el preso hubieran contraido, pero que él no le habia ofrecido una absoluta libertad, sino solamente no tenerle en prision perpétua [1]. Nada alcanzó á ablandar al emperador; ni las nuevas reflexiones, instancias y esfuerzos de los dos mediadores, ni las desesperadas quejas del landgrave, ni el resignado silencio que las reemplazó por consejo de sus amigos, ni la ejecucion por su parte de todo lo pactado para ver de merecer la libertad; todo fué inútil, y Cárlos V. recorrió varias ciudades de Alemania llevando siempre consigo los dos príncipes prisioneros, el de Sajonia y el de Hesse, ofreciéndolos en espectáculo á todo el cuerpo germánico, y como haciendo gala y lujo de deprimir y afrentar á los vencidos, siquiera hubiese de exasperar con tal conducta á los pueblos que la presenciaban.

Iba Cárlos V. despojando de todos los medios de defensa las provincias sometidas, al modo de los emperadores romanos cuando aspiraban á enseñorear el mundo. Entre imposiciones y multas, ya como tributo, ya como castigo, les estrajo mas de un millon y seiscientas mil coronas. Dejó desnudas de artillería las plazas rendidas; y de los cañones que recogió, en

(1) En efecto, en el documento consta así, pero algunos historiadores alemanes sostienen, que los ministros del emperador alteraron el testo del tratado al tiempo de copiarle.

número de quinientos, hizo trasportar una parte á Flandes, otra á Milan, otra á Nápoles y otra á España, para que en todos sus estados viesen estos terribles y auténticos testimonios de sus triunfos. El papa, en una carta gratulatoria, aunque dictada sin duda mas por la política que por el afecto, le lisongeaba añadiendo á los títulos que ya tenia los de «*Máximo, Fortísimo, Augusto, Germánico, Invictísimo y verdaderamente Católico.*»

Allanada asi la Alemania protestante, pasó Cárlos V. á Bohemia á dar favor á su hermano Fernando en las cosas de aquel reino, minado y conmovido tambien por la heregía luterana, y en que despues de una lucha entre el pueblo y el rey, pugnando aquel por sostener la libertad política y adquirir la libertad de conciencia, y éste por sofocar la heregía y cercenarle sus antiguos privilegios, quedó al fin victorioso el monarca, mudando á su gusto la forma de gobierno, ensanchando las prerogativas reales, y castigando con muertes, confiscaciones y destierros á los principales proclamadores de la libertad política y religiosa.

Vencida la rebelion armada de las provincias germánicas protestantes, faltábale al emperador hacerles reconocer la autoridad del concilio de Trento, y á este fin convocó la dieta imperial en Augsburgo, donde él se trasladó (setiembre, 1547), haciendo acuartelar dentro de la ciudad las tropas españolas y acantonando las demas en las aldeas comarcanas.

Desde luego se apoderó de los templos, los hizo purificar, y restableció en ellos con gran pompa el culto católico. Concurrieron á esta dieta multitud de príncipes, embajadores y miembros del imperio. Juntáronse allí los tres hermanos, Cárlos V., Fernando rey de Bohemia, y la reina viuda gobernadora de Flandes, María la Valerosa. Trataba ya el emperador, en vista de las dolencias que le fatigaban, de que su hijo Felipe, que habia de sucederle en el reino de España que á la sazon en ausencia de su padre regía, le sucediese tambien en el imperio; y esto lo consultó con la reina María su hermana, que era princesa, como dice un antiguo historiador, «en quien cabían estas cosas y otras mayores,» la cual siendo del mismo parecer, se encargó de negociar con su hermano Fernando que quisiese renunciar aquella alta dignidad en su sobrino Felipe. Pero opúsose al pensamiento el rey de Romanos y lo resistió con tan fuertes razones, y mostró de ello tal pesadumbre, que no quiso el emperador que se tratase mas de tal asunto.

Un acontecimiento terrible vino á complicar, apenas reunida la dieta, los ya harto enredados negocios religiosos y políticos de Europa. El hijo del papa, Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasencia, enemigo del emperador por no haberle querido dar la investidura de aquellos estados, acababa de ser asesinado en la última de las dos ciudades (setiembre, 1547). La causa de tan lamentable suceso fué

la siguiente. Culpábase al Farnesio de haber sido uno de los principales promovedores de la conjuracion de Fieschi en Génova contra los Dorias, favorecidos del emperador. Indignado de tan inícua accion el príncipe Andrés Doria, é irritado ademas por la muerte que habia costado á su sobrino Joannetin, sabiendo por otra parte cuán aborrecido era Pedro Luis Farnesio de sus propios súbditos por sus vicios y tiranías, tramó á su vez una conspiracion contra él, de acuerdo con Fernando de Gonzaga, virey de Sicilia, y en la cual no le fué difícil hacer entrar á varios nobles de Plasencia. La trama fué tan diestramente conducida, que llegó sin obstáculo á su ejecucion y complemento. Sorprendieron un dia los conjurados las puertas de la ciudadela de Plasencia donde el duque se hallaba, y á las voces de ¡muera el tirano! lo cosieron á puñaladas, sin darle lugar, como dice un historiador, á que pudiera decir. «¡Dios, valme!» Disparáronse tres cañonazos, y cuando al estampido del cañon acudió el pueblo á la ciudadela, vió ya colgado por los pies de una ventana del castillo el ensangrentado cadáver del tirano.

Tanto era el odio que el pueblo le tenia, que no solo no se compadeció nadie de él, sino que pueblo, senado y nobleza, todos celebraron el hecho, y nadie pensó en vengar su muerte. Por el contrario, dos dias estuvo el cadáver arrojado en el foso de la ciudadela, y hubo dificultades para que quisieran darle

sepultura. Los conjurados salieron proclamando ¡imperio y libertad!, y como verdaderos libertadores fueron acogidos por la poblacion los autores del asesinato. Inmediatamente se dió aviso á don Fernando de Gonzaga, que en Cremona aguardaba la noticia del suceso, y avanzando con un cuerpo de tropas imperiales, tomó posesion de Plasencia á nombre de Cárlos V., y restituyó á la ciudad sus antiguos privilegios (1).

Solamente el pontífice Paulo III. intentó vengar la muerte de su hijo, si bien todas las tentativas se le frustraron. Quejóse primeramente al emperador, pidió que castigara á Gonzaga, y que diera el señorío de Plasencia á su nieto Octavio. Viendo que Cárlos V. no estaba en ánimo de desprenderse de la posesion

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus respestivas historias.—Leo et Rotta, Hist. de Italia.—El obispo Sandoval, despues de referir el asesinato del duque Farnesio, añade: «Verdaderamente que los ma»yorazgos escesivos que se hacen »con bienes de la Iglesia no tie»nen otros fines mas dichosos. Es»te remate tuvieron los cuidados »de engrandecer Paulo III á su hi»jo, y dióle tanto, que en este año »acabó la vida.» Hist. del Emperador, lib. XXIX., pár. 37.

Salazar, en las Glorias de la casa de Farnese, hablando de este príncipe, dice: «Siendo Paulo III »en el pontificado de Julio II. le»gado de la Marca de Ancona, ad»quirió la amistad de una donce»lla noble, que dicen rindió con la »promesa de matrimonio, supo»niéndose uno de sus principales »domésticos, y hubo en ella á Pe»dro Luis, á Vanucio y á Constan»za Farnese, condesa de Santa »Flora. Otros dicen que la madre »de estos príncipes fué una seño»ra romana de la casa Rufina, de »antiquísima nobleza.» Refiere otras opiniones y añade: «La de»cencia de las personas causa »siempre este silencio, y por eso »no sabemos aun quién fué madre »de Francisco Cibo, hijo de Ino»cencio VIII., y progenitor de los »príncipes de Massa. No se sabe »en quién hubo Julio II á Felice »de la Rovere, señora de Bracha»no. En quién Gregorio XIII. á Ja»cobo, duque de Lovaina, y en »quién Clemente VII. á Alejandro »de Médicis I., duque de Floren»cia.» Casa de Farnese, pág. 34.

de Plasencia, quiso ligarse contra el emperador con Enrique II. de Francia, y el nuevo monarca francés no hizo sino entretenerle con palabras y promesas vagas. Provocó el ódio de los venecianos contra Andréa Doria, y quiso que se le unieran para arrojar de Italia á los imperiales, y lo que sacó de estas negociaciones fué que el marqués de Massa que andaba en ellas fuera preso por Fernando de Gonzaga y decapitado en la plaza de Milan. Con esto se limitó á ahogar dentro del corazon su resentimiento y á disimularle.

Entretanto, habiendo propuesto el emperador á la dieta de Augsburgo el reconocimiento del concilio, habia logrado á vueltas de mil dificultades, y á fuerza de maña y de sagacidad, que los príncipes del imperio, con gusto unos y por temor otros, se sometieran á las decisiones de aquella asamblea. Dióse por desentendido de las condiciones que para ello exigian los diputados de las ciudades, y sin leerlas, y suponiendo su consentimiento como si aquellas no existiesen, les dió las gracias, ellos callaron, y bajo esta ambígua aprobacion envió al papa una solicitud á nombre de todo el cuerpo germánico, pidiendo que se trasladáran los prelados de Bolonia á Trento y continuara allí el concilio sus sesiones. A fuertes, duras y nada respetuosas y sí muy lamentables contestaciones dió lugar esta lastimosa disidencia entre Cárlos V. y Paulo III. (diciembre, 1547), negándose el pontífice y los prelados de Bolonia á volver á Trento y á

reconocer lo que determináran los obispos que se mantenian en esta ciudad, y protestando el emperador y los obispos y príncipes de su partido contra la validez de lo que se definiera en Bolonia, hasta hacerlo declarar asi por medio de un embajador imperial enviado á Roma (enero, 1548), á presencia del papa, de los cardenales y de los ministros estrangeros [1].

Amenazaba pues á la Iglesia un deplorable cisma; el pontífice no cedia en manera alguna; su nombre era odiado en Alemania, y no habia que esperar que el cuerpo germánico se sometiera á las decisiones del concilio, mientras permaneciera en Bolonia, ciudad sujeta al papa, cuando tanto trabajo habia costado que accediesen los alemanes á que se celebrára en Trento. En este conflicto, el emperador, que como protector de la Iglesia católica tenia muy graves deberes que llenar, y como gefe del imperio solemnes compromisos que cumplir; que conocia el espíritu del pueblo aleman; que temia una completa escision y queria dar á la cuestion religiosa el giro mas favorable posible en favor del católicismo y sacar el par-

(1) Tenemos á la vista copia sacada por nosotros del Archivo de Simancas, de la carta que este embajador dirigió á Cárlos V. dándole cuenta de su entrevista y conferencia con el pontífice, ya sobre el negocio del concilio, ya sobre todos los demas asuntos entonces pendientes. (Negociado de Estado. legajo 875, fol. 2, Roma). Daremos por apéndice algunos de estos interesantes documentos para que pueda el lector formar idea de la energía de Cárlos V. y de sus agentes, y del modo como se trataban estas cosas entre el gefe de la Iglesia y del imperio.

tido mas ventajoso que permitian las circunstancias, discurrió, creemos que con la mejor fé, apelar á un medio conciliatorio, que fué el de hacer redactar un sistema de doctrina, al cual se hubieran de conformar los pueblos hasta la definitiva decision de un concilio tal como se deseaba. Encomendó esta obra á tres insignes teólogos, Sflug, Helding y Agrícola, los dos primeros católicos romanos, el tercero protestante. Convinieron estos en las bases y reglas de la doctrina religiosa, á escepcion de dos puntos que el protestante quiso conservar para los de su partido, á saber, el matrimonio de los clérigos y la comunion bajo las dos especies, reconociendo por lo demas la potestad del papa, la misa, y hasta el símbolo de la fé católica. Adoptó el emperador este escrito, cuyo título era: «Declaracion de S. M. imperial y real, que de»termina cuál ha de ser la religion en el santo impe»rio romano hasta la celebracion de un concilio gene»ral.» Convocó la dieta para el 15 de mayo (1548), é hizo dar lectura de él para su aprobacion. Este fué el famoso escrito conocido con el nombre de *Interim* (1).

(1) «Este fué el libro del Interim (dice nuestro obispo Sandoval), por el cual han querido calumniar tanto al emperador y hacerle odioso y sospechoso en las cosas de la potestad del papa; diciendo que se metió en la jurisdiccion del pontífice romano, á quien tocaba el nombramiento de las personas que habian de hacer esto. Y dicen ellos bien, si el papa y sus obras fueron recibidas en Alemania, pero aun su nombre era mas que odioso, y jamás se acabára cosa con los alemanes por via del papa... Lo cual (prosigue) el César como protector y defensor de la potestad apostólica, y capitan general de la Iglesia, pudo y debió hacer, cuando no bastaban las fuerzas del papa y se menospreciaban sus censuras.» Libro XXX., pár. 1.º

Levantóse, apenas concluida la lectura, el arzobispo de Maguncia, presidente del colegio electoral, y dando las gracias al emperador á nombre de todos, declaró que quedaba aceptado el nuevo sistema de doctrina, y que haria guardar lo en él contenido, y el emperador lo tomó por aprobado, y disuelta la dieta mandó publicar el *Interim* en latin y en aleman para su observancia. Pero engañáronse en esto el emperador y el arzobispo. Ambos partidos se pronunciaron con igual violencia contra la doctrina del documento: los protestantes, por las máximas papistas que en él se sentaban; los católicos por los puntos luteranos que se conservaban en él, y porque no reconocian autoridad en un lego para dictar reglamentos en materias de religion. Tomóse en la córte de Roma como una usurpacion de la potestad eclesiástica, y habia quien hablaba de Cárlos V. como de Enrique VIII., y el papa confiaba en que habria de durar poco un sistema que todos atacaban y ninguno defendia.

Mandó á pesar de todo el emperador que se ejecutára y cumpliera el *Interim.* Pero halló una declarada resistencia en la mayor parte de los príncipes del imperio, aun en los mismos amigos suyos; y no hubo medio de reducir al elector de Sajonia, á quien retenia prisionero, no alcanzando ni promesas ni amenazas, ni halagos, ni rigor, á doblegar la firmeza de aquel inflexible luterano. Mayor fué todavía la

oposición de las ciudades imperiales. Strasburgo, Constanza, Bremen, Magdeburgo y otras se negaron á admitirle. Propúsose Cárlos hacerles respetar su autoridad, y usar de rigor con ellas. Marchó pues con las tropas españolas sobre Constanza, la combatió y rindió; obligó á sus habitantes á prestar juramento al *Interim*, y mudó su forma de gobierno. Ejecutó lo mismo en Augsburgo, en Ulm, en Spira, en Maguncia y en Colonia; y subyugadas asi las ciudades de Alemania, bien que en los espíritus y en los corazones dejára concentrado el resentimiento, la indignacion y el ódio, volvió á los Paises Bajos (setiembre, 1548), para hacer recibir tambien el *Interim* á las ciudades flamencas, llevando consigo como trofeos los dos prisioneros príncipes, el de Sajonia y el de Hesse, al último de los cuales dejó encerrado en la fortaleza de Malinas con guardia española [1].

En Flandes supo el emperador que el concilio de Bolonia se habia suspendido y prorogado indefinidamente, y que los prelados se habian disuelto y retirado. El pontífice Paulo habia creido prudente tomar esta medida, atendido lo crítico de las circunstancias. El emperador, por el contrario, mandó á los obispos de su partido que permanecieran en Trento, donde esperaba que algun dia continuarian las sesiones, y prevalióse de la conducta del papa para seguir tratán-

(1) Las únicas ciudades imperiales de consideracion que no se sometieron á la voluntad de Cárlos en lo del *Interim*, fueron Magdeburgo, Bréne, Hamburgo y Lubeck.

dole con dureza, y representarle como un hombre que no queria cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio [1].

No habia motivado el viage de Cárlos á Flandes el solo objeto de hacer aceptar la creencia interina á las ciudades renitentes de aquellos dominios. Tiempo hacia ya que su gota, sus dolencias, sus trabajos y padecimientos, le habian hecho pensar, segun hemos indicado, en hacer reconocer á su hijo Felipe por los estados de Flandes como su legítimo heredero. Llamóle ahora allá, y aun envió al duque de Alba á buscarle, escribiendo al propio efecto á los nobles y ciudades de Castilla y de Aragon. En su virtud partió el príncipe de Valladolid (1.° de octubre, 1548), dejando por gobernadores de España al archiduque Maximiliano de Austria y á su hermana doña María, que acababan de casarse, y era el de Austria su primo recien llegado. Embarcóse Felipe (19 de octubre) con magnífico y brillante cortejo en las galeras de Andrés Doria. Desembarcó en Génova, fué á Milan, atravesó una parte de Alemania, siendo en todas partes recibido con tales agasajos y festejos cuales rara vez se habian hecho á príncipe alguno, y asi llegó á los Paises Bajos, donde le dejaremos por ahora para dar cuenta de otros sucesos.

(1) Conocidos ya por algunos documentos que hemos citado el lenguaje que el emperador solia usar en las quejas del pontífice, creemos innecesario añadir otros en que le trataba con la misma ó mayor acritud.

CAPITULO XXVIII.

CARLOS V. Y MAURICIO DE SAJONIA.

De 1548 á 1552.

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.—Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta el rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Cárlos su residencia á Inspruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Cárlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el gefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se proroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones.

Mientras el príncipe don Felipe de España, hijo de Cárlos V., era reconocido y jurado por las ciudades

y villas de Flandes como legítimo heredero y sucesor de su padre en aquellos estados, y mientras él visitaba los dominios que un dia habia regir, agasajado por los flamencos, como mas detenidamente diremos en otro lugar, dos graves cuestiones seguian agitándose entre el papa Paulo III. y el emperador Cárlos V.: la de la continuacion del concilio de Trento en que el emperador se empeñaba y el pontífice resistia, y la de la restitucion de los estados de Parma y Plasencia que el papa pedia con empeño y el emperador negaba con obstinacion (1548 y 1549).

La alianza del pontífice con el nuevo monarca francés Enrique II., hijo de Francisco I., no habia producido para el gefe de la Iglesia sino buenas palabras y ofrecimientos de parte de aquel soberano, pero no auxilios positivos y eficaces. En su vista, resolvió obrar por sí mismo, y para privar al emperador de la posesion de Plasencia, en que no habia conseguido hacerle aflojar, determinó revocar la cesion que de aquellos estados habia hecho á favor de su hijo Pedro Luis Farnesio, el asesinado, y devolverlos á la Santa Sede, indemnizando á Octavio, su nieto, con otras posesiones en el patrimonio de la Iglesia. Ofendido el jóven Octavio de verse asi privado por su mismo abuelo de unos estados que contaba heredar, intentó apoderarse por sorpresa de Parma (octubre, 1549), y como no pudiese lograrlo por la resistencia que encontró, con la arrebatada ligereza de

un jóven ambicioso y resentido se echó en brazos del emperador su suegro, haciendo renuncia de lo que no tenia, para alcanzar por gracia lo que no le permitian tomar ni por herencia ni por fuerza. Esta conducta de Octavio irritó tanto al anciano pontífice que prorumpió en las mas amargas imprecaciones contra su nieto, no hallando palabras bastante fuertes con que denigrar tal accion y con que desahogar su enojo. Y si el disgusto y la incomodidad que le produjo no le ocasionó la muerte, como algunos escritores han dicho, pudo por lo menos contribuir á ella, puesto que á los pocos dias de aquel suceso falleció el pontífice Paulo III. (10 de noviembre, 1549), á los 82 años de edad y mas de 15 de pontificado [1].

Difirióse algun tiempo la eleccion de nuevo pontífice á causa de los partidos ó facciones (asi las nombran) en que estaba dividido el cónclave, á saber: de imperiales, de franceses y de Farnesios. Al fin, despues de largos debates quedó proclamado el cardenal Juan María del Monte (7 de febrero, 1550), presidente que habia sido del concilio de Trento en calidad de

(1) Pallavicini y Paolo Sarpi, en sus historias del concilio de Trento.—Adriani, Istor. di suoi tempi, lib. VII.—Carta del cardenal de Ferrara al rey Enrique II. de Francia.—Ribier, Memoir.—«Murió, dice el obispo Sandaval, sin tener un cojin (siendo riquísimo) sobre que le pusiesen la cabeza sus lacayos, cuando le llevaban muerto al palacio sacro: cosa digna de notar, no porque un cuerpo muerto haya menester almohadas, sino por lo que requeria la dignidad. Guialo Dios asi para nuestro ejemplo y consuelo, porque era este pontífice muy pulido y regalado.... Tuvo al emperador mas miedo que amor.... en el alma tenia la flor de lis, codició demasiado lo de Parma y Plasencia, y quiso comprar á Milan.» Lib. XXX. pár. 9.

legado, y el cual tomó el nombre de Julio III. Habian convenido los cardenales en el cónclave en que cualquiera que fuese electo restableceria á Octavio Farnesio en el ducado de Parma y de Plasencia, y Julio III. lo cumplió asi con gran beneplácito de todos. ¡Ojalá lo que ganó con esta accion, y con los recursos que proporcionó para socorrer á los pobres en aquel año, que lo fué de miseria para Roma, no lo hubiera perdido con dar el primer capelo de cardenal á Inocencio del Monte, su sobrino adoptivo, jóven de diez y seis años, sin ciencia, sin talento y hasta sin buenas costumbres, cosa que produjo general disgusto y escándalo [1].

Pensando de diferente manera que su antecesor en lo relativo al concilio, y consultado el colegio de cardenales, espidió bula convocatoria (14 de marzo, 1550), para su continuacion en Trento, nombrando presidente al cardenal Marcelo Crescenzi, y dándole por adjuntos en calidad de nuncios, á los obispos Pighini y Lipomani. Un dia ántes de la espedicion de esta bula habia el emperador escrito desde Bruselas á los príncipes y ciudades de Alemania convocando la dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo, á fin de hacer ejecutar el *Interim* y reconocer el concilio, y al aproximarse aquella época partió allá acompañado de su hijo Felipe, ya con la buena nueva

(1) Novaes, cit. por Artaud de Montor, Hist. de los Romanos Pontífices.—Pallavicini, Hist. del Coc. de Trento.—Vargas, Cartas y Memorias tocantes al concilio de Trento.

de la convocacion del concilio hecha por el pontífice. El 26 de julio muchos no habian concurrido todavía á la dieta, sabedores del objeto con que eran llamados. Pero no fué esta la principal dificultad que halló el emperador, sino otra mas inesperada. El duque Mauricio, elector ya de Sajonia, y el mas poderoso príncipe de Alemania, el favorecido y el favorecedor del César, el que siendo tan luterano como el que mas, habia sido el mas activo auxiliar de Cárlos V. contra los protestantes, el que habia obtenido por él el ducado de Sajonia y la mano de la hija de su hermano, quiso dar ya otro giro á su política, y asi como antes ayudó al emperador contra los reformistas, siendo él luterano, asi ahora decidió dar auxilio á los protestantes pareciendo imperial. Movíanle á esta mudanza las severas acusaciones que por su anterior conducta le hacía toda la Alemania protestante, los terribles cargos que le dirigia el landgrave de Hesse su suegro, de haberle vendido y sacrificado á las iras del emperador, de no haber cumplido su compromiso de alcanzarle la libertad, ni entregarse en caso contrario prisionero de sus hijos, segun habia ofrecido. Queria por otra parte atajar el inmenso poder del emperador, y le halagaba la risueña perspectiva de ser el libertador de la Alemania poniéndose á la cabeza de la liga protestante.

El plan era atrevido, y para llevarle á cabo se propuso seguir una política tan astuta, mañosa y tai-

mada como era menester para no romper al pronto ni con el emperador ni con los protestantes, y conservarse en buen lugar con el uno y con los otros; política de que solo Mauricio hubiera sido capaz, y es uno de los mas curiosos y notables episodios de la historia de la reforma. Comenzó por dar gusto al emperador haciendo aceptar el *Interim* en Sajonia, y para neutralizar la mala impresion que esto hiciera en los protestantes, publicó una declaracion ensalzando la religion reformada y prometiendo defenderla contra las usurpaciones de Roma. Conociendo cuán desagradable habria de ser semejante manifestacion á Cárlos, le halagó á su vez comprometiéndose con él á sujetar la ciudad de Magdeburgo, que se resistia á admitir el *Interim*, y procedió á levantar tropas al efecto. Con esto se hizo otra vez Mauricio objeto de animadversion para los reformadores, que de palabra y por escrito le calificaban de desleal y le acusaban de traidor. Para acallar tales acusaciones tuvo el arrojo de escribir al emperador diciendo, que ni él ni sus estados reconocerian el concilio mientras el papa no renunciára á presidir por sí ó por su delegado, no teniendo en él mas autoridad que la de otro obispo, y mientras no diera seguro á los teólogos protestantes para ir á Trento, y esponer libremente sus doctrinas y dar con libertad su voto. Y al tiempo que esto hacía preparaba sus tropas para atacar á Magdeburgo y someterla al emperador.

¿A dónde marchaba Mauricio de Sajonia con tan ambigua, problemática y misteriosa conducta? Nadie lo sabía, aunque algunos lo sospecháran. Pero necesitábanle todos, y todos sufrian sus contradicciones con la esperanza de contar con él. Es lo cierto, que el emperador por su parte impuso de tal modo á la dieta, que la asamblea accedió á darle auxilios para sujetar la ciudad rebelde de Magdeburgo, y que la dieta misma pidió que se diera el mando del ejército á Mauricio de Sajonia, que el emperador aplaudió el acierto de la propuesta, y que Mauricio aceptó sin vacilar un nombramiento en que veia realizada la primera parte de sus planes.

En este tiempo, el landgrave de Hesse, que llevaba con estremada impaciencia su prolongado cautiverio, mandó á sus hijos que con todas las formalidades de la ley intimáran al duque Mauricio y al margrave de Brandeburg cumplieran el empeño solemnemente contraido de darse á ellos en prision, una vez que no le alcanzaban á él la libertad segun eran obligados. Redoblaron con tal motivo aquellos dos príncipes sus instancias al emperador en favor del landgrave. Pero Cárlos, inflexible en este punto, discurrió libertarse de las importunidades de los dos mediadores, publicando una pragmática en que por sí y por autoridad propia los daba por relevados de la obligacion que tenian hecha con el príncipe prisionero. Causó esta medida general escándalo, porque

nadie habia imaginado que la soberanía de su autoridad alcanzára á dispensar ó anular las obligaciones de honor contraidas entre particulares. Desesperanzado ya el landgrave de recobrar su apetecida libertad por los medios legítimos, apeló á la astucia y al soborno. Ganado tenia ya un soldado español de su guardia, pero entendiéronlo á tiempo los demas españoles sus compañeros, y el infeliz seducido sufrió la pena de ser pasado por las armas. No cupo mejor suerte á dos caballeros alemanes que despues intentaron sustraerle de la cárcel, y el fruto de todas estas tentativas fué estrechar la prision del príncipe y tratarle con mas dureza y rigor.

La segunda apertura del concilio de Trento, por dilaciones que habian ocurrido en la bula convocatoria, habia de verificarse y se verificó el 1.° de mayo (1551), y lisonjeaba al emperador la esperanza de que seria el camino de uniformar la religion de Alemania y de restablecer el culto católico en el imperio. Aun muchos prelados no pudieron concurrir al concilio para aquel dia, á causa de la guerra que habia estallado de nuevo en el ducado de Parma, manzana de discordia entre el emperador, el papa, el príncipe Octavio Farnesio y el rey Enrique II. de Francia: que no tuvo grandes resultados, pero que entorpeció la ida de muchos prelados al concilio, y que dió pretesto al rey de Francia para enviar á Trento un embajador que protestára de la legitimidad y validez

de una asamblea reunída en tales circustancias, y en que faltaban los prelados de una nacion tan grande como la francesa. Asi Enrique II. por debilitar el poder de Cárlos V. se hacía fautor de los hereges, siguiendo en esto el funesto ejemplo de su padre (1). Esto mismo movió al emperador á hacer respetar mas el concilio y á protegerle con mas decision y empeño. Hizo que concurrieran mayor número de prelados, mandó que fueran sus embajadores, los de su hermano, los de los electores eclesiásticos del imperio, y hasta dió salvoconducto á los teólogos de los príncipes protestantes. El concilio siguió haciendo luminosos y sabios decretos y cánones en la comenzada materia de sacramentos, y animado con esto Cárlos V. tomó medidas mas rigurosas contra los protestantes, les prohibió predicar en las ciudades imperiales doctrinas contrarias al dogma de la Iglesia romana, y abolió en toda la provincia de Suabia el culto reformado, haciendo que los pueblos asistieran á las ceremonias religiosas practicadas por sacerdotes católicos (setiembre y octubre, 1551). Para estar cerca de Trento y de Italia, y atender á la vez á lo del concilio, á la guerra de Parma y á los negocios del

(1) Enrique II. decia que no podía considerar el concilio como ecuménico, sino como una asamblea particular, y en su carta empleaba, no sin malicia, la palabra *conventus* en vez de *concilium*.

Las dos sesiones que se habian tenido en Bolonia se consideraron como preparatorias de las que en este segundo período se continuaron en Trento. La 11.ª se tuvo el 1.º de marzo (1551), la 12.ª el 1.º de setiembre, y la 13.ª el 11 de octubre.

imperio, partió para Inspruck en el Tirol, y fijó su residencia en esta ciudad [1].

Prolongábase el cerco que los imperiales, con el duque Mauricio á su cabeza, tenian puesto á la rebelde ciudad de Magdeburgo. La guarnicion y los habitantes, mandados y dirigidos por el conde Alberto de Mansfeldt, se defendian con todo el vigor que inspiran el celo religioso y el amor á la libertad. En una de sus salidas hicieron prisionero al duque Jorge de Mecklemburgo, que siendo luterano peleaba en favor de Cárlos V. y de los católicos, con la esperanza de que el emperador le premiára con el territorio y señorío de Magdeburgo, al modo que habia premiado al duque Mauricio, luterano tambien, con el señorío y electorado de Sajonia; que tal era la conciencia religiosa de aquellos celosos protestantes, que no escrupulizaban en hacer armas contra sus propios correligionarios, con tal que á la sombra de las banderas católicas se prometieran engrandecimiento y medros.

Aunque el duque Mauricio pudo apoderarse mucho antes de una ciudad en que se hacian sentir ya los rigores del hambre, alargó el sitio hasta el punto

(1) Los embajadores del emperador eran don Francisco Alvarez de Toledo, español, y el arcediano de Liege, flamenco. Además envió de embajador á Roma (7 de setiembre) desde Augsburgo para tratar con el papa, á don Juan Manrique de Lara, hijo de los duques de Nájera.

Asistieron al concilio de Trento en este segundo período cuarenta españoles, entre obispos, abades y teólogos.

que ya no podia diferirle mas sin hacerse sospechoso al emperador. Las causas de esta flojedad y de esta lentitud las diremos luego. Al fin despues de un año de cerco se rindió Magdeburgo (3 de noviembre, 1551), bajo las bases de implorar la clemencia del emperador, de no volver á tomar las armas contra la casa de Austria, de reconocer la autoridad de la cámara imperial, de obedecer los decretos de la dieta de Augsburgo tocantes á la religion, de dar libertad al duque de Mecklemburgo, de pagar una multa de cincuenta mil coronas, y otras seméjantes á las de las demas ciudades rendidas [1]. El emperador aprobó y ratificó sin vacilar las capitulaciones, no obstante la sentencia antes pronunciada contra la ciudad, y á pesar de la estrañeza con que debió ver que los habitantes y el senado confirieron la dignidad de burgrave, ó sea la autoridad suprema, á aquel mismo Mauricio que acababa de hacerles sufrir los horrores de un largo sitio, y contra el cual se habian desatado poco antes en invectivas y denuestos, tratándole como á apóstata y traidor. Condúcenos esto á esplicar la misteriosa conducta del de Sajonia antes y despues del sitio, y aqui empieza á revelarse la política taimada y ladina de este hombre singular, tan funesto antes á los reformados como despues á los católicos.

Siguiendo Mauricio sus tenebrosos planes, habiá

(1) Arnold. Vita Maurit.—Descript. Obsidionis Magdeb. apud Scard. lib. II.

tenido, durante el cerco, secretas conferencias con el gobernador de la ciudad conde de Mansfeldt, reveládole su pensamiento de atajar los vuelos al inmenso poder del emperador y de restituir su fuerza y sus privilegios al pueblo germánico, y ofrecídole que los habitantes de Magdeburgo no serian privados de sus libertades ni perturbados en el ejercicio de su religion. De aqui la templanza por una parte en las condiciones de la capitulacion, y por otra la deferencia de investir al conquistador con la autoridad superior de la ciudad. Dueño Mauricio de Magdeburgo, su dificultad era continuar al frente de todas las tropas sin infundir recelos á Cárlos V. Para esto discurrió un artificio ingenioso. Pagó una parte de sus sueldos á los mercenarios sajones, y les permitió regresar á sus casas; pero puesto de acuerdo con el duque de Mecklemburgo, que sabia no ser sospechoso al emperador, aquellos soldados fueron de nuevo reenganchados por éste, con lo cual tenia á su disposicion aquellas tropas para cuando las necesitase, segun convenio, sin aparecer que continuaban á sus órdenes.

Para distraer mas al emperador, mientras él se daba tiempo para acabar de madurar sus planes, conociendo que la atencion y el afan de Cárlos se cifraban entonces principalmente en lo del concilio, por una parte envió á Trento sus embajadores, y por otra encargó á los teólogos protestantes, y principalmente

á Melanchton, el mas distinguido y sabio de entre ellos, que redactáran una profesion de fé para proponerla en aquella asamblea. Con mucha destreza hizo promover la cuestion acerca del salvoconducto que se habia de dar á los teólogos y representantes de los príncipes luteranos, sabiendo, como en efecto sucedió, que habian de enredarse disputas entre el emperador, los legados del pontífice y los príncipes protestantes sobre la forma de los salvoconductos, y que se habian de interponer reparos, modificaciones y protestas, como asi aconteció; todo lo cual entretenia y ocupaba grandemente al emperador en Inspruck, con no poco gozo del intrigante y artificioso Mauricio, disimulado autor de aquellos enredos. A tal punto llevó su astucia y su doblez, que cuando estaba ya confederado con el mayor enemigo del emperador, alquiló una casa en Inspruck, y la mandaba amueblar, diciendo cada dia al emperador que pensaba ir allá para vivir mas cerca de su persona [1].

Aprovechó, pues, el sagaz Mauricio estas distracciones de Cárlos y los padecimientos de la gota que le aquejaban, para aliarse secretamente, como lo hacía todo, con quien sabía estar mas dispuesto á ser enemigo del emperador, como el mas envidioso de su

(1) En este tiempo habia vuelto ya á enviar Cárlos V. su hijo Felipe á España con nuevos poderes para gobernar: mas de esto hablaremos cuando tratemos determinadamente de este príncipe y de su gobierno en España.

poder, y como quien habia recibido la emulacion y la rivalidad por herencia, á saber, Enrique II. de Francia, que ya en Parma y en el Piamonte habia mostrado bien su animosidad á Cárlos V. En este tratado se cuidó con mucha cautela de no motivar la alianza en causas de religion, á fin de no aparecer el rey cristianísimo como amigo y protector de los hereges, sino dar por objeto á la confederacion la libertad del landgrave de Hesse y restituir á su anterior estado la constitucion y las leyes del imperio. Concertóse que los dos aliados declararian simultáneamente la guerra al emperador, habiendo de entrar el francés con poderoso ejército por la Lorena: no se haria paz ni tregua sin que en ella consintieran y entráran todos los confederados: el gefe del ejército de la confederacion sería Mauricio de Sajonia: Enrique de Francia daria doscientas cuarenta mil coronas por una vez para los gastos de la guerra, y sesenta mil mensuales despues todo el tiempo que durase la campaña (octubre, 1551). Tan lejos fueron en sus planes que hasta pactaron que en el caso de creer conveniente elegir otro emperador, éste habia de ser á gusto y del agrado del rey de Francia [1].

Dado este paso, que mantuvo secreto aun á los mismos príncipes que habian de entrar en la liga, faltábale justificar el rompimiento que mediaba. Dá-

(1) Dumont, Corps. Diplomat. t. II.—Sandoval, lib. XXI. n.° 13. —Robertson, lib. X.—Abila y Zúñiga, Comentar.

bale escelente ocasion para esto la injusta cautividad en que Cárlos V. tenia al landgrave. Abogar con empeño y energía por su libertad era defender una causa popular en Alemania. Asi que le fué fácil interesar á los príncipes del imperio, al rey de Dinamarca y al hermano mismo del emperador, á que apoyáran y esforzáran el mensage solemne y fuertemente razonado que dirigió al emperador en demanda de que pusiera término al cautiverio del landgrave. Sin duda le constaba á Mauricio, ó suponia al menos que habia de encontrar á Cárlos inexorable en este punto. La respuesta del César lo confirmó asi, y el astuto sajon logró su objeto de hacer ver de una manera ostensible que no habia otro medio que el de la fuerza para arrancar á Cárlos un acto de justicia.

Tan ilimitada era la confianza que Cárlos tenia en Mauricio, y tal la aficion que le profesaba, que aunque recibió un aviso formal previniéndole que se guardára del príncipe sajon, no rebajó un átomo su intimidad, contestó que no podia creer en una ingratitud, y continuó sin darse por entendido. Tambien al duque de Alba, hombre de suyo caviloso y suspicaz, se le hicieron sospechosos los misteriosos manejos del de Sajonia, y asi se lo manifestó al obispo Granvela, primer ministro de Cárlos; pero el ministro prelado que creia no ignorar ninguno de los pasos del elector por medio de dos espías con quienes se comunicaba, despreció la advertencia del general

español, sin imaginar que Mauricio le estaba engañando y entreteniendo con aquellos mismos espías, fingiendo ignorar su trato, y burlando asi una sagacidad con otra sagacidad mayor. De esta manera logró Mauricio llegar al término de sus preparativos y tenerlo todo en sazon, sin que se traslucieran, ó por lo menos sin que se reveláran sus designios; cosa admirable y rara en negocios y tramas que últimamente tuvo ya que confiar á muchos [1].

Cuando llegó el momento de obrar, anunció que iba á Inspruck en cumplimiento de lo que tantas veces habia ofrecido. En el camino fingió sentirse fatigado, y envió delante su confidente á avisar al emperador el motivo de su retraso y que estaria en Inspruck dentro de unos dias. Mas apenas habia aquél partido montó á caballo, dirigióse á la Thuringia, se incorporó y puso al frente del ejército que alli tenia preparado, arrojó la máscara y publicó un manifiesto en que decia, que tomaba las armas contra el emperador para rescatar al landgrave de la indefinida cautividad en que gemia, para defender la libertad de conciencia y restablecer las libertades políticas del pueblo aleman (marzo, 1552). Tambien dieron sus manifiestos el margrave Alberto de Bran-

(1) Entraban en la liga, ademas de los dos autores del convenio, Augusto, hermano de Mauricio, los hijos de los dos príncipes presos, el antiguo elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, el duque de Luneburgo, el marqués de Brandeburg, el duque Jorge de Mecklemburgo, y otros muchos barones y señores alemanes.

deburg y Enrique II. de Francia: este último se apellidaba *Protector de las libertades de Alemania y de sus cautivos príncipes*. Hacíase cargo y se acusaba á Cárlos V. de haber confiado el sello del imperio á un estrangero que no conocia ni la lengua ni las leyes del pais, el obispo Granvela; de haber llevado al imperio tropas estrangeras que saqueaban y maltrataban á los naturales: de su predileccion hácia los españoles y flamencos; de la servidumbre, en fin, en que queria tener la Alemania. De estos cargos algunos eran exagerados ó injustos: mas de todos modos vió Cárlos V. reproducidas en Alemania quejas semejantes, y alzamientos parecidos á los que treinta años antes habia provocado, bien que con mayor fundamento, en Castilla.

Tan desapercibido se hallaba el emperador, tan ageno estaba de suponer en Mauricio tal deslealtad y tan ingrata correspondencia á los favores y distinciones que le habia prodigado, tan deseminadas tenia sus fuerzas en Italia y en Hungría, y tan inesperado fué para él este golpe, que cuando empezó á volver del primer asombro ya Mauricio con una actividad prodigiosa se habia apoderado de algunas ciudades de la alta Alemania, repuesto en ellas el culto y los ministros y magistrados protestantes, y avanzado con admirable audacia á Augsburgo, de cuya ciudad se posesionó tambien, habiéndose retirado, por no creerse bastante fuerte para esperarle, la guarnicion im-

perial (1.º de abril, 1552). Cárlos V. el monarca entonces mas poderoso del mundo, se encontró en Inspruck sin dinero y casi sin tropas, pues apenas tenia las necesarias para la guarda de su persona, y en peligro de verse envuelto por uno de sus muchos vasallos, que le debia todo lo que era. En tal situacion valióse de su hermano Fernando para que negociára con Mauricio, y éste, á quien convenia entretener apareciendo ser él el entretenido, accedió á tener una entrevista con Fernando en Lentz, ciudad de Austria, dejando en tanto encomendado el ejército á Alberto de Mecklemburgo, que en verdad no hizo otra cosa que devastar el pais llano, conduciéndose menos como gefe de un ejército regular que como caudillo de bandas de incendiarios y de ladrones.

Mas al propio tiempo, Enrique II. de Francia, en ejecucion del tratado, avanzaba con poderoso ejército por la parte de Lorena. Una enfermedad peligrosa de la reina Catalina obligó á Enrique á volver á Francia, dejando el mando superior de las tropas al antiguo condestable de Montmorency, desterrado por Francisco I. y repuesto en la real gracia por su hijo Enrique. Prosiguió el condestable su marcha, y cuando el monarca francés, mejorada la reina su esposa, volvió á incorporarse al ejército espedicionario, ya el condestable le tenia ganadas las ciudades de Toul, Verdun y Metz, esta última la mas importante y la mas fuerte de la Lorena, en la cual habia entrado

por astucia y engaño suyo y por traicion de una parte de sus moradores. Desde Metz avanzaron ya juntos el rey y el condestable hácia la Alsacia, donde intentaron en vano apoderarse de varias ciudades por los mismos medios que con tan buen éxito habian empleado en Metz.

La conferencia entre Fernando y Mauricio no habia dado otro fruto que acordar otra entrevista para el 26 de mayo en Passau, y una tregua que duraria dos semanas después. Pero el activo y sagaz Mauricio, aprovechando el intérvalo que Fernando tuvo la imprudente imprevision de dejar entre el 9 y el 26 de mayo, salió apresuradamente de Suabia, volvió á ponerse al frente del ejército, marchó con una celeridad estraordinaria en soldados alemanes, se apoderó de Ehremberg, fuerte castillo situado sobre una escarpada roca, cayó sobre el Tirol cuando menos podia esperársele, y á no haberle embarazado la sublevacion de unas compañías de mercenarios que le costó trabajo apaciguar, hubiera tal vez sorprendido al emperador en Inspruck, y héchose quizá dueño de su persona. Cuando llegó Mauricio á Inspruck, no hacía sino unas horas que habia partido el emperador. Aquel Cárlos V. que acababa de subyugar la Alemania, y cuyo inmenso poder tenia poco antes asombrado el mundo, habia tenido que huir de Inspruck en una noche lóbrega y tempestuosa, llevado en una litera, porque la gota no le permitia marchar

de otro modo, con los caballeros de su córte, á caballo unos y á pie otros, teniendo que franquear las montañas del Tirol por veredas desconocidas alumbrándole con hachas de viento sus criados. De esta manera llegó Cárlos V. atravesando ásperas montañas á Villach, pequeña ciudad de Iliria (1). Mauricio, su perseguidor, despues de repartir entre sus soldados el botin cogido en Inspruck, regresó á Passau para celebrar su conferencia con el rey Fernando el dia convenido.

Consternados tambien los padres del concilio de Trento con tan inopinada guerra, desertándose cada dia, ó por temor ó por disgusto, los prelados alemanes, y no pensando ya cada cual sino en su seguridad propia, propúsose una suspension y se aprobó en sesion general (28 de abril, 1552), aplazándose la reunion para dentro de dos años, ó para antes, si antes cesaba la guerra y se restablecia el sosiego. Esta decision á la cual solo se opusieron los prelados españoles, que opinaban por permanecer en Trento arrostrando todos los peligros, se tomó antes que co-

(1) «¡Quién pudiera saber (dice hablando de esta desastrosa huida un historiador aleman) lo que pasaba en el fondo del alma de Cárlos!... Acaso en estos dias infortunados concibió la resolucion de deponer la corona, si una vez podia sosegar la tormenta, y renunciar al fausto del mundo para retirarse á una soledad profunda, solo con el Eterno, con el Dios inmutable. Entonces volvió la libertad al elector de Sajonia, su prisionero. Su vista debia serle ya penosa; porque aquel elector, que hecho prisionero en la landa de Lockau se habia arrojado á sus pies bañado en sangre demandándole gracia, le veia ahora fugitivo á través de montañas impracticables, enfermo, sin socorro, y perseguido por otro elector de Sajonia, á quien él, en tiempos de prosperidad, habia hecho poderoso.»

menzáran las conferencias con los protestantes [1].

No habian correspondido los progresos de los franceses en Alsacia á los que en el principio habian hecho en la Lorena. Las ciudades se fortificaban y les resistian en vez de franqueárseles. Strasburgo anduvo cauta en no permitirles el paso: los electores de Tréveris y de Colonia, el duque de Cléves, lo, cantones suizos advertian á Enrique que no se olvidára de que iba como protector, no como opresor de Alemania, y le decian que no pasara adelante: la reina de Hungría, gobernadora de Flandes, habia levantado un ejército de cerca de veinte mil hombres, que al mando de Martin Van Rossen penetró y andaba talando la Champaña: escaseaban á las tropas francesas los víveres, y todo esto obligó al de Francia á retroceder, y á llevar sus estragos al Luxemburgos no sin que antes, satisfaciendo un pueril orgullo, mandára que llevasen los caballos á beber en el Rhin, como quien hacía alarde de haber llevado sus armas hasta las márgenes de aquel rio.

A esto se habian reducido las operaciones que con tanta arrogancia emprendiera el francés con el pomposo título de protector y libertador: asi como por su parte, el marqués de Brandeburg, que mandaba un cuerpo de ocho mil hombres, no habia hecho otra cosa, segun indicamos, que devastar y aniquilar las comarcas que corria, aterrar y saquëar las poblacio-

(1) Concilio de Trento, Sesion 16.ª—Pallavic. Hist. del Concilio.

nes, descargar un furor bárbaro sobre los eclesiásticos adictos al papa, y desacreditar con sus vandálicas escursiones aquella moral y aquella tolerancia de que querian blasonar los protestantes.

Verificábanse en tanto las concertadas conferencias entre el duque Mauricio de Sajonia y el rey Fernando de Bohemia, hermano del emperador, en Passau (26 de mayo, 1552); conferencias á que dieron mayor importancia y solemnidad asistiendo como mediadores algunos príncipes, obispos y representantes de los electorres y de las ciudades libres del imperio. Lo que en ellas pedia el duque Mauricio era lo mismo que decia en su manifiesto haberle movido á tomar las armas contra el emperador. Otorgarlo todo, parecia que era rebajar demasiado la alta dignidad de un soberano como Cárlos V., y ni Fernando ni sus embajadores se mostraban dispuestos á concederlo. Era ya, sin embargo, tan vivo el deseo de paz entre protestantes y católicos, habian unos y otros sufrido tanto con las guerras, y se hacia tan temible aun á los adictos á la iglesia romana el ejercicio del poder imperial absoluto en el pueblo aleman, que todos los mediadores se convinieron en escribir á Cárlos rogándole libertase la Alemania del azote de la guerra civil, satisfaciendo en cuanto pudiese las pretensiones de Mauricio. La situacion de Cárlos era para meditarlo con madurez. La fuga de Inspruck le habia hecho perder mucha fuerza moral: hallábase sin sus mejo-

res tropas: conocia toda la astucia y toda la energía de su nuevo enemigo: tenia al francés dentro de sus propios estados, y sabia que Enrique, como su padre Francisco, andaba provocando al turco contra él y contra su hermano, y escitándole á que obrara en Hungría y en las costas de Sicilia y de Nápoles: la España disgustada del largo alejamiento de su soberano, y cansada de ver morir sus hijos y consumirse sus tesoros en apartadas regiones y en guerras inútiles para ella, repugnaba y dificultaba enviarle sus hombres y su dinero. Estas y otras consideraciones, por mas desagradables que fueran á quien se acababa de ver tan poderoso y habia sido tantas veces vencedor, merecian pensarse antes de rechazar la transaccion que se le proponia.

Para esforzar estas razones pasó Fernando en persona á Villach, residencia del emperador su hermano. Fernando lás tenia tambien muy fuertes para desear por su parte la paz, y no era la menos atendible el ofrecimiento que Mauricio le habia hecho de ayudarle personalmente y con todo su ejército en Hungría, siempre que aquella se estableciera sobre bases sólidas y firmes. Pugnaba, pues el emperador entre los poderosos motivos que le aconsejaban la paz, y el sacrificio de amor propio de doblegarse á las exigencias de uno de sus antiguos súbditos que le debia todo lo que era, y de renunciar á un plan con tanto ardor comenzado y con tanta constancia prose-

guido. Fué, pues, su primera respuesta negarse á toda condicion que le obligára á reconocer el libre ejercicio de la religion protestante; y pedir ademas la indemnizacion de las pérdidas que le habia hecho sufrir el desenfreno de las indisciplinadas tropas de algunos confederados. Muy sobre sí estaba Mauricio para aceptar como admisible esta proposicion, bien la considerara como formal negativa, bien como medio de entretenimiento. Y conociendo que la mejor manera de estrechar al emperador era mostrarse parte y obrar con resolucion y energía, salió bruscamente de Passau, y dando por rotas las conferencias y poniéndose de nuevo á la cabeza de sus tropas, procedió á sitiar formal y vigorosamente la ciudad de Franfort-sur-le-Mein.

Redobló entonces Fernando sus instancias con el emperador su hermano. Aflojó tambien Cárlos de su primera dureza, y se prestó mas benévolo á oir las proposiciones de paz, con tal que Mauricio cediera tambien en algo en sus demandas. Y comó el de Sajonia, á pesar de toda su aparente arrogancia, comprendiese bien lo temible que podia ser todavía un esfuerzo del emperador, poco á poco fueron ambos llegando á términos de poder concertarse y transigir. Volvió, pues, Mauricio de Sajonia á Passau, y todas aquellas pláticas y negociaciones dieron por fruto el tratado siguiente (31 de julio, 1552):

Que para el 12 de agosto los confederados licen-

ciarian sus tropas, á no ser que quisiesen servir al rey de Romanos, ó á otro príncipe, siempre que no fuese contra el emperador: que para el mismo dia sería puesto en libertad el landgrave de Hesse, y conducido con seguridad á su castillo de Rheinsfeld, cumpliendo él lo que ofreció á Cárlos cuando fué preso: que dentro de seis meses se celebraria una dieta en la cual se decidirian todas las cuestiones religiosas: que entretanto ni los unos ni los otros se perturbarian en el ejercicio de su respectiva religion y culto: que la cámara imperial administraria justicia imparcial é indistintamente á católicos y protestantes: que no se pidieran los daños hechos en esta guerra hasta que la dieta lo determinára: que el marqués de Brandeburg pudiera ser comprendido en este tratado con tal que desarmára y licenciára luego sus tropas: que los confederados se apartarian de la alianza con el rey de Francia, y que éste pudiera esponer sus agravios al duque Mauricio, y el duque informar de ellos al emperador: que si la futura dieta no lograba terminar las contiendas religiosas, la parte de este tratado favorable á los protestantes quedaria válida para siempre (1).

Tal fué el célebre tratado de Passau, por el cual se vieron desvanecidos todos los grandes proyectos que por espacio de tantos años habia formado y tra-

(1) Coleccion de Tratados de paz, tom. II.—Dumont, Corps Diplomat.—Sandoval, libro XXXI. par. 25.—Robertson, lib. X.

bajado por realizar el emperador Cárlos V. sobre el imperio aleman, y principalmente para impedir en aquellos dominios la propagacion de las doctrinas luteranas y el ejercicio de la religion protestante, la cual desde este convenio recibió una autorizacion pública y legal de que siempre habia carecido. Asi se frustraron tambien en gran parte los esfuerzos del concilio Tridentino por restablecer la unidad del dogma católico en la Iglesia cristiana. Este tratado, humillante para Cárlos V., y mas por haberle sido impuesto por uno de sus vasallos que solo á la sombra de su favor habia adquirido la importancia que llegó á alcanzar, señala el punto de decadencia del antes inmenso é ilimitado poder del emperador. Es igualmente notable y estraño que quien mas quebrantó el poder de Cárlos y quien mas consolido la reforma en Alemania, fuese el mismo que poco antes habia ayudado mas á los triunfos del emperador, y á la destruccion de la confederacion reformada. Por tan estraños caminos conduce la Provideucia los sucesos y los encamina á sus altos y ocultos fines.

CAPITULO XXIX.

CARLOS V. Y ENRIQUE II. DE FRANCIA.

DE 1552 Á 1556.

Campaña del emperador contra Enrique II. de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Pásase al emperador el de Brandeburg con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelion y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refúgiase en Francia el de Brandeburg.—Guerra entre franceses y flamencos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II. de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Cárlos V. le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milan.—Nuevas guerras entre Cárlos y Enrique.—Estragos horribles de unos y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardian de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Augsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesion de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su ódio al emperador.—Alianza de Paulo IV. y Enrique II. contra Cárlos V.—Proceder de Cárlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicacion de Cárlos V. en su hijo.

Por mas sensible que sea al historiador español tener tanto tiempo apartada su vista de España, durante la larga ausencia del emperador; por mas que

se sienta ver como absorbida la nacion por el imperio, forzoso nos es seguirle todavía algun tiempo en aquellos paises: porque la figura gigantesca de Cárlos V. es tal que arrastra al historiador y le obliga, como obligaba á todos los hombres de su tiempo, á seguirle y contemplarle do quiera que estuviese ó se moviese.

Firmada, pues, la paz religiosa de Passau; libres despues de cinco años de cautiverio los dos príncipes protestantes, Felipe de Hesse y Juan Federico de Sajonia; cumpliendo el duque Mauricio con la obligacion adquirida en el tratado de pasar con un ejército á Hungría á auxiliar al rey Fernando contra los turcos; quedando solos fuera del convenio, por una parte Alberto de Brandeburg, que prefirió seguir devastando con sus bandas de foragidos y saqueadores las tierras de Maguncia, Spira, Tréveris y Strasburgo, por otra el rey de Francia que no habia sido comprendido en el concierto, el emperador Cárlos V., reunidas las banderas de alemanes, bohemios, italianos y españoles que habia empezado á juntar para la guerra contra Mauricio, y llamando á su servicio las tropas que licenciaban los confederados, determinó emplear todas estas fuerzas contra Enrique II. de Francia. Como una mengua y una afrenta intolerable miraba Cárlos las conquistas hechas por el francés en la Lorena, y se propuso recobrarlas. Partió pues el emperador de su retiro de Villach á la cabeza de un grande ejército, haciendo primeramente cun-

dir la voz de que iba á Hungría en socorro de su hermano, y fingiendo despues que marchaba contra el de Brandeburg como contra vasallo rebelde, pasó sucesivamente á Inspruck, Augsburgo, Spira y Strasburgo.

Mas á pesar de la cautela con que procuraba encubrir su verdadero designio, no dejó de comprenderle ó adivinarle Enrique II. de Francia, y resuelto á conservar á todo trance la plaza de Metz, encomendó su defensa al duque de Guisa, Francisco de Lorena, noble francés, valeroso, sagaz, activo, dado á ganar fama y renombre por medio de empresas gloriosas, y á quien por lo mismo se le reunió voluntariamente una gran parte de la nobleza y de la juventud francesa, con el deseo de pelear al lado de un gefe tan hábil y esforzado. Fortificó el de Guisa la plaza á propósito para resistir un sitio; derribó casas, destruyó arrabales enteros, y arrasó monasterios é iglesias, todo lo que pudiera favorecer la aproximacion del enemigo. Cerca de Metz se habia colocado el de Brandeburg, como amagando unirse al francés. En esta situacion se acercó á Metz el ejército imperial, fuerte de sesenta mil hombres, y dió principio á los trabajos del sitio, cuya direccion y mando habia encomendado el emperador al duque de Alba (octubre, 1552).

El de Brandeburg, á quien de uno y otro campo se hacian proposiciones y ofertas, como hombre

que habia mostrado ser de calidad de dejarse tentar por el interés, despues de alguna vacilacion concluyó por aceptar las del emperador que halló mas ventajosas, y se pasó á los imperiales con las cincuenta banderas y la caballería que acaudillaba. Causó esta resolucion tanto enojo al rey Enrique, que en su despecho envió con gente al hermano del duque de Guisa [1], con órden de que empleára cualesquiera medios para matar al de Brandeburg. Mas en vez de ser éste el sorprendido, se arrojó súbitamente con su caballería sobre la hueste francesa, y la arrolló y destrozó, haciendo prisionero á su caudillo.

Con el refuerzo que llevó el de Brandeburg al campo imperial, y con la gente que acudió de Flandes llegó el emperador á reunir un ejército de cien mil hombres, uno de los mas numerosos y lucidos que se habian visto jamás; contábanse en él seis mil españoles, cuatro mil italianos, cincuenta mil alemanes, los demas flamencos y muchos mercenarios; llevaba unas ciento y catorce piezas de batir, y quince mil caballos entre ligeros y de tiro. Cárlos, á quien la gota tenia retenido en Thionville, se hizo trasportar al campo en litera (10 de noviembre) para activar y estrechar el sitio. Ni el de Guisa ni los nobles franceses dieron muestra de flaquear un momento, ni por

(1) A este hermano del duque de Guisa le da Robertson el título de duque de Aumale, Sandoval el de duque de Angulema, Saint-Prosper le nombra duque de Nemours.

verse rodeados de tan formidable hueste, ni por las brechas que en los muros abriera su artillería, ni por los asaltos que con mas arrojo que buen éxito intentáran los imperiales. Señalóse este sitio por la firmeza imperturbable que conservaron siempre los sitiados. Contrariaba á los sitiadores el crudo y desecho temporal de frios, aguas y nieves: inundaron estas su campo; los soldados, especialmente los italianos y españoles, no pudiendo sufrir tan rigorosa temperatura, enfermaban y morian; sucumbieron tambien muchos de otras naciones, y las bajas del ejército llegaban ya á treinta mil. Cobijado el emperador á causa de la gota en su casita de madera, diariamente preguntaba qué tiempo hacía, y como nunca la contestacion fuese lisonjera, «pues siendo asi, dijo un dia, no hay que esperar mas, sino que nos vayamos; pues la fortuna es como las mugeres; prodíga sus favores á la juventud, y desprecia los cabellos blancos.»

Levantóse, pues, el sitio de Metz (26 de diciembre) al cabo de dos meses de terribles padecimientos. La retirada del ejército imperial fué desastrosa; los campos iban quedando cubiertos de enfermos y de moribundos, y el duque de Guisa que los perseguia tuvo menos necesidad de manejar la espada contra los enemigos, que de emplear la compasion y la humanidad para con los desgraciados. Los mismos vencidos elogiaron el generoso comportamiento del de

Guisa. El sitio y retirada de Metz fué una de las mayores adversidades que en su vida esperimentó el emperador [1].

No fueron estos solos los contratiempos que aquel año sufrió Cárlos V. Dióle tambien no poca pesadumbre la rebelion de Siena. Era ésta una de las ciudades libres de Italia que despedazada por los partidos interiores se habia puesto bajo la proteccion del imperio. Para mantener la tranquilidad de aquella pequeña república habia puesto allí Cárlos una corta guarnicion de españoles al mando de don Diego de Mendoza. Mas éste caudillo, en vez de hacer oficios de protector, se convirtió en tirano de los sieneses; construyó una fortaleza para dominarlos, y los oprimió de modo que al fin reventaron, y ayudados del conde de Petillano á quien Mendoza habia entregado un cuerpo de tres mil italianos para la defensa contra el turco, y él empleó traidoramente contra los españoles, alzáronse contra los que de aquella manera los tiranizaban. No podemos detenernos á dar cuenta minuciosa del levantamiento y guerra de los sieneses. Diremos en resúmen que á instancia de los españoles envió en su socorro el duque de Florencia, Cosme de Médicis, hechura del emperador, al marqués de Mariñano, jóven y activo general, el cual obró de concierto con don Juan Manrique de Lara que levantó

(1) Avila y Zúñiga, Comentarios sobre las guerras de Cárlos V. —Salignac, Diario del sitio de Metz.—Daniel, Hist. de Francia, tomo III.—Sandoval, lib. XXXI, párrafo. 28.

en Roma un cuerpo de ita lianos y españoles. En auxilio de los sublevados de Siena acudieron los franceses, y su general Pedro Strozzi sostuvo diferentes encuentros y combates con el marqués de Mariñano y el español don Juan Manrique de Lara. Al fin, despues de varias vicisitudes, vencido Strozzi en batalla por el de Mariñano, hízose un convenio por el cual volvia la ciudad de Siena á quedar perpétuamente bajo la proteccion del imperio, el emperador habia de tener en ella presidio y ordenar su forma de gobierno como quisiese, si bien no pudiendo erigir fortalezas sin consentimiento de los ciudadanos, y los franceses habian de salir libremente con armas y bagajes y obtener paso seguro por Florencia. «Tal fué, dice un historiador español, el fin de la guerra de Siena, la cual cargaron los sieneses y otros á don Diego de Mendoza..... Y como el duque de Florencia hizo el gasto principal de esta guerra, y el marqués de Mariñano fué el principal de su gente, y era tan escogido y señalado capitan, diósele el nombre, honra y gloria de la victoria: mas por cartas del pontífice, emperador y rey su hijo, parece haber sido don Juan Manrique de Lara uno de los señalados y que mas hizo en esta empresa, y como á tal le da las gracias de esta victoria, que fué de harta importancia para que el francés no volviera á inquietar á Italia [1].»

(1) Esta guerra duró hasta 1555. Sandoval habla de ella con bastante estension. Hicieron los soldados españoles en Siena, como algunos años antes en Castelnovo, hazañas he-

Cárlos V. despues del desastre de Metz se habia retirado á los Paises Bajos, llevando en su corazon y en su cabeza el ódio á los franceses y el pensamiento de la venganza; ódio y pensamiento alimentados por el mal humor de los padecimientos físicos y por la melancolía de quien no estaba acostumbrado á sufrir reveses. Alli vió con cierta satisfaccion interior enredarse en una guerra civil los príncipes alemanes provocados por Alberto de Brandeburg, conjurarse todos contra él, elegir por gefe de la confederacion á Mauricio de Sajonia (abril, 1553), y hacerse guerra á muerte Alberto y Mauricio. En los campos de Lieverhausen se encontraron los ejércitos de estos dos príncipes, y se dieron formal batalla (julio, 1553.) El

róicas y de maravillosa serenidad. Entre ellas, citaremos solamente la de tres que pudieron salvarse entre otros cincuenta que habian sido sorprendidos por las tropas del conde de Petillano. Estos tres se refugiaron é hicieron fuertes en una pequeña torre de la puerta Romana. Allí se defendieron los tres solos bastante tiempo. Viendo el conde su obstinada resistencia mandó incendiar la puerta de la torre; mas ni el fuego les intimidó, ni las armas los hicieron rendirse. Dos caballeros franceses, Mr. de Termes y el prior de Lombardía, admirados del valor y serenidad de aquellos soldados, los llamaron á voces, y haciéndolos asomar á una ventanilla: «Valientes españoles, les dijeron, lo que queremos no es mas que libraros de la muerte, pues es razon que hombres tan esforzados como vosotros sean favorecidos. Por esto os rogamos que os rindais, y si quisiéreis servir al rey de Francia se os darán pagas dobles. Ya veis que aqui no podeis vivir, pues ni teneis que comer, ni os podreis defender de tantos.»—El que estaba asomado respondió por todos diciendo: «Si el rey de Francia es tan bueno, no le faltarán soldados: nosotros queremos antes perder las vidas que dejar de servir á nuestro rey y señor natural. Los que decís que nos falta comida, *sabed que tenemos abundancia de ladrillos, y que los españoles, cuando nos falta pan, con éstos molidos nos sustentamos.*» Hízoles gracia la arrogancia española á los franceses, y sacándolos de alli los pusieron en salvo.—El obispo Sandoval refiere este caso en el libro XXXI.

de Brandeburg quedó completàmente derrotado; pero la victoria de las tropas confederadas costó la vida á su intrépido gefe Mauricio de Sajonia, que murió á los pocos dias de su triunfo de resultas de un pistoletazo que recibió en el combate [1]. Asi acabó, á los treinta y tres años de su edad, el mas famoso de los príncipes del imperio; el que siendo amigo de Cárlos V. habia aniquilado la liga protestante de Smalkalde, y siendo enemigo del emperador habia asegurado la libertad de conciencia en Alemania; el que en una edad en que parece debia faltar todavía la esperiencia, habia engañado á todos con su astucia, incluso el soberano mas esperto de Europa; y el primero que con sus artificios y con su espada hizo descender de su apogeo el poder colosal de Cárlos de Austria.

Todavía el bullicioso Alberto de Brandeburg se recobró de aquella derrota y tuvo audacia para volver á provocar con sus bandas de aventureros á los príncipes alemanes, hasta que destrozado en otra sangrienta batalla (12 de setiembre), por el duque de Brunswick, que habia sucedido á Mauricio en el mando del ejército confederado, tuvo que buscar un asilo en Francia, donde consumió en la indigencia los años que le quedaron de vida [2].

(1) Tambien murieron en la batalla dos hijos del duque de Brunswick y otros personages de distincion.—Vintzer, *Historia pugnæ infelicis inter Mauritium et Albertum.*

(2) A Mauricio de Sajonia le sucedió en sus estados, despues

En tanto que de este modo se agitaban entre sí los alemanes, y que en los Paises Bajos andaban tambien vivas las armas entre franceses y flamencos, corriéndose unos á otros las tierras con gravísimo daño y destrozo del pais, Cárlos V. que no olvidaba el descalabro y la afrenta de Metz, puso en campaña otro ejército, con el cual emprendió el sitio y ataque de Tervere, plaza importante que Francisco I. solia llamar «una de las almohadas sobre que podia dormir seguro un rey de Francia,» y que sin duda por esta confianza tenia mas descuidada de lo que debiera su hijo Enrique. Propusiéronse los imperiales no dejar descansar á los franceses sobre aquella almohada, y lo consiguieron, no obstante el refuerzo de caballeros jóvenes de Francia que la plaza recibió, pues con tanto ardor apretaron el sitio y con tanto brío dieron el asalto, que al fin se apoderaron de ella, y el emperador mandó arrasar muros y edificios, para quitar de una vez aqnel padrastro de Flandes (junio, 1553). Con igual intrepidez y arrojo atacaron los imperiales á Herdin, y un asalto con no menos vigor emprendido les deparó igual resultado. Distinguióse en esta campaña el ya conocido general flamenco Martin Van Rossen, y dióse á conocer con ventaja por sus primeros ensayos militares el príncipe Filiberto Manuel de

de grandes contiendas, su hermano Augusto, príncipe de muy apreciables dotes.

Saboya, que pronto habia de elevarse á la categoría de los primeros generales de aquel siglo guerrero. En Herdin fué hecho prisionero el general francés Roberto de la Marca (julio), y el de Saboya no se apartó de allí hasta ver arrasados la fortaleza y el pueblo.

A vista de tales pérdidas creyó necesario el rey de Francia pasar á Flandes en persona: temiendo la superioridad que otra vez iba recobrando el emperador. Pero la presencia de Enrique, si bien detuvo los progresos de los imperiales, no dió á los franceses la ventaja que parecia deberse esperar. La guerra se mantuvo con éxisto vario entre Peronne, Cambray, Valenciennes y otras ciudades á que unos y otros alternativamente se dirigian. Hubo muchas escaramuzas y encuentros, pero ningun combate decisivo. Asi llegó la estacion de las lluvias, y fuese por esto, ó porque se dijo que el emperador, á quien los dolores de la gota tenian meses hacía impedido en Bruselas, venia al campo, Enrique II. creyó prudente tomar la vuelta de Francia (22 de setiembre, 1553), y llegando á San Quintin licenció alli mucha parte de su gente. Tambien los imperiales suspendieron la campaña á causa de las lluvias [1].

No era solo en los Paises Bajos donde peleaban por este tiempo imperiales y franceses. Ademas de

(1) Haræus, Anales de los duques ó príncipes de Brabante: Utrech, 1623.—Sandoval, libro XXXI., pár. 42 y 43.—Robertson, lib. XI.

guerrear tambien en Toscana con motivo de los sucesos de Siena de que dimos cuenta hace poco, andaba encendida igualmente la guerra en Lombardía. Luchaban allí, por parte del emperador el gobernador de Milan Fernando de Gonzaga, por la del rey de Francia el general Brissac; bien que todas las operaciones del otoño y parte del invierno hasta fin de aquel año (1553) se redujeron á tomarse mútuamente algunas plazas, sin combates que pudieran decidir la superioridad de unas ú otras armas.

En tanto que asi iban las operaciones de la guerra, Cárlos V. habia proyectado un nuevo medio de engrandecer su casa y familia, á saber, el de casar al príncipe Felipe su hijo con María, hermana de Eduardo VI. de Inglaterra y heredera de aquel reino. Vencidas no pocas dificultades, efectuóse el matrimonio (julio, 1554), recibiendo Felipe como dote matrimonial el título de rey de Inglaterra, y por cesion de su padre los de rey de Nápoles y duque de Milan, como en otro lugar mas estensamente diremos.

Ya el rey de Francia habia visto, con la inquietud que era natural, las negociaciones matrimoniales de Felipe y María, y hecho, aunque inútilmente, vivas gestiones para romperlas, ó por lo menos para dilatarlas; porque contemplaba en aquel enlace una indemnizacion para Cárlos V. de sus contratiempos en el imperio aleman. Cuando vió definitivamente frustrado uno y otro intento, apresuróse á hacerle

de nuevo la guerra, enviando á las fronteras de Flandes un numeroso ejército, del cual destinó una parte al Artois al mando del mariscal Saint-André, otro por las Ardenas al Henao á las órdenes del condestable Montmorency. Apoderóre el primero sin disparar un tiro, y por cobardía ó traicion del capitan Martigui (26 de julio), de la fortaleza de Mariemburgo, en cuya fortificacion habia gastado la reina doña María, gobernadora de Flandes, cuantiosas sumas [1]. Con esto y haberse puesto el mismo monarca francés al frente de sus tropas, tomaron estas fácilmente por asalto las plazas de Bouvignes y Dinant, llegando á dos millas de Namur, de donde torcieron al Artois. La otra parte del ejército que mandaba Montmorency, tomó tambien varias poblaciones, incendió otras, y en ambas direcciones iban dejando tras sí los soldados de Enrique las tristes señales del fuego y la devastacion. Componian entre todos treinta mil hombres, de ellos ocho mil lansquenetes, ocho mil suizos, seis mil ginetes, y mucha y muy buena artillería.

Juntó precipitadamente el emperador cuanta gente pudo, y dió el mando de ella al jóven Filiberto de Saboya, que con estraordinaria actividad se puso á la

(1) Heuter, en su Historia de las cosas de Flandes, dice haber visto en 1560 en Paris, al cobarde y traidor capitan que entregó á Mariemburgo, tan miserable, pobre y desdichado, que todo el mundo se desdeñaba de hablar con él, y allí murió en la pobreza y el desprecio: «que tal es siempre el fin, añade otro historiador, de los traidores cobardes, que aun el mismo que recibe el beneficio de la traicion, los aborrece.»

vista del francés en Cambray. Retiróse entonces el de Francia, siempre incendiando y talando, hasta ponerse sobre Renti. Alli le siguió hasta darle vista el ejército imperial, y allá se hizo conducir el mismo emperador, no obstante hallarse tan aquejado de la gota que á duras penas y con gran trabajo podia sufrir el movimiento de la litera. Por órden del emperador tomaron posesion cinco banderas alemanas y cinco españolas en un montecillo, cuya posesion costó vivos ataques, y fué empeñando poco á poco una accion casi general. En ella se condujeron bizarramente, por parte de los franceses el duque de Guisa, que correspondió en el campo de Renti á la fama que habia ganado en el sitio de Metz, por la de los imperiales el capitan español Alfonso de Navarrete, defendiéndose con valentía y manteniendo el órden con sus arcabuceros. Portáronse flojamente, de los franceses el condestable Montmorency, que si hubiera ayudado al de Guisa hubiera podido hacer completa la derrota de los enemigos; de los imperiales, el conde de Nassau, que si hubiera peleado con su infantería y entretenido al menos la caballería francesa hasta que llegára la imperial, se hubiera podido acabar aquel dia con los franceses.

El resultado de la batalla fué perderse de ambas partes cerca de tres mil hombres, lo mas de la legion del de Nassau, que pagó bien su flojedad (13 de agosto, 1554). Mas aunque fué mayor la pérdida de

los imperiales, permaneció el emperador en el campo de batalla, y los franceses fueron los que se retiraron por falta de provisiones, haciéndolo en un órden admirable, pero no parando hasta Compiegne. Allí licenció el rey los suizos y los alemanes, dejando por gobernador y general de la Picardía al duque de Vendôme (fin de agosto, 1554). El emperador se volvió á Bruselas á entregarse al cuidado de su quebrantadísima salud. Filiberto de Saboya, que quedó con el mando del ejército, siguió en pos de los franceses rescatando varias de las poblaciones que aquellos tomáran antes, y ejecutando en otras los mismos ó mayores estragos que ellos. El humo que salia de los lugares que iba abrasando, ocultaba en medio del dia el sol, y á gran distancia no parecia sino noche oscura. En cuantas comarcas corrió el de Saboya hasta Cambray, apenas quedó lugar ni aldea que no abrasára. «Esta manera de guerra de los unos y los otros, dice un sensato escritor español, cierto que era mas inhumanidad que valentía, pues hacian tantos males á los pobres inocentes que no habian dado causa para ello: siempre han de pagar los súbditos los enojos de sus reyes [1].»

Como fuese ya mediado diciembre cuando el de Saboya llegó á Cambray, y el tiempo no permitiese ya andar en campaña, despidió la caballería y los re-

(1) Sandoval, lib. XXXI., párrafo 55.—Heræus, Anales de los principes de Brabante.—Paradin. Vida de Enrique II. de Francia.

gimientos alemanes, poniendo á los flamencos en las guarniciones, y á esto se limitó tambien el de Vendôme con su gente.

Las guerras de Italia no iban tan favorablemente para Cárlos V. En Toscana duraba la revolucion de Siena, de que hicimos antes mencion. En el Piamonte, habiendo sido llemado por el emperador el virey Gonzaga, por quejas que de él le habian dado, el español Goméz Suarez de Figuera, embajador en Génova, que quedó de general de aquel ejército, y el veterano don Alvaro de Sande, se veian en continuos aprietos y con frecuencia cercados y hostigados por el entendido general francés Brissac. Determinó pues el emperador enviar alli un gefe de su entera satisfaccion y confianza: que aunque ya su hijo Felipe era rey de Nápoles y duque de Milan, siempre Cárlos V. continuó gobernando aquellos reinos y nombrando por sí los capitanes. El escogido fué don Fernando de Toledo, duque de Alba, que se habia sabido grangear tambien la confianza del príncipe-rey, y gozaba con él de mucho valimiento por cierta conformidad de caractéres que entre ellos habia. Se nombró pues al duque de Alba generalísimo de los ejércitos imperiales y españoles, se le invistió de amplísimos y casi ilimitados poderes, y se le dió dinero en gran cantidad, armas, caballos, artillería y municiones en abundancia. Con esto partió á Flandes y llegó á largas jornadas á Milan el 13 de junio (1555).

Con gran fama y reputacion de entendido y temible general entró el duque de Alba en Italia, y no era menor su presuncion, puesto que se jactaba de que en pocas semanas habia de arrojar á los franceses del Piamonte. El mismo general francés Brissac envió á pedir al rey Enrique auxilios y refuerzos de gente para ver si podia quebrantar el primer ímpetu del de Alba, conociendo cuán importante era hacerle caer de aquella alta opinion en que se le tenia. El monarca francés, aunque este año (1555) habian vuelto á emprenderse las operaciones de la guerra en los Paises Bajos y la Picardía, viendo que se reducian á correr y talar alternativamente los campos y lugares que cada cual podia y á disputarse tal cual fortaleza y castillo [1], sacó de alli gente para enviarla á Italia con el duque de Aumale, y con esto juntó Brissac un ejército bastante respetable. Largo y fuera de nuestro propósito sería detenernos á referir los variados lances de esta guerra y los mútuos descalabros de imperiales y franceses. Baste decir que no sacó el de Alba el fruto que el emperador se prometia, y que era de esperar de la gran reputacion con que en Italia habia entrado. Manejóse por el contrario Brissac con tal inteligencia y destreza, que no solamente conser-

(1) Alli murió, en Charlemont, el distinguido general flamenco Martin Van Rossen. Díjose que le habian envenenado en una paloma cocida, de que él gustaba mucho, por envidia del favor que gozaba con el emperador. Sucedióle Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, que levantó un castillo con el nombre de Philipeville, en gracia del príncipe don Felipe.

vó los territorios y lugares de que antes se apoderára, sino que añadió algunas nuevas conquistas en el Piamonte, hasta que tuvo el de Alba que retirarse á cuarteles de invierno, principalmente por falta de recursos con que pagar la gente de guerra, asi la que obraba activamente como la de los presidios, que con harto trabajo percibia de tiempo en tiempo alguna paga [1].

A punto estuvo el emperador de adelantar por medio de una conspiracion en su favor mas que por las lánguidas campañas de Flandes y del Piamonte, faltando poco para que le fuera entregada la ciudad de Metz, la mas importante conquista que habian hecho los franceses. El autor de la conspiracion era el guardian del convento de San Francisco de aquella ciudad, llamado fray Leonardo. Este hombre concibió el proyecto de entregar la ciudad á Cárlos V., acaso porque creyera que le habian de remunerar mejor que los franceses. La confianza ilimitada de que gozaba con el de Guisa le ponia en aptitud de obrar con el desembarazo y seguridad de quien sabe que no inspira recelos.

El plan del padre Leonardo era ir introduciendo en el convento cierto número de soldados escogidos del emperador vestidos de frailes. Cuando hubiera ya los que él calculaba suficientes, se acercaria

(1) Guichenon, Hist. Genealógique de la maison de Saboie, tom. I.—Sandoval, lib. XXXII, pár. 7 á 28.

una noche el gobernador imperial de Thionville con buena hueste en ademan de escalar los muros, y cuando los soldados de la guarnicion acudieran á rechazarlos, los frailes pegarian fuego á la ciudad por diferentes partes. En el aturdimiento y confusion que esto produciria, saldrian del convento los supuestos religiosos, y acometerian por la espalda á los defensores de la poblacion y facilitarian la entrada á los imperiales. El prèmio de la conjuracion seria la mitra de Metz para el padre Leonardo, y una recompensa correspondiente á los demas de la comunidad. Por desgracia suya, y por uno de esos incidentes que en tales casos suelen ocurrir, tuvo aviso el gobernador Villevielle de que se tramaba algo en el convento de los franciscanos; se personó allá con el mayor sigilo; descubrió los soldados ocultos, prendió al guardian y á los frailes, y les hizo declarar el plan de la conjuracion.

Era precisamente el dia en que éste habia de ejecutarse, y no contento el gobernador con haberle frustrado y deshecho, preparó una emboscada para sorprender á los imperiales que habian de venir de Thionville aquella noche. En efecto, marchaban aquellos confiadamente cuando se vieron bruscamente atacados por los de la celada, y casi todos fueron ó muertos ó prisioneron. Vuelto el gobernador á Metz, mandó que se formára proceso á los conspiradores, y probado y confesado el delito, fueron sentenciados á

muerte el guardian y veinte frailes mas. Puestos todos en una sala de la cárcel la víspera de llevarlos al suplicio para que se confesáran unos á otros, comenzaron los mas jóvenes á inculpar con acritud al guardian y á los mas ancianos de haberlos traido con sus seducciones al trance fatal en que se veian; de unas en otras palabras se fueron acalorando, y pasando de las quejas á las vias de hecho, acabaron por asesinar al guardian y maltratar duramente á los otros. Al dia siguiente fueron todos conducidos al patíbulo, llevando en un carro el cadáver del padre guardian. Parece que los seis mas jóvenes fueron indultados. Tal y tan triste remate tuvo la conspiracion de los franciscanos de Metz [1].

Las guerras entre Cárlos V. y Enrique II. en Flandes, en Francia y en Lombardía habian sido causa de diferirse la celebracion de la dieta imperial en que, segun el tratado de Passau de 1552, debian resolverse definitivamente las cuestiones religiosas de Alemania. Al fin se tuvo este año (1555) en Augsburgo, y á causa de los males que trabajaban y tenian casi impedido al emperador, la presidió su hermano Fernando rey de Romanos. Espuso en ella Fernando el gran deseo que al César y á él animaba de poner término á las disensiones religiosas que tanto habian agitado el imperio. Ponderó lo que el emperador su

(1) Cuenta Robertson este suceso, refiriéndose á unas Memorias del mariscal Villevielle.

hermano habia trabajado por la celebracion del concilio general, manifestó las dificultades que entonces habia para que éste volviera á reunirse, é indicó su esperanza de que obrando la dieta con sensatez, y discutiéndose los puntos de la doctrina religiosa entre varones doctos y moderados de uno y otro partido, se podria venir, si no á una completa unidad de sentimientos, por lo menos á una mútua y provechosa tolerancia.

Nacia esta tolerancia de Fernando para con los protestantes de dos principales causas. Era la una, que los necesitaba, como en otra ocasion que hemos visto, para que le ayudaran á defender la Hungría contra los turcos. La otra, y no menos principal, era, que sabiendo el empeño que Cárlos V. su hermano tenia en trasmitir el trono imperial á su hijo Felipe y estando él resuelto á no ceder un ápice de sus pretensiones á la sucesion del imperio, conveníale mucho no disgustar, y si atraerse la voluntad de los príncipes electores, muchos de los cuales eran luteranos.

Con este propósito procuró dar y dió tan hábil giro á las discusiones de la asamblea, que despues de cruzarse varias pretensiones de católicos y reformistas en opuesto sentido, consiguió que todos llegáran á convenir en una conciliacion fundada en las bases siguientes: que los protestantes pudieran profesar y ejercer libremente la doctrina y culto de la confesion de Augsburgo, sin ser inquietados por nadie, y que

al mismo tiempo los católicos, no serian tampoco turbados en la profesion y ejercicio de sus dogmas y ceremonias: que las disputas religiosas que en lo sucesivo pudieran ocurrir se habrian de resolver por el solo y pacífico medio de las conferencias. Tal fué el famoso decreto de la dieta de Augsburgo de 1555, y tal el desenlace que al cabo de tantos años de sangrientas guerras y turbaciones se dió á las célebres disputas religiosas de Alemania, con tanta ventaja de los protestantes como daño de la unidad católica romana [1].

Durante la dieta murió el papa Julio III. (23 de marzo, 1555). Sucedióle en la silla pontificia el cardenal Marcelo Cervino, que como Adriano VI., á quien se asemejaba en las virtudes, conservó en el pontificado su antiguo nombre, y se llamó Marcelo II. Enemigo del nepotismo, prohibió á sus sobrinos hasta presentarse en Roma. Animábanle los mas puros y santos deseos en favor de la cristiandad, y se esperaban de él grandes cosas, pero la muerte, que le arrebató á los veinte y dos dias de su elevacion, privó á la Iglesia de las esperanzas que fundaba en sus virtudes.

Muy otro era el carácter del cardenal Juan Pedro Caraffa, que sucedió á Marcelo en la Santa Sede (23

(1) Sleidan, Maimbourg, Seckendorf, y demas historiadores de la Reforma.—Pallavic. y Sarpi, Hist. del concilio de Trento.—Sandoval, Robertson y demas historiadores de Cárlos V.

de mayo, 1555) con el nombre de Paulo IV. Fundador del órden de teatinos, á cuya comunidad se habia asociado, mostrando siempre mas aficion á la pobreza, al recogimiento y á la austeridad monástica que á las altas dignidades, mudó enteramente de costumbres desde el momento de su exaltacion á la cátedra de San Pedro, á pesar de los ochenta años que ya contaba. Habiéndole preguntado su mayordomo como queria que se le tratara en su nuevo estado, respondió: «*Con magnificencia, como conviene á príncipes.*» Por tanto, la coronacion del antiguo teatino fué la mas suntuosa que se habia visto hasta entonces; y su ostentacion y liberalidad, por lo mismo que eran inesperadas, halagaron tanto al pueblo romano, amante del boato y de la pompa, que le levantaron una estátua de mármol, y crearon para la guardia de su persona un lucido escuadron de ciento veinte caballeros. Al revés de su antecesor Marcelo, manifestó tanta aficion al nepotismo, que en su primera promocion no creó sino un solo cardenal, que fué su sobrino Cárlos Carafa, cuyas costumbres no eran ciertamente las mas adecuadas al estado eclesiástico, y al otro hijo de su hermano le nombró gobernador de Roma. Y el que hasta entonces habia parecido tan humilde y templado, desplegó á la edad octogenaria un genio tan receloso y suspicáz y una condicion tan fuerte y recia, que admiró á todos [1].

(1) Castaldo, Vida de Paulo IV.—Artaud de Montor, Vidas de

Aborrecia el nuevo pontífice al emperador Cárlos V., por la oposicion que los cardenales del partido imperial habian hecho á su eleccion. Concitaban y alimentaban mas esta enemistad sus dos sobrinos y favoritos, por quejas que tenian del César, que no los habia tratado con la distincion que creian era debida á su nacimiento (1). Valíanse de toda clase de artificios para indisponer á su tio, mas de lo que ya estaba, con el emperador, y para escitarle á que hiciera contra él alianza ofensiva y defensiva con el rey de Francia. Ya consiguieron que enviára al francés un embajador haciendo ventajosas proposiciones para unir sus fuerzas á fin de quitar á Cárlos el ducado de Toscana y el reino de Nápoles, que los dos se repartirian buenamente. Aconsejaba al rey Enrique el condestable Montmorency que desechára semejante confederacion, fundándose principalmente, aparte de otros inconvenientes, en los pocos años de vida que prometia ya la avanzadísima edad del papa. Pero animado en contrario sentido por el duque de Guisa y por su hermano el cardenal de Lorena, que ambos llevaban en ello un interés personal, accedió á enviar al de Lorena á Roma con ámplios poderes para tratar con el pontífice. Cuando Paulo IV. comenzaba á fluctuar

los Soberanos Pontífices.—«Sacó, dice Sandoval, de aquellas cenizas de su viejo pecho unas brasas de cólera é indignacion... etc.» Lib. XXXII. pár. 2.

(1) Uno de ellos habia servido en el ejército imperial, y se habia pasado despues á las banderas de Francia. Era amigo del general Strozzi que mandaba el ejército francés en la sublevacion de Siena.

de nuevo entre el deseo y el temor de romper abiertamente con Cárlos V., llególe la nueva del decreto de la dieta de Augsburgo. La tolerancia que en él se establecia con los hereges luteranos, le hizo prorumpir en arrebatos de ira y en coléricas imprecaciones contra el emperador y contra el rey Fernando. Considerando la resolucion de la asamblea como una usurpacion escandalosa de la jurisdiccion pontificia, declaró nulas sus decisiones, amenazó al embajador imperial con los efectos de su venganza si no se revocaban, y para qué el emperador no se escusára con el compromiso adquirido, le relevó, en uso de su autoridad apóstolica, de sus promesas y obligaciones, y aun le prohibió cumplirlas. Con estas disposiciones, que sus sobrinos cuidaban bien de alimentar, fácil le fué al cardenal de Lorena inducirle y resolverle á firmar el tratado con Francia bajo las condiciones que ya habia propuesto su legado en París, si bien conviniendo en tener secreta la confederacion hasta que todo estuviera preparado y pronto para obrar.

Era esto tanto mas notable y estraño, cuanto que cansados ya de tantas guerras el emperador y el rey de Francia, trataban de ajustar en Cambray una tregua de cinco años, que habia de empezar á correr desde febrero de 1556 [1]. Este pensamiento disgustó

(1) Las bases de esta tregua eran: que cesasen en este tiempo las hostilidades en los reinos y estados de ambas coronas; que cada una de las partes retuviese lo ocupado hasta entonces; que el que faltare voluntariamente á lo pactado fuese castigado con pena

á muchos italianos, y principalmente á la familia Caraffa, y mas señaladamente todavía al pontífice Paulo IV. [1].

Los tratos entre el pontífice y el francés no estuvieron tan secretos que no lo supiese el emperador; pero procediendo en este caso con una moderacion ejemplar tanto él como su hijo Felipe, rey de Inglaterra y de Nápoles, sin perjuicio de apercibir para lo que necesario fuese al duque de Alba, al de Florencia, á Fernando de Gonzaga, á don Bernardino de Mendoza y á otros generales, acordaron los dos enviar á Roma á Garcilaso de la Vega como embajador con instrucciones públicas y privadas (dadas en Bruselas á 4 y 7 de octubre, 1555), para que viese de apartar al pontífice del mal paso en que con el de Francia se habia empeñado. En unas y otras instrucciones encargaban á Garcilaso que se hubiese con el Santo Padre con el respeto y templanza que él sabria usar; lo cual fué mejor recomendado que cumplido, puesto que la dureza del papa puso al embajador es-

de muerte; que se respetasen las tierras que de presente poseia el duque de Saboya; que no se comprendiese en la tregua ni á Alberto de Brandeburg ni á los rebeldes y foragidos napolitanos; que ningun francés pudiese pasar con mercancías á las Indias sin licencia de su magestad imperial.

(1) El obispo Sandoval se espresa con este motivo acerca del papa Paulo IV. en los duros términos siguiente: «Mucho menos (dice) contentó esta tregua al papa Paulo IV., que con su vieja pasion ardia aquel sugeto seco, y sin poder mas fingir la santidad con que tanto tiempo habia engañado, quitando la máscara á su hipocresía, antes que este año se acabase movió la guerra y perturbó la paz en odio del emperador, moviéndose contra Marco Antonio Colona, y tratando con el rey de Francia de ganar el reino de Nápoles.» Lib. XXXII. pár. 29.

pañol en el caso sensible de decir tambien á Paulo IV. cosas harto fuertes y amargas, y con tanto valor y brio que le costó sufrir estrecha prision en el castillo de Santángelo, dejando en Roma memoria de su entereza (1).

En tal situacion un acontecimiento inesperado, grande, ruidoso, importantísimo, vino á asombrar á los príncipes y á variar la faz de los negocios políticos de Europa. Nos referimos á la célebre abdicacion que el emperador Cárlos V. hizo de los estados de Flandes y Brabante (28 de octubre) en su hijo el príncipe don Felipe, y á la cesion que poco tiempo despues hizo en el mismo príncipe (16 de enero, 1556) de la corona de España y de todos los dominios de ella dependientes en el antiguo y en el nuevo mundo, dando á los dos mundos el sublime y raro ejemplo de desprenderse voluntariamente de tanta grandeza y tanto poder para cambiarla por la humilde y silenciosa vivienda de un claustro.

Mas como quiera que este gran suceso merezca ser considerado separada y detenidamente, y hayamos llegado á la época y punto que en este capítulo nos propusimos, hacemos aqui alto; porque ya es tiempo tambien de dar cuenta de lo que, ya en otras partes, ya en la España misma, habia acontecido durante este largo período que pasó el emperador allá en Alemania y en Flandes.

(1) Archivo de Simancas, Estado, Roma.—Sandoval, lib. XXXII. pár. 31.

CAPITULO XXX.

AFRICA.—DRAGUT.

De 1540 á 1555.

Quién era Dragut.—Su carrera al servicio de Barbaroja.—Cae prisionero de Andrea Doria.—Recobra su libertad.—Sus progresos en la piratería.—Persíguenle los almirantes y generales del imperio.—Se apodera de la ciudad de Africa.—Empléase contra él todo el poder marítimo del emperador.—Sitio de Africa por los cristianos.—El virey de Sicilia: el almirante Doria: don García de Toledo: el gobernador de la Goleta.—Combate con Dragut.—Llegan refuerzos de Italia á los imperiales.—Atacan réciamente la ciudad.—Heróica defensa de los turcos y moros.—Entranla los cristianos.—Combates sangrientos en calles y plazas.—Dominan los imperiales la poblacion.—Muertes de españoles ilustres.—Es asolada la ciudad.—Dragut en las costas de Italia.—Malta asaltada por los turcos: son rechazados.—Conquista el turco á Trípoli.—Sinan y Dragut en Córcega.—Conquista de Bonifacio.—Piérdese Bugía.—Fórmase proceso al gobernador de Bugía, y es decapitado en la plaza de Valladolid.

Como si fuera poco el movimiento y el tráfago que en toda la estension y de uno á otro confin del continente europeo traia Cárlos V., tampoco faltaba nunca quien distrajera su atencion y sus fuerzas en los mares, quien inquietára sus posesiones de una y otra

costa del Mediterráneo, y quién le disputára los dominios litorales de Africa y de Europa.

Parecia que despues de haberse visto libre el emperador del famoso corsario Barbaroja, no debia esperarse que el ejercicio de la piratería produjera otro hombre y otro genio que se atreviera, como aquél, á desafiar el poder marítimo de quien dominaba la tierra y los mares de dos mundos. Y sin embargo fué asi. Que en aquel siglo diríase que el mar disputaba á la tierra la produccion de genios aventureros y osados en todas las clases y categorías sociales. Habia, pues, dejado Barbaroja su sucesor y discípulo, educado en el ejercicio práctico de las campañas marítimas, que habia de corresponder bien á las lecciones y al ejemplo de tan digno maestro. Este hombre se llamaba Dragut. Natural de una aldea de la Natolia, en el Asia Menor, é hijo de padres ni mas ricos ni mas nobles que el alfarero de Lesbos, salió de niño, como Haradin y su hermano, á correr el mar al servicio de un arraez de su tierra. Habiendo venido á poder de Barbaroja y empleádole éste en sus destructoras correrías, conoció su disposicion y su destreza para el oficio, y cuando ya era hombre le dió una fusta y patente de capitan para que le obedeciesen como á él los corsarios turcos. Corrió Dragut el Adriático, apresó unas galeras mercantes venecianas, reuniéronsele á poco tiempo otros piratas, y los daños que hacía y la fama de su audacia y de

su sagacidad no tardaron en hacer necesario emplear contra el nuevo Barbaroja las naves imperiales.

Despachó, pues, el príncipe Andrés Doria á su sobrino Joannetin con diez galeras la via de Mesina, de cuyo puerto, uniéndose al general de las de Sicilia don Berenguer Dolmos, partieron los dos en busca y persecucion de Dragut (31 de mayo, 1540). Sorprendiéronle en Cerdeña cerca de Bonifacio (15 de junio), acometieron réciamente sus naves, y deshecha su gente, hicieron prisionero á Dragut con otros de sus capitanes: y don Joannetin Doria, despues de dar libertad á los cautivos, regresó llevando consigo al gefe de los corsarios para presentarle á su tio el príncipe almirante.

Rescatado á los cuatro años de cautiverio por Barbaroja (1544), y recibiendo de su libertador una galeota de guerra y patente de general de todos los corsarios moros y turcos que andaban por los mares, dióse Dragut tan buena maña, y fué tan arrojado en sus correrías y tan afortunado en sus presas, que á los dos años mandaba catorce naves propias bien armadas, y con estas y con las de los corsarios turcos que se le agregaron juntó veinte y seis leños. Sintióse ya bastante fuerte para manejarse con independencia, se emancipó de Barbaroja, y pasó á la isla de los Gelbes, donde casó con la hija de un rico turco, con lo cual, acreciendo su fortuna y su armada, se hizo temible en las costas de los dominios cristianos. Los

vireyes de Nápoles y de Sicilia, don García de Toledo y Juan de Vera, salieron con la armada imperial en su busca (1547), y anduvieron todo un verano sin poder encontrarle. Mas sagáz que ellos Dragut, como supiese al año siguiente (1548), que todas las naves de Nápoles, de Sicilia y de Génova habian venido á España á trasportar al príncipe don Felipe á los Paises Bajos, marchó sobre Nápoles, llegó cerca de Puzol, hizo muchos cautivos en Castellamare, apresó una galera de los caballeros de Malta que llevaba á Nápoles veinte mil ducados, y con estas y otras presas volvió en salvo á los Gelbes á gozar de sus despojos.

Muy arrepentido ya el príncipe Doria de haber dado libertad al corsario turco, partió él mismo en persona de Génova con buena armada y escogida gente (1549), y tomando mas naves y mas hombres en Nápoles y Sicilia, y dirigiéndose á la costa africana, arribó á Monastir, villa y castillo del reino de Tunez, y despues de muchas diligencias y muchos rodeos tuvo que volver á Génova con el sentimiento de no haber podido dar alcance á Dragut. Conoció el corsario que no podia ya vivir seguro, habiendo concitado contra sí el poder naval de Cárlos V., si no se hacia dueño de algun lugar fuerte. Eralo la ciudad llamada Africa *(Turris Annibalis)*, á veinte y ocho leguas de Tunez, y á ello encaminó sus planes. Uno de los gobernadores, llamado Brambarac, á quien él habia logrado seducir, le facilitó una noche la en-

trada en la ciudad por sorpresa con todos los suyos. La ciudad de Africa era de por sí fortísima por su posicion, y Dragut la fortificó mas. Tomó para mayor seguridad veinte y cinco principales moros en rehenes, y se embarcó de nuevo á hacer sus correrías de corsario (1550).

Sus progresos, y los daños que hacía ya á la cristiandad obligaron á que el almirante Doria saliera otra vez en persecucion de Dragut con galeras de Génova, del papa, de Nápoles y de Sicilia, en número ya de cincuenta y tres. Arribó la armada á la costa del reino tunecino, y siguió navegando hasta la Goleta, que gobernaba entonces Luis Perez de Vargas. Túvose allí consejo de generales, y aunque hubo encontrados pareceres, acordóse poner sitio á la ciudad de Africa. Mas como, practicado un reconocimiento, aun con ayuda de un cuerpo de alárabes del pais (junio 1550), se viese las dificultades que ofrecia la conquista, fué necesario aumentar la armada y reforzarla con naves, hombres, dinero, vituallas, artillería y municiones, que el mismo Doria vino á buscar á Italia. Todos quisieron cooperar, y aun concurrir personalmente á la empresa. El virey de Sicilia, Juan de Vera; el hijo del de Nápoles, don García de Toledo; el duque de Florencia, Cosme de Médicis; el gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, los mejores generales de la marina imperial, formaron empeño en acompañar á Doria á esta jorna-

da, y con ellos y con gran refuerzo de hombres y navíos volvió á Africa llevando consigo al destronado rey de Tunez Muley Hacen y á su hijo, á quienes se proponia hacer reconocer. Vióse, pues, otra vez casi todo el poder marítimo del emperador distraido de sus atenciones de Europa, y ocupado en ver de destruir un nido que un corsario se habia hecho en una roca de la costa africana.

La empresa no se presentaba mas fácil que lo que habia parecido en el primer reconocimiento. Los nuevos súbditos de Dragut juraron sobre el Coran defenderse hasta morir. La armada cristiana comenzó sus operaciones de sitio, empleando toda clase de armas, y cuanto el arte pudo sugerir á aquellos veteranos guerreros del imperio. Con fuego vivo respondia la plaza al del campamento cristiano, y entre los medios de defensa que emplearon los turcos, fué uno el de sembrar de clavos, puntas de maderos y abrojos las calles por donde los cristianos pudieran entrar. Algunos asaltos que estos intentaron no produjeron sino la muerte de varios de sus mas bravos capitanes. Menester les fué al virey de Sicilia y al príncipe Doria, gefes de la gente de tierra y de mar enviar á pedir nuevos auxilios á Nápoles, á Sicilia y á la Goleta, y rogar al emperador les enviára mas artillería y municiones, y aun mas infantería; y Cárlos V., que se hallaba á la sazon en la dieta de Augsburgo (julio, 1550), ordenó al gobernador de Milan,

Fernando de Gonzaga, y avisó al duque de Florencia y á la señoría de Génova que de su cuenta suministrasen cuanto de Africa les fuese pedido. Llegó, pues, toda clase de socorros al sitio y campamento de Africa, y todo les parecia poco al virey y al almirante [1].

Un dia (25 de julio), fueron avisados de haberse descubierto algunos moros en la montaña y á la parte de un olivar donde solian ir los soldados imperiales á proveerse de leña, y que sospechaban fuesen gente enviada por Dragut en socorro de la ciudad. Pero era el mismo Dragut en persona que habia acudido alli con cuatro mil hombres. El famoso corsario no se hallaba en Africa cuando llegó la armada imperial ni cuando comenzó el sitio. Encontrábase entonces corriendo y molestando la costa española del reino de Valencia, llamado y auxiliado por algunos rebeldes moriscos valencianos. Su muger fué la que le avisó desde los Gelbes de la novedad que ocurria en Africa. Lleno de pesadumbre y de enojo, tomó inmediatamente rumbo Dragut hácia los Gelbes á recoger cuanta gente y cuantas naves pudiera, y cuando hubo reunido por su cuenta cerca de cuatro mil moros, envió al gobernador de Africa Hessarraez un correo, que tuvo maña para entrar en la ciudad á

(1) En este tiempo murió de enfermedad en el campamento cristiano el destronado rey de Túnez Muley Hacen, cuyos dos hijos quejaban allí.

nado, advirtiéndole que para el dia 25 se hallaria con su hueste frente al campo de los cristianos, y ordenándole que cuando supiese que estaba ya peleando con los imperiales saliera de la ciudad con su gente y procurára juntarse con él.

Asi lo cumplió Dragut, y era el movimiento que los imperiales habian sentido á la parte de la montaña y del olivar. Dispusieron pues el virey y el almirante que los leñadores que habian de ir al monte fuesen reforzados con algunas compañías. Marchaban delante el gobernador de la Goleta, Luis Perez de Vargas, y á la entrada del olivar se encontraron á tiro de arcabúz con la gente del terrible corsario. Adelantóse Dragut, y dando un horrible grito arrojó su lanza al escuadron de los imperiales, y á su ejemplo y en medio de una salvage gritería dispararon los suyos flechas, piedras y partesanas. Contestaron los imperiales con sus arcabuces y se trabó una reñida refriega. Al ruido de la pelea, y prevenido ya el príncipe Doria, hizo jugar la artillería de las naves haciendo lo mismo con la de tierra don García de Toledo. Un tiro de los moros atravesó de parte á parte el cuerpo de Luis Perez de Vargas, que quedó sin vido en el acto, y como Dragut conociese ser persona principal y mandára que le llevasen el cadáver, precipitáronse los españoles á arrebatársele de entre las manos y se hizo mas reñida la batalla, combatiendo «espada contra alfange, pica contra lanza y arcabuz

contra escopeta.» Envió don García de Toledo los mejores capitanes en socorro de los que allí peleaban; pero al propio tiempo el gobernador de Africa, Hessarraez, fué destacando banderas de turcos de la ciudad en auxilio de Dragut, de modo que se hizo general la pelea en las trincheras, en el campo, en el olivar, en todas partes, jugando unos y otros todo género de armas. Duró el combate mas de cinco horas, y murieron muchos de uno y otro campo.

Cristianos y turcos se convencieron de que para vencer á sus contrarios necesitaban doblada gente de la que tenian, y pidiéronla los de Africa al rey de Tunez, los cristianos al emperador Cárlos V., que otra vez hizo que contribuyeran con soldados, artillería, municiones y dinero las repúblicas de Génova y Luca, el duque de Florencia y el virey de Lombardía. Con este nuevo refuerzo llegó al campo de los imperiales el ingeniero siciliano Andrónico de Espinosa (agosto, 1550), el cual activó y mejoró las obras de defensa y de ataque; desde una sola batería jugaron la mañana del 28 de agosto veinte y dos piezas de grueso calibre, que desplomaron una parte del muro, si bien lo ancho del foso hacía impracticable por alli la entrada; aumentó y fortificó las trincheras; desarboló tres grandes galeras, y juntándolas con maderos clavados, y circundándolas de botas embetunadas para que mejor pudieran sustentar el peso de la artillería, hizo de ellas unas grandes baterías

movibles y por espacio de muchos dias fué batida incesantemente la ciudad por mar y por tierra. Defendíanse bravamente los turcos, causando mucha admiracion y no poco daño á los imperiales.

Abiertas al fin varias brechas, el virey Juan de Vera, don García de Toledo y el almirante Doria, de acuerdo con el ingeniero Espinosa, resolvieron que se diese el asalto acometiendo la ciudad por tres partes, y por cada una de ellas cinco banderas. Para que no pudiese haber rivalidades de preferencia entre los capitanes y maestros de campo, se dispuso que en cada bandera fuesen indistintamente mezclados los diferentes tercios, dejando solo á los caballeros de Malta la libertad de unirse á la que quisieran elegir. Dadas las órdenes mas rigurosas para que nadie faltára á su puesto, y hecha por el virey de Sicilia la señal de arremeter (10 de setiembre), comenzó la acometida simultáneamente por los tres puntos, en medio del estruendo de tambores, trompetas y clarines en las galeras y en el campo. No cogieron desapercibido al terrible Hessarraez, que con sus turcos se defendia vigorosamente y hacía gran matanza en los cristianos; capitanes valerosos, como los españoles Fernando Lobo y Alonso Pimentel, caian mortalmente heridos; cuando la mortandad acobardaba ya á los soldados en las brechas de tierra, penetró Fernando de Silva con algunos de su compañía por uno de los portillos abiertos en la muralla de mar, y con las pie-

dras de un pequeño parapeto de que se apoderaron, lanzándolas sobre los turcos los hicieron retroceder, tomáronles la batería y los persiguieron hasta una calle estrecha. Prodigios de valor hizo allí Fernando de Silva, hasta que cayó al suelo herido de dos balazos y dos lanzadas.

Protegido por los caballeros de Malta penetró tambien en la ciudad el capitan Zumarraga con su gente, y atravesando estrechas calles se encontró en una pequeña plaza con el terrible Hessarraez. Travóse allí una recia y sangrienta pelea. En el afan de tomar una casa grande que allí habia, pereció el esforzado capitan Zumarraga, atravesadas de un balazo ambas sienes; mas tal era el furor de aquella gente, que heridos unos y muriendo otros, al fin los pocos que sobrevivieron ganaron la casa, matando los turcos y moros que la defendian. En esto entraron ya otras banderas imperiales, sin que Hessarraez pudiera impedirlo por mas que animaba á los suyos y peleaba desesperadamente [1]. El ruido de arcabucería que se sentia dentro de la plaza hizo conocer al virey Juan de Vera lo porfiado de la resistencia que aun oponian los turcos, y mandó entrar en la ciudad todos los arcabuceros del campo, quedando solo los

(1) Hacen mencion las historias de un negro africano que antes de morir mató él solo quince ó diez y seis soldados imperiales. Este y otros semejantes casos prueban la clase de enemigos con que tuvieron que habérselas los españoles é italianos en aquella empresa.—Puede verse á Sandoval, libro XXX., pár. 55 y 56.

piqueros y coseletes. Inundada asi la poblacion, los turcos se fueron retirando con sus mugeres y sus hijos á los torreones, hasta que muerto el intrépido Caydali, y hecho prisionero el bravo gobernador Hessarraez, sobrino de Dragut, quedaron los imperiales dueños de la poblacion, si bien á costa de mucha y muy ilustre sangre.

Murieron en el sitio y conquista de Africa el gobernador de la Goleta Luis Perez de Vargas, los capitanes Fernando de Toledo, Fernando Lobo, Moreruela, Zumarraga, Tristan de Urrea, los alféreces Alonso de Vega, Alonso Pimentel, Amador, Sedeño, el caballero Garci Lope de Ulloa, que recibió diez y seis lanzadas, el caballero de Malta Monroy, que cansado de pelear y sin recibir herida alguna cayó desalentado de la fatiga y el trabajo, con otros muchos bravos y distinguidos españoles. Tambien sucumbieron los principales moros y turcos, que entre muertos y cautivos, hombres, niños y mugeres, pasaron de siete mil. Mandó el virey enterar los muertos, convirtió la mezquita en templo cristiano, entró Andrés Doria en la ciudad á gozar del triunfo, y descansaron todos, que bien lo habian menester. Dejó el virey Juan de Vera en Africa á su hijo don Alvaro con mil españoles de guarnicion, y él tomó la vuelta de los Gelbes á perseguir á Dragut. Hizo Cárlos V. de la fuertísima ciudad de Africa por algun tiempo otra segunda Goleta, para entretener á los turcos y corsarios, mas luego la man-

dó asolar llevando á Italia los soldados que estaban en ella de presidio [1].

Desesperado Dragut de no haber podido socorrer su ciudad de Africa, y despues de haber andado pidiendo auxilio á los príncipes africanos, concluyó por ofrecerse al servicio del sultan de Turquía, siguiendo los mismos pasos que Barbaroja. Cuando al año siguiente (1551) se confederó Enrique II. de Francia con Soliman de Turquía para defenderse del papa y del emperador conjurados contra él, Dragut que mandaba ya una armada turca, quiso vengar en Sicilia los daños que en Africa le habia hecho el virey Juan de Vera, y corrió y estragó aquellas costas. Perseguido otra vez por el príncipe Doria, y no socorrido por los franceses como esperaba, retiróse á los dominios africanos. Alcanzado y estrechado por el almirante genovés en el canal de Cántara, y viéndose de todo punto perdido, salvóse y dejó burlado á Doria, por medio de un ardid ingenioso. Mientras aparentaba defenderse todavía de la flota genovesa, ocupó su gente dia y noche en abrir una zanja á espaldas del canal, y cuando la obra estuvo acabada, hizo arrastrar y deslizar por ella sus galeras, y las sacó por otro punto al mar, de que quedó no poco corrido el almirante cristiano. Sorprendió y tomó Dragut la galera patrona que venia de Sicilia; nave-

(1) Nada dice Robertson de esta famosa jornada y conquista de Africa, á la cual dedica Sandoval casi todo su libro XXX.

gó hácia la Morea, despachó una galeota á Constantinopla dando aviso al sultan de lo que habia pasado, y le pedia mas naves ofreciéndole ganar con ellas á Malta.

Al saberse que Soliman habia adoptado el proyecto de Dragut de acometer la empresa de Malta, toda la Italia imperial se puso otra vez en movimiento. Nápoles, Sicilia, Génova, Cerdeña, Córcega, los vireyes, los almirantes y generales de mar y tierra, los maestres, comendadores y caballeros de la órden, todos se apresuraron á acudir á la defensa de aquel baluarte de la cristiandad en Oriente, y á aumentar los presidios de las vecinas islas y á fortificar las plazas de una y otra costa del Mediterráneo. Aparejó en efecto el Gran Señor su armada contra Malta, de que hizo almirante á Sinan, dándole por asociados y consejeros á Salac y á Dragut. Llegó la flota otomana á Marco Mujeto (18 de julio, 1551), donde saltaron á tierra mil y quinientos genízaros, que tuvieron alguna escaramuza con los arcabuceros del gran maestre. Temblóle á éste la barba, dice un historiador, cuando supo que Sinan iba resuelto á tomar á Malta, y eso que se hallaba fuerte y bien provista. Tanto, que cuando el almirante turco se acercó á reconocer el castillo, al encontrarle tan fuerte reconvino con aspereza á Dragut diciéndole que habia engañado á Soliman. «*Señor*, respondió el corsario con entereza: *quien no aventura, no ha ventura.*» Con esto, y para que no se dijese que

no aventuraba, mandó desembarcar cinco mil hombres que hicieron sus estancias en las puertas del arrabal del castillo; mas habiendo salido algunos comendadores con buen golpe de arcabuceros y hecho gran descalabro en los infieles, abandonó Sinan cobardemente la empresa de Malta, y pasó con su ejército y sus naves á la vecina isla de Gozzo, de la cual se apoderó con muerte del comendador Sese, que la defendió con heroismo. Hicieron alli los turcos seis mil cautivos, hombres y mugeres, y Dragut incendió la poblacion y taló todos los árboles de la campiña.

De alli pasó Sinan á Trípoli con su armada, y desembarcando con mas de seis mil hombres y cuarenta gruesas piezas de artillería, las asestó contra el castillo del puerto. Por traicion de un francés que se descolgó de las almenas, supo que las torres mas flacas eran las de Santa Bárbara y Santiago, y mudando las baterías combatió aquellas torres hasta demolerlas. En esto llegó al campo de Trípoli el embajador francés que iba á Constantinopla y habia estado en Malta: conferenció con Sinan, habló tambien aparte con algunos comendadores de San Juan de los que defendian la plaza, les persuadió sin duda de que no pudiendo sostenerla debian rendirla, saliendo ellos libres y ofreciéndose á conducirlos á Malta en sus galeras, y merced á las intrigas del francés, como de público entonces se dijo, entregó el comendador Simon de Losa las llaves de la ciudad (14 de agosto,

1551), pasando de esta manera la ciudad de Trípoli á poder de turcos, al cabo de mas de cuarenta años que la poseian los cristianos. Con esto regresó la armada turca á Constantinopla, llevando Sinan al Gran Turco su amo por fruto de su espedicion la conquista de Trípoli, ya que no pudo llevarle la de Malta. Criminales debieron ser los comendadores de la órden que defendian á Trípoli, y á quienes habló el francés, cuando el gran maestre, instruido un proceso y oidas sus confesiones, con acuerdo del consejo mandó ahorcar los seglares y degradó á los eclesiásticos para ajusticiarlos tambien. Y el interés con que el rey de Francia intercedió por ellos para con el gran maestre, demostraba que no sin razon se habia achacado á manejos del monarca francés la rendicion de Trípoli al turco.

Entre las pérdidas que los infieles ocasionaron á Cárlos V. y que acibararon mas los últimos tiempos de su reinado, fué una, y tal vez para él la mas sensible, la de Bugía en la costa de Africa y reino de Tremecen. Esta antigua é importante ciudad, una de las mas gloriosas conquistas del conde Pedro Navarro en tiempo de Fernando el Católico (1510); y que llevaba treinta y cinco años de pertenecer al dominio de España, fué acometida en 1555 por el gobernador moro en Argel con un ejército de mas de cuarenta mil hombres, por tierra y por mar, con veinte y dos bageles. Guarnecíala con quinientos españoles el capitan

don Alonso de Peralta, natural de Medina del Campo. De los tres castillos que protegian la ciudad, el uno le abandonaron los cristianos no esperando poder defenderle: el otro costó á los moros cinco dias de combate, á pesar de hallarse en él solamente cuarenta españoles; y el tercero, que era el mayor y el mas fuerte, fué batido por espacio de veinte y dos dias, hasta que á Peralta le faltó el ánimo mas pronto que los medios de defensa, y le entregó al moro, bajo el seguro que éste le dió de dejarle ir libre, á él y á todos los que con él estaban (27 de setiembre, 1555), y de trasportarlos á España en sus bageles. Entregada asi tan cobardemente la ciudad, y perdido por la flojedad ó la perfidia de un hombre en un dia lo que tantos años y con tanto trabajo se habia estado conservando, el moro no cumplió lo ofrecido sino en cuanto á Peralta y otros veinte de sus mas allegados, á quienes condujo á España, y á todos los demas los tomó por cautivos. En la indignacion que causó á Cárlos V. tan sensible pérdida, no perdonó al mal defensor de Bugía. Acusado Peralta por el fiscal imperial, y condenado á muerte por el consejo, fué decapitado en la plaza de Valladolid, despues de haberle hecho pasar por la afrenta de ser llevado públicamente por las calles con toda su armadura, y de irle despojando pieza por pieza á voz de pregon en cada plaza ó parage mas público, hasta llegar al patíbulo.

Tal era el estado de las posesiones españolas é

imperiales de una y otra costa del Mediterráneo, y tal el resultado de las guerras marítimas del emperador con el sultan y con los corsarios turcos y moros, cuando Cárlos V. anunciaba, segun dejamos indicado en el anterior capítulo, su própósito de aliviar sus hombros de la pesada carga de tantos cuidados y de tan vastos dominios.

CAPITULO XXXI.

ESPAÑA.—EL PRINCIPE DON FELIPE.

SU INFANCIA Y JUVENTUD.

De 1527 á 1551.

Nacimiento de Felipe.—Es jurado en las córtes de Valladolid.—Su infancia: su educacion física y moral.—Muerte de la emperatriz su madre.—Notable conversion al abrirse su féretro.—Rasgos del carácter de Felipe.—Es jurado en Aragon.—Su casamiento con doña María de Portugal.—Solemnísimas y suntuosas bodas.—Nacimiento del príncipe Cárlos.—Muerte de la princesa doña María su madre.—Muerte del cardenal Tavera.—Sucédele el obispo Siliceo, maestro del príncipe.—Muerte del secretario Cobos.—Córtes generales de Aragon, presididas por el príncipe.—Creacion del cargo de cronista.—Llama Cárlos V. su hijo Felipe á Alemania.—Notables instrucciones que le envió.—Córtes de Valladolid.—Casamiento de la princesa María con Maximiliano de Austria.—Quedan de gobernadores de España.—Marcha de Felipe á Flandes.—Festéjanle á competencia en Italia, en Alemania y en los Paises Bajos.—Su llegada á Bruselas.—Es jurado heredero y sucesor en Flandes.—Recorre las ciudades de Flandes, Brabante, Luxemburgo, y otros estados.—Fiestas públicas.—Desagradable impresion que su presencia produce en los flamencos.—Cárlos y Felipe en la dieta de Augsburgo.—Pretende el emperador hacer reconocer á Felipe sucesor del imperio.—Resistencia que encuentra.—Negativa.—Vuelve Felipe á España con plenos y amplísimos poderes para regir y gobernar el reino.

Gobernaba hacía muchos años la España, á nombre y durante la ausencia del emperador y rey, su

hijo único varon el príncipe don Felipe. Asi por esta circunstancia que nos conduce á dar cuenta de los sucesos interiores de España desde que los dejamos pendientes por seguir al emperador en los negocios generales del imperio, como por haber sido este príncipe el que despues con el nombre de Felipe II. sucedió á su padre en esta vasta monarquía y se hizo tan famoso y célebre en el mundo, creemos conveniente dar á conocer desde su mas tierna infancia al que estaba destinado á regir por tantos años los dominios españoles, en el tiempo que llegaron á su mayor grandeza, estension y poderío. Que es privilegio de los hombres que han adquirido una gran celebridad histórica, interesar de tal modo, que no hay incidente ó circunstancia de su vida, por mínimo que parezca, que no escite, sino un verdadero interés, por lo menos una no estraña curiosidad. Sin embargo, como no sea de nuestro propósito hacer las biografías de los reyes, sino la historia de la nacion, tendremos que limitarnos á consignar aquellos rasgos de su vida que, ó tengan relacion con los negocios públicos y la gobernacion del estado, ó de algun modo contribuyan á dibujar el carácter del hombre, ó la índole y fisonomía de su época ó de su siglo.

El deseo de Cárlos I. de España y V. de Alemania de tener sucesion varonil que heredára en su dia su trono y sus coronas, y el placer con que España ha visto siempre el nacimiento de los príncipes herede-

ros, se vió cumplido el 21 de mayo de 1527 en Valladolid. Púsose al hijo de Cárlos de Austria y de Isabel de Portugal el nombre de su abuelo paterno, y derramó el agua bautismal sobre la cabeza del niño Felipe en la iglesia del monasterio de San Pablo de aquella ciudad de Castilla el arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca (1). Mas la alegría y satisfaccion de los pueblos se vió en gran parte turbada por una órden del emperador mandando suspender las fiestas y regocijos públicos con que se iba á celebrar y solemnizar en el reino el nacimiento del príncipe. Aquella órden era motivada por el sentimiento y pesadumbre que, si no tuvo, demostró al menos el emperador por el asalto y saco de Roma, y por la prision

(1) Desde aqui comenzaria nuestra tarea (si fuera posible y conveniente seguirla) de notar la multitud de invenciones con que escritores aduladores y parciales han sobrecargado la historia de Felipe II., adulterándola y desfigurándola á su placer y antojo.

Hay quien asegura muy formalmente que se le puso el nombre de Felipe, porque Felipe ó Filippo, significa *Filius pius*, *hijo piadoso*, porque tal habia de mostrarse en sus acciones. Y en verdad que si asi fuera, es menester confesar que en su abuelo, que se llamó lo mismo, estuvo bien lejos de corresponder la conducta del sugeto á la etimología del nombre.

Con la misma formalidad nos enseña el propio autor que su madre soñó muchas veces que llevaba en su vientre un *Mapamundi*, y que luego se esplicó bien el sueño, porque se vió que ningun monarca del mundo habia sido tan rico en estados y señoríos. Que á la hora del parto, sintiendo aquella magnánima señora muy fuertes y estraordinarios dolores, avergonzándose de que la vieran sufrir, hizo apagar las bugías por espacio de seis horas que aquellos duraron; que aconsejándole los que estaban cerca que no se abstuviera de quejarse por ser cosa muy natural, respondió ella que «la muerte misma no le arrancaría un suspiro del pecho, ni una lágrima de los ojos, porque la consolaba la esperanza de que pariría un príncipe que fuera causa de alegría y no de tristeza para sus pueblos.» Y añade, que el duque de Nájera andaba diciendo despues por todas partes: «De otras mugeres nacen hombres, de nuestra emperatriz nacen ángeles.»—Véase Gregorio Leti, Vita di Filippo II., parte prima, lib. IV.

y cautiverio del pontífice Clemente VII. que por aquel tiempo acababa de hacer el ejército imperial al mando del duque de Borbon, con escándalo de toda la cristiandad: acaecimiento de que dimos cuenta en nuestro capítulo XII, y el mismo que motivó el edicto imperial mandando hacer en todos sus dominios rogativas públicas por la libertad del pontífice que tenia preso y bajo su custodia un general español.

Al año siguiente (19 de abril, 1528), fué reconocido y jurado el príncipe Felipe por las Córtes de Castilla heredero y sucesor del reino, en el monasterio de San Gerónimo de Madrid. Crecia el niño Felipe al lado de su hermana la infanta doña Juana, y al cuidado de la emperrtriz su madre y de don Pedro Gonzalez de Mendoza su ayo, los cuales residian alternativamente, buscando los lugares mas sanos en cada estacion, entre Madrid, Ocaña, Toledo, Aranjuez, Avila y otros pueblos de Castilla. A los cuatro años de edad mostraba ya el príncipe una capacidad intelectual no comun; notábanse en él ciertos rasgos de ingenio; enojábase y se enfadaba con facilidad; en sus juegos infantiles gustábale justar, y él era el que ordenaba las justas: cabalgaba ya él solo, y era arriscado y travieso, tanto que su madre tenia que castigarle á veces formalmente y aun ponerle la mano [1].

(1) Felizmente tenemos noticias auténticas de la niñez de Felipe, que confirman lo que dejamos espresado. Tales son los siguientes párrafos de cartas que hemos tomado de la curiosa correspondencia de su ayo don Pedro Gonzalez de Mendoza con el

Encomendada despues su crianza á don Juan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla, y su educacion literaria al doctor Juan Martinez Siliceo, teólogo

emperador su padre, en que le va informando del estado del príncipe y de sus progresos. Consérvase original en el Archivo de Simancas, Estado, legajo núm. 22.

«El Príncipe está tal que de un »dia á otro se halla gran mudanza »en S. A.: no se puede escusar de »contar algunás cosas de las que »dice y hace, porque son dinas de »memoria. V. M. preste paciencia »al corrimiento de Padre. Este dia »pasado le suplicaba una dama »que recibiese un paje y nunca »quiso, y decia que tenia muchos, »que no lo podia tomar, que lo »diese á su hermana que ne te»nia ninguno; dijéronle que ella »no tenia pajes tan presto, respon»dió enojado: pues busca otro »Príncipe que por esas calles los »hallarás. Desto hubo tantos testi»gos que V. M. lo puede muy »bien creer. Su pasatiempo es »ordenar justas á los niños, y las »lanzas son velas encendidas, y »paran los encuentros en el dotor »Villalobos donde vienen á morir, »con el cual suele S. A. enojarse »algunas veces porque no le quie»re dar de comer todo lo que quie»re. Es tan travieso, que algunas »veces S. M. se enoja de veras; y »ha avido azotes de su mano, y no »faltan mugeres que lloran de ver »tanta crueldad. V. M. crea que »da mucho placer á S. M. y aun »toda la casa goza de lo que ven »hacer. Otras muchas cosas se po»drian decir, y algunas de la Se»ñora Infanta dejallas e para »cuando yo vaya por tener que »llevar.»

En otra autógrafa del mismo, fecha en Ocaña á 13 de abril (año 1534) hay el párrafo siguiente:

»La Señora Infanta crece y »engorda cada dia, y pónese en »hacer un sarao cuando sea de »veinte años, y el Príncipe la en»tretiene como gentil galante. »Plega á nuestro Señor que V. M. »los vea presto y los goce muchos »años, que no se han visto tales »dos criaturas jamás. La incredu»lidad que V. M. suele tener de »semejantes cosas hace que no ose »naidie atreverse á contar lo que »dicen, lo cual se haria largamen»te si para ello uviese licencia.

»S. A. está sin reliquia de la »dolencia con que salió de Madrid, »y á engordado y arreciado; nun»ca está quedo, conoce las calida»des de las personas que le sirven »como si pasase de diez años, y »con S. M. pasa buenas cosas. »Guarde y acreciente nuestro Se»ñor la vida y Real persona de »V. M. con acrecentamiento de »mas Reynos y Señoríos. Fecha »en Ocaña á 15 de Abril.—S. C. »C. M. los Reales pies de V. M. »besa su vasallo,—Pero Gonzalez »de Mendoza.»

En otra del mismo al emperador, fecha en Ocaña á 30 de abril hay el párrafo siguiente:

«S. M. (la Emperatriz) á Dios »gracias, está mejor cada dia, y el »Príncipe é Infanta ansy mismo. El »deseo de la venida de V. M. im»pide no ser esto en mas cantidad. »Fue esta semana pasada á Aran»juez y estuvo tres dias: olgó »mucho y *andubo en carretas* »mas de dos leguas y allase muy »bien. Preguntábame como eran »las de Flandes, y deseando tener

de la universidad de Alcalá y catedrático en la de Salamanca; á los nueve años (1536), progresaba el príncipe Felipe en el estudio de la doctrina y moral cristiana, de la aritmética, de las lenguas italiana y francesa, y de la gramática latina, si bien esta se le hacía harto penosa, y tardó en vencer las dificultades de su artificio (1). Ejercitábase al propio tiempo en

»dellas, dije que lo escribiria á »V. M. y la suya se rió y dióme li»cencia para que lo biciese. V. M. »debe mandar que traiga Domín»go de la Cuadra un par de carros »de los de Madama que haya glo»ria, ú de otros si los uviere me»jores, y caballos para ellos, que »será la cosa con que S. M. mas »olgará. Y ansi lo ha hecho con »saber que trae las hacaneas.

«El Príncipe fué con S. M. y »anduvo en su mulica solo y ha»llóse muy bien, en el campo co»mió mejor y durmió que lo hacia »en el lugar. No pudian con él que »entrase en las carretas con S. M. »deseaba que llevasen allá á la »Señora Infanta, que se halla »muy bien con su compañía, por »dende le parece que no será mal »galan. Dios los guarde y la Real »persona de V. M. acreciente con »mas Reinos y Señoríos. Fecha en »Ocaña á 30 de Abril—S. C. C. M. »—Los Reales pies de V. M. besa »—P. Gonzalez de Mendoza.»

Carta autógrafa de Pedro Gonzalez de Mendoza.

«S. C. C. M.—S. M. partió de »Ocaña l miércoles y viene muy »buena, y mas gorda que ha es»tado despues que vino de Portu»gal. El Príncipe y la Infanta ta»les que dán mucho placer á la »Emperatriz nuestra Señora. S. A. »salió de Toledo en un machico »pequeño, y no quiso que le sen»tasen en la silla sino los pies en »los estribos. Salimos á pie de una »parte el marqués de Lombay y »de otra yo teniéndole, y la gente »cargó tanto para velle que no se »pudian hender las calles, y di»ciendo á S. M. cosas para reir y »muy alegre de verse cavalgado. »Las bendiciones del pueblo no »heran pocas ni el contentamiento »que les quedó de velle. Oy ha »salido á ofrecer sus años que son »cuatro y paresce de mas. Plega »á nuestro Señor que ofrezca tan»tos como S. M. desea y todos he»mos menester. En tardando cor»reo tiene S. M. pena y por esto »devyan apresurar. Porque desde »catorce hay cartas de V. M. y si »fuesen con nueva de la bienaven»turada venida á estos Reinos, no »serian mal recibidas. Guarde y »acreciente nuestro Señor la vida »y Real estado de V. M. con mas »Reinos y Señoríos. Fecha en »Illescas á 20 de Mayo—S. C. C. M. »—Los Reales pies de V. M. besa, »—Pedro Gonzalez de Mendoza.

Omitimos, para no ser difusos, otras muchas cartas, que tenemos, sobre la crianza, educacion, adelantos é inclinaciones del príncipe en su primera edad.

(1) Sabemos estos pormenores por las cartas, que originales hemos visto, del maestro Siliceo al

cabalgar, y en otros corporales ejercicios, aunque unos y otros sufrieron aquel año temporales interrupciones á causa de las viruelas y otros males que padeció el príncipe (4).

No habia cumplido aun Felipe los doce años cuando tuvo la desgracia de perder á su escelente madre la emperatriz Isabel que habia gobernado con sabiduría el reino durante la ausencia del emperador Cárlos V. en su famosa espedicion á Tunez en 1535.

emperador, dándole cuenta de los adelantos del príncipe.—El estu»dio del Príncipe, le decia en una »de ellas, cuanto á la gramática »ha sido algo penoso, porque se le »ha hecho dificultoso el tomar de »coro: ya, bendito Dios, va mos»trando mas voluntad y mas pro»vecho, porque comienza ya á »gustar del artificio de la gramá»tica; en lo demas de su salud y »virtuosa conversacion, sé decir »que cada dia cresce, y da mucho »contentamiento á los que le con»versan. La Infanta en el leer se »ha detenido mas que el Príncipe, »aunque el escribir se le da me»jor; está muy buena, y con toda »la gracia, honestidad y virtud »que su persona requiere. De »Madrid á 16 de julio de 1536.— »De V. S. C. C. M. vasallo, que »sus imperiales pies y manos be»sa.—El maestro Silíceo.» —Archivo de Simancas. Estado, legajo núm. 38.

«Su Magestad de la Empera»triz, le decia en otra, y el prínci»pe é infantas están buenos, »bendito Dios. Cuanto al estudio »del Príncipe, sabrá V. M. como »ya está fuera del mayor trabajo »que hallamos en gramática, por »que sabe las conjugaciones y al»gunos otros principios, lo cual »tengo en mas que la mitad de lo »que resta; presto comenzará á »oir algun autor, y será el pri»mero, si á V. M. parece, el Ca»ton, el cual es muy limpio en lo »que dice, y tiene sentencias muy »necesarias para la vida huma»na..... La Infanta va aprove»chando mas de cada dia, aunque »no se da tanto á las letras como »su hermano. De Valladolid á 27 »de setiembre de 1536.»—Archivo »de Simancas, ibid.

(4) «El Príncipe cresce en to»do, decia su ayo el comendador »Zúñiga al emperador su padre: »entendemos en buscar caballos »para S. A. con las calidades que »V. M. manda, y en tanto cabalga »en una haca grande de S. M., »ques muy mansa y de buen cuer»po. De Valladolid á 15 de julio »de 1536.»

Lo de las viruelas y otras enfermedades que el príncipe sufrió en Madrid lo cuentan largamente los médicos Escoriaza y Villalobos en carta al emperador, fecha 3 de mayo, que original hemos visto tambien.—Archivo de Simancas. Estado, legajo núm. 38.

Falleció aquella magnánima princesa en Toledo (1.° de mayo, 1539), al tiempo de dar á luz otro príncipe, que nació tambien sin vida, para mayor desconsuelo del emperador, del príncipe, y del reino entero, que todos lloraron la pérdida de aquella prudente y virtuosísima reina á la temprana edad de treinta y ocho años. Hasta el rey Francisco I. de Francia, con ser tan enemigo del emperador, la hizo unas solemnísimas honras. Suntuosísimas fueron las que se celebraron en Toledo, y no con menor pompa fueron conducidos procesionalmente sus mortales restos á la capilla real de Granada, donde aconteció con ellos un caso, que bién merece los honores de la historia.

Al abrirse la caja de plomo en que iba el cuerpo de la emperatriz, hallóse su rostro tan horriblemente desfigurado y feo, habiendo sido ella singularmente hermosa, que causó lastima y espanto á cuantos la vieron, y nadie se atrevió á afirmar que aquel fuese el mismo rostro de la emperatriz. El marqués de Lombay, que habia de hacer la entrega del cuerpo, no atreviéndose á prestar el juramento en la forma de costumbre de ser el mismo cuerpo de la emperatriz Isabel, se limitó á jurar, que segun la diligencia y cuidado que se habia puesto en conducirle y guardarle, tenia por cierto que era aquel, y no podia ser otro. En seguida, poniéndose á contemplar el cadáver de la que en vida habia sido tan amada en el mundo: «¿*Y es esta*, esclamó, *aquella emperatriz*

Isabel, tan celebrada por su hermosura, por sus gracias, por sus virtudes, gobernadora de tantos reinos, señora de tantos pueblos, esposa de un César tan grande? ¿Y qué se ha hecho aquel esplendor de su rostro, aquel magestuoso continente, aquel semblante que la hacia aparecer un ángel entre las mugeres?» Y la contemplacion de aquel espectáculo hirió tan viva y profundamente su imaginacion, que dándose á meditar sobre el término y fin de las mayores grandezas de la tierra, determinó renunciar á un tiempo sus estados, la brillante posicion que tenia en la córte imperial y todas las pompas mundanas, para vestir el hábito de Loyola y entrar en la compañía de Jesus. Este marqués de Lombay, heredero del ducado de Gandía, es el que despues de esta resolucion se hizo tan famoso por sus virtudes, que hoy le venera la Iglesia contándole en el catálogo de sus santos con el nombre de *San Francisco de Borja* [1].

Quedábale al emperador, despues de la sentida muerte de su esposa, el consuelo del príncipe su hijo, que al paso que crecia en años adelantaba en instruccion, y mostraba particular aptitud, inteligencia y aficion á los negocios públicos; que asi ejercitaba sus fuerzas en partidas de montería, esperando ya, aunque jóven, á caballo en su puesto, armado de vena-

(1) Historia de la Compañía de Jesus.—Vida de San Francisco de Borja.—Sandoval, Hist. del Emperador, lib. XXIV.—Leti, Vita di Filippo II., part. prima, lib. VI.

blo, á las fieras del bosque, como iba entendiendo ya en lo perteneciente á la gobernacion de un Estado (1).

(1) Podemos completar las noticias relativas á la educacion física y literaria del príncipe á la edad de catorce años con los siguientes párrafos sacados de entre los muchos documentos que sobre esta materia tenemos á la vista.

En 17 de enero de 1540, desde Madrid, decia el comendador mayor de Castilla, don Juan de Zúñiga, al emperador: «S. A. está »muy bueno y crece en todo; si»gue su estudio como cuando »V. M. aqui estaba, y despues »que vino la caza de V. M. sale »dos veces al campo cada semana »y otra los sábados á Nuestra Se»ñora de Atocha, y aun entonces, »si hay nueva de liebre echada, »la va á tirar.»

En otra de 15 de febrero: «Su »Alteza está muy bueno, y la se»mana pasada fué al Pardo y tiró »dos saetas, á un razonable cier»vo la una, y á una manada de »ciervas la otra: errólas entram»bas; la primera fué en lazo. Fué »y vino en litera, pero anduvo en »el monte á caballo bien seis ho»ras, que á él no se le hicieron dos, »y á mí mas de doce..... Mañana »irá á caza con los halcones y á ti»rar alguna liebre echada.»

En 19 de marzo: «A liebres »echadas y á perdices con poden»cos de muestra ha hecho S. A. »señalados tiros los dias que ha »salido á caza con los halcones.»

En 19 de mayo (y suprimimos todas las cartas intermedias): «Su »Alteza estuvo allí (Aranjuez) cua»tro ó cinco dias, y volvió aqui »para Pascua : holgóse mucho, »porque en los dos dias que es»tuvo huvo oxeo de conejos y ma»tó mas de veinte, y dos ó tres »liebres. Asi mismo otro dia mató »dos gamos, de que estaba la mas »contenta persona que nunca se »vió. A mí me hizo cierta burla »de una liebre que me tenia pues»ta muerta para que la tirase, y »con haberla yo acertado aunque »estaba muerta, me contenté.»— Archivo de Simancas, Estado. legajo núm. 50.

Por lo que hace á la educacion literaria, pasados cuatro años de haberle dedicado al estudio del latin, escribia el maestro Siliceo al emperador, de Madrid á 19 de marzo de 1540 : «En lo que »toca á la enseñanza del Príncipe »digo que en latin va mucho ade»lantado, y antes de medio año, »como creo, podrá pasar por sí »todos los historiadores que han »escrito, por dificultosos que sean, »á lo menos con poca ayuda de »maestro; en el hablar latin ha »arto aprovechado, porque no se »habla otra lengua en todo el tiem»po del estudio, y el uso le hará »doto en el hablar tanto y mas »que la leccion. El escribir en la»tin se ha comenzado; tengo es»peranza que le sucederá mucho »bien. Los dias pasados estuvo Su »Alteza en Alcalá y visitó á todos »los letores, y oyó lo que leian, y »puede creer V. M. que á todos »los entendió, sino fué al que leia »Hebrayco, y holgó tanto en los »oir y entender lo que decian que »ningun trabajo le fué todo el »tiempo que los oyó, que serian »mas de tres horas. De salud está »muy bueno, bendito Dios, y muy »alegre, porque goza de los dias »de caça que V. M. mandó se le »diesen. Puede creer V. M. que »da muestra y esperanza á todos »los que le conversamos que será

De tal manera le gustaba guardar la dignidad de príncipe, que como en una ocasion entrase el cardenal Tavera, arzobispo de Toledo, cuando le estaba vistiendo el comendador su ayo, y éste mandára al prelado que se cubriese, el príncipe se apresuró á tomar su sombrero, y dijo: «*Ahora, cardenal, podeis poneros vuestro bonete.*»

Cumplidos los quince años, fué jurado príncipe y sucesor de los reinos por los aragoneses en las córtes de Monzon (agosto, 1542), con condicion espresa de que no pudiese ejercer jurisdiccion alguna sin que prestára el acostumbrado juramento en la Seo de

»tan siervo de Dios y sabio rey »qual el reino ha menester y V. M. »desea.—Nuestro Señor, etc.»

Y en 22 de junio: «Pues es »justo, siempre que se ofrece cor»reo, dar parte á V. M. del estu»dio del Príncipe nuestro señor, »en esta solo diré que como de »cada un dia crece en saber, asi »parece crecerle la voluntad á las »letras, y prometo á V. M. que »aunque la caça es al presente la »cosa á que demuestra mas volun»tad, no por eso afloja en lo del »estudio un punto, y hase de te»ner á mucho que en esta edad de »catorce años, en la cual natura»leza comienza á sentir flaquezas, »haya Dios dado al príncipe tan»ta voluntad á la caça, que en ella »y en su estudio la mayor parte »del tiempo se ocupe, las cuales »dos cosas, tomadás templada»mente, dan salud al cuerpo y »aumentan las virtudes del ánima. »Está ya tan crecido, que parece »mucho otro del que V. M. dejó. »Nuestro Señor, etc.—El maestro »Siliceo.»—Simancas, Estado, legajo núm. 50.

En julio de 1541 continuaba diciendo don Juan de Zúñiga al emperador: «S. A. está muy bue»no y crece.... y aun de dos meses »á esta parte tengo mas esperan»zas que solia que ha de gustar »mas del latin de lo que yo pen»saba, de que yo holgaria mucho, »porque lo tengo por parte muy »principal en un príncipe ser buen »latino, asi para saberse regir á sí »como á otros, y especialmente »quien espera tener debajo de sí »tanta diferencia de lenguas, es »bien saber bien una general por »no se obligar á saberlas todas.»

Y en la misma carta le decia, que el dia de pascua (de aquel año, 1541) habia comenzado el príncipe á *vestirse de colores y traer cosas de oro*, y que aquel mismo dia habia hecho la primera comunion, «por ser ya pasado de los catorce años.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 51.

Zaragoza, como lo verificó con toda solemnidad (21 de octubre). Autorizósele tambien para celebrar y presidir las córtes convocadas por su padre, cuyas altas funciones comenzó á ejercer muy pronto á causa de los continuos viages y ausencias del emperador. Y á poco tiempo, cuando la nueva guerra que Francisco I. de Francia movia por todas partes á Cárlos V. obligó á éste á pasar á Italia y Alemania (mayo, 1543), ya dejó confiada al príncipe Felipe, de edad entonces de diez y seis años, la gobernacion del reino, bajo la direccion y consejo del secretario Francisco de los Cobos, menos en lo tocante á la guerra y á los negocios de la milicia, de cuya parte quedaba encargado don Fernando de Toledo, duque de Alba, y mayordomo mayor de Su Magestad Imperial.

En aquel mismo año se concertó casar al príncipe don Felipe con su prima la infanta doña María de Portugal, hija de los reyes don Juan III. y doña Catalina, hermana del emperador. Estas bodas fueron de las mas notables que se han hecho entre príncipes en España, por el lujo, ostentacion y aparato que se empleó desde los primeros preparativos, y por el pomposo ceremonial con que se celebraron. Los escritores de aquel tiempo nos han dejado minuciosas descripciones del viage que hizo de Madrid á Badajoz á recibir á la princesa el maestro del príncipe, don Juan Martinez Siliceo, obispo ya de Cartagena, y de la grandeza con que el duque de Medinasidonia, don

Juan Alonso de Guzman, alhajó su casa para hospedar á la ilustre novia. El obispo en su pausado viage gastaba, dicen, setecientas raciones cada dia; su comitiva era brillante; llevaba multitud de acémilas y reposteros, pages, escuderos y criados, todos con ricas y lujosas libreas de seda y terciopelo, con franjas de oro, chapeos con plumas y otros adornos, con los cuales competian los paramentos de los caballos, y en las comidas no faltaba, asi en viandas como en vinos, ningun género de regalo. El duque, por su parte, gastaba, dicen, seiscientos ducados cada dia en la mesa, y para el recibimiento del obispo en Badajoz llevaba doscientas acémilas todas con reposteros de terciopelo azul, y las armas bordadas de oro. Unos y otros llevaban músicos en su comitiva, y en la del duque iban ademas ocho indios con unos escudos de plata redondos y grandes, en cada uno de los cuales habia un águila que sostenia las armas del duque y de la duquesa. Y para colmo de lujo y de capricho, hacian parte del cortejo tres juglares, llamados Cordobilla, Calabaza y Hernando, ridículamente vestidos, y un enano con sus puntas de decidor y discreto. Asi la casa del duque como la que se destinó para alojamiento del obispo competian en el lujo del menage, en tapicerías, colgaduras, doseles, y bajillas de oro y plata (1).

(1) Relacion del recibimiento que se hizo á doña Maria, infanta de Portugal, hija de don Juan III. etc., escrita por un contemporáneo de

No era menor el boato y el cortejo con que venia la infanta de Portugal. Acompañábanla el duque de Braganza, el arzobispo de Lisboa, y muchos otros personages, hidalgos y damas portuguesas. Traia cerca de tres mil acémilas con reposteros y otras tantas sin ellos; músicos, cantores, ministriles, enanos, etc, Al llegar la princesa á Elvas (octubre, 1543), comenzaron á cruzarse los correos entre los de una y otra comitiva para acordar el dia de su entrada y recibimiento en Castilla. Convenidos ya en que fuese el lunes siguiente, moviéronse tales disputas entre portugueses y castellanos sobre el ceremonial, y principalmente sobre el lugar que correspondia á cada uno, pretendiendo cada cual para sí el de preferencia, que no pudiendo concertarse, llegó el lunes señalado, y la princesa no vino á la raya segun estaba dispuesto [1]. Incomodáronse de tal modo los hidalgos portugueses, que faltó poco para que por una disputa de etiqueta se deshiciera la boda, y anduvo ya tan válida la voz de que se volvian á Lisboa para casarla con el infante don Luis, que hubo en los dos campos no poco sobresalto y alboroto [2]. Al fin, cediendo de su de-

los que componian la comitiva del príncipe.—Coleccion de documentos inéditos, tom. III.—Sandoval. lib. XXVI.

(1) Dice Sandoval que no sabe la causa por que se difirió la entrada de la princesa. La causa, segun la Relacion manuscrita, no fué otra que la cuestion de etiqueta, en la cual nadie queria ceder.

(2) «Algunos habia, dice la Relacion, que juraban á Dios que no la habian de dar; que si fuera para algun fillo bastardo de Deus, que pasára; pero que tanto por tanto ahí estaba o infante, con quien todo el reino queria que se casase, y que ninguno dél habia sido llamado para dar parecer de que viniese á Castilla.»

recho para evitar un escándalo el obispo de Cartagena, se arregló el ceremonial, y se adelantaron todos los castellanos hasta el puente del rio Caya que divide á Portugal de Castilla, donde habia de ser entregada la princesa. Salió esta de la litera en que venia, y montó en una mula. Traia un vestido de raso blanco recamado de oro, y encima una capa castellana de terciopelo morado. Pareció á todos muy hermosa y gentil; era de mediana estatura, y tenia entonces diez y siete años, medio mas que el príncipe.

La entrega se hizo con toda ceremonia y solemnidad; la entrada en Badajoz fué magnífica, y el viage desde aquella ciudad á la de Salamanca, donde habian de hacerse las bodas, y en el cual se invirtieron muchos dias, haciéndose á muy cortas jornadas, fué una sucesion contínua de fiestas y espectáculos en los pueblos, y de suntuosos banquetes con que recíprocamente se agasajaban los magnates portugueses y castellanos. El príncipe don Felipe se apareció de incógnito en varias de las poblaciones por donde transitaba la princesa, á la cual se complacia en mirar, ó desde alguna casa donde se escondia, ó desde la calle embozado, á guisa de enamorado galan á quien le estuviera prohibido ver su novia, y asi la fué siguiendo hasta Salamanca. A los tres cuartos de legua de esta ciudad se aparecieron sucesivamente varios cuerpos de caballería é infantería, que escaramuzaron delante de la princesa y ejecutaron varios simulacros

de combate que dieron á todos gran placer. Cerca de la ciudad se presentaron la universidad, el cabildo, el ayuntamiento y corregidor, todas las corporaciones con sus respectivos trages de ceremonia. El de la princesa era una hermosa saya de tela de plata con labores de oro, gorra de terciopelo con una pluma blanca entreverada de azul con clavos y puntas de oro. Llevaba la rienda de la mula el caballero Luis Sarmiento, embajador de Castilla en Portugal, y circundábanla sus camareras y damas, el arzobispo de Lisboa, el duque de Medinasidonia, los obispos de Salamanca y de Leon, y todos los demas persónages españoles y portugueses. Habíanse levantado muchos arcos triunfales con inscripciones y versos. Duró el recibimiento desde la una y media de la tarde hasta las siete de la noche. El príncipe se hallaba disfrazado en casa del doctor Olivares, para ver al paso á su novia; súpolo la princesa, y al pasar se cubrió el rostro con el abanico, el cual apartó con chistoso atrevimiento, para que el príncipe la viese, Perico de Santerbás, famoso juglar del conde de Benavente. Alojóse la princesa en las casas de Lugo y de Cristóbal Juarez reunidas.

El príncipe, de incógnito siempre y disfrazado, mostrando ya su aficion á lo misterioso, salió de la casa en que estaba, y se trasladó á San Gerónimo, para entrar otro día por la puerta de Zamora con el cardenal de Toledo, el conde de Benavente, el duque de

Alba, y otros grandes, mas sin ceremonia, y se aposentó en las mismas casas de la princesa, donde se le tenia preparada habitacion aparte, pero con comunicacion. A la noche salió cada cual de su aposento al salon en que habian de celebrarse los bodas. Al encontrarse los dos novios se besaron las manos y se abrazaron. Sentados luego cada uno bajo un dosel, el cardenal de Toledo los desposó con gran solemnidad, siendo padrinos el duque y la duquesa de Alba, y comenzó el sarao, bailando todos los personages de ambas córtes (1). A las cuatro de la mañana les dijo la misa y los veló el cardenal con asistencia de los prelados de una y otra nacion y de algunos grandes (15 de noviembre). Los dias siguientes se pasaron en torneos, cañas, corridas de toros, fuegos artificiales y otros espectáculos y diversiones de la época. Visitó despues el príncipe los conventos y colegios de aquella Atenas española, y luego partieron los príncipes consortes para Valladolid. En todos los pueblos del tránsito los recibian y agasajaban á porfía con fiestas y juegos de toros y cañas: en Tordesillas visitaron á su abuela la reina doña Juana (la Loca), que aun vivia allí olvidada de todo el mundo, la cual holgó mucho de

(1) «Acabóse el sarao, dice la Relacion, con una alta y una baja que danzaron los príncipes.»

En ella se hace una curiosa y minuciosa descripcion del trage que vestia cada dama y cada caballero.

Durante el sarao hubo una reñidísima refriega entre los pages de la princesa y los del príncipe, en que anduvieron listas las espadas y las hachas, apellidando unos «Andalucía» y otros «Castilla,» y de la cual resultaron algunos gravemente heridos.

verlos y los hizo danzar á su presencia; y pasando uego por Simancas, donde hallaron las calles de la villa alfombradas de paño, prosiguieron á Valladolid, cuya ciudad les hizo un recibimiento no menos magnífico que Salamanca.

Hiciéronse con tanto gusto, solemnidad y ostentacion estas bodas, porque este matrimonio habia sido eleccion espontánea del príncipe don Felipe, que por él habia repugnado y desechado el que el emperador su padre le propusiera antes con la princesa Margarita, hija de Francisco I. de Francia, como medio para hacer la paz con el francés, y que cesasen las guerras en que entonces Cárlos y Francisco andaban envueltos: y tambien, y con otro fin semejante se habia tratado de casarle con doña Juana de Albret, hija única de don Enrique [1]. Por lo mismo fué mayor su satisfaccion cuando por fruto de su amor con la princesa María de Portugal, vió nacer en Valladolid al príncipe Cárlos (8 de julio, 1545), el que tuvo despues el trágico y malaventurado fin que mas adelante veremos [2]. Y por lo mismo fué tambien mayor su amargura de perder á su esposa, que sucumbió al cuarto dia de haber dado á luz al príncipe, apenas habian gustado uno y otra las dulzuras conyugales, teniendo que consolarle su padre con el ejemplo

(1) Capítulos con respuestas marginales sobre los tratos de este casamiento: Archivo de Simancas, Estado, leg. 51.

(2) Carta de Felipe II. al emperador (9 de julio), noticiándole el nacimiento de su hijo.—Simancas, Estado, leg. 69.

de la resignacion cristiana con que él soportaba la muerte de la hermosa y virtuosísima emperatriz [1].

El ilustre primado que habia celebrado los desposorios y celebró tambien los funerales de la malograda princesa, el escelente cardenal Tabera (agosto, 1545), docto prelado y sabio consejero, tardó poco en seguir al sepulcro á la misma á quien acababa de hacer las honras fúnebres. El sentimiento que produjera en el príncipe la muerte del cardenal se templó pronto con la acertada eleccion que el emperador su padre hizo en la persona de su maestro y preceptor don Juan Martinez Siliceo, obispo de Cartagena, para que reemplazára á Tabera en la silla primada de Toledo (23 de octubre, 1545).

Seguia don Felipe gobernando el reino con mas prudencia que la que de su corta edad hubiera podido esperarse. Y bien necesitaba tenerla propia, porque si hasta entonces habia podido guiarse por la direccion y consejo del primer secretario del César Francisco de los Cobos, tambien le faltó este buen consejero (mayo, 1547), que tantó tiempo habia obtenido la confianza del emperador, é intervenido en sus mas delicados y secretos negocios, á quien por lo mismo habia encomendado la direccion del princi-

(1) Bueno y loable era que el padre escribiese á su hijo exhortándole á la conformidad cristiana. Por lo demas el emperador buscaba entonces otra clase de consuelos á su pena por la muerte de su esposa, puesto que en aquel tiempo andaba en amorosas relaciones con Bárbara Blomberg, de que resultó el nacimiento de don Juan de Austria, de quien tantas ocasiones tendremos de hablar.

pe en la gobernacion del Estado durante su ausencia [1]. Como regente, y en virtud de los poderes que en 1542 le habian sido conferidos, presidió Felipe las Córtes generales de los tres reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, que el emperador desde Bohemia habia convocado para la villa de Monzon, con objeto de suplicar á los reinos le anticipáran el servicio en atencion á los grandes gastos que le habian ocasionado las guerras de Italia y Alemania y la celebracion del concilio de Trento en que estaba entendiendo. Las Córtes aragonesas presididas por el príncipe regente votaron sumisas y sin oposicion un subsidio de doscientas mil libras jaquesas pagaderas en tres años, y otorgaron ademas espontáneamente un servicio estraordinario de veinte y cinco mil libras al príncipe (de julio á diciembre, 1547). Pidiéronle en ellas que el oficio de justicia mayor del reino no se pudiera renunciar, y á propuesta de don Fernando de Aragon, arzobispo de Zaragoza, se acordó en estas Córtes que hubiera un historiador ó cronista de las cosas de Aragon, nombrado por los diputados del reino; felicísima providencia, una de las que mas han honrado y fomentado las letras españolas, y á que debió el reino

(1) Francisco de los Cobos, comendador mayor de Leon y duque de Sabiote, primer secretario de Cárlos V., estaba enlazado con la mas ilustre nobleza de Aragon y de Castilla, y estuvo casado con doña María de Mendoza, hija del adelantado de Galicia.
Este año perdió tambien el emperador otro de sus mas antiguos y fieles secretarios, Alonso de Idiaquez, que murió asesinado en Alemania al pasar el Elba.

aragonés la sucesion de los doctos y distinguidos escritores que han ilustrado su historia [1].

A este tiempo, vencedor Cárlos V. de la confederacion protestante de Alemania, y trabajando por hacer aceptar á todos los príncipes imperiales el concilio de Trento, enfermó, como en otro lugar dijimos, en la ciudad de Augsburgo; y viéndose con tan quebrantada salud y señor de tantos y tan dilatados dominios, precaviendo lo que podria suceder, quiso que el príncipe su hijo viera por sí mismo y conociera aquellos estados que un dia habria de heredar y regir, y que al propio tiempo le conocieran á él y le tratáran sus naturales. Al efecto, por medio del duque de Alba y de Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, á quien Felipe habia enviado para felicitar á su padre por sus triunfos contra los hereges de Alemania, llamó á su hijo con objeto de hacerle reconocer primeramente como heredero y sucesor en sus estados patrimoniales de Flandes y Brabante. Y como acababa de concertar el matrimonio de su hija María con el príncipe Maximiliano, hijo de su hermano Fernando, rey de Romanos, determinó que Maximiliano, viniese á España, y que estos príncipes

(1) Si loable fué la providencia, la eleccion no pudo ser mas acertada, y gloria perpétua será de aquel reino el haber nombrado para cargo tan difícil y honroso al doctísimo Gerónimo de Zurita, una de las mas fulgentes lumbreras de nuestra historia, tan justamente respetado de propios y estraños, y cuyos anales tantas veces hemos citado y nos hemos complacido en elogiar.—Cuadernos de Córtes de Aragon, existentes en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.—Panzano, Anales de Aragon, lib. II, cap. 7.

quedáran gobernando los reinos de Castilla y Aragon durante la ausencia de Felipe, y asi lo escribió en una larga y razonada carta á las ciudades, prelados y grandes de ambos reinos.

Deseoso el emperador de que antes de salir Felipe de España conociera el estado de los negocios públicos y su modo de pensar en cada uno de ellos, le envió por el mismo duque de Alba una larga *Instruccion* de todo lo que deberia hacer, preveer y procurar para el caso en que él falleciese, en todos los ramos y materias y en todos los asuntos que á la sazon se hallaban pendientes en sus dominios y en todas las naciones de Europa. Este importantísimo documento era al propio tiempo un testamento político, una recapitulacion de avisos y consejos de buen gobierno, una esposicion y reseña general de la situacion política de todas las naciones, y de las relaciones de España y del Imperio con cada una de ellas, y el pensamiento y sistema del emperador sobre las cuestiones que entonces se agitaban en el mundo, su conducta en lo pasado y los planes que deseaba se siguiesen en lo futuro. Pocas veces se presenta en la historia un documento que derrame tanta luz y represente tan al vivo el cuadro de una época, y en que se revele mas originalmente el pensamiento y el carácter del hombre que figura en él en primer término.

Recomendábale primeramente la defensa y mantenimiento de la fé en todos sus reinos, estados y se-

ñoríos; la prosecucion del concilio que él habia congregado con tanto trabajo y dispendios para la estincion de las heregías de Alemania; el acatamiento y respeto que debia mostrar á la Santa Sede, y la provision de las prebendas y beneficios eclesiásticos en personas de letras, esperiencia y buenas costumbres. —Aconsejábale muy encarecidamente la paz, representándole lo cansados y trabajados que estaban sus pueblos con las pasadas guerras que él se habia visto forzado á sostener, y los gastos y empeños que por ellas habia contraido, pintándole la guerra como la cosa peor del mundo.—Procediendo á instruirle de cómo habia de manejarse con cada uno de los soberanos, le exhortaba á que pusiera la mayor amistad y confianza en su tio don Fernando, rey de Romanos, que tanto le habia ayudado en la pacificacion de la Alemania.—Advertíale de lo apurados, y aun exhaustos que tenia de dinero sus reinos y señoríos, y le encargaba que escusára todo lo posible pedirles mas, como no fuera necesario para conservar los estados y tierras de Flandes.—Ordenábale que guardára la tregua que habia ajustado con el turco: «porque es razon que lo que he tratado y tratáreis se guarde de buena fé con todos; sean infieles ú otros, y es lo que conviene á los que reinan y á todos los buenos:» y tambien para no dar ocasion al francés para inquietar otra vez la cristiandad como antes lo habia hecho.— Que procurára estar en buena amistad con los prín-

cipes electores del imperio; pero advirtiéndole que si necesita sacar gente de guerra en Alemania, lo haga con dinero en mano y pagándola bien, «porque los de acá, decia, quieren precisamente ser pagados.»—Lo mismo le advertia respecto á los suizos, á quienes debia mostrar buena voluntad y aficion, pero tratándolos bien y no dejando de pagarles á sus plazos.

En cuanto al papa, quejábase de lo mal que con él se habia portado y cumplido, de la poca voluntad que mostraba á las cosas públicas de la cristiandad, y en especial á lo de la celebracion del concilio, no obstante que con la esperanza de atraerle habia casado á su hija Margarita con el duque Octavio, nieto del pontífice; pero con todo esto le rogaba, «que teniendo mas respeto al lugar y dignidad que el dicho papa tiene que á sus obras,» le guardára el debido acatamiento.—Respecto á lo ocurrido en Plasencia, sentia la muerte del hijo del papa, pero aprobaba lo que Fernando de Gonzaga habia hecho en nombre del emperador y como ministro del imperio. Le prevenia que muerto aquel pontífice, «que ya es cargado de años,» trabajára porque se hiciese una buena eleccion, conforme á las instrucciones que ya tenia su embajador en Roma: y que las tres principales cuestiones que con el papa mediaban, á saber: la soberanía de Sicilia, el feudo de Nápoles y la pragmática hecha en Castilla, las tratára con la sumision y acatamiento de un buen hijo de la Iglesia, «pero de

manera que no se haga ni intente cosa perjudicial á las preeminencias reales, y comun bien y quietud de nuestros reinos y señoríos.»—Que guardára la liga y tratado que tenia hecho con Venecia por lo que tocaba á los reinos de Nápoles y Sicilia, y á los estados de Milan y Plasencia.—Le recomendaba al duque de Florencia, Cosme de Médicis, que se habia conducido bien y mostrádose siempre aficionado y devoto al emperador.—Que estuviera sobre aviso en cuanto al duque de Ferrara, pues si bien le estaba muy obligado, tenia deudo con Francia y era inclinado á aquella parte, por lo cual convenia «mirar sus andamientos.»—Que del duque de Mantua podia tener confianza, como él la tenia.—Que cuidára de conservar en su devocion á Génova, por lo que importaba á la seguridad de toda Italia y de las Baleares, y que confiaba en que asi sucederia, porque los genoveses debian mucho á su hermano, y la proteccion de su libertad al imperio.—Que lo mismo esperaba de las repúblicas de Siena y Luca, siempre aficionadísimas á la persona del emperador, porque asi les convenia para conservar sus libertades, á las cuales por lo tanto debia favorecer.—Que al conde Galeote que estaba escluido de la concordia, y por quien muchos intercedian para que le perdonase, seria bueno tenerle asi, «por que se habia metido muy adelante con Francia, y no podia haber confianza de él.»

Atendida la mala voluntad y comportamiento

que con él habian tenido siempre los reyes de Francia padre é hijo, Francisco y Enrique, le mandaba espresamente que no aflojára nunca en lo de las renuncias que aquellos habian hecho de los estados de Nápoles, Sicilia, Flandes, Artois, Tournay y Milan, conforme á los tratados de Madrid y Cambray; que jamás cediera en esto, «porque todo lo he adquirido, decia, y vendrá y pertenecerá con buen derecho y sobrada razon....» «Y la esperiencia ha mostrado que estos reyes, padre é hijo y sus pasados, han querido usurpar de contínuo de sus vecinos, y donde han podido, usado de no guardar tratado alguno, señaladamente conmigo y nuestros pasados.»—Que si pensasen mover la guerra en Italia, tiene bien fortificado á Milan, «y se podrá defender del primer ímpetu, que es lo que mas se debe temer de franceses.» Que si quisieren pasar á Nápoles, tienen que dejar atrás á Milan, y Nápoles tambien está fortificado. Que lo están igualmente Mesina y Palermo en Sicilia, «y resistiendo el primer ímpetu, como dicho es, los franceses despues vienen á perder el ánimo, segun la esperiencia siempre lo ha mostrado alli y en todas partes.»—Que evite cuanto pueda dar ocasion de rompimiento ni al papa ni á venecianos, aunque cree que ellos se mirarán en hacerle guerra con Francia, porque saben lo poco que de ella pueden fiar, y que España puede enviar socorros de gente por mar cuando quiera con ayuda del rey de Romanos.—Que

en Nápoles no quieren á los franceses, y aquel reino gobernado con justicia, puede dar buenos y fieles vasallos á España.

Que le convendrá tener siempre alguna gente española en Italia, que será el mejor freno, pero cuidando de que esté bien disciplinada, y que no dé ocasion con sus escesos á desesperacion y rompimiento.—Que tenga bien apercibidas las fronteras de Navarra y Perpiñan, pues en cuanto á Flandes no hay que temer una invasion de franceses por el momento.—Que no deje de entretener las galeras de España, de Nápoles, de Sicilia, y aun de Génova, pues aunque el gasto sea grande, es bueno prevenir lo que podria suceder en mayor daño, mientras no haya una completa seguridad de Francia y del turco.—Que para el ducado de Borgoña, que es el mas apartado, se favorezca la liga hereditaria que la casa de Austria tiene con Suiza, en la cual está comprendido dicho estado. Que aunque no piensa romper la paz por él, no olvide que es propio y verdadero patrimonio suyo.

Que observe si los franceses envian alguna armada á Indias, á la disimulada ó de otra manera; que avise á los gobernadores de aquellas partes para que les resistan, y que al efecto se ponga en buena inteligencia con Portugal.—Que en manera alguna haga concierto con el rey de Francia de dar ni quitar cosa alguna de lo que tiene y le pertenece, «sino estar constante y guardarlo todo, y siempre sobre aviso,

sin fiaros en pláticas de paz, ni palabras de amistad, y teniendo contínua advertencia de fortificar y proveer lo que pudiéredes en todas partes, etc.»—Discúlpase de la poca proteccion que da á los duques de Saboya, padre é hijo, para ayudarlos á recobrar lo que los franceses les tenian usurpado, y advierte al príncipe que se mire mucho en ello, aunque por eso no deje de tenerlos por amigos.

Que cuide mucho de entretener amistad con los ingleses y de que se guarden los tratados hechos con el difunto rey; «porque esto importa á todos los reinos y señoríos que yo os dejaré, y será tambien para tener suspensos á los franceses, los cuales tienen muchas querellas con los dichos ingleses, asi por lo de Boloña como de las pensiones y deudas, y se tiene por difícil que puedan guardar amistad entre ellos que dure.»—En cuanto á los escoceses, que concierte con ellos solamente en lo relativo á navegacion y contratacion.—Que mantenga el tratado hecho con el rey de Dinamarca, y se conduzca con él de manera que no vuelva á hacer daño á los estados de Flandes, como otras veces.—Previénele que ponga buenos vireyes y gobernadores, asi en los estados de Europa como en los de Indias, vigilando que no traspasen sus atribuciones ni usurpen mas autoridad de la que se les diere y deben tener, y le hace advertencias saludables sobre el repartimiento de los indios.

Le aconseja que se vuelva á casar, porque los hi-

jos de los reyes y príncipes suelen afirmar el afecto de los vasallos. Vuelve á inclinarse, como ya otra vez lo quiso, á que prefiera la hija del rey de Francia, para asegurar los tratados y alcanzar la restitucion de lo del duque de Saboya; ó bien á la princesa de Albret, á fin de obtener la renuncia de sus pretensiones á Navarra. Y en caso de no poderse hacer ninguno de estos casamientos, le proponia la hija de su hermana la reina viuda de Francia, ó la de su hermano el rey de Romanos.—Le anunciaba como conveniente el matrimonio de su hija mayor doña María con el príncipe Maximiliano de Austria, hijo de don Fernando; le aconsejaba hiciese por efectuar el de la infanta doña Juana, su hija menor, con el príncipe don Juan de Portugal; y concluia ponderando el cariño que siempre le habian mostrado sus dos hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, y rogando á su hijo las amára y favoreciera cuanto le fuese posible (1). La Instruccion estaba fechada en Augsburgo á 19 de enero de 1548.

En este notable documento se ve simultáneamente la multitud de negocios de interés general que bullian en la cabeza de Cárlos V., su influjo y participacion en los asuntos de todas las naciones, la atencion que á todos y á cada uno de ellos prestaba, y la idea

(1) No hemos insertado el documento íntegro por ser demasiado estenso. Sandoval le trae en el libro XXX de su historia, pero nos parece mas exacto el que se halla en el tomo III de los *Papeles de Estado* del cardenal Granvela, pág. 267 y sig.

que tenia de la capacidad del príncipe su hijo, cuando á la edad de veinte y un años le confiaba todos sus pensamientos y sus planes políticos y le llamaba para encomendarle su continuacion y ejecucion para el caso en que él falleciese.

Para anunciar su partida en obediencia al llamamiento de su padre, congregó el príncipe don Felipe las Córtes de Castilla en Valladolid, Córtes á que no asistian ya, como en otro lugar hemos indicado, sino los procuradores de las ciudades, ó sea el estado llano, y que por cierto, recibieron con mas disgusto que placer la comunicacion del llamamiento del padre y la resolucion del hijo, porque Castilla, como observa un antiguo y grave escritor, siempre lleva mal las ausencias de sus príncipes. Con desagrado se vió tambien en Castilla que la casa del príncipe heredero se montára á estilo de Borgoña (15 de agosto), segun instrucciones que el duque de Alba habia traido del emperador, en lo cual veian los castellanos una desautorizacion y como menosprecio de las antiguas costumbres á que ellos eran tan apegados.

Como los príncipes Maximiliano y María habian de quedar gobernando el reino durante la ausencia de Felipe, tuvo éste que suspender su viage hasta la venida de Maximiliano á España y la celebracion de sus bodas. Dilatóse aquella mas de lo que se habia pensado, y tàn pronto como llegó se celebró el casamiento en Valladolid (17 de setiembre), desplegando

el condestable de Castilla, don Pedro Fernandez de Velasco, encargado de estas bodas, una magnificencia que dejó altamente complacido al príncipe aleman. Dió Felipe posesion del gobierno de España á los nuevos consortes sus hermanos, y á las dos semanas partió de Valladolid (1.° de octubre) camino de Flandes, llevando consigo al duque de Alba, su mayordomo mayor, al caballerizo mayor don Antonio de Toledo, á Ruy Gomez de Silva, príncipe de Eboli, al duque de Sessa, al conde de Olivares, y á varios otros grandes, gentiles hombres y oficiales de su casa, recien nombrados cuando le puso á la borgoñona. Desde Zaragoza se dirigió al célebre monasterio de Monserrat, á que tenia particular devocion, y donde se detuvo á confesar y comulgar. De allí pasó á Barcelona y Rosas para embarcarse (19 de octubre). Habian sido enviados por el emperador para recibirle y conducirle el marqués de Pescara, hijo de el del Vasto, el príncipe Doria con la armada de Génova, y don García de Toledo con las galeras de Nápoles.

Dióse, pues, á la vela el príncipe Felipe con toda su brillante comitiva. A pocos soberanos de la tierra les habrán sido consagrados tan suntuosos festejos, tan espléndidos y magníficos regocijos como los que se hicieron al príncipe español, en Génova, en Milan, en Mántua, en Trento, en Inspruck, en todos los pueblos de Italia, de Alemania y de Flandes que atravesó en esta marcha. Príncipes y princesas, embajadores de

todos los estados, corporaciones, personages, damas y pueblo, todos á porfía festejaban y agasajaban con todo género de fiestas y espectáculos al heredero de Cárlos V. Volúmenes enteros se han escrito para describir los obsequios que se tributaron á Felipe en este viage [1]. La ciudad de Milan le hizo primeramente un donativo de veinte mil escudos, y despues otro de cien mil á nombre de todo el estado. Tambien él por su parte quiso mostrarse espléndido y generoso, y á la princesa de Ascoli que le habia obsequiado con un lujosisimo baile en que las damas milanesas ostentaron todas sus galas, le regaló un diamante de cinco mil ducados, un collar de rubíes, perlas y diamantes de valor de tres mil ducados para su hija, y otro diamante de mil quinientos para la duquesa hijastra de aquella princesa. Mas queriendo al propio tiempo mostrarse piadoso y devoto, hizo donaciones á muchas iglesias, y en especial á la de Nuestra Señora de Monferrato le dió en tres veces hasta veinte y cinco y mil escudos, ademas de quince mil ducados que gastó en ornamentos para el templo.

Cuando llegó á Bruselas, donde ya entonces se hallaba el emperador, el resplandor de las antorchas habia desterrado y como suprimido la noche en que hizo su entrada. Esperábanle allí sus dos tias las rei-

(1) Calvete y Estrella, Viage de Felipe II. á Flandes:—Del camino del príncipe don Felipe de España á Flandes en 1548, por Vicente Alvarez.—Leti, Vita di Filippo II. part. prima. lib. IX.

nas viudas, de Hungría y de Francia, las cuales le presentaron á su padre, dando lugar á una tierna y afectuosa escena de familia. Congregados por el emperador los estados de Flandes, todos á propuesta del César se conformaron en reconocer y jurar al príncipe Felipe de España por heredero y sucesor de aquellos estados y señoríos (1549). Las fiestas con que se celebró este solemne acto en Bruselas no fueron menos suntuosas que las que le habian dedicado en su tránsito á aquella ciudad. Llevado fué despues como en triunfo por el emperador y la reina gobernadora de los Paises Bajos, su hermana, por casi todas las ciudades de Flandes y Brabante, de Namur y del Luxemburgo, recibiendo el homenage de los que habian de ser sus vasallos, pasando contínuamente por debajo de arcos triunfales, y compitiendo cada poblacion en el lujo y la suntuosidad de las fiestas (de julio á octubre de 1549), y aun á su regreso á Bruselas hubieran continuado, si no las hiciera suspender el ataque de gota que molestó otra vez al emperador, y la nueva que llegó de la muerte del papa Paulo III. (1).

En medio de esta esterior y al parecer general alegría, observábase siempre una figura grave y severa, que á pesar de su juventud mostraba cierta austeridad sombría que formaba contraste con los rego-

(1) Herœus, Annal. Brabant.— Estrella, Viage de Felipe II.—Leti, Vita.—Sandoval, lib. XXX.— Herrera, en lá General del Mundo.—Campana, Vida de id.

cijos públicos de que era objeto. Esta figura era el príncipe Felipe, que con su carácter tétrico y adusto, con no hablar el idioma flamenco, con vestir y vivir á la española, y con las preferencias que daba á los personages y á las costumbres de España, se hizo desagradable á los flamencos, y dió ocasion y orígen á aquella antipatía que habia de manifestarse despues con funestas demostraciones de aborrecimiento. De modo, que por causas semejantes vino á producir el hijo en los Paises Bajos la misma desfavorable impresion que treinta años antes habia producido su padre en España.

Permaneció Felipe en Bruselas todo el tiempo que detuvo allí al emperador la falta de salud. En este intermedio, él y los caballeros de la córte quisieron solemnizar el quinquagésimo aniversario del nacimiento de su padre, y hubo una fiesta real muy vistosa (24 de febrero, 1550), en que justaron á competencia españoles y flamencos. Por cierto que ensayando Felipe las armas para entrar en la liza, estuvo muy en peligro su vida, porque el comendador mayor de Castilla don Luis de Requesens le dió tan récio golpe de lanza en la cabeza, que le dejó sin sentido. Por fortuna el príncipe volvió pronto en sí, y al ver que no habia recibido lesion alguna, salieron todos del cuidado en que tan disgustoso suceso los habia puesto. Al fin, cuando el emperador pudo partir á la dieta de Augsburgo (31 de mayo, 1550), llevó tambien consigo á

Felipe, el cual fué poco menos agasajado en Alemania que lo habia sido en Italia y en Flandes, bien que tampoco fuera mas favorable la impresion que su carácter despegado hiciera en las ciudades del imperio. Asi fué que habiendo Cárlos significado en la dieta su deseo y proyecto de trasmitir en herencia á su hijo los estados imperiales, no obstante el paso avanzado que veinte años hacía habia dado, haciendo conferir á su hermano Fernando la dignidad de rey de Romanos, no solo halló oposicion en Fernando á renunciar la sucesion al trono imperial, por mas que á ello le instára la reina de Hungría, que con sola ese objeto habia ido á Augsburgo, sino tambien en los alemanes mismos. Fernando habia vivido mucho tiempo entre ellos y procurado acomodarse á sus costumbres. Su hijo Maximiliano habia nacido en el pais, adornábanle escelentes prendas, amábanle los naturales, y era ya rey de Bohemia (1). Por tanto, á pesar de los recursos que con habilidad y destreza empleó el emperador en favor de su hijo, para que al menos se le nombrase coadjutor del imperio y sucesor de su tio, á todo halló resistencia, y tuvo que desistir, no obstante su firmeza y constancia para llevar adelante un pro-

(1) En Valladolid, hallándose de regente y gobernador de España, recibió la nueva (1549) de que los bohemios, faltando voluntariamente á su privilegio y costumbre de elegir soberano, le habian jurado por rey y declarado el trono heruditario en su familia: con cuyo motivo habia pasado otra vez de España á Alemania, y su presencia en la dieta fué un nuevo obstáculo á los designios del emperador.

pósito. Lo que hizo fué despertar los recelos de los alemanes, y hacer á Fernando mas cauto y vigilante para procurar irse captando la voluntad de los electores.

Frustrado este designio y terminada la dieta, tuvo por conveniente que el príncipe su hijo volviese á España, donde tambien tenia que venir Maximiliano, rey de Bohemia, para llevarse á su reino la princesa doña María su esposa [1]. Nombró otra vez á Felipe regente y gobernador de los reinos de Castilla y Aragon; y esta vez quiso que viniese revestido con amplísimos poderes, que le otorgó en la misma ciudad de Augsburgo (23 de junio, 1551), para la administracion y gobernacion de ellos, con facultad de hacer todo lo que él mismo hacer pudiera si se hallase presente, hasta con poder especial para empeñar y vender rentas y derechos de la corona y patrimonio real, vasallos, jurisdicciones, villas y lugares de sus reinos y señoríos; mandando que le reverencien, respeten y obedezcan como á su propia persona, y como si fuese rey absoluto, dando á este poder la misma fuerza que si hubiese sido otorgado en córtes generales [2].

Provisto de tan amplísimos poderes, partió Felipe de Augsburgo y viniendo á Mantua, Milan y Génova, desembarcó felizmente en Barcelona (12 de julio,

(1) Esta señora habia dado á luz en Cigales, pueblo de Castilla la Vieja, á la infanta doña Ana (1549), que despues fué reina de España y madre de Felipe III.

(2) Cabrera, Hist. de Felipe II. lib. I. cap. III.—Sandoval, lib. XXXI.

1551). Se primer cuidado fué hacerse reconocer en Navarra, donde no lo habia sido todavía, y los navarros le juraron sin dificultad en Tudela por su príncipe y señor natural. Tras él habia venido Maximiliano, rey de Bohemia, el cual no hizo sino recoger á doña María, hermana de Felipe, su esposa, y llevarla consigo á su reino [1].

En este mismo año se realizó tambien el deseo que el emperador habia manifestado de casar su segunda hija doña Juana con el príncipe don Juan de Portugal. Esta princesa, á quien veremos despues rigiendo la Castilla, fué solemnemente recibida en aquel reino por el duque de Abeyro y el obispo de Coimbra.

Los acontecimientos de que habia sido teatro la Europa y que retenian en Flandes y en Alemania á Cárlos V., principal protagonista y alma de todas aquellas escenas durante la infancia y juventud de su hijo Felipe, los dejamos referidos en los capítulos anteriores, y no hay sino cotejar las fechas para ver lo que en cada período de su edad acontecia en el mundo. En el capítulo siguiente consideraremos ya al príncipe Felipe rigiendo con plenos poderes la España, hasta que por abdicacion de su padre le sucedió como rey en todos sus estados hereditarios.

(1) Para poder hacer este viage la reina de Bohemia doña María hija del emperador, tuvo que pedir prestados al arzobispo de Zaragoza don Fernando de Aragon cinco mil ducados, que él le facilitó con mucha complacencia y sin premio é interés alguno.—Panzano. Anal. de Aragon, lib. III. capítulo IX.

CAPITULO XXXII.

FELIPE REGENTE DE ESPAÑA.

FELIPE II. REY.

De 1551 á 1557.

Córtes de Aragon.—Servicio que votaron.—Apuros de numerario en que se veia siempre Cárlos V.—Segundo casamiento de Felipe con María de Inglaterra.—Capítulos matrimoniales.—Disgusto y oposicion del pueblo inglés, y sus causas.—Disturbios y rebeliones: su término: parte que tuvo en ellas la Francia —Viage de Felipe á Inglaterra.—Su recibimiento.—Sus bodas.—Felipe rey de Nápoles y de Inglaterra.—Política de Felipe con los ingleses.—Muerte de doña Juana (la Loca), madre de Cárlos V.—Resuelve el emperador retirarse á España.—Llama á su hijo Felipe para renunciar en él los estados de Flandes.—Ceremonia solemne de la abdicacion en Bruselas.—Discursos notables.—Reconocimiento y jura de Felipe.—Renuncia Cárlos en su hijo los reinos de España.—Proclamacion de Felipe II. en Valladolid.—Odio del papa Paulo IV. á Felipe II.—Intenta despojarle del reino de Nápoles.—Guerra que le mueve.—Templada conducta de Felipe con el papa.—Durísima y muy notable carta del duque de Alba, virey de Nápoles, al pontífice.—Obstinacion de Paulo.—Entra el duque de Alba con ejército en los Estados pontificios.—Amenazan los españoles á Roma.—Consternacion de la ciudad.—Tregua entre Felipe II. y el papa.—Renuncía Cárlos V. el gobierno y administracion del imperio en su hermano Fernando.—Determina encerrarse en el monasterio de Yuste.—Si-

tuacion del monasterio.—Venida del emperador á España.—Desembarca en Laredo.—Curiosos pormenores de su viage.—Entrada de Cárlos V. en el monasterio de Yuste.

Aunque Felipe habia traido tan ámplios y plenos poderes como hemos visto para la gobernacion de estos reinos, las pragmáticas, ordenanzas y provisiones sobre negocios graves seguian espidiéndose por el emperador, y encabezándose con los nombres de don Cárlos y doña Juana. Asi lo fué la convocatoria á Córtes generales de los tres reinos de Aragon, Cataluña y Valencia que despachó al año siguiente (30 de marzo, 1552), para la villa de Monzon. El objeto de estas Córtes, que presidió el príncipe regente, era, como el de casi todas las de aquel tiempo, la esposicion de los gastos y la peticion del servicio. Asi lo manifestó el príncipe Felipe en la proposicion ó discurso que á su nombre leyó el protonotario en la sesion de apertura (5 de julio), reducido á hacer una compendiosa narracion de las guerras que el emperador su padre habia sostenido en Alemania, en Italia y en Francia, y las que habia mantenido para librar las costas de Italia y España de la armada turca conducida por Sinan y Dragut, á ponderar los gastos que asi estas guerras como la celebracion del concilio le habian ocasionado, y á pedir un servicio considerable con que pudiese subvenir á tantas atenciones.

Sirvieron, pues, estas Córtes al emperador con

doscientas mil libras jaquesas en los mismos términos y plazos que las anteriores de 1547, y votaron como entonces, libre y espontáneamente, un donativo de veinte y dos mil libras para el príncipe regente. Fuéronle ademas facilitadas este año al emperador de todas partes crecidas sumas de dinero, y solo el arzobispo de Zaragoza, don Fernando de Aragon, le dió particularmente diez mil ducados (1). Mas ni estos esfuerzos del reino, ni las remesas de oro que venian de Indias, alcanzaban á cubrir los inmensos gastos que tantas y tan frecuentes y generales guerras ocasionaban, y la nacion se empobrecia y el emperador no dejaba nunca de estar empeñado.

Trataba ya Cárlos de casar otra vez á su hijo. Inclinábase Felipe á la infanta doña María de Portugal, hija del rey don Manuel y hermana de la emperatriz su madre. Mas como este matrimonio no se efectuase á causa del inmediato deudo que entre los dos habia, se pensó en otro de mas importancia para el engrandecimiento de Castilla, en el de María de Inglaterra, heredera de la corona de Eduardo VI. Este casamiento no podia ser sino puramente político y de cálculo, porque ni la edad de la princesa, que frisaba ya en los treinta y ocho años cuando Felipe no habia cumplido aun los veinte y siete, ni su carácter y figura la hacian á propósito para inspirar una pasion amorosa. Pero

(1) Coleccion de Córtes, Biblioteca de la Real Academia de la Historia. —Panzano, Anales de Aragon, lib. III, cap. 6.

Cárlos en los últimos años de su imperio no pensaba mas que en el acrecentamiento de sus estados y en el engrandecimiento de su hijo; y Felipe, que tampoco carecia de ambicion, no dudó sacrificar los afectos de hombre á los cálculos de rey (1553); y llamarse rey de Inglaterra y unir este reino á tantos otros como estaba llamado á heredar era cosa que lisonjeaba grandemente al padre y al hijo [1]. Halagaba á María la idea de tener un marido jóven, heredero de tan grandes estados, y descendiente de su misma familia de España; y el catolicismo de Felipe y su devocion que para otras era un defecto, era para María, católica y devota como él, una recomendacion y un aliciente. Asi, cuando á la muerte de su hermano Eduardo heredó el trono de Inglaterra, á las embajadas é instancias que con este motivo se apresuró á enviarle y hacerle Cárlos V. contestó la reina María muy favorablemente, y mostrando en ello la mayor satisfaccion, en términos de ajustarse muy pronto las capitulaciones, y escribir á Felipe, tanto los encargados de negociar el contrato como el emperador su padre (enero, 1554), que viese de acelerar todo lo posible su ida á Inglaterra [2].

(1) Dícese que era tanto el interés de Cárlos V. en no perder aquella buena ocasion de acrecentar su poder, que si el hijo no hubiera condescendido en aquel enlace, estaba resuelto él mismo, á pesar de sus años y sus achaques, á ofrecer su propia mano á la reina de Inglaterra.—Robertson, Hist. de Cárlos V. lib. XI.—Watson. Hist. de Felipe II. lib. I.

(2) Carta del conde de Egmont al príncipe Felipe, de Lóndres, 7 de enero de 1554.—Carta del mismo al príncipe avisándole estar concluido el tratado é insistiendo

Los principales capítulos del tratado de matrimonio eran: que Felipe tendria solo el título de rey de Inglaterra mientras viviese la reina María; pero que ella gobernaria como propietaria el reino, y dispondria de las rentas, oficios y beneficios; que los hijos de aquel matrimonio heredarian los estados de su madre y tendrian los ducados de Flandes y Borgoña, y si moria sin sucesion, el príncipe Cárlos, hijo único de Felipe, sucederia tambien en los estados hereditarios de España y en todos los demas de su padre y abuelo; que Felipe juraria no hacer variacion en las constituciones del reino inglés, ni admitir á su servicio sino vasallos de la reina, ni introducir estrangeros que pudieran alarmar á la nacion, ni la reina se obligaria á sostener guerra alguna entre Francia y España; que en caso de morir la reina sin sucesion, pasaria el trono de Inglaterra á su sucesor legítimo, sin que Felipe reclamára ningun derecho á él [1].

Pero el pueblo inglés estaba muy lejos de mirar y recibir este matrimonio con el gusto que su reina. Ademas del recelo de caer bajo la dominacion de un estrangero, todo lo temia de la ambicion de Cárlos y del carácter despegado y adusto de Felipe; veia ries-

en que apresure su ida. Lóndres 21 de enero.—Cartas del emperador á su hijo, informándole del recibimiento que habian tenido en Inglaterra sus embajadores, y encargándole que aprestase la armada y partiese cuanto antes. De Bruselas, á 21 de enero de 1554. —Archivo de Simancas, Estado, Correspondencia de Inglaterra, leg. núm. 808.

(1) Rymer, Fœdera, tom. XV. Ribier, Memoir. t. II.

gos para su independencia y libertad, y no era lo que menos contribuia á la aversion del pueblo el conocimiento de los principios que profesaba en materias religiosas el príncipe español. Cárlos y Felipe sabian por sus embajadores el espíritu hostil de los ingleses, y ya recelaban algun movimiento. Por lo mismo el emperador procuró establecer las condiciones matrimoniales que menos los pudieran inquietar. Pero era tal la prevencion de los ingleses, que cuanto mas ventajosos aparecian á primera vista los artículos, tanto mas sospechaban la intencion de eludirlos y quebrantarlos una vez realizado el enlace. Como al propio tiempo no faltaba en Inglaterra quien quisiera disputar el trono á la reina doña María, y hubiera tambien un partido grande de descontentos por el designio que á la reina se atribuia de abolir el culto protestante y restablecer el católico, aprovecharon unos y otros el disgusto del pueblo para promover disturbios y rebeliones armadas, que el rey de Francia y los franceses, enemigos y envidiosos de aquel matrimonio, no se descuidaban en fomentar, como claramente se vió por cartas descifradas que se cogieron a embajador francés, de todo lo cual tenian avisos puntuales el emperador y su hijo (1).

Todo el conato de estos era desbaratar las inteli-

(1) Carta del embajador Simon Renard á Cárlos V., á 1.º de febrero de 1554.—Id. del secretario Eraso al príncipe Felipe, de Bruselas, á 3 de febrero de id.—Archivo de Simancas, Estado, Correspondencia de Inglaterra, legajo 808.

gencias de los franceses con los sublevados de Inglaterra, y atraer á los ingleses enemigos del matrimonio, empleando para ello promesas de dinero y aun dádivas. «Y todavía no dejeis, le decia Felipe al embajador Renard, segun que S. M. os lo ha ordenado y yo os escribí, *de hacer los ofrecimientos que os pareciere á los que viéreis algo dudosos y no bien inclinados á este negocio.*» Preveníanse de buena armada para resistir á la que los franceses preparaban para impedir su desembarco, y aunque Felipe pensaba llevar hasta tres mil personas de su casa y córte, con mas seis mil hombres para seguridad de la armada, «sin la gente mareante,» hacía que se escribiese á Inglaterra que no llevaria sino los que no pudiera escusar para su servicio, «porque allá tomaré, decia, de los naturales de aquel reino, para que entiendan que me he de servir y confiar de ellos y hacelles merced como si fuera nacido su natural, y que podrán ver la confianza que yo tengo de ellos en irme á meter en el reino y en su poder sin mas compañía que la dicha [1].»

Afortunadamente para los proyectos del emperador, las rebeliones y turbulencias promovidas por el caballero Tomás Wyat y por los parientes de Juana Grey fueron sofocadas sin otro resultado que pagar los promovedores su atentado en un patíbulo, inclusa

(1) Carta de Felipe al embajador Renard.—Papel escrito de su mano sobre lo que debía escribirse á Inglaterra.—Archivo de Simancas, ubi sup.—Coleccion de documentos inéditos, tom. III.

la misma Juana, á quien no libraron del suplicio sus diez y siete años; recluir en una torre y tener bajo estrecha custodia y vigilancia á Isabel, hermana de María y cómplice en aquellas turbulencias, afianzar la autoridad de la reina, y concluir por hacer al parlamento aprobar su matrimonio [1]. Con esto, y con saber que la reina de Inglaterra estaba cada vez mas decidida y deseaba cada dia mas la realizacion de su casamiento, aprestó Felipe la armada y preparó su viage con arreglo á las instrucciones del emperador, que le prevenia entre otras cosas, el puerto donde habia de darse á la vela y donde deberia desembarcar, la gente de servicio que habia de llevar consigo, juntamente con otras advertencias sobre el modo como se habia de presentar y manejar en el pais [2].

(1) Carta del embajador de Inglaterra á Cárlos V. dándole cuenta de todo, y manifestándole la parte que habia tenido en que se hiciese justicia severa en los culpables.—Del mismo á Felipe, comunicándole los castigos de los conjurados, y exhortándole á que aprestára una armada á causa de los designios de los franceses. De Lóndres, á 19 de febrero.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 808.

(2) Papeles de Estado del cardenal Granvela, tom. IV. Instructions données á Philippe sur la conduite qu'il devrá tenir en Angleterre.—El emperador á Su Alteza en 27 de marzo: Original. Archivo de Simancas, Estado, legajo 808.

Son sumamente curiosas algunas de las advertencias de esta instruccion. «Item, conviene que al entrar S. A. en este reino acaricie á toda la nobleza.... que se deje ver con frecuencia del pueblo; que demuestre no querer apoderarse de la administracion...

»Item, convendrá hacer alguna demostracion con el pueblo, haciéndole esperar benignidad, justicia y libertad.

»Item, mediante que S. A. no sabe el idioma inglés, convendrá que escoja un truchiman, que podrá ser alguno de los ayudas de cámara, para hablar con él, y por fuerza aprenderá algunas palabras inglesas para saludar...

»Item, no conviene en manera alguna que S. A. permita que vayan damas de España por ahora, hasta que se tome determinacion en vista de cómo pasan las cosas.

»Item, no conviene que desem-

Vino á Valladolid el conde de Egmont (mayo), con despachos de haberse celebrado por poderes el desposorio, y con noticia de la impaciencia con que la reina aguardaba al príncipe, de todo lo cual avisó Felipe por cartas á las ciudades y grandes del reino, así como de haber sido llamada de Portugal la serenísima princesa doña Juana su hermana, para que tuviese la gobernacion de los reinos durante su ausencia y la del emperador su padre. Dió á su hermana una larga instruccion de cómo habia de gobernar, puso casa al príncipe Cárlos su hijo, y ordenó todo lo necesario para su partida.

Embarcóse por último el príncipe don Felipe en la Coruña (13 de julio, 1554), con una flota de cerca de ochenta naves, sin contar otras treinta, que á cargo de don Luis de Carvajal quedaron para acabar de recoger los soldados que no habian llegado aun, que mas parecia que iba á hacer una conquista que una boda, y llevando una magnífica y brillante comitiva y un séquito deslumbrador, que en verdad no era muy conforme á lo pactado en los capítulos matrimoniales [1]. A los cinco dias se encontró la flota y se

barquen soldados de los navíos, para evitar las sospechas que promueven los franceses de que S. A. quiere conquistar por la fuerza el reino.

»Item, que los nobles lleven sus armas so color de la guerra que hay entre el emperador y el rey de Francia.

»Item, que S. A. al desembarcar esté armado ocultamente.

»Item, que los navíos estén á la inmediacion de los puertos.»

(1) Iban con el, el duque de Alba, mayordomo mayor, el conde de Feria, capitan de la guardia, Ruy Gomez de Silva, sumiller de corps, el conde de Olivares, el

saludó con la de Inglaterra y de Flandes que habia salido á protegerla contra cualquier tentativa de los franceses. Al séptimo dia surgió en la isla de Wight, y al siguiente desembarcó el príncipe en Southampton, donde le salieron á recibir ocho principales caballeros ingleses enviados por la reina, que le llevaban una preciosa insignia de la órden de la Jarretiera. De alli partieron á Winchester, donde le esperaba la reina con toda la nobleza inglesa, y apeándose el príncipe á la puerta de la catedral entró á hacer oracion. Seis obispos vestidos de pontifical entonaron en union con el cabildo un solemne *Te Deum*, y todos juntos fueron despues á besar las manos de la reina.

La primera entrevista de Felipe y María la refiere asi un testigo de vista español que escribia desde alli: «El príncipe entró por una puerta falsa y subió por un »caracol á una sala á donde estaba la reina..... la »cual le salió á recibir á la puerta con el regocijo »que se puede pensar. Hiciéronse las cortesías de »uso en esta tierra, que es besarse, y fuéronse de las »manos á sus sillas á sentarse debajo de un dosel »muy rico. Su Alteza estuvo muy cortesano con la »reina mas de una hora, hablando él en español y »ella en francés: ansi se entendian, amostróle la

marqués de las Navas, el duque de Medinaceli, el marqués de Pescara, el conde de Chinchon, el de Módica, el de Saldaña, el de Rivadavia, el de Fuentes, don Juan de Benavides, don Fadrique y don Fernando de Toledo, y muchos otros caballeros y señores principales de Castilla.

»reina á decir buenas noches en inglés para que dis- »pidiese á los grandes del reino, de que recibieron »grandísmo contentamiento, etc. [1].»

Antes del dia de la boda, que se fijó para el 25 de julio, llegó el regente Figueroa con pliegos del emperador que contenian la cesion que Cárlos habia acordado hacer de todos los estados de Italia en su hijo Felipe, como dote de este casamiento, y como para contentar á los ingleses, cosa que el príncipe agradeció infinito, y de que la reina se alegró no pocò. Celebráronse las bodas con suntuosa ceremonia y aparato en la iglesia de Winchester. Los dos novios vestian ricos trages á la francesa guarnecidos de oro, perlas y piedras preciosas: la reina llevaba al pecho un diamante y un rubí de gran tamaño y valer, regalo de Felipe, «que todo lo habia bien menester, dice un escritor español, para suplir la hermosura que le faltaba.» Dada la bendicion nupcial por el obispo de Winchester, obsequiaron á los régios consortes con tazas de vino y rebanadas de pan [2]. El canciller del reino hizo saber al pueblo la merced que Felipe acababa de recibir de su padre, y proclamó á Felipe y María

(1) Relacion de Juan de Varaona. MS. de la Biblioteca del Escorial, estante ij—núm. 4.

(2) Acabada la misa, dice el mismo Juan de Figueroa que llevó á Felipe el título de rey de Nápoles, «*anduvieron algunas tazas á dar de beber con el pan bendito*.»—Carta de Figueroa á Cárlos V. de 26 de julio. Archivo de Simancas, Estado, leg. 808.—«Acabada la misa, dice Varaona, »dieron á sus Magestades *sendas »rebanadas de pan y sendas ve- »ces de vino*, y ansi lo hicieron »con los embajadores y grandes »que alli estaban.»—Manuscritos de la Biblioteca del Escorial.

reyes de Inglaterra y de Francia, de Nápoles y Jerusalen, de Escocia, príncipes de las Españas, archiduques de Austria, duques de Milan, de Borgoña y de Brabante, condes de Flandes y del Tirol, etc. Repitióse esto tres veces, y concluida toda la ceremonia fuéronse los reyes á comer acompañados de todos los grandes, ingleses y españoles. Al dia siguiente no se dejó ver de nadie la reina, segun costumbre del pais, y el postrero de julio pasaron al palacio de Windsor.

El efecto que produjo en los ingleses la presencia de Felipe fué menos desfavorable que lo que ellos mismos esperaban por los retratos que de él les habian hecho los franceses; asi como la reina pareció á los españoles peor de lo que habian creido (1). La reina se mostraba muy enamorada del rey, y el rey sumamente complaciente con la reina. En cuanto á los ingleses, no podian soportar que Felipe, contra lo pactado en los capítulos matrimoniales y contra sus propias promesas, hubiera llevado consigo tantos españoles para el servicio completo de su casa, y mas cuando le tenian ya nombrados los oficiales de palacio, altos y bajos, todos ingleses. Esto dió ocasion al principio á sérias rivalidades y choques entre los de una y otra nacion. Para contentar á los ingleses apeló Felipe á las mercedes y regalos, que les distribuyó

(1) «La reina, decia Ruy Gomez de Silva al secretario Eraso, es muy buena cosa, aunque mas vieja de lo que nos decian.»—Coleccion de documentos inéditos, tom. III. pág. 527.

con una largueza que no era de su carácter. El espediente surtió el efecto que él se proponia, pero los españoles estaban temiendo siempre que faltando el dinero, volvieran las pendencias, y que hasta los echáran de allí de un modo algo violento [1].

En poco estuvo que Felipe no fuera reconocido heredero presuntivo del trono de Inglaterra, no obstante la condicion del pacto de matrimonio. La reina, ó por amor á su marido, ó por sugestion de éste, lo proponia asi ya; pero el parlamento, que habia consentido en el enlace, cejó en este punto y se mantuvo negativo en cuanto á dar mas autoridad al príncipe español. La crueldad con que la reina María trató y persiguió á los protestantes ingleses, los medios violentos de que se valió para abolir el culto reformista y restablecer la religion católica en Inglaterra, las terribles pesquisas que estableció para investigar los delitos de heregía, y la sangre de los adictos á la reforma con que enrojeció los patíbulos, inspiró á Felipe un sistema de política que halagára á los ingleses: mostróse tolerante, templó el rigor de la reina, obtuvo la libertad de algunos presos ilustres, intercedió por

(1) «Y mia fé, decia Ruy Gomez de Silva en otra carta al secretario Francisco Eraso, aunque en todas partes sirve mucho el interés, en esta mas que en todas las del mundo, porque no se hace nada bien sino es con dinero en mano, y deste traemos todos tan poco, que no sé, si nos vienen á caer en ello, si escaparemos con vida; al menos sin honra podrá ser, porque nos darán mil palos.»—«Hay, decia tambien, grandes ladrones entre ellos, y roban á ojos vistas. Esta ventaja hacen á los españoles, que nosotros lo hacemos con maña y ello por fuerza.»

la princesa Isabel, cuya causa era popular en todo el reino, y hasta hizo predicar públicamente y en su presencia en favor de la tolerancia. Verdad es que generalmente se desconfiaba de la sinceridad de sus sentimientos, y que por temor á sus ulteriores miras y al engrandecimiento de su poder, negó el parlamento al emperador el auxilio que le pedia contra la Francia; pero es tambien cierto que con su política habia ido logrando Felipe modificar la desfavorable prevencion del pueblo inglés. Las guerras que con motivo de este matrimonio suscitaron los franceses á Cárlos V. las dejamos ya referidas en el capítulo XXVIII. Felipe permaneció en Inglaterra mientras tuvo esperanzas de sucesion, y hasta que el emperador le llamó para abdicar en él los estados de Flandes.

Ya dijimos las graves consideraciones que habian movido á Cárlos V. á concebir el pensamiento y formar la resolucion de desprenderse de tantas coronas como llevaba sobre su cabeza, y de renunciar á su inmenso poder y á las agitadas glorias del mundo, para ir á buscar su descanso en la soledad de un retiro. Una de las causas que le habian impedido realizar antes su pensamiento era vivir todavía su madre doña Juana, reina propietaria de Castilla y Aragon, en cuyo nombre, antes y al lado del de su hijo, se espedian todos los despachos y ordenanzas, y ni de ella se podia obtener fácilmente por su enagenacion

mental, ni de los castellanos por el amor á su reina, el consentimiento de hacer á Felipe soberano de Castilla viviendo doña Juana. Pero esta señora, que hacía cincuenta años vivia retirada y como muerta para el mundo en Tordesillas, adoleció en enero de 1555 de una enfermedad terrible y penosa (1), que la llevó en pocos meses y en medio de acerbos dolores y tormentos al sepulcro (11 de abril, 1555), viéndose con maravilla, que momentos antes de espirar recobró su razon tan largos años trastornada, y siendo las últimas palabras que pronunció: «Jesucristo crucificado sea conmigo.»

Desaparecido que hubo este obstáculo, y subsistentes los demas motivos que le impulsaban á su estraña determinacion, llamó Cárlos V. á su hijo, que

(1) De la terrible enfermedad de la desgraciada reina doña Juana (la Loca) da harto triste idea la siguiente carta del marqués de Denia, á cuyo cuidado estaba, al rey don Felipe, que hemos copiado del Archivo de Simancas.

«S. C. M.—Los dias passados »screví á V. M. dando noticia del »mal de la Reyna Nuestra Señora, »que parece que va mas adelante; »ya se ha recibido lo que es, que »es tener muchas llagas en las ca»deras y mas abaxo, y por no »cansar á V. M. dexo de decir lo »que se ha passado para ha»cerle tomar dos colchones, y en »este medio con suplicarle mos»trase á la marquesa lo que tenia »y que de otra manera seria for»zado que las dueñas lo viesen; »respondió como suele con no »querer hacerlo; no sé si con »temor que las dueñas no hiciesen »alguna cosa, ó que Nuestro Señor »la alumbró, pidió un poco de »agua caliente para lavarse aque»llas partes donde estaban aque»llas llagas, y púsose de manera y »en parte que la marquesa y el do»tor la pudiesen ver, y asi ordenó »el dotor una agua para en lugar »de la con que se lavaba S. A. se »lavase con ella, y asi se hizo; »pareció algunos dias que avia al»guna mejoría, cada dia he avisa»do á la Serenísima princesa, etc. »De Valladolid, 2 de marzo de »1555.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 113.

En el propio sentido hay cartas de la princesa, del médico y de San Francisco de Borja, que se halló á su muerte.

se hallaba en Inglaterra. Llegó éste acompañado de muchos caballeros españoles é ingleses. Despachó el emperador cartas convocatorias á todos los estados de los Paises Bajos (25 de setiembre, 1555), mandándoles que se hallasen congregados por sí ó por procuradores en Bruselas para el 14 de octubre, anunciándoles su resolucion de ceder solemnemente á presencia suya el señorío de los estados de Flandes y Brabante en el príncipe don Felipe su hijo, rey de Nápoles y de Inglaterra, á cuyo fin deberian ir provistos de los correspondientes poderes para aceptarle y reconocerle por su soberano y señor natural. Reunidos en virtud de esta convocatoria los representantes de todos los estados, hechas las escrituras que sobre ellos habia de otorgar, y preparado magníficamente un gran salon en su palacio, celebró primeramente capítulo del Toison de Oro, para renunciar en su hijo el maestrazgo de la insigne órden de caballería de la casa de Borgoña, encargándole procurára mucho mantener la dignidad y grandeza de tan honrosa insignia militar.

Procedió despues al acto solemne de la abdicacion. Presentóse el emperador en trage de luto por la muerte de su madre la reina doña Juana, acompañado del rey don Felipe su hijo, de la reina viuda de Hungría su hermana, de su sobrino Manuel Filiberto de Saboya, y de todos los caballeros y embajadores que se hallaban en la córte. Sentóse Cárlos V. en un

sillon un tanto elevado, y mandó sentar á su lado á las personas de su imperial familia; hiciéronlo los demas en los asientos que les estaban preparados. Fueron luego entrando y colocándose frente á SS. MM. los representantes de los estados, primeramente los de Brabante, los de Flandes despues, y en seguida los demas por el órden que les correspondia. Los gentiles hombres y demas que constituian la servidumbre imperial y real, permanecieron en pie [1]. Eran las tres de la tarde del 25 de octubre (1555). Levantóse entonces el príncipe Filiberto de Saboya, presidente del consejo de Flandes, y en medio de un imponente silencio, pronunció un largo y grave discurso que comenzaba asi: «Si bien, grandes y clarísimos varones, »de las cartas que por mandado del emperador ha»beis recibido, podreis en parte haber entendido la »causa para que os habeis aqui ayuntado, con todo »eso ha querido su Cesárea Magestad que agora y en »éste lugar mas larga y claramente os sea por mí »declarada.» Despues de una breve reseña de la vida del emperador, y viniendo á las razones que á tomar aquella resolucion le movian, contando como una de las primeras el cansancio y los padecimientos mas que la edad, añadió: «Y no solo por esta causa le»vanta el César la mano y se descarga de esta mo-

(1) Documento titulado: *«La forma que usó el Emperador cuando hizo la cesion y renunciacion de los Paises Bajos en la persona del Rey nuestro Señor.»* Copiado del Archivo de Simancas, papeles de Estado, núm. 615.

»narquía, poniendo en su lugar otro que para el go»bierno de sus estados sea su igual y tán idóneo, »sino por otras muchas causas que le incitan, mueven »y fuerzan á ello. Quéjanse los españoles que ha doce »años que no vieron la cara de su rey, y cada hora y »momento claman por él; lo mismo desean los de »Italia; los de Alemania de dia y de noche piden la »presencia de su príncipe: á los cuales todos hubie»ra el César satisfecho y dádoles gusto, si la gran »falta de salud no le impidiera, y le forzará á dar el »remedio que agora se trata. Habeis visto y sabido á »qué estado le ha traido su fuerte mal, y aqui pre»sente lo veis, y no sin gran dolor. No está por cier»to el César en edad que no fuera muy bastante para »gobernar, mas la enfermedad cruel, á cuya fuerza »no se ha podido resistir con todos los medicamentos »y medios humanos, esta enemiga le ha tratado asi, »derribado, postrado su caudal y fuerzas. Es un mal »terrible é inhumano el que se ha apoderado de S. M., »tomándole todo el cuerpo, sin dejarle por dañar »parte alguna desde la cabeza á la planta del pie. »Encógensele los nervios con dolores intolerables, »pasa los poros el mal humor, penetra los huesos »hasta calar los tuétanos ó meollos, convierte las co»yunturas en piedra, y la carne vuelve en tierra; »tiene el cuerpo de todas maneras debilitado sin »fuerzas ni caudal, tiene los pies y manos como con »fuertes prisiones ligadas, los dolores contínuos le

»atraviesan el alma, y asi su vida es un largo y cru»do martirio. Quiso el Señor, justo, santo, sabio y »bueno, dar al César en lo que resta de su vida tal »guerra con un enemigo cruel, invencible y duro. »Y porque las humedades, aires y frialdad de Flandes »le son totalmente contrarias y el temple de España »es mas apacible y saludable, S. M. ha determina»do con el favor divino de pasar allá, y antes de par»tirse renunciar en su hijo el rey don Felipe y en»tregarle los estados de Flandes y Brabante. Sintiera »mucho el César y le llegara al alma, si despues de »haber padecido tantos trabajos por mar y por tierra »por vuestra defensa y tranquilidad, cayérades en »algun trabajo, pérdida ó daño por causa de su au»sencia y falta de príncipe que os defenderá y am»parará. Una sola cosa le consuela en esta determi»nacion y mudanza que hace, movido y guiado por »la mano de Dios, y no por codiciar la ociosidad, ni »amar el descanso, ni tampoco forzado, ni por miedo »de algun enemigo, sino por desear y querer lo que »os está mejor, os pone y entrega debajo del gobier»no del rey don Felipe que está presente, y su hijo »único, natural y legítimo sucesor, á quien poco ha »jurastes por vuestro príncipe, que está en edad pro»pia, varonil y madura para os gobernar, y casado »con la reina de Inglaterra, y para bien de estos es»tados juntado con ellos aquella isla.... Por lo cual »tiene por cosa muy conveniente á Flandes y á todos

»sus reinos traspasar en él, ceder y renunciar como »poco ha comenzó, todos sus reinos y estados, porque »yéndole entregando en esta manera los estados, se »entenderá mejor con ellos y acertará á gobernarlos, »que si de golpe ó juntamente le echase la carga de »todos sus reinos y señoríos, con tanto peso apremia- »do, para mal suyo, y de todos daria con la carga en »el suelo....»

Absortos todos con la grandeza y novedad del acto y con la elocuencia del discurso que acababan de oir, quedáronlo mas cuando vieron al emperador levantarse, y apoyando la mano derecha sobre un báculo, la izquierda sobre el hombro de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange, comenzó á decir á la asamblea:

«Si bien Filiberto de Bruselas bastantemente ha »dicho, amigos mios, las causas que me han movi- »do para renunciar estos estados y darlos á mi hijo »para que los tenga, posea y gobierne; con todo eso »os quiero decir algunas cosas con mi propia boca. »Acordárseos ha que á 5 de febrero de este año se »cumplieron cuarenta en que mi abuelo el empera- »dor Maximiliano, siendo yo de quince años de edad, »en este mismo lugar y á esta misma hora me eman- »cipó y sacó de la tutela en que estaba, y hizo señor »de mí mismo.....» Continuó refiriendo varios antecedentes de su vida y actos de su gobierno, y pronunció aquellas célebres palabras que con dificultad

habrá podido proferir otro soberano en el mundo: «Nueves veces fuí á Alemania la Alta, seis he pasado »en España, siete en Italia, diez he venido aqui á »Flandes, cuatro en tiempo de paz y de guerra he »entrado en Francia, dos en Inglaterra, otras dos fuí »contra Africa, las cuales todas son cuarenta, sin »otros caminos de menos cuenta que por visitar mis »tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho »veces el mar Mediterráneo, y tres el Océano de Es»paña, y agora será la cuarta que volveré á pasarlo »para sepultarme, por manera que doce veces he pa»decido las molestias y trabajos de la mar.... La mi»tad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras, »de las cuales puedo decir con verdad que las hice, »mas por fuerza y contra mi voluntad, que buscán»dolas ni dando ocasion para ellas. Y las que contra »mí hicieron los enemigos resistí con el valor que to»dos saben......» Despues de esponer las causas por que habia diferido este acto que hacia tiempo tenia pensado, y de dar á los flamencos varios consejos saludables, concluyó con estas notables palabras, que le honran mas que los hechos mas brillantes de su vida como guerrero y como emperador: «En lo que »toca al gobierno que he tenido, confieso haber er»rado muchas veces, engañado con el verdor y brio »de mi juventud y poca esperiencia, ó por otro de»fecto de la flaqueza humana. Y os certifico que no »hice jamás cosa en que quisiere agraviar á alguno

»de mis vasallos, queriéndolo ó entendiéndolo, ni per»mití que se les hiciese agravios; y si alguno se pue»de de esto quejar con razon, confieso y protesto aqui »delante de todos que seria agraviado sin saberlo yo, »y muy contra mi voluntad, y pido y ruego á todos los »que aqui estais me perdoneis, y me hagais gracia de »este yerro ó de otra queja que de mí se pueda te»ner [1].»

Volviéndose luego á su hijo, le dijo derramando lágrimas, entre otras cosas, lo siguiente: «Tened in»violable respeto á la religion: mantened la fé católi»ca en toda su pureza; sean sagradas para vos las le»yes de vuestro pais; no atenteis ni á los derechos ni »á los privilegios de vuestros súbditos; y si algun dia »deseáreis como yo gozar de la tranquilidad de una »vida privada, ojalá tengais un hijo que por sus virtu»des merezca que le cedais el cetro con tanta satis»faccion como yo os lo cedo agora.»

Y diciendo esto, cayó casi desfallecido en la silla. Habiéndole oido todos con religiosa atencion, y las lágrimas surcaban las megillas de casi todos los miembros de aquella asamblea. El emperador lloró con ellos, y sollozando les dijo para despedirse: «Quedáos »á Dios, hijos, quedáos á Dios, que en el alma os lle»vo atravesados.»

(1) El obispo Sandoval insertó íntegros estos discursos en su historia. Es muy estraño que Robertson se contentára con hacer un ligerísimo resúmen de ellos, siendo tan interesantes.

Respondió á nombre de los Estados el síndico de Amberes en una larga y bien razonada oracion, manifestando lo sensible que les era su ausencia, asegurando que seria en todo cumplida su voluntad imperial, y pidiendo á Dios que diera próspero y feliz viaje al César y á su hermana la reina doña María. Levantóse entonces Felipe, púsose luego de rodillas delante del emperador, dióle sumisamente las gracias por la merced que recibia, manifestó que aceptaba la cesion y trasmision de los estados de Flandes, y que procuraria gobernarlos en justicia con el favor de Dios. Dirigiéndose despues á la asamblea: «Quisiera, »dijo, haber deprendido tan bien á hablar la lengua »francesa, que en ella os pudiera decir larga y ele»gantemente el ánimo, voluntad y amor entrañable »que á los estados de Flandes tengo: mas como no »puedo hacer esto en la lengua francesa ni flamenca, »suplirá mi falta el obispo de Arrás, á quien yo he »comunicado mi pecho, y os pido que le oigais en mi »nombre todo lo que dijere, como si yo mismo lo di»jera.»

Habló pues Granvela, obispo de Arrás, ponderando el celo de Felipe por el bien de sus nuevos súbditos. Levantóse despues de él la reina doña María, hermana del emperador y gobernadora de Flandes, y en otro discreto razonamiento hizo la reseña del gobierno que por espacio de veinte y cinco años tan acertadamente habia ejercido. A todos contestó en nombre de

los estados el abogado Màés, dando gracias muy cumplidas á los que hasta entonces los habian regido, y haciendo protestas de adhesion y fidelidad á su nuevo soberano. Con esto terminó aquel solemnísimo acto, y se disolvió la asamblea para volver á reunirse á los dos dias siguientes (27 de octubre) bajo la presidencia de Felipe, que entró en ella acompañado de los caballeros del Toison. Alli juró el nuevo rey solemnemente guardar las leyes, privilegios y libertades de las provincias, y ellas le juraron obediencia y fidelidad, haciéndolo sucesivamente los diputados de Brabante, Flandes, Limburgo, Luxemburgo y Güeldres; y lo mismo ejecutaron despues particularmente algunas que no se hallaban alli representadas [1].

Una vez resuelto el emperador Cárlos V. á pasar el resto de sus dias en el sosiego y el reposo, era natural que siguiese descargándose del peso de los demas estados y coronas que aun conservaba, y asi lo anunció al poco tiempo á los caballeros españoles de su servidumbre, manifestándoles el pensamiento que tenia de dejar tambien los reinos de España á su hijo, como habia hecho con los de Flandes. En efecto, á las pocas semanas (16 de enero, 1556) en su misma ciu-

(1) La carta oficial de la abdicacion de Cárlos V. es de fecha 26 de octubre en Bruselas.

Adviértese gran divergencia en los historiadores en cuanto al dia preciso de la ceremonia solemne de la cesion; pero los documentos del Archivo de Simancas no dejan duda de que fué el 25. El mismo Sandoval se equivocó al señalar el 28, y bien se nota la contradiccion en que incurre, cuando mas adelante pone él mismo el acto de la jura en el 27, que fué dos dias despues.

dad de Bruselas entregó al secretario Francisco de Eraso la carta de renunciacion, en que dejaba y traspasaba á su hijo el rey don Felipe los reinos de Leon, Castilla y Aragon [1], y escribió á todos los prelados, grandes, caballeros y ciudades de España, dándoles conocimiento de su determinacion, y pidiéndoles encarecidamente la llevasen á bien, y fuesen tan leales vasallos de su hijo como lo habian sido suyos. El rey don Felipe escribió tambien, confirmando los poderes de regente á la princesa doña Juana su hermana. En su virtud, á las tres de la tarde del 28 de marzo (1556) se levantaron pendones en la plaza mayor de Valladolid por el rey don Felipe á presencia de la grandeza y del pueblo. El príncipe don Cárlos su hijo era el que llevaba el pendon, y el que proclamó en voz alta: «Castilla, Castilla por el rey don Felipe nuestro señor!!» y se paseó el estandarte por las calles de la ciudad, marchando delante los reyes de armas.

La crudeza de la estacion y el rigor de sus padecimientos obligaron á Cárlos V. á diferir todavía por algun tiempo su viage á España. Aprovechó pues su estancia en Flandes para ajustar con Enrique II. de Francia en las conferencias que al efecto se tuvieron

(1) «Conoscida cosa sea, empieza la carta de renuncia, á todos los que la presente carta de cesion, renunciacion y refutacion vieren, como Nos don Cárlos por la divina clemencia Emperador siempre augusto, etc.» La cesion está hecha en términos amplísimos y esplícitos, y la presenciaron como testigos sus dos hermanas las reinas de Francia y de Hungría, el príncipe Filiberto de Saboya, el duque de Medinaceli, el conde de Feria, el marqués de Aguilar, el de las Navas y otros muchos personages.

en la abadía de Vancelles, cerca de Cambray, una tregua de cinco de años. Deseábalo con ánsia, no solo por interés de su hijo Felipe, sino tambien por la satisfaccion de dejar, al tiempo de venir, la Europa tranquila. Asi fué que accédió á condiciones ventajosas para el francés, como era la de dejarle en posesion de lo que había conquistado en Saboya y en las fronteras de Alemania (6 de febrero, 1556). Disgustó aquella tregua al pontífice Paulo IV., que, enemigo del emperador y mas todavía de su hijo Felipe, á quien aborrecia mortalmente, tenia interés en avivar la enemiga de la Francia contra Cárlos y Felipe. Disimuló, sin embargo, y con una doblez nada digna del pastor universal de los fieles, mientras de público enviaba embajadas á las córtes de Bruselas y París con el fin aparente de que los tres soberanos aceptáran su mediacion para establecer una paz sólida y durable, de secreto encargaba á su sobrino el cardenal Caraffa que por todos los medios incitase al monarca francés á invadir los estados de Felipe II. en Italia, pintándole la ocasion como la mas oportuna para apoderarse de Nápoles, objeto hacía cincuenta años de la ambicion de los monarcas franceses, añadiendo que el papa tenia ya alistado un ejército considerable para unirle á la division francesa y arrojar de Nápoles á todos los españoles.

Por mas que no faltó quien trabajara é influyera en opuesto sentido con el rey Enrique II., el cardenal Caraffa con sus incesantes intrigas logró reducirle á

que firmára una nueva liga con el papa contra Cárlos y Felipe, que dando al traste con la tregua de Vancelles habia de encender la guerra en Italia y en los Paises Bajos. Entonces el papa arrojó la máscara con que hasta alli se habia cubierto, perdió toda moderacion, se dejó arrebatar de su ódio contra Felipe, cometió toda clase de violencias contra los españoles, encarceló y maltrató entre otros á Garcilaso de la Vega, al enviado mismo de España, escomulgó á los Colonas, ejecutó otras muchas venganzas y desmanes en todos los adictos á los españoles, y en su ciega indignacion hizo entablar contra el mismo Felipe II., en pleno consistorio, una acusacion jurídica para privarle del reino de Nápoles, so pretesto de que habia faltado á la fidelidad que debia á la Santa Sede por la investidura de aquel reino, concediendo á los escocomulgados Colonas un asilo en sus estados. y hasta proporcionándoles armas para atacar los estados de la Iglesia. Hizo mas. A peticion del abogado del consistorio, asintió el papa á citar al rey Felipe ante el tribunal, declarando que para las formas que se habrian de seguir en tan importante proceso se pondria de acuerdo con los cardenales (1).

(1) Pallavic. Hist. del Concil. lib. XIII.—Herrera, Hist. de Felipe II. lib. I.—Correspondencia de Felipe II. con su tio don Fernando: Coleccion de documentos inéditos, tom. II.

Las causas, todas injustas, interesadas y de mala especie, del ódio rencoroso é injustificable del papa Paulo IV, aun desde antes de ser cardenal, á Cárlos V. y Felipe II., y los motivos que le impulsaron á desplegar contra ellos tanta saña, se hallan esplicadas en Salazar, Glorias de la casa Farnese (desde la pág. 246)—Lo mismo

En honor de la verdad, mientras el papa Paulo IV. procedia con un encono y una saña tan impropios de su sagrada dignidad, Felipe II se conducia con el pontífice con una moderacion y una templanza que hubiera debido servir de ejemplo al gefe de la Iglesia. Sentia tener que tomar las armas contra una autoridad que siempre habia reverenciado, y sin faltarle al respeto, y antes de romper con el padre comun de los fieles, consultó con una junta de teólogos españoles, los cuales le respondieron, que puesto que habia apurado infructuosamente las reflexiones y las súplicas para hacer entrar en razon al pontífice, y no habia otro medio de poner coto á sus violencias é injusticias, las leyes divinas y humanas le autorizaban y daban derecho para defenderse con la guerra, y aun para atacar si era menester.

Menos escrupuloso ó mas franco que él el duque de Alba, nombrado virey de Nápoles y encargado de la defensa de aquel reino, no solo preparaba ejércitos para resistir al pontífice, sino que escribia á Su Santidad con la dureza y el rigor que espresa la notable carta siguiente (Nápoles 21 de agosto, 1556):

«Santísimo señor: He recibido el breve que me

se halla confirmado en la correspondencia de Bernardo Navagiero, embajador de Roma, que existe en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia. A 58 y A 59. Por ella se ve las vehementísimas palabras que muchas veces profería aquel arrebatado pontífice contra Cárlos y contra Felipe.—Tambien puede verse el Códice A 25, en que hay cartas de Felipe II. manifestando la manera como Paulo habia comenzado á desfogar su rabia contra él en cuanto subió al pontificado.

»trajo Domínico del Nero, y entendílo de él lo que »Vuestra Santidad me ha dicho en otra ocasion á boca, »que en efecto es y ha sido querer allanar y justificar »los grandes y notorios agravios hechos á S. M. C. mi »señor, los mismos que yo envié á representar á »Vuestra Santidad, con el conde de San Valentin. Y »porque las respuestas de V. S. no son tales que basten »á justificar y excusar lo hecho, no me ha parecido »necesario usar de otra réplica, mayormente habien»do V. S. despues procedido á cosas muy perjudicia»les y agravios muy pesados, que muestran abierta»mente, no solo que no hay arrimo verdadero para »fiar de las palabras de V. S., cosa que en el hombre »mas bajo se tiene por infamia, sino tambien que »tal sea la voluntad é intencion de V. S. Y porque »Vuestra Santidad me quiere persuadir á que yo de»ponga las armas, sin ofrecer por su parte ninguna »seguridad á las cosas, dominios y estados de Su Ma»gestad Católica, mi señor, que es lo que solamente »se pretende, me ha parecido, por mi postrera escu»sacion y justificacion de mi paciencia y razon, en»viar con esta á Pirro de Lofredo, caballero napolita»no, para hacer saber á V. S. lo que por otras mias »algunas veces he hecho, y es, que siendo S. M. Ce»sárea y el rey Felipe, mis señores, obedientísimos y »verdaderos defensores de la Santa Sede Apostólica, »hasta ahora han disimulado todo lo posible y sufrido »con inimitable tolerancia todas las gravísimas y con-

»tínuas ofensas de V. S., cada una de las cuales ha »dado ocasion de resentir de la manera que convenia, »habiendo V. S. desde el principio de su pontificado »comenzado á oprimir, perseguir, encarcerar y pri»var de sus bienes los buenos servidores, criados y »aficionados de SS. MM. mis señores, y habiendo »despues solicitado á importunado príncipes, poten»tados y señorías de cristianos, para hacerlos entrar »en la liga consigo para daño de los estados, domi»nios y reinos de SS. MM., mandando tomar sus »correos y de sus ministros, quitándoles sus despachos »y abriendo los que llevaban, cosa por cierto que solo »los enemigos la suélen hacer, pero nueva y que causa »horror á todo el mundo, por no haberse jamás visto »practicada por un pontífice con un rey tan justo y ca»tólico como es el mio, y cosa, en fin, que V. S. no »podrá quitar de la historia el feo lunar que causará »á su nombre, pues ni aun la pensaron aquellos anti»papas cismáticos que les faltó poco ó nada para llenar »de heregías la cristiandad.....

»Demas de esto, V. S. ha hecho venir gente es»trangera en las tierras de la Iglesia, sin poderse con»jeturar otro fin de esto que el de una dañada inten»cion de querer ocupar este reino (Nápoles); lo cual »se confirma con ver que V. S. secretamente ha le»vantado gente de á pié y de caballo, y enviado »buena parte de ella á los confines; y no cesando de »su propósito ha mandado tomar en prision y ator-

»mentar cruelmente á Juan Antonio de Tarsis..... in»humanidad sin duda mas natural de un tirano que »de un santo pastor. Y aun no contento ni satisfecho »el cruel ánimo de V. S., ha carcerado y maltra»tado á un hombre como Garcilaso de la Vega, criado »bueno de S. M., que habia sido enviado á V. S. á »los efectos que bien sabe..... Todo lo cual, y otras »muchas cosas, como está dicho, se han sufrido mas »por el respeto que se ha tenido á la Santa Sede »Apostólica y al bien público que no por otras causas, »esperando siempre que V. S. hubiere de reconocer»se y tomar otro camino.....

»Empero viendo que la cosa pasa tan adelante, y »que ha permitido V. S. que en su presencia, el pro»curador, abogado y fiscal de esa Santa Sede, hayan »hecho en consistorio tan injusta, inícua y temeraria »instancia como la de que el rey mi señor fuese qui»tado del reino, aceptándolo y consintiendo V. S. con »decir que lo proveeria á su tiempo..... habiendo »Vuestra Santidad reducido últimamente á S. M. en »tan estrecha necesidad, que si cualquiera muy obe»diente hijo fuese de esta manera de su padre opri»mido y tratado, no podria dejar de se defender y le »quitar las armas con que le ofender quisiese; y no »pudiendo faltar á la obligacion que tengo como mi»nistro á cuyo cargo está la buena gobernacion de »los estados de S. M. en Italia, ni aguantar mas que »V. S. haga tan malas fechurías y cause tantos opro-

»bios y deshonores á mi rey y señor; faltándome ya »la paciencia para sufrir los dobles tratos de Vuestra »Santidad, me será forzado, no solo no deponer las »armas como V. S. me dice, sino proveerme de nue- »vos alistamientos que me den mas fuerza para la »defension de mi dicho rey y señor y de estos esta- »dos, y aun para poner á Roma en tal aprieto que »conozca en su estrago se ha callado por respeto, y »se sabe demoler sus muros cuando la razon hace que »se acabe la paciencia.....

«Por todo lo cual, lo justo y provechoso que es »este medio propuesto [1], pues V. S. ha sido creado »pastor que guarda las ovejas, no lobo hambriento »que las destroze, y aunque es tan altísima su digni- »dad es únicamente dirigida á mantener la Iglesia en »paz, no á querer hacer papel en el teatro del mun- »do en cosas puramente suyas, ni V. S. tiene facul- »tades para dar ni quitar coronas ni reinos; me pro- »texto á Dios, á V. S. y á todo el mundo, que si V. S. »sin dilacion de tiempo no quiere quedar servido de »hacer y ejecutar cada parte y todo lo sobredicho, »que se reduce únicamente á que no sea ni quiera »ser padrastro de quien solo debe ser padre, yo pen- »saré con toda ligereza, y sin que despues sirvan »respetos humanos, el modo de defender el reino á

(1) El medio que le proponia era, que mandára asegurar á S. M. y le asegurára en efecto no ofenderle ni en aquel reino ni en otros estados y dominios, ofreciéndose el duque á hacer lo mismo con S. S. en nombre del emperador y rey sus señores.

»la magestad del rey mi señor en aquellas mejores
»maneras que pudiere; que siendo asi, creo y espero
»en el favor divino no ha de ser nada próspero á V. S.,
»pues verá, como lo prometo en nombre de mi rey y
»señor y por la sangre que hay en mis venas, titu-
»bear á Roma á manos del rigor; y V. S., aunque
»entonces será tambien respetado como ahora, no
»podrá librarse de las furias y horrores de la guerra,
»ó tal vez de las iras de algun soldado notablemente
»ofendido de las acciones fieras que con bastantes ha
»hecho V. S.; y cuando mejor libre, no perderá la
»fama eterna en el mundo de que abandonó su igle-
»sia por adquirir dominios para sus deudos, olvidán-
»dose de que nació pastor y se convirtió en lobo.

»De todo lo cual doy á V. S. aviso para que re-
»suelva y se determine á abrazar el santo nombre
»de padre de la cristiandad y no de padrastro, ad-
»virtiendo de camino á V. S. no dilate de me de-
»cir su determinacion, pues en no dármela á los ocho
»dias, será para mí aviso de que quiere ser padrastro
»y no padre, y pasaré á tratarlo, no como á esto sino
»como aquello. Para lo cual, al mismo tiempo que
»esta escribo, dispongo los asuntos para la guerra,
»ó por mejor decir, doy las órdenes rigorosas para
»ella, pues todo está en términos de poder enderezar
»á donde convenga; y los males que de ello resulta-
»sen, vayan sobre el ánimo y conciencia de V. S.,
»pues en su mano está elegir el bien ó el mal, y si

»este abraza será señal de su pertinacia, y Dios dis»pondrá su castigo.... De Nápoles á 21 de agosto de »1556.=Santísimo Señor.=Puesto está á los santísi»mos pies de V. S. su mas obediente hijo.=El du»que de Alba [1].»

Esta durísima carta, escrita por el hombre de la confianza íntima de Felipe II., en su nombre, y sin duda con su consentimiento y aprobacion [2], no bastó para hacer al papa desistir de sus proyectos contra Felipe, puesto que el duque de Alba se vió obligado á realizar sus amenazas penetrando en el territorio de la Iglesia con un ejército de doce mil hombres veteranos y aguerridos, los cuales se fueron apoderando de las plazas, de las unas por fuerza, de las otras por cobardía ó traicion de los habitantes ó de las tropas del pontífice. Para no ser acusado de irreligioso usurpador del patrimonio de la Iglesia, tuvo el de Alba la política de declarar que tomaba posesion de las plazas á nombre del sacro colegio y solo hasta la eleccion de otro pontífice. Los españoles estendian sus correrías hasta las puertas mismas de Roma, con lo cual, consternada la ciudad é intimidados

(1) MS. de la Biblioteca del duque de Osuna.—Esta carta, aunque no íntegra, la publicó en 1589 en Madrid Alejandro Andrea, napolitano, y despues se ha insertado entera en la Coleccion de documentos inéditos, tom. II.

(2) Así se deducé claramente de cartas posteriores del mismo Felipe II., que continuó valiéndose de el de Alba para todo y dispensándole cada dia mas confianza. Biblioteca del duque de Osuna; Correspondencia entre Fernando I. emperador de Alemania, y Felipe II. rey de España desde marzo de 1556 hasta enero de 1563.

los cardenales, intercedieron con S. S. y le instaron á que propusiera al general español un armisticio. Hízolo asi Paulo IV., ya por calmar la agitacion de Roma, ya por ganar tiempo para ver si le llegaban los socorros que esperaba de Francia: y el virey de Nápoles aceptó la proposicion del pontífice, porque sabía que su soberano deseaba la terminacion de una guerra que habia emprendido con disgusto. Firmóse pues una tregua de cuarenta dias (setiembre): mas en tanto que se negociaba la paz, la llegada á Roma de una remesa de dinero de Francia, y la de una hueste francesa, precursora de otras que seguian el mismo camino, volvian á dar ánimos al pontífice, que se empeñó nuevamente en llevar adelante la guerra.

Mientras esto pasaba, Cárlos, despues de hacer la última tentativa y el último esfuerzo para ver de lograr de su hermano Fernando que cediese en favor de Felipe sus derechos á la sucesion del imperio recibiendo en equivalencia otras provincias, como le hallase inflexible en este punto, resolvió al fin descargarse tambien del peso de la única corona que ya llevaba: y llamando á sí á Guillermo, príncipe de Orange, le entregó el acta de renuncia de la administracion y gobernacion del imperio en favor de su hermano Fernando, rey de romanos, para que la llevase á él y la presentára y la recomendára en la dieta germánica; bien que Fernando deseaba y proponia que lo hiciese enviándole á él plenos pode-

res[1]. Esta renuncia solo halló contradiccion en el pontífice Paulo IV., que en su ojeriza contra la casa de Austria pretendia que Cárlos no podia sin su espresa licencia resignar la corona imperial, aun cuando consintieran en ello los mismos electores, y sembraba cuanta cizaña podia para que no se le admitiese, y vengóse en no dar su confirmacion hasta pasados dos años que se vió obligado á ello.

Renunciadas asi una tras otra las coronas, determinó ya Cárlos su viage á España. El punto que habia escogido aqui para su residencia era el monasterio de padres gerónimos de Yuste en Estremadura, sito en un fresco y ameno despoblado, regado de muchas aguas, á un cuarto de legua del lugar de Cuacos en la Vera de Plasencia. Tiempo hacía ya que con este pensamiento habia mandado se le preparase en dicho monasterio una habitacion cómoda, aunque modesta, juntamente con un aposento para sus criados, todo lo cual estaba ya aparejado y dispuesto en los primeros meses de este año [2]. La flota en que habia de venir,

(1) Carta de Fernando á Felipe II., de Viena, á 24 de mayo de 1556.

(2) Cartas de 1.°, 19, 22, 30 y 31 de enero de los encargados de las obras Fr. Melchor de Pie de Concha y Fr. Juan Ortega y Juan Vazquez, dándole cuenta de las que se iban haciendo y de estar ya concluidas.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

La habitacion del emperador consistia en seis piezas bajas y seis altas contiguas á la iglesia, y desde las cuales podia ver los divinos oficios. Desde ellas salia tambien á la hermosa huerta y jardines del monasterio, que se reservaron esclusivamente para el emperador, habiendo tenido que hacer los monjes otra huerta para sí á la parte del Norte: entre las dos se atravesaba una tapia. Al estremo de la huerta destinada á S. M. y como á dos tiros de ballesta habia una linda ermita, á la cual se iba

que se componia de sesenta naves guipuzcoanas, vizcainas, asturianas y flamencas, se reunió en Zuitburgo en Zelanda, donde se dirigió Cárlos (28 de agosto) acompañado del rey don Felipe su hijo, de sus hermanas las reinas viudas de Francia y de Hungría, de su hija María y su yerno Maximiliano, rey de Bohemia, que habian ido á despedirle, y de una brillante comitiva de flamencos y españoles. Al pasar por Gante no pudo menos de enternecerse, contemplando la casa en que nació, los lugares y objetos que le recordaban los bellos dias de la infancia, y que visitaba por última vez para no volverlos á ver jamás.

Despidióse tiernamente de sus hijos, abrazó á Felipe, le dió algunos consejos para su gobierno y conducta, y se hizo á la vela (17 de setiembre) trayendo consigo á su dos hermanas doña Leonor y doña María, reinas viudas ambas, que despues de tantos años volvian á su patria y suelo natal. El 28 de setiembre arribó la flota al puerto de Laredo. «*Yo te saludo,* »*madre comun de los hombres*, esclamó Cárlos al tomar »tierra, *desnudo salí del vientre de mi madre, desnu-* »*do volveré á entrar en tu seno* [1].» A pesar de esta

sin tomar sol por una calle de robustos y frondosos castaños. Aunque el aposento del rey y las oficinas de los criados se comunicaban con el monasterio, no se abria nunca la comunicacion, de manera que se puede decir que estaban separadas del monasterio, aunque unidas á él. Se llevaron aguas y se hicieron buenas fuentes dentro de la vivienda imperial.—Sandoval, Historia de la vida del emperador en Yuste, párr. 2.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117.

(1) Robertson, Hist. de Cárlos V. lib. XII.—Leti, Vida de Felipe II., part. I. lib. X.

abnegacion, todavía se incomodó mucho por no haber hallado allí el recibimiento que esperaba, y no haber llegado aun la remesa de cuatro mil ducados que preventivamente habia pedido á la gobernadora de Castilla su hija la princesa doña Juana, ni el condestable ni los capellanes y médicos que necesitaba, pues los mas de sus capellanes y criados venian enfermos, y algunos habian muerto en la navegacion. El mismo Luis Quijada, mayordomo de la princesa regente, no pudo llegar hasta unos dias despues por el fatal estado de los caminos: todo lo cual puso al emperador de malísimo humor y le hacia prorumpir en desabridas quejas, no pudiendo sufrir verse en tal especie de desamparo el que tan acostumbrado estaba á mandar y ser servido.[1].

Partió el 6 de octubre de Laredo para Medina de Pomar, acompañado del alcalde Durango de la chancillería de Valladolid con cinco alguaciles, disgustado y como avergonzado de verse entre tantas varas de justicia, que parecia le llevaban preso[2]. No queria que le habláran de negocios, huía de que le tocarán asuntos políticos, y mostraba no tener otro anhelo

(1) «El emperador tuvo por »cierto (decia su secretario Martin »de Gaztelu al de la princesa re»gente Juan Vazquez de Molina) »que llegado aqui hallaria los cua»tro mil ducados que el rey le »dijo habia mandado proveer, y »visto que no se ha hecho me ha »mandado lo escribiese luego á »vuestra merced para que se haga, »porque son mucho menester.» Dice que por esto y por el descuido que ha habido en proveer muchas cosas está muy mohino y prorumpe en quejas y palabras muy sangrientas.—Archivo de Simancas, Estado, legajo 117.

(2) Carta de Luis Quijada á Juan Vazquez de Molina.

que sepultarse cuanto antes en Yuste [1]. Al fin le llegaron los cuatro mil ducados, con lo cual prosiguió ya mas contento á Burgos, donde llegó el 13 y permaneció hasta el 16, no queriendo que el condestable de Navarra le hiciese ningun recibimiento. Las dos reinas hermanas marchaban una jornada detrás por falta de medios de trasporte; que esto le sucedia en su antiguo reino de Castilla al mismo que tantas veces y con tanta rapidez y tanto aparato habia cruzado y atravesado la Europa. Marchaba tan lentamente que empleó cerca de seis dias desde Burgos á Valladolid. Alojóse en la casa de Ruy Gomez de Silva, dejando el palacio para las reinas sus hermanas que entraron despues. Ocupóse el emperador en Valladolid en el arreglo de ayudas de costa y mercedes que habia de dejar á los que hasta entonces le habian servido, en lo de la paga que se habia de dar á los que con él habian venido de Flandes, y en lo que habia de quedar para el gasto de su casa. Con esto partió de Valladolid (4 de noviembre) con tiempo lluvioso y frio, caminando en litera.

Siguió su marcha por Valdestillas, Medina del Campo, Horcajo de las Torres, Alaraz y Tornavacas,

(1) «Viene, escribia Luis Quijada, tan recatado de tratar ni »que le hablen de negocios, que »ni lo quiere oir ni entender, que »es bien lejos de lo que allá se de»cia.—De los que allá vienen, es»cribia el secretario Gaztelu, he »entendido que se persuaden que »S. M. entenderá en negocios, y »aunque debe de convenir por »muchos respetos, va tan hostiga»do de ellos que ninguna cosa mas »aborrece que oir solo nombra»llos.»

Veremos cuanto le duró este propósito.

y para franquear el áspero y fragoso puerto que separa este pueblo del de Jarandilla, fué conducido en hombros de labradores, porque á caballo no le permitian sus achaques caminar sin gran molestia, y en la litera no podia ir sin grave riesgo de que las acémilas se despeñasen; el mismo Luis Quijada anduvo á pie al lado del emperador las tres leguas que dura el mal camino. Por fortuna encontraron en Jarandilla (14 de noviembre) magnífico alojamiento en casa del conde de Oropesa, bien provisto de todo, y con bellos jardines poblados de naranjos, cidras y limoneros. Detuviéronse allí todos bastante tiempo por las malas noticias que comenzaron á correr acerca de la temperatura de Yuste. En el invierno era castigado de frecuentes lluvias y de frias y densísimas nieblas, y en el verano le bañaba un sol abrasador. Proclamaban á una voz sus criados que los monjes habian cuidado bien de hacer sus viviendas al Norte y defendidas del calor por la iglesia, mientras la morada del emperador y de sus sirvientes se habia hecho al Mediodía, y tenia que ser insufrible en la estacion del estío. Con esto todos estaban disgustados, y todos aconsejaban al emperador, inclusa su hermana la reina de Hungría, que desistiera de su empeño de ir á Yuste, y buscára otro lugar mas favorable para su salud.

Obligó esto al emperador á ir un dia (23 de noviembre) á visitar personalmente su futura mora-

da, y cuando todos esperaban que regresaria disgustado, volvió diciendo que le habia parecido todo bien, y aun mucho mejor que se lo pintaban; que en todos los puntos de España hacia calor en el verano y frio en el invierno, y que no desistiria de su propósito de vivir en Yuste aunque se juntase el cielo con la tierra (1).

Seguia reteniendo al emperador en Jarandilla la falta de dinero para pagar y despedir la gente que habia traido consigo, y aun para los precisos gastos de manutencion (2), hasta que habiendo llegado el

(1) Lo que mas desagradó á su servidumbre fué que en el estrecho recinto á ella destinado habia dejado órden de poner 40 camas, 20 para amos y 20 para criados, con lo cual, y con la desagradable temperatura que se sentia en Jarandilla, y con las privaciones y escasez de mantenimientos, y con la repugnancia que todos sentian á encerrarse en un monasterio, faltó poco para que casi todos le abandonáran, y los mas buscaban pretestos para apartarse de su servicio. Desazonábanles tambien las discordias que sabian andaban entre los monjes, y los partidos que habia entre ellos, sobre lo cual escribia el secretario Gaztelu al de la princesa regente. «Vea vuestra merced á lo que le ha »traido el haber querido venir á »meterse entre frailes, porque se»rá menester que él haya de poner »la mano y remediallo, ó dejallos »y irse, y andando el tiempo verá »vuestra merced que se ofrecerán »cosas que la menor sea bastante »para hacello, y por esto fuera »bien que se hubieran pesado to»das estas cosas muy bien por »hombres de mas prendas y en»tendimiento que no quien acon»sejó á S. M. que viniese aqui.»

Cartas del secretario Martin Gaztelu de 23 y 29 de noviembre desde Jarandilla. «Nunca creyera, decia en carta de 7 de diciembre, que frailes eran tan ambiciosos ni envidiosos como lo he reconocido despues que S. M. vino aqui.»—Archivo de Simancas, Estado, legajo, 117.

(2) Habia pedido á Sevilla veinte y seis mil ducados de la pension anual que se habia reservado para el mantenimiento de su casa y para actos de beneficencia y caridad; pero este dinero tardó en llegar largos dos meses. Entretanto las escasas remesas que la princesa gobernadora su hija le enviaba se consumian pronto: llegó el caso de tener que buscar prestados, y costó no poco trabajo reunirlos en todo el pueblo, dos mil reales para comer. Aparte del emperador y las reinas, á quienes no faltaba un trato decoroso en el palacio de Oropesa, los

dinero que tenia pedido á Sevilla (16 de enero, 1557), fué dando órden en la paga de los criados que mas impacientes se mostraban por marchar (1). Con esto apresuró ya los preparativos para su entrada en Yuste, cosa que apetecian vivamente los monjes, tanto como la repugnaban y sentian cada vez mas cuantos componian su casa y servicio.

Entró pues el emperador Cárlos V. en el monasterio de Yuste el 3 de febrero de 1557. Su primera visita fué á la iglesia, donde le recibió la comunidad con cruz, cantando el *Te Deum laudamus*, y colocado despues S. M en una silla, fueron todos los monjes por su órden besándole la mano, y el prior le dirigió una breve arenga felicitando á la comunidad por haberse ido á vivir entre ellos (2).

demas pasaban todo género de escaseces, carecian hasta de lo mas necesario, no tenian para costear un correo, y el secretario pedia á Valladolid una resma de papel de escribir, porque no lo habia en el pueblo. Solo el emperador, no obstante las alternativas que sufria en su salud, y con daño de esta, se regalaba con los manjares mas esquisitos que de todas partes ó espontáneamente ó por su mandado le enviaban, como luego habremos de demostrar, —Correspondencia de Gaztelu, Quijada y Vazquez de Molina desde Jarandilla, passim.—Archivo de Simancas, leg. cit.

(1) Se despidieron para Flandes 99 alabarderos, y otras 98 personas, entre amos y criados.

(2) El prior, dice Gaztelu, llamó al emperador *Vuestra Paternidad*, «de lo cual luego fué advertido por otro fraile que estaba á su lado, y le acudió con *Magestad*.»

CAPITULO XXXIII.

CARLOS V. EN YUSTE.

1557.—1558.

Refiérense las inexactitudes, invenciones y falsedades que nos han trasmitido los historiadores acerca de la vida de Cárlos V. en Yuste. —Demuéstrase que no vivió abstraido de la política y de los negocios del mundo.—Que era consultado en todo y lo dirigia todo desde su retiro.—Pruébase que no vivió tan sóbria y pobremente como han dicho los historiadores.—Número de sus criados y sirvientes.—Valor de su ajuar y menage.—Otras especies inverosímiles que han corrido acerca de su vida claustral.—Es cierto que se ejercitaba en actos de devocion y de piedad, y que recibia con frecuencia los sacramentos.—No lo es la famosa anécdota de los funerales en vida.—Causa verdadera de su última enfermedad y de su fallecimiento.—Muerte cristiana y ejemplar de Cárlos V.—Circunstancias de su entierro.—Su testamento y codicilo.—Exéquias en Yuste, en Valladolid y en Roma.—Célebres honras que le hizo su hijo en Bruselas.

Túvose por tan singular y estraordinaria determinacion y por tan señalado acontecimiento el de la retirada del emperador Cárlos V. al monasterio de Yuste, y es tanto y tan inexacto lo que acerca del género de vida de tan célebre personage en aquel retiro han dicho y estampado escritores nacionales y

estrangeros, que parece hasta cierto punto inconcebible, que existiendo tantos documentos, no se haya conocido todavía la vida verdadera del emperador en Yuste, y hayan corrido sin contradiccion las invenciones que los doctos han escrito ó copiado y los ignorantes repiten á coro. Deseariamos ser nosotros los equivocados, especialmente en algunos puntos; pero siendo para nosotros lo mas sagrado la verdad histórica, la espondremos tal como á nuestros ojos aparece á la luz de documentos auténticos y originales, y el lector juzgará desapasionadamente entre nosotros y los escritores que nos han precedido.

Unánimemente han consignado los mas autorizados entre ellos, que Cárlos V. desde su entrada en Yuste vivió completamente abstraido de los negocios públicos, sin querer que le habláran de ellos, y sin tomar la mas pequeña parte en la política del mundo: que se consagró enteramente á Dios, haciendo una vida de oracion, de meditacion y de penitencia como el monge mas austero, y que dió el mayor ejemplo de humildad religiosa que pudiera imaginarse, haciéndose sus propias exéquias en vida.

«Retiróse tanto, dice uno de sus mas acreditados historiadores, de los negocios del reino y cosas del gobierno, como si jamás hubiera tenido parte en ellos [1].» Y le pinta entregado esclusivamente á

(1) Sandoval, Historia de la vida del Emperador en Yuste.

ejercicios espirituales, á actos de devocion y de piedad, de tal manera que no habia monje que le igualára, y él daba ejemplo á todos, confundiendo aun á los mas perfectos del monastério.

Represéntale el historiador general de la órden de San Gerónimo completamente retirado de todo género de negocios esternos, tratando solo los de su alma. Y en la descripcion de su vida ordinaria le hace invertir todas las horas de cada dia y de cada noche, desde antes de levantarse hasta despues de acostado, en una ocupacion no interrumpida de oraciones, misas, sermones, pláticas doctrinales y religiosas, procesiones, confesiones y penitencias, que no era posible le quedára vagar para ninguna especie ni de distracciones ni de negocios. Macerábase, dice, el cuerpo, y se azotaba hasta el punto «de gastar los ramales de las disciplinas que heredó su hijo.»

Cuenta este mismo historiador, que con motivo de haber hecho Cárlos celebrar exéquias por sus padres y por la emperatriz su esposa, concluidas que fueron, manifestó á su confesor Fr. Juan Regla, el pensamiento y deseo de celebrar las suyas propias, «para que vea yo, le dijo, lo que tan presto ha de pasar por mí.» Y preguntándole si le aprovecharian, le respondió el confesor que sí, y aun mas que si se hicieran despues de muerto. Que en su virtud, aquella misma tarde se construyó un gran túmulo en la capilla mayor, que concurrieron todos los criados de

S. M. de luto, y el mismo monarca asistió con su vela en la mano á la ceremonia fúnebre, y que en la misa ofreció su vela en manos del sacerdote, como indicando que asi ofrecia en las de Dios su alma, de cuyo acto se mostró al dia siguiente (31 de agosto) al confesor muy satisfecho y consolado [1].

Uno de los mas notables biógrafos de Cárlos V. y de Felipe II. afirma del modo mas absoluto, que Cárlos desde que se encerró en su soledad no quiso que le hablaran ya mas «ni de sus tesoros de la India, ni del estrépito de las guerras que bajo sus enseñas y con sus capitanes se hacian en toda Europa por tierra y por mar.» Y con tono de seguridad y con aire de magisterio niega que despues de su renuncia pensára ni en la guerra ni en la paz, ni en nada de lo que hiciesen los príncipes cristianos; y concluye aseverando muy formalmente, «que de tal manera se deshumanó, que no quiso saber ni donde se hallaba su hijo, ni cuál fuese su comportamiento con los príncipes, ni su conducta con los pueblos, ni su fortuna en la guerra, ni sus prosperidades en la paz, y que en

(1) Fray José de Sigüenza, Historia de la Orden de San Gerónimo, part, III., lib. I., cap. 36 y 38.

El obispo Sandoval refiere esto de las honras muy de otra manera. Cuenta éste, que afeitándole un dia su barbero Nicolás, le dijo el emperador: «¿Sabes, Nicolás, lo que estoy pensando? Que tengo ahorradas dos mil coronas, y querria hacer mis honras con ellas.» Que el barbero le respondió: «No se cure V. M. de eso, que si se muriese, nosotros le haremos las honras.» A lo cual replicó el monarca: «¡Oh, como eres necio! Igual es llevar el hombre la candela delante que no detrás:» Como si profetizase su muerte; que luego cayó malo, etc. Pero el obispo de Pamplona no dice que se hicieran las honras en vida.

cuanto á consejos particulares se abstuvo completamente de dárselos [1].»

El jesuita historiador de las guerras de Flandes no se ha contentado con esto y dice: «Verdaderamente cosa admirable fué, el que Cárlos abstraido »de aquella soledad y olvido de cuidados.... se des»nudase tanto de las antiguas costumbres, y total»mente de la naturaleza; que ni el oro que en gran »copia trajo para él en esta sazon la flota española de »las Indias, ni el estruendo de las guerras que con »armas y capitanes suyos se hacia por mar y por tier»ra en Europa, pudiesen hacer la menor mella en »aquel ánimo acostumbrado tantos años al sonido de »las armas, ni interrumpirle un punto su tranquilidad »el oír tan varios sucesos. Gastaba este augusto mo»rador de las selvas la vida cuotidiana de suerte, que »daba parte al cuerpo, cada dia mas enfermo y can»sado, parte á Dios y á su alma.... Muchas veces se »ocupaba en hacer relojes.... teniendo por maestro »á Juanelo Turriano, Archimedes de aquel tiempo.... »Este fué quien se esmeró mas, con nuevas máqui»nas cada dia, en deleitar en aquel retiro de San Ge»rónimo el ánimo del César deseoso de tales cosas.

(1) «*Non ci è dubbio alcuno che si fosse tanto dissumanato, che non volesse saper dove egli era, quali fossero i suo portamenti con Prencipi, quali le sue azzioni co Popoli, quali le sue fortune nella guerra, é quali le sue prosperita nella pace, e tutto cio in una manera generale, perche in quanto á consigli particolari nom s'ingeri mai á dargliene, dopi i prime nel tempo della renuncia.*» —Gregorio Leti, llamado *El Resucitado*, Vita di Felippo II., parte prima, lib, X.—Id. Vita dell' invitisimo imp. Carlos V.

«Porque muchas veces despues de comer sacó á la »mesa imagencillas armadas de hombres y caballos, »unas tocando caxas de guerra, otras resonando con »clarines, y algunas de ellas chocando feroces entre »sí con las lanzas enristradas. Algunas veces echó »desde el aposento unos pajarillos de madera, que »iban y volvian volando, pensando el prior del con- »vento, que acaso se halló presente, algun mágico ar- »tificio. Tambien hizo unos molinos de hierro que se »movian por sí, de tanta sutileza y pequeñez, que los »llevaba un monje ocultos en la manga, siendo asi »que molian la cantidad de trigo que podian sustentar »asaz á ocho hombres cada dia. Pero estos entreteni- »mientos al principio fueron mas frecuentes. Mas des- »pues se moderaron con los avisos de la enferme- »dad.... Porque desde este tiempo su primer cuida- »do fué asistir á los divinos oficios de los monjes, leer »á menudo en los libros de los santos, y tratar en las »conversaciones de asuntos piadosos; confesarse con »mas frecuencia y repararse con el manjar del cielo; »y esto tal vez habiéndose desayunado con dispensa- »cion que ya de antes tenia para esto del romano pon- »tífice por la flaqueza del estómago. Tambien comen- »zó á castigarse por la vida pasada con unas discipli- »nas de cordeles retorcidos.... Estos cordeles que »con gran reverencia guardó despues el rey Philipo, »cercano á su muerte mandó que se los traxesen, y »asi como estaban salpicados con la sangre de Cárlos

»su padre los entregó á su hijo Philippo III. y dicen »se conservan entre los monumentos de la piedad »austriaca.»

Pasando luego á referir lo de la ruidosa anécdota de los funerales en vida, lo hace con los siguientes pormenores: «Ultimamente con ocasion de un aniver»sario que hizo á su madre, deseó celebrarse á sí las »obséquias, si era lícito: y comunicado el caso con »Fr. Juan Regla su confesor, como éste le hubiese res»pondido que sería cosa desusada é inaudita, pero »piadosa y saludable, mandó que cuanto antes le »previniesen los funerales. Veis aqui que en el templo »se levanta la mole del túmulo, encienden en él ha»chas, cércanle con luto los criados, celébrase la misa »de difuntos con el triste canto de los monjes: él, vi»vo en su entierro, miraba en aquellos oficios imagi»narios las verdaderas lágrimas de los suyos; oía el »lamentable canto de los que imploraban para él plá»cido descanso en las felices moradas, y pedia él »mismo para sí sufragios mezclado con los cantores. »Hasta que llegándose al que sacrificaba, y entre»gándole la hacha encendida que él tenia, levantados »los ojos al cielo: «Yo, dice, oh árbitro de la vida y de »la muerte, te ruego y suplico, que como el sacer»dote toma esta cera que ofrezco, asi tú recojas be»nignamente en tu seno y brazos esta alma enco»mendada en tus manos siempre que quieras.» En»tonces, cubierto como estaba con un largo luto, se

»tendió en el suelo, y renovándose las lágrimas de to»dos los presentes, le lloraron como á enterrado, con »el último lamento. Mas con este ensayo hacía Cárlos »los preludios á la cercana muerte. Porque al otro »dia despues de estas exéquias le vino una fiebre, »de la cual poco á poco consumido, etc. [1]»

De la misma manera se esplica el mas acreditado de los historiadores estrangeros de Cárlos V. Retrátale igualmente ageno á todos los acontecimientos políticos de Europa, sin que, ni siquiera por curiosidad, permitiera que le informáran de ellos; cultivando á veces con sus propias manos su jardin, entreteniendo mucho tiempo en la fabricacion de relojes y otras obras curiosas de mecánica con que admiraba á los ignorantes monjes [2], empleando el resto de las horas de cada dia en oraciones, oficios y ejercicios piadosos, con una asiduidad y una austeridad enteramente monásticas, y repite lo de las maceraciones y las disciplinas teñidas en su propia sangre. «Y como si no »fuesen bastantes, añade, estos actos de mortifica»cion... perturbando cada dia mas su espíritu la in»quietud, la desconfianza y el temor que acompañan »siempre á la supersticion... concibió una de las »ideas mas originales y estrañas que haya podido ins-

(1) Fr. Famiano Estrada, Guerras de Flandes, Década I., lib. I.

(2) De aquí nació la anécdota de que habiendo trabajado en vano por hacer marchar al menos dos relojes con entera igualdad y exactitud, reflexionó que habia sido una locura pretender uniformar á los hombres en opiniones y creencias.

»pirar jamás el fanatismo á una imaginacion desor»denada y débil. Resolvió celebrar sus funerales en »vida. Al efecto hizo erigir un catafalco en la iglesia »del convento, donde acudieron sus criados en pro»cesion funeraria con cirios negros, siguiéndolos él »envuelto en una mortaja. Tendido con mucha so»lemnidad en un féretro, se cantó el oficio de difun»tos: Cárlos unia su voz á los que oraban por el re»poso de su alma. Púsose fin á la ceremonia rocian»do, segun costumbre, el féretro con agua bendita, y »retirándose todos, se cerraron las puertas de la igle»sia. Entonces salió Cárlos del ataud, y regresó á su »aposento lleno de las lúgubres ideas que necesaria»mente debió inspirarle tan solemne acto. Sea que le »fatigase la larga duracion de la ceremonia, sea que »aquel espectáculo de muerte causase profunda im»presion en su alma, acometióle al dia siguiente una »fiebre á cuyo ataque no pudo resistir su estenuado »cuerpo, etc. [1].»

Tales son las noticias que acerca de la vida de Cárlos V. en Yuste nos han trasmitido los historiadores de mas cuenta [2], con tal uniformidad en algunos

(1) Robertson, Hist. del emperador Cárlos V., lib. XII.

(2) A estos nos hemos limitado; así es, que no hemos citado á Juan Antonio de Vera y Figueroa, conde de la Roca, y otros, que conocidamente han tomado sus noticias de Sandoval, Siguenza y demas que hemos nombrado.

Réstanos advertir, que el monje Fr. Martin de Angulo, prior que fué en Yuste los últimos meses de 1558, escribió una relacion de la vida del emperador en aquel monasterio, á gusto de la princesa doña Juana, regente de Castilla, que creemos fué uno de los principales fundamentos de las

puntos, qué justificaria el general asentimiento con que sin contradiccion han sido recibidas, si los documentos que hemos visto y poseemos no echáran por tierra todo este edificio levantado sobre falsos cimientos por tantos autores.

Es para nosotros indudable, que lejos de haber vivido el emperador en Yuste en ese retraimiento de los negocios públicos, en esa sistemática ignorancia de los acontecimientos de Europa, de que dicen ni queria hablar, ni entender, ni consentir que le informáran, por dedicarse todo á Dios y á la vida contemplativa, mantenia desde su celda de Yuste correspondencia política con su hija la gobernadora de Castilla, con su hijo don Felipe que residia en Flandes, con los príncipes y ministros de otros reinos, intervenia en los negocios de Estado, de paz y de guerra, era en casi todo consultado, apenas se resolvia sin su beneplácito negocio alguno importante, y mandaba y decidia muchas veces como emperador y como rey. Es cierto que cuando desembarcó en España manifestaba venir animado de un propósito firme de buscar el sosiego en la soledad y el retiro del claustro y de no mezclarse mas en los negocios é intereses del mundo; mas tambien lo es, que el genio, la costumbre de tantos años, los compromisos tal vez, no le permitieron cumplir aquel propósito, y que antes de

invenciones y falsedades históricas que hoy tenemos la ingrata tarea de combatir y rectificar.

entrar en el monasterio entendia ya y tomaba parte en los negocios públicos de España, de Italia y de Flandes [1].

Apenas habia puesto el pie en el cláustro, cuando comenzó á recibir cartas y consultas apremiantes de su hijo el rey don Felipe sobre la guerra de Italia, sobre los rumores que corrian de la armada turca y sobre provision de dinero, instándole á que tomára mano en ello con firmeza, y encargando le diera pronto aviso de lo que determinára [2]. En 29 de abril escribia el emperador á la princesa de Portugal su hija, sobre el asunto de la incorporacion de la Navarra francesa á cambio del ducado de Milan, y otras negociaciones que el rey su hijo traia con el duque de Vendôme, hablando de ello con tanto conocimiento de todos los pormeneres como si fuera él mismo el que hubiera entablado y siguiera los tratos [3]. En 12 de mayo escribía al secretario Juan

(1) Cartas originales de Cárlos V., escritas desde Jarandilla á su hija la princesa doña Juana, gobernadora de estos reinos, y á Juan Vazquez de Molina, su secretario, sobre negocios de Estado, y sobre la venida de la infanta de Portugal á acompañar á su madre la reina de Francia. Archivo de Simancas. Estado, legs. números 514 y 515.—Cartas del secretario Martin de Gaztelu desde Jarandilla (31 de diciembre de 1556, 9 y 23 de enero y 1.° de febrero de 1557), sobre asuntos de Flandes y de Italia, sobre la tregua de Felipe II. con el papa, rompimiento de ella, y manifestaciones de Cárlos sobre estos asuntos.—Simancas, Estado, leg. 117.

(2) Carta autógrafa de Felipe II. á Ruy Gomez, 11 de marzo de 1557.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(3) Copiamos en prueba de ello una parte de esta larga carta:—«Serenísima Princesa.—En esotra »carta que va con esta respondo »á dos que me habeis escrito á los »21 de este. Lo que demas de »aquello hay que decir es que el de »Ezcurra llegó aquí anteayer, y »por ser tarde no le vi luego, pe»ro hícelo ayer, y habiéndome di-

Vazquez de Molina sobre envío de dinero á Italia, de la siguiente manera que demuestra cuán minuciosamente cuidaba de todo: «Juan Vazquez de Molina, »del mi consejo y mi secretario: ví vuestra carta de »8 de este, y háme parecido bien que demas de los

»cho como despues que partió de »Jarandilla halló, llegado que »hobo á Navarra, que la respues»ta del rey mi hijo era venida, y »que fué luego con ella adonde »estaba Vandoma, el cual diz que »quiso que se lo diese en presen»cia de un su médico y secretario »y lo que sobre ella pasó, y demas »de esto oí á la letra la respuesta »que le dió por escrito, y tambien »la copia que truxo firmada de la »carta que el duque de Alburquer»que escribió sobre ello al rey, que »es en la misma sustancia de lo »que me ha dicho, y de como ha»bia venido ahí, con lo demás que »ha pasado, conforme á lo que »me escribisteis; y habiéndolo to»do entendido, le dijo que si Van»doma estaba en este negocio con »tan buen fin como siempre habia »dado á entender, y se debia es»perar de él siendo quien es, que »verdaderamente recibia grande »engaño en pedir que se le entre»gue primero el estado de Milan »que no el Reino de Navarra y »las otras fuerzas, porque como »quiera que las del uno y del otro »están tan apartadas que no po»dria hacerse la entrega de ellas »á vista de ojos, ni á un mesmo »tiempo, ni en ninguna manera lo »que él pide sin ser descubierto »el negocio, por ser de la calidad »que es; está claro que en tal ca»so el Rey de Francia le ocuparia »y tomaría luego todo su estado, »y que demas de esto le vendrian »á faltar los mas de sus amigos y »otras personas en quien pueda »tener mas esperanza, como se ha »visto y ve cada dia por esperien»cia; porque en cuanto toca á la »confianza que se puede hacer de »su persona, no solo la haria yo »del estado de Milan, pero de »Navarra y Castilla, pues no se ha »de creer que él ha de hacer cosa »que no deba. Háme parecido es»cribiros esto para que se mire asi »en ello como en los medios que »Vandoma y el marqués de Mon»dejar dicen que declara, y los »que mas ocurriesen..... Y si toda»via sin embargo de lo sobredicho »persistiese en lo que dijo el de »Ezcurra, me parece que no tiene »la gana que da á entender de »concertarse, pues se ve tan á »la clara que lo que pide es pa»ra su perdicion, antes se podria »sospechar lo contrario; y para »en cualquier caso no puede »dejar de aprovechar el entre»tener y continuar la plática, »en especial si Vandoma hubie»se fin de intentar algo este año »por Navarra, estando el Rey »mi hijo embarazado como sabeis; »*y avisarme ha de la última reso»lucion que se tomará, para que »vista aquella pueda avisar de »lo que sobre ello me ocurre, y mi»ra que haya en este negocio se»creto, que se ponga en Navarra »todo el buen recaudo que con»viene.* — Serenísima Princesa, etc.» —Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.»

»500,000 ducados que llevó don Luis de Carvajal en »la armada de su cargo, se envien en la flota de los »mercaderes, que ha de partir agora, otros 720,000 »de contado y por letras de cambio, sin lo que se »piensa sacar de los arbitrios de que se quedába tra»tando, para que pueda llevar Ruy Gomez y proveer »lo de Italia, demas de los 300,000 ducados que lle»vó don Juan de Mendoza en las galeras de su cargo. »Pero porque, como sabeis, todo es poco para tan gran »suma como el rey ha menester en esta coyuntura, »conviene que por todas las vias y formas que ser »pudiere se usen de los medios y remedios necesarios »para que el rey sea proveido y con brevedad, pues »veis cuánto le importa [1].» E invitando al arzobispo de Sevilla á que contribuyera para los gastos de la guerra del modo que sus hijos el rey y la gobernadora de Castilla tenian derecho á esperar, le decia: «Porque demas de que cumplireis con lo que debeis »y sois obligado, me hareis en ello, y en que lo ha»gais con brevedad, particular placer y servicio, por»que de otra manera, ni el rey dejaria de mandallo »proveer con demostracion, *ni yo de aconsejárselo* [2].»

Trataba en aquel tiempo el papa de excomulgar al rey Felipe y al emperador su padre, y aun implícitamente llegó á hacerlo: de ello protestó y apeló

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(2) Carta del emperador al arzobispo de Sevilla, de Yuste, á 18 de mayo de 1557.—Simancas, Estado, leg. cit.

Felipe II [1], y el penitente de Yuste le decia sobre esto á su secretario en 8 de agosto: «Hános desplacido »cuanto es razon de entender las cosas que el papa »intenta, y que sea tan mal aconsejado; pero pues no »se puede hacer otra cosa, y el rey se ha justificado en »tantas maneras cumpliendo con Dios y el mundo, por »escusar los daños que de ello se seguirán; *forzado »será usar del último remedio*: y en lo que escribe »del entredicho y lo demas, no tengo que decir sino que »conforme á aquello se use en todo de la diligencia y »prevencion que conviene, etc. [2].»

En 27 de setiembre del mismo año le decia el monarca cenobita al secretario Juan Vazquez: «Los »del Consejo de Indias me han escrito avisándome de »la quietud y términos en que quedaban las cosas del »Perú y Nueva España, y enviádome relacion del oro »y plata que ha venido para el rey y mercaderes y »particulares en los naos que han llegado de aquellas »partes, con todo lo cual habemos holgado cuanto es »razon, porque estábamos con cuidado por lo que los »dias pasados me escribieron; y asi se lo direis de mi »parte; y avisársenos ha si la nao que faltaba de las »once es llegada, porque pasaria peligro si encontra»re con las cuatro de franceses que me escribe don »Juan Hurtado de Mendoza se tenia aviso en Portugal

(1) Cartas de Felipe II. á la princesa su hermana, de 10 de junio y 2 de julio de 1557.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(2) Carta de Cárlos V. á Juan Vazquez de Molina, en Yuste, á 8 de agosto.—En el cit. leg. del Archivo de Simancas.

»andaban cerca de la isla de los Azores, y lo demas »que vereis por un capítulo de su carta de que va con »esta copia verse ha, para en caso que la dicha »nao no fuere llegada lo que se debe proveer »sobre ello. [1]»

La guerra de Felipe II. con Francia se puede decir que la dirigia tambien desde su celda el coronado habitador del monasterio de San Gerónimo, y en 15 de noviembre dictaba á su hija la princesa goberna-dora las medidas que deberian tomarse para contra-restar el armamento y preparativo de los franceses, con tan exacto conocimiento de la situacion de las plazas y de los ejércitos como si se hallára en el teatro de las operaciones [2]. Y en 14 de diciembre le con-sultaba la princesa gobernadora sobre el parecer del Consejo de Estado acerca de negociar la paz con Francia.

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(2) Curiosos por demas son algunos párrafos de esta carta. Despues de mostrarse enterado de haberse ganado y estarse fortificando la plaza de Ham, del número de tropas alemanas y suizas que estaba levantando el rey de Francia, y de la situacion de San Quintin para el caso que temia de que intentára recobrarla el francés, pasa á manifestar lo que sobre ello le ocurre, y dice: «Que »estando aun en pie los doce mil »infantes y mil caballos que he en»tendido habia levantado Poliu»tes, conforme á las pláticas que »los dias pasados trataba *por mi* »*órden*, y despues del Rey, para ir »la vuelta de Leon ó Metz... y que »el rey se hallará con menos gen»te de la necesaria para poder »acudir á donde conviniere, po»dria mandar llamar al dicho Po»liuter para que fuese á la parte »de Metz ó de Lorena para juntarse »con él, pues que lo podria hacer »conseguridad yendo por Luxem»bourg, y teniendo el rey aquella »gente podria mas seguramente »allegarse al enemigo, y contras»talle para estorvalle que no hi»ciese lo que podria pretender; y »demas de esto se daria calor á »las fuerzas y los que le hubie»ren menester, poniéndose don»de conviniere, y tomando sitios

A 27 de agosto de 1558, tres semanas antes de morir, comunicábanle los negocios, y seguia entendiendo en ellos de la manera que testifican los siguientes párrafos de una larga carta á su hija, que á la vista tenemos: «Hija, estando para responder á »vuestras cartas de 8 y 17 de éste, recibí las que Gar»cilaso me envió, y entendiendo por las que escribió »á Luis Qnijada que pasaba luego aqui, me pareció »aguardar su venida para despachar el correo, por »lo cual dejé de responder á ellas....

Le habla de la rota y prision de Mr. de Tremes, de la vuelta de la escuadra turca, y luego continúa:

»Por lo que Garcilaso me ha dicho de parte del »rey y la larga cuenta que me ha dado de las cosas »de allá, he entendido los términos y ser en que »están, que me ha dado la pena y congoja que po»deis pensar, y para que mas cumplidamente lo po»dais ver, y conocer la razon que para ello tengo, os »envío copia de la carta que él me escribe de su ma»no, porque la original queda acá para responder »á ella y tambien ya copia de la de la reina de Hun»gría, mi hermana, que con ella vino abierta, para

»fuertes y cómodos para con se»guridad socorrer á los amigos y »ofender á los enemigos, como se »hizo en lo de Valenciennes, Na»mur y Renti: de lo cual he que»rido avisaros, para que luego sin »perder punto de tiempo despa»cheis con ello correo por tier»ra al Rey con la mas diligencia »que ser pudiere, y tambien por »mar, y que la cifra que se ha de »escribir no sea la ordinaria, de »que tienen noticia en Francia, »segun lo avisa el duque de Albur»querque, etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. cit.

»que la veais, y puesto que he mirado y considerado »si habria otro remedio para atajar tan gran mal, no »hallo ninguno sino el que el rey dice, que es la »ida de la reina, á cuyo efecto envío á Garcilaso para »que dándole las cartas que el rey y yo le escribimos »le hable de parte de ambos y en vuestra presencia en »la sustancia que lleva entendido, y con la instancia »y erbor que veis que conviene, y lo mismo hareis »vos por vuestra parte, etc.

»En lo que toca á la provision del dinero, por la »carta del rey vereis lo que dice, y aunque sé, hija, »que habeis tenido y teneis el cuidado que él y yo »confiamos de vos, todavía porque en esto consiste el »principal remedio para todo hallándose sus cosas y »personas en tantos trabajos y el rey de Francia tan »alcanzado y necesitado, que segun lo que Garcilaso »ha podido entender y me ha dicho no tiene forma »para sustentar su gente mas de hasta el mes de ma- »yo, como dél lo entendereis, os ruego con el enca- »recimiento que puedo, que usando de todos los »medios y arbitrios que paresciesen mas convenien- »tes, hagais mas de lo posible para que sea proveido »de la cantidad de dinero y por el tiempo que os »debe haber escrito ó escribirá....

»A don Diego de Acuña mandareis decir que pues »Garcilaso que partió despues dél me ha dado nuevas »de la salud del rey, no habia porque él tome trabajo »en venir.....»

Y de su mano añadia: «Hija por la copia de un »capítulo de la carta que escribo á la reina mi her- »mana que va con esta, y por la que el rey mi hijo »le escribe, vereis la instancia y amonestaciones que »entrambos la hacemos sobre su vuelta á Flandes y »yo no uso de las razones y causas tan grandes que »hay para ello, pues ella las sabe y entiende mejor »que nadie las podia decir á vos, hija, conforme á lo »escripto y á todo lo que para ello viere de convenir; »instadle y amonestadle sobre ello, y principalmente »sobre que ella vea la perdicion, desonra y ruina del »rey mi hijo y de nuestra casa ó el remedio de ella: »no sé mas que se le pueda decir, y cuanto conviene »que mi hijo sea proveido de dinero y que la reina »lo llevase consigo.—De vuestro buen padre.— »Cárlos. [1]»

Que desde que se encerró en aquella soledad, dicen los historiadores, no hizo ya caso ni quiso que le habláran del oro que venia de Indias, y que en abundancia trajo aquel año una flota.—Es tan contrario este aserto á la verdad, que precisamente la gran remesa de oro, plata y perlas que entonces acababa de llegar de Nueva España, la Florida y otros puntos de América, fué el negocio que mereció al retirado en

(1) Biblioteca de la Real Academia de la Historia, Codice titulado: *Libro de cosas curiosas de en tiempo del emperador Cárlos V. y del rey don Felipe nuestro Señor*, escrito por don Antonio Cereceda para él mismo. C. 187. est. 35, grada 5.

En el mismo códice se hallan varias otras cartas del mismo género.

Yuste la atencion mas preferente, el que miró con el mas vivo interés, y el que le traia mas cuidadoso y desasosegado, segun por muchos documentos que tenemos á la vista se infiere. El hecho, que es digno de consideracion, fué como sigue:

Habia llegado en efecto en 1556 una flota de Indias con una remesa de oro, plata y perlas, que representaba la enorme suma de mil quinientos cuarenta y nueve millones, doscientos noventa y seis mil setecientos dos maravedises [1]. De estas cantidades unas pertenecian al rey, otras eran de particulares, mercaderes y difuntos. El rey don Felipe, y en su nombre la princesa gobernadora, su hermana, habian mandado á los oficiales de la casa de Contratacion de Indias de Sevilla que entregaran á su factor general íntegro y sin descuento todo lo que hubiese venido, fuese del rey, fuese de mercaderes y particulares, sin pagar ni cumplir libranza de ninguna especie [2].

(1) «Relacion de lo que se truxo de las Indias en dicho año 1556 en oro y plata:

Para S. M.	260 cuentos	990.156 mrs.
Para mercaderes, particulares y difuntos	1.258 cuentos	305.777 mrs
Importa todo	1.549 cuentos	296.702 mrs

Archivo de Simanca, Estado, leg. núm. 120.—En el mismo legajo se hallan varias relaciones, algunas con espresion de lo que vino de cada punto y en cada nave, las cuales todas vienen á coincidir en la misma cantidad.

(2) Decia la real cédula: «Mis »oficiales de la casa de la Contra»tacion de las Indias en la ciudad »de Sevilla.—*Yo vos mando* que »luego que esta recibais, sin que »haya dilacion alguna, deis y en»tregueis á Hernan Lopez del »Campo, mi factor general, y á »Francisco de Vega en su nombre, »*todo el oro é plata é barras, y* »*tejuelos é monedas*, que hubieren

Aquellos funcionarios no cumplieron lo que en la real cédula tan esplícita y absolutamente se les prevenia, sino que contra lo espresamente mandado entregaron á varios mercaderes y particulares cantidades que les pertenecian y eran suyas. Esta falta, si asi puede llamarse, de los oficiales de la casa de Contratacion, escitó el enojo del emperador á tal estremo y á tal punto, que no solo pidió muchas veces que se los procesára con todo rigor, sino que no cesaba de instar á que se los castigára con toda la dureza posible y sin consideracion de ningun género. Toda la correspondencia de Cárlos sobre este punto, que duró mucho tiempo, está escrita con una irritabilidad que nadie ha supuesto en el cenobita de Yuste, y que demuestra cuán al alma le habia llegado que se tocára al oro venido de Indias.

«Hija, le decia á la princesa, cuando yo aqui supe

»quedado y al presente estuvieren en esa casa, de lo que se truxo de las Indias el año pasado de 556 en las naos que llegaron de Tierra Firme é la Nueva España é Honduras é Isla Española é otras partes de las Indias, asi para mi como para mercaderes y pasageros é de bienes de difuntos, y de lo que se salvó y vino en orrio en las naos que se perdieron en las costas de la Florida, y en otra cualquier manera, *sin descontar ni sacar cosa alguna* para cumplir ni pagar cualesquiera cédulas y libranzas y otras cosas que os hayamos mandado pagar y cumplir por cualesquiera cédulas ó libranzas firmadas de mi mano, ó de la Serenísima Princesa de Portugal, mi muy cara y muy amada hermana, gobernadora de estos reinos, á cualesquiera personas por cualesquier causas que sean que tuviéredes que cumplir el dia que esta recibiéredes... ni lo que decis que es menester para los empréstitos y depósitos que se han tomado, porque entrando todo en poder del dicho factor, yo mandaré proveer lo que se hobiere de hacer, etc. En Valladolid, 1.° de marzo de 1557 años.» —Archivo de Simancas, Estado, leg. 120.

»que Ruiz Gomez era llegado allá, yo estaba para es»cribiros sobre esta negra suelta de este dinero que »estaba en Sevilla, y dejélo de hacer hasta agora, asi «para saber dél si era posible que fuese verdad tan »gran bellaquería como esta, como por ver si con el »tiempo se me pasase la cólera que desde que lo supe »he tenido, la cual por ser tan justa, no solamente no »pasa, mas cada dia se me acrecienta mas, y se me »acrescentará hasta que yo sepa que los que tie»nen en ella lo remedien, de manera que el rey mi »hijo no venga á recibir el afrenta que recibirá sino se »remedia, y muy de veras, y de raiz y muy presto. »En verdad si cuando lo supe yo tuviera salud, yo »mesmo fuera á Sevilla á ser pesquisidor de don»de esta bellaquería procedía, y pusiera todos los »de la Contratacion en parte, y los trátara de mane»ra que yo sacára á luz este negocio, y no lo hiciera »por tela ordinaria de justicia, sino por la que con»venia por saber la verdad y despues por la misma »juzgára los culpados, porque al mismo instante les »tomára toda su hacienda y la vendiera, y á ellos les »pusiera en parte donde ayunáran y pagáran la falta »que habian hecho. Digo esto con cólera y con mu»cha causa, porque estando yo en mis trabajos pasa»dos con el agua hasta encima de la boca, los que »acá estaban muy á su placer, cuando venia un buen »golpe de dinero, nunca me avisaban de ello, que »juntamente no me avisasen que ya él era suelto;

»y agora que ya de siete ú ocho millones que eran »llegados ya se habian venido á parar en cinco, hánlo »hecho tan bien que de estos cinco millones han ve»nido á parar en quinientos mil ducados, y no me »quitarán de la cabeza que esto no se puede haber »hecho sino con dar parte, y buena, de ello á los que »lo han hecho soltar, y el juez que allá va ¿qué ha de »hacer sino lo mesmo que los otros, y qué averiguará »en ello sino lo que le ternán mandado?..., Asi, hija, »que en esto no veo otro remedio sino averiguar »esto y tornar á coger el dinero que han soltado, pues »dicen que fué sobre fianzas, y sinó castigar muy bien »en toda su hacienda los de la Contratacion, y to»dos los que en esta bellaquería han tenido culpa; y »si esto no se hace, yo certifico que lo escribiré al »rey de manera que él mostrará mas su cólera que »hasta agora ha hecho; y le aconsejaré que no lo »lleve por tela de justicia ordinaria, sino muy estraor»dinaria, y si por esto yo soy bueno para ello, »aunque tenga la muerte entre los dientes holgaré »de hacerlo etc. [1]»

«He visto decia el secretario Vazquez en 12 de »mayo, lo que decís del sentimiento que ha tenido »el rey de la suelta del oro y plata de Sevilla, y lo »que envia á mandar que se haga de los oficiales de »la casa de la Contratacion en caso que tengan culpa;

(1) De Yuste, 1.º de abril, Archivo de Simancas, Estado, legajo 119.

»y pues ésta consta claramente por la relacion que »habeis enviado, sacada de las informaciones que se »han hecho hasta los 29 del pasado, será bien que »si ya la princesa no lo ha preveido, envie á mandar »á los que en esto entienden que suspendan luego á »los dichos oficiales y los prendan, y aherrojados, pú-»blicamente y á muy buen recaudo los saquen de »aquella ciudad y traigan á Simancas, y pongan en »una mazmorra, y les secuestren sus haciendas, y »pongan en depósito á recaudo, hasta que el rey »provea sobre ello lo que se debe hacer... Está bien »lo que decís que os avisan de Sevilla, que se cum-»plirán los veinte mil ducados para mi gasto á sus »tiempos, y asi espero que será lo de los escudos; »prevendreis desde luego que para mediado junio »estén aqui los cinco mil ducados para los meses de »julio, agosto y setiembre, porque asi convie-»ne, etc. (1)»

Iguales ó semejantes negocios siguieron ocupando al emperador el segundo año de su permanencia en Yuste. Y cuando en este año (1558) se descubrió haberse infiltrado la heregía de Lutero en Castilla, »única provincia, decia el papa, que habia estado libre de este contagio (2),» y cuando de sus resultas fueron presas varias personas de cuenta y entregadas al

(1) «De Yuste, á 12 de mayo de 1557.—Cárlos.» Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.

(2) Carta original del cardenal de Sigüenza á la princesa de Portugal desde Roma.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 883.

Santo Oficio, segun en otro lugar diremos, el emperador desde el cláustro de Yuste tomó en este asunto una parte muy activa, escribió al rey, á la gobernadora, á los del consejo de la Inquisicion, á todo el mundo, escitando á que usaran de severidad y de rigor con los denunciados y presos; y el que tan indulgente y flojo se habia mostrado en muchas ocasiones con los protestantes de Alemania, se mostró tan inexorable con los luteranos españoles, que no encontraba ni castigo bastante duro que imponerles, ni palabras bastante enérgicas para inculcar que no hubiera indulgencia con ellos. «Hijo, le escribia de su puño y »letra al rey Felipe II., este negro negocio que acá »se ha levantado me tiene tan escandalizado cuanto »lo podeis pensar y juzgar. Vos vereis lo que escribo »sobre ello á vuestra hermana: es menester que es»cribais y que lo proveais muy de raiz, y con mucho »rigor y recio castigo; y porque sé que teneis mas »voluntad, y habreis mas hervor que yo lo sabria ni »podria decir ni desear, no me alargaré mas en esto. »De vuestro buen padre.—Cárlos. [1]»

Y á la princesa regente le decia: «Hija... Cuan»to á lo que decis que habeis escrito al rey dándole »razon de lo que pasa en lo de las personas que se »han preso por luteranos, y los que cada dia se des-

(1) Párrafo adicionado de mano y letra del emperador (que poseemos autógrafo) á carta escrita á su hijo en 25 de mayo de 1558. —Todo lo que antecede en la carta es de letra del secretario Gaztelu.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 128.

»cubren, y que mostrastes mi carta que sobre esto »os escribí al arzobispo de Sevilla y á los del consejo »de la Inquisicion, y el favor que le habeis ofrecido, »y las diligencias de que en todo usan, me ha pare»cido bien. Pero creed, hija, que este negocio me ha »puesto y tiene en tan gran cuidado y dado tanta »pena que no os lo podria significar, viendo que »mientras el rey y yo habemos estado ausentes de «estos reinos han estado en tanta quietud y libres de »esta desventura, y que agora que he venido á re»tirarme y descansar á ellos sucede en mi presencia »una tan gran desvergüenza y bellaquería, y incur»rido en ello semejantes personas, sabiendo que so»bre ello he sufrido y padecido en Alemania tantos »trabajos y gastos y perdido tanta parte de mi salud; »que ciertamente, si no fuese por la certidumbre que »tengo de que vos y los de los Consejos que ahi es»tán remediarán muy de raiz esta desventura, pues no »es si no un principio sin fundamento y fuerzas, cas»tigando los culpados muy de veras para atajar que »no pase adelante, no sé si tuviera sufrimiento para »no salir de aqui á remediallo.,..» Sigue aconsejándole y recomendándole que use de todo rigor; le recuerda el ejemplo de lo que él dejó ordenado y establecido en Flandes, que era «quemar vivos á los contumaces, y á los que se reconciliasen cortarles las cabezas;» le exhorta á que con el arzobispo y los del consejo de la Suprema ejecute una cosa semejante

con los luteranos de España, «sin escepcion »de persona alguna;» la alienta á que haga en esto «mas de lo posible,» y no contento con escribir, la anuncia que envia á Luis Quijada para que hable con ella é informe de su pensamiento á los inquisidores [1].

Asi atendia á todo, era consultado en todo, intervenia en todo, y todo lo manejaba y dirigia desde su soledad el hombre á quien nos han pintado, desde que se retiró al monasterio, totalmente abstraido de todo negocío mundano, ageno á todos los acontecimientos de Europa, enteramente estraño á la política, tan desapegado á los intereses que no volvió á acordarse de los tesoros que venian de Indias, y tan de todo punto deshumanado que ni sabia ni queria siquiera saber ni qué hacía ni donde estaba su hijo [2].

¿Han sido mas exactos y mas verídicos los que nos han representado al augusto huésped de Yuste como dechado de sobriedad, de penitencia y de austeridad, mortificando asíduamente su cuerpo con ayunos, disciplinas y maceraciones? No es esto cier-

(1) Archivo de Simancas, Inquisicion, fól. 42.—Es, pues, muy verosímil lo que sobre esta materia cuenta el obispo Sandoval haber dicho el emperador: «Errarse »ha si los dejasen de quemar, *co»mo yo erré en no matar á Lute»ro*; y si bien yo le dejé por no »quebrantar el salvo-conducto y »palabra que le tenia dada, pen»sando de remediar por otra via »aquella heregía, erré porque yo »no era obligado á guardarle la »palabra, por ser la culpa del he»rege contra otro mayor Señor, »que era Dios; y así yo no le ha»bia ni debia de guardar palabra, »sino vengar la injuria hecha á »Dios.» Vida del emperador en Yuste, pár. 9.

(2) Por no aglomerar documentos nos hemos limitado á citar, de entre los muchos que poseemos, los que hemos creido pueden bastar á desvanecer la idea que los historiadores nos habian dado de su género de vida en este punto.

tamente lo que arroja la inmensa correspondencia, auténtica y original, que tenemos á la vista, comprensiva de todo aquel período. Desde el lento itinerario que llevó el emperador del puerto de Laredo al monasterio de Yuste comenzó á demostrar que ni le eran de todo punto agradables las privaciones, ni del todo indiferentes los placeres de la mesa [1].

(1) De Medina de Pomar escribia ya su secretario Gaztelu (9 de octubre, 1556) acusando el recibo de los regalos que le enviaba la princesa, añadiendo que las conservas habian gustado tanto á S. M., que mandó guardarlas y que nadie las tocase; y que el alcalde Durango habia logrado con mucho trabajo proporcionar frutas, aves y pescados. El 11 decia desde Burgos, que el dia anterior habia comido S. M. tanto pescado, que temian le hiciese daño. Quejábanse Gaztelu y Quijada en Palenzuela del mal estado en que habian llegado los bizcochos enviados al emperador, y en Torquemada agradecian el envio de aves y frutas hecho por el obispo de Palencia. De Medina del Campo escribia Luis Quijada (6 de noviembre) que el emperador habia comido buen pan, anguilas, ranas y barbos, y encargaba que para el dia siguiente le mandasen anchovas, de que gustaba mucho. El 11 desde Jarandilla acusaba el mismo mayordomo el recibo de las empanadas de anguilas, que decia gustar á S. M. mas que las truchas, y que se escribiese á Perejon enviase unas aceitunillas de las que habia regalado á S. M., porque se acababan. Decia el 20 que no se enviasen anguilas empanadas, porque hacian daño á S. M., y por ello estaba indispuesto; aunque para él lo atribuian al mal tiempo. Sin embargo, el 31 las volvió á comer, pues «por ser dia de vigilia no habia querido comer salchichon de ninguna especie, ni morcilla, ni cosa de puerco.» El 2 de diciembre queria saber S. M. cómo se hacia el adobo de las aceitunas; le decia á su mayordomo que en Gama, lugar del conde de Osorno, se hallaban las mejores perdices del mundo, y que le constaba que en Tordesillas, en casa del marqués de Denia, se hacian longanizas á estilo de las de Flandes, encargándole le proporcionase de todo. El 6 escribia el secretario Gaztelu, que las anchovas habian gustado mucho al emperador, pero que le eran nocivas, y que la duquesa de Frias le habia enviado doce pares de guantes, aguas, pebetes y un perfumador. El 29 avisaba haber llegado las salchichas de la princesa y las de Tordesillas, y que el 28 habia comido S. M. ostras frescas de Portugal y en escabeche, remitidas por don Sancho de Córdoba, y acedias y anchovas; que se habia recibido la receta de las aceitunas regaladas por Perejon, y le habian gustado las enviadas por el presidente.—Archivo de Simancas, Estado, leg. 117. En todo este legajo se encuentra multi-

Diríase que habia querido come despedirse de los goces materiales del gusto para llevar mejor, cuando entrára en el retiro, las abstinencias y privaciones de la vida claustral con que pensára mortificarse, si los documentos no justificáran que aun despues de su entrada en el monasterio, en medio de los padecimientos de la gota y de otros males que solian aquejarle, no guardó toda la frugalidad que hubiera convenido á su salud (1).

Como impertinentes para la historia, hubiéramos omitido de buena gana tales pormenores y menudencias, si por una vez no los creyéramos necesarios, ya que nos toca á nosotros ser los primeros á desempeñar la ingrata tarea de rectificar lo que por espacio de trescientos años nos habian estado enseñando tantos, y entre ellos algunos tan respetables historiadores.

tud de cartas del secretario y mayordomo del emperador, escritas en el propio sentido.

(1) Las cartas auténticas de su mayordomo nos informan de que el 5 de febrero (1557) comió de la cecina que le habia enviado Juan de la Vega; que el 9 comia ostras crudas, y que Equino le habia remitido por encargo suyo el vino que llamaban bastardo: que el 24 instaba por que le enviasen arenques frescos y salados; que el 4 de marzo pedia salmon y arenques frescos, y que tenia lampreas de Alcántara. Su mismo médico Mathisio en 14 de mayo nos dice que S. M. comia cerezas al principiar la comida, no reparando en tomar despues «una escudilla de crema y nata,» luego «un pastel con especias,» ademas de otros manjares que va enumerando. El 9 de julio decia Luis Quijada que S. M. comia melones y otras frutas. Y aun en agosto del año siguiente (1558), menos de dos meses antes de morir, al anunciar el mayordomo que se habian perdido los melones del jardin manifestaba el sentimiento que de ello tenia el emperador, porque solia decir S. M. «que valia mas un ruin melon que un buen pepino.»—Arch. de Sim., ibid.

¿Es mas conforme á la verdad lo que nos han dicho acerca de la pobreza con que vivia el emperador en la casa religiosa de San Gerónimo en punto á servidumbre y menage? «Vivia tan pobremente, dice »el venerable obispo Sandoval (en otras cosas tan ve»raz y tan exacto), que mas parecian sus aposentos »robados por soldados que adornados para un tan »gran príncipe.» «Habia, prosigue, una sola silla de »caderas, que mas era media silla, tan vieja y ruin, »que si se pusiera en venta no dieran por ella cuatro »reales..... etc.»

No se concibe fácilmente cómo un historiador tan ilustrado y docto, tan inmediato á los tiempos de que escribia, y que debió tener á su disposicion tantos y tan apreciables elementos, haya aventurado tan inexactas noticias. Felizmente en este punto poseemos cuantos datos se pudieran apetecer. Conocemos el número, los oficios y hasta los nombres de los sirvientes y criados que conservó el emperador en Yuste, que eran cerca de sesenta; diferencia notable de los doce que le dan solamente los mas de los historiadores (1). Sabemos tambien el número, la calidad y el

(1) Los que quedaron para el servicio del emperador en Yuste, fueron los siguientes:

Cámara.

Moron, guardaropa y dos mozos.
Guillermo Malines y un mozo.
Charles y un mozo.
Hugier y un mozo.
Matías y un mozo.
El doctor y dos mozos barberos.
Nicolás y un mozo.
Chirique y un mozo.
Gabriel y un mozo.
Boticario y dos mozos.

valor de las alhajas que constituian el menaje de sus aposentos, su joyería, las piezas de plata de la cámara, mesa y capilla, los cuadros y pinturas, los libros, los muebles y efectos todos que formaban el ajuar del guardaropa, de la panatería, de la despensa, de la cava y furriería. Y en verdad, si el menage no era el de un palacio imperial, estaba muy lejos de ser tan humilde, tan pobre y miserable como le supone el obispo historiador, y con él los mas de los escritores hasta nuestros dias, puesto que se apreciaron los bienes muebles que el emperador llevó á Yuste en 3.615,294 maravedises [1].

Furriera.

Franme.
Martin.
Juanelo, relojero, y un mozo.

Oficios.

Panatería. Andrés y su ayuda y un mozo.
Cava. Muñol y su ayuda y un mozo.
Salseria. Nicolás y su ayuda y un mozo.
Guardamange y su ayuda.
Cocina. Dos cocineros y dos mozos.
Pastelero y un mozo.
Dos panaderos sin mozo.

En Cuacos

El secretario Gaztelu.
Los que hacian la cerveza.
El relojero y guardajoyas, y las mugeres.
Total de sirvientes, unos cincuenta.

Archivo de Simancas, Estado, Castilla, leg. 121.

(1) El inglés William Stirling publicó en el año próximo pasado de 1852 una Vida de Cárlos V. en Yuste (un tomo en 8.° de 270 páginas) con el título de *The cloister life of the emperor Charles the Fifth*. Como escrita sobre los documentos del Archivo de Simancas que habia copiado y reunido el archivero don Tomás Gonzalez, y que por los medios que en el Prefacio refiere, fueron á parar á sus manos, es ciertamente lo mejor y mas completo que sobre esta materia se ha publicado hasta hoy, si bien, con mayor copia de documentos nosotros, tenemos todavía que rectificarle en algun otro punto.

Por apéndice á esta obrita pone Mr. Stirling el inventario que copió el archivero Gonzalez de las joyas, alhajas, pinturas, libros, objetos de plata y oro, muebles y todo género de efectos y artículos que llevó Cárlos V.

Tampoco hemos hallado, en la larga y minuciosa correspondencia que poseemos, el menor fundamento para poder admitir ni como cierta ni como verosimil la especie de que el emperador se entretuviera en la fabricacion de relojes, ni menos en la construccion de soldados que tocaban clarines, de pajaritos de madera que volaban, de molinitos de hierro que hacian harina y se llevaban en un bolsillo, y de otras figuritas y juguetes mecánicos, con que algunos han pretendido se divertia la Magestad Cesárea de Cárlos V. y divertia y embaucaba á los monges, que en su ignorancia atribuian á efecto mágico el movimiento de aquellos diminutos artefactos. Negocios y asuntos mas graves ocupaban al ilustre morador de Yuste en su retiro. Especie tan peregrina solo puede esplicarse por un espíritu de lisonja, aplicando al César lo que tal vez hacía el

á Yuste. Nosotros, ademas de esto, tenemos la relacion de los efectos que á la muerte del emperador mandó su hijo Felipe II. que se le reservasen y no se vendiesen, con la tasacion del valor de cada uno de ellos, cuyo conocimiento debemos al actual archivero nuestro amigo el señor don Manuel García Gonzalez.

Al final de esta relacion se halla la siguiente nota. «*Suma todo lo que, como está dicho, S. M. ha mandado que se le guarde de los dichos bienes de Yuste, como arriba va dicho y declarado*, un cuento novecientos y cuarenta y cinco mil y ducientos y doce maravedises, *sin las cosas que va dicho que no están tasadas y otras que S. M. no ha pagado.*

Y en seguida:

Todos los bienes que al presente hay en ser de los del dicho monasterio de Yuste, contando los que arriba están escriptos, montan. . . . 3.615,294 1/2.

Y descontados dellos los dichos. 1.945,212

Que montan los bienes arriba contenidos que S. M. ha mandado guardar, restan liquidamente. . . 1.670,082 1/2.

Archivo de Simancas, Descargos de personas reales, leg. número 13.—Carta de Luis Quijada, de 3 de febrero de 1558.

famoso relojero constructor, hábil ingeniero y diestro mecánico Juanelo Turriano, que Cárlos habia traido y tenia consigo.

Lo que hay de verdad es que Cárlos se ejercitaba en oficios dc devocion y de piedad todo el tiempo que sus padecimientos y los negocios de que hemos hecho mérito le permitian; que gustaba de asistir á los divinos oficios y á las solemnidades religiosas, que oía muchas misas y sermones, se deleitaba en tener pláticas doctrinales con su confesor Fr. Juan de Regla y con el predicador Fr. Francisco de Villalva, recibia con frecuencia los santos sacramentos, asistia á las procesiones, hacía limosnas, oraba y meditaba, acaso aplicó alguna vez á su cuerpo las disciplinas, y que su muerte fué tan cristiana y ejemplar como diremos luego. Tambien lo es que tuvo diferentes conferencias con el P. Francisco de Borja, el antiguo duque de Gandía, religioso profeso en la Compañía de Jesus desde que resolvió renunciar al mundo afectado por el espectáculo del desfigurado rostro de su difunta emperatriz, segun dejamos referido en otro lugar [1].

Resuelto ya Cárlos á desprenderse de las ligaduras que aun le ataban al mundo, y á renunciar total-

(1) En algunos de estos coloquios intentó Cárlos persuadir al P. Francisco á que dejara el hábito de jesuita, á cuya órden no se mostraba el emperador muy afecto, y tomára el de San Gerónimo á que tenia particular devocion, ó de otra de las mas antiguas y acreditadas; á lo cual se negó con respetuosas y graves razones el esclarecido magnate que tanto habia de honrar despues la nueva Compañía con sus virtudes y su santidad.

mente á un poder de que si no estaba en ejercicio activo como antes, conservaba aun el derecho, y no pocas veces le hacia sentir con su consejo, con su influjo y con su nombre, determinó abdicar definitivamente el impèrio (mayo, 1558.) En su consecuencia ordenó que de alli en adelante se le tratára solamente como á un particular; y mandó se le enviaran nuevos sellos, sin coronas, águila, toison ni otra insignia, bién que á pesar de su mandamiento la princesa y cuantos por escrito se le dirigian continuaron dándole los títulos de «Sacra Cesárea Católica Magestad.» Hizo Cárlos esta renuncia contra la voluntad y deseo del rey don Felipe su hijo, en cuyo obsequio y á fuerza de gestiones de parte de éste la habia diferido un año entero, á fin de que, como decia el rey don Felipe, no le faltára, en la situacion crítica en que se hallaba, la sombra de su autoridad (1).

(1) «Mas lo que me cumpliria »estrañamente (le decia Felipe II. »en marzo de 1557 á Ruy Gomez de »Silva, encargado de esta negocia- »cion) es que S. M. no quisiere re- »nunciar el imperio, pues todos le »han dicho que no tiene concien- »cia en lo que se hace, pues él no »lo sabe; y cierto para aqui y para »Italia yo perderé mucho si S. M. »lo renuncia, y mas de lo que na- »die piensa; y se ve ya bien cuán- »to pierdo en no tener la sombra »de su autoridad. Vos le dad »cuenta de esta vuelta del prín- »cipe de Orange, y le suplicad con »grandisima instancia, aunque sea »volviendo al monasterio, que no »quiera por agora, hasta ver que »término toman mis cosas, renun- »ciar, y de lo que determinare me »avisad luego por todas las vias »que pudiéredes, porque si S. M. »es servido de ello cese la ida del »príncipe; y no os encarezco »cuanto me va en esto, porque vos »lo sabeis, y asi quiero que le ha- »gais grandísima instancia en ello »y le deis cuenta de lo de Italia, »etc.»—Archivo de Simancas, Estado, leg. 119.—Ruy Gomez de Silva lo cumplió asi, segun consta de su carta al emperador, de Valladolid á 21 de abril del mismo año.

Vengamos ya á lo de las exéquias en vida.

Tal boga ha alcanzado la ruidosa anécdota de que el emperador Cárlos V. se hizo celebrar sus propios funerales en Yuste, asistiendo á ellos con las circunstancias antes referidas, que el mismo William Stirling, el postrero y el que con mas datos ha escrito la vida de Cárlos V. en Yuste, no se ha atrevido á desechar como fabulosa y apócrifa la anécdota de los funerales. Y sí bien niega lo de la mortaja y el atahud, y otras absurdas circunstancias que se leen en Estrada, Robertson, Miñana y otros autores, no ha tenido valor para dejar de admitir la relacion de las honras fúnebres segun la hace el P. Sigüenza, y ha creido mas al historiador de la órden de San Gerónimo que los documentos sobre que escribió su obra y la opinion esplícita consignada por el archivero que con suma diligencia los recogió y se los proporcionó [1].

Nosotros que hemos invertido buena suma de tiempo en examinar con minuciosa prolijidad los documentos auténticos que pudieran darnos luz sobre un suceso que tanta celebridad ha adquirido, podemos asegurar que no hemos hallado uno solo, que indique siquiera ni dé ocasion á sospechar la certeza del hecho qne se supone. Cabalmente es tan copiosa la correspondencia original que existe de las personas

(1) Stirling, *The cloister life of the Emperor Charles the Fifth*, Chapter IX. pág. 194.

de mas representacion y autoridad que rodeaban á Cárlos V. en su retiro, la del mismo emperador con sus hijos don Felipe y doña Juana y con los ministros y secretarios de estos, que con dificultad habrá período alguno histórico que pueda ser mas conocido, y de que puedan darse mas exactas y minuciosas noticias. El curioso podria fácilmente saber las mas menudas é insignificantes acciones de la vida de Cárlos desde el dia de su entrada en el monasterio hasta el de su muerte. El en que se supone con mas visos de verosimilitud el famoso suceso de las exéquias es el 30 de agosto de 1558. Nosotro hemos tenido la paciencia de examinar la correspondencia *diaria* de agosto y de setiembre; las cartas de Luis Quijada, el mayordomo, amigo, confidente y la persona mas allegada al emperador; las del secretario Martin de Gaztelu; las de Juan Vazquez de Molina, á quien no se ocultaban ni aun los mas íntimos secretos; las del médico Mathisio, las del prior y otros monges del monasterio: por ellas hemos visto lo que el emperador hacía cada dia y cada hora, desde que se levantaba hasta que se acostaba, y cómo pasaba cada noche. En ninguna de ellas se encuentra una palabra que directa ni indirectamente se refiera á tales honras fúnebres. ¿Será verosímil, será posible que quienes tan menudamente informaban cada dia de todos los actos del imperial cenobita, sin omitir ni aun lo perteneciente á las funciones mas natura-

les de la vida, guardáran tan profundo silencio sobre una escena que tan notable hubiera sido entonces y tanto ruido ha hecho despues? Acaso otro mas afortunado halle algun dia las pruebas que á nuestra esquisita diligencia se han escondido hasta ahora. Entonces nos someteremos gustosos á la verdad que siempre vamos buscando. Entretanto, y hasta que esto suceda, séanos lícito apartarnos de la opinion comun de los historiadores respecto á los célebres funerales, bien lo hayan atribuido unos á recomendable piedad de Cárlos, bien lo califiquen otros de vituperable fanatismo.

Es por consecuencia fuera de toda duda para nosotros que la impresion del lúgubre espectáculo que se ha supuesto, no fué de modo alguno la causa de la enfermedad que acarreó la muerte al emperador Cárlos V., como han asegurado muchos historiadores. La enfermedad provino de haber comido al sol en una azotea del monasterio la tarde del 30 de agosto. Todas las informaciones de los facultativos y de los testigos están contestes en este punto. «Con esta (le »decia el mayordomo Luis Quijada á Juan Vazquez de »Molina en carta de 1.° de setiembre) con esta va una »relacion del doctor, por la cual verá vuestra merced »el accidente que á S. M. ha sucedido desde ayer á »las tres despues de medio dia acá; y aunque es poco, »como el doctor dirá, pónenos en cuidado, porque ha »años que á S. M. no le ha acudido calentura con frio

»sin accidente de gota. El frio casi lo tuvo delante de »mí todo, mas no fué grande, puesto que tembló »algun tanto; duró casi tres horas la calentura; no »es mucha; aunque en todo me remito al doctor, que »escribirá mas largo.—Yo temo que este accidente »sobrevino de comer antier en un terrado cubierto, »y hacía sol, y reverberaba alli mucho, y estuvo »en él hasta las cuatro de la tarde, y de alli se »levantó con un poco dolor de cabeza y aquella »noche durmió mal; ansi que podria ser fuese aquello »lo que hubiese causado este frio y calentura.— »Con lo que sucediere se avisará desde aqui cada »dia, etc.» A última hora escribia que S. M. entendia »en su testamento, para lo cual encargaba se enviase al secretario Gaztelu el título de notario [1].

En el propio sentido y atribuyéndolo á la misma causa escribia el doctor Mathisio, médico del emperador, cuya larga carta creemos escusado copiar. El 2 se repitió la fiebre con el carácter periódico que conservó siempre después, y se envió á llamar al otro médico nombrado Cornelius. El 3 se le hicieron dos sangrías, y S. M. confesó, recibió el Viático y concluyó lo que le faltaba del codicilo. La correspondencia de los dias siguientes da minuciosas noticias del carácter, síntomas, vicisitudes y marcha de la enfermedad, remedios que se le aplicaban, estado del au-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. núm. 128.

gusto enfermo cada dia y casi cada hora, personas que llegaban al monasterio, cuidado que se tenia de ocultarle las malas nuevas que pudieran alterarle, y otras de igual naturaleza, hasta el 21 de setiembre en que espiró. Nada puede darnos mejor y mas exacto conocimiento de la manera ejemplar como se despidió de este mundo el hombre que por espacio de cerca de medio siglo habia ejercido en él el mayor poder que se habia conocido jamás, que las siguientes cartas en que su confidente y mayordomo anunció su fallecimiento.

A las cuatro de la madrugada del mismo dia 21, á las dos horas de haber espirado el emperador, escribia Luis Quijada al secretario Juan Vazquez de Molina: «Ilustre señor.—A las dos despues de media noche fué Nuestro Señor servido llevar para sí á S. M. »tan comò cristiano como siempre lo fué: jamás perdió la habla, ni el conocer, ni el sentido, hasta que »dió el alma á Dios, y conhortádose con lo que él »era servido hacer, y esto diciéndolo á todos y poniendo las manos y escuchando á los frailes que le hablaban las cosas que en tal tiempo se suele hacer, y »pidiendo: «decidme tal salmo, y tal oracion, y tal »letanía:» y cuando quiso espirar lo conoció, y tomó »el crucifijo en la mano, y se abrazó con él hasta llegallo á la boca, y pidió tambien que le tuviesen »alli candelas benditas, y que las encendiesen, y estaba tan en sí que se tomaba el pulso, y meneaba la

cabeza como á manera de decir: «no hay remedio, etc. (1).»

En la que con fecha 30 escribió, ya mas despacio, al rey don Felipe, le decia lo siguiente: «S. C. R. M. »—A los 21 de este al amanecer avisé á V. M. del »fallecimiento de S. M. que está en el cielo, y pocos »dias antes habia enviado la relacion de lo sucedido »hasta los 17 del mismo solo en sustancia, remitién»dome á la que los doctores Cornelio y Mathisio en»viaban; ansi no tendré que decir mas en el discurso »de su enfermedad, salvo que el mal de S. M. siem»pre fué creciendo desde el primer dia.... y á mi pa»recer hasta que la terciana se le dobló nunca te»mió: desde alli adelante sí, porque casi vino á »entender que nunca quedaba limpio de calentura. El »mal llegó tan adelante que los médicos le quisieron »dar la Uncion el lunes á medio dia, y pareciéndome »que no era tiempo por tener gran sujeto y que no se »alterase, no consentí que por entonces se la diesen, »hasta que á las nueve de la noche casi me lo protesta»ron, y á aquella hora se le dió, y se la llevó su con»fesor, la cual rescibió con el juicio y entendimiento »que siempre estuvo y con muy gran devocion. »Desde aquella hora siempre estuvieron con él su con»fesor y Fr. Francisco de Villalva, predicador de esta »casa, á quien S. M. oia de buena voluntad, los cuales »le hablaban como se suele hacer en semejantes tiem-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 128.

»pos, y rezando oraciones y salmos, y S. M. les pe-
»dia: «decirme tal salmo ó tal oracion,» en las que mas
»devocion tenia, las cuales se le rezaban y declaraban
»cuando llegaban á cosa que venia á aquel propósi-
»to, y tambien se le leia la Pasion declarándole en
»ella los pasos que convenian, á lo cual estaba S. M.
»con gran devocion y contricion, poniendo las manos
»juntas y mirando al cielo y á un crucifijo que alli
»tenia, y una imágen de Nuestra Señora; que eran
»las con que la emperatriz nuestra señora murió; el
»cual me habia mostrado y mandado que las queria
»tener cuando en aquel paso se viese, ansi se estuvo
»toda la noche con grandísima devocion El día ade-
»lante volvió á reconciliarse y á recibir el Santísimo
»Sacramento, y advirtiéndole que mirase que no po-
»dria pasallo, me respondió que sí haria, y parecien-
»do tambien á S. M. que podria ser tardar la misa
»para recibillo en ella, mandó que se le trujesen de
»la custodia, y ansí lo rescibió y se vió en trabajo al
»pasallo; pero estaba con tan buen juicio, que él mis-
»mo abria la boca para que se mirase si quedaba
»alguna cosa por pasar, y despues oyó misa con gran-
»dísima devocion, hiriendo los pechos cuando decian
»los Agnus. De esta manera pasó aquel dia como
»cristianísimo príncipe. Despues de esto el mismo dia
»á las doce llegó el arzobispo de Toledo y le habló
»como convenia para el tiempo en que estaba, y él
»oyendo á los unos y á los otros con grandísima de-

»vocion y con tanto juicio, que poco antes que ano-»checiese me pidió si tenia alli alguna candela bendita; »yo le respondí que sí, y aunque algunas veces cer-»raba los ojos, hablándole en Dios los volvia á abrir, »y estaba muy atento á lo que se lo decia, y pare-»ciéndome que iba muy al cabo, envié á llamar al ar-»zobispo de Toledo que estaba en su cámara, el cual »vino y le volvió á hablar, y S. M. á entender lo »que decía, y de esta manera se estuvo hasta las dos «de la noche que se le puso la candela en la mano de-»recha, la cual yo le tenia, y con la izquierda esten-»dió el brazo para tomar el crucifijo diciendo: «ya es »tiempo;» y diciendo Jesus dió el alma á Dios, sin ha-»cer mas que dar dos ó tres bocadas, de lo cual S. M. »debe dar muchas gracias á Dios; que cierto es de »creer que jamás se vió persona morir con mas jui-»cio ni con mayor devocion y contricion y arrepenti-»miento. Creo como cristiano que se fué derecho al »cielo. Yo ví morir á la reina de Francia, que acabó »muy cristianamente, mas S. M. le hizo ventaja en »todo, porque jámas le ví temer la muerte ni hacer »caso della aunque algunas veces se le decia.

«El martes antes que recibiese el Santísimo Sa-»cramento me llamó, y mandó salir fuera á su confe-»sor y á los demás, y incádome de rodillas me dijo: »Luis Quijada, yo veo que me voy acabando muy »poco á poco, de que doy muchas gracias á Dios, »pues es su voluntad. Direis al rey mi hijo, que yo

»le pido que tenga cuenta con estos criados general»mente los que aqui me han servido hasta la muer»te, y que se sirva de Gila Come Barbero en lo que »le pareciere, y que mande que en esta casa no se »deje entrar huéspedes; y en lo que sobre mí man»dó decir no quiero hablar por ser parte. Tambien »me mandó que dijese á V. M. otras cosas, las cua»les diré cuando Dios trujere con bien á V. M. »Plega á Dios sea con la felicidad que todos de»seamos: lo demas que toca al entierro y depósito y »como se hizo, envío á Eraso para que de ello dé ra»zon á V. M. (1)»

Púsose el cuerpo del emperador en una caja de plomo, la cual se encerró en otra de madera de castaño, forrada de terciopelo negro. Hiciéronsele solemnes exéquias, por tres dias, celebrando el arzobispo de Toledo Fr. Bartolomé de Carranza, á quien sirvieron de ministros el confesor del emperador Fray Juan Regla y el prior Fr. Martin de Angulo, y predicando sucesivamente, el padre Villalva, y los priores de Granada y de Santa Engracia de Zaragoza.

Una de las clásulas del codicilo de Cárlos V. era que se le enterrára debajo del altar mayor del monasterio, quedando fuera del ara la mitad del cuerpo del pecho á la cabeza, en el sitio que pisaba el sacer-

(1) Archivo de Simancas, Estado, leg. 128.—Una relacion semejante se encuentra en el tomo VI. de la Coleccion de Documentos inéditos, sacada de los MM.SS. de la Biblioteca de Salazar, hoy de la Academia de la Historia, letra M. tomo 209.

dote al decir la misa, de manera que pusiese los pies sobre él. Para cumplir del modo posible este mandato se derribó el altar mayor y se sacó hácia fuera con objeto de depositar detrás de él el cadáver, pues debajo no podia estar por ser lugar esclusivo de los santos que la Iglesia tiene canonizados (1). A los dos dias de enterrado el cadáver se presentó el corregidor de Plasencia acompañado de escribano y alguaciles, reclamando el cuerpo como muerto en territorio de su jurisdiccion. Aunque al fin accedió á que quedase en poder del prior en calidad de depósito, empeñóse no obstante aquella autoridad en identificar la persona del difunto, para lo cual fué menester deshacer el tabique, sacar las cajas y abrirlas, y descoser la mortaja hasta reconocerle el rostro, de todo lo cual se tomó testimonio (2).

(1) El P. Sigüenza, Hist. de la Orden de San Gerónimo, pár. III. lib. I. cap. 36.

(2) Sandoval, Vida del emperador en Yuste, pár. 13.

No escasean los historiadores eclesiásticos sus relaciones de apariciones y prodigios que dicen haberse visto y observado á su muerte. Segun el P. Sigüenza, uno ó dos cometas anunciaron por espacio de muchos dias su enfermedad y fallecimiento. La noche que murio brotó de repente el capullo de una azucena que habia en el jardinillo junto á la ventana de su aposento, cuya flor se colocó despues delante de la custodia. Un monge del Escorial avisó andando el tiempo á Felipe II. que le habia sido revelado como el alma de su padre habia salido del purgatorio. Al decir del obispo Sandoval, un ave grande, mitad blanca mitad negra, vino par espacio de cinco noches de la parte de Oriente, y posándose sobre el tejado de la capilla daba cincos gritos con algun intérvale de uno á otro, y luego volaba hácia Poniente, con grande admiracion de los padres del convento. Estos y otros semejantes prodigios han sido repetidos despues por varios historiadores. El lector les dará la fé que le parezca puedan merecer.

El cuerpo del emperador permaneció en Yuste hasta que le trasladó al Escorial el rey don Felipe su hijo.

Su testamento y codicilo respiran las ideas cristianas y religiosas en que habia vivido y la piedad que señaló su muerte. En el primero dejaba una manda de 30,000 ducados para redencion de cautivos, dotacion de doncellas huérfanas y pobres vergonzantes, por iguales partes, y mandaba se le dijeran treinta mil misas por su alma. Lo demas se reducia á determinar la sucesion de sus reinos y señoríos, al modo como habian de pagarse las deudas contraidas, y cómo habian de conservarse íntegros el patrimonio real y los dominios de la corona, refiriéndose á sucesos, tratos y enlaces de que hemos dado cuenta, y á consejos al rey su hijo sobre algunos asuntos de gobierno. Aunque el principal objeto del segundo fué señalar pensiones y ayudas de costa á sus servidores y criados, que va designando nominalmente, es muy de notar su primera cláusula, por la cual deja muy encarecidamente recomendado al rey don Felipe que use de todo rigor en el castigo de los hereges luteranos que habian sido presos y se hubieren de prender en España. «Y mando, decia, como padre que tanto le »quiero, y como por la obediencia que tanto me debe, »tenga de esto grandísimo cuidado, como cosa tan »principal y que tanto le va, para que los hereges »sean oprimidos y castigados con toda la demostra»cion y rigor, conforme á sus culpas, y esto sin es»cepcion de persona alguna, ni admitir ruegos, ni »tener respeto á persona alguna: porque para el efecto

»de ello favorezca y mande favorecer al Santo Oficio »de la Inquisicion, por los muchos y grandes daños »que por ella se quitan y castigan, como por mi tes»tamento se lo dejo encargado..... [1].»

En otra parte hablaremos de la manda que la víspera de morir hizo en favor de la madre de un hijo natural suyo, que entonces se criaba oculta y misteriosamente en poder de su mayordomo Quijada, y que tan célebre se habia de hacer no tardando en el mundo [2].

Ademas de las honras que le hicieron en Yuste y en Valladolid, celebráronselas muy suntuosas en Roma; pero las que se distinguieron por lo vistosas y magníficas fueron las que Felipe II., su hijo, mandó hacerle en Bruselas, y de las cuales, por haber

(1) Hállanse íntegros en Sandoval el testamento y codicilo, que nosotros no copiamos por su mucha estension.

(2) Dejaba Cárlos V. al tiempo de morir tres hijos legítimos: el rey don Felipe, doña María, reina de Bohemia, y doña Juana, princesa de Portugal y gobernadora de España. Tuvo hijos naturales y bastardos que sepamos los siguientes: doña Margarita de Austria, que casó primero con el duque Alejandro de Médicis, y despues con el duque de Castro, Octavio Farnesio: doña Tadea de la Peña, á quien tuvo de una señora llamada Ursolina de la Peña, de Peruja, conocida por *la Bella Penina*. (Archivo de Simancas, estado, leg. 137): y don Juan de Austria, que es este á quien nos referimos en el texto, cuya verdadera madre daremos á conocer de un modo que desvanecerá toda duda y toda sospecha que hayan hecho concebir mal informados historiadores.

Mendez Silva (Catálogo real de España, pág. 140), habla de otros dos hijos bastardos, á saber: Píramo Conrado de Austria, de quien nos da mas noticias, y doña Juana de Austria, que dice murió de siete años el 1530, siendo novicia en el monasterio de Santa María, órden de San Agustin, en la villa de Madrigal, donde está sepultada, como lo afirma el padre maestro fray Tomás de Herrera en la historia del convento de San Agustin de Salamanca.

sido tan notables, damos por apéndice una relacion auténtica [1].

Al terminar los historiadores la vida del emperador Cárlos V., deshácense generalmente en pomposos elogios de sus prendas y virtudes, ensalzándolas hasta donde alcanzan las palabras y frases laudatorias que cada cual ha podido discurrir en su alabanza. Nosotros, reconociendo haber adornado muy esclarecidas dotes á este escelso personage, reservamos su juicio crítico para cuando hagamos el del espíritu, la marcha y la fisonomía del siglo XVI. y consideremos la suma de bienes y de males que en nuestro sentir produjeron el poder, la influencia y la política de Cárlos V. en España, en Europa y en el mundo.

(1) Sandoval trae una descripcion de ellas: la que nosotros damos, y no hemos visto publicada en ninguna parte, la hemos tomado del Archivo de Simancas, Estado, leg. 517, fol. 11.

APÉNDICES.

I.

1528.

DESAFIO DE CARLOS V. Y FRANCISCO I.

(Archivo de Simancas, Estado, leg. 1553.)

Real cédula que el emperador dirigió á Sancho Martinez de Leiva, capitan general de la provincia de Guipúzcoa, dándole cuenta del desafio á que él habia provocado al rey de Francia Francisco I., negativa de éste á aceptarle, y consulta que el mismo emperador hizo sobre ello á sus consejos y prelados, grandes, caballeros, letrados y otras personas.

El Rey.—Sancho Martinez de Leiva, nuestro capitan general de la provincia de Guipúzcoa, y alcalde de la villa y fortaleza de Fuenterrabía: ya habreis sabido parte de lo que con el rey de Francia sobre nuestro combate habemos pasado, y aquello y todo lo demas vereis mas entera y cumplidamente por el traslado de todo ello que aqui os

enviamos. Es la verdad que con el gran deseo que tenemos de ver fin á estas nuestras contiendas y debates por el reposo y sosiego de la cristiandad holgábamos y aun deseábamos poner vuestra vida en peligro, por redimir con ella tanta sangre cristiana como á causa de estas discordias se derrama, mas como esto no dependiese solamente de nuestra voluntad, mas tambien debiese para ello concurrir la del rey de Francia, y él, como vereis por la relacion que Borgoña nuestro rey de armas truxo, ha rehusado el combate no queriendo oir nuestra respuesta ni recibir nuestro cartel en que le señalábamos el campo, antes asombrando con rigurosas palabras nuestro rey de armas despues de haberlo muchos dias en los límites de su reino detenido, cosas que jamás por ningun rey ni príncipe fueron hechas ni consentidas; aunque sin mas parecer de otros viésemos claramente haber satisfecho á nuestra honra, pues el rey de Francia rehusaba el combate, todavía por ser la cosa tan delicada y tocar tanto á nuestra honra la quisimos comunicar con los de nuestros consejos y perlados, grandes, caballeros, letrados y otras personas en semejantes casos esperimentadas, pidiéndoles su parecer sobre ello, los cuales, visto todo lo que habia pasado, determinaron que habíamos suficiente y enteramente cumplido y satisfecho, no solamente á nuestra honra, mas tambien á lo que debemos á Dios y á nuestros súbditos y al bien de toda la cristiandad, de lo cual os habemos querido avisar porque tengais entera relacion de todo y lo envieis y publiqueis donde mejor os pareciere de manera que á cada uno sea notorio. Fecha en nuestra ciudad de Toledo á último de noviembre de 1528. Yo el Rey. Por mandado de S. M.—Alonso Valdés.

II.

ESTADO ECONOMICO DEL REINO DE CASTILLA EN LOS AÑOS QUE ESPRESA EL DOCUMENTO.

(Archivo general de Simancas, Estado, leg. núm 37.)

SUMARIO DE TODA LA QUENTA DEL AÑO DE 536.

Monta lo que valen las rentas cuatrocientos cuatro quentos, quinientos veinte y siete mil, porque lo que mas han crescido desde el año de 534 y los situados consumidos, es para desempeñar juros, como está dicho.	404.527,000	412.027,000
Que montara la moneda forera que se cobra en estos reinos el dicho año de 536 á respecto de los años pasados 7.500,000.	7.500,000	
Monta el situado y prometido y suspensiones que hay en las dichas rentas con los 10 quentos que se han de situar por el dinero que se tomó de las Indias y con otros maravedís de los que están á cargo de Alonso de Baeza para los vender y cumplir con los ginoveses lo del asiento de Toledo que aun no están todos situados 10 é 11 al millar de los partidos encabezados.		269.530,000
Asi quedarian en las rentas de 536 é en la dicha moneda forera 142.497,000. . . .		142.497,000
Están librados en las dichas rentas á los Belzares é á otras personas particulares, como todo va por menudo en los pliegos.		119.245,000
Quedarian 24.252,000.	24.252,000	

Es de saber que en el dicho año de 536 no están situados enteramente los 10 quentos que se han de situar por el dinero de las Indias, é dícose que no ha de ser tanta cuantidad la situacion, porque algunos destos dineros se dejaron de tomar á otros algunos que se tomaron, se libraron en las Indias, y asimismo otros situados que están á cargo para los vender Alonso de Baeza para cumplir el asiento que se tomó en Toledo con los ginoveses que no están vendidos, y todo esto ay mas en las dichas rentas demas de los dichos 24.252,000, é podria servir para los gastos del dicho año.

RELACION DE LO QUE ES MENESTER PARA ESTE AÑO DE QUINIENTOS Y TREINTA Y SEIS A RESPECTO DE LO QUE SE LIBRÓ EL AÑO PASADO DE 535.

Para la casa de S. M., 470,000 ducados.. . .	470,000	
Para embaxadores y correos é otros gastos estraordinarios del Estado; 70,000 ducados..	70,000	
Para guardas del año de 534, 200,000 ducados, é otros tantos se han de proveer en el año de 536 para cumplir con los guardas de 535..	200,000	
Para las galeras de Andrea Doria, 90,000 ducados.	90,000	
Para las 10 galeras de España, 60,000 ducados..	60,000	
Para las fronteras de Africa, 70,000 ducados..	70,000	442,260
Para la casa de la Reyna Nuestra Señora. .	37,330	
Para la casa del Príncipe, acrecentando el salario del maestro que se quita de la casa de Tordesillas y se pasa acá..	8,800	
Para la paga de los del Consejo é oficiales de la Córte..	37,330	
Para continos de 535.	40,000	
Para tenencias de las fronteras y costa del mar.	14,000	
Para salarios del gobernador é alcaldes mayores de Galicia y Canaria é Toledo, é otros corregidores é gobernadores que se libran en el Reyno.	4,800	
Para mercedes de tres en tres años.	14,000	
Para el condestable y su muger é duque de Alba y de Nájera é marqués de Astorga y conde de Osorio é otros grandes que se libran en sus tierras.	4,060	
Para acostamientos del marqués de Astorga é conde de Oropesa é de Medellin é don Francisco de Monroy é otros caballeros que se libran en sus tierras sus acostamientos cada año.	2,400	430,990
Para derechos de escribano mayor de rentas é mayordomo mayor é chanciller é notarios é sello é otros derechos de partidos encabezados.	4,200	
Asi montan los dichos gastos nuevecientos noventa mil nuevecientos veinte ducados..	990,920	

LO QUE HAY PARA CUMPLIR LOS DICHOS GASTOS.

En rentas ordinarias é moneda forera, con algo que se podrá aprovechar de los juros que están por vender, podrá haber 28 quentos, poco mas ó menos, que son 74,565 ducados.	74,565
Por la necesidad grande que hay se podrán tomar de las rentas de 537, 80 quentos para cumplir con los gastos de 536, que serán 213,333 ducados. . . .	213,333
Que habrá en las rentas de las órdenes en el año de 537, 20 quentos poco mas ó menos que se han de tomar para cumplir con los gastos de dicho año de 536.	53,333
Que habrá en el dicho año de 537 en el asiento de Juan Vosmediano é Juan de Enciso de la Cruzada é otras cosas en el asiento de las buletas 40 quentos que se han de tomar para este año, que serian.	106,067
Asi monta lo susodicho 447,998 ducados, y caso que esto sea cierto, faltarán para cumplir con los dichos gastos 342,922 ducados, y mas lo que montaran los intereses é cambios que serian gran suma, ha de mandar S. M. de donde y como se cumpla y lo que en todo se hará. . . .	342,992

AÑO DE 37.

Monta lo librado hasta 15 de noviembre de 535, 20 quentos 738,000 los quales descontados de los dichos 134 quentos 997,000 quedará 114 quentos 259,000.	114.259,000

Desto se ha de tomar los 80 quentos para los gastos del año de 36. y lo que quedare, será para la casa de la Reyna Nuestra Señora, Consejo y Oficiales de córte.

III.

PRECIO DE LAS RENTAS DEL REINO.—AÑO DE 1553.

Archivo general de Simancas: Escribanía mayor de rentas: Legajo núm. 393.)

Las rentas de las alcabalas y tercios y otras rentas ordinarias del reino que entran en el encabezamiento general del reino este año de 553 años, sin ciertos pescados que en Sevilla y Xerez de la Frontera y Galicia se pagan demas de los precios de sus encabeçamientos, los cuales no se cargan aqui porque la mitad dellos se libran para la despensa de la Reina Nuestra Señora, y la otra mitad para la despensa del emperador Nuestro Señor y se distribuyen en limosnas, y con las rentas de las tierras que fueron de la emperatriz Nuestra Señora que haya gloria, que para desde el año de 1547 entraron en el dicho encabezamiento general y van cargadas en este precio, y con las rentas de la villa de Valladolid e su tierra e partido que entran en el dicho encabezamiento general para desde este año de 553 en adelante, 333 quentos 602,000, del cual dicho precio van abaxadas las alcabalas y tercias de ciertas villas e lugares que Sus Magestades han vendido.	333.602,000

Cargo de partidos y rentas y otras cosas que no entran en el encabezamiento general del Reino que se cobran demas del dicho precio principal.

En la merindad de Burgos el crecimiento que ove en el encabezamiento de las tercias de Isar.	4,000
En la merindad de Burnueva las alcabalas de Ovarenes y tercios de Berçoso y Fuente Burueva y Rojas y otros lugares y ciertos situados consumidos.	97,000
En la merindad de Rioja las alcabalas de Tirgo y otros lugares de don Juan de Leyva y las tercias de Cirumuela y Ervias y otros lugares.	45,000
En el partido de Miranda de Hebro el valle de Valdegovia.	55,000
En la merindad de allende de Hebro el pedido de Salvatiera e situado consumido..	22,000
Las salinas de Buradon.	73,000

Las alcabalas y pedidos de la cibdad de Victoria e su tierra.	269,000
La provincia de Guipúzcoa que está encabeçada perpétuamente.	1.470,000
El diezmo viejo de Seguras.	6,000
Las herrerias de Vizcaya sin la suspension que en ellas se hace.	470,000
En la merindad de Logroño la cibdad de Logreño y martiniega de Calahorra.	809,090
En la merindad de Santo Domingo de Silos las alcabalas de Langa y Rejas y Oradero	104,000
En la merindad de Villa Di.º las tercias de San Cebrian de Buena madre y el crecimiento de Amaya y peones y otros lugares.	40,000

Continúa el documento espresando las partidas de cargo por menor, designando los productos de las rentas en cada parte, y concluye:

Total del Sumario.	500.620,000

IV.

NEGOCIACIONES CON ROMA.

(Archivo general de Simancas, Estado, leg. núm. 664.)

CARTA DEL REY SOBRE CONFERENCIA CON EL NUNCIO, A DON DIEGO DE MENDOZA, EN 17 DE MARZO DE 1547.

A don Diego de Mendoza:

Desde Ulma os screbimos muy largo lo que habiamos passado con el Nunzio de Su Santidad, el cual, habiendo tenido despues cartas de Roma, nos pidió estos dias audiencia, y habló en tres puntos, comenzando la plática con dezir, que no habia podido dejar de avisar á Su Santidad de lo que se hablaba y decia en esta

córte, que lo sucedido en Génova habia sido con sabiduría é inteligencia suya, y que Su Santidad estaba muy maravilladó que se dixesse ni pensasse de su persona semejante cosa, añadiendo que habia de ser una de dos cosas, ó que Nos dábamos crédito á ello, ó no; que si lo creiamos nos rogaba que quisiésemos informarnos bien de la verdad, porque sabiéndola se librase de tal opinion, y no se pensase que habia de intervenir ni ser parte en una tan señalada bellaquería por este mismo término, siendo Su Santidad tan hombre de bien; y si no lo creíamos podríamos muy bien ver cuán grande era la malignidad de la gente, que queria poner sombra y turbar la union tan sincera y buena amistad dentre Su Santidad y Nos, de la cual procedian tan buenas obras como se veian, señalando lo de esta empresa y el buen efecto del concilio. A lo cual le respondimos, que ni lo creíamos ni lo dexábamos de créer, y que assi no hacia la distincion cumplida, porque de una parte parecia cosa tan lexos de lo que se podia imaginar, y fuera del dever y correspondencia de su dignidad, que no parecia verisimille, y de la otra que habia tantos indicios, y entre otros la cifra que se habia hallado en Roma y caidosele al otro en tiempo que no sè puede dejar de presumir que en Roma se tratasse algo dello, y que asi se podia con gran trabajo excusar de alguna nota á lo menos algunos ministros, pero que Dios y el tiempo darian al fin testimonio de lo que era verdad, y á aquellos nos remitíamos.

Y porque el Nuncio nos replicó á esto, apretándonos si podría darle esta consolacion al Papa de certificarle que Nos no creíamos tal cosa de su persona, le diximos que por lo que en esto le haviamos respondido, bien veia no lo podíamos afirmar, sino era diciendo lo que era falso, pues le habíamos claramente dicho, que ni lo creíamos ni lo dejábamos de creer; á lo qual tornó á replicar que verdaderamente no se hallaria que Su Santidad hubiese tenido parte ni sabido dello en ningun manera, sino que habia sido invencion de personas que querian estorvar la aparencia que ay de tan buenas obras, que como arriba está dicho, se siguen de la buena correspondencia y amistad de entre ambos; como son lo de la dicha empresa y progreso del concilio, en el cual en el artículo de la reformacion se tracta de que los obispos, assi cardenales como otros que tienen dos obispados dexen el uno, y que los que son de la provision de Su Santidad se renuncien dentro de seis meses, y los que á la provision de los príncipes dentro de un año, y los cardenales que no residieren en sus iglesias estén cerca de Su Santidad en Roma, á lo cual nos pareció no responder muy largo, sino solamente que la reformacion conveniente de lo que escedía de la razon, seria en todo tiempo muy á propósito.

Acabada esta materia, entró luego en otra, diciendo, que habiendo Su Santidad entendido la muerte del Rey de Inglaterra, le habia parecido muy oportuno tiempo para la reduccion de aquel reino á nuestra fée cathólica, y que por no dejar passar una tal coyuntura determinaba de requerir y pedir ayuda para ello á todos los príncipes cristianos, y designaba de crear legados para este efecto, uno para Nos, otro para el rey de Francia, y otro para el reino de Escocia, exhortándonos mucho á que no dexássemos passar una tal ocasion; á que Nos le respondimos, que no sabíamos aun muy enteramente los términos en que quedaban las cosas de aquel reino despues de la muerte del rey viexo, sino solamente se entendia que habian escluido del Consejo secreto á los otros, aun á los que estavan apasionados en la opinion del rey, y que haviamos embiado á ellos de Chantonay á visitar al nuevo rey, y que con su vuelta se podría por ventura hacer una informacion de lo que alli passaba, y que según se entendiessen los andamientos, assi sabriamos hacer lo que éramos obligado, y el buen oficio que en todo acostumbrábamos. El tercero y último puncto fué dezirnos que en lo que solicitaba don Francisco de Toledo no havia podido Su Santidad tomar hasta entonces resolucion, por ser cosa nueva, y de que no era muy bien informado, temiendo que sería de consecuencia para Francia, de mas de estar el ecclesiástico de España tan cargado, y que esto de la plata y fábricas subiría por lo menos do tres millones arriba, de mas que por estar ya señalada sobre ella la recompensa de los vasallos de los monasterios, sería esta muy gran sobrecarga, con otras particularidades en esta conformidad: á lo cual le respondimos que no dubdabámos que Su Santidad creia que lo que del expediente se sacasse seria del valor de los tres millones que dezia, y pluguiera á Dios qûe fuera assi, porque vernia bien á propósito para esta empresa, pues no se podia emplear en cosa mejor; no dejándole tocar en lo de la consecuencia de Francia, que lo habian usado en aquel reino tantas veces, demas de ser cosa que los otros tenian poder para ello, para cosa tan pia y necesaria; y que cuanto á lo que decia que de lo mismo se habian de sacar los 400,000 escudos que no era tal la intencion, sino que á los que hubiésen contribuido en esto, se les descontasse la parte que assi se hubiese cobrado, cumpliéndolo á la mitad, pero que lo que sospechábamos no era sino que sobraría tan poco, que muchas veces haviamos propuesto de no entrar en ello ni pedirlo; y replicando el dicho Nuncio que Su Santidad habia siempre hecho y haria todo lo que en sí fuesse, le diximos que muy bien se havia visto lo que por lo passado havia hecho y hacia, y que de lo que se haria no se veia aun la muestra; y con esto se acabó por aquella vez la plática.

Despues, á los once de este, nos tornó á pedir audiencia, y dijo como habia sido avisado que Su Santidad habia hecho election de los dos legados, y que el de Inglaterra era reservado in pectore, y que esperaba en Dios que en lo de la reduccion de este reino podríamos ganar tanta honra como en está jornada de Alemania, pues era la misma causa, que no dexáramos pasar la ocasion; y atajándole Nos si pensaba Su Santidad, que con la fuerza do las armas se havia de tractar esto de Inglaterra, y respondiendo él que no sabia en ello la mente de Su Santidad, pero que pensaba que aquello holgaría pudiéndose hacer sin la fuerza ni ruido, le diximos que no faltariamos de hacer con Inglaterra el oficio que se puede pedir de príncipe christiano, pero que en tomar las armas no solo no las tomaríamos para contra este rey por Su Santidad, pero ni contra el mas mal hombre que hoy vive, pues vemos sus andamientos, y que habiendo metídonos en esta empresa y persuadido á ella, nos dejaba asi en tal tiempo; pero que Nos esperabámos en Dios que el que nos havia dado tan buen principio, nos ayudaría á salir con ellos; á lo cual, aunque el dicho Nuncio respondió lo mismo que arriba, que Su Santidad haria y aconteceria, le tornamos á decir que se veia muy bien lo que hacía, por mas que era lo tratado, y que nos remitíamos al effecto.

Luego tornó á entrar otra vez en lo de la comision de don Francisco de Toledo, diciendo que Su Santidad no havia podido por entonces hacer mas en ella, hasta ver cómo iba la cosa en lo de los trescientos mil escudos que se habian concedido en lugar de los quinientos mil del vasallage de los monasterios, lo cual no pudimos entender si lo dijo asi por yerro, ó si quiere tornar atrás de los cuatrocientos mil que nos tiene ofrecidos; y prosiguiendo su plática y ponderándola con que allá habian añadido don Francisco y Juan de Vega, que cuando Su Santidad no concediese lo de la pláta y fábricas que Nos estábamos determinados de tomarlo, le respondimos que era verdad, que Nos lo habiamos assi escrito y dado por instruccion al don Francisco: y tornando el Nuncio á decir que tenia por cierto que por ser cosa de mal ejemplo, siendo Nos tan cathólico príncipe, no era de creer que hariamos semejante cosa sin autoridad apostólica, se le dijo que nuestra demanda era tan justa y que tan absolutamente se nos habia negado sin tener respecto á la ocasion, y necesidad tan grande que habia para concedérnosla, era de manera que Su Santidad podia tener por muy cierto, que si la cosa llegaba á la mitad de la suma de lo que aquella le habia estimado, háme sido dicho que se sacarian tres millones, que Nos lo cobrariamos sin esperar mas assensu de Su Santidad, pues lo podíamos muy bien hacer, y los Reyes Católicos mas católicos que Su Santidad, pues no era sancto, habian hecho

lo mismo con madura discusion y consejo, y por guerra contra Portugal, tanto mas en esta habiéndose de emplear contra hereges: y tocando él en que no pensásemos que lo podríamos hacer con buena conciencia, le respondimos que sí podiamos, y con harta mejor que no la de Su Santidad, guardando en este tiempo los dineros en el arca para engrandescer su casa, y que el papa Clemente, aunque no lo teniamos todos por bueno, hacía al cabo buenas obras, y que de Su Santidad se veian bien cuales eran, y que por lo de arriba no dejariamos de ser muy buen cristiano, pues habiamos harto acatado y respectado en esto á Su Santidad, y que de aqui adelante pensábamos acatar á San Pedro, pero no al papa Paulo: pues assi iban las cosas y no podiamos dejar de maravillarnos de la hermosa escusa que agora habia hallado para escusarse de no hacer nada en lo de la comision de don Francisco, con decir que no teniamos ya mas menester, como si todo lo de acá estuviera acabado. A lo cual habiendo replicado el nuncio que Su Santidad no lo entendia assi, sino que fácilmente se acabaría lo que quedaba, pues nos hallábamos tan prósperos, le respondimos, que á Dios gracias, era verdad que lo estábamos, aunque pesaba al papa, y no lo tomaba de buena gana. Pero que assi impedido como nos veia, con un brazo gotoso y el otro sangrado, esperábamos de ir á acabar lo que quedaba; y que, pues Su Santidad no nos daba otra asistencia ni ayuda, que si venia á la jornada, haríamos cuenta de meter al Nuncio y al legado que venia á la primera hilera, porque diesen ejemplo á los otros, y se viese el efecto que harian con sus bendiciones; á que no respondió.

Queriéndose ya despedir de Nos, añadió, que Su Santidad atendia á apaciguar las cosas de Petillano, pero que el hijo estaba recio con esperanza de nuestro favor, rogándonos de parte de Su Santidad que no diésemos lugar á que las cosas se alterasen mas de lo que estaban. A lo que le respondimos, que lo que habiamos pasado con el hijo del conde no era mas, de que habiendo aqui servido con la gente de Su Santidad, le dijimos al tiempo de su partida que nos acordariamos de sus servicios en lo que se ofreciese, sin decir que queriamos ni pensábamos hacer mas ó menos en su negocio, dejándole irresoluto si le favoresceriamos ó no; y no sin causa quisimos usar en esta plática de mas vigor que las otras veces por desmentir lo que en Roma se publicaba, que ya habiamos ablandado y aflojado del sentimiento que antes mostrábamos y tambien para ver si podria aprovechar para otras cosas; y lo que dijimos arriba que si lo de la plata y fábricas montaba la mitad de lo que Su Santidad le estimaba, que seria millon y medio, no esperariamos consentimiento suyo para tomarlo, fué necesario tocallo por aquellos términos, porque no lo poniendo en ejecucion,

piense que lo hayamos deseado por no llegar á aquella suma, y no por no haber dado para ello el papa su consentimiento. De lo cual todo nos ha parecido advertiros assi particularmente, para que tengais entendido lo que ha passado y os goberneis conforme á ello, hablándoos Su Santidad, teniendo siempre fin, como os lo escribimos en la precedente, á mirar si por esta via y mostrar poca satisfaccion de lo que hasta aqui será mejor camino para atraer á ese hombre y reducirle á la razon.

V.

NEGOCIACIONES CON ROMA.

PARRAFOS DE CARTA DE S. M.

A DON DIEGO DE MENDOZA, SU EMBAJADOR, FECHA A 25 DE ABRIL DE 1547, SOBRE LA TRASLACION DEL CONCILIO.

(Archivo general de Simancas, Estado, legajo 644.)

. . . .

Juan de Vega nos escribió lo que Su Santidad habia respondido en lo que se le habló de nuestra parte tocante á la traslacion del Concilio, como se os escribió y dél habreis entendido. Despues, habiendo el Nuncio tenido cartas de Su Santidad de 5 del presente, nos pidió audiencia á los 14, y habiéndosela dado, luego comenzó su plática con quejarse de Juan de Vega por la prisa con que despachó el correo con la respuesta de Su Santidad sin aguardar las cartas del cardenal Fernes, no habiendo sido aquella resoluta, con decir que por hacer el oficio antes que vos llegásedes ó por alguna otra causa habia usado de mas diligencia de la que hiciera, si no hubiera de por medio estos respectos, alargándose en disculpar á Su Santidad y justificar sus cosas, con venir á decir que Su Santidad holgaria de que el Concilio volviese á

Trento, pero que seria menester que hubiese alguna dilacion en medio, y que entretanto, por la autoridad del Concilio, los perlados que están en Trento fuesen á Boloña para tractar entre todos de la vuelta, y lo que mas cerca de ella converná, pues él de sí solo no era parte para hacerle volver; y pidiéndonos con mucha instancia que quisiésemos oir la carta que de Roma se le habia escrito, la cual era bien larga, le dijimos que pues no contenia otra cosa mas de lo que de palabra nos habia antes dicho, que lo pudiera muy bien escusar. Y que cuanto á lo que se quejaba de Juan de Vega, que no veíamos que su plática hubiese tenido mas sustancia de lo que el dicho Juan de Vega nos habia escrito, y que todo lo de Su Santidad y los suyos era siempre palabras, y al fin paraban en decir que no era parte para hacer volver el Concilio; añadiendo que no podiamos entender á Su Santidad, pues unas veces se hacia superior dél, y otras inferior como agora, á lo cual replicando el Nuncio, y queriendo alargarse en disputar de la autoridad del papa, le dijimos que no era tiempo de disputar de ella ni queríamos meternos en semejante plática, pues no era para remediar el efecto de lo que se pedia y era tan necesario, y que lo que agora convenia no era sino que el Concilio volviese en todo caso á Trento, como justamente se habia pedido; y discurriendo el dicho Nuncio por la plática, y viniendo á tocar en la seguridad del Concilio con decir que no nos tocaba, ni era menester sino cuando fuésemos requeridos de los prelados, y que Boloña era lugar seguro y donde podrian decir y hablar libremente, le respondimos que Nos sabíamos muy bien cuál era nuestra autoridad, y lo que como á emperador nos pertenecia de la dicha seguridad y proteccion, requerido ó no requerido, y que asi no habia para qué tratar della.

Y tornando el Nuncio á repetir otra vez que convenia que en todo caso mandásemos á los prelados que están en Trento que fuesen á Boloña por lo que tocaba á la autoridad del Concilio, y escusar el inconveniente que por ventura se podria causar de scisma, y pareciéndonos que lo habia dicho de mala manera, le respondimos que no solamente á Boloña si fuese menester, pero que á Roma los hariamos ir y les acompañaríamos con nuestra propia persona como convernia por asegurarlos; alargándonos en decir y encarescer la no buena intencion y acciones del papa, juzgadas de todo el mundo por ser ya tan manifiestas; y queriendo sacar el dicho Nuncio y preguntándonos que qué mal hacia el papa, no le respondimos otra cosa sino que hacia de bien, ninguna cosa; á que dijo de presto: «á lo menos atiende á vivir;» y Nos le respondimos que esto era la verdad, pues se sabia el estudio y cuidado que tenia de ello y de engrandescer su casa y juntar dineros, y que por tener fin á esto echaba atrás todo lo que tocaba á su ofi-

cio y dignidad; pero que Nos esperábamos en Dios que aunque Su Santidad se descuidase desto y no quisiese ayudarnos, que él nos haria merced de enderezar y hacer lo que conviniese á su servicio, y aun por ventura mucho mejor de lo que Su Santidad querria. Y el Nuncio entonces quiso escusar al papa y abonarle con decir, que al cabo no faltaria de hacer todo lo que pudiese en beneficio de mas cosas, confiando que le corresponderíamos á su buena voluntad, aun hasta darnos los roquetes de los prelados de la cristiandad; á que le respondimos que asi lo teníamos creido, que nos daria los roquetes viejos y rotos, y él se quedaria con los dineros, y que al cabo no conocíamos dél otra cosa sino ser un viejo obstinado: á lo cual habiendo el Nuncio replicádonos que puesto esto se conocia de Su Santidad era bien regalarle y darle mas satisfaccion que hasta aqui en lo tocante á la empresa de Alemania, y justificar las causas por que no se habia hecho mencion dél en los tractados, y ablandar la aspereza que en estos dias se habia usado con él: le respondimos que siempre habiamos hecho lo que debiamos, de que podrán ser buenos testigos todos los del mundo, el cual estaba lleno de cuán lejos iba Su Santidad de todo lo que era obligado por su dignidad y oficio; y tocándonos á este propósito no sé qué de los legados, no pudimos escusar de decir lo que sentiamos del cardenal Santa Cruz, y del ruin oficio que siempre hacia en las cosas públicas de la cristiandad y particulares nuestras, llamándole de poltron, y que con el tiempo vería muy bien lo que haciamos.

Dejando suspensa esta materia del Concilio y lo que mas de ella se siguió, pasó á tratar de la venida del legado Sfondrato, y de cómo se habia Su Santidad resuelto de enviarle con resolucion de algunas cosas, asi sobre lo del Concilio como de la plata de las Iglesias y comision de don Juan de Mendoza, de manera que seriamos satisfecho, no dejando de tocarnos en que Su Santidad habia sentido y notado lo que dijimos que no tomariamos las armas contra el rey de Inglaterra por su respecto; lo cual le tornamos á confirmar por los mismos términos que la vez pasada, y mas claros, por habernos dejado al mejor tiempo: y hablando el dicho Nuncio sobre las cosas de levante, y queriendo encarescer los avisos que se tenian de armada del turco por este año, le respondimos que ya se tenian por acá los verdaderos y que lo que Su Santidad decia no dubdábamos que serian tales como él mismo los deseaba. Y queriendo el Nuncio replicar sobre este punto y los arriba dichos, le respondimos que no queríamos mas disputa con él, pues su manera de negociar era tal, que nos forzaba á decir cosas, que aunque verdaderas, las pudiéramos dejar si no fuéramos irritado, y que ya nos tenia mohinos con traernos continuamente pala-

bras y repiquetes sin ningun efecto ni sustancia, y que si tal pensáramos, no le hubiéramos dado audiencia, y que de aquí adelante tuviese entendido, que no negociariamos mas con él, añadiendo que si acerca de lo arriba dicho quisiese decir cosa alguna, hàblase con nuestros ministros, que ellos le darian la respuesta: y con esto le despedimos.....

VI.

COPIA DE OTRA CARTA

DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA,

EN LA QUE CUENTA MINUCIOSAMENTE LO QUE LE ACAECIÓ CON EL PAPA PAULO III. SU FECHA DE 27 DE DICIEMBRE DE 1548.

(Archivo general de Simancas, Estado, legajo 875.)

Habiendo yo hecho instancia con Su Santidad para que me diese respuesta cerca el mandar que los perlados congregados en Bolonia volviesen á Trento, me hizo entender que ya tenia respuesta de los mismos perlados, y asi me mandaría hoy responder despues de la misa en congregacion. Yo fuí á recibir la respuesta, y hablé particularmente con el cardenal de Trana, que es Decano, y con Frenes, trayendo mi protesto en la mano para hacerle en caso que la respuesta no fuese conveniente á la presente ocasion y necesidad; y asi cerrándose la Congregacion, estuve aguardando que me llamasen dentro del Consistorio con todos los embajadores y agentes de los príncipes y repúblicas que aquí se hallan mas de dos horas. Salieron á hablarme Trana, Frenes y Coria, de parte de Su Santidad y de toda la congregacion de Cardenales, y propusiéronme dos cosas; la una, que yo oyese y recibiese la respuesta de los perlados de Bolonia, y tal cual era, la enviase á S. M., y tuviese veinte dias de término para tener aviso y respuesta de S. M. de lo que

me mandaria hacer sobre dicha respuesta, y que en estos veinte dias, los perlados que están en Bolonia no harian sesion ni acto conciliar alguno, de esto me daban ellos tres su fé y palabra en nombre de Su Santidad y de todo el colegio de Cardenales y de los de Bolonia. La otra que Su Santidad deseaba que se juzgase si la traslacion de Trento á Bolonia habia sido buena y legítima, y que este juicio yo consintiese que lo hiciese Su Santidad, pues tocaba á él como cabeza de la religion. Respondí, que, pues sin yo demandar cosa ninguna me proponian este partido, que me contentaria de recebir la respuesta y enviarla á S. M., con tal que en ella no hubiese cosa que me forzase y obligase á protestar, porque en tal caso protestaria; y que me reservaba facultad y quedaba libre para protestar dentro de los veinte dias si me cumpliese: ellos se contentaron y me prometieron que la respuesta no contenia cosa que me forzase. Cuanto al juicio de la traslacion, respondí que no tenia poder de S. M. para diferir el juicio de Su Santidad. En esto sobrevino el cardenal de la Cueva, enviado por Su Santidad y los otros cardenales que estaban en congregacion, á solicitar y hacer instancia conmigo que acetase aquellos partidos y concluyese, y concluí de la manera que arriba digo, y asi ellos fueron á referir á Su Santidad y á la Congregacion lo que habia pasado conmigo, y desde á un cuarto de hora me llamaron, y entré dentro con todos los embajadores y agentes de los príncipes y mis secretarios Montesa y Ximenez, y hecho debido acatamiento, dije á Su Santidad en sustancia, que habiendo yo en aquel mismo lugar suplicado con instancia á Su Santidad de parte de S M. que mandase volver los perlados de Bolonia á Trento para continuar y acabar el Concilio, al que me fué respondido por Su Santidad que en el primer Consistorio me mandaria responder, que ahora venia á demandar de nuevo la respuesta, y le suplicaba que fuese tal, cual convenia al servicio de Dios y al beneficio de la cristiandad, y en particular de las ánimas de la provincia de Germania, y cual yo esperaba de la bondad é integridad de Su Santidad y del grado y dignidad que tenia. El papa respondió, que á instancia mia, con el celo que siempre habia tenido de la union de aquella provincia, habia enviado á consultar con los perlados de Bolonia, y que era venida con diligencia respuesta dellos, la cual mandó á su secretario Blosio que la leyese en voz alta, y él, puesto de rudillas, lo hizo; cuya copia va con esta. Yo, acabada de oir, comencé á hablar, y el papa me interrumpió diciendo, que ya se me habia dado la respuesta, de la cual me darian traslado, y asi no habia para qué hablar, porque seria menester responderme y entrar en disputas y réplicas, y seria nunca acabar. Yo, con mucha humildad, supliqué á Su Santidad que me oyese, porque era necesario, y me convenia

decir dos palabras. Su Santidad calló, é yo dije qeu habia oido la respuesta; y porque la dilacion en la presente ocasion y necesidad era muy perjudicial á la reduccion de Germania y remedio de las ánimas, suplicaba á Su Santidad que con toda diligencia pusiese el remedio que convenia; y porque en la respuesta se nombraba muchas veces el Concilio de Bolonia, yo por no haberlo contradicho ni replicado en tanto que se me leia, no entendia que por ello se causase perjuicio alguno al Concilio de Trento, y lo mismo decia y entendia de la dilacion que hubiese en el remedio, y esto decia en presencia de los reverendísimos cardenales asistentes. El papa dijo, ¿luego vos protestais? Y respondí que no protestaba, sino que declaraba esto, porque perdiéndose la ocasion, no se pudiese imputar á S. M. El papa replicó, que aquello era protestar por ambajes y acusarle la negligencia, la cual no habia habido por su parte, porque las prorogaciones y suspensiones que hasta ahora se habian hecho, las habian procurado por parte de S. M. como yo sabia; respondí que yo diria la verdad como convenia en aquel lugar, y dije que yo nunca tal cosa habia procurado por parte de S. M. como muy bien lo sabian los señores cardenales Frenes y Cresentio que estaban presentes, y tambien lo sabia Su Santidad. Que en Perosa á ellos y á él habian parecido bien la suspension y prorogacion en Bolonia por algunos dias, para que en aquel medio se pudiese reducir el negocio sin escándalo á los términos que convenia, pero que yo nunca hablo de parte de S. M. como ministro, ni Su Santidad como pontífice en suspension ni prorogacion, como muy bien sabian los dichos cardenales, los cuales comprobaron y dijeron que yo decia verdad, de que se enojó el papa, diciendo que conmigo no tenia que hacer sino fuese como ministro de S. M. Respondí que fuese como Su Santidad mandase, pero que dejado lo pasado aparte, tenia la ocasion en la mano para remediarlo todo, y asi le suplicaba que lo hiciese, y á los reverendísimos que estaban presentes, que no diesen lugar á dilacion, y concluí diciendo que ni aprobaba ni reprobaba la respuesta que allí se me daba, y declaraba en presencia de los reverendísimos y los demas que se hallaban presentes, que no entendia que se perjudicase en cosa alguna al emperador mi señor, ni al Concilio de Trento por haber oido ni recibido dicha respuesta, y con esto, haciendo mi acatamiento me salí, dejando á Su Santidad bien en cólera. Esto pasó el tercer dia de Pascua, á los 27 de diciembre.

El dia de Navidad, entrando con el papa en capilla, hallé en mi lugar, que es el primero junto á la silla del papa, su nieto Oratio, casado con hija bastarda del rey, y el marqués Dunsala, hermano del cardenal de Guisa cabe él; vinieron aposta con sabiduría del papa, segun pareció en el suceso, yo llegué á ellos, y me les

puse delante arrimado á la silla del papa, llamando al embajador de Francia cabe mí; luego vino un maestro de cerimonias á decirme que aquel lugar era de los duques, no de los embajadores, y así que debia ceder á Oratio como á duque de Castro. Respondí que no entendia aquel lenguaje, y tornándome á porfiar, lo envié..... .... En esto los cardenales Paris y Ridolfo, que eran asistentes cabe el papa, me comenzaron á persuadir que lo hiciese; respondíles que no me entendia de cerimonias de capilla, pero que estaba en el lugar que habia estado otras veces. Viendo el papa lo que pasaba, mostró de no saberlo, y demandólo al cardenal Ridolfo, el cual se lo dijo. El papa en voz alta, dijo, «yo se lo diré:» y volviéndose á mí con mucha cólera, me dijo que no teniamos nosotros por duque á Otario, pero que lo era, é yo era caballero, y asi debia dar lugar á los duques; respondí que tenia por duque á Otario y á cualquier otro que viese en estado, y que lo daria firmado de mi mano si Su Santidad lo queria. Que era verdad que yo no era duque, pero cuando lo fuese, no seria el segundo de mi casa. Que yo estaba alli como embajador de S. M., y en el lugar que habian estado los otros embajadores é yo otras veces, del cual nadie me apartaria vivo. El papa comenzó á torcer las manos y á dar ualgadas en la silla, con harto poca reputacion. El embajador de Francia se fué al Evangelio, y Oratio y el otro marqués al prefacio, habiendo sentido todo lo pasado; é yo quedé solo sin competencia hasta el cabo de la misa, y sin esperar la bendicion de Su Santidad ni quererle aguardar para para le acompaniar. Me salí porque se quedase sin embajador que le acompaniase. Díjome Ridolfo al salir que aguardase la bendicion; respondí..... (*Aqui hay contestaciones que creemos deber omitir por demasiado fuertes y duras*). De aqui me partí á Pomblin á los 30 de diciembre, habiendo despachado correo á S. M. con la respuesta de los de Bolonia que me dió el papa, porque pudiese tornar dentro de los veinte dias, y saber lo que S. M. ordenaba.

El cardenal de Guisa se partió á los 3 de éste la vuelta de Ferrara y Venecia, deja acordada la liga defensiva con el papa de esta manera; que siendo el rey acometido, el papa le valga con diez mil infantes y trecientos caballos, y para esto ha de hacer un depósito de dinero en Leon dentro de tres meses; y si lo fuere el papa, lo ha de valer el rey con veinte mil infantes y mil caballos, y dentro del mismo tiempo ha de hacer un depósito de dinero en Venecia; para esto no hay nada firmado aun mas de platicado.

. . . .

. . . .

VII.

PREGON DE ROMPIMIENTO DE LA PAZ CON FRANCIA.

FECHA EN ZARAGOZA, 1.° DE ENERO DE 1553.

(Archivo general de Simancas, Estado, leg. 1553.)

El Príncipe:

A todos se hace saber de parte de la Cesárea y Católica Magestad y del príncipe Nuestro Señor, como el año pasado de mil quinientos cincuenta y uno, estando S. M. en Alemania entendiendo en las cosas de la fé, y procurando el asiento de ellas, y que se llevase adelante la celebracion del Concilio que con tanto cuidado S. M. ha instado y solicitado, poniendo para venir á conseguirlo á su imperial persona en diversos viages y trabajos, el rey de Francia, Enrique, sin haberle dado S. M. ocasion ninguna para ello, estando en paz y amistad con él, como quedó asentada de vida de su padre, sin hacerle dar aviso de quejas que de S. M. tuviese como fuera razon, y entre príncipes y reyes se acostumbra, comenzó á traer pláticas con algunos príncipes de Alemania para que se confederasen con él é hiciesen guerra contra S. M., y así se concertó y confederó con ellos y con el turco, enemigo de nuestra Santa Fé católica, contra ella, á que enviase su armada en daño de la cristiandad, y principalmente en daño de los reinos, estados y señoríos de S. M., como mas cercano al peligro; y no contento con tratar y tramar esto por medio de sus criados y embajadores, procuró de hurtar algunas tierras de las que posee S. M. en el Piamonte, yendo diversos navíos de estos reinos á Flandes, y volviendo de allá otros, hizo salir muchos navíos de su reino armados de guerra con órden que los combatiesen y tomasen, como lo hicieron en efecto, en que se perdieron muy grandes cantidades de dinero y mercaderías, y lo mismo mandó hacer al prior de Capua, su capitan general en el mar Mediterráneo de ciertos navíos y una galera que estaban surtas en la costa de Barcelona, como ya lo debeis tener entendido, viniendo con engaño y disimulacion á

ejecutallo, y pasando adelante con su dañada intencion, hizo juntar muy poderoso ejército, yendo en persona dentro en el ducado de Lorena, que es un hijo de la duquesa, sobrina de S. M., y le ocupó y usurpó todo y la mitad de Metz, que es del imperio, y juntamente tres ó cuatro plazas del dominio de las tierras bajas de Flandes, é hizo otros muchos daños é incursiones, y á un mismo tiempo tomó algunas otras tierras en el Piamonte por engaño ó por dineros que recibió á los que las tenian en guardas; y asimismo hizo venir el armada del turco tan poderosa como habreis entendido, la cual estuvo en la costa del reino de Nápoles, esperando que él enviase sus galeras con algunos rebeldes de S. M., que iban en ellas para alterar y conmover aquel reino; y demas de esto dió favor y calor á los de la ciudad de Sena, que es sujeta al imperio para que se rebelase contra él y le entregase y pusiese su gente dentro de ella, usando en todo esto de tales términos y malos modos cuales nunca se han usado; y asimismo procediendo contra los naturales de este reino de Aragón, que estaban estudiando en la Universidad de Tolosa, haciéndolos buscar y echar en prisiones, como á todos es notorio, y haciendo otras vejaciones y malos tratamientos á los vasallos y súbditos de S. M. y de estos reinos, asi por mar como por tierra; de manera, que aunque la inclinacion é intencion de S. M. Cesárea ha sido siempre de poner paz en la cristiandad y convertir sus armas contra los enemigos de la fé, viendo que por tantas partes y tan poderosamente el dicho rey de Francia se ha movido contra él y sus tierras, y ayudádose de tantos enemigos tan conjurados y concertados, y movido con tan justa ocasion como son los daños que ha hecho en sus estados y tierras y lo que tan justamente le ha ocupado de ellos, no ha podido dejar de armarse contra ellos, como lo ha hecho con juntar un poderoso ejército y procurar de dañar al dicho rey de Francia y á sus amigos y aliados, como perturbadores de la paz de la cristiandad y dañadores de sus reinos, señoríos y vasallos. Y para que venga á noticia de todos, S. M. por la presente declara y da por sus enemigos al dicho rey de Francia, Enrique, y á sus amigos, aliados y confederados, de cualquier estado, grado ó condicion que sean, y á todas sus tierras y vasallos, y á las de sus amigos y aliados, para que se le pueda hacer guerra por mar y por tierra, por todas aquellas vias, formas y modos que entre enemigos capitales declarados se suele, puede y debe hacer, y la manda pregonar y publicar en este reino para que llegando á noticia de todos procuren de hacer al dicho rey de Francia, y á todos sus amigos y vasallos de él y de ellos, todos los daños, incursiones y males que se pudieren hacer sin entrar en sus reinos, sin licencia nuestra ó de nuestro capitan general, y que donde quiera que los hubieren y

hallaren los traten como á tales; y da facultad, licencia y permision para ello, sin que por ello hayan de incurrir ni incurran en pena ninguna, y manda á su capitan general en este reino y á todos los oficiales y ministros dél de cualquier estado, grado ó condicion que sean que lo hagan publicar, para que esté notorio á todos, como la guerra entre S. M. y el rey de Francia está rompida, y que ninguno pueda pretender ignorancia de ello agora ni en ningun tiempo.

Y porque aprovecharia poco pregonar la guerra si no se ejecutasen las cosas que resultan de ella, entendiendo que el reino de Francia y los naturales dél, y por consiguiente el rey y sus aliados y sus vasallos y súbditos reciben muy gran provecho y utilidad del comercio que tienen con los naturales de este reino, y que quitándoselo y prohibiéndoseles aquél vendrán á recibir notables daños para hacerles la guerra en todas las maneras que se puede, es la voluntad de S. M. y de S. A., y asi lo manda espresamente, que de aqui en adelante estén cerrados y se cierren todos los puertos y pasos que hay entre el presente reino de Aragon y los reinos de Francia, y las tierras de sus aliados y confederados de cualquiera estado, grado ó condicion que sean, y que ningun natural ni habitador de este reino sea osado de pasar ni llevar ningunas mercaderías ni otra cosa alguna al dicho reino de Francia ni á las dichas tierras de sus aliados, ni menos traellas al dicho reino de Francia, á este por sí ni por tercera persona, sopena que los que lo contrario hicieren estén á merced de S. M. y de S. A. y sean perdidas todas las mercaderías y otras cosas que asi sacaren de estos reinos ó de allá trajeren, y lo mismo se vieda y prohibe á los vasallos del dicho reino de Francia y de sus aliados, con los cuales no quiere S. M. que se haga comercio ni tratacion alguna, avisándoos á todos que se ejecutarán todas las dichas penas muy rigurosamente contra los que hicieren lo contrario, sin remision alguna. Asimismo manda S. M. que no puedan entrar ni entren en este reino de Aragon ningun francés, bearnés ni gascon, y que si alguno entrase sea preso y detenido, y la persona esté á merced de S. M. segun lo ordenare su capitan general en este reino; y para la ejecucion de esto manda que dentro de diez dias que se cuenten desde hoy que se publica, salgan fuera de este reino de Aragon todos los franceses, bearneses y gascones que se hallaren en él si no fuesen casados ó mostraren que ha diez años que viven en el reino, esceptuados tambien los molineros y pastores, los cuales quiere S. M. que en esto no sean comprendidos, y que el que se hallare en este presente reino pasados los diez dias pueda y deba ser preso, y su persona esté á merced de S. M., y porque haya órden en esto, manda S. M. que todos los gascones, bearneses ó

franceses que entraren en este reino pasados los dichos diez dias, donde quiera que fueren hallados, hayan de ser presos y entregados á la justicia de la villa ó lugar mas cercano de donde le prendieren, y que aquél avise al capitan general de como los tiene para que él cumpla la órden que de S. M. ó de S. A. tuvieren sobre ello. Demas de esto, porque del comercio ó contratacion que hay de cambios de este reino para los de Francia se sigue mucha utilidad á aquel reino, y el rey tiene mas forma y manera de haber dineros para hacer guerra á S. M., queriendo tambien por esta via estorbarle el provecho que recibe, pues no es justo que de reino á quien él tiene tanta enemiga, se le siga ningun fructo ni comodidad, manda S. M. y espresamente vieda y prohibe que del dia de la publicacion de ésta en adelante ningun mercader ni tratante, ni otra persona alguna de este reino, haga cambio ninguno de ninguna calidad para la dicha ciudad de Leon de Francia por sí ni por tercera persona, ni menos reciba, acepte ni cumpla las letras de cambio que de ellas se les remitieren ó vinieren, y que de aqui adelante los cambios que se remitian á la ciudad de Leon, se remitan á la ciudad de Besanzon, donde S. M. ha mandado y ordenado á todos sus vasallos que pasen el trato y correspondencia que tenian en Leon, y que ninguno sea osado de hacer lo contrario, sopena de la desgracia de S. M. y de dos mil ducados y la persona á merced de S. M., por cada vez que lo contrario hiciere, todo lo cual ha mandado pregonar S. M. por los lugares públicos de esta ciudad, y por otros lugares que se acostumbra en este reino, para que llegue á noticia de todos y ninguno se pueda escusar ni pretender ignorancia. Dado en la ciudad de Zaragoza el 1.° de enero de 1553.

VIII.

EFECTOS DEL EMPERADOR EN YUSTE,

ELEGIDOS POR SU HIJO DON FELIPE II.

(Archivo general de Simancas, leg. núm. 13.)

Sumario de lo que montan las cosas que S. M. señaló se le guardasen y no se vendiesen de los bienes de Yuste.

CAMARA.

La piedra filosofal.	7.500
Un cofrecito de plata..	11.250
Una bolsa de sirgo morado con retratos.	11.250
Una bolsa con un retrato de la duquesa de Parma.. . .	1.500
Un librillo de oro con retratos.	21.957
Las piedras bezuar..	48.750
Un librito de oro con tres cuadrantes, dos de oro y uno de plata.	46.545
Un cuadrante y un silbato de oro.	8.544
Un cuadrante de oro como polvorin.	17.731 ½
Otro cuadrante de oro, redondo	4.500
Otro cuadrante dorado..	2.250
Otro cuadrante quebrado y dorado.	2.250
Otro como este..	3.750
Otro como librillo dorado..	3.000
Otro planteado y dorado..	4.974
Otro pequeño de plata..	1.056
Otro dorado, con armas imperiales.	1.500
Otro de plata llano..	1.500
Otro de oro de sol.	3.401
Otro dorado.	3.000
Un reloj de arena, de ébano..	204
Un cuadrante de plata.	2.250
Otro cuadrante dorado..	4.500
Un cofrecillo con antojos de camino.	8.557
Una tabla de las palabras de la consagracion..	16.500
Un libro de mano del Cavallero determinado, iluminado, en francés. (No está tasado).	
Un libro intitulado Bohecio. (Idem).	
Otro intitulado Astronomicum Cesaris.	9.375
Otro libro del Cavallero determinado, en romance. (No se tasó).	

Otros dos libros en francés, de molde, de meditacion. (Idem).	
Dos Bohecios. (Idem).	
Un libro de mano de Santa Cruz, de astronomía, y este va tasado con el de Pero Apiano.	
Otro de la jornada de Alemania del comendador mayor. (No se tasó).	
Otro de pergamino de dibujos y patrones.	7.500
Los Comentarios de César en italiano. (No se tasó).	
Un paño con cuadernos de la corónica de Florian. (Idem).	
Un almohadilla de olores.	15.000
Dos breviarios romano y de San Gerónimo, y un oficio de la Semana Santa. (No se tasó).	
Un misal pequeño..	3.400
Unas horas iluminadas..	3.400
Dos saeterios pequeños..	272
Un libro de memoria, de oro.	2.250
Una sortija con piedra de restañar sangre.	7.500
Otra de la misma virtud, engastada en oro.	15.000
Dos brazaletes y una sortija de oro y otra de hueso. .	10.024
Una piedra azul para la gota.	1.125
Un cuadrante de plata.	11.250
Otro dorado con unos antojos..	2.625
Un estuche con ocho piezas de geometría.	1.125
Un compás de hierro.	187
Otro de hierro con su regla..	1.125
Una pluma y dos dedales para las uñas.	166
Un rosario de madera con cruz y medalla de oro.. . . .	2.250
Diez cuentas esculpidas con cruz, medalla y sortija de oro..	6.750
Una cadenilla de oro con una cruz..	6.623
Otra con el tuson de oro y una cinta roja. (Esta tiene S. M. y no la ha pagado.).	21.963
La órden pequeña del tuson con cordon negro..	3.121
Otro tuson con una cinta de seda negra. (Tiénele S. M. y no lo ha de pagar.)	
La órden grande del tuson. (Idem).	
Cuatro callues y cuatro eslavones de oro. (Idem).	
Otro collar de diez y ocho eslavones y callues. (Tiénelo S. M. y no lo ha pagado)..	52.316
Un libro de mano de la dicha órden. (Entregóse).	
Una tabla con crucifijo iluminado. (Tomólo en Yuste el señor Luis Quijada, y quemóse).	
Una tablilla de Nuestra Señora, que era de la emperatriz Nuestra Señora.	1.500
Un crucifijo de madera con que murieron SS. MM., y unas deciplinas. (No se tasó).	
Dos dagas y una espada con su talavarte..	1.875
Dos libros de devociones, de mano.	3.750
Una carta de marear, como libro que dió el príncipe Doria.	9.375

Un estuche con dos compases.	487
Una caja con cuatro compases de hierro y laton.. . . .	750
Una pluma de plata.	110
Una carta de Italia, de papel. No se tassó).	
Otra de la discrepcion de España. (Idem).	
Dos envoltorios de cartas de pergamino. (Idem).	
Cuatro pinturas de certificaciones. (Idem).	
Una carta general de la discrecion de Alemania. (Idem).	
Otra de Flandes. (Idem).	
Otra de Alemania y Hungría. (Idem).	
La pintura de Renti. (Idem).	
Otras dos chiquitas de Constantinopla. (Idem).	
Una escritura de las tablas de dimension. (Idem).	
Una bolsa de terciopelo negro, de papeles que llevó el señor Luis Quijada. (Idem).	
Una medida de geometría. (Idem).	
El arcabuz que era de S. M. y aderezos dél.	750
Una ballesta con sus gafas y aparejos. (Tiénela S. M. y no la ha pagado)..	7.500
La capilla pequeña de plata en que hay un crucifijo, un cáliz con patena, un ostiario, dos vinajeras, dos candeleros, una fuentecica, una palmatoria que sirve de candelero.	57.034
Un libro de pergamino de mano, iluminado, de la missa.	39.750
Otro iluminado, de mano, historiado.	52.500

BARBEROS.

Dos espejos de cristal y un cristalino..	37.500
Dos estrolabios.	6.000
Un anillo estronómico.	3.750
Tres pares de antojos de cristal de montaña.	1.125
Dos estuches con herramienta para las uñas y otros dos para los pies.	750
Tres almohadillas chiquitas de olores. (No se tassó).	

PANATERIA.

Dos braseros de plata para calentar la vianda.	38.968
Dos volas de plata juntas para llevar á caça duraznos.	2.635

LA CAVA.

Dos brocales de plata con sus tornillos para botas de vino.	4.772
Tres cañutos de plata con que S. M. tomaba el caldo y dos medidas de onzas..	1.828

SAUSERIA.

Dos platos para servir lechones, de plata.	66.245

DEL CARGO DE GUARDA-JOYAS.

Una cruz que dió el cardenal de Trento.	25.747
Otra cruz de oro pequeña con lignum crucis..	4.845
Una custodia de oro, y dentro una medalla de nuestro Señor, de metal.	5.690
Un pedazo de unicornio. (No se tasó, y háse de ver lo que vale).	
Una pintura de la Trinidad, de Ticiano.	75.000
Otra grande de Cristo, que lleva la cruz. (Esta quedó en Yuste).	
Otra de Cristo crucificado.	11.250
Otra de mano de Ticiano, en piedra, de Cristo azotado, con Nuestra Señora.	37.500
Otra de Nuestro Señor, que lleva la cruz, con otra imágen de Nuestra Señora.	37.500
Otra pintura de Nuestra Señora, de mano del Ticiano.	7.500
Otra de Nuestro Señor sobre tela.	7.500
Dos tableros pequeños de ébano, de Nuestro Señor, y otras figuras.	75.000
Un retrato del emperador y emperatriz, en tela.. . . .	11.250
Un retrato del emperador, armado, en tela..	5.650
Otra pintura en tela de la emperatriz.	7.500
Otro retrato de la reina de Inglaterra, en madera. . . .	37.500
Un retrato en tabla con cuatro hijos del rey de Francia.	3.750
Una pieza pequeña de tapicería de oro y seda.	11.250
Un tablero de madera con nueve medallas de oro y un camafeo.	424.060
Dos astrolabios de cobre y una sortija y libro.	82.500
Una pintura en tabla del Santísimo Sacramento.	3.000
Dos libros grandes de pinturas de las Indias. (No se tasaron).	
Otro libro menor de lo mismo. (Idem).	
El reloj grande que tiene Juanelo. (Idem).	
Otro de cristal que hizo Juanelo. (Idem).	
Otro llamado el Portal..	56.250
Otro llamado el Espejo.	63.750
Tres relojes pequeños para traer en los pechos.	41.250

COSAS DEL CARGO DE GUARDA-JOYAS.

Tres colchas de pluma de Indias. (No se tasaron).
Otras dos colchas de pluma, cubiertas de tafetan. (Idem).

PANATERIA.

Veinte y cuatro tablas de manteles de damasco.	90.000
Cinco cofres á la manera de Flandes..	7.500
Dos cajas blancas de madera.	1.125
Una rapa con su cuchillo.	102
Una caldera de azófar..	221

FURRIERIA.

Una estufa de metal con su aparejo.	7.650
Un frasco de hierro para aceite.	102
Otro para mostaza, es de estaño.	470
Una mesa de nogal con sus pies.	1.125
Dos bancos de nogal.	680

CAVA.

Nueve barriles de vino..	3.672
Un cántaro de cobre, (46 y medio reales se tasó).	
Un cubo como herrado..	459
Dos medidas de estaño..	535 1/2
Una caldera de cobre para enfriar vino.	867
Cinco embudos de cobre..	867

COCINA.

Nueve formas de metal..	2.250
Las piezas de moldura para hacer gilea con los maniles de las nueve formas. (No se tasaron).	
Dos mangas para gileas. (Idem).	
Dos calderas grandes de azófar..	2.250
Un candelero de azófar..	51
Una bolsa con tornasol.	204
Cuatro barriles para vinagre y agraz..	816
Dos cofres para plata de Flandes..	3.000
Dos hachas de hierro y tres cuchillos..	470
	1.945,212

Suma todo lo que como está dicho S. M. ha mandado que se le guarde de los dichos bienes de Yuste, como arriba va dicho y declarado, un cuento nuevecientos y cuarenta y cinco mil y ducientos y doce mrs., sin

las cosas que va dicho, que no están tasadas y otras que tiene S. M. que no ha pagado.	1.945,212
Todos los bienes que al presente hay en ser de los del dicho monesterio de Yuste, contando los que arriba están escriptos, montan 3.645,294 y medio, y descontados dellos los dichos 1.945,212 que montan los bienes arriba contenidos que S. M. ha mandado guardar, restan líquidamente 1.670 082 y medio.	1.670,082 1/2
Cuando S. M. mandó poner casa al señor don Juan, ordenó se le diesen de los dichos bienes de Yuste cierta quantidad de tapicería y otras cosas, cuya paga mandó fuese á su cargo en lo qual monta.	
Monta todo lo contenido en los bienes que estaban en Simancas segun el inventario y tasacion que se hizo últimamente dellos, sin los que no están tasados, como abajo se apuntará.	11.271,851
Dejóse de tasar en esta tasacion de Simancas un Hércules de bronce, el cual visto por Pompeyo, escultor de S. M., lo tasó en 150 ducados.	56,250
Tambien hay algunos mapamundis y cartas de marear por tasar.	
De lo que dice Juanelo del estrolabio de Simancas. . .	

(Parece estar incompleto, y en su lugar se halla el memorial que se copia á continuacion, el cual está en medio pliego separado y de marca mas pequeña que los dos en que está la relacion que antecede).

MEMORIAL

DE LAS COSAS QUE S. M. MANDÓ SE LLEVASEN A PALACIO PARA VERLAS, DE LAS QUE ESTABAN EN LA FORTALEZA DE SIMANCAS, QUE ESTABAN SEÑALADAS CON UNA CRUZ.

Una imágen de Nuestra Señora, de plata dorada, con Nuestro Señor en brazos y con su diadema y corona, que pesó todo treinta y nueve marcos y siete onzas.

Un Sanct Hierónimo de plata dorado, con un chapeo y un leon, y un libro que pesó veinte y seis marcos y una onza.

Un Sanct Francisco de plata dorado, con una diadema y un crucifijo, que pesó veinte y ocho marcos, siete onzas y cuatro ochavas.

Un Sanct Miguel con un diablo á los pies, con dos alas, y una manzana y una lanza, todo de plata dorada, que pesó treinta y nueve marcos y cuatro onzas.

Una imágen de Santo Domingo de plata dorada, con una diadema y un ramo en la mano, que pesó veinte y seis marcos, cinco onzas y seis ochavas.

Una imágen de Sanct Gabriel con dos alas de plata dorada, que pesó cuarenta marcos y tres onzas.

Otra imágen de un ángel con dos alas de plata dorada, que pesó trece marcos, dos onzas y dos ochavas.

Otra imágen de otro ángel de plata dorada, con dos alas, que pesó doce marcos, siete onzas y siete ochavas.

IX.

RELACION DE LAS EXEQUIAS

QUE FELIPE II HIZO EN BRUSELAS POR EL ALMA DE SU PADRE, EN 29 DE DICIEMBRE DE 1558.

(Archivo general de Simancas, Estado, legajo 517.)

Miércoles 28 de Diciembre de 58, á la noche, vino la magestad del rey Felipe á Bruselas; jueves á los 29 comenzaron los oficios funerales por Cárlos V, su padre, los cuales hizo tan suntuosamente cuanto era digno se hiciesen por tan grande é insigne príncipe, y dignos de tal y tan buen hijo, que mostró en su muerte lo mucho que le habia amado viviendo.

Salieron antes las dos horas despues de medio dia de palácio, el cual estaba todo colgado de negro; á la puerta de la capilla de dicho palacio, sobre un paño negro que estaba colgado, y por medio de dicho paño, habia un pedazo de terciopelo, así como sale de la pieza, entero; sobre este pendia un escudo grande con las armas imperiales y el Toison. A la puerta principal de palacio estaba otro escudo, por la misma órden y manera, y otros dos en la iglesia; uno á la puerta y otro en el altar donde se decia la misa, la cual celebró el obispo de Lieja, hermano del marqués de Vargas.

El modo de proceder fué en la manera siguiente: Desde palacio hasta la iglesia estaba hecha una calle cerrada con vallas de una parte y otra porque no atravesase gente ninguna que pudiese impedir á los que iban de ordenanza. Arrimados á dichas vallas estaban los de Villa, con sus antorchas encendidas, por su órden todos los oficios que acá llaman Guildes y en España cofradías, eran buen número, que pasaban de 3,000.

En palacio se juntaron todos los señores grandes y pequeños, y

todos los criados del emperador y pensionarios, y los del Rey, la justicia del pueblo, y todos los principales y los de los Estados.

Vinieron asimismo todas las órdenes y clerecía del pueblo, todos los abades y obispos; puestos en órden comenzaron á mandar que caminasen en procesion; salieron las cruces de la Iglesia mayor delante, como guiones, y los monacillos por su ordenanza con ella, á cada uno le dieron su vela de cera.

Luego siguieron las órdenes, procediendo cada una por su antigüedad, los frailes de todas ellas revestidos de sus munizas, casullas, almáticas y pluviales, y de todo lo mas rico que tenian.

De la misma manera fueron los clérigos de todas las parroquias, capellanes y canónigos de la Iglesia mayor, los cantores de la capilla del rey, los capellanes con muy ricas pluviales; los abades y obispos vestidos de pontifical, eran fasta veinte mitras, doscientos pobres vestidos de luto, cada uno su antorcha en la mano encendida, en ella dos escudos con el águila imperial, uno que guardaba adelante, otro atrás. Tras de estos iban los juristas advocatos y procuradores todos de luto. Los deputados de todos estos Estados. Los presidentes de la Cámara de Cuentas y los oidores dellas, el chanciller de Bravante y los de la Chancillería, el Drosart y prevoste, la casa de S. M. Los oficiales de manos de la caballeriza y los demas ayudas de furrieles y furriel, las ayudas de oficios de la casa, las ayudas pensionarios de la magestad imperial, los porteros, los alguaciles, los aposentadores de la casa, los gefes de oficios de la Casa Real, los gefes pensionarios de la magestad imperial, los médicos y zurujanos de la casa, los médicos y zurujanos de cámara, las ayudas de cámara, guarda-joyas y guarda-ropa, los pages del rey con su ayo capellan y ayuda, los costilleros.

Los gentiles hombres de la casa de S. M. Los gentiles hombres pensionarios de la Magestad del emperador: los gentiles hombres de la boca; los gentiles hombres pensionarios de la boca del emperador. Los trompetas y alabarderos con sus banderas desplegadas, y al contrario un rey de armas con la cota de armas del emperador, con otros dos á los lados, á mano derecha el uno, por sirviente del pais de Henao, á la izquierda el otro, por el pais de Artois.

Sacáronse 27 estandartes y cornetas, y 24 caballos muy bien aderezados, cada uno con sus colores y armas y devisas. A cada caballo guiaban dos caballeros, cada uno le tenia de su parte de un cordon negro echado á la brida. Asimismo sacaron una nave muy rica que significa la conquista de las Indias, dentro de ella las tres virtudes y muchos estandartes y cornetas, guiábanla dos grifos marinos. Junto de ella iban las dos columnas de Hércules, las cuales guiaban dos elefantes marinos, y tras de ellos, en me-

dio las columnas, un Delfin, todo ello muy al natural. Iban tan contiguas las columnas á la nao, que parecia que ella misma les daba cabo; todo tan natural, que fué cosa muy de ver. En torno de la nao, estaban pintadas todas las jornadas y triunfos de la Magestad Cesárea, asimismo habia muchas letras en ellos y en los estandartes.

Las cornetas, estandartes, caballos y las demas insignias, fueron repartidos por la órden que sigue:

La corneta de colores, don Pedro de la Cerda, El guion de colores, Mr. de Castro. La tarjeta y yelmo de Justa, juntos. Próspero de Lalam y don Juan de Castilla.

El navio y las columnas de Hércules, y el caballo de Justa, cubierto hasta el suelo, con sus colores, Francisco Marles y Antonio de Bersille.

El grande estandarte de colores, Stéfano de Oria.

Los gentiles hombres de la cámara del emperador, los señores de título, barones, condes y marqueses, un rey de armas con cota del imperio á la mano de derecha, otro con las armas de Brabante, y á la izquierda otro de Flandes.

El caballo de Flandes, don Juan Mausino y Guen de Bert. La bandera de Flandes, Felipe de Lanoy.

El caballo de Gueldres, don Pedro de Reinosa y Sile. La bandera de Gueldres, Mr. de Champane.

El caballo de Bravante, don Juan Nuño de Portugal y Charran. La bandera de Bravante, don García Sarmiento.

El caballo de Borgoña, Juan Bautista Juarto y Charles de Armes Pogf. La bandera de Borgoña, Hector Espínola.

El caballo de Austria, don Martin de Goni y Andrés Bacanora. La bandera de Austria, don Juan Tavera.

Un rey de armas con su cota de armas del imperio; á los dos lados otros dos, á la derecha, con las armas de Austria, á la izquierda, con las armas de Borgoña.

El caballo de Córdoba, Mr. de Saxie y don Felipe de Silva. La corneta, Lebio de Oria.

El caballo de Cerdeña, don Cárlos de Mellano y Charles Baudemoy. La corneta de dicho reino, don Pedro Manuel.

El caballo de Sevilla, Mos de Mol y Mr. de Maumon. La corneta, el conde de Salma.

El caballo de Mallorca, don Diego de Rojas é Juan de Bransion. La corneta, don Gonzalo Chacon.

El caballo de Galicia, don Pedro de Velasco y Barambarque. La bandera don Juan de Avalos de Aragon.

El caballo de Valencia, don Josepe de Acuña y Felipe de Benicurt. La bandera, don Rodrigo de Moscoso.

El caballo de Toledo, don Francisco Manrique, caballerizo, y Charles de Longan. La bandera, Mr. de Mingonal.

El caballo de Granada, Gomez Jerez de las Marinas y Gerónimo de Mol. La bandera, Antonio de Velasco.

El caballo de Navarra, don Luis dn la Cerda y Juan Bastin de Nobega. La bandera, Mos de Pexeten.

El caballo de Jerusalen, Arnut de Chinunghen y Felipe Brandonsere. La bandera, don Luis de Ayala.

El caballo de Cicilia, don Felipe Manrique y Jaques de Juarez. La bandera, Mr. de Sobrenon.

El caballo de Nápoles, don Luis Brique y Felipe Escanova. La bandera, Garcilaso Puertocarrero.

El caballo de Aragon, Juan de Herrera y Guillaume Inzarte. La bandera, Mr. de Baos.

El caballo de Leon, don Pedro Bazan y Felipe de Cortavilla. La bandera, don Francisco de Mendoza.

El caballo de Castilla, don Juan Vibero y Pierre de Merbeque. La bandera, Mr. Stranguier.

Dos reyes de armas con cotas de armas del emperador.

El estandarte general con las armas del imperial, el conde Fuensalida.

El guion con las armas imperiales, el vizconde de Gante.

El caballo cubierto todas las bardas de brocado con las armas del emperador, don Pedro de Ulloa y Mos de Berten.

El grande estandarte del imperio, el conde de Policastro.

El caballo con la cubierta de brocado hasta el suelo, con las armas del emperador, don Pedro de las Rueles y don Camilo de Correjo. La gran corneta cuadrada con las armas imperiales, el conde de Castellar.

Los cuatro cuartos del escudo, el marqués de Cerralbo, el conde Rus, el conde de Cruna y el conde de Rivadavia, todos cuatro cuartos juntos, el duque de Seminara y yelmo con su lumbre, á la mano derecha, á la izquierda del escudo doble con su corona, el duque de Atri.

La espada de armas, el príncipe de Asculi. La cota de armas, el príncipe de Salmona.

Los maceros, tres reyes de armas con las armas imperiales.

El caballo con lasa de terciopelo negro hasta el suelo, y su banda de raso carmesí, don Manrique de Lara y don Cárlos Ventemille.

El collar de la órden, el conde de Xuarzemberg.

El cetro imperial, el marqués de Aguilar.

La espada imperial, el duque de Villahermosa.

El Mundo, el príncipe de Orange.

La corona imperial, harto rica, don Antonio de Toledo, prior de San Juan.

Los mayordomos, el conde de Olivares, el marqués de las Navas, mayordomo mayor, el duque de Alba, el Tuson de Oro, su Magestad Real, y á la mano derecha, que levantaba la falda, el duque Rico de Brunzvig, y á la izquierda, el duque de Arcos, la falda atrás llevaba Rui Gomez, conde de Melito, el duque de Saboya solo, y capirote por la cabeza, como el rey, llevábase él mismo su falda.

Los caballeros de la Orden del Tuson, iban dos á dos.

Los tres oficiales de la Orden, contralor, tesorero y grafier.

El consejo de España y regentes de las provincias y reinos.

El consejo de Estado, privado de estos estados.

Los del consejo de Finanzas. Bureo.

El teniente de los archeros, y archeros.

Otras personas que entendian en que se guardase el órden.

Embajadores del emperador, Portugal y Venecia.

Esta fué la órden que se tuvo. Los embajadores fueron en su plaza. Por la misma órden vinieron viernes á la misa, pero sin la clerecía, y sin caballos y sin las demas insignias, porque la vigilia quedaron en la Iglesia, la cual estaba tan bien adornada, como para semejante acto se requería, toda colgada de paño negro, y sobre él, por lo alto, terciopelo; estando atajada la capilla mayor de dicha Iglesia, y cerrada por todo él, de manera que nadie pudiese estar, sino los que convenia que entrasen, y todo el tablamento estaba teñido de negro.

Bajo del altar buen espacio estaba hecho un cadalso grande del alzar que la altura del templo sufria á modo de castillo todo lleno de candeleros. El chapitel dél le abrazaban tres coronas, á lo estremo del alto dél estaba la del imperio. Pusiéronse en él cerca de tres mil velas de cera de á libra, ultra las antorchas que estaban por los cuatro cantos de dicho cadalso. Bajo de él estaba una tumba grande cubierta con un paño de brocado negro, rico, á lo alto de los paños colgados. Todo en torno habia una galería de candeleros y era cosa agradable á la vista verlos todos arder sus candelas. A las gradas de la iglesia hicieron un tablado por do entrasen los caballos, y por el cuerpo de la iglesia otro por do pasasen de una parte á otra, y por la manera que vinieron en la procesion los llevaron á ofrescer con todas las demas insignias. Despues hubo prédica en francés, buena. Acabáronse los oficios á las dos horas despues de medio dia y con ellos se cumplió con Cárlos V. Sea en el cielo.

INDICE DEL TOMO XII.

PARTE TERCERA.

EDAD MODERNA.

DOMINACION DE LA CASA DE AUSTRIA.

LIBRO I.

REINADO DE CARLOS I. DE ESPAÑA.

CAPITULO XVIII.

MEJICO.—EL PERU.

HERNAN-CORTÉS.—FRANCISCO PIZARRO.

PAGINAS.

Descubrimientos del Nuevo Mundo despues de la muerte de Colon.—Vasco Nuñez, Ponce, Grijalva, Velazquez.—HERNAN CORTÉS.—Su patria, educacion y juventud.—Sale de Cuba á la conquista de Méjico.—Buques y hombres que llevaba.—La isla de Cozumél; su conducta en ella.—Hernan Cortés en Tabasco: célebre victoria. efecto de las armas de fuego y de los caballos en los indios.—La bella esclava Marina.—Embajadores mejicanos.—El emperador Motezuma: sus primeros tratos con el caudillo español.—Apuros de Cortés con su misma gente: resultados felices de su mañosa política.—Hernan Cortés en Zempoala: sumision y agasajos del caci-

PÁGINAS.

que.—Fundacion de Vera-Cruz.—Religion bárbara de aquellos indios: sacrificios humanos: banquetes horribles.—Abolicion de los sacrificios y destruccion de los ídolos por los españoles.—Efectos que causa.—Conspiraciones en el campamento español.—Heróica resolucion de Hernan Cortés: quema las naves.—Cortés en Tlascala: triunfo.—Sumision y alianza de los tlascaltecas.—Marcha á Méjico.—Recibimiento que le hace Motezuma.—Sorpresa y alegría de los españoles.—Recelos de Cortés: prision de Motezuma.—Destruccion de ídolos mejicanos: culto cristiano en Méjico: indignacion de los sacerdotes indios.—Pámfilo de Narvaez enviado contra Cortés.—Cortés le derrota y hace prisionero.—Insurreccion general en Méjico contra los españoles: combates sangrientos: muerte de Motezuma.—Desastrosa retirada de los españoles: horrible matanza: la *Noche triste.*—Hernan Cortés en Otumba.—Prodigioso triunfo.—Vuelve Cortés sobre Méjico.—Resistencia de Guatimocin.—Ataques repetidos, combates furiosos, mortandad, peligro de Cortés.—Bloqueo, hambre, sacrificio de españoles.—Captura y suplicio de Guatimocin.—Conquista definitiva de Méjico.—Otros descubrimientos de Hernan Cortés.—Disensiones y rivalidades de españoles; disgustos de Cortés.—Ingratitud de Cárlos V.—Cortés en España.—Muere retirado en Sevilla.—FRANCISCO PIZARRO.—Su patria, educacion y primeras espediciones marítimas.—Asociacion de Pizarro, Almagro y Luque para la conquista del Perú.—Pizarro, gefe de la empresa.—Se embarca en Panamá.—Contratiempos.—Pizarro en Tumbez: riqueza del pais.—Es nombrado gobernador de los paises que descubriera.—Justo resentimiento de Almagro: se reconcilian.—Triunfos de Pizarro en Tumbez.—Religion de los peruanos.—Los Incas del Perú.—Derrota Pizarro y cautiva al rey Atahualpa.—Llena éste de oro la sala de su prision para obtener su rescate.—No le sirve, y muere en garrote.—Repartimiento del oro.—Pizarro y sus españoles en Cuzco.—Riqueza inmensa que hallan en esta ciudad.—Funda Pizarro la ciudad de Lima.—Insurreccion general de los peruanos: degüello de españoles.—Guerra civil entre Almagro y Pizarro.—Domina aquel en Cuzco y éste en Lima.—Artificios de Pizarro para vencer á su rival.—Le derrota y hace prisionero.—Almagro ajusticiado por Pizarro.—Indignacion que causa la crueldad de éste.—Medidas de la córte de España para atajar sus tiranías.—Muere Pizarro asesinado por los españoles.—Proclamacion del hijo de Almagro en el Perú. De 5 á 55.

CAPITULO XIX.

CARLOS V. SOBRE TUNEZ.

1535.

PÁGINAS.

Alarma en que Barbaroja habia puesto las naciones cristianas.—Quién era Barbaroja: sus famosas piraterías: su elevacion y encumbrimiento.—Cómo se hizo rey de Argel.—Hácese gran almirante de Turquía.—Conquista á Tunez.—La Europa asustada vuelve los ojos á Cárlos V.—Proyecta el emperador pasar á Africa.—Grandes preparativos.—Naciones y flotas que concurren á la empresa.—Parte la grande armada de Barcelona.—Cárlos y su ejército en Africa.—Célebre sitio y ataque de la Goleta.—Porfiada resistencia de los de Barbaroja.—Fuerza numérica de cristianos y moros.—Combate y hazañas.—Rasgo de nobleza del emperador.—Terrible tempestad.—Preséntase en el campamento imperial el destrozado rey de Tunez, Muley Hacen.—Trabajos que pasaron los cristianos.—Ataque general de la Goleta.—La toman.—Marcha el ejército imperial sobre Tunez.—Jornada penosa.—Disposiciones de Barbaroja para la defensa.—Espera á los imperiales fuera de la ciudad.—Derrota y retirada de Barbaroja.—Huye de Tunez.—Hecho notable de los cautivos cristianos.—Entrada de Cárlos V. en Tunez.—Saquéo: escesos de la soldadesca.—Repone á Muley Hacen en el trono, y con qué condiciones.—Sale el emperador de Africa y pasa á Italia.—Fama y reputacion que ganó con esta espedicion Cárlos V. . . De 56 á 89.

CAPITULO XX.

EL EMPERADOR EN FRANCIA.

NUEVAS GUERRAS CON FRANCISCO I.

1529.—1538.

Comportamiento de Francisco despues de la paz de Cambray.—Busca enemigos al emperador.—Des-

PAGINAS.

atentada política del francés.—Suplicio horrible de hereges: irrita á los príncipes reformistas á quienes habia halagado.—Marcha contra Milan.—Despoja al duque de Saboya.—Acógese éste á la proteccion del emperador.—Pretende el francés suceder al duque Sforza en el Milanesado.—Solemnísima declaracion de guerra hecha á Francisco I. por el emperador en Roma, en plena asamblea del papa, cardenales y embajadores: reto arrogante.—Entrada del emperador con grande ejército en Francia: imprudente confianza de Cárlos.—Atinadas medidas de Francisco para la defensa de su reino.—Comprometida situacion del ejército imperial.—Retirada deshonrosa.—Muerte del famoso capitan Antonio de Leiva.—Vuelve Cárlos V. á España.—Guerras de franceses é imperiales en Flandes y Lombardía.—Intervencion de dos reinas en favor de la paz.—Treguas.—Alianza de Francisco I. con el sultan de Turquía contra el emperador.—Formidable armada turca en las costas de Italia.—Barbaroja y Andrés Doria.—Negóciase la paz entre Cárlos y Francisco.—Buenos oficios del papa y de las dos reinas.—Tratado de Niza.—Tregua de diez años.—Célebre entrevista de Cárlos y Francisco en Aguas-Muertas.—Se abrazan, y se separan amigos.—Resultado de estas guerras. . . . . De 90 á 120.

CAPITULO XXI.

SITUACION ECONOMICA DEL REINO.

CORTES.

De 1535 á 1539.

Gastos inmensos que ocasionaban estas guerras.—Penurias y apuro de numerario que pasaba el emperador.—Pide desde Italia recursos á los aragoneses: respuesta dilatoria de estos.—Viene á España.—Córtes de Valladolid: peticiones.—Córtes generales de la corona de Aragon.—Espone en ellas sus grandes necesidades y deudas.—Servicio que le otorgaron los tres reinos.—Rebelion y escesos del ejército de Milan por falta de pagas.—Motin de la guarnicion de la Goleta por lo mismo.—Medidas crueles contra los amotinados.—Célebres Córtes de Toledo.—Tris-

PÁGINAS.

te pintura que hace el emperador del estado de las rentas de la Corona.—Pide un servicio estraordinario: la sisa.—Niégasele el estamento de próceres.—Insistencia del monarca.—Firmeza de los grandes.—Vigoroso y enérgico discurso de oposicion del condestable de Castilla.—Lo que la nobleza pedia al rey como remedio de los males del Estado.—Disuelve el emperador bruscamente las Córtes.—Mendiga recursos á las ciudades.—Anécdota curiosa y significativa.—Diálogo entre Cárlos V. y un labriego castellano.—Verdades que éste le dijo.—Espíritu y opinion del pueblo.—Muerte de la emperatriz.—Sentimiento. . . . . De 121 á 139.

CAPITULO XXII.

LIGA CONTRA EL TURCO.

MOTIN Y CASTIGO DE GANTE.

1539—1540.

Compromisos y consecuencias para España de la liga contra el turco.—Discordias entre los almirantes español y veneciano.—Conflicto de españoles en Castelnovo.—Su heroismo y su trágico fin.—Triunfo funesto de Barbaroja.—Alzamiento y revolucion en Gante y sus causas.—Perplejidad del emperador.—Determina ir por Francia.—Caballeroso y cordial recibimiento que le hizo el rey Francisco.—Festejos que le hacen en París.—Disimulado y falso proceder de Cárlos.—Marcha á Flandes.—Sofoca la rebelion de Gante.—Medidas y castigos crueles.—Desembózase con el rey de Francia, y le niega abiertamente la cesion de Milan.—Justo enojo del francés.—Vaticínanse nuevos rompimientos.—Demandas de los protestantes de Alemania, y respuesta del emperador. De 140 á 154.

CAPITULO XXIII.

PROGRESOS DE LA REFORMA.

INSTITUCION DE LOS JESUITAS.

1534.—1541.

PAGINAS.

Sectas religiosas.—Los anabaptistas.—El panadero de Harlem y el sastre de Leyden.—Sus desvaríos y escesos.—Coronacion del sastre Juan de Leyden en Munster.—Trágico fin de su ridículo reinado.—Disgustos que estas sectas producian á Lutero.—Causas del progreso de la doctrina reformista.—Disidencias acerca del lugar del concilio.—El papa, Cárlos V., los protestantes.—Refuerzo que recibieron los luteranos.—Fundacion de la Compañía de Jesus.—Ignacio de Loyola.—Su patria, su carrera militar y literaria.—Su pensamiento de fundar una sociedad religiosa.—Sus primeros adeptos.—Sus viages á la Tierra Santa y á Roma.—Bula del papa Paulo III. para la institucion de los jesuitas.—Organizacion de la Compañía.—Sus propósitos y fines.—Influencia que estaba llamada á ejercer.—Estado de la cuestion religiosa en este tiempo.—Conferencias de Ratisbona.—Decision de la Dieta.—Lenidad y condescendencia de Cárlos V. con los protestantes.—Sus causas.—Revolucion en Hungría.—El sultan.—Viage del emperador á Roma, y su conferencia con el papa.—Prepárase Cárlos V. para otra nueva empresa. De 155 á 179.

CAPITULO XXIV.

TRATOS CON BARBAROJA.

DESASTROSA JORNADA DE CARLOS V. A ARGEL.

1541.

Silencio de los historiadores sobre este punto.—Documentos que nos informan de él.—Carta del capitan Alarcon á Barbaroja.—Entrevista de Alarcon y Barbaroja en Constantinopla.—Tratos para atraer á

PAGINAS.

Barbaroja al servicio de Cárlos V. y condiciones que faltaban para venir á concierto.—Capítulos á que Barbaroja accedia.—Sentida carta del rey de Tunez al secretario de Cárlos V., esponiéndole su situacion y pidiendo auxilio.—Ida y estancia oculta del capitan Vergara en Constantinopla.—Proposiciones de Barbaroja.—Cómo se desconcertaron los tratos. —El capitan Rincon.—Proyectos del sultan contra Tunez.—Determina Cárlos V. la conquista de Argel. —Razones que alegaba para justificar la espedicion. —Las de sus generales en contra de la empresa.— Resuélvese Cárlos contra el dictámen de estos.— Grande ejército y armada.—Peligrosa navegacion. —Arrogancia del gobernador argelino.—Huracanes y borrascas.—Triste y calamitosa situacion de los imperiales á la vista de Argel.—Estragos grandes en la flota y en el campamento.—Valor y serenidad de Cárlos V.—Desastrosa retirada.—Magnanimidad del emperador.—Reembárcase el ejército.—Nuevos infortunios.—Dispersion de la flota.—Regreso de Cárlos á España. . . . . De 180 á 204.

CAPITULO XXV.

GUERRA GENERAL CON FRANCISCO I.

De 1541 á 1545.

Motivo en que fundó el de Francia la guerra.—El asesinato de Rincon y de Fregoso.—Busca aliados contra el emperador.—Levanta cinco ejércitos.—Plan de ataque general.—Sus resultados en el Piamonte, en Flandes, en las fronteras de España.—Alianza del francés con el turco; del emperador con el rey de Inglaterra.—Marcha de Cárlos á Italia y Alemania. —Estraña propuesta del pontífice: recházala Cárlos. —Conquista el ducado de Güeldres.—El duque de Orleans en Luxemburgo.—Célebre sitio de Landrecy.—El sultan en Hungría: Barbaroja, en Francia.— Cárlos V. en la dieta de Spira.—Ejército auxiliar de los protestantes.—Retirada de Barbaroja y aislamiento del francés.—Terrible derrota de los imperiales en *Cerisoles*.—Entrada de Cárlos V. y de Enrique VIII. de Inglaterra en Francia.—Progresos del emperador.—Se aproxima á París.—Temores en aquella cap'tal.—Situacion del rey Francisco.—Tra-

PAGINAS.

tos de paz.—Capítulos generales de la paz de Crespy.—Retirada del emperador y su ejército.—Muerte de Barbaroja.—Cárlos V. en Bruselas. . . . . . . De 205 á 233.

CAPITULO XXVI.

MUERTE DE LUTERO.

CONCILIO DE TRENTO: GUERRA DE RELIGION.

De 1541 á 1547.

Proceder del emperador con los protestantes.—Consecuencias de sus concesiones en las dietas de Ratisbona y de Spira.—Dieta de Worms.—Concilio de Trento: sus primeras sesiones.—No le reconocen los protestantes.—Muerte de Martin Lutero.—Juicio de su carácter y de sus obras.—Decisiones del concilio.—Designios de Cárlos V. contra los reformistas.—Preparativos de guerra.—Alianza con el papa.—Gran confederacion de los protestantes de Alemania.—Formidable ejército que levantaron.—El elector de Sajonia y el landgrave de Hesse.—Manifiesto.—Falsa situacion de Cárlos V. en Ratisbona.—Reunion del ejército imperial.—Guerra de religion.—Prudente y heróica conducta del emperador en Ingolstadt.—Retirada del grande ejército protestante.—Proposiciones de paz: recházalas el emperador.—El duque Mauricio de Sajonia.—Cómo, siendo protestante, favoreció á los católicos.—Dispersion de las tropas luteranas.—Ríndense al emperador las ciudades protestantes de la Alta Alemania.—Castigos.—Licenciamiento del ejército imperial: retirada de las tropas pontificias.—Quietud del emperador, y sus causas.—Famosa conjuracion en Génova: Fieschi.—Recelos y cuidado del emperador.—Resuélvese á proseguir la campaña.. . . . . De 239 á 267.

CAPITULO XXVII.

TRIUNFOS DEL EMPERADOR.

EL CONCILIO.—EL INTERIM.

De 1547 á 1548.

PÁGINAS.

Nueva confederacion contra Cárlos V.—Enojo del emperador con el papa: trátale con dureza.—Traslacion del concilio de Trento á Bolonia con gran disgusto del emperador: proceder de éste.—Prelados que quedaron en Trento.—Muerte de Francisco I. de Francia.—Cómo juzgan á este monarca los franceses.—Marcha Cárlos V. contra el elector de Sajonia.—Pasa á nado el ejército imperial el Elba.—Batalla de Muhlberg.—Triunfo de Cárlos y prision del elector.—Le condena á muerte y le perdona.—Tratado de Wittemberg.—Domina Cárlos la Sajonia.—Visita el sepulcro de Lutero.—Marcha contra el landgrave de Hesse.—Ríndesele el landgrave y le pide perdon.—Le humilla y ultraja Cárlos V.—Conducta del emperador en la alta Alemania.—Multas.—Toma mas de quinientos cañones y los distribuye en sus dominios.—Cárlos en Bohemia —Dieta de Augsburgo.—Horrible asesinato de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma, hijo del papa.—Se da Plasencia á los imperiales.—Enojo del pontífice.—No halla quien le ayude á vengar la muerte de su hijo.—La dieta de Augsburgo y el concilio de Trento.—Graves disidencias entre el papa y el emperador en lo relativo al concilio.—Insistencia de uno y otro.—Resolucion que toma Cárlos V.—El *Interim*.—Efectos que produjo en Alemania.—Cárlos V. en Flandes.—Llama allá á su hijo Felipe. . . . . De 268 á 300.

CAPITULO XXVIII.

CARLOS V. Y MAURICIO DE SAJONIA.

De 1548 á 1552.

Guerra de Parma y Plasencia.—Octavio Farnesio.—Muerte del papa Paulo III.—Eleccion de Julio III.—Convoca de nuevo el concilio de Trento.—Dieta

PÁGINAS.

de Augsburgo y lo que se trató en ella.—El duque Mauricio de Sajonia.—Misteriosa y artera política de este príncipe.—Favorece y persigue á un tiempo á católicos y protestantes.—Engaña y entretiene al emperador y á los confederados.—Segunda apertura del concilio de Trento.—Protesta el rey de Francia en el concilio.—Guerra de Parma entre el papa, el emperador, el rey de Francia y Octavio Farnesio.—Refuerza el emperador el concilio.—Traslada Cárlos su residencia á Inspruck.—El duque Mauricio se confedera con el rey de Francia contra el emperador, y conquista la ciudad de Magdeburgo para Cárlos V.—Tenebrosa y sagaz política del duque.—Arroja la máscara y se hace el gefe de los protestantes.—Apuro en que pone al emperador.—Desastrosa fuga de Carlos V.—Ejército francés en Alemania.—Conferencias del duque Mauricio y el rey Fernando.—Terror de los padres del concilio: se disuelve y se proroga.—Situacion del emperador.—Se ve obligado á transigir con Mauricio de Sajonia.—Tratado de Passau, favorable á los protestantes.—Decadencia del emperador.—Reflexiones. De 301 á 326.

CAPITULO XXIX.

CARLOS V. Y ENRIQUE II. DE FRANCIA.

De 1552 á 1556.

Campaña del emperador contra Enrique II. de Francia.—Grande ejército.—Célebre sitio de Metz.—Pasase al emperador el de Brandeburg con su gente.—Heróica defensa de Metz: el duque de Guisa.—Trabajos y calamidades del ejército imperial.—Desastrosa retirada.—Rebelion y guerra de Siena.—Descontento y alteraciones en Nápoles.—Armada turca en Italia.—Guerra civil en Alemania.—Muerte de Mauricio de Sajonia.—Refúgiase en Francia el de Brandeburg.—Guerra entre franceses y flamenbos.—El príncipe Filiberto de Saboya.—Enrique II. de Francia en Flandes.—Se ve obligado á retroceder á su reino.—Guerra en el Piamonte.—Casamiento del príncipe don Felipe de España con la reina de Inglaterra.—Cárlos V. le cede el reino de Nápoles y el ducado de Milan.—Nuevas guerras entre Cárlos y Enrique.—Estragos horribles de unos

PÁGINAS.

y otros ejércitos.—El duque de Alba, generalísimo de las tropas del Piamonte: su fama en Italia: lo que hizo.—Trama de un guardian de San Francisco para entregar á Metz, y su resultado.—Dieta de Augsburgo.—Reconócese la libertad de cultos en Alemania.—Sucesion de pontífices.—Paulo IV.—Su carácter.—Su odio al emperador.—Alianza de Paulo IV. y Enrique II. contra Cárlos V.—Proceder de Cárlos y de su hijo Felipe con el papa.—Abdicacion de Cárlos V. en su hijo. . . . . De 327 á 353.

CAPITULO XXX.

AFRICA.—DRAGUT.

De 1540 á 1555.

Quién era Dragut.—Su carrera al servicio de Barbaroja.—Cae prisionero de Andrea Doria.—Recobra su libertad.—Sus progresos en la piratería.—Persíguenle los almirantes y generales del imperio.—Se apodera de la ciudad de Africa.—Empléase contra él todo el poder marítimo del emperador—Sitio de Africa por los cristianos.—El virey de Sicilia: el almirante Doria: don García de Toledo: el gobernador de la Goleta.—Combate con Dragut.—Llegan refuerzos de Italia á los imperiales.—Atacan réciamente la ciudad.—Heróica defensa de los turcos y moros.—Entranla los cristianos.—Combates sangrientos en calles y plazas.—Dominan los imperiales la poblacion.—Muertes de españoles ilustres.—Es asolada la ciudad.—Dragut en las costas de Italia.—Malta asaltada por los turcos: son rechazados.—Conquista el turco á Trípoli.—Sinan y Dragut en Córcega.—Conquista de Bonifacio.—Piérdese Bugía.—Fórmase proceso al gobernador de Bugía, y es decapitado en la plaza de Valladolid. . . De 354 á 371.

CAPITULO XXXI.

ESPAÑA.—EL PRINCIPE DON FELIPE.

SU INFANCIA Y JUVENTUD.

De 1527 á 1551.

PAGINAS.

Nacimiento de Felipe.—Es jurado en las córtes de Valladolid.—Su infancia: su educacion física y moral. —Muerte de la emperatriz su madre.—Notable conversion al abrirse su féretro.—Rasgos del carácter de Felipe.—Es jurado en Aragon.—Su casamiento con doña María de Portugal.—Solemnísimas y suntuosas bodas.—Nacimiento del príncipe Cárlos.—Muerte de la princesa doña María su madre.—Muerte del cardenal Tavera.—Sucédele el obispo Siliceo, maestro del príncipe.—Muerte del secretario Cobos.—Córtes generales de Aragon, presididas por el príncipe.—Creacion del cargo de cronista.—Llama Cárlos V. su hijo Felipe á Alemania.—Notables instrucciones que le envió.—Córtes de Valladolid. —Casamiento de la princesa María con Maximiliano de Austria.—Quedan de gobernadores de España.—Marcha de Felipe á Flandes.—Festéjanle á competencia en Italia, en Alemania y en los Paises Bajos.—Su llegada á Bruselas.—Es jurado heredero y sucesor en Flandes.—Recorre las ciudades de Flandes, Brabante, Luxemburgo y otros estados.— Fiestas públicas.—Desagradable impresion que su presencia produce en los flamencos.—Cárlos y Felipe en la dieta de Augsburgo.—Pretende el emperador hacer reconocer á Felipe sucesor del imperio. —Resistencia que encuentra.—Negativa.—Vuelve Felipe á España con plenos y amplísimos poderes para regir y gobernar el reino. . . . . De 301 á 408.

CAPITULO XXXII.

FELIPE REGENTE DE ESPAÑA.

FELIPE II. REY.

De 1551 á 1557.

Córtes de Aragon.—Servicio que votaron.—Apuros de numerario en que se veia siempre Cárlos V.—Segundo casamiento de Felipe con María de Inglaterra.—Capítulos matrimoniales.—Disgusto y oposicion del pueblo inglés, y sus causas.—Disturbios y rebeliones: su término: parte que tuvo en ellas la Francia —Viage de Felipe á Inglaterra.—Su recibimiento.—Sus bodas.—Felipe rey de Nápoles y de Inglaterra.—Política de Felipe con los ingleses.—Muerte de doña Juana (la Loca), madre de Cárlos V.—Resuelve el emperador retirarse á España.—Llama á su hijo Felipe para renunciar en él los estados de Flandes.—Ceremonia solemne de la abdicacion en Bruselas.—Discursos notables.—Reconocimiento y jura de Felipe.—Renuncia Cárlos en su hijo los reinos de España.—Proclamacion de Felipe II. en Valladolid.—Odio del papa Paulo IV. á Felipe II.—Intenta despojarle del reino de Nápoles.—Guerra que le mueve.—Templada conducta de Felipe con el papa.—Durísima y muy notable carta del duque de Alba, virey de Nápoles, al pontífice.—Obstinacion de Paulo.—Entra el duque de Alba con ejército en los Estados pontificios.—Amenazan los españoles á Roma.—Consternacion de la ciudad.—Tregua entre Felipe II. y el papa.—Renuncia Cárlos V. el gobierno y administracion del imperio en su hermano Fernando.—Determina encerrarse en el monasterio de Yuste.—Situacion del monasterio.—Venida del emperador á España.—Desembarca en Laredo.—Curiosos pormenores de su viage.—Entrada de Cárlos V. en el monasterio de Yuste.. . . . . De 409 á 450.

CAPITULO XXXIII.

CARLOS V. EN YUSTE.

1557.—1558.

Refiérense las inexactitudes, invenciones y falsedades que nos han trasmitido los historiadores acerca de la vida de Cárlos V. en Yuste.—Demuéstrase que no vivió abstraido de la política y de los negocios del mundo.—Que era consultado en todo y lo dirigia todo desde su retiro.—Pruébase que no vivió tan sóbria y pobremente como han dicho los historiadores. —Número de sus criados y sirvientes.—Valor de su ajuar y menage.—Otras especies inverosímiles que han corrido acerca de su vida claustral.—Es cierto que se ejercitaba en actos de devocion y de piedad, y que recibia con frecuencia los sacramentos.—No lo es la famosa anécdota de los funerales en vida.—Causa verdadera de su última enfermedad, y de su fallecimiento.—Muerte cristiana y ejemplar de Cárlos V.—Circunstancias de su entierro.—Su testamento y codicilo.—Exéquias en Yuste, en Valladolid y en Roma.—Célebres honras que le hizo su hijo en Bruselas. . . . . De 451 á 496.
Apéndices. . . . . De 497 á 529.
